

Selección RNR

MÓNICA PEÑALVER

*Del azul  
del agave*



Romance Histórico

# Del azul del agave

*Mónica Peñalver*



1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Mónica Peñalver

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-757-3

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi hija, Daniela.  
Gracias por existir.  
Has puesto mi vida del revés.*

# Contenido

Portadilla  
Créditos  
Dedicatoria

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Promoción

# Capítulo 1

Bajío Mexicano

Junio 1910

El sol caía como plomo derretido sobre la loma desnuda. La canícula se desprendía de piedras y rocas en hondas invisibles desdibujando el horizonte. Guadalupe Cortez alzó la mirada bajo su sombrero al detener su caballo en lo alto de la loma. Su piel oscura brilló bajo una pátina de sudor cuando volteó para admirar el paisaje. A sus pies, San Miguel se desparramaba en un trazado de calles irregulares en su perímetro exterior, de «a cordel» en su centro. Aun en la distancia, era apreciable el brillo vítreo de sus cúpulas azulejadas y el barroquismo de sus campanarios vetustos. El color ocre primaba en las fachadas de las casas de estilo colonial. La paleta cromática del observador se ampliaba con el azul brillante del cielo, el amarillo de los campos de girasol o el naranja del cempasúchil.

Una gota de sudor descendió por sus mejillas horadadas por la viruela hasta empapar su gazné. Se pasó la lengua por los labios agrietados notando la sequedad de su boca. Su nariz encorvada, herencia de sus antepasados aztecas, inspiró el aire proveniente de la llanura. A tientas alcanzó un pellejo de cuero y dio un prolongado trago de agua. Se secó la barbilla con la bocamanga y ofreció el odre a su compañero que negó con la cabeza con la atención puesta en el fondo del valle.

Reiniciaron la marcha encarando la loma descendente con trote alegre. Cuando los cerros y lomeríos quedaron atrás, se abrió ante ellos un valle quebrado atravesado por una calzada a cuya orilla asomaban improvisados jacales de carrizo rodeados de huertos frutales.

Más allá, San Miguel los saludó con sus deliciosas callejuelas empedradas. Sus casas coloniales con patios orlados de exuberante vegetación se asomaban a su avenida principal al arrullo de las fuentes cantarinas.

San Miguel, fundado por franciscanos españoles sobre un área de «buena tierra», parecía cristalizado en el pasado. Adentrarse en sus calles adoquinadas era adentrarse en el México ancestral, aquel exhibía sus tradiciones más arraigadas con orgullo legítimo. El lugar vivía entregado a los ritmos de la tierra, las lluvias o las plagas y sin importarle las noticias que llegaban de la capital que hablaban de revueltas, secesiones y motines, porque este país siempre se ha rascado aunque no le pique y si la presidencia de la República era disputada por porfiristas o maderistas esa era pelea de perros y no de gallos porque, a la larga, la suerte de los pelaos resulta siempre la misma.

Se detuvieron frente a una pulquería donde un letrero prometía pulque «puro y fino». En mudo entendimiento desmontaron, aseguraron las riendas a una argolla clavada a la tapia y sortearon las puertas de vaivén.

La quietud del exterior se había trasladado al interior de la cantina donde solo el ronquido de un borracho derrotado por el aguardiente rompía la monotonía del silencio. Un familiar olor a cigarro, alcohol y mingitorio sucio flotaba en el ambiente. A su entrada, varias cabezas voltearon a ver, el repiqueteo del cubilete de dados quedó interrumpido y hasta las moscas parecieron detener el vuelo sorprendidas con la peculiar presencia de aquel indio feo con machete cañero a la cintura junto aquel otro de facciones perfectas, casi imposibles por bellas.

Los recién llegados se acomodaron junto a la barra de madera sin prestar atención al interés suscitado. La voz de Guadalupe resonó como un cañonazo al ordenar dos «chelas frías», mientras su compañero volteaba a observar con la reserva de un jaguar al examinar un nuevo territorio. Pese a su apostura seráfica cualquier ojo inteligente se percataría de inmediato de que, de los dos, aquel era el más peligroso.

—Llegadas desde Toluca para nuestros clientes —presumió el tabernero en tono dicharachero colocando sobre la barra dos botellas de vidrio oscuro. Sonrió con simpatía pero solo recibió el gesto hosco de los agotados camperos.



Guadalupe echo mano de la primera. De un jalón dio cuenta de ella y la depositó con un golpe seco sobre la barra. Con el regusto amargo de la cerveza y gesto impaciente ordenó una nueva ronda y se dedicó a descifrar los carteles: «Mezcal para todo mal, para todo bien, también»; «Todos los que me ven son ojos», leyó con la desmaña de un chamaco iletrado, sus labios gruesos como gusanos de mezcal se estiraron en una sonrisa. De reojo observó el perfil de su compadre. Bajo el ala de su sombrero de cuatro pedradas Rafael El Negro mostraba una expresión indescifrable. Se le ocurrió que sus facciones europeas, serían el fenotipo de todo buen criollo si no fuera por su piel cetrina, quemada por el intenso sol del bajío. Un punto y aparte eran sus ojos. Ojos magnéticos, arcanos, escudos de acero impenetrable capaces de clavar al suelo al más pintado y abrirse paso en la voluntad del más bragado. Ojos hipnóticos, desgarradores, aterradores según el momento y la ocasión.

Guadalupe lo vio depositar su chela después de un trago.

—Al rato regreso —anunció luego de consultar su reloj de cadena. El repiqueteo de sus coleadoras resonó en el piso de losa al ritmo de sus pasos haciendo voltear de nuevo las cabezas.

Rafael El Negro atravesó la calle hacia la plaza de los Fundadores, con sus bancas de fierro y kiosco de música entorno a la cual árboles y buganvillas de fulgurantes colores proclamaban que la primavera era eterna en aquel lugar. El templo del Sagrado Corazón, también conocido como la parroquia de los Naturales por el origen nativo de su feligresía, presidía uno de sus costados con su portada sobria. Se dirigió hacia la escalinata y a cabeza descubierta cruzó el pórtico de piedra para adentrarse en su interior. Le inundó el olor del incienso y las veladoras. Flotaba en el ambiente el dulzón y casi empalagoso aroma de las flores de ofrenda. Rafael aguardó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra antes de tomar asiento en el último banco. Su mirada se centró en el sacerdote oficiante. Lo estudió con el interés de quien se encuentra con un viejo conocido después de muchos años. Se le hizo que la imagen que cuidadosamente guardaba en sus recuerdos y la que se le presentaba en esos momentos apenas mostraban diferencias, quizás las

facciones amables del padre Melquíades ostentaban mas galones con los que la vida premia a la vejez, pensó. Seguía siendo pequeño de estatura y consumido como un escuinle al que la piel le viene grande sobre el esqueleto. Vestía estola blanca y sobrepelliz sin más oropeles ni boato que una espina en forma de cruz procedente del convento de la Santa Cruz de los Milagros. Para los que le conocían bien, aquel crucifijo no era sino un reflejo de la sencillez de su índole.

Con la cabeza gacha y los codos hincados en las rodillas, Rafael hizo girar el sombrero de soyate entre sus manos oscuras lleno de impaciencia atendiendo a medias a la parábola de la Semilla y la Siembra que tantas veces había escuchado en su niñez. De vez en cuando observaba al monaguillo, un chamaco de unos ocho o diez años con el pelo repegado a la coronilla. Se sonrió recordándose a sí mismo.

Cuando los oficios finalizaron, él permaneció sentado con la vista clavada en el suelo en tanto el lugar se quedaba vacío y silencioso. Recordó cuánto le gustaba en el pasado quedarse sentado en mitad del silencio y observar los santos en sus éxtasis cuyas expresiones hechizaban su imaginación infantil.

Tiempo después, unos pasos provenientes de la sacristía se aproximaron por el pasillo de la nave central interrumpiendo sus pensamientos. Aguardó a que estos lo hubieran sobrepasado para alzar la cabeza.

—Padre Melquíades—. El llamamiento, pronunciado con voz neutra, hizo que el hombre se detuviera. —¿No sabe quién soy? —inquirió alzando la vista al fin.

Los ojos acuosos y desgastados del anciano estudiaron los austeros rasgos antes de reparar en su mirada, pues no había mirada como aquella. Un crisol de emociones se reflejó en su cara: sorpresa, incredulidad, reconocimiento y, por último, genuino júbilo.

—Rafael m'hijo ¿Eres tú? —inquirió perplejo. El último recuerdo que tenía de Rafael El Negro era el de un hombre a medio hacer, mitad muchacho mitad adulto.

—El mismo, padre —. Al ponerse en pie su cuerpo desplegó la

magnificencia de su reciedumbre. Vestía al modo campero con chaparreras de tiento largo tiznadas con el polvo del camino. Un revólver calibre 38 colgaba amenazante de su tirador a la altura de su muñeca derecha, un sacrilegio habida cuenta del lugar sagrado en el que se encontraban, pero el padre Melquíades apenas reparó en ello en su emoción. Se arrojó a abrazarle palmeando su espalda ancha.

—¡Rafael, muchacho! ¡Cuánto tiempo sin saber de ti!

Rafael se permitió una sonrisa escondida y atendió a los afectuosos reclamos del párroco con la mansedumbre de un puma domesticado.

—¡No lo puedo creer! Vente, acompáñame, tienes mucho que contarme —lo apuró Melquíades tomándolo del brazo y guiándolo hacia la salida—. Ha pasado tanto tiempo. Ya ni me acuerdo de lo último que supe de ti. Andabas por el norte ¿verdad?

Caminaron hacia una banca de fierro de la plaza, allí se sentaron bajo la sombra de un tamarindo de hojas frondosas.

—¡Pero mírate no más! ¡Sí que has cambiado! Eres todo un hombre. —Se admiró el anciano.

—Perdóneme por presentarme de esta facha, acabo de llegar al pueblo.

—¿Y dónde te hospedas?

—Aún en ningún lugar.

—Aún hay un cuarto para ti en la casa —ofreció.

—Me acompaña un amigo. Estaremos mejor en alguna fonda del lugar. ¿La de «La Argentina» sigue funcionando?

—Ahora la lleva su hija, Mercedes. ¿Te acuerdas de ella? Todos le decíais la Morocha cuando niña—. Rafael asintió al recordar y el padre Melquíades dio por zanjado el tema—. No me vas a negar una cena, eso sí que no.

—No, eso no.

Pocos hombres lo conocían como el padre Melquíades. Su presencia evocaba los mejores años de su vida, cuando él no era más que un huérfano mugroso que él recogió en los cerros. No lo envió a ningún hospicio o incluso

para niños pobres como cualquier otro hubiera hecho en su lugar. El padre Melquíades lo consideró su responsabilidad moral. Lo atendió y lo educó hasta los catorce años. En cierta medida, supo apaciguar alguno de sus demonios internos, guiar sus impulsos negativos por senderos rectos. Con él se culturizó, aprendió de respeto y autoridad pero también de amistad, fue el padre Melquíades quien le descubrió su necesidad de saber. Aquella curiosidad innata indujo al párroco a imaginarle un futuro prometedor en la carrera eclesiástica gracias a su privilegiada mente. Con quince años y tras muchos esfuerzos, lo hizo ingresar en el seminario Tridentino pero, como suele decirse, hay maderas para santos y maderas para carbón, Rafael descubrió que la suya era de las segundas.

Después de su huída del seminario, y de los penosos años que siguieron a continuación, su relación con el padre Melquíades se había reducido a escuetas epístolas informándole de su paso por tal o cual lugar, pero el vínculo que los unía se mantuvo vivo todo aquel tiempo. En el corazón de Rafael, el padre Melquíades ocupaba un lugar destacado.

—Entonces ¿recibiste mi telegrama? —Rafael hizo un escueto gesto de asentimiento—. Tenemos mucho de qué hablar. —El gesto pesaroso del anciano desapareció sustituido por una sonrisa—. Pero cuéntame ¿cómo te han ido las cosas?

—Ahí me van, padre, no me falta con qué llenar la barriga. ¿Y a usted? —Interrogó desviando hábilmente la atención del anciano—. Todo parece igual por acá.

—En San Miguel las cosas cambian despacio o no cambian. No hay mucho que contar, una oficina de telégrafos que funciona por momentos y la estación del Nacional que apenas tiene viajeros que quieran poner un pie aquí. ¡Ay, Rafael, me alegro tanto verte! Le diré a Cándida de tu regreso, te acuerdas de ella ¿verdad? —Rafael hizo un vago gesto de asentimiento.

—Me regañaba cuando rondaba por su cocina, decía que tenía barriga de músico y boca de fraile. — El padre Melquíades sonrió ante el recuerdo—. ¿Cómo ha estado?

—Enviudó hace tres años, pero lleva la pena con resignación. Sigue cocinándose ese pollo en achiote que tanto te gustaba aunque se queja de que con la edad su mano ya no es la misma. Y ahora, m'hijo, ayúdame a levantarme, las piernas no me responden tan bien como antes. Te espero a las nueve. Y recuerda a comer y a misa...

—Una vez se avisa —concluyó por él con un gesto que le suavizó los rasgos—. Deje que le acompañe —ofreció, reacio a finalizar el encuentro.

El calor había perdido intensidad cuando cruzaron la plaza rodeados por un grupo de críos alborotados con sus rehiletes y papalotes. San Miguel se desprezaba siguiendo los biorritmos ancestrales. El benigno clima era propicio para darse a los placeres de la vida.

Rafael despidió al padre en la puerta de lo que en otro tiempo fue un hogar feliz para a él. Su mirada melancólica recorrió la fachada solemne de ventanas enrejadas a cada lado del rústico portón.

—Todo sigue igual —constató.

—Ya te dije que por estos rumbos las cosas no cambian. Y ahora, muchacho, no tarde en regresar. Lo estaré esperando.

De mejor talante, Rafael regresó a la pulquería. Encontró a Guadalupe muy concentrado en el juego de dados. Sin palabras, se puso en pie al verle, se encasquetó el sombrero y barrió de la mesa sus ganancias para seguirle a la calle.

La fonda de La Argentina había conocido tiempos mejores. Situada a las afueras de San Miguel, poseía un destartalado cobertizo y una cantina cerrada a cal y canto donde en otros tiempos se preparaban botanas y tacos para los viajeros de la galera procedente de la capital. La llegada del ferrocarril había sumido el establecimiento en una decrepita decadencia fácilmente perceptible en la ruinoso fachada, donde los desconchones de cal se cebaban sobre el ladrillo rojo como sarpullidos de un sarnoso.

Los recibió un mocoso que sentado en un taburete mataba el tiempo

boleando unas guarachas. Al entrar ellos se puso de pie.

—¿Con quién hay que hablar para alquilar un cuarto? —inquirió Guadalupe.

—¿Cómo? —La estampa del indio hizo trastabillar al niño, que lo recorrió de arriba abajo con el desparpajo que solo la niñez o la inconsciencia puede otorgar—. Con la Morocha, pero ahorita no está.

—¿Y tú, nos puedes mostrar los cuartos?

—Ya *mesmo* si quieren —ofreció con una desenvoltura impropia de su edad que Rafael estimó en ocho o nueve años. Lo vieron tomar un atado de llaves del mostrador y dirigirse a la puerta que comunicaba el recibidor, donde se abría un patio comunal estilo español de los de suelo de piedra y fuente azulejada en torno al cual se organizaban los cuartos. Insertó la llave en la cerradura de una de las puertas y se hizo a un lado permitiéndoles el paso. Solo Guadalupe mostró interés en la comodidad del lecho probando con una mano la resistencia de sus muelles.

—¿No hay tina?

—Sí, señor, y bacín *pa los miados*.

En esas sonó la voz de una mujer desde la entrada.

—¡Chucho! ¡*Chamaco* del demonio! ¿*Onde* carajo andas metido? ¡Te dije que te quedaras pendiente!

Al escuchar los reclamos de su patrona el niño perdió su sonrisa chueca.

—Mejor le voy a ver —dijo saliendo a la carrera y dejándolos a solas.

Pronto les llegó una retahíla de reclamos.

—¡Un indio dices! —Se escuchó decir—. ¿A poco lo dejaste entrar? ¡No quiero maleantes en mi casa!

Guadalupe suspiró ciñéndose el barboquejo al mentón.

—Mejor pongo orden antes de que la cosa se desmadre.

Un hipido interrumpió la histérica perorada de la mujer al presentarse Guadalupe en el patio. La Morocha contuvo el impulso de hacerse de cruces al ver aquel indio. Inconscientemente retrocedió para ponerse a salvo.

—El muchacho solo nos estaba enseñando el cuarto. Si hay algún problema aquí le adelanto unos pesos por las molestias. Mi compadre usará el cuarto delantero —resolvió Guadalupe. La mujer se adelantó para recibir las monedas en su mano que guardó con premura en su refajo. En esos tiempos era difícil encontrar clientes cumplidores.

—Chucho se hará cargo de sus caballos y la muchacha puede prepararles un baño de tina por unos centavos más si gustan —ofertó la mujer. El sonido de unas espuelas hizo voltear su cabeza. Frente a ella un hombre de estatura notable los observaba apoyado en el quicio de la puerta. Descansaba una mano en la hebilla de plata de su cinturón mientras expelía una bocanada de humo. La Morocha sintió remover el suelo bajo sus pies. La trastornó la perfección de unos rasgos masculinos como nunca había visto.

—¿Se acuerda mí? —La extraña manera de entonar del desconocido le erizó la piel del cuerpo. Le observó perpleja y fascinada—. Soy Rafael.

—¿Rafael? —repitió como tonta colocándose el embozo sobre los hombros. Su rostro se transformó al recordar al fin—. ¿El rapavelas? ¡Pero está muy cambiado! Si no me dice ni sé.

—Tú eres Mercedes. —Sus palabras vinieron envueltas en una bocanada de humo.

—Díganme Morocha, por acá todos me conocen así. Han pasado unos cuantos años. Al menos... —La mujer hizo un alto para hacer un esforzado cálculo mental.

—Catorce.

—¿Catorce? ¡Órale! ¡Sí que ha pasado tiempo! ¿Está de paso por San Miguel?

—Unos días no más.

—¿No más? —Repitió entristecida viéndole arrojar su cigarro para aplastarlo con el tacón de su bota.

—Con permiso, parece que va a llover —indicó Rafael con la intención de atender a su desventurada montura.

—Es propio.

La Morocha lo siguió con la mirada al pasar ante ella. Sutilmente se recolocó la trenza y se ajustó el embozo dejándolo caer con gracia sobre sus hombros hasta que reparó en la mirada curiosa de Chucho.

—¿Y tú que estás mirando, chamaco mugroso? Córrele ayudar —siseó intentando atinarle un coscorrón.

Tiempo después, aseados e higienizados, Guadalupe y Rafael partieron rumbo a la casa del padre Melquíades. Cruzaron a pie las cuadras que los separaban, pues la noche era tranquila, ligeramente calurosa pese al chaparrón de la tarde.

—¿Y qué crees que tiene que decirte el curita? —se interesó Guadalupe al rato.

—Quién sabe.

Rafael no era un hombre dado a hablar de sus interioridades pero sí le había contado acerca del padrecito. El indio había deducido su importancia en la vida de Rafael a través de sus ocasionales referencias. Rafael solía hablar de él con deferencia, en un tono que nunca utilizaba para ninguna otra persona.

Al llegar a la casa les recibió una doméstica con la trenza teñida de canas, venía secándose las manos con un extremo del delantal. Cándida Palacios había sido durante años la sirvienta del padre Melquíades, recordaba a Rafael como un chamaco larguirucho y silencioso, pero aquella imagen se había quedado obsoleta, se dijo al contemplar al hombre recio que tenía ante sí.

—¡Gusto en verle de nuevo, Rafael! El padre Melquíades me dijo que estaba muy cambiado pero ¡híjole! no pensé que tanto —saludó sin reparos a la hora de estrechar sus manos morenas. Rafael correspondió con un gesto sobrio pero amable antes de inhalar inconscientemente el olor proveniente de la cocina

—. Pollo, recordé cuánto le gustaba. ¡Ándele! no vayan a quedarse ahí, pasen al comedor, no hagan esperar más al padrecito. Desde que supo de su



llegada anda como perro llagado.

Rafael guio a Guadalupe hacia una estancia próxima donde el padre Melquíades aguardaba sentado en su escritorio. Al verlos se puso en pie abandonando el butacón que ocupaba.

—Pasen, muchachos —saludó. Rafael le presentó a Guadalupe, que estrechó la mano del cura con una infrecuente finura. El hecho de que Rafael fuera el nexo de unión entre dos hombres tan dispares les provocó una mutua curiosidad. Hechos los oportunos saludos tomaron asiento en torno a la mesa donde Cándida les fue sirviendo.

—¿Y cómo es que se conocieron ustedes dos? —se interesó el padre Melquíades.

—Es una larga historia —comentó Rafael, hundiendo la cuchara en su sopa de elote.

—Aquí donde le ve, Rafael me salvó de la patas de cabra...

—¿Ah sí? Nunca me contaste.

—Estas cosas siempre le dan pena, padre —farfulló Guadalupe con la boca llena. La estática reacción de Rafael dibujó una sonrisa de oreja a oreja en el rostro del indio, el único lo bastante templado para desafiar su mirada admonitoria—. ¿Quiere que le explique?

—Sí, por favor —aceptó Melquíades rendido a la curiosidad.

—Recibí un balazo por la espalda, no quiera usted saber del mal parido que empuñó el arma. Fue justo acá. —Se señaló la parte posterior del hombro—. El balazo me quebró dos costillas y me agujereó pues no sé qué cosa. Apenas recuerdo. Rafael me sanó con sus benditas hierbas, ya sabe la mano que tiene para esas cosas. —El resumen de su primer encuentro no era muy preciso, a decir verdad, pero Rafael no se molestó en corregirlo.

—¡Vaya! —musitó el padre impresionado. Su mirada buscó la confirmación del relato en el rostro de Rafael—. ¿Aún recuerdas las lecciones de Fidela?

—Algunas. —Cándida apareció en ese momento con una fuente humeante que depositó en el centro de la mesa—. Y ahora, padre, hábleme de esa carta.

No tenga pena con Guadalupe, es de confianza —indicó.

—¡Ah, sí, la carta! La trajo un hombre desde ciudad de México, un licenciado de apellido Cárdenas. Dijo que trabajaba para uno de esos ¿Cómo es que le llaman? —Se detuvo para chascar los dedos—. «Buffet de abogados Manzada»

—¿Y está seguro que me buscaban a mí?

—A ti no, a tu difunta mamá, Delphina. Alguien escuchó mentarla en el registro de la municipalidad y envió al tal Cárdenas a la iglesia por su certificado bautismal. Me dijo que tenía el encargo de encontrarla y al preguntarle yo el motivo me respondió que esa había sido la última voluntad de uno de sus clientes. Me mostré sorprendido, por lo que me contaste tu mamá jamás salió de este pueblo y nunca tuvo tratos con nadie que no fuera de este lugar ¿verdad? Su cliente resultó ser un español de nombre Víctor Ugalde —. Melquíades hizo un alto para comprobar si aquel nombre despertaba algún recuerdo en Rafael.

—¿Víctor Ugalde? ¿Quién es ese hombre?

El padre Melquíades le miró a los ojos con gesto grave como el que está a punto de revelar un terrible secreto.

—Ese hombre era tu papá, Rafael.

## Capítulo 2

Si las palabras de Melquíades inquietaron o no a Rafael quedó en misterio.

—¿Cómo sabe?

—El licenciado me enseñó un retrato, ¡ese hombre era tu viva imagen, m'hijo!

Rafael sacudió la cabeza, seguía ceñudo, asimilando la información que el padre Melquíades le iba desgranando.

—¿Todo esto por un retrato?

—No solo un retrato, las fechas de tu nacimiento coinciden con las que ese hombre dijo que había visitado Arroyo Negro, anduve averiguando en la hacienda, muchos lo recuerdan, llegó invitado por Don César. Pasó varios meses en la hacienda, los mismos que tu mamá cuando entró a servir allá.

—Entonces ¿soy el bastardo de un *gachupín*? La república está apestada de ellos. Seguramente ese español fue regando de hijos el país. ¿Por qué iba a interesarse por mí o mi mamá?

—Él nunca supo de tu existencia.

—Eso sí lo creo.

—¡Por Dios, Rafael! Deja que acabe con el relato. Según me explicó el licenciado, tu padre murió tras una larga enfermedad. Víctor Ugalde aseguraba estar profundamente enamorado de tu mamá, quiso casarse con ella pero primero debía establecerse en el país, quedó acordado que él viajara a Veracruz donde deseaba fundar un negocio de comercio marítimo y más tarde mandaría buscar a tu mamá, incluso escribió varias cartas informando de sus progresos. Y ahora, m'hijo, es donde comienza el enredo. Esas cartas se dirigieron a Arroyo Negro donde Víctor Ugalde creía que estaba tu mamá. Sospecho que alguien pudo recibirlas en lugar de ella. El tal Cárdenas me mostró una carta de tu mamá pero, por lo que supe, ella no sabía escribir.

—Entonces...

—Alguien escribió esa carta por tu mamá. Dudo que Delphina supiera de todo esto.

—¿Qué decía la carta, padre?

—No era muy extensa. Más bien una nota de despedida rogando a tu padre que no la buscara más, que había encontrado el amor en brazos de otro hombre. No me mires así, es lo que la carta decía.

—Mi madre murió al darme a luz —le recordó.

—Pues ya sé, de ahí lo extraño. Hay más. Víctor Ugalde nombró a tu madre heredera de sus bienes sin saber de su prematura muerte lo que significa, mi querido muchacho, que tú eres ahora su heredero, deja que te muestre. —El padre Melquíades dejó la mesa con achacosa premura para rebuscar en su escritorio. Guadalupe buscó con la mirada a Rafael pero se guardó de intervenir en la conversación—. ¡Aquí está! —Melquíades regresó portando una carpeta con membrete que depositó junto al plato de Rafael—. Aquí están todos los papeles que ese abogado me dejó. Vamos, tómalos, son tuyos.

Rafael los curioseó en silencio, volteó papel tras papel del derecho y del revés antes de cerrar la carpeta.

—¿No vas a leerlos?

—No hasta que haya cenado.

Guadalupe y Melquíades se miraron con incredulidad. Como reza el dicho: unos no hablan lo que piensan y otro no piensan lo que hablan. Quien conocía a Rafael sabía que pertenecía al primer grupo.

El resto de la cena transcurrió entre pláticas banales que no hicieron olvidar a ninguno de los presentes el tema principal de esa velada, al fin y al cabo, que un espurio diera con un progenitor dispuesto a reconocerle y hacerle su heredero era tan raro como que la luna tapara al sol. Rafael escuchó cuanto se dijo y dio su opinión cuando se requirió, pero se le notaba más silencioso de lo habitual. La charla se trasladó a la sala acompañada de licor de duraznos. Guadalupe y el padrecito discutían acerca de las consecuencias de la matanza de Río Blanco acaecida tres años atrás en el estado de Veracruz, donde ochocientos trabajadores del textil en huelga habían sido masacrados por obra

y gracia del general Rosalino Martínez y con el consentimiento de las máximas autoridades. La masacre había incluido mujeres y niños, indignando a la nación. Desde entonces se mascaba un malestar social, una especie de calma chicha salpicada de arrestos marciales, fusilados y protestas.

—Me preocupa tanta agitación —reconoció el padre Melquíades—. ¿Es que nunca vamos a tener paz en este bendito país? Cuando no son Maderistas, son Porfiristas, liberales o anarquistas.

—¿Y usted de qué lado se posiciona?

Aquella era la pregunta más repetida esos días. Melquíades, por prudencia y porque nunca se sabe de qué lado va a caer la moneda, evitaba una respuesta comprometida aunque en su foro interno desaprobaba a Porfirio Díaz al que muchos, en sus inicios, apodaron el Llorón de Icamole, por su falta de escrúpulos morales y su sangre fría al amparar crímenes execrables contra los más desfavorecidos.

—Del lado del Padre Misericordioso —apuntó en cambio.

—Puedo jurarle, padrecito, que tal como andan los ánimos si el general se quiere quedar en palacio lo van a ir a echar jalando gatillo. —Auguró Guadalupe—. ¿No se iba a retirar? Ahora le dio el arrepentimiento al viejo chocho.

—Veremos cómo juega sus cartas Madero.

—Todo ha de cambiar para que todo siga igual. —Se pronunció Rafael mientras ojeaba una estantería de libros. Había leído la mayoría de esas obras años atrás. Su afán lector se había mantenido inalterable desde entonces—. La gente necesita creer que el cambio es posible. Se alimentan de esa esperanza mientras los políticos se ladran.

—Rezo para que todo cambie de forma pacífica pero, desde donde yo lo veo, esto va a acabar como el rosario de la Aurora.

—¿Por qué cree eso, padre? —Se interesó Guadalupe.

—Porque cada perro es de camada diferente, se ladran y no se entienden.

Rafael se sorprendió con la simplicidad y certeza de aquella visión. Sonrió

apenas ante el desconcierto de Guadalupe. En ese momento se percató del gesto fatigoso de Melquíades. La tertulia había acortado su noche. Tras un gesto suyo, Guadalupe se puso de pie, apuró el contenido de su copa y la dejó sobre la mesa.

—¿Ya se van? —interpeló el padre con cierta decepción.

—Es tarde. Mañana regresaré a verle —prometió Rafael. Sus palabras parecieron conformarlo pues de seguido se puso en pie y los acompañó hasta la puerta.

—Prométeme que vas a leer esos papeles.

Rafael afirmó con la cabeza de mala gana. Remover en su pasado era como remover el estiércol, mejor era dejarlo secar antes de pisarlo.

Se alejaron de la casa a tranco generoso. No pasó mucho tiempo antes de que Guadalupe hablara.

—¿Crees que ese gachupín era rico? —Rafael respondió con un gesto inconcreto, con pocas ganas de hablar. Guadalupe siguió sus zancadas en silencio antes de abordarlo de nuevo—. Ahora sí te veo todo *elegantoso* con bastón fino y anillo en el puro. ¡Vayamos a celebrar! Según supe hay una cantina y por la noche se pone hartito animada con música y damas. Una cosa así es de festejar.

—Esta noche no estoy de humor. Mejor ve tú.

—¿Estás seguro?

Rafael se limitó a gruñir algo a modo de despedida antes de seguir camino.

La fonda tenía el portón echado pero antes de que su mano alcanzara el llamador metálico esta se abrió con un quejoso chirrido. Le sorprendió toparse con la Morocha o quizás no. Rafael había descubierto que, al hacerse hombre, su rostro arrebatava a las mujeres. A escondidas, Guadalupe y el resto de sus hombres se burlaban de ello, le llamaban «el bello», incluso hacían apuestas de cuánto tardaría tal o cual mujer en ofrecérsele. Rafael solía ser escrupuloso en sus conquistas. No se encamaba con cualquiera como al parecer el resto de los hombres hacían pero, cuando la necesidad se hacía urgencia, no le hacía ascos a una buena revolcadita.

—¿Ya de regreso? —saludó la Morocha que al entrar él se apoyó en el portón cerrado—. Por ahí le tengo una botellita de tequila por si quiere quedarse y platicar de los viejos tiempos.

—Ando cansado del viaje.

—Unos tragitos no más —insistió la Morocha con una sonrisa que indicaba un interés más profundo.

—Otro día quizás.

—Órale, se la apunto y ni crea que se me va a olvidar.

Rafael sacudió la cabeza y cruzó el patio ante la mirada desilusionada de la mujer. Con un suspiro, esta se cerró el embozo y regresó a su cuarto dispuesta a retomar su ofensiva en la mañana. Hombres como Rafael El Negro hay que lazarlos según se presentan.

Rafael rumió sobre los acontecimientos de aquel extenso día tendido en su lecho. Volver a ver al padre Melquíades había iluminado las partes sombrías de su conciencia, lo había redimido de sus errores pasados. Quería al clérigo como a un verdadero padre y hasta ese día no se había percatado de lo mucho que lo había añorado. Por otro lado, la revelación de la identidad de su verdadero progenitor abría más interrogantes de los que respondía. Con fastidio prendió la bujía de la lamparilla de noche tanteando el cobertor hasta dar con los documentos entregados por el Melquíades. Los leyó uno por uno, documentos administrativos, notariales y judiciales en su mayoría donde poco o nada se decía del tal Víctor Ugalde. Inevitablemente pensó en su abuela, la mujer encargada de criarle tras la muerte de su madre. Sus recuerdos sobre Fidela se habían transformado en imágenes desenfocadas por la lente del tiempo, pero aún podía evocar la apariencia frágil de una mujer desgastada por una vida dura, sus manos huesudas como patas de gallina y el color terracota de su piel mestiza. Si profundizaba en sus recuerdos podía verla trajar recitando conjuros en la lengua de los «abuelitos» en tanto alistaba hierbas y plantas para colgarlas en los horcones del techo. «De a poquito a poquito se llena el jarrito, m'hijo», solía repetir con el tono descendente de las gentes de la serranía. Uno de los últimos recuerdos que conservaba de ella

giraba en torno a una visita al Pinal del Zamorano donde se practica el culto al agua y habitan las ánimas de los «abuelitos», creencia que Rafael, pese a su educación cristiana bajo la tutela del padre Melquíades, aún mantenía viva en su interior. Esos mismos antepasados parecían aullar en su cabeza clamando por la tierra arrebatada por los Montemayor.

Con la mente embotada cedió ante el cansancio de su cuerpo, arrojó a un lado los papeles y apagó la luz. Su sueño fue intranquilo, plagado de pesadillas. Daba vueltas sobre el colchón de lana de borrego sin hallar acomodo para despertar en mitad de la oscuridad envuelto en sudor frío. Las señales eran obvias. Los antepasados reclamaban su atención y no le dejarían descansar hasta que ellos no pudieran hacerlo.

Al alba lo asaltó un duermevela intranquilo carente de descanso. Agotado de bregar con las pesadillas que lo acosaban se frotó el rostro con una mano para sacarse el sueño. Le tronaba la cabeza como si hubiera bebido mezcal a brazo partido. Se refrescó el rostro con el agua de una jarra. Se vistió con ropa limpia y salió al patio donde lo recibió el olor dulzón del limero y el sonido alegre de la fuente. Cruzó el patio y el portón. Fuera, Chucho atendía a sus quehaceres envuelto en su *jorongo* pues la mañana era fresca. Al verle se detuvo con un cubo de agua en la mano y tartamudeó un «*Quiubole*». Rafael ignoró la curiosidad del niño para dirigirse al cobertizo donde Chucho lo siguió con la determinación de un perrillo faldero. Se apostó junto a la entrada y lo espío descaradamente mientras Rafael recogía su silla y herrajes de un banquillo cercano.

—Ese zaino es bien corajudo, le gusta patear —se quejó Chucho dispuesto a entablar conversación.

—Azrael tiene su carácter como cualquier persona —habló Rafael, lo hacía en un tono suave, casi balsámico, como le había enseñado hacer Mala Vida mientras alzaba el bozalillo y lo deslizaba por la testa greñuda del zaino. Ajustó el freno y las riendas con dedos ágiles sin dejar de acariciar los belfos aterciopelados—. Le gusta que le hablen como a niño y le consientan como a mujer.



Chucho rio ante la comparación. Vio cómo Rafael le colocaba el sarape y la mantilla con la costura al lomo antes de cinchar la silla. El caballo no se dio ninguna maña y obedeció a las silenciosas indicaciones de su amo con precisión. Chucho se dijo que algún día le gustaría parecerse a ese forastero de facha peligrosa y tener un caballo como aquel.

—El señor Arístides monta un cuaco también, pero el suyo es bien pajarero. Rabea más que mula.

Aquel nombre hizo que Rafael se enderezara para volverse hacia el muchacho que, ignorante de su súbito interés, lo miraba con las manos hundidas en los pantalones de jerga.

—Y ese tal Arístides Rosales ¿viene mucho por acá? —inquirió sucintamente solapando el apellido del asesino de su abuela en la pregunta.

—De tanto en tanto para a visitar a la Morocha —respondió Chucho sin percatarse de la trampa—. Ellos son... bueno, amigos.

La voz de la Morocha retumbó en el patio justo en ese instante reclamando a Chucho, que se apresuró a tomar el cubo olvidado a sus pies.

—¡Ahí le voy! —respondió arrastrando los pies con flojera cuando el llamamiento se repitió estridentemente.

Rafael meditó acerca de lo que Chucho acababa de rebelarle. Sopesó con cuidado la información. Como percibiendo su desasosiego, Azrael sacudió las crines. Rafael lo condujo al exterior del cobertizo donde la mañana se desperezaba bajo los primeros rayos de sol.

La irrupción de Rafael en el patio detuvo la acalorada regañada de la Morocha.

—Buen día, no sabía que estaba con Chucho —se sorprendió la mujer intentando poner orden en su cabellera.

—El chiquillo estaba ayudándome —informó Rafael sujetando las riendas contra la empuñadura de machete de su silla.

La Morocha se admiró una vez más del atractivo del campero. Ni siquiera la barba de varios días que oscurecía sus mejillas desmerecía. Se apuró a

seguirle como instantes antes había hecho Chucho.

—Pues ni modo, pero ya sabe usted cómo son estas criaturas, alborotadas y distraídas —iba diciendo. Los ojos azules del hombre la miraron bajo el ala de su sombrero. Ella rio nerviosa, inquieta ante la profundidad de su sondeo.

—¿Es su hijo?

—¿Mi hijo? ¡No! ¿Cómo cree? Es el hijo de un maleante malogrado, su abuela me rogó que le diera trabajo y pues, una tiene buen corazón. Pero ya ve, la traen a una tirándoles la cuerda todo el santo día.

—Pues tenga cuidado con la cuerda no vaya a romperse —sentenció Rafael antes de alzarse con un poderoso movimiento en la grupa de Azrael sin dar uso al estribo. El movimiento obligó a la Morocha a hacerse a un lado para evitar el corveteo del caballo.

Desde el extremo del patio, Chucho lo observó lleno de embeleso. Ante sus ojos jinete y montura parecían integrar un invencible centauro cuando se dirigieron hacia el camino y partieron a carrera tendida dejando tras de sí una estela de polvo que el viento arrastró a su capricho.

## Capítulo 3

El interior del carruaje era un horno, el aire caliente del Bajío penetraba como aliento de dragón por las ventanillas entreabiertas haciendo inútil el delirante abanicar de las damas e impregnando sus cuerpos de una fina película de sudor. Los cuatro ocupantes, tres damas y un caballero, respiraron aliviados cuando la recua de caballos cruzó bajo el zaguán de entrada y tomó el camino de terracería bordeado de ahuehetes y tepozanes hasta la Casa Mayor de Arroyo Negro. La imponente casa se alzaba entorno a un patio de arquería con forma de U. Sus gruesos muros recubiertos de cal tintada presumían de ser de los más antiguos de San Miguel.

Pertrechado bajo su sombrero, Rafael era inmune a la inclemencia del sol. Oculto en las sombras del extenso jardín, sus ojos observaban sin perder detalle. Con inicua curiosidad observó el carruaje cuando este se detuvo frente a la entrada principal. Un peón corrió hacia la portezuela. César Montemayor fue el primero en descender. Lo reconoció nada más verlo, el paso del tiempo había otorgado a sus sienes un matiz blanquecino y cierta holgura a sus medidas. Su porte quizás no fuera soberbio pero sí elegante. Rafael apretó los puños con cólera renacida. Sí, reconocería ese rostro hasta en el mismo infierno. El sabor amargo de la rabia le llenó la boca. Aquella hidra de siete cabezas había sido por años su compañera más fiel.

Esa mañana, tras solicitar la guía de los antepasados con una ofrenda de tequila ante el nicho de Fidela, había determinado que las circunstancias reveladas por el padre Melquíades respecto a su padre era una señal, un indicio de que el momento de hacer justicia había llegado. Desde su escondite, Rafael estudió a su enemigo profundamente perturbado por la amalgama de sentimientos que lo recorrían. Ante su mirada, César Montemayor se tomó unos momentos en recomponer su imagen de hacendado caballero ajustándose el sombrero antes de ofrecer su ayuda al trío de damas que lo acompañaban.

Por rango, la primera en descender fue Aurora de Montemayor, la segunda esposa del hacendado. Rafael comprobó que se trataba de una mujer voluptuosa. Se decía que era coqueta y veleidosa y que detestaba su vida en la hacienda. La siguió María Fernanda Montemayor, su cuñada, que como una antítesis de la anterior, vestía de negro de pies a cabeza, su único adorno el inevitable crespón de encaje negro. Era una solterona de las de misal y mantilla. Rafael reconocía a las de su clase, continuamente alerta sobre las imperfecciones ajenas sin tener en cuenta las propias.

Por último, fue el turno de una muchacha de la que no distinguió el rostro por llevarlo cubierto con un discreto sombrero que daba sombra a sus facciones. Tenía un aire etéreo y delicado que lo atrajo irremediablemente. Intentó verle el rostro que ella mantenía vuelto pero fracasó.

El pórtico quedó desierto cuando la comitiva penetró en el interior de la casa. Rafael permaneció escondido entre las sombras del jardín por unos minutos más al arrullo de las fuentes y estanques. Al cabo se escabulló hacia una de las tapias que rodeaban el casco de la hacienda, cruzó hacia el campo más próximo donde Azrael ramoneaba bajo la sombra de un sicómoro.

Cabalgó de regreso concentrado en sus propios pensamientos sin apreciar el paisaje del Bajío. La tarde estaba avanzada cuando dejó atrás los límites de Arroyo Negro. El ocaso mostraba ya sus primeros colores bañando con su luz anaranjada la tierra salpicada de magueyes, mezquites y garambullos.

El padre Melquíades no reparó en su semblante serio cuando lo hizo pasar a la sala y lo invitó a tomar asiento.

—Estaba tomando un poco de café —comentó abandonándose con un suspiro sobre su silla.

Rafael aceptó un jarrillo. Degustó un primer sorbo con sabor a canela. Guardaban silencio mientras sorbían, cada cual concentrado en sus propios pensamientos. El silencio siempre les había gustado a ambos. Pero en esta ocasión al padre Melquíades le impacientaba su deseo de saber.

—¿Y bien? ¿Has pensado cómo lo vas a hacer? —inquirió al cabo.

Rafael inclinó el torso sobre sus piernas y apoyando las muñecas sobre sus rodillas se dedicó a contemplar el fondo de su jarrillo como si los posos pudieran dar respuesta a sus pensamientos más secretos. El padre Melquíades alzó las cejas. La parquedad de Rafael parecía haberse acentuado con el paso de los años, al contrario de su paciencia.

—Aceptaré el apellido de ese hombre —dijo al fin. El padre Melquíades mostró su satisfacción con un cabeceo—. Quiero que usted se encargue de todos los trámites.

—Con gusto.

Volvieron a quedar callados, sorbiendo tranquilamente de sus jarrillos, al cabo el padre Melquíades rebuscó en el primer cajón de su mesa. Sacó algo que hizo sonreír a Rafael cuando lo depositó en la esquina del escritorio. Un dulce de tamarindo.

—Anda, tómalo —ordenó como cuando Rafael era pequeño—. Antes no eras tan remilgado, siempre te dabas tus mañas para meter la mano en el cajón —opinó el párroco tomando uno para sí. El dulce era uno de sus pocos vicios. Los dedos de Rafael jugaron con el dulce, lo sopesó en su mano como quien sopesa los recuerdos de toda una infancia.

—¿Sabe, padre? Nunca le agradecí todo lo que hizo por mí.

—No tienes nada que agradecer.

—Cuando me recogió podría haberme enviado a un hogar para huérfanos, pero me ofreció su hogar, una educación, y yo no he sabido agradecerse como merece. Usted esperaba mucho de mí, quizás no supe estar a su altura.

—Entre los dos había confianza, Rafael. Debiste decirme que no estabas de acuerdo con mi decisión de enviarte al seminario, hubiéramos buscado una solución.

—Era joven y estúpido y no quería decepcionarle pero, créame, carecía cualidades para ser un buen clérigo.

—Ambos cometimos errores entonces.

—No se juzgue duramente. Hizo lo que pudo por mi salvación.

Marcela Fonseca se enderezó sobre su silla al escuchar los pasos frente a su puerta, buscó con los pies descalzos sus zapatillas y adoptó una pose más decorosa tras arrojar detrás de un cojín la partitura de música que en esos momentos estudiaba. Tomó su rosario de ópalo del posabrazos en el momento justo en el que la manilla de la puerta se movía para dar paso a su tía María Fernanda.

—Dios te salve, Reina y Madre, de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra —improvisó—. ¿Tía? ¿Quería algo? —fingió mostrándose sorprendida. Con el tiempo había adquirido habilidad para el disimulo frente los ojos censores de su tía.

Su tía María Fernanda permaneció allí parada, con el ceño fruncido sobre la nariz como un pájaro de mal agüero envuelto en sus ropajes negros. ¡Qué sensación más desagradable le producía siempre su mirada! Como si fuera la culpable de algún pecado execrable, como si su fin fuera acomplejar a su espíritu.

María Fernanda dirigió a su sobrina una mirada recelosa. ¡Cuánto se parecía a su difunta hermana! El pensamiento contrajo sus labios en una mueca. Era su responsabilidad evitar los infortunios de semejante herencia. Marcela necesitaba un referente de moralidad, rectitud y oración. Se había propuesto aniquilar de su índole toda tendencia pecaminosa a base de disciplina y catecismo. Volvió a reparar en su aspecto.

Se equivocaba, puede que Isabel hubiera sido una mujer hermosa pero su hija la superaba con creces, pensó llena de acritud. Isabel había poseído encanto y un don natural para hacerse querer. Marcela había heredado aquella mezcla de candor y sensualidad tan obscena y que tanto arrebatava a los hombres, pero al contrario que su madre no era consciente de su poder.

—Tu tío César ha tenido que salir a atender unos asuntos en San Miguel y tu tía Aurora se ha ido a recostar, dice que tiene jaqueca. —Su tono varió de manera imperceptible al referirse a esta última. Ambas mujeres se detestaban con intensidad, pero escondían sus profundas diferencias bajo un velo de cínica cordialidad—. Me pidió que te recordara su visita de mañana, no sé

qué van a hacer ustedes dos por San Miguel cuando aún no han puesto un pie en la casa y todo está manga por hombro. —Lanzó un suspiro al aire como si tuviera que lidiar con una enorme tarea—. Yo tomaré un té en mi cuarto, debo preparar el estipendio semanal de las domésticas. Nadie en esta casa se toma la molestia de esos asuntos.

Ese «nadie» se refería a su tía Aurora, devota practicante del *dolce far niente*, a quien María Fernanda tachaba en la intimidad de floja y manirrota. Por supuesto, si algún día la esposa de su tío decidiera tomar las riendas de Arroyo Negro como señora de la casa y la destronara, el drama se escribiría con letras mayúsculas. Pero, por el momento, el precario equilibrio de la paz doméstica se mantenía a salvo, María Fernanda disfrutaba demasiado de su autoridad y su cuñada de la independencia que ello le otorgaba.

—Está bien, tía. Yo he tomado algo en las cocinas.

—Vas algo retrasada en tus oraciones —observó alzando una de sus cejas decoloradas y acentuando su gesto de desconfianza. Había sido ella quien había insistido para que Marcela obtuviera los privilegios del escapulario de la virgen del Carmen de la cual la familia era devota, lo que implicaba que la joven estaba obligada a rezar tres Aves Marías todos los días.

¡Cómo detestaba Marcela aquel gesto! ¡Cómo detestaba aquellos ojos! Eran opacos, como los de uno de esos trofeos de caza disecados. Tras ellos no había vida. Detestaba también su rostro de cera y sus labios finos que se retorcían como alambres oxidados cuando se veían obligados a sonreír. Su gélida belleza estaba empañada por el paso de los años y un rictus de sempiterna amargura. Perpetua, su nana, solía asegurar que su tía tenía la sangre hecha vinagre. Envuelta en aquel halo de puritanismo religioso y severa moralidad dividía el mundo en dos clases de personas: las impías y las, como ella, temerosas de Dios.

—Ha sido por el viaje...

María Fernanda alzó una mano interrumpiendo sus excusas.

—No importa, está bien —suspiró magnánima antes de salir del cuarto. Aquel era un rasgo que le gustaba exhibir en contadas ocasiones. La hacía

sentir regia, imaginó Marcela.

Marcela exhaló una lenta bocanada de aire tras su marcha. Arrojó a un lado el rosario y tras ponerse en pie se acercó al balcón. La luz plateada de la luna llena teñía la noche, se filtraba a través de la espesura de los árboles del jardín formando charcos irisados sobre el parterre. Acosada por la inquietud su mirada se perdió en las sombras. En su soledad soñaba con una vida distinta, al observar las estrellas deseaba estar tan lejos como ellas, al sentir la brisa en su piel ansiaba gozar de la libertad del viento para el que no existía muros ni paredes.

—¡Aquí estás! —La sobresaltó la voz de Perpetua tras días sin verse. La expresión risueña de su nana cambió al detectar el gesto contraído de la joven —. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

—Nada... Todo. El viaje ha sido insoportable sin ti. ¿Dónde estabas? Te anduve buscando por toda la casa.

La mestiza rio abriendo sus brazos. Se trataba de una mujer alta y enjuta, con los rasgos severos de algún antepasado chichimeca. Llevaba el cabello negro repeinado con raya en medio y dos gruesas trenzas alrededor de la cabeza jalonadas con listones de colores. A Marcela le gustaba pensar en ella como en una antigua princesa india. Ella misma deseaba haber tenido su mismo tono de piel, presumir de ser mitad india, mitad blanca.

—Venga acá, mi niña triste. Yo también la extrañé, la imaginaba en compañía de «esas personas» y se me caía el alma a los pies.

Marcela se refugió en sus acogedores brazos llena de desconsuelo, se dejó abrazar y acunar como cuando era niña. Aspiró el olor a canela de la mestiza, el olor de su niñez, y se le alivió la pena. Con el rostro apoyado en su hombro cerró los ojos mientras el sosiego la envolvía.

—El viaje en tren ha sido lo peor, mi tía Aurora no ha parado de quejarse y mi tía María Fernanda de reprenderla.

—¿Y tu tío?

—Ya le conoces, callado como muerto.

—¿Y qué han hecho por la capital?



—Nada interesante. ¿Te acuerdas cuando mis papás regresaban de alguna de sus reuniones? Siempre parecían tan contentos.

—Siempre te esperabas despierta en la escalerita de la cocina como búho sin sueño —rememoró con un suspiro melancólico—. Es tarde para estar mirando estrellas —dijo haciéndola entrar. Le señaló la silla del tocador y Marcela se sentó dócilmente en ella. Perpetua le fue quitando una a una las horquillas, deshaciendo su gruesa trenza rubia—. Pero a ver, cuéntame, ¿qué tanto han hecho?

Marcela cerró los ojos dejándose hacer.

—Sonreír y asentir—. Marcela emitió un quejido—. ¡Ay, Perpetua! De veras que no soporto a mis tíos.

—¡Pues vámonos! ¿O quieres quedarte aquí y que se te contagie la amargura?

—¿Y dónde iríamos tú y yo? No tenemos dinero ni lugar donde ir.

—Ya veríamos cómo hacerlo. Tú podrías ganarte tus pesitos con tus clases de música y yo haciendo afeites, bordados o cualquier otra cosa. Nos las arreglaríamos bien, de veras. —Marcela guardó silencio. Aborrecía aquella cobardía que la mantenía atada a los Montemayor—. Me dijo Benita que mañana iremos a San Miguel —comentó Perpetua cambiando de tema para no afligirla.

—Mi tía Aurora me pidió que la acompañase.

Al acostarse la mestiza tomó lugar sobre la cama para masajearle la espalda. Marcela emitió un suspiro de placer dejándola hacer. Observó a través de las pestañas los rasgos mestizos de su nana. Solo gracias a su empeño había conseguido hacer frente a la melancolía en que se había sumido tras la muerte de sus padres y amoldarse a su actual existencia como quien se encaja un zapato que le viene chico. De no haber sido por Perpetua, Marcela se hubiera dejado morir de pena.

—¿Qué tanto sonríes? —inquirió Perpetua sin alzar la mirada.

—Cuéntame la historia de mi nombre —rogó pese a haber escuchado esa historia cientos de veces.

—¿Otra vez? ¿Es que no te cansas nunca de oírla? —Marcela negó mientras se acomodaba en los almohadones—. Está bien, a ver, déjame que piense.

—Fue al poco de la visita a lo de doña Matilde —le recordó.

—¡Ah, sí! Tu mamá regresó de su consulta. Era diciembre y teníamos la casa alborotada con la celebración de Navidad y las posadas que en Puebla son costumbre. Tu papá estaba en su despacho escribiendo uno de esos ¿cómo se dice?

—Artículos.

—Uno de esos. —Alzó el rostro y su mirada se volvió brillante ante sus recuerdos—. Ya era director de la escuela civil y se ganaba sus pesos escribiendo en todos esos semanales. Recién habíamos cambiado de casa, esta era bien bonita y cerca de la calle de los Sapos. ¡Ay, niña! Nunca vi a nadie quererse tanto como a tus papás, se les notaba el amor en la mirada y cuando andaban cerca hasta chispitas saltaban. Desde bien pronto anduvieron con el antojo de un hijo pero tu mamá no se quedaba preñada porque decía que tenía la matriz fría. Yo le preparaba tés de damiana y hojas de frambuesa cada mañana. Y cuando casi habíamos perdido la esperanza, la Guadalupana le logró el milagro. —Los ojos de Perpetua se iluminaron ante el recuerdo—. Imagínate tu papá cuando se enteró, si hubiera podido lo hubiera cantando desde el campanario más alto. En las posadas de ese año festejamos por todo lo alto, adornamos el patio con hilos de heno y faroles y recibimos tantos invitados que hasta el ponche se nos terminó. No eran como esa cosa sosa y aburrida que hace tu tía por acá, rezando rosarios y glorias, allá se cantaban villancicos con los pulmones bien llenos mientras tu mamá acompañaba al piano, todos los invitados portaban su velita y se las pasaban hasta la madrugada. —Se detuvo con la mirada perdida y la mente puesta en aquel tiempo feliz para ella—. Ese año la fiesta fue doble cuando tu papá anunció el embarazo. Nos hizo brindar a todos con ese vino francés tan caro.

—Champán. ¿Qué fue lo que dijo?

—¿Por qué quieres que te lo repita? ¿Que no lo sabes ya de memoria?

—«Por mi esposa, luz de mis ojos, y por la hija que crece en su vientre». Pero dime, nana, ¿por qué estaba tan seguro de que yo sería niña?

—¡Vaya el diablo a saber! Ni tu mamá se atrevió a replicarle —rio—. Pero ya que fue tu papá quien decidió que fueras niña, ella insistió en elegirte el nombre y se empeñó en Marcela por la monjita de la historia.

—La del Marqués de la Villa del Villar y Sor Marcela.

Desde el lecho, Marcela sonrió medio dormida. Ojala ella despertara tanta devoción en un hombre algún día. Pensó con vaguedad en su tía Aurora y en su visita de mañana. No le gustaba Aurora de Montemayor, siempre preocupada por su aspecto externo sin importarles el interior, componiendo sonrisas y falsas adulaciones entre sus amistades para luego despacharse con ellas con lengua viperina: «Se han fijado cómo la esposa del señor Betancourt rebosa de su vestido». Su lengua tenía doble filo, por un lado despellejaba y por otro apuñalaba. Marcela sabía que su insistencia para que la acompañara a San Miguel era interesada. Marcela y Perpetua suplían la falta de una chaperona que de otro modo tendría que llevar pegada a sus talones por imposición de su tía María Fernanda.

Marcela aprovechaba muy bien esas horas de libertad, las exprimía como se exprime un limón, paseando del brazo de Perpetua por las calmosas calles de San Miguel, tomando un helado en la *nevería* pareja a la tienda donde Perpetua se pertrechaba de compuestos para sus afeites o hilos para sus bordados. También visitaba al padre Melquíades, al que la unía una gran amistad a raíz de su pasión por la música y la lectura. Ambos habían coincidido con ocasión del bautizo de Armando González, hijo de uno de los peones de la hacienda, y luego de una larga conversación habían acordado intercambiarse algunos títulos. Sus encuentros con el padrecito tenían lugar en secreto, a escondidas de su tía María Fernanda, quien consideraba al religioso demasiado tolerante con la chusma y poco riguroso en sus preceptos. Marcela en cambio lo tenía en gran consideración. En su opinión, era lo más cercano a

un santo que había conocido. Sus maneras suaves, mirada envolvente y sonrisa perenne podían ganarse al mismo Lucifer.

Bostezó y alcanzó a abrir un ojo cuando Perpetua le unció una cruz en la frente a modo de bendición.

—Que descanses.

Marcela murmuró algo sumergida ya en un sueño profundo.

## Capítulo 4

Aurora de Montemayor ojeaba con escaso interés la revista «La mujer Mexicana», que al precio de veinticinco centavos había adquirido en su visita a la capital del estado. Los aburridos artículos de Dolores Correa sobre la liberación femenina y su emancipación le parecían estúpidos, abocados al fracaso más absoluto. La mujer estaba hecha para la complacencia del varón, para ser el ángel custodio del hogar, recibir la seguridad de un marido y disfrutar de su riqueza, no para ir por ahí clamando por su libertad. Al cabo arrojó la revista a un lado, lejos de la tina de agua caliente en la que se hallaba sumergida, y emitió un suspiro tedioso. ¿Quién no deseaba ser mantenida como una reina?, pensó observando los elegantes detalles que ella misma había elegido en el exclusivo almacén de Decoraciones Claudio Pelladini. Su habitación era el único reducto de aquella despreciable casa que consideraba verdaderamente suyo. Allí las narices de María Fernanda no podían husmear.

Su mente divagó sobre los primeros recuerdos de su esposo. Había conocido a César Montemayor hacía cinco años en una reunión social en la capital queretana a donde había viajado en compañía de su hermano y su cuñada Anita. Alguien se había apresurado a susurrarle al oído que aquel era uno de los hombres más ricos del estado y que andaba en busca de esposa después de enviudar. Ella había reparado en su aire marcial, en la rigidez de sus modales, en su risa bronca y en la seguridad con la que se conducía. La había seducido ese aura de poder que otorga el dinero, ese barniz que tamiza y embellece cualquier otro defecto.

Por aquel entonces, César Montemayor contaba con cuarenta y nueve años bien llevados, las mujeres consideraban muy atractivo su bigote alicaído, sus patillas encanecidas y su robustez. Se decía que tenía buenas relaciones entre los porfiristas más renombrados y que su deseo de poder era comparable a su

deseo de un heredero.

El hacendado se interesó en ella en aquella primera reunión, pidió ser presentado en la segunda y se declaró su ferviente admirador en la tercera. Al término de un mes estaban comprometidos en un ir y venir de bailes rosas, paseos en la alameda y tertulias conformadas por lo más granado de la sociedad capitalina, personas refinadas de modales impecables que nunca se alzaban la voz si no era para brindar. Un círculo social cerrado al que solo se accedía por nacimiento.

Aurora imaginó su vida de matrimonio en los mismos términos, pero San Miguel resultó ser el lugar más aburrido y mojigato de la República. En aquel roñoso pueblo perdido en el bajío, la vida social se limitaba a peleas de gallos y *jaripeos*.

Su única compañía era su cuñada, María Fernanda, a la que a duras penas soportaba. La arpía manejaba la casa mayor con puño de acero y pronto dejó de manifiesto que no toleraría ninguna injerencia de su parte. Entre ambas mujeres se libraba una batalla de poder silenciosa. Aurora obtenía un inigualable placer desafiando su autoridad, escandalizándola con cuanto tenía a mano. Y María Fernanda no perdía ocasión de censurarla, de restregarle las perfectas cualidades de su difunta cuñada, María Teresa de Montemayor, conocida por «doña Tete», que había dejado este mundo por debilitamiento de corazón (quizás por puro tedio). «Si antes de reunirse con nuestro Glorioso Creador hubiera dado a mi hermano un hijo, él no se hubiera visto en el compromiso de casarse de nuevo», dejó caer en cierta ocasión mientras aferraba su medallita de la virgen con devoción.

¡Alacrana! ¡Estropajo reseco! ¡Si supiera cuánto la detestaba! La hacía sentir inútil en la tarea de engendrar un vástago para los Montemayor. Sus infructuosos esfuerzos aumentaban los menosprecios de María Fernanda.

¿Qué podría saber una solterona de lo atareado que resultaba la concepción? En ocasiones sentía cómo la amargura iba llenándola como una botella vacía. Cualquier día reventaría de puro hartazgo.

Por mera perversión se acarició entre las piernas. Pensó en los ímpetus de

su marido y su deseo se apagó. Últimamente su imaginación solo se estimulaba cuando se veía en brazos de otros hombres, hombres como Rosauero Barredo, el más audaz de sus admiradores, que alimentaba su vanidad colmándola de cumplidos desvergonzados. ¿Acaso la creía tonta? ¿Pensaba, quizá, que no se daba cuenta de que su mirada se dirigía en primer término a su escote siempre que tenía ocasión? Una sonrisa con trazas de descaro sesgó sus labios.

La solución a sus problemas era un hijo que le diera el poder del que carecía frente a María Fernanda. Sabía que César la premiaría con cualquier deseo si ella conseguía embarazarse.

Al notar el agua fría se envolvió el cuerpo en un lienzo de tela y abandonó la tina. Tras vestir su camisón se acomodó frente a su tocador y llamó a una de las muchachas para que la atendiera. Sobre su escritorio descansaba el pliego enviado por Beatriz de Azcona. Lo releyó de nuevo muy intrigada.

«Querida amiga:

Le ruego ponga todos los medios a su favor para visitarme, le tengo una sorpresa muy grata».

Beatriz de Azcona, esposa del ilustrísimo Reinaldo Azcona, actual alcalde de San Miguel, era una de sus pocas amistades en el pueblo. Ambas se habían visto atrapadas en aburridos matrimonios y añoraban los estímulos de la ciudad y la frenética actividad de su vida social.

Los desayunos eran servidos en el comedor adyacente al jardín. Esa mañana, César Montemayor ocupaba el lugar preferente en la cabecera de la mesa en tanto ojeaba *El Ahuizotle*.

Los cubiertos contra la vajilla de porcelana era el único sonido que rompía el silencio. Dos domésticas ataviadas con delantales blancos y blusa de cuello cerrado se movían alrededor de la mesa retirando platos o sirviendo más café con formalidad marcial como en una representación teatral.

César Montemayor exhaló agraviado ante la grafía del presidente como un gran cuervo sobre la bandera nacional. Arrugó el diario y lo arrojó lleno de

desprecio al suelo.

—¡Perros aulladores!

—No sé por qué te empeñas en leer esa basura —suspiró María Fernanda—. Siempre acabas hecho una furia.

—Uno debe de estar al tanto de los movimientos de sus enemigos. El país es caldo de cultivo de traidores, incluso aquí en San Miguel esos bastardos liberales han plantado su semilla.

—Con el consentimiento de nuestro querido alcalde —opinó María Fernanda, que de un tiempo acá veía como parte del problema la permisividad del otrora buen amigo de la familia.

—¿Estás insinuando que Reinaldo Azcona apoya la causa Maderista? —intervino Aurora, ligeramente molesta.

—Solo digo que debería tratar con mano dura a los insurrectos. A veces más vale prevenir que lamentar y que no está bien que te relaciones tanto con su esposa —dijo aplicando la esquina de su servilleta en la comisura de sus labios.

En ese momento, entró Perpetua embozada en un *quexquémetl* de fulgurantes colores y la conversación quedó interrumpida. Se detuvo junto a la puerta para anunciar que el carruaje estaba esperando sin molestarse en saludar. César clavó en ella su mirada, no le agradaba Perpetua, consideraba a la mestiza alzada y soberbia. Su interrupción impulsó a Marcela a apurar su vaso de jugo y ponerse en pie para salvar la situación.

—Permiso —susurró tomando la toquilla del respaldo de su silla. Le incomodaba la animadversión de los Montemayor hacia su nana y se las pasaba tratando de salvar los muebles.

—No corras, niña, es vulgar —sentenció María Fernanda antes de dirigirse a Perpetua—. ¿Y a ti nadie te ha enseñado a pedir permiso?

—No —pronunció Perpetua y sin más abandonó la sala con la espalda tiesa.

Marcela corrió tras la mestiza para no escuchar la escandalizada perorada



de su tía.

Aurora escondió tras su taza una sonrisa sibilina.

—Yo también debería apurarme —dijo dando un último sorbo a su café—. César, me gustaría que por una vez pudieras acompañarnos.

—Sabes que no puedo, mi reina, además acabamos de regresar de la capital. ¿Es que no te sirvió?

—César debe de ocuparse de asuntos importantes —se inmiscuyó María Fernanda para su desesperación.

Aurora arrojó la servilleta a un lado antes de ponerse en pie. Se alisó el vestido de lino, una creación en color pastel con blonda de encaje de Alençon que César le había regalado en su penúltimo viaje disfrutando del gesto de escándalo de María Fernanda al descubrir que no vestía corsé, tal y como mandaban las nuevas pautas de moda. Los cánones en cuanto a indumentaria de San Miguel, o mejor dicho de su cuñada, eran tan provincianos como obsoletos, no pensaba vestir como una matrona amargada solo porque María Fernanda lo dijera.

La mirada recelada de María Fernanda siguió el contoneo de su cuñada a la salida.

—¿Cuándo te va a dar un hijo? —inquirió a su hermano.

—No te incumbe.

—¿Que no me incumbe? Todos los días tengo que soportar a esa... haragana en mi casa. La trajiste aquí con una condición y si no puede cumplir mejor te deshaces de ella.

—Cumplirá.

María Fernanda apretó los labios hasta que estos se quedaron blancos. No confiaba en su cuñada y, ya puestos, tampoco en su sobrina y esa mestiza altanera. Si toleraba su presencia en la hacienda era por motivos cristianos, porque así se lo había rogado su hermana Isabel en su lecho de muerte, pero no sería por mucho tiempo. María Fernanda no olvidaría jamás el papel de la mestiza como trotaconventos en los amoríos furtivos de su hermana Isabel y

Eusebio Fonseca. Pero su venganza estaba próxima, si la madre no pagaba sus pecados por estar muerta, entonces pagaría la hija. Marcela ingresaría en un convento y allí se quedaría hasta que María Fernanda la requiriera para cuidarla en su vejez.

Hizo un apunte mental para interrogar al cochero acerca de las actividades de su cuñada y sobrina en el pueblo mientras se ponía en pie y se dirigía a La Asistencia, estancia de uso exclusivo que María Fernanda utilizaba tanto para ajustar a los criados como para llevar las cuentas de la casa.

La buena disposición de Aurora Montemayor se resintió al enfrentar la belleza de Marcela al pie de la escalera. La belleza de su sobrina política resultaba una nueva fuente de amargura. Sentía su juventud y lozanía como una amenaza, un recordatorio del ocaso de un tiempo en el que ella, Aurora Mellado, había sido la reina indiscutible de los salones donde las cabezas se volvían a su paso y las alabanzas se sucedían entre sus admiradores. En su último viaje a la capital, sin embargo, la silenciosa presencia de Marcela Fonseca había levantado una oleada de admiración que había opacado el interés que en otro tiempo ella suscitara. Su «vibrante belleza» fue muy comentada en la columna de «sociales», mientras a ella tan solo le habían dedicado un párrafo soso y aburrido.

En su opinión, Marcela no era más que un pajarillo frío e insustancial, carente de la picardía necesaria para sacar provecho de los dones que la naturaleza le había otorgado. Se comportaba como una princesa de hielo que mira a sus súbditos desde una torre de cristal. Su gélida indiferencia, sin embargo, no era para todos igual. Con su mestiza, Marcela se mostraba afable y cercana. También con los peones y sirvientes que hablaban de ella como de una santa. «Quizás María Fernanda no se equivoque mucho al quererla en un convento», pensó irritada.

—¿Lista, querida? —Escondió su antipatía tras una sonrisa artificial.

Marcela se limitó a asentir antes de seguirla hacia la entrada, allí se toparon con Arístides Rosales, capataz de la hacienda, que al verlas redujo la

velocidad de su paso hasta detenerse, se arrancó el sombrero de la cabeza y lo hizo colgar de las cintas de cuero. Se trataba de un hombre entrado en años, Marcela le había calculado sus cincuenta. Vestía siempre de negro de pies a cabeza, la única nota de color la otorgaba su *chalina* de un color granate y cinturón con hebilla de plata. Sus dientes asomaron tras su bigote de morsa al formular un saludo. Aurora Montemayor se detuvo siempre gustosa de lisonjas y palabras elogiosas.

—Señora de Montemayor, señorita Fonseca, qué placer comenzar así el día.

—¿Va a reportarse con mi esposo? —interrogó Aurora ansiosa por medir sus encantos frente a Marcela.

—Sí, señora —confirmó este espiondo de reajo la belleza de Marcela Fonseca—. Hoy se ve rebonita, señorita Fonseca, parece capullo de rosa —expresó mostrando su mejor gesto. Sus mejillas descolgadas fluctuaron bajo una sonrisa acechadora. Marcela se las compuso para no mostrar su desagrado ante aquel hombre cuyo velo de cortesía escondía una naturaleza sibilina y cruel que se desataba con aquellos que Arístides Rosales consideraba inferiores. Marcela la había intuido no bien había llegado a Arroyo Negro cuando fue testigo de cómo el capataz trataba a los peones. Tiempo después, sus pensamientos quedaron confirmados con las confidencias de algunos de ellos. Sus ojos oscuros la recorrieron de pies a cabeza con innata admiración varonil. Marcela la sintió con la misma repulsión que en cierta ocasión, siendo niña, jugando en el pilón de agua y sus dedos rozaron si saber un sapillo.

—¡Qué inspirado está usted hoy, Arístides! Qué lástima que tengamos que dejarle —interrumpió Aurora al atestiguar cómo el interés masculino se decantaba una vez más por Marcela.

—Señora... —Arístides se hizo a un lado—. Señorita Fonseca —enfaticó.

Marcela sacudió la cabeza y se apresuró a seguir a su tía al interior del carruaje.

Arístides aguardó hasta ver alejarse la galera. La sobrina del patrón le hacía temblar el ombligo. Claro que doña Aurora tampoco desmerecía. Pero

ella ya estaba casada y con su patrón, ni más ni menos. Pero la niña Marcela estaba aún «soltera y entera» y estaba *rechula*. Quizás fuera hora de hacer partícipe a Don César de su interés por ella, no fuera que otro se le adelantase.

La risa de César Montemayor tronó en el despacho al escuchar su propuesta.

—¿Tú y mi sobrina? Definitivamente te volviste loco, Arístides —suspiró al cabo el hacendado intentando recuperarse—. No tienes casta ni apellidos con qué igualarla. Hasta viejo te ves a su lado.

Arístides se aguantó el coraje y la vergüenza que la risa y las palabras de Don César le provocaron. Si hubiera sido otro hombre le hubiera pegado un balazo entre ceja y ceja, pero con Don César había aprendido a guardarse los arrojos.

—Por ahí andan diciendo que Doña María Fernanda la quiere encerrar en un convento y pues antes de que la fruta se estropee... —Se paseó por la estancia antes de detenerse—. Usted sabe que soy hombre de derecho y que podría mantenerla con decoro.

—A mi sobrina solo le gustan los zarrapastrosos y esa mestiza engreída. Mi hermana Isabel la educó sin seriedad ni criterio y ahí tienes el resultado.

—Yo podría cambiar eso. Sé cómo hacerle rienda a una hembra.

—Conozco tus artes con las mujeres y puede que resulten con esas viejas con las que te encamas, pero los golpes con mi sobrina no funcionarían, es testaruda la maldita.

—Jamás osaría violentar a su sobrina, la respeto como a la mismísima virgen.

—En cualquier caso, ella no es para ti y no te enojés si te digo que está muy por encima de tus posibilidades.

—Yo sé, Don César. Pero si usted me la concediera, nuestra deuda estaría saldada.

—¿A qué deuda te refieres?

—Bueno... ya usted sabe.

—Cuidado, Arístides, no me andes amenazando con eso.

—¡No! ¿Cómo cree? Solo digo que favor con favor se paga.

## Capítulo 5

La mañana no resultó tan calurosa como la del día anterior. Una agradable brisa recorría las calles de San Miguel, jugueteaba entre las frondosas ramas que susurraban a su paso como alegrándose de su presencia. Desde el carruaje, Marcela observó la calle Hidalgo y sus transeúntes. Allí, justo entre las calles Hidalgo y Guerrero, se erigía una columna en honor a la emperatriz Carlota. El águila de bronce que la coronaba había sido arruinada por un rayo, como si la madre naturaleza hubiera profetizado el fin del imperio y la posterior llegada de la independencia de la actual República. El carruaje se detuvo en las inmediaciones y su tía Aurora se apresuró a dejarles paso.

—No quieren acompañarme ¿verdad? Me imagino que tendrán sus propios planes. Las recogeré dentro de dos horas pero no se lo vayan a decir a María Fernanda, ya saben nuestro acuerdo —informó con una sonrisa que no ocultaba sus prisas por dejarlas atrás.

Perpetua y Marcela descendieron de la calesa y la vieron marchar por la calle Guerrero. Libres de cualquier atadura caminaron del brazo por la acera en sombra. Perpetua señaló el escaparate de los almacenes El Vasco donde se exponía un minúsculo catálogo de jabones de glicerina, polvos y afeites. Un cartel anunciaba blanco alquitrán de «Rieger» que Perpetua se había aficionado a usar con sus enaguas, lo que las animó a entrar. La mestiza era una virtuosa del regateo y siempre que podía exhibía sus habilidades entre los comerciantes. La cosa solía alargarse durante minutos y minutos, lo que impacientaba a Marcela, que solía matar su tiempo curioseando entre las bagatelas expuestas en tanto la discusión se acaloraba. Ese día, para evitarle el trago, Perpetua la animó a dejarla a solas.

—¿Por qué no te adelantas a ver al padre Melquíades? Yo te busco cuando acabe —propuso Perpetua ante la impaciencia de Marcela pese a que no era costumbre que una señorita de la «alta» anduviera sola por la calle. A

Perpetua los convencionalismos de semejante calibre solían parecerle absurdos y por tanto a no tomar en cuenta.

—¿De veras no te importa?

—No, ándale y ve con cuidado.

En la casa del padre Melquíades la recibió la doméstica del clérigo, una mujer de nombre Cándida, que Marcela saludó con una sonrisa.

—¡Señorita Fonseca! Gusto en verla, pásele, deje que avise al padrecito, no más. Acaba de llegar de los oficios.

—Mejor regreso en otro momento.

—No, ¿cómo cree? El padrecito nunca está ocupado para usted, sus pláticas lo entretienen tanto...

Marcela la siguió hacia el interior de la modesta vivienda. Aguardó en la antesala a que Cándida informara al padre en tanto se entretenía en admirar los cuadros que adornaban la pared y que siempre atraían su atención. Sencillas láminas de carboncillo con diversas representaciones camperas cuya impecable técnica siempre la sorprendía. Una firma aparecía estampada al pie de cada lámina, el nombre de Rafael se repetía en todas ellas.

Los pasos del padre Melquíades la obligaron a voltear la cabeza.

—¡Padre Melquíades! —exclamó contenta, inclinándose para besar su mano con reverencia.

—¡Mi querida muchacha! Ha pasado mucho tiempo desde su última visita, comenzaba a pensar que se había olvidado de mí ¿o es que su tía María Fernanda le ha prohibido visitarme?

—No, no —negó ella absteniéndose de decirle la verdad que no era otra que su tía ignoraba la existencia de esas visitas.

—Pero no se quede ahí, pase. Quiero mostrarle alguno de los títulos que he recibido de la capital. Estoy seguro de que le agradarán.

—Acá traigo su último préstamo —indicó en referencia a la última novela que el padrecito le había facilitado. Ambos compartían el mismo interés por la literatura, disfrutaban de animadas charlas acerca de sus escritores favoritos y

se intercambiaban títulos ocasionalmente.

—Vamos, siéntese. Sé que ha estado fuera unos días. No, no se sorprenda, ya sabe cómo son los pueblos, todo se habla.

—Acompañé a mis tíos a la capital del estado para el cabo de año de un familiar, un primo de mi mamá. Según Perpetua era su favorito y siempre le tuvo un cariño especial.

—¿Y le gusta nuestra capital?

—Sí, cómo no, me recuerda mucho a mi Puebla natal. —Su expresión se volvió melancólica al recordar su hogar—. Sus calles, sus iglesias...

—No vaya a ponerse triste. Mire lo que tengo aquí, recién llegado de Ciudad de México. —Melquíades se levantó para tomar un libro de tapas granate de la repisa que entregó a Marcela, ella lo revisó con interés reconociendo el título de inmediato—. ¿No me diga que lo ha leído ya? —inquirió con cierta decepción el clérigo.

—Mi padre coleccionó las entregas de La Rumba del Nacional pero nunca tuve ocasión de leerlas.

—Pues es todo suyo —dijo Melquíades complacido. Marcela le dedicó una sonrisa agradecida—. No deje que su tía lo vea o me acusará de querer influenciarla en contra de los de su clase.

—Mi tía tiende a ignorar a los miserables que pueblan las calles, no cree que merezcan su caridad cristiana. Los tilda de vagos, viciosos y malentendidos a los que hay que perseguir, incluso encerrar como si se tratase de delincuentes —reflexionó en voz alta ante la confianza que don Melquíades le otorgaba—. En mi opinión...

Marcela se interrumpió al sentirse observada. Al girar la cabeza su mirada se topó con la figura de un hombre de tez cetrina que, apoyado en el marco de la puerta, escuchaba sus palabras sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su curiosidad. Aquel rostro hierático le produjo una sensación por todo el cuerpo. Se vio subyugada por su apostura, diferente a cualquier otra que hubiese considerado antes, una inquietante mezcla entre lo civilizado y lo salvaje. Eran sus ojos una rara combinación de gris, verde y azul como lo es el



azul del agave. Esos ojos la contemplaban con inusitada fijeza sin rastro alguno de discreción, haciéndola olvidar lo que estaba a punto de decir.

Rafael no mostró ninguna incomodidad al ser sorprendido, no era propio de él avergonzarse o disculparse, lo consideraba un ejercicio de cinismo cuando de por medio no existía verdadero arrepentimiento y él no se arrepentía en absoluto de haber irrumpido en la sala del padre Melquíades. Escuchaba la voz meliflua de la muchacha sin atender apenas a sus palabras, las proporciones áureas de su rostro lo tenían fascinado. Sus ojos se limitaban a seguir el movimiento de unos labios como las fresas de Irapuato.

—¡Rafael!, no te esperaba tan pronto —saludó Melquíades, manifiestamente disgustado con su presencia.

—La puerta estaba abierta —expuso Rafael a modo de excusa sin apartar la mirada de la joven, cuyo incomodo se reveló en un fuerte rubor.

La desazón de Marcela se incrementó al escuchar el tono *aguardamentoso* de su voz. «Este hombre carece de educación», pensó, agobiada con la atención que le dispensaba. Vestía un pantalón prieto color café y chaqueta de cuero con mancuernas de hueso. Sus botas sin lustre y la sombra de una barba de varios días hubieran servido como ejemplo de desaseo impropio en cualquier manual de urbanidad. Y, sin embargo, sus rasgos armoniosos eran propios de un príncipe europeo.

—Yo ya me iba —anunció Marcela inesperadamente tirando de su limosnero con torpeza. Le sorprendió identificar el hormigueo de su estómago como pura aprensión.

—¿Tan pronto? —inquirió el padre Melquíades desconcertado.

—No quiero que Perpetua se impacienta y usted parece ocupado —se excusó—. Como siempre, muchas gracias, padre. —Estrechó la mano del párroco con afecto antes de dirigirse hacia la puerta, donde el desconocido aguardaba con los pulgares colgando de su cinturón de baqueta lisa. Le dirigió una mirada solemne al pasar a su lado. ¡Qué alto era! Marcela lo esquivó con prudencia como quien esquivo un animal salvaje y se despidió de él en honor a

la buena educación.

—¿Señorita? —El llamamiento, pronunciado con voz rasposa, como sierra sobre hueso, la obligó a detenerse cuando apenas había logrado ganar un par de metros. Le dedicó una mirada de soslayo y se dio cuenta de que, pese a su tosquedad, había algo en él que la fascinaba. Se las compuso para alzar la barbilla disfrazando su azoramiento de jactancia—. Olvida su libro —dijo él adelantándose para tomar la novela que ella había dejado sobre el escritorio. La observación la hizo enrojecer de pies a cabeza. Tuvo que esperar a que él satisficiera su curiosidad ojeando el título—. ¿Le gusta la lectura, señorita?— interrogó haciendo amago de entregárselo.

—Sí —respondió, tan atenzada que su voz se escuchó un tono más agudo. Intentó recuperar el libro de sus manos que él retuvo con perversidad.

La mirada del hombre volvió a concentrarse en su rostro con tal intensidad que Marcela pensó en retirarse sin recuperar su lectura. Distinguió un brillo metálico entre sus cabellos, un arete de plata adornaba su oreja izquierda. Marcela apenas consiguió disimular su pasmo cuando él sorprendió su mirada. De nuevo quiso echar mano del orgullo pero fracasó y tras pronunciar un agradecimiento atragantado recuperó el libro de sus manos morenas y abandonó la casa como alma que lleva el diablo.

Rafael permaneció varios segundos observando el pasillo vacío ensimismado en aquel encuentro del que solo quedaba la esquiva estela de un perfume de notas ácidas. Mientras, el padre Melquíades se tomaba un tiempo rebuscando en sus cajones.

—¿Ya estás contento? —refunfuñó al cabo.

—¿Por qué?

—Mira, Rafael, tenemos años de conocernos. No te hagas el que nunca rompió un plato. ¿Acaso no tienes modales? Entrar aquí a las bravas y quedarte escuchando...

—¿Quién era?

—¿Qué te importa?

—Dígame —insistió, empeinado en obtener una respuesta mientras

tomaba asiento con la imagen de la muchacha impresa en la retina—. No la recuerdo de antes.

—No, no la recuerdas porque no hace mucho que vive en San Miguel, pero mira...

—¿Y viene a menudo a verle?

—A veces.

—¿No quiere decirme?

—Esa muchacha no te incumbe, Rafael, déjala en paz —sentenció Melquíades, deseoso de zanzar el tema de Marcela Fonseca.

Rafael sacudió la cabeza, extrañado de su irritación.

—¿Le parezco poco para ella?

—¡Pero qué estupidez!

—Entonces, ¿por qué no me dice?

—Por mal educado. Y ahora cambiemos de tema —suspiró Melquíades algo más sosegado tratando de distraer su atención de la muchacha—. A ver, cuéntame, ¿qué has estado haciendo estos años sin saber de ti?

Rafael frunció el ceño ante la actitud del párroco. Extendió las piernas y observó la puntera de sus botas tratando de centrarse en el tema pues el recuerdo de la muchacha aún lo tenía medio atolondrado.

—Son muchos años, no sé por dónde empezar.

—Pues empieza por el principio. ¿Cómo hiciste para escaparte del seminario?

—El padre Graciano, el guarda, era sordo como una tapia. Solía dormir a pierna suelta con las llaves colgando de su cinturón. Una noche se las robé para escapar y agarré el primer tren a Oaxaca.

—¿;Oaxaca!? ¿Y qué es lo que hiciste allá?

—No quiera saber.

—¡Pero Rafael! Con lo fácil que hubiera sido regresar. Enfermé de preocupación al no saber de ti cuando el padre Santiago me informó.

—Ya le dije que era un tonto. Tenía ganas de ver mundo y se me hizo que

usted no iba a perdonarme por haberle decepcionado —masculló.

—¿Y cómo hiciste para sobrevivir? No eras más que un crío.

—Trabajando aquí y allá, primero de voceador, después en una fábrica de jabones y alumbres. Luego que me aburrí, me dediqué a vigilar cabalgaduras en las cantinas a cambio de unos pesos —suspiró Rafael sin ninguna nostalgia de aquel tiempo pretérito donde el hambre, el frío y en ocasiones el miedo eran sus compañeros de fatiga—. No ganaba mucho pero era libre de andar a mi antojo.

—¿Y cómo es que acabaste de *caballerango*?

—Mejor le cuento lo que ocurrió por medio, ya veo que siente curiosidad. —Se repantigó en su silla cruzando los tobillos—. Una noche me cayeron encima dos tipos y me arrojaron en una carreta como pavo. Yo no era más que un chiquillo sin hogar.

—¡San Miguelito Bendito! ¿Con qué intención?

Un brillo ausente iluminó la mirada cerúlea.

—Quien sabe. Pero despreocúpese, no me ocurrió nada, una buena alma me ayudó —comentó con vaguedad. Gabriel Pérez, era un *charro* de rancherías, pero a él le gustaba presumir de ser el rey de todas las pulquerías, cantinas y piqueras del Bajío. Aquella noche había visto el fuego a un lado del camino en el regreso de su última *chamba* y, como los caminos de la República eran un hervidero de apaches, ladrones y salteadores, se tomó sus precauciones para acercarse a averiguar. Tiempo después le confesaría que le había dado pena su aspecto de perro apaleado cuando lo descubrió en manos de aquel par. Si algo no soportaba Gabriel Pérez eran las injusticias, ahí le podía el corazón y, cuando eso sucedía, era muy difícil hacerle entrar en razón y sacarle el coraje. El recuerdo de aquel primer encuentro hizo sonreír a Rafael. Mala Vida se presentó de improvisto pateando el rostro de uno de los asaltantes hasta que la sangre le salpicó el cuero. «Esto por cabrones», dijo, «y por meterse con chamacos», para luego añadir: «Me llevo al muchacho y a la mula y si alguno tiene alguna queja que se lo cuente a mi hermanita», había gritado presentándoles su 38 con cachas de nácar. A Rafael lo hizo montar sobre la

mula y él lo hizo sobre su yegua colorada, de nombre Presumida. Se perdieron en la noche y Rafael no volvió a saber nunca más de aquel par—. Me convertí en su mozo de espuela. Le decían Mala Vida.

—¿Mala Vida? ¿Qué nombre es ese?

—Así le conocían. No ponga esa cara, padre, no era mal tipo, algo pendenciero, borracho y fanfarrón, pero con buen fondo —explicó. Durante el tiempo que Rafael acompañó a Mala Vida recorriendo haciendas y rancherías descubrió que el campero se regía por un riguroso y arcaico código de honor del que Rafael adoptó alguno de sus preceptos con posterioridad, si bien el campero tenía una naturaleza derrochadora que Rafael no conseguía entender. «Soy un vividor, Rafael y un vividor tiene que vivir sin importarle el futuro», reía—. Fue él quien me enseñó a jinetear.

Al recordar su primera monta Rafael se removió lleno de incomodidad. Hacían noche en la población de Villa Hidalgo, próxima a la hacienda Corcovada. Mala Vida había salido a parrandear tras un día de faena mientras él se quedaba a cargo de las monturas. Regresó de madrugada muy abrazadito a dos mestizas *tapatías* que aguardaban en el pueblo una galera para desplazarse a la capital del estado. Las tapatías tienen la fama de ser mujeres bonitas, en este caso no era así, pero Mala Vida nunca le hacía ascos a nada. «Hasta la fea es bonita si es mujer» decía. Los tres iban entonados, bien inflados de tequila y, como necesitaban alargar la diversión les pareció buena idea ir a despertar a Rafael en los establos de la fonda.

—Desata a la Presumida, Rafael, ya me cansé de verte montar esa mula— le dijo Mala Vida.

Aturdido por la petición y la falta de sueño, Rafael ensilló a la yegua como tantas veces había hecho antes. Mala Vida encendió un farol e hizo sacar la yegua al vallado. Presumida obedeció mansamente, con las orejas bajas, tranquila como una tarde de verano. Era una yegua bonita, de porte elegante y trote alegre. Rafael no le recordaba malas mañas pero, al hacer el intento de montarla, fue como si el demonio le clavara los cuernos. Se sacudió, brincó y coceó como una greñuda sin amansar. Arrojó a Rafael al suelo e intentó

cocearle. Espantado con la furiosa transformación del animal, Rafael permaneció encogido sobre el polvo del vallado en tanto la risa bronca de Mala Vida resonaba en mitad de la noche.

Las burlas le hicieron reaccionar más por orgullo que por valor. Se paró de pies y volvió a acercarse a Presumida, que de nuevo parecía dócil y sumisa.

—A Presumida hay que peleársela— aulló Mala Vida.

Rafael se encomendó a Santa Marta pues, si ella había podido amansar a un dragón, podría ayudarle a él a amansar a una yegua porfiada pero, al poner el pie en el estribo, se repitió la escena anterior, con idéntico resultado. Rafael comprendió que aquella sería una batalla de voluntades. Le llevó su tiempo montar sobre Presumida pero cuando lo consiguió el dolor de las magulladuras y las coces se le olvidó. Las tapatías aplaudieron y Mala Vida saltó del cercado para felicitarle con un apretón de manos.

—Tienes coraje y cojones —le dijo antes de llamar a una de las mujeres por su nombre. La tal Azucena se acercó y Mala Vida le señaló—: Todo hombre que monta un caballo debe saber montar una mujer.

La mujer lo acompañó al establo donde Rafael tenía su jergón, se tendió sobre su sarape y le señaló las ropas. «Quítatelas», le dijo. Rafael obedeció temblón. A la Azucena le debió hacer gracia su cuerpo desgarrado de muchacho y su verga de hombre, pues soltó una risita. «Túmbate, yo te enseño cómo se hace». Así fue como se hizo hombre, en la oscuridad de un establo con olor a estiércol y meados de vaca.

—¿Y qué le pasó a ese tal Mala Vida? —La voz de Melquíades le trajo de regreso al presente.

—Una mala muerte.

—¿Se murió?

—Una bala se cruzó en su camino. Yo mismo lo encontré en un charco de sangre en mitad de la calle.

—¿Y las autoridades no hicieron nada?

Rafael sacudió la cabeza. En realidad sí hicieron. Le acusaron a él de ser el

asesino porque ¿para qué buscar a un culpable cuando tenían a un pobre diablo a quien acusar? Además, el teniente de los uniformados le echó el ojo a la Presumida. Debió pensar que de ese modo mataba dos pájaros de un tiro. Tenía un culpable al quien acusar y de paso una yegua de porte que montar. A Rafael lo mandaron encerrar. Lo siguiente que supo es que Presumida acabó sus días como los de su amo, de un balazo, cuando el teniente intentó hacer uso de ella y la yegua le respondió como sabía: con reparos, patadas y mordiscos.

—Ya sabe usted cómo es la justicia en este país.

No le contaría aquella parte de su vida, que pasó tras los barrotes de la prisión de Belén, cuatro largos años encerrado por un crimen no cometido. Obviaría explicarle como había sido «reclutado» en leva por el noveno regimiento de caballería de Cuernavaca. Por aquellos días, la fuerza policial se nutría irónicamente de ex-convictos que accedían gustosos a condonar sus penas a cambio de varios años de servicio a la República. Evitaría narrarle las injusticias del sargento Sarmiento, un déspota que creía que el uniforme le otorgaba la potestad de cometer cualquier abuso. Ni siquiera se referiría a la ley de fuga, no había necesidad de que el alma piadosa del padre Melquíades sufriera al saber la manera en que se ajusticiaba a los presos, fingiendo dejarles en libertad en mitad de la nada para luego descerrajarles un tiro por la espalda, sin juicios ni testigos. Decidió que no le revelaría cómo el indio Guadalupe había sido uno de esos presos, y cómo Sarmiento había ordenado ajusticiarlo porque llevarlo hasta el juzgado más cercano hubiera supuesto varios días de cabalgada, días que Sarmiento no estaba dispuesto a desperdiciar por un «indio mugriento y chingón». Rafael recibió el encargo de dar el tiro de gracia cuando el indio cayó tiroteado por Sarmiento. Rafael había optado en cambio por ayudar al indio y huir juntos.

En casa del alcalde Azcona primaba cierto aire decadente y aburguesado que intentaba imitar las bellas mansiones capitalinas de estilo afrancesado. Beatriz de Azcona y Aurora de Montemayor platicaban en la galería abierta al jardín, entusiasmadas con su reencuentro.

—¡Ay, Beatriz! ¿Me va a mantener en ascuas toda la mañana? ¡Dígame ya!, me muero por saber —se quejó Aurora con ostentación, golpeando la mesa con su abanico de palisandro tras un rato de charla banal. Su amiga dejó escapar una risa aguda, como cacareo de ave. El gesto proyectó la alargada y fina nariz como un estoque. No se podría afirmar que Beatriz fuera una belleza, algo que agradaba al ego de Aurora, pero poseía gracia y donaire en el vestir y un gusto refinado, algo difícil de topar por esos rumbos.

—Le cuento, amiga. Abra bien las orejas. Reinaldo quiere dar una gran fiesta. Va a ser el acontecimiento del año en San Miguel. Quería decírselo yo misma. Sé cuánto le entusiasman estos eventos.

—¡Pero esa es una maravillosa noticia! ¡Una fiesta! —Una sonrisa iluminó el rostro de Aurora.

—Necesitaré de sus consejos y opiniones. Debo causar buena impresión y usted en eso es experta.

—Estoy para lo que guste, cualquier cosa con tal de alejarme de la hacienda, ya lo sabe. ¿Puedo preguntarle el motivo del evento?

—Puede. Reinaldo quiere apoyar la candidatura de Don Adolfo de la Isla como próximo gobernador. Él mismo y su esposa se hospedarán aquí, en la casa, pero por favor, mantenga el secreto hasta que se haga oficial.

—Descuide —Aurora sonrió—. En fin ¡una fiesta! Ya ve, María Fernanda se opone a cualquier celebración en la hacienda salvo esas aburridas reuniones eclesiales con el padre Pascual.

—Siento lástima por usted. Tener que aguantar a su cuñada.

—Ya ni me hable —expresó con amargura.

—Según me contaron, no fue siempre así. En la reunión de Laura Soler y Mondragón se comentó que hace años visitó la hacienda un español de nombre Víctor Ugalde, un amigo que su esposo conoció allá por la madre patria en sus viajes de juventud.

—Nunca oí mentarlo ni a mi esposo ni a María Fernanda. Pero ni César ni María Fernanda hablan nunca de ese tiempo, por lo de Isabel y el escándalo que se formó. —Beatriz asintió sapiente. La huída de Isabel Montemayor con



un profesorucho de pueblo dio años de habladurías que recién habían vuelto a resurgir con la fascinante presencia de su hija, Marcela Fonseca—. Pero cuénteme más —rogó Aurora plegando su abanico—. No vaya a guardarse nada.

—Según la prima de Doña Laura, Dolores Peralta, se trataba de un tipo imponente, de esos que causan sensación, más en un pueblo como este donde, como sabe, no hay mucho que admirar. Ella misma nos contó que María Fernanda se enamoró perdidamente del español y luego de celarlo como gallina al huevo se quedó compuesta y sin novio. —Beatriz Ascona plegó su abanico para hacerle un gesto. Aurora se acercó para oír la confidencia—. Corrió el rumor de que el pretendiente de su cuñada le gateó a una sirvienta. ¿Puede imaginarse? La pobre María Fernanda despechada por una doméstica.

A Aurora Montemayor se le transformó el gesto. La asombraron tales revelaciones. Permaneció en un silencio caviloso tratando de imaginar a María Fernanda sucumbiendo a las ternuras de un enamoramiento juvenil.

—No puedo creerlo.

—Pues créalo, amiga. La misma Laura dijo tener algún retrato.

—¿Un retrato?

—De uno de los eventos que tenían lugar por aquellos años en Arroyo Negro. No siempre fue tan aburrido como ahora.

—Entonces, le ruego que se lo pida, quiero ver el rostro de ese hombre —rogó antes de soltar una carcajada—. Mi adorada cuñada enamorada como colegiala. ¡Quién la viera!

Tras su encuentro con el padre Melquíades, Rafael se encaminó hacia una cantina donde había acordado comer junto a Guadalupe. Al alzar la mirada detectó la figura de dos mujeres que agarradas del brazo cruzaban la calle con dirección a la plaza de los Fundadores, ensimismadas en su charla. Reconoció de inmediato el perfil delicado que tanto le había intrigado en casa de su antiguo protector. Según atestiguó, no había cabrón que no volteara a ver. Él

mismo se encontró apurando la velocidad de sus zancadas tras su rastro.

Se situó varios pasos por detrás, lo bastante cerca para oír la conversación que en ese momento mantenía con su doméstica, una mestiza de andares orgullosos y porte majestuoso que ni de la edad se resentía y que no caminaba tras su patrona, como era costumbre, sino a su lado como igual.

—Es difícil de encontrar tinte de ese color para tu vestido y desde luego no en los almacenes —iba diciendo la doméstica.

—Podríamos escribirle una carta a Doña Pilar. Ella sabrá dónde encontrarlo.

La doméstica estaba a punto de responder cuando se les acercó un chiquillo harapiento. Rafael pensó que las dos mujeres se espantarían y pondrían el grito en el cielo cuanto este estiró la mano y manoseó la delicada falda de la más joven. Por el contrario, la muchacha se detuvo a atender sus reclamos con una sonrisa que le elevó las mejillas y le achicó los ojos cautivando por completo la atención de Rafael.

—Mira quién viene a saludarnos. —Su voz transmitió regocijo al inclinarse hacia en niño—. ¿Cómo has estado, Andrés?

—Ahí le voy, doñita. —El niño se rascó la greña indolente—. Pero la panza me duele de *puritita* hambre y no crea que le hago el cuento. ¿No tendrá un centavito que darme?

Rafael no dudó en cuál sería la reacción de la muchacha ante la osadía del niño pero nuevamente erró en su criterio. De la garganta de la joven emergió un sonido cristalino, una risa juvenil, fresca como la brisa de abril.

—Déjame ver —dijo antes de consultar a su sirvienta—. Nana, ¿no podemos darle nada?

La sirvienta arrugó el ceño, menos tolerante que su patrona.

—No, nada.

—Aún tenemos algún peso. —Insistió Marcela hurgando en su limosnero. Victoriosa mostró una moneda y, sin importarle los gestos de reproche de su sirvienta, tomó la mano del niño y lo depositó con gran cuidado en su palma.

—Gracias, doñita —expresó el niño alzando las cejas con sorpresa—. ¡Órale! ¡Un peso de caballito!

—El oro y la vergüenza pocos la conocen —suspiró la doméstica al verle correr calle abajo con su premio—. Ese era nuestro último peso. Tu tío no está siendo muy rumboso que se diga.

—No quiero el dinero de mi tío.

—Pues entonces no andes regalando el nuestro.

Marcela estaba a punto de replicar cuando percibió la presencia de Rafael a escasos pasos. Sus desmesurados ojos dejaron traslucir asombro y suspicacia ante su presencia.

En otro tiempo, siendo aún muchacho, Rafael había sido un apasionado del dibujo, afición que el paso de los años había aletargado sumiéndolo en el olvido, pero aquella mujer le hacía sentir el deseo de enarbolar de nuevo un carboncillo y capturar con sus trazos los matices de su singular belleza. El sonido ahogado de la sirvienta al descubrirle lo obligó a seguir la marcha. Al pasar a su lado se tocó el ala del sombrero a modo de saludo ante el pasmo de las dos mujeres.

—¡Virgen de Guadalupe! —susurró Perpetua llevándose una mano al pecho como si el corazón le doliera mientras seguía la marcha del hombre a través de la calle.

—¿Qué pasa, nana? —inquirió Marcela despertando súbitamente de su abstracción.

—Hubiera jurado... —Perpetua sacudió la cabeza. La idea que acababa de ocurrírsele era desatinada.

—¿Qué?

—No, nada... ese hombre, se me asemejó a alguien, no más —desechó.

Marcela la observó frunciendo el ceño.

—¿Estás segura? Estás pálida —indagó, molesta consigo misma por su pusilanimidad ante semejante individuo.

—Sí, sí, ándale. El carruaje debe de estar esperándonos ya. —La apuró—.

¿Y tú de qué conoces a ese hombre? —preguntó al cabo.

—Coincidimos en la casa del padre Melquíades hoy.

—Cuídate de él, mi reina. Los hombres que miran así, llevan el demonio dentro.

—Óyeme, ¿y a ti qué te pasa?

La pregunta de Guadalupe arrancó a Rafael de la abstracción en la que estaba sumido pese a la algazara de la cantina.

—Nada —respondió frunciendo el ceño al darse cuenta de que se había pasado la comida con un cigarro colgado de los labios mirando a la nada.

—¿Que no tienes hambre? —Rafael hizo un gesto indiferente hacia la *taquiza* dispuesta sobre la mesa—. Pues con tu permiso, mi hermano, yo sí. — Guadalupe le arrebató el plato para devorar los tacos de carnero.

Rafael redujo su cigarro contra el suelo y se sacudió la ceniza adherida a los dedos. Al cabo se puso de pie y se encasquetó el sombrero en la cabeza.

—¿Y por qué tanta prisa? —interrogó Guadalupe con la boca llena.

—Quiero hablar con la Morocha.

—¿De qué o qué ¿No me digas que ya te convenció?

Rafael volvió a tomar asiento de mala gana, pues la impaciencia le ganaba.

—Según supe anda de metida con Arístides Rosales.

—¿Arístides Rosales? No es ese el hombre...

—Baja el tono —aconsejó—. Necesito que nos recomiende para trabajar en Arroyo Negro.

—No entiendo —prosiguió Guadalupe en un tono más bajo. Pese a los años de conocerse, le costaba entender a Rafael. Era un hombre complejo, uno nunca tenía la certeza de lo que estaba pensando—. ¿Quieres trabajar para el hombre que según tú hizo matar a tu abuela? —siseó Guadalupe, convencido de su locura. Rafael se limitó a agradecer su preocupación con un gesto moderado y, para no prolongar la plática ante oídos curiosos, invitó a Guadalupe a seguirle.

—Hay cosas que necesito averiguar —señaló escueto—. Y solo puedo hacerlo estando en ese lugar.

Caminaron juntos hasta la posada. Durante el trayecto, Guadalupe reflexionó sobre la complicada naturaleza de su compadre. Los que le conocían debían aceptar su carácter reservado, en ocasiones huraño. El suyo era un círculo cerrado y limitado para aquellos que se ganaban su confianza. Sus hombres eran leales como los soldados a su coronel. La palabra de Rafael era ley y como tal se atendía. El indio nunca dejaba de admirar su templanza. Luego estaba su diabólica inteligencia, capaz de ir siempre un paso por delante. No se equivocaban quienes lo tachaban de calculador, incluso manipulador. Guadalupe le conocía también una vertiente impulsiva y destemplada. Cuando estaba encorajinado era como un puma rabioso. Las injusticias despertaban en él un lado salvaje que muchos habían aprendido a temer.

La Morocha, que ahora se las pasaba siempre pendiente de sus idas y venidas, los recibió con gran entusiasmo bajo el zaguán de entrada, arreglada y perfumada gracias a Chucho que, destinado al patio delantero, debía informar no más «el señor Rafael asomara por el pilón de Don Higinio».

—Ya andaba preocupada de no verlos en todo el día. Iba a pedirle a Chucho que fuera a averiguar.

—Pues ya ve que estamos bien —saludó Guadalupe que con gran divertimento seguía los empeños de la mujer por conquistar a Rafael—. Aquí la dejo con mi compadre.

La expresión de la mujer brilló llena de expectativas al quedarse a solas.

—Pasemos al patio ¿gusta de un café o un licorcito? Yo misma lo preparo.

—No, gracias. —Rafael se tomó unos segundos para extraer un cigarro del bolsillo delantero de su camisa. Con movimientos precisos se lo colocó en la comisura de los labios y buscó un fósforo en tanto observaba a la mujer que nerviosa se tocaba el pelo. Hacía días que lo andaba buscando, quizás fuera hora de ver qué tanto merecía la pena. Puede que le saciara el hambre que

aquella otra había despertado esa misma mañana—. Quería pedirle algo.

—Lo que quiera, Rafael, hay confianza —lo animó con un pestañeo artificioso sintiéndose deshacer de mero placer de serle de utilidad.

—Según me contaron conoce al capataz de Arroyo Negro.

—¿Cómo supo? —El imperceptible aspaviento de ella indicó cierto incomodo ante la idea de que Rafael estuviera al tanto de sus amoríos.

—Alguien me dijo en la cantina. Mis hombres y yo necesitamos ganarnos algunos pesos —mintió con descaro—, tal vez pueda hablarle de nosotros...

—¿Sus hombres?

—Llegarán en unos días de Cuernavaca.

—Lo que me pida, Rafael, ya usted sabe que conmigo cualquier cosa. — Sus palabras podían considerarse prácticamente una invitación. Rafael la repasó con la mirada. Era una mujer atractiva, generosa en atributos y mirada licenciosa. ¿Por qué no? se preguntó mirándole el escote de su blusa de hilo bordado, a través del fino tejido podía distinguir sus pechos morenos. De nuevo le vino a la cabeza aquella otra muchacha. Pensó en su cabello rubio desparramándose sobre su espalda en una cascada de rizos y bucles, en su boca de cereza, jugosa y tierna entreabierta de asombro. Una melindrosa muchacha de la «alta» que en nada se parecida a la Morocha.

—¡Ay, Rafael! No me mire así, me da pena. —Pero por la manera por cómo se abría el embozo mostrándole de nuevo el nacimiento de sus pechos desmentía sus palabras.

—¿Su habitación? —La pregunta hizo temblar las piernas de la Morocha que, sin atisbo de la vergüenza que proclamaba, señaló a su espalda pese a que el sol no se había puesto aún.

Sin ningún gesto o palabra, Rafael encaminó sus pasos hacia el lugar y a la Morocha le tocó decidir qué hacer. Con la mirada siguió el taconeo de sus botas con una emoción jamás sentida. Sin pensárselo se arremangó la falda y lo siguió a paso vivo. Rafael se detuvo ante la puerta, aguardó a que la mujer la traspasara para arrojar a un lado su cigarro y cerrar de un taconazo. La Morocha se arrojó en sus brazos y buscó sus labios.

—Rafael, yo sabía...

—Mejor túmbese —ordenó acotando cualquier intento de plática. Con parsimonia Rafael se desprendió de sus ropas.

La Morocha se arrojó sobre el colchón con las enaguas recogidas sobre la cadera. Con los codos apoyados sobre las cobijas se dedicó a admirar el cuerpo membrudo del hombre en tanto las prendas caían al piso. Un suspiro involuntario emergió de su garganta al verlo dar un paso en su dirección.

—¿Está lista? —La precisión de su pregunta, unida a la visión de aquel miembro insólitamente grande, hizo sofocar a la Morocha. Se le contrajo el estómago y la boca le supo a serrín.

Rafael se tendió sobre ella y con la punta de los dedos tanteó sus partes íntimas. La Morocha tenía un olor punzante a hembra y perfume. La besó en los pechos y en el cuello. Con movimientos medidos penetró en ella y dejó que fuera acostumbrándose a sus medidas.

—¡Jesús Bendito! —La Morocha luchó contra el dolor cuando Rafael comenzó a mecer sus caderas. Se aferró contra los barrotes de la cama apretando la mandíbula. Al cabo el dolor se fue. Llegó el placer, un placer como el que nunca había sentido, como el que ningún hombre le había proporcionado antes, ni siquiera con el Arístides que de macho se las daba. «Me va a partir en dos», pensó en tanto los muelles del colchón gemían como un engendro del infierno y ella exclamaba y sollozaba de puro gozo.

Rafael mantuvo los ojos cerrados sin escuchar. Casi de puntillas, la imagen de la misteriosa muchacha que le había cautivado en casa del padre Melquíades se coló en sus pensamientos. Cuando la Morocha echó hacia atrás la cabeza para clamar más alto él imaginó que el rostro que tenía ante sí era el suyo y que los pechos que se mecían al compás de sus embates eran los que él había tratado de intuir bajo su blusa de muselina mientras ella dialogaba con el padre Melquíades. Lo dominó el desenfreno.

A punto de culminar se dejó caer hacia atrás y se vertió sobre el estómago generoso de La Morocha. Al disiparse el placer le empezó un incipiente malhumor. Se quedó sentado sobre el colchón con la espalda apoyada en el

cabecero de fierro y la mirada fija en la pared de cal blanca.

—¡Oh Rafael! Aún me tiemblan las piernas, volvamos a hacerlo —rogó La Morocha intentando acomodarse en su regazo.

Rafael se deshizo del abrazo con sutileza. Estiró el brazo hacia su camisa y extrajo un cigarro de su bolsillo. Se quedó allí dando unas pitadas con expresión seria en tanto la Morocha se acomodaba junto a él con una sonrisa en la boca. Detuvo su mano cuando juguetona le recorrió el vello del estómago. No andaba de humor para ternuras.

—¿Quién es? —inquirió señalando el retrato de la pared.

—Mi difunto. Ya van para cinco años que la Llorona se llevó al pobrecito. Una noche se quejó, dijo que tenía frío y cuando amaneció estaba tieso como pajarito.

Rafael emitió un suspiro al incorporarse. De repente se sentía fuera de lugar, no era una sensación ajena. La intimidad de los cuerpos no implicaba para él la intimidad de pensamiento. Pocas eran las personas que lograban traspasar esa barrera invisible.

—Tengo que irme —anunció tomando sus ropas.

—¿Cómo? ¿Tan pronto? Quédese tantito más... —se quejó la Morocha mientras lo veía colocarse los pantalones y la camisa. No se molestó en cubrir su desnudez a fin de tentarle.

—En otra ocasión.

—¿Y por qué no ahora? Puede dormir aquí, conmigo —inquirió haciendo pucheros mientras se sentaba y cruzaba los brazos bajo sus pechos morenos. Fingía enfurruñarse para hacerle regresar al lecho, pero Rafael apenas reparó en el mohín de sus labios ni en su ceño fruncido. Le acarició el rostro a modo de agradecimiento y salió de la habitación. Tras su marcha la Morocha abandonó su pose. Debería haber supuesto que un demonio como aquel no sería tan fácil de catequizar. Finalmente el ardor que sentía entre las piernas la hizo sonreír mientras se dejaba caer sobre las almohadas. ¡Jesús de Veracruz! Pensó en la exactitud del dicho «hombre callado, mucho cuidado».



A Rafael el acto lo había dejado desazonado. No se le antojaba confinarse en el cuarto, reminiscencias de su paso por el penal y sus reducidas celdas. Cuando el mundo se ve tras los barrotes deja de sentirse igual. Los lugares cerrados lo agobiaban, prefería los espacios abiertos del bajío donde podía vagar a su antojo. Se dirigió al cobertizo en busca de la única compañía capaz de soportar su humor.

Azrael estaba bien atendido gracias a los esfuerzos de Chucho, que se había comprometido a mantener el cobertizo limpio de bostas y los comederos llenos de alfalfa. El animal rumiaba contento con los ojos brillantes y las orejas paradas. Al detectar su olor, el caballo asomó la cabeza a través de la empalizada del corral, sacudió los belfos e hizo intento de manotear. Rafael tanteó en busca de un cigarro pero su intención quedó relegada al olvido distraído con otros pensamientos más turbadores. Ni siquiera fue consciente de sostener en su mano el fósforo encendido hasta que la llama le quemó los dedos.

—Señor Rafael. —El saludo infantil lo sobresaltó. Maldijo en silencio por el descuido de haberse dejado sorprender por Chucho, que holgazaneaba sobre un montón de hierba seca—. No le vaya a decir a la Morocha —rogó—. ¿Viene a ver a su caballo?

Rafael asintió poco conversador. Al cabo se volvió para dirigirse al muchacho.

—Dime ¿tú conoces a mucha gente en San Miguel? —El niño hizo un entusiasta gesto de asentimiento—. ¿Conoces a una señorita de la alta... —se sintió estúpido por andar averiguando con un simple crío pero eso no le impidió seguir hablando— bonita... muy bonita, güera, con el cabello por acá? —concluyó señalándose la espalda. Se felicitó de que tan somera explicación encubriera un interés tan desmesurado

—¡Ya sé! —exclamó Chucho abandonado el montón de hierba y rebotando en el piso—. Si es tan bonita tiene que ser la señorita Marcela.

Rafael repitió el nombre en silencio con placer arcano. «Mar y cielo. Marcela».

—La sobrina del patrón de Arroyo Negro. Todos los hombres le andan suspirando al paso.

Rafael tardó en reaccionar. Frunció el ceño al recordar la muchacha que había divisado aquel día desde el jardín de la hacienda. Debería haber imaginado que la opacidad del padre Melquíades tenía un motivo, quería proteger a la tal señorita Fonseca, mantenerla a salvo de su sed de justicia. Le enfureció que el clérigo le hubiera ocultado aquella información vital, que hubiera decantado su lealtad hacia una Montemayor cuando él se creía más merecedor de ella, pero refrenó su temperamento cuando se percató de que Chucho seguía observándole expectante.

## Capítulo 6

Una tarde de calor grueso los Montemayor buscaron refugio en la galería portalada que bordeaba el jardín. Pese al marco incomparable de las fuentes y la frescura de la vegetación, Marcela odiaba aquellas veladas tediosas donde las horas del reloj parecían retroceder. Su tía María Fernanda bordaba un manto para la virgen mientras su tía Aurora ocultaba sus bostezos tras una revista de moda. Marcela ocupaba un lugar algo más apartado, simulaba leer la biografía de San Ignacio de Loyola, obra impuesta por Don Pascual, el confesor de su tía, para «medir su naturaleza femenina» mientras con la mente repasaba partituras. En ocasiones, casi sin darse cuenta, sus dedos se movían al compás añorando el tacto de las teclas de marfil. La música había formado parte de su vida desde niña, era uno de los pilares en los que se sustentaba su felicidad pero, desde su llegada a Arroyo Negro, sus estudios musicales habían sido descartados por ser considerados frívolos por su tía María Fernanda, para quien las artes femeninas apropiadas para una muchacha decente se limitaban a la oración, las lecturas de libros piadosos y la costura. «La mujer, mejor *apesebrada*», la había oído decir en numerosas ocasiones. Con el rostro apoyado en una mano miró con aire ausente las hojas de su libro. Las letras bailotearon ante sus ojos, tomando formas caprichosas hasta formar el rostro de un hombre. Advirtió que el ritmo de sus pulsaciones se disparaba sin motivo alguno. No había podido olvidar a aquel campero ni su forma de mirar desde su encuentro en casa del padre Melquíades. ¿Quién sería? ¿Estaría de paso?

—Este tedio es insoportable. —La voz de su tía Aurora la sobresaltó y tornó colorados sus carrillos ante el hecho de verse sorprendida con el pensamiento puesto en un extraño. Fingió retomar su lectura.

—Quizás si ocuparas tu tiempo con alguna tarea... —se pronunció María Fernanda.

—No sé bordar y los libros de esta casa aburrirían a un santo —expresó despectiva Aurora. Oportunamente para ella, su tío César entró en la galería. El calor de su despacho le había empujado a buscar la compañía femenina que de otro modo hubiera evitado—. César, querido, ¿no podríamos comprar una gramola? Todo sería más divertido si pudiéramos escuchar algo de música.

—No me gustan esas *moderneces*.

—¿Ay, cómo no? ¿No te acuerdas de lo bien que lo pasamos en casa de Doña Lucre? — Aurora cerró los ojos y tarareó la melodía de «La Pajarera».

—Ahorita no es buen momento. —En realidad era un pésimo momento. Necesitaba liquidez para afrontar sus adeudos bancarios que en breve tendría sobre la mesa de su despacho gracias a la pertinaz sequía y a la caída del precio del lino. Estaba hasta el cuello de deudas y pagarés. César esperaba que la venta de ganado le ayudara a ingresar la plata que con desesperación necesitaba para iniciar su campaña como gobernador, idea que le rondaba la cabeza desde hacía un tiempo. En esos días donde los puestos eran comprados o vendidos al mejor postor debía contar con los medios suficientes para comprar simpatías—. ¿Y qué es eso que he escuchado sobre una fiesta?

—¿Lo escuchaste? Los Azcona darán una fiesta.

—¿Una fiesta? ¿Y con qué motivo si puede saberse? —intervino suspicaz María Fernanda levantando la vista de su bordado.

—Es un secreto... pero no sé si deba guardármelo, al fin y al cabo nos incumbe a todos. Reinaldo Azcona quiere mostrar así su apoyo a De la Isla como gobernador.

La mirada de María Fernanda buscó la de su hermano.

—¿Escuchaste eso? ¿Lo sabías?

—No —reconoció César molesto.

—Ya ves, después todo lo que hiciste por él. Reinaldo te ha dejado de tener confianza. Es por otros que nos enteramos... Él debe saber ya de tus intenciones, es por eso que se te ha adelantado.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Te presentarás a gobernador? —La mirada de

Aurora brilló esperanzada. Su amistad con Beatriz de Azcona no impedía traicionar su confianza si esta revertía en su propio beneficio.

—Aún no he tomado ninguna decisión —mintió César, pues en su cabeza la decisión era firme y aquel era el momento justo, cuando González de Cosío había anunciado su intención de renunciar al puesto tras veinticuatro años en el poder. Las revueltas de Jalpan y Cadereyta avalaban la necesidad de un hombre fuerte al mando del estado.

—Pero eres el favorito del gobernador, yo misma se lo escuché decir —indicó María Fernanda—. Ese estúpido de la Isla no tiene nada que hacer.

—No lo descartes con tanta facilidad, hermana, de la Isla tiene apoyos importantes entre los militares.

—Beatriz me ha pedido ayuda en la organización del evento .¿Quieres que le diga que no?

César pensó en negarse, pero aquello sería como mostrar sus cartas demasiado rápido.

—No, querida, por el momento nos servirá de ayuda todo lo que puedas averiguar al respecto.

—¿Estás seguro? —dudó Aurora. María Fernanda también se mostró sorprendida con la petición pero guardó silencio, sospechando que su hermano tenía un plan oculto. César sabía ser taimado cuando la ocasión lo requería.

—Sí.

—Entonces, Marcela, tendrás que ayudarme. No me mires con cara de pez. César me contó que eras la alumna mas aventajada del conservatorio. Podemos proponerle a Beatriz que entretengas a los invitados con tu música. Una fiesta no es fiesta sin su música ¿verdad?

Marcela se sorprendió porque su relación con su tío se basaba en la mutua indiferencia. Le extrañaba que su persona fuera objeto de conversación o interés.

—Hace mucho que no practico.

—Está ese viejo piano del almacén. ¿No puedes practicar con él?

—No creo que ese trasto suene siquiera —se apresuró a afirmar María Fernanda—. Hace años se retiró. — En concreto desde que Isabel Montemayor deshonrara a toda la familia al huir y casarse con un maestrillo muerto de hambre. Su padre lo había hecho retirar incapaz de soportar la afrenta de su hija predilecta.

—Podría afinarlo —pronunció Marcela. Las miradas de los Montemayor recayeron sobre ella, pues no era su costumbre pronunciarse con tanta rotundidad. Pero en eso estaba resuelta y decidida. La esperanza de sentarse al piano que había tocado su madre impulsaba su decisión—. Sé cómo hacerlo —insistió con más mesura, pues temía que el sueño se le desbaratara antes de que se cumpliera y que su interés solo sirviera para afirmar la oposición de su tía María Fernanda.

—Entonces, no hay más que hablar —concluyó Aurora pasando por alto el desagrado de María Fernanda.

Marcela hundió la vista en su regazo. Su fachada imperturbable ocultaba en realidad un júbilo sin límites. ¿Era posible que en ese páramo emocional ella sintiera deseos de reír? Su dicha se desvaneció con la llegada de Arístides Rosales. Por algún motivo sus instintos reaccionaban siempre negativamente a la presencia del capataz. Su subconsciente parecía detectar un fingimiento forzado en sus maneras galantes.

—Señoras —saludó lanzando miradas furtivas hacia el lugar que ocupaba Marcela.

Ella se limitó a esquivar su mirada fingiendo concentrarse en su lectura. Arístides no tenía muy buena fama entre los peones de la hacienda, antipatía que Marcela entendía y compartía.

—Le participo que al fin contraté los camperos para reunir el ganado. Mañana mismo salen para la sierra.

—¡Por fin una buena noticia, carajo! — se emocionó César frotándose las manos .

—¡César! —se escandalizó María Fernanda.

A la mañana siguiente, tan impaciente que las sábanas le quemaban, Marcela se levantó y se vistió con lo primero que encontró. Andaba recomponiéndose el pelo cuando llegó Perpetua con el jugo de frutas de cada mañana.

—Ya sabía yo que no ibas a poder esperarte en la cama.

—No he podido dormir en toda la noche —exclamó feliz—. ¡Voy a volver a tocar, nana! —rió, pues solo su nana podía entender lo que la música significaba en su vida. Perpetua hizo un gesto hacia la bandeja que portaba. Marcela refrenó su hilaridad con un suspiro en tanto tomaba el vaso de jugo y lo bebía de un sorbo—. ¿Ya podemos irnos?

—En cuanto llegue Benita con las llaves. Anda medio atolondrada desde ayer en la tarde, cuando fue a acomodar las estancias de los camperos que contrató el Arístides. Dice que se enamoró. Otra vez. Por ahí anda regando el aire con suspiros. Imagínate, no más lo vio ayer y ya piensa en casorio, la muy *mensa*.

En esas entró Benita, su doméstica de confianza, joven, morena, de carácter ufano y generoso, un tanto bruta pero de buen corazón.

—¿Te trajiste las llaves de la bodega? —le espetó Perpetua nada más entrar.

—Doña Alacrana me las dio.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Pos... pues me entretuve, no más.

—«Pos, pues», de seguro te fuiste derechita a ver a los camperos. Anda, niégalo.

—Ya no me ande diciendo, solo fui a mirar un poquito. ¿Usted nunca se enamoró?

—Lo tuyo no es amor, sino capricho, del mismo modo que llega se va.

—Con este no. Si Diosito lindo me cumple, con este me caso.

—¿Podemos irnos ya? —suspiró Marcela poniendo fin a la discusión con su impaciencia.

El galpón de la Casa Mayor se hallaba anexo a la tapia de *tezontle* que rodeaba el primitivo casco de la hacienda. Originariamente usada como henil, su desuso le había deparado un destino más lúgubre como almacén de muebles descartados.

—Esto es un *tiradero* —se quejó Perpetua—. Está todo lleno de polvo.

El piano Blüthner que un día su abuelo regalara a su madre con motivo de su décimo quinto cumpleaños dormía en mitad de tan dantesco escenario envuelto en un grueso paño de algodón.

—La llave —solicitó Marcela con urgencia mal contenida tras precipitarse sobre él.

—Aquí tienes.

La tapa cedió sin apenas ruido cuando Marcela hizo girar la tranquila. Con reverencia acarició las teclas de ébano y marfil que, pese al paso del tiempo, mantenían su brillo y suavidad.

—Perpetua...

—Sí, mi niña, ya está —respondió esta, arrastrando una vieja silla hasta el piano. Como en trance, Marcela tomó asiento y colocó sus pies en los pedales. Sus manos se deslizaban ágilmente de tecla en tecla. Cerró los ojos y dejó que la música fluyera por todo su cuerpo como una compuerta que se abre dando paso a un caudal de agua. Las notas musicales humedecieron los ojos de Perpetua. Hacía tanto tiempo que no veía a su niña tan feliz. No podía pensar en Marcela Fonseca en términos de subordinación sino como su niña, porque ¿quién sino ella la conocía desde su primer llanto, cuando la comadrona la sacó del seno de su madre? Sacudió la cabeza para sacarse los viejos recuerdos. En ese momento apreció la mirada curiosa de Benita.

—¿Y tú qué estás mirando? Ándale a buscar ayuda. Y no tardes.

Rafael estaba a punto de dar la orden de partida cuando oyó las primeras notas de la melodía. Con la mirada buscó su origen más allá de los *macheros*. La melodía ganaba en intensidad silenciando las aves del jardín y hasta la



misma brisa. El sonido le despertó la curiosidad. La magnífica ejecución de la pieza era como el lamento de un alma desesperada, fluctuaba entre la melancolía más absoluta hasta el entusiasmo mas arrebatador. ¿Quién de los Montemayor podía gozar de una sensibilidad tan exquisita?

Su mirada detectó la llegada de la misma muchacha que los atendiera la tarde anterior, venía haciendo señas con las manos.

—¿Ya se van? ¿No me ofrecerían tantita ayuda? La niña Marcela anda con el capricho de tocar el piano de su madre. El patrón hizo el encargo de trasladarlo a la Casa Mayor.

La mención de aquel nombre hizo que Rafael dirigiera la mirada al lugar de donde procedía la música. De modo que era ella. No había logrado sacársela de la cabeza en esos días. Su interés se había pronunciado aún más cuando Chucho le reveló su verdadera identidad.

—Sí, cómo no —pronunció velando su oscuro interés bajo un gesto de pura cortesía.

La siguieron hasta las postrimerías de un viejo almacén. Allí, la penumbra sería absoluta si no fuera por el mal estado de la techumbre que permitía que los rayos del sol se filtraran como saetas luminosas. Parecía el marco apropiado para la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Marcela Fonseca tocaba con los ojos cerrados envuelta en un halo de misticismo, el cuerpo inclinado hacia adelante y la cabeza ladeada, como para escucharse a sí misma. Su rostro transmitía un éxtasis incalificable, muy parecido al de una mujer en la cumbre del placer. Rafael le recorrió el cuerpo con la mirada detectando singularidades en su rostro a las que no había prestado atención en su anterior encuentro. Había imaginado que le ocurriría como otras veces, con otras tantas muchachas que habían llamado su atención y que luego de volver a verlas dejaba de encontrarlas interesantes. Con Marcela Fonseca le ocurría exactamente lo contrario, sus cualidades, aquellas que Rafael admiraba de veras en una mujer, aumentaban en cada encuentro, para él se había convertido en un imán de interés permanente. La miraba con atención tratando de encontrar alguna pequeña falla, algún defecto que le sirviera para descartarla,

pero cuanto más la miraba más fascinado se sentía. Con la mirada fue recorriendo el perfil del cuerpo, estudiando con aplicación la sencilla camisa con escarolas en los puños que remarcaba la estrechez de su cintura de avispa. Continuó descendiendo a través de sus brazos extendidos sobre el teclado hasta desembocar en sus manos. Manos elegantes, delicadas, de dedos ágiles y uñas brillantes. Inconscientemente Rafael apretó las suyas en un puño sintiéndolas demasiado toscas en comparación.

En ese momento notó la presencia de la mestiza junto a Marcela, mirándolo ceñuda. Supo leer la advertencia implícita en sus ojos. «No es para ti», parecían indicar. Acicateado por esa mirada, Rafael alzó la voz en un saludo haciendo que Marcela saliera de su trance musical e interrumpiendo su ejecución con una nota discordante. Vio cómo sus pestañas se agitaban como dos mariposas desperezándose buscando el origen de aquella interrupción. Rafael sintió cierta perversidad cuando sus manos quedaron inmóviles sobre el teclado al reconocerle. «Me recuerda», pensó con satisfacción.

—¡Usted! —exclamó Marcela titubeante, poniéndose en pie.

La imagen de aquel hombre provocó en Marcela un recelo involuntario aún cuando él no había dicho ni hecho nada para merecerlo. «Es por su manera de mirarme», razonó.

—Señorita Fonseca. —El desentonado saludo la tomó por sorpresa, se tranquilizó al pensar que tal vez el padre Melquíades le hubiera informado acerca de ella—. Benita nos dijo que andaban necesitando ayuda.

—Sí, sí, claro. —Marcela se adelantó vacilante al carecer de la referencia de un nombre—. No sabía que trabajaba aquí. —Al hablar le recorrió el rostro con disimulo y corroboró lo que sus pensamientos se habían empeñado en recordarle. Observó que vestía ropas de faena, pantalón bayo con chaparreras de cuero que subrayaban la angostura de sus caderas y una camisa tipo *pachuqueña* sin adornos. Su cabello negro había sido retirado del rostro con un tiento de cuero. De nuevo le impresionaron sus ojos y la dureza de sus rasgos de otro modo hermosos.

—Nos contrataron apenas ayer —reveló haciéndola recordar la

conversación de Arístides y su tío la anterior tarde.

Marcela reparó en el resto de hombres que lo acompañaban, camperos de mirada avezada y aspecto rudo.

Lo escuchó lanzar una retahíla de órdenes que el resto acató con conformidad, sin dejar duda de la autoridad que sobre ellos ostentaba. Marcela se refugió en un rincón en tanto seguía los esfuerzos de los hombres en cargar el piano. Al acercarse Benita la abordó con un susurro agitado.

—¿Quién es?

—Le dicen señor Rafael —indicó Benita con una risita—. El Arístides los mandó llamar dice que para reunir las reses cerreras. ¿No me vaya a decir que no es guapo? Tan morenote y grandote y con esos ojos... ¡Mire! Hasta los vellos se me paran.

—Ya arreglaremos cuentas tú y yo —rezongó Perpetua a su espalda.

—¿Y ahora qué? ¿Ya se volvió a enojar?

—Mejor no le busques las pulgas —aconsejó Marcela, conocedora del mal genio de su nana.

—Y tú ¿vas a meter a esos hombres a la casa?

—Pues ni modo que arrastre yo el piano —resolvió de manera decidida.

Perpetua emitió un siseo como de víbora que hizo que Marcela pusiera los ojos en blanco.

—Pues mejor te las arreglas tú solita con tu tía en cuanto sepa.

—¿Por dónde, señorita? —El llamamiento del campero interrumpió su plática susurrada. Marcela se adelantó para guiarles hasta la carreta que aguardaba en el exterior. Confió en que su tía María Fernanda estuviera aún en la capilla y evitar el alboroto que provocaría al descubrir a aquellos hombres campando por la casa.

Dentro, Rafael hizo que sus hombres siguieran a pies juntillas las indicaciones de Marcela con respecto la ubicación del piano en una sala con vistas al jardín. La tarea resultó ardua pues requería de gran esfuerzo físico. Al finalizar se secaron el sudor de la frente y se dispusieron a abandonar la

estancia, Marcela se adelantó para ofrecerles un vaso de limonada fría en agradecimiento a su ayuda. Perpetua desapareció sin más y Marcela supo que no regresaría. La mestiza tenía un carácter inflexible para según qué cosas.

—Entonces ¿trabajan para mi tío? —preguntó Marcela al quedarse a solas con los hombres. Debía reconocerlo, la parquedad de aquellos camperos bragados la amedrentaba.

—Unos días no más —se encargó el señor Rafael de responder.

Marcela agradeció que la decoración de la sala entretuviera momentáneamente su atención. Sus ojos grises o azules o verdes, o del color que fueran, recorrían las paredes empapeladas, los cuadros y los muebles con descarado interés. Se preguntó si el lujo de todo cuanto le rodeaba lo incomodaría como con obviedad ocurría con el resto. Se les veía fuera de su ambiente sujetando los sombreros entre sus manos morenas como si fueran escudos tras los que cobijarse. Aquellos hombres estaban curtidos en *jaripeos* y rodeos pero no en cuestiones sociales. La animó pensar que la situación era embarazosa para ellos también.

—En esta hacienda entra y sale tanta gente que es difícil darse cuenta. —De nuevo se hizo el silencio—. ¿Y qué es lo que hacen?

La mirada del señor Rafael descendió a través del papel pintado de la pared para fijarse en el rostro de la joven. Aguardó hasta que las mejillas se le pusieron coloradas para responder.

—Reunir el ganado de los cerros para marcarlo y llevarlo a vender, señorita.

—¿Y... es un trabajo dificultoso? —Marcela no pudo disimular el temblor de su voz. Le hubiera gustado mostrar la misma seguridad que el señor Rafael, pero su mirada fija le restaba confianza. ¿Es que nadie le había dicho que era de mala educación mirar con fijeza?

—Para las bestias no existen fronteras ni términos, es difícil dar con ellas en los cerros —explicó Rafael.

—Parece una tarea ardua —apuntó por mera cortesía

—Prefiero tratar con bestias que con humanos. Las entiendo mejor.

¿Conoce usted el Bajío, señorita?

—No, pero me han dicho que es un lugar salvaje. —Le pareció verle elevar un extremo de su labio superior, aunque Marcela no podría asegurar sin con burla o por mera gentileza. Quizás le hiciera gracia su interés.

—Los Montemayor arrebataron esas tierras a los indios hace ya varios años, quizás hayan llevado algo de progreso a ellas.

Sus palabras fueron como una cachetada en toda la cara.

—No sabía —respondió envarada.

—Supongo que no, no son temas que se traten en «sus tertulias».

El regreso de Benita la evitó tener que dar una respuesta efectiva a tal suposición.

—¡Ya llegó la bebida!

Marcela se precipitó sobre ella y tomó la bandeja de sus manos para depositarla en el aparador, ansiosa por mantenerse ocupada. Allí fue llenando los jarros que Benita se encargaba de distribuir entre los camperos entre risitas y pestaños.

Rafael se acercó sin respetar su turno. Observó el perfil de Marcela que ella mantenía inclinado, concentrado en la tarea de no derramar ni una gota de limonada. Admiró la blancura de la piel de su rostro, tan diáfana que en algunos puntos parecía casi transparente. Unos aretes de calabacilla de coral pendían de sus orejas. Fijó la mirada en sus lóbulos carnosos, eran pequeños, casi infantiles, blancos como la nieve. Rafael sintió deseo de lamerlos con la punta de su lengua. Marcela elevó las pestañas al advertir su proximidad. Al sorprender la fijeza de su mirada azul sus mejillas se sonrojaron. Le sirvió un vaso lleno hasta el borde y se lo ofreció. Los dedos del campero rozaron los suyos con total intencionalidad. Al sentir su contacto Marcela soltó el vaso que, de no ser por los reflejos del hombre, hubiera acabado hecho añicos contra el suelo. La conmoción que aquel contacto había provocado en Marcela se reflejó en sus pupilas dilatadas. Rafael elevó el vaso hasta sus labios y dio un primer trago sin despegar la mirada de ella. Marcela observó el movimiento de su tráquea con un parpadeo nervioso. ¡Qué hombre tan áspero!,

pensó ansiando el momento de perderle de vista.

—Reuniremos las reses en el rodeo en unas semanas —explicó al cabo—. Tal vez guste de pasar por el vallado a ver los añejos —añadió augurando alguna excusa atropellada.

—Sí, cómo no —se oyó responder Marcela por mera cortesía. Extinguido el impulso de hacer entrar a los hombres a la casa en contra de las órdenes de su tía María Fernanda, Marcela deseó que estos desaparecieran cuanto antes.

Rafael recibió su respuesta con una mirada sesgada. Liquidó su bebida de un trago y depositó el jarrillo sobre la bandeja antes de colocarse el sombrero. El resto de los hombres lo imitó y tras dar las gracias se fueron retirando con la inestimable compañía de Benita. Marcela los observó con una actitud impávida. Cuando la estancia quedó en silencio un suspiro tembloroso expresó todo su alivio.

El grupo de camperos se adentró en el altiplano del bajío en dirección norte. Al dejar atrás el casco de la hacienda, el bridón de Guadalupe corveteó al acercarse a Rafael, obligándolo a disminuir la velocidad.

—La sobrina del patrón se ve bien chula —opinó como por casualidad. Rafael persistió en su silencio sin dar muestras de haberle escuchado—. Esa es hembra y no pedazo. ¿Que no?

—Déjate de pendejadas.

—Dime ¿qué te traes con ella?

—¿Cómo qué? —Rafael masculló la pregunta con la mirada clavada al frente, en la lejanía los cerros más altos se hallaban envueltos aún por una bruma tempranera.

—Mírame, hermano, soy feo pero no pendejo. Te reconozco que la *güerita* tiene lo suyo. Es bonita, ¡pero es una Montemayor!

La expresión ceñuda de Rafael se mantuvo bajo el ala de su sombrero.

—¿Y cuándo fue que la conociste? Según yo, no la habías visto antes.

—Ya deja la preguntadera, carajo.

Guadalupe guardó silencio durante unos instantes pero no se dio por vencido.

—Se me hace que ese traje te queda grande. —De repente un viso de sospecha iluminó sus ojos color café—. Espérame, compadre. ¡No me vayas a decir! Te la quieres levantar delante de las mismas narices de Montemayor. ¿Es eso?

Harto de aquel paso de mondinga Rafael azuzó a su caballo. No negaría que seducir a Marcela Fonseca sería de lo más apetecible. Si cerraba los ojos podía verla tras sus párpados, recorrer de memoria la sinuosidad de sus labios coralinos cuyo brillo untuoso insinuaba el uso de algún tipo de glicerina labial. Azrael percibió su distracción y, como para ponerlo a prueba, se encapotó. Rafael consiguió retenerlo a tiempo. Miró las orejas erectas de su *cuaco* lleno de furia hacia sí mismo por apendejado y atolondrado. Durante la cabalgada su mente trabajó con frenesí en su plan de venganza. Comenzaría por reunir las mejores vacas que encontrara en los cerros y hacerlas marcar con su propio hierro. Si César Montemayor esperaba grandes beneficios de la venta del ganado se llevaría una sorpresa. Rafael no consideraba ilícito robar a un asesino y ladrón. En cuanto a Marcela Fonseca aún no estaba seguro de cómo proceder con ella.

## Capítulo 7

Durante los siguientes días, Marcela se entregó a la tarea de recomponer el piano de su madre con la ayuda de Tiburcio, uno de los peones más viejos de la hacienda que, aun sin conocimientos acerca de afinamientos, melodías o acordes, tenía mano firme y soluciones de todo tipo. Fue él quien se ocupó de graduar el clavijero de cuerdas siguiendo las instrucciones de Marcela que sentada al teclado probaba nota a nota sus frecuencias. Era un trabajo tedioso donde la exactitud lo era todo pero que a Marcela le entusiasmaba pues lo había visto hacer en innumerables ocasiones cuando sus padres vivían. El tiempo en compañía de Tiburcio le brindó la ocasión de intimar. Marcela encontraba muy agradables sus pláticas, de las que siempre extraía algún conocimiento nuevo. Tiburcio era una de esas personas que aun en la simpleza de su educación de todo sabía y de nada desconocía. Sus largos años al servicio de Arroyo Negro lo convertían en una proverbial fuente de información.

—Y dígame Tiburcio ¿cuándo es que empezó a trabajar en la hacienda? —inquirió Marcela en cierta ocasión, mientras Tiburcio encorvado sobre las entrañas del piano fijaba la tapa al arcón mediante una bisagra que había confeccionado en la herrería según sus especificaciones.

El rostro apergaminado del peón asomó sobre el piano. Tenía las mejillas lampiñas como es propio de los mestizos, lo que daba a su aspecto una edad indeterminada y que Marcela le había calculado en torno a los setenta. De las gruesas cejas sobresalían unos pelillos encanecidos que le daban la apariencia de lince a sus ojos marrones.

—¡Uy, niña! Hace tantos años que los pájaros nadaban. Fue en los tiempos de su abuelo, Don Augusto, que en paz descanse.

—¿Y conoció a mi mamá?

—Sí, a su madre de usted. La niña Isabel. Cuando se marchó todos lo



sentimos. Especialmente su abuelito, que la quería mucho. Desde que ella se fue Don Augusto se puso *retriste*. Dicen que murió de pena. Yo digo que de tozudo.

Marcela fingió ordenar sus partituras. La intemperancia de su tía María Fernanda hacia su persona le hacía preguntarse qué tan grave había sido el crimen de sus padres para que ella se hubiera convertido en tributaria de su rencor.

—Mi padre y ella se conocieron aquí ¿verdad?

Vio que los labios resecos del anciano se apretaban formando una mueca.

—¡Ay niña! Ya no me ande preguntando de esas cosas.

— ¿Tan grande fue su pecado?

—¡No! No vaya a creer eso, niña.

—Pues, por favor, cuénteme, dígame —desesperó.

La dolorosa petición hizo que Tiburcio reconsiderara su silencio. Si doña María Fernanda lo sorprendía cotorreando sobre lo ocurrido con la niña Isabel de seguro lo ponía de patitas en la calle pero, por otro lado, la señorita Marcela se había ganado sus simpatías, le daba lástima la tristeza de sus ojos grandes y redondos. Lanzó un suspiro al aire y se aseguró de que nadie podía oírlos antes de hablar.

—Bueno, señorita, no hay mucho que contar. Lo que pasó con sus papás es que se enamoraron. Por aquel entonces la niña Isabel tenía a todos los galanes de la región haciendo cola. Siendo una niña bien y tan linda, todos pensábamos que haría un buen casorio con un ricachón. Entonces, llegó su papá de usted y ya sabe el resto.

—Sí, siendo él un don nadie, mi abuelo Augusto se opuso su matrimonio. ¿Fue eso lo que sucedió?

—Su abuelito iba a casarla con Don Gregorio Olvero que ya entonces era tan viejo como yo ahora.

Marcela conocía a los Olvero, en los cerrados círculos burgueses del estado era imposible no conocer a sus integrantes. La familia Olvero era

excelsamente rica con negocios en la capital y en las minas de plata del vecino Guanajuato. Muy propio de los Montemayor buscar un buen partido con el que rentabilizar un matrimonio.

—Dicen que hasta cura tenían para la boda. Pero sus papás huyeron juntos y se casaron allá por Puebla, de ahí el escándalo. No quisiera ver a Don Augusto en aquel entonces. Prohibió que nadie nombrara a la niña Isabel, dijo que nos hiciéramos cuenta de que estaba muerta y enterrada. Su tía María Fernanda hizo quemar todas sus ropas y fotos frente a todos.

—¿Y mi tío César?

—Llegó del extranjero justo en esas fechas para hacerse cargo de la hacienda y ahí se encontró con el lio, debió pensar «en ese charco no me meto» cuando su mamá le pidió que mediara con Don Augusto. La llegada de su tío fue la única alegría de su abuelo por aquel entonces, pero el gusto le duró más bien poco.

—¿Y eso por qué?

—Su tío se fue niño y regresó hombre, como quien dice. —Marcela recordó mentar en cierta ocasión el paso de su tío por la academia militar donde se graduó con honores—. Volvió bien cambiado. Acá en la hacienda hizo cosas que Don Augusto nunca hubiera aprobado. —Se le apretó la mandíbula.

—¿Qué cosas, Tiburcio?

—Eso es harina de otro costal y agua de otro cántaro —restó importancia encogiendo sus flacos hombros.

—Cuénteme, Tiburcio —rogó ella lastimera.

—*Ta güeno*, niña. Aquí, entre nos, lo peor que hizo fue botar al Lisardo para traer a ese mal parido de Arístides Rosales. Don Augusto se agarró un buen disgusto con aquello pero no se atrevió a llevarle la contraria a su tío. Al poco enfermó y ya nunca más quiso saber de esos temas.

—Sé que el señor Arístides Rosales es despótico con los peones.

—Pues no sé qué cosa sea esa, pero como le dicen, el miedo es como la

argolla, no se le encuentra la punta —apostilló—. Al Arístides no hay quien lo ponga en su lugar. No quiera saber en qué cochinas anda metido.

—Dígame.

—Obliga a los peones a aceptar vales de la tienda de la raya por sus jornales.

—Y eso solo le beneficia a él —concluyó Marcela, pues el capataz administraba la tienda.

—Pues sí, señorita, ya sabe que su tío le dio la concesión de la tienda. Allí los precios son hartos altos —intervino Benita.

—Pero ¿cómo? ¿Y mi tío no hace o dice nada?

Tiburcio se mordió la lengua. A Don César le traía sin cuidado los apañes del Arístides mientras recibiera sus beneficios. Entre los peones, Arístides hacía y deshacía a voluntad y, si una familia no tenía plata, tenía sus medios para obtener lo suyo bien robándose a su hija más bonita o haciendo trabajar a todos sus miembros en los campos de sol a sol.

—¡Ay, niña! No me haga hablar más, no quiero que me echen por bocón —se quejó Tiburcio guardando silencio.

Pero Tiburcio hablaba más que respiraba. Tenía gran destreza para combinar la plática y el trabajo. Pronto encontró un tema de conversación inocuo con que entretenerla. Marcela le seguía el cotorreo con la mente puesta en sus anteriores revelaciones.

—¿Le he contado ya del Lisardo?

—¿El antiguo capataz?

—Era el mejor jineteador de todo el estado. Podía amansar un toro con una mirada. ¿No me cree? Yo mismito lo vi con estos ojos. Claro que por aquel entonces aquí había más vacas que lino. —Hasta donde Marcela sabía, las plantaciones de lino habían prosperado en el estado bajo el auspicio de fábricas textiles durante el porfiriato. La mayoría de las haciendas habían sucumbido a la promesa de sus beneficios y bajos impuestos—. Don Augusto, su abuelo de usted, le tenía gran confianza y hasta fue padrino en su boda —

resaltó a modo de confidencia—. Era un hombre de los que se visten por los pies, como ese Rafael. — Como por arte de magia, Marcela recobró el interés en la conversación con todos los sentidos alerta—. Ya rápido se le ve un hombre bravo y de temer. ¡Bien puesto, caramba!

—¿Usted cree?

—¡Ay! Pues ¿cómo no, niña? Según supe, es el mejor rastreando los cerros y monta como el mismo diablo —afirmó con reverencia hacia unas cualidades que Marcela no se hubiera detenido a admirar jamás en un hombre.

—Me pareció un hombre adusto cuando lo conocí. —apuntó deseando alargar el tema.

—Los camperos pasan tanto tiempo en el Bajío que se les forja así el carácter, señorita. Se vuelven apartadizos y hasta huraños.

—Y el señor Rafael ¿es de por acá?

—Según cuentan fue el protegido del padre Melquíades cuando niño. —La sorpresa de aquel anuncio se reflejo en los ojos de la joven, que por prudencia no dijo nada—. Yo no me acuerdo, la verdad. La Laureana me contó. Lo único que sé es que desde que llegó a Arroyo Negro tiene a todas las mujeres cotorreando de él.

—¿Y qué dicen? —Se sonrojó al formular la pregunta porque su curiosidad delataba un interés indebido.

—Ya sabe cómo es la gente, cuando no sabe le hace al cuento, dicen que es conocido en la frontera por robavacas y que comparte amistad con los revolucionarios como ese tal Zapata. —Por lo que Marcela había escuchado decir, Emiliano Zapata no era más que un bandolero de medio pelo cuyos impulsos mujeriegos le habían aportado una acusación de secuestro. No hace mucho se le había señalado como el culpable de la toma de tierras de Anenecuilco atendiendo a la demanda de los campesinos de Tierra y Libertad. Su tío César había despoticado largo y tendido sobre las consecuencias de semejante comportamiento en el resto de la nación. «Estamos abocados al desastre más absoluto si Porfirio Díaz nos abandona y estas comadreas prosperan». Su tío abogaba por la reelección de un presidente cuya política le

había permitido enriquecerse gracias a su ley de deslinde y colonización de terrenos baldíos a costa de los menos favorecidos. Tildaba a los antireeleccionistas como sediciosos. Como miembro activo de la Unión liberal tenía el empeño en ver muerto a Madero, principal amenaza a Porfirio Díaz, tal y como le había escuchado manifestar en *petit comité* en su último viaje a la capital, donde sus aspiraciones como nuevo gobernador del estado habían quedado manifiestas. Las cercanas elecciones habían enrarecido el ambiente entre los partidarios de uno y otro bando. Madero, que tras las extensas campañas divulgativas de su discurso había logrado, incluso, el apoyo de los seguidores de Bernardo Reyes, se postulaba como una seria amenaza para los porfiristas. Las formaciones en su apoyo se multiplicaban por todo el país: Guanajuato, Santiago de Querétaro, Durango... Frente a este poder emergente, los porfiristas parecían cada vez más intranquilos hasta el punto que muchos aplaudieron la orden de su aprehensión en San Luis hacía solo dos semanas—. Todas las muchachas están deschavetadas con él. Vaya donde vaya oigo suspirar su nombre. Pero ¿por qué le cuento yo todo esto? De seguro la estoy aburriendo. Perdóneme, niña, pero ni de vieja mi lengua se está quieta.

Varios días después, de regreso de la capilla, Marcela descubrió que Tiburcio tenía razón acerca del señor Rafael y la fascinación que su presencia había ejercido entre las féminas de la hacienda.

El día anterior, su tía María Fernanda había dado orden de orear, trapear y brillantar las estancias menos transitadas de la hacienda situadas en la misma ala que su habitación. Varias muchachas trabajaban en el encargo cuando Marcela sorprendió su conversación de casualidad. Distinguió la voz de Benita refiriéndose al señor Rafael. Automáticamente, sus pasos se ralentizaron hasta detenerse tras la puerta entreabierta. El catálogo de cualidades masculinas atribuibles a Rafael parecía incrementarse día a día con cada descubrimiento que Marcela hacía sobre su persona.

—¿Y por qué no iba el señor Rafael a fijarse en mí?

—¡Ay Benita! Por qué lo iba a hacer teniéndome a mí.

—Yo lo vi antes.

—¿Y eso qué?

—¡Niñas! No se me alboroten, ayúdenme con los cobertores, tú tira de esa esquina y tú de la otra, miren que no queden arrugas o tendrán que oír a la Doña lo que les queda de vida. —El consejo vino referido por Lupe, una de las domésticas con más años en la casa—. Yo que ustedes no me preocuparía, los camperos no son hombres de una mujer, así que ya no se estén peleando, ya les llegará su turno.

Un coro de risas femeninas se elevó tras la puerta entornada. La hilaridad de las muchachas la hizo sentirse mal pero no encontró un motivo razonable para ello. Nunca le había ocurrido que la imagen de un hombre la mantuviera despierta noche tras noche, que el recuerdo de unos ojos la estremeciera del modo que lo hacían los de Rafael El Negro. Ni siquiera con el señor Diego Gámez, su primer amor de juventud, reflexionó con tristeza, porque aquel tiempo pretérito había desaparecido de la noche a la mañana con la prematura muerte de su padre. Entró en su cuarto y se sentó frente a la ventana observando a través de los cristales. Pese al dolor de la añoranza era incapaz de reprimir el impulso de recordar.

Sus padres habían contratado al señor Gámez para perfeccionar su técnica al piano. Era un joven agradable y bien educado procedente de una familia de boticarios con orígenes en Veracruz. Sus intereses comunes despertaron una recíproca e inocente atracción. Nunca hubo de su parte ninguna insinuación, pero aun en la inmadurez de su pubescencia, Marcela había percibido ese interés en pequeños gestos, sutilizas imprecisas cuando tomaba su mano para corregir su posición en el teclado alargando el momento de soltarla.

Ahora le parecía que el leve aleteo en la boca del estómago que su pretendiente le provocaba era apenas un recuerdo abstracto de otra vida.

En la tarde del martes del veintiocho de junio, Marcela paseaba por el jardín para mitigar la inquietud que llevaba enredada en las entrañas. Siendo su naturaleza mesurada no entendía la intensidad del aquel arrebató por el

señor Rafael. Se recriminaba aquella necesidad fatal de conocer hasta el último detalle referente al campero y absorber cada gota de información como un *agave* sediento. Resonaban en sus oídos los sermones de su tía María Fernanda acerca del recato y la decencia, las proclamas de Tiburcio o las risas de las muchachas sobre la «sobrada hombría» de los camperos. ¿Qué caso tenía pensar en el señor Rafael de aquel modo? Hasta ella misma comprendía lo estúpido de su atracción, pero era como si su cabeza fuera por un camino y su corazón por otro.

Casi sin darse cuenta sus pasos la llevaron al extremo del jardín donde la frondosidad de los arbustos daba paso a una explanada de *zacate* donde pastaban los borregos. Advirtió cierta actividad en la distancia. Al preguntar a uno de los peones este le señaló más allá de los macheros.

—Los camperos están entrando el ganado en el cercado, niña.

Sin voluntad y con el corazón agitado, sus pies siguieron el camino al lugar. Los trabajadores de la hacienda habían construido un cercado con traviesas de madera para concentrar el grueso del ganado. Anexos al mismo había al menos tres corrales de menor tamaño para las tareas de conteo, herraje y capazón. El aire estaba impregnado de polvo y un fuerte olor almizclado. A Marcela la atemorizaron los bramidos de los animales, el brillo enloquecido de sus miradas o las furiosas embestidas con las que respondían a los camperos que intentaban confinarlas en el cercado, tal era su naturaleza salvaje. Por precaución, se mantuvo lejos del cercado, alzó la mirada sobre el predio y buscó afanosamente hasta dar con la figura de sus desvelos.

El señor Rafael, envuelto en una nube de polvo, sorteaba las vaquillas y becerros sobre su montura en tanto expedía órdenes al resto de los hombres para que la manada no se desmandase. La familiaridad con la que se movía entre aquellas bestias la admiraba. Las rudas tareas campestres adquirirían con su buen hacer un carácter lucidor y gallardo. Su aspecto rudo, como el de un salvaje de la frontera, le formó una bola en el estómago y le paró el corazón. ¿Cómo puedo sentirme atraída por un hombre como este? se preguntó. Tantos días de pensar en él le pareció que los recuerdos referentes a la gallardía de

su estampa se habían quedado pequeños.

Rafael, concentrado en la faena de separar las reses, no se percató de la presencia femenina hasta que, con un gesto de Guadalupe, le señaló al frente.

—Parece que la *güerita* ha venido a verte. —Su mirada siguió la dirección del gesto de Guadalupe.

Marcela Fonseca permanecía al otro lado del cercado haciéndose sombra con una mano. De alguna manera, pese a la rudeza del entorno que la rodeaba, conservaba un aire etéreo y femenino que tan diferente la hacía de las otras mujeres que Rafael había conocido. Se le despertó el deseo, un deseo que llevaba clavado en las entrañas desde su partida. Había pasado noches enteras pensando en ella bajo las estrellas del bajío. Aquellos pensamientos se colaban en su cabeza, la hacían preguntarse cómo vestiría para dormir, a qué olería su jabón o cómo sabría entre las piernas.

—Sigue tú —masculó en dirección al indio antes de azuzar a Azrael con un golpe de rodillas. El caballo zigzagueó entre el ganado rodeando el cercado. Al detenerse ante Marcela esta alzó la mirada sorprendida. Vio la vacilación reflejada en su rostro. Descabalgó de un brinco, aterrizando sobre la tierra reseca con sus botas.

—Señorita Fonseca —saludó.

—Señor Rafael. —Su brusca presentación dejó sin reacción a Marcela. Trató de contener el temblor de sus piernas bajo una actitud impávida, pero bajo aquella fachada se gestaba una turbulenta emoción que nadie podría adivinar.

—¿Ha venido a ver las vacas?

Marcela asintió fingiendo poner toda su atención en el cercado.

—¿Ha tardado en encontrarlas? —interrogó al cabo, forzada por el persistente silencio del hombre, que permanecía observante. Al mirarlo de frente, advirtió lo *pestañudos* que eran sus ojos. Cada pestaña tenía un grosor insólito y se curvaban hacia arriba como si las hubiera moldeado con una cucharilla caliente. Los días bajo el sol habían curtido su piel profundizando el azul de su mirada. Su pelo estaba más reseco y más largo de lo que



recordaba. Llevaba la camisa de manta arremangada dejando entrever unos antebrazos morenos y nervudos cubiertos por una leve capa de vello aclarado por el sol. «Así debe ser todo él». El pensamiento la abordó de repente provocándole un sonrojo.

—Mas en convencerlas y que no hicieran alboroto —respondió él apartando suavemente la cabeza de su montura cuando este intentó olisquearla. Sin dificultad impuso su voluntad sobre la del animal para mirarla con una intensidad que la sojuzgó—. ¿Sabe algo de ganado, señorita Fonseca?

—No mucho. —La intensidad con la que la miraba estaba fuera de lugar aunque con probabilidad él no lo hiciera a mala conciencia, razonó Marcela, sino por simple ignorancia.

—¿Sabe distinguir un toro de una vaca?

—Las vacas son hembras y los toros... bueno, los toros son machos.

—Ando algo confundido, señorita, ¿qué son los bueyes entonces?

—No sabría decirle. —El desconcertado parpadeo de la joven provocó una risotada en el campero.

—Está bien, señorita, yo le explico. Los bueyes son toros capados. La capazón los vuelve mansos y buenos para trabajar el campo —explicó con sencillez.

Ella aceptó su explicación con un movimiento rígido que no encubrió la perplejidad que sus palabras.

—A esa de ahí —Marcela siguió la dirección de su mano al señalar un animal de pelaje blanco y giba abultada—, le dicen cebuina, y a esa otra, vaca criolla. Y allá ¿ve aquellas otras? pardas suizas. El resto son cruces indeterminados.

—Los animales no distinguen entre clases o razas ¿verdad?

—¿Y eso le agrada o le disgusta? —preguntó con doble intención. La mirada de Rafael quedó clavada en su boca con una fijeza incómoda. El nuevo intento de Azrael por acercar los belfos a Marcela lo distrajo momentáneamente. De nuevo dominó al animal con un leve tirón de bridas

aunque ¿quién podía culparle? Marcela Fonseca olía como un jardín, una seductora mezcla a mango verde y limón. Le observó la gruesa trenza rubia y se preguntó cómo sería su tacto. En ese instante, cayó en la cuenta de que si él podía olerla, ella podría olerle a él. En realidad su hedor debía de detectarse a millas. Tenía el olor a vaca y estiércol impregnado en el cuerpo. Le alarmó que ella pudiera sentir repulsión por ello. El pensamiento le golpeó el orgullo. Nunca se había avergonzado de lo que era ni de lo que hacía pero en ese momento... en ese momento hubiera dado todo lo que tenía por ofrecer su mejor estampa y que ella no lo considerara un palurdo.

—¿Por qué habría de disgustarme? Los animales no atienden a las leyes de los hombres como usted dijo —opinó Marcela, ajena a sus pensamientos. Le pareció que el campero había perdido el interés en la conversación. Confirmó sus sospechas que él cabalgara de nuevo.

—Siento tener que dejarla pero va siendo hora de regresar a la faena —le escuchó decir.

La brusquedad de su partida la dejó perpleja y confusa. Desmotivada, reemprendió su regreso a la casa pero rápidamente cobró ánimos, como si una energía extraña se hubiera apoderado de ella.

Al anochecer, Rafael y el resto de sus hombres ocuparon las viviendas de barro destinados a los trabajadores itinerantes. Construcciones humildes con el piso de tierra y un estrecho pretil en su fachada en cuyo interior se alineaban varios jergones de apariencia tosca cubiertos con colchones de lana de borrego y almohadas de *pochote*.

La brisa de la serranía hacía de esa noche un momento agradable para charlar en torno a una hoguera exterior con un plato de frijoles y una botella de tequila. Rafael hubiera disfrutado de ella de no ser por su pésimo humor.

—El Chango ha sacado su guitarrón y una botella de mezcal, ¿vienes? —La invitación de Guadalupe le hizo alzar ligeramente el rostro en tanto rebuscaba en su morral de cuero.

—No ando de humor.

—Pues ya es raro —ironizó Guadalupe—. ¿Y puedo saber qué te tiene así?  
—El porfiado silencio de Rafael hizo suspirar al indio. Rafael hizo un alto para despacharlo con una mirada—. ¿Qué tiene?

Rafael chascó la lengua, tomó su navaja y un espejo resquebrajado y los envolvió en un atado de ropa limpia. Guadalupe se hizo a un lado para permitirle el paso no sin antes hacer un último comentario.

—Me andas preocupando, Rafael. ¿Qué piensas hacer con la güera?

—No es asunto tuyo — comunicó antes de cruzar el patio a grandes zancadas desoyendo los llamamientos del resto de sus hombres para unirse a ellos.

Los tinacos alineados junto a los graneros tenían como misión recoger el agua de la lluvia. Rafael se sirvió de esta agua para su aseo. Con gran energía se frotó el cuerpo con una barra de jabón hasta borrar de su piel cualquier vestigio de las semanas pasadas entre el ganado. Sobre su cabeza, la luna llena asomaba rodeada de estrellas. Se vistió con unos pantalones limpios y una camisa de algodón antes de encender una bujía y colgarla de un tachón de la pared, junto al espejo desportillado. Se observó el rostro. ¡Parecía un apache! ¡Qué extraño que la señorita Fonseca no hubiera huido despavorida al verle! Al menos había conseguido no desmayarse. Se acarició la barba del mentón. El vello áspero se le incrustó en la yema de los dedos. Se aplicó una generosa capa de jabón en los dedos y cubrió el vello con ella para comenzar a rasurarse.

Casi finalizaba cuando detectó un movimiento por el rabillo del ojo. Despacio llevó su mano derecha a la empuñadura de su 38 antes de percatarse de que los pasos eran demasiado ligeros para tratarse de un hombre. Volteó el rostro con lentitud.

—¡Chucho!

La figura del niño se adelantó en la oscuridad.

—¡Ay chirrión! ¿Cómo supo?

—Haces mucho ruido.

—¿Le parece? La Morocha oyó decir que estaban de regreso y de seguido

me envió a averiguar.

Rafael se secó los restos de jabón con un paño en tanto miraba al niño.

—¿A averiguar qué?

—Pues de usted, de qué si no. Desde que se fue anda aullándole a la luna. Todo el día se lo pasa suspirando y ni a Arístides ha querido recibir, ya ve.

—¿Arístides la ha visitado?

—Dos veces desde que usted se fue. La última vez acabaron peleados. Yo mismo oí al Arístides salir de su cuarto mentando al diablo —dijo apurando el paso tras Rafael cuando este echó a andar.

—¿Cómo has entrado en la hacienda?

—Los guardias me conocen de cuando la Morocha le envía mensajes al Arístides. Puedo entrar y salir cuando quiera.

—Pues ya va siendo hora de que regreses. —La suavidad de la orden no restó autoridad a su petición. Le enfurecía que la Morocha expusiera al chamaco a los peligros de la noche por mero capricho.

—¿Qué le digo a la Morocha?

—Invéntale. Dile que no pudiste verme y que nadie supo decirte.

—Ta bueno —aceptó el niño—, pero eso la va a poner de malas. —Rafael le revolvió el cabello con simpatía.

—Ahí le vemos como te compenso. —Chucho elevó hacia él una mirada esperanzada—. Un día de estos te enseño a montar ¿te parece?

—¿De veras? ¿Con caballo de verdad? —inquirió con los ojos bien abiertos.

Una carcajada profunda brotó de la garganta del campero.

—Sí, y ahora regrésate a la fonda.

## Capítulo 8

—¿Esto es todo? —La pregunta de César Montemayor señalando el cercado a la mañana siguiente hizo que Arístides Rosales elevara las cejas con fruición—. Carajo, Arístides, ¡estas vacas son una mierda! No pagarán ni un centavo por ellas. —César Montemayor echó una mirada a las bestias deslomadas y viejas y los añejos esmirriados. La culpa era de él, por confiar en Arístides. Su capataz era bueno para amedrentar a los peones y sofocar revueltas a fuerza de látigo, pero de reses sabía lo mismo que el demonio de misas.

—Los camperos peinaron toda la sierra, es cuanto encontraron. Dicen que las demás o se las robaron o se enfermaron.

—«Se las robaron» —rezongó César con sorna, su gesto degeneró en hastío agotadas sus esperanzas de que los restos de lo que en otro tiempo fue una gran rebaño pudiera solucionar sus actuales problemas—. Que las alisten para venderlas en el mercado de San José, veremos cuánto podemos sacar por esta mugre.

Arístides alzó la mirada hacia el grupo de camperos apostados junto al vallado. Después de conocer al mentado Rafael del que todos hablaban, se había arrepentido de haber hecho caso a la Morocha. Estaba claro por qué le había insistido con aquel tipo. La muy gacha debía de andar tras el campero, como el resto de las hembras del estado. Y no es que Arístides Rosales fuera un hombre celoso. A él siempre le habían sobrado viejas. Pero antes bueno que *menso*. Nadie le había pintado el cuerno para contarlo.

En cuanto a ese Rafael, no le gustaba por alzado y engreído. Ya de lejos se le veía que no atendía a órdenes y que era un tipo orgulloso, de los que viene acompañado de problemas.

—¿Que no oyeron? ¡Pónganse a trabajar, carajo! —gritó para hacerse oír.

César Montemayor no le dedicó más atención. Arístides apretó los labios

bajo el bigote cuando Don César se dirigió a la casa con paso vivo. Encontraba injusto que el patrón lo culpara por lo de las vacas cuando fue suya la idea de desentenderse de ellas por años. La soberbia de los Montemayor le impedía reconocer que si no fuera por él, aquella hacienda no sería nada hoy por hoy. Porque ¿quién sino él se encargó de llevarse por delante a cuanto pelado se opuso a los planes expansionistas del cacique? Como aquella maldita india, ¿cómo es que se llamaba? ¡Ni siquiera lo recordaba! Sí recordaba cómo la mató, de un balazo en la frente y solo porque no se le antojó dejarle las tierras a Don César. Algún día el patrón le reconocería esas cosas y le recompensaría. Pensó en Marcela Fonseca. En su cabeza la idea de un matrimonio con la sobrina de Don César había arraigado con fuerza como un medio para adquirir prestancia. Entonces sí, él iba a tener que respetarle.

Al alzar la mirada se topó con un grupo de chiquillos.

—¿Qué están mirando? ¡Bola de pendejos! Ya les enseñaré yo a meter las narices donde nadie los llama —amenazó echando mano de su *cuarta* para descargar su ira reprimida.

—¡Aristides! ¿Qué está haciendo? —La exclamación de Marcela, que recién llegaba al lugar, lo detuvo a tiempo.

—Señorita Fonseca... no sabía que estaba acá.

«Obviamente», pensó una arrebatada Marcela que, como un escudo humano, se alzó frente al capataz intentando proteger a los niños. Hasta ella habían llegado los desmanes de Aristides y no pensaba quedarse de brazos cruzados mientras era testigo de ellos.

—¿Iba a golpear a estos niños?

—No, señorita, ¿cómo cree? Solo a asustarles, mírelos, si uno se descuida se las dan para holgazanear, hay que andarles ladrando como perro.

—Tal vez si probara a tratarlos como personas y no como animales las cosas fueran distintas.

¿Personas? Aristides tuvo que componérselas para no reír. ¿Aquella chusma mugrosa? ¿Personas? Achacó la fastidiosa sensiblería de la joven a la

remilgada educación que las de su clase recibían. Pensó con cinismo que la señorita Fonseca se retorcería de repulsión si una de esas «personas» que tanto defendía osaran tocar un solo pelo de su bonita melena.

—Lo que ocurre, señorita, es que no son personas como nosotros, en cuanto aflojas te pierden el respeto.

—El respeto es algo que un verdadero caballero se gana, Arístides, y no a base de cuerazos —advirtió Marcela con la mirada encendida.

El sonido de unos pasos distrajeron a ambos, cuando Marcela se volteó a mirar se topó con la mirada del señor Rafael que reclinaba la espalda en la valla mientras asistía al intercambio verbal.

—¿Algún problema, señorita Fonseca? —Sus ojos se deslizaron por el rostro de la joven tratando de desentrañar cuán profundo era su incomodo.

La presencia del señor Rafael desbocó el corazón de Marcela. Le avergonzaba que fuera precisamente él quien fuera testigo de su discusión. Le preocupó que pensara que era una de esas metomentodo de las que buscan jaleo donde no hay.

—El señor Arístides y yo tenemos diferencia de opiniones, solo eso.

Rafael se guardó el gesto de suspicacia. Marcela Fonseca sabía ser comedida cuando la ocasión lo requería, aunque ello implicara librar sus propias batallas.

—¿Y a ti quien te ha dado vela en este entierro? —rezongó Arístides, ávido de demostrar su preponderancia—. ¿Qué, que no oyes?

Rafael arrojó a un lado el cigarro que fumaba. Se limpió la comisura de la boca un resto de tabaco antes de enderezarse como si no lo hubiera escuchado. Él no era como aquellos peones a los que Arístides arreaba como bestias, no le mostró sumisión ni miedo como de seguro estaba acostumbrado.

—Oigo y veo sin dificultad —dijo inclinando el rostro y mirándolo de soslayo.

—Pues entonces, mugroso, regresa a tus tareas, el patrón quiere que esas reses estén listas para el mercado de San José.

—¡Arístides! No tiene derecho a hablar así a este hombre —intervino Marcela.

—Déjelo, señorita, los burros solo saben rebuznar.

—Pinche, cabrón... —Arístides manoteó su cartuchera. La templanza de Rafael se transformó de repente. Se adelantó como un diablo, de un empujón acorraló al capataz contra el cercado y apretó su antebrazo contra su garganta hasta que la piel del rostro adquirió una tonalidad morada.

—Dame el gusto, hijo de puta, ándale ¿a qué esperas?

Alarmada, Marcela se adelantó. Sabía la fama que se gastaba el capataz de tramposo y fullero. Cuando su mirada buscó alrededor alguien que pudiera ayudarla se topó con la figura de Guadalupe que, atento al altercado, se aproximaba con paso decidido.

—Por favor, deténgalos —suplicó fuera de sí.

El indio la hizo a un lado antes de interponerse entre los dos hombres.

—¿Qué pasó, amigos? ¿No irán a pelear? No delante de una dama ¿verdad? —dijo Guadalupe en tanto empujaba a Rafael a un lado—. ¿Te volviste loco? —siseó antes de voltear a ver—. Ha sido todo un malentendido ¿verdad, compadre? —inquirió. Rafael permaneció en pertinaz silencio con la mirada clavada en Arístides quien, envalentonado con la presencia del indio, comenzó a gritar una vez recuperó el aliento.

—¡Llévenselo o me lo quiebro!

Guadalupe obligó a Rafael a retroceder mientras le iba susurrando al oído hasta que Rafael acabó por consentir y hacerse a un lado. Arístides esgrimió una sonrisa en pírrica victoria.

—Manténgase lejos de tipejos como estos, señorita Fonseca, ya ve cómo se las gastan —dijo al cabo encasquetándose el sombrero—. No debió venir sola hasta aquí, esta chusma no distingue, ¿ya vio? Mejor deje que la acompañe de regreso a la casa. Su tío debe saber de esto.

—Vaya yendo, Arístides, al rato le alcanzo. En cuanto a mi tío, no veo la necesidad de molestarlo por un malentendido cuando usted ha sabido



resolverlo tan valerosamente —desechó. Arístides Rosales no supo interpretar el sarcasmo camuflado en sus palabras.

—Insisto. En estas compañías una dama no está a salvo.

—Soy la sobrina de César Montemayor —dijo, sirviéndose de una etiqueta que menospreciaba pero que esa ocasión le serviría para obtener sus fines—. ¿Qué puede ocurrirme? —Sin más palabras le dio la espalda y comenzó a caminar con el deseo de perderle de vista cuanto antes.

Arístides Rosales abandonó su pose de caballero educado, escupió sobre el suelo mientras la observaba alejarse. «Ta bien, *güerita*, ya tendremos tiempo de arreglar cuentas tú y yo», pensó para sí mismo. Se fue sacudiendo la cabeza, mentando la madre de quien osaba cruzarse en su camino.

Cuando Arístides Rosales desapareció, Marcela encaminó sus pasos tras Rafael y Guadalupe, que en esos momentos discutían con violencia en voz baja.

—¡Ya suéltame! —barbotó el primero deshaciéndose del puño amistoso con el que el indio pretendía retenerle.

—Ta bien, compadre, pero ya cálmate ¿sí? ¿Qué fue lo que pasó?

«Pasó que esa rata de dos patas osó mirar a Marcela Fonseca, pasó que se le encendió la sangre y de repente deseó arrancarle los ojos y descerrajarle un balazo entre ceja y ceja».

—No pude contenerme, no más —dijo observando con ceño a Marcela que, exangüe, enderezaba los hombros al acercarse—. Déjame a solas —murmuró a Guadalupe que, al seguir su mirada, entendió el motivo de su petición.

—*Ta güeno*, pero refrene el genio, compadre —aconsejó antes de alejarse.

Marcela ensayó una sonrisa que se quebró ante la mirada de Rafael.

—¿Está bien? —preguntó Rafael en voz baja.

—Sí —mintió, pues el enfrentamiento entre los dos hombres le había provocado una gran desazón en la boca del estómago—, pero usted se ha ganado un enemigo.

—Deje que sea yo quien me preocupe por Arístides.

Marcela le observó el rostro en silencio, el mentón apretado y la rigidez de su mandíbula eran claros indicios de un arrebató mal contenido. Percibió que su imagen había mejorado notablemente respecto a la del día anterior, la barba de varios días había desaparecido en favor de unas mejillas rasuradas. Vestía una chaqueta de gamuza y pantalón de jerga lisa con chaparreras de chivo, maltratadas por el uso pero sin trazas de polvo, que se ajustaban a su cadera estrecha remarcando la amplitud de sus hombros. Nunca había conocido a un hombre con hombros tan anchos.

—Si quiere un consejo, manténgase alejada de ese hombre.

—Es curioso, él me hizo la misma recomendación.

La mirada del campero se oscureció, si sus palabras lo molestaron se aguantó el reproche.

—¿Qué hace aquí, señorita Fonseca? ¿No tendría que estar rezando sus oraciones o algo así?—inquirió, tan desabrido que Marcela temió que la dejara allí plantada antes de darle tiempo a responder.

—Tiburcio me dijo del herraje, quise ver que tan especial es —respondió obviando su burla y ocultando el verdadero motivo de su presencia.

Cayeron en un silencio que Rafael no se molestó en romper. Le molestaba que Marcela Fonseca pusiera a prueba sus buenas intenciones. Al fin que había decidido no involucrarla en su plan contra los Montemayor. Su presencia lo tentaba, hacía que el diablo le susurrara al oído.

Al cabo, se unió a ellos un campero chaparro y panzón de nombre Benito Juan. A Marcela le agradó de inmediato su carácter campechano y platicador.

—Señorita, qué gusto verla por acá. ¿Ha venido a ver el herraje? ¿Quiere que le explique?

—Sí, gracias —aceptó nerviosa, mirando de reojo a Rafael que, impertérrito, permanecía silente.

—¿Ve aquellos becerros? Por acá les decimos orejones porque no tienen marca —se afanó en explicarle—. ¿Y ahora ve esas presas? Es allá donde los llevamos para el herraje.

Marcela observó la fogata donde los hombres calentaban los hierros entre las ascuas hasta que sus puntas se inflamaban al rojo vivo.

—¿Las reses no sufrirán?

—Solo de impresión —rio Benito Juan.

—¿Y esos caballos? ¿Por qué los tienen separados del resto?

—Para desbravarlos y que se acostumbren a la rienda. Así se venden mejor. Les cortan las crines y la cola para que se vean más grandototes y con mejor porte, pero hoy solo nos dedicaremos a las reses. Si gusta puede acercarse a ver.

—Sí. —Su mirada buscó el perfil de Rafael—. Es decir, si al señor Rafael no le molesta —balbució.

Él se encogió de hombros como si el tema lo tuviese sin cuidado. Benito Juan se sonrió viéndolo marchar.

—No le haga caso, señorita, se pone así siempre que hay tarea. Ahora venga por acá.

Marcela se dejó guiar hasta el grupo de camperos que preparaban los útiles para el mercado en tanto sorbían café en tazas de esmaltado desportillado. El correcto saludo de Marcela fue respondido de inmediato. La joven se quedó a un lado mientras escuchaba a Rafael distribuir las tareas por grupos, pronto quedó establecido quien se ocuparía del fuego y quién de separar a los añejos y conducirlos a la manga de marcaje. Las tareas se realizarían por turnos ya que *manganear*, ya bien a pie o a caballo, exigía un sobreesfuerzo para los hombres.

La actividad de los corrales atrajo a numerosos curiosos pues siempre era un espectáculo ver enfrentarse a hombres y bestias. Los peones de la hacienda se arremolinaban entorno al cercado. Marcela distinguió a Benita y a varias domésticas más encaramadas a la talanquera junto a varios niños que, sin temor a las rabiosas embestidas de los cornudos, cotorreaban con despreocupación.

Uno de los críos se alzó para saludar a Rafael cuando este se disponía a montar, pero Rafael no se percató, imbuido con la presencia de Marcela.

Había algo en aquella mujer que lo arrebatava. La veía voltear los ojos tras las pestañas para observarle, lo hacía de un modo sutil para que él no se diera cuenta. Se preguntó si ella se sentiría atraída por su rostro, como tantas mujeres, o si por el contrario resultaba inmune a él. Quizás Marcela Fonseca tan solo sintiera curiosidad, como ella misma decía.

—Vaya con Guadalupe —ordenó comprobando los amarres de su silla. Con la mano en el fuste se izó de un salto y sin prestarle más atención partió al trote. Marcela lo siguió admirada con su desenvoltura, como si el mundo le perteneciese. Ella, cuyo vicio cardinal era el miedo y la vacilación, se paseaba por el mundo de puntillas. «Soy demasiado juiciosa». Esa mañana sin ir más lejos le había dado mil vueltas a la idea de presentarse en el rodeo. Su sentido común, aquel que le aconsejaba mantenerse lejos del señor Rafael, había bregado una infernal disputa con sus impulsos. Sorprendentemente, estos últimos se habían impuesto a su voluntad. Lo vio hablar con Guadalupe, intuyó que hablaban de ella. Al rato, el indio se acercó para hablarle.

—Venga por acá, señorita —indicó guiándola hasta su puesto junto a la presa—. ¿Quiere marcar el primer becerro?

—No sé qué hay que hacer.

—Sujete esto, debe de estar preparada para cuando el añejo entre en la manga. —Le puso en la mano una puya de fierro con dos iniciales enlazadas en el extremo. El anagrama de la hacienda, adivinó ella sujetando con fuerza la empuñadura de madera. Lamentó no haberse alistado con la comodidad de las demás mujeres que, más previsoras, se había ataviado con vistosas y amplias faldas de castor, blusas al estilo china poblana y delantales de sarga para sobrellevar el calor del día.

Aprovechó la ocasión para entablar conversación con aquel indio de cabello fosco y apariencia impía.

—¿Y hace mucho que conoce al señor Rafael?

—Nadie conoce a Rafael, él no se deja —respondió sin mucho afán en tanto la ayudaba sostener la pesada puya.

—¿Cree que el señor Arístides y él vuelvan a pelear?

—Pues ya sabe qué pasa cuando juntan dos gallos en una gallera, señorita.

—Adviértale que Arístides no es de fiar.

Una sonrisa retorcida volteó los gruesos labios del indio. Del mismo modo, él podía advertirla de que Rafael no era sino un lobo con piel de cordero.

—De su parte, señorita.

El jolgorio del cercado se interrumpió cuando Rafael accedió a él. Benita y las demás domésticas no dejaban de señalar su buen gobierno entre risitas mal contenidas. Marcela se moría por imitarlas y lanzar vivas a su paso cuando él lazó un becerro y lo arrastró hacia la manga con maestría.

—¿Señorita? —El llamamiento del señor Guadalupe la sorprendió fascinada con el espectáculo—. ¡Órale! —La alentó cediéndole por completo el fierro cuando el añejo penetró en la manga.

Marcela sujetó con fuerza la garrocha. El corazón le golpeaba fuerte contra las costillas. Acercó el fierro candente al anca del animal y, guiada por la mano experta de Guadalupe, lo hundió en el pelaje marrón de la bestia, que mugió y pateó arrebatada. Ella retrocedió impresionada por la experiencia. El sudor le cubría las sienes, se añadía a los temblores que le recorrían el cuerpo. La siguiente compuerta fue abierta y el añejo liberado. Marcela lo siguió con la mirada.

—¿Estará bien?

—Ya ni se acuerda, señorita —aseguró el indio.

Ella observó su rostro ansiosa por confirmar sus palabras. Era cierto que el añejo no parecía dolorido. Un suspiro quedó emergió de su garganta. La adrenalina inundaba su sangre. Se secó la frente con el dorso de su manga y sonrió al indio.

La actividad al otro lado del cercado persistió. Guadalupe la sustituyó en la manga y ella tuvo oportunidad de admirar el manejo del señor Rafael en la reata. La conexión entre el jinete y su montura permitía al campero seleccionar los añejos, derribarlos con la reata más gruesa e inmovilizarlos en un abrir y cerrar de ojos. Marcela se sorprendía del arrojo de los camperos que ponían en peligro su integridad física al arrojarse sobre los becerros. Su destreza y

requiebros les permitían eludir los puntazos y patadas de los más bravos. Era un ejercicio violento y brutal pero al mismo tiempo hermoso y plástico. Tiempo después, cuando los siguientes hombres tomaron el relevo, Rafael se dirigió a la valla sobre su caballo. Marcela lo vio intercambiar unas palabras con el niño que antes le había saludado y ofrecerle su reata. El niño la sostuvo entre sus manos como si de un vellocino de oro se tratara. El señor Rafael le revolvió la cabellera y la sonrisa que le estiró los labios la hizo contener la respiración, admirada con la transformación de su gesto.

Rafael miró a su alrededor. Su sonrisa se extinguió poco a poco al descubrirla al otro lado del cercado. Cruzó por el partidero ignorando las miradas arreboladas de las demás mujeres.

A Marcela le atacó la timidez cuando lo vio desmontar y sacarse el sombrero que colgó del machete de su silla. No pudo dejar de admirar su porte fibroso en tanto él se secaba el sudor de la nuca con un pañuelo de *paliacate*.

—Nunca he visto montar como usted —señaló admirada.

—Azrael y yo nos conocemos bien.

—¿Ha puesto a su caballo Azrael? ¿Como el arcángel?

—Me gusta el sentido bíblico de ese personaje: «el que acompaña a toda alma después de descarnar el cielo o el infierno. Lo que él escribe en el libro sagrado es nacimiento, lo que borra, muerte».

A Marcela le sorprendió la profundidad de sus conocimientos en la materia. Su asombro debió reflejarse en su rostro pues de seguido él apuntó.

—No soy tan desleído como cree.

—No... estaba pensando eso —se defendió avergonzada—. Ahora recuerdo. Tiburcio me comentó que fue el protegido del padre Melquíades. ¿Fue él quien le catequizó?

—¿Ha estado preguntando por mí, señorita?

Observar los hermosos labios del señor Rafael le provocó calambre en el vientre y un ahogo en el pecho. Marcela, acostumbrada a rehuir las atenciones

masculinas por considerarlas fastidiosas, se encontraba ahora deseosa de ellas. ¿Se estaría volviendo como su tía Aurora, dispuesta a cualquier cosa por una lisonja? Volvió a fijar la mirada en las mejillas ásperas del campero. Todo en ese hombre le evocaba las tierras rudas del Bajío. Apartó la mirada para que no le adivinara el pensamiento.

—No, no. Su nombre salió a...

El ensordecedor griterío del cercado la salvó de responder con una mentira. Uno de los niños había caído entre las reses corriendo el peligro de morir bajo las afiladas pezuñas de las bestias. Marcela reconoció al mismo niño al que Rafael había entregado su reata y cuyo lazo había quedado enganchada en una de las puntas del cercado cuando el niño intentaba manganear imitando los movimientos de los camperos, desequilibrándolo y haciéndole caer al cercado.

Con la agilidad de un puma, Rafael trepó al predio y saltó al interior del rodeo. Su reacción empujó a Marcela contra el cercado desde el cual observó con el corazón encogido cómo el campero sorteaba los puntazos de las reses salvajes en tanto gritaba indicaciones al pequeño para que no se moviera. Ovillado sobre sí mismo, el niño siguió fielmente las órdenes de Rafael en tanto los demás camperos intentaban mantener a raya a las reses. La agilidad y buenos reflejos del señor Rafael le permitieron llegar al niño en un abrir y cerrar de ojos y alzarlo sin dificultad sobre su hombro; sin embargo, la brusquedad de sus movimientos provocó una estampida entre las bestias que amenazaron con arroyarlo irremisiblemente. De algún modo consiguió trepar a la talanquera y ponerse a salvo con el niño. Cayeron sobre el polvoriento suelo al otro lado. Marcela rodeó el cercado a la carrera sin importarle la mentada decencia que tanto le reclamaba su tía María Fernanda. Se abrió paso entre los peones que se apiñaban en torno a Rafael y el niño para arrodillarse sobre el suelo llena de preocupación.

—¿Se encuentran bien? Por favor, respóndame —suplicó intentando verle el rostro que él mantenía vuelto hacia el niño. Su tono angustiado surtió el efecto deseado. El campero la miró con un dejo sorprendido al sentir su mano

sobre su hombro.

—Su vestido.

—¿Qué? ¿Qué le ocurre? —Marcela se revisó la ropa en busca de algo que pudiera ser de ayuda.

—Se echará a perder.

Lo absurdo de la observación dada la situación hizo que Marcela pusiera los ojos en blanco.

—No importa —aseveró arrebatando al niño de los brazos del hombre—. ¿Cómo te llamas? ¿Te has hecho daño? Dime, no te dé pena.

—Chucho, doñita —respondió el niño, cuyas lágrimas habían labrado un sendero húmedo por sus mejillas mugrientas—. Siento haberla asustado, pero ya estoy bien ¿ve?

Marcela rebuscó en el bolsillo de su falda hasta dar con un pañuelo de encaje que siempre llevaba consigo. Perpetua le había bordado numerosos juegos desde su llegada a la hacienda para matar el aburrimiento antes de que el aburrimiento la matara a ella, decía. Con decisión lo aplicó sobre el rostro sucio de Chucho.

—¿Dónde te has golpeado? —inquirió tanteándole la cabeza con una resolución que Rafael jamás le hubiera imaginado en una de señorita de su clase—. Lo llevaré a la casa para revisarlo.

Chucho se reveló contra la idea y empezó a negar.

—No hace falta, doñita ¿lo ve? Ya estoy bien —dijo poniéndose en pie un tanto vacilante.

—Te has golpeado muy fuerte, mejor que te revise allá. Además necesitas lavarte —expresó Marcela, dejando sin argumentos al niño que miró con intención a Rafael. El campero se sacudía las ropas empolvadas en tanto se ponía en pie también.

—Obedece a la señorita, Chucho.

—Pero la Morocha me regañará duro si me retraso.

—Deja que yo me ocupe de la Morocha.



—*Ta bueno.* —Acabó por aceptar cabizbajo. Marcela le prendió la mano como si temiera que pudiera salir corriendo en cualquier momento y lo escoltó de camino a la casa como una gallina haría con su polluelo.

Rafael los observó alejarse admirando la delicada blancura de la muchacha en contraste con la piel tiznada del niño.

Marcela condujo a Chucho hacia las cocinas por la puerta de servicio. Lo hizo sentar en una silla en tanto buscaba unos lienzos limpios. Cohibido con la atención suscitada, Chucho se dedicó a observar la amplitud de la estancia. Su mirada embelesada recaló en varias piezas de cecina, ristras de ajos y hierbas aromáticas, jamás había visto tanta comida junta. En una mesa varias domésticas cortaban hortalizas o desgranaban maíz con rodetes. Todas atendían a las órdenes de una mujer entrada en años que manejaba un cazo de cobre donde preparaba *atole*. Volvió a entrar la niña Marcela con varios trapos de manta muy bien lavados y linimento.

—A ver, déjame ver —ordenó empapando un lienzo en agua fría para enjuagarle el rostro—. ¿Te hago daño?

—No —negó el niño con valentía.

—¿Qué tan amigo eres del señor Rafael? —interrogó para distraerle.

—Es mi *cuate* y me va enseñar a montar.

—¿Dónde vives? Nunca te había visto por la hacienda.

—Trabajo para la Morocha en la fonda del pueblo. Ella me envió para...

—¿Para qué? —instó Marcela distraída, en tanto aclaraba y escurría el lienzo en la cubeta sin apercibirse de las sonrisas y codazos de las sirvientas.

—Bueno, pues para saber si el señor Rafael iba a regresar a la fonda —respondió el niño cohibido.

Marcela alzó la mirada hacia el rostro redondo y mofletudo del niño. Un remolino de pelo coronaba su cabeza chata.

—¿A la fonda?

—El señor Rafael y el señor Guadalupe se hospedaban allá antes de

trabajar en Arroyo Negro.

Marcela atesoró la información con cuidado. Perpetua cruzó en ese momento la puerta con el rostro arrugado de preocupación.

—Me dijo una de las muchachas que había habido un accidente con las reses. —Se detuvo al ver a Chucho sentado en mitad de la estancia—. ¿Y tú quién eres?

—Chucho, doña.

—No me llames de doña, me haces sentir vieja, mejor me dices Perpetua. A ver, cuénteme que pasó.

—Chucho se cayó dentro del cercado y se golpeó la cabeza muy fuerte —informó una de las domésticas.

—El señor Rafael me salvó —apuntó Chucho.

—¿El señor Rafael? —repitió Perpetua mientras deslizaba una mirada de recelo sobre Marcela—. ¿Y tú cómo te enteraste? ¿No estabas paseando por el jardín?

—Sentí curiosidad de ver las reses —señaló escueta—. Lo importante es que Chucho está bien. —Al observar al niño se dio cuenta de que su zarrapastroso pantalón estaba salpicado de sangre en su parte posterior—. ¿Tienes más heridas? —inquirió arrodillándose a su lado para observar las manchas.

—No, doñita, la sangre debe ser del señor Rafael.

Marcela recibió sus palabras con un gesto afligido. Ni siquiera había reparado en que el señor Rafael pudiera estar herido. Se sintió mal por ello. Tuvo que contener el impulso para no salir corriendo en su busca.

—El señor Rafael sabrá cuidarse solo —observó Perpetua con acritud—. Pronto será la hora de comer y tu vestido está echado a perder. A tu tía María Fernanda le dará un ataque si te presentas con semejante facha y oliendo a vaca a la mesa.

—Iré a cambiarme. —Pero antes quiso asegurarse que Chucho quedaba bien atendido—. Sírvanle a Chucho algún dulce y un vaso de limonada

¿quieren? Te gusta la limonada ¿sí? ¡Qué bueno! —Sonrió ante la entusiasta afirmación del niño—. Y Perpetua, voy a necesitar más lienzos y quizás un poco de ese linimento que compraste en San Miguel.

—Pero niña...

—Por favor, nana —rogó llevándosela lejos de las orejas chismosas de las domésticas—. El señor Rafael ha sido amable conmigo y quiero corresponderle.

—¿Te estás oyendo? —inquirió Perpetua estupefacta ante su actitud. Por norma general Marcela no era tan impulsiva.

—Nana...

—Está bien. Está bien —aceptó al reconocer el brillo tozudo en su mirada—. Ahora córrele.

Perpetua la vio salir mientras sacudía la cabeza y chascaba la lengua.

—Muchacha terca y porfiada —suspiró antes de reparar en Chucho—. ¿Y tú qué estás mirando?

—Nada, Doña.

Marcela se había cambiado el vestido, recompuesto el peinado y empolvado el rostro para ocultar la rojez que le había provocado el sol de la mañana. Pero al entrar en el comedor su tía María Fernanda detectó el exceso de color de su rostro.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué traes ese color en la piel?

—Esta mañana en el jardín...

—¿Has salido sin sombrero ni tornasol?

—Lo olvidé.

—¡Por Dios, niña! Esas son cosas que no se olvidan. ¿Acaso quieres parecer una de esas mestizas descastadas? Se empieza por olvidar el sombrero y se acaba por perder el recato.

Entraron las domésticas con la comida y Marcela se vio temporalmente a salvo de la reprimenda de su tía. Le sirvieron sopa de tortilla aderezada con

chile serrano. Su tía María Fernanda ordenaba servirla al menos dos veces por semana para darle el gusto a César pese a las protestas de su tía Aurora que prefería la cocina europea por ser más distinguida y delicada al paladar.

—¿Qué es todo ese escándalo que se escucha al otro lado de la hacienda? —inquirió su tía Aurora al cabo haciendo a un lado su plato—. Me ha sido imposible dormir en toda la mañana.

—Los camperos han comenzado a herrar a los becerros —respondió su tío César.

—¿Es por eso que mi muchacha ha estado desaparecida?

—A las gentes simples les gusta ese burdo espectáculo —opinó María Fernanda—. Y esos camperos habrás de vigilarlos, César, tienen fama de braveros ¿ya no te acuerdas lo que ocurría en tiempos de Lisardo? Sus *jaripeos* terminaban siempre en gresca y balazos. Y tú, Marcela, no deberías salir sola al jardín con esos hombres campando a sus anchas por la hacienda. Apenas llegan y ya quiero que se vayan.

A Marcela le molestaba la tendencia de su tía a generalizar, a meter en el mismo saco a los que no consideraba de su misma ralea. Pensó, sin temor a equivocarse, que su escapada de esa mañana escandalizaría hasta el horror las decimonónicas creencias de su tía.

—Lo harán cuando hayan cumplido con su tarea —señaló César sorbiendo su sopa.

—Pues a mí me gustaría asistir aunque fuera solo una vez a uno de sus *jaripeos*. Dicen que lo camperos son los hombres más gallardos de la república, y también los más viriles. —La taimada opinión de Aurora provocó una contracción de labios en su tía María Fernanda ante tamaña vulgaridad.

—Deberías cuidar tus opiniones habiendo oídos inocentes escuchándote.

—¿Lo dices por ti o por nuestra querida Marcela? —La pregunta resonó como una salva de cien cañones en la sala. Las dos mujeres se fulminaron a través de la mesa como si de dos gatas salvajes se tratara, dispuestas a arrojarse la una sobre la otra en cualquier momento.

—Por una vez me gustaría tener una comida tranquila —intercedió César

Montemayor. Ambas mujeres detectaron su tono hastiado y decidieron guardar las uñas para otra ocasión—. Estoy harto de que anden siempre peleando, carajo.

—Pero César...

—¡Paren ya! —La furiosa orden de su tío César, acompañada de un puñetazo en la mesa, hizo que su tía Aurora palidiera. María Fernanda, conocedora del carácter endiablado de su hermano cuando algo le tenía de malas, obedeció sin más protestas disimulando un gesto jactancioso cuando Aurora abandonó la mesa de malos modos.

Marcela apartó el plato sin apetito con la mirada hundida en el mantel de hilo bordado.

—¿Y a ti que te pasa?

—Me duele la cabeza, tía. ¿Puedo retirarme a mi cuarto?

—Sí, pero espero que aprendas la lección: una mancha en la piel es como una mancha en la reputación, jamás puedes deshacerte de ninguna de ellas. Nadie desea que se repita la historia de tu madre ¿verdad?

Sus palabras perturbaron sobremanera a Marcela quien acabó por reaccionar con fingido donaire.

—No, tía —respondió con la cabeza erguida y la mirada fija conteniéndose las ganas.

—Anda, vete y medítalo en tu cuarto hasta mañana.

Marcela aceptó con un asentimiento. Quien no la conociera confundiría su gesto con mera mansedumbre. Pero siendo ella hija de su madre le daban deseos de saltar sobre la mesa y encararse con su tía. Se las veía para reprimir aquel impulso, pues nada había para Marcela más sagrado que la memoria de sus padres y que su tía María Fernanda se valiera de ella para humillarla era algo que no podía soportar.

Al anochecer llegó Perpetua con una bandeja de chocolate y conchas dulces.

—Lo sé, mi niña, he tardado por culpa de tu tía, no quería que te subiera

nada, dice que el ayuno sirve para meditar los errores. ¡Vieja alacrana! Debería probar ella, ¡claro que se moriría de hambre! No te rías tanto y come un poco. Cada vez que te miro me parece que andas más flaca. Es por el aire que se respira aquí, la consume a una por dentro.

—No tengo apetito. ¿Te acordaste de lo que te pedí?

—Sí, pero antes come algo.

Sin más remedio, Marcela se sentó sobre la cama, tomó un panecillo al azar y lo devoró en dos bocados en tanto iba dándole sorbos al chocolate con canela.

—¿Y cómo piensas hacer para salir de la casa sin que nadie te vea?

—Por el patio trasero, a esta hora siempre está vacío.

—Iré contigo.

—Mejor te quedas pendiente.

—Óyeme, óyeme, ¿Desde cuándo te has vuelto tan mandona? No me gusta estar de acuerdo con tu tía, pero esos camperos no son de fiar. En menos de un parpadeo le plantan un niño en la barriga a una.

—El señor Rafael no es como tú dices.

—¿Ves? Ya te tiene medio tronada. ¡Mírate, no más! De escapada en mitad de la noche.

—No tengo ningún interés en el señor Rafael.

—¿Ah, no? Pues nunca te había visto actuar así, como la tarada de Benita.

—Marcela chascó la lengua. Se sacudió las migas del vestido y dio un último trago al cacao antes de extender la palma de la mano donde Perpetua depositó de mala gana las vendas y un botecito de cristal tintado.

—Prométeme que te vas a cuidar.

—Perpetua, es simple cortesía, no tienes que andar pensando qué cosas.

—Vete antes de que me arrepienta y apúrate en regresar —aceptó la mestiza de mala gana.

Marcela salió al pasillo con sigilo. La casa parecía sumida en la apatía de sus habitantes. El reloj de una de las salas repicaba en mitad del silencio.

Marcela descendió las escaleras y se dirigió hacia la salida con el corazón palpitante, angustiada ante la idea de ser descubierta.

Alguno de los sirvientes había encendido ya los faroles que bordeaban la casa. Su luz anaranjada se proyectaba sobre el piso de tierra, mas allá la oscuridad se extendía insondable. Marcela se detuvo vacilante. Nunca le había gustado la oscuridad, de niña le provocaba pesadillas terroríficas. Notó que el pulso se le disparaba debido a la ansiedad, sobreponiéndose a sus miedos Marcela se fue guiando por el sonido de la música que resonaba más allá de los establos. Suspiró aliviada cuando divisó un fuego cuyo resplandor dorado iluminaba el rostro concentrado de varios camperos que sentados a su alrededor sorbían aguardiente. El melancólico rasgar de una guitarra acompañaba su plática. Se detuvo indecisa al menguar su coraje. A su cabeza acudieron todos los epítetos que sobre los camperos había escuchado decir. Su seguridad se evaporó como por arte de magia cuando divisó al señor Rafael apostado en uno de los extremos. Escuchaba con expresión reconcentrada las explicaciones de uno de sus hombres, quien parecía pedir su consejo. Marcela lo observó hablar desde la oscuridad, los gestos pausados y concisos con los que acompañaba sus palabras. Todo en él irradiaba autoridad, no de esa que Arístides Rosales imponía a base de cuerazos, sino un liderazgo natural del que nace con uno y lo acompaña toda la vida.

Tomó aire para infundirse valor y caminó hacia la hoguera dejando atrás la oscuridad.

La abrupta interrupción de la guitarra hizo que Rafael volteara la cabeza en un gesto de curiosidad, se encontró que todos sus hombres miraban al frente con atención. Por un momento se le pasó por la cabeza que Arístides Rosales se hubiera presentado para ajustar cuentas. En un impulso movió su mano hacia su cartuchera de cuero en tanto escudriñaba las sombras. Pensó que sus ojos lo engañaban, que la imagen de la señorita Fonseca en mitad de la oscuridad era un espejismo de su imaginación, pero entonces ella se movió para detenerse junto al fuego. Sus ojos repasaron asombrados los contornos vaporosos de su blusa de tela de Holanda con pechera almidonada que,

incongruente con el rudo entorno de cuanto la rodeaba, parecía surgir de la nada.

—Buenas noches.

Un coro de voces masculinas respondió al tímido saludo. De seguido los camperos se pusieron de pie.

—No hace falta que se levanten, por favor —rogó Marcela, apurada por el alboroto.

—¿Busca a alguien, señorita? —interrogó Benito Juan.

La mirada indecisa de Marcela se dirigió a Rafael, el único que permanecía sentado con los brazos apoyados en las rodillas. Notaba su mirada diseccionar cada uno de sus gestos haciendo tambalear su resolución.

—Supe que estaba herido.

La mirada interrogante de los camperos se dirigió hacia Rafael.

—¡Ay, caramba! No le hemos oído quejarse —indicó Pancho escondiendo su sonrisa tras su taza de latón.

—¿Será que se está muriendo? —inquirió Benito Juan.

—Ya dejen la gracia —advirtió Rafael barriendo a los parranderos con una mirada admonitoria —. Señorita, no debió molestarse —dijo dejando a un lado su taza para ponerse de pie.

—Pero su brazo...

Rafael se miró el tosco vendaje que rodeaba su antebrazo. Se había atado su pañuelo para detener la hemorragia y allí se había quedado todo ese tiempo sin que él reparara en ello.

—No es más que un rasguño. Nada de importancia.

—Traigo vendas limpias —insistió Marcela con preocupación, pues sabía de buena mano que las heridas más simples podían provocar las peores infecciones.

—He salido de cosas peores.

—De cualquier modo, estaré más tranquila si le reviso —aseveró poniendo de manifiesto su porfía.



—Ta bueno, venga por acá, señorita Fonseca —aceptó Rafael tan ceñudo que Marcela se preguntó si había hecho bien. La hizo caminar lejos de la hoguera para señalarle un rústico escaño de madera donde Marcela tomó asiento. Él acomodó un hombro contra uno de los postes que sujetaban el techado—. ¿Le molesta? —preguntó mostrándole un cigarro que colocó entre sus labios. No se trataba de uno de esos cigarros finos marca «Buen Tono» que los caballeros estilaban fumar en los billares y clubs, sino un cigarro sin boquilla rudamente liado.

Marcela se limitó a negar con la cabeza. Lo vio encender un fósforo y acercar su llama al extremo de su cigarro. El fósforo iluminó parcialmente sus rasgos angulosos antes de extinguirse en la oscuridad. Rafael dio una suave calada y expelió el humo a través de sus labios entreabiertos.

—¿Nunca ha visto fumar? —quiso saber al captar su mirada fascinada—. No, por supuesto que no, a las mujeres como usted se las educa como niñas. —Marcela se sintió agraviada con la visión que él le mostraba de sí misma.

—Le aseguro que soy muy consciente del mundo que me rodea y sus inmoralidades.

—¿A poco?

—Me juzga sin saber nada de mí. ¿Acaso eso no le clasifica también a usted?

Rafael emitió un sonido áspero. Arrojó a un lado el cigarro de malas formas. Aspiró a fondo tratando de serenar su rabia que sabía injusta. Lo cierto era que Marcela Fonseca se lo estaba poniendo muy difícil.

—Tiene razón. Usted no tiene la culpa, así la hicieron ¿verdad?

—Deje de hablar de mí como si careciera de pensamientos o ideas propias. —Un incomodo silencio se instaló entre ellos. Marcela reconsideró su presencia en el lugar ¿Tanto se había equivocado con aquel hombre? Al cabo se puso en pie—. Déjeme ver su herida —requirió—. Se lo ruego —añadió ante la estática respuesta de él.

Por su naturaleza orgullosa, Rafael tendía a reaccionar ante las órdenes con recelo o insumisión pero aquella petición pronunciada en voz baja lo hizo

obedecer con una mansedumbre que a él mismo le sorprendió. Se arremangó la camisa y le mostró su brazo moreno. Al acercarse ella, lo envolvió la suave fragancia y sintió una punzada entre las piernas.

Guardó silencio mientras la veía desanudar el mugriento sonador que él había utilizado a modo de vendaje. El remate de fierro de una de las talanqueras había rasgado su carne formando un costrón de sangre seca que Marcela tentó con la punta de su dedo sin visos de repulsión. La cercanía de la muchacha lo relajó pese a que nunca se había sentido cómodo dejando su voluntad en manos de otros.

—¿Qué tan grave estoy? ¿Me voy a morir?

—No desprecie una herida por insignificante que sea —amonestó ella, en tanto rebuscaba en el bolso de su falda rosa y extraía el yodo. Vertió una pequeña cantidad sobre su herida para luego limpiar la tierra adherida a su piel. Sus manos se movían sin escatimar delicadeza.

—No es la primera vez que hace esto —observó movido por la curiosidad.

—Es solo una herida. Mi madrina me enseñó cómo curar.

—¿Y qué era su madrina, curandera o qué?

Marcela rio ante la idea. Sus dientes se mostraron brevemente entre sus labios y Rafael pudo ver que eran blancos, de tamaño armónico y bien alineados.

—Doctora.

—¿Doctora?

—La primera doctora de la República —proclamó llena de orgullo.

—Leí acerca de ella. ¿Cómo es que se llamaba? —Rafael frunció el ceño tratando de recordar—. Lafragua ¿verdad? ¿Por qué me mira así? ¿Le sorprende que alguien como yo se moleste en leer los diarios? —señaló cáustico ante su gesto de sorpresa que ella se apresuró a disimular.

—Todo lo que se dijo de ella...

—¿Sobre su impudicia y perversidad por querer ver cuerpos desnudos? —Rafael citó textualmente uno de los numerosos titulares que sobre la señorita

Montoya vertieron sus más recalcitrantes opositores.

Marcela no pudo evitar enrojecer.

—Los médicos varones lo hacen y nadie les acusa de perversidad — defendió con ardor rodeando el antebrazo con un lienzo limpio.

—Verá, señorita, también sé sacar mis propias conclusiones.

Volvieron a quedar en silencio mientras Marcela anudaba el vendaje. Mantenía la cabeza inclinada, concentrada en la tarea. Rafael no perdió la oportunidad de explorarle el rostro a su antojo. Tenía la piel tan fina como pétalo de orquídea, pero su nariz pequeña y recta lucía pequeñas motas de color canela. El sol de la mañana había enrojecido sus mejillas. Sin detenerse a pensar en lo que hacía alzó una mano y con su pulgar acarició la piel lastimada. El atrevimiento hizo que Marcela lo mirara pasmada.

—El aloe es buen remedio para las quemaduras. Detrás de los graneros hay varias plantas. Si gusta, mañana se lo haré llegar. —Ella no atinó a responder, paralizada por su contacto—. Tiene la piel como de porcelana. Debería llevar sombrero —observó pese a que odiaba aquellas pajareras envueltas en lazos que tanto se estilaban—. ¿Por qué sonrías?

—Eso es justo lo que me recomendó mi tía María Fernanda.

Aquel nombre hizo que los ojos de Rafael se achicaran y su mano cayera a un costado. Ella le había vuelto a recordar quién era, no sería malo grabárselo a fuego en la cabeza. Marcela distinguió un brillo en su mirada que le heló la sangre.

—¿Por qué me anda buscando? —La brusquedad de su pregunta la tomó desprevenida.

—¡Yo no hago tal cosa!

—No se haga. —Resopló Rafael tomándola de un brazo cuando ella hizo amago de alejarse, le acercó el rostro para observarle los ojos, redondeados por el asombro. Captó el olor dulzón de su aliento como a chocolate y canela que exhalaban sus labios entreabiertos y quiso morderlos, chuparlos con lengua y dientes—. No soy tan tonto como para no darme cuenta.

—Suélteme —susurró asustada por el cambio operado en él.

—Primero respóndame. ¡Vamos, dígame! Hable de frente, diga lo que piensa para variar. —La provocó al fin de hacerla reaccionar.

—Muy bien. —Marcela asintió tomando una bocanada de aire para aliviar la presión que sentía en el pecho por su cercanía—. Le diré, pero antes suélteme. —Rafael alzó las manos y le mostró sus palmas. Marcela dio un paso atrás, precavidamente miró sobre el hombro, hacía el grupo de camperos asentado alrededor de la hoguera antes de decidirse a hablar—. Mi intención al venir aquí esta noche no era otra que atender su herida. Si mi comportamiento le ha llevado a pensar otra cosa le ruego me disculpe. En el futuro trataré de evitar situaciones confusas a fin de no llevarle a engaño. —Una sonrisa burlona coronó los labios masculinos poniendo de manifiesto su escasa fe en sus palabras—. Y ahora mejor le dejo con su divertimento —resolvió alzando la barbilla.

Rafael se enderezó cortándole el paso.

—¡Espérese, espérese!

—Apártese —replicó furiosa.

—Se lo reconozco, sabe hablar bonito.

—¡Que se aparte!

—Mire, yo me aparto si usted me deja que la acompañe ¿sí?

—¿Y para que? ¿Para que me eche en cara que estoy coqueteándole?

—No, señorita, para que de regreso no pise un alacrán.

—¿Alacranes? —repitió con los ojos redondeados ante aquel nuevo temor.

—No quisiera que le ocurriera nada. Re caería sobre mi conciencia. — Marcela pensó en negarse resentida por la anterior ofensa y regresar sola pero un impulso la hizo asentir. Rafael se hizo a un lado señalándole el camino—. Por aquí, señorita.

Al adentrarse en la oscuridad Marcela se arrepintió de su decisión ¿Acaso no era más peligroso Rafael El Negro que un simple alacrán? Se sentía atraída por aquel hombre pese a que no lo entendía en absoluto. En un momento podía

mostrarse afable y educado para al rato parecer desconfiado y enojoso. En ese momento la guiaba con diligencia a través de la noche asegurándose de que no corría ningún peligro. Marcela, que presumía de saber juzgar a las personas, no sabía qué pensar del campero. Sus encuentros solo servían para emborronar su anterior percepción. En ese momento, sintió cómo su mano se deslizaba por su cintura para ayudarla a evitar la rama baja de un arbusto, dejando una impronta de calor que le hizo hormigear la piel y palpar el corazón. ¿Qué tiene este hombre que puede turbarme con un simple roce? , se preguntó. Al llegar a las inmediaciones de la casa mayor Marcela se detuvo para cruzar una mirada nerviosa. Jamás se acostumbraría a la intensidad de aquellos ojos ni a su forma de mirar.

—Es mejor si nos separamos aquí.

—Como guste.

—Buenas noches —se despidió Marcela con toda la solemnidad que fue capaz de reunir. En ese momento, Rafael se inclinó sobre ella, sobresaltándola. Sintió la punta de su nariz rozando su oreja antes de escuchar el susurro grave de su voz.

—Buenas noches, Marcela.

Ella trastabilló al sentir su aliento tibio y no supo reaccionar. En un impulso infantil echó a correr hacia la casa. Al llegar a la galería volteó a ver, pero Rafael parecía haberse volatilizado en mitad de la oscuridad. Aún cosquilleaba en sus oídos la manera de pronunciar su nombre, sin ningún tratamiento formal, de igual a igual, revistiendo cada sílaba de una cadencia aterciopelada.

Se alzó las faldas sobre las rodillas y subió el tramo de escaleras como alma que lleva el diablo. Solo al llegar a la puerta de su habitación se detuvo casi sin respiración, con las mejillas acaloradas y el corazón palpitante.

Así la sorprendió Perpetua cuando su rostro asomó por la puerta.

—¿Por qué tardaste tanto? —inquirió de malas—. Me tienes con el Jesús en la boca desde que te fuiste—. El regaño vino acompañado de un tirón que la impulsó al interior de la estancia—. Mírate la cara, ni que hubieras visto al

demonio.

—Estoy bien —aseguró saliendo del trance. Perpetua respondió a sus palabras con un resoplido—. Me has asustado. Ahora déjate de monsergas y ayúdame con la ropa —ordenó adoptando una actitud imperiosa para contrarrestar la curiosidad de Perpetua—. Estoy cansada y quiero acostarme.

—A ver, date la vuelta —exigió esta con brusquedad en tanto sus manos rugosas se prendían de la botonadura de su espalda. Al alzarse la pesada melena los ojos de Marcela coincidieron con los de ella en el reflejo del espejo.

—¿Qué me ves?

—No me gusta la mirada que traes —respondió la doméstica aflojando de corrido la mitad de la abotonadura.

—¿Qué mirada?

—De quien se le ha aparecido la virgen —concluyó adelantando la mandíbula para señalar—. Y ahora no se me distraiga más y métase en la cama si tan cansada está —espetó malhumorada entregándole el camión de lino y puntilla de piqué.

Al cabo, cuando Marcela estuvo instalada entre los cobertores, le dio la bendición y le acarició la mejilla, pues los enfados de Perpetua jamás duraban mucho. Marcela le apretó la mano con afecto. Abrió la boca para hablar pero ¿cómo podría explicarle lo que ni ella misma entendía? El recuerdo de lo ocurrido la aturdió, la desposeía de sentido común. En torno a Rafael El Negro se elevaban mas quimeras que certezas. «Rafael». Se atrevió a pronunciar su nombre en la oscuridad. Ningún rayo divino la fulminó por ello. Repitió su nombre hasta que sintió los carrillos arder. Fantaseó con el encuentro de esa noche. Nunca antes ningún hombre había tenido tal efecto en ella. Se agitó bajo las cobijas incapaz de conciliar el sueño. Esa noche sus pensamientos pertenecían a una sola persona. Rafael.

En las estancias de los peones Rafael escuchaba con distracción el rasgar

de la guitarra desde su jergón. Ningún hombre había osado hacer ningún comentario acerca de su encuentro con Marcela Fonseca, quizás por el respeto que Rafael les inspiraba o tal vez por la devoción que muchos de ellos habían comenzado a mostrar por la señorita Fonseca. Con lentitud el cansancio de la jornada le fue aflojando los músculos, su mente en cambio bullía, confabulaba para llevarlo una y otra vez a Marcela Fonseca. «Esa *güera* me ha embrujado», admitió. Tenía la sangre revuelta de deseo. Caviló la idea en ensillar a Azrael y desfogarse con la Morocha, pero al cabo desistió. Lo que de veras se le antojaba era Marcela Fonseca. Cerró los ojos y evocó el momento en que ella se había acercado a él. El ruedo de su falda había rozado sus botas enviándole una oleada de calor que se había concentrado en su entrepierna y allí se había quedado todo ese tiempo. Escupió una maldición a la noche. Volteó el rostro e intentó conciliar un sueño que su cuerpo agotado reclamaba a gritos. Al menos esa noche los antepasados se mantenían silenciosos, quizás habían descubierto una manera más efectiva de hacerse oír.

## Capítulo 9

Varios días después, tras una jornada de intenso trabajo en los corrales, Rafael se dirigió al cercado donde pastaban los caballos. Chintolo, uno de sus hombres, le había advertido de una matadura en la cruz de su yegua que le traía preocupado.

Allá, Rafael lavó la herida del animal con pulcritud y aplicó un emplasto de hierbas de malva a base de cera de abeja para ayudarla a cicatrizar. El contacto de las plantas curativas sobre la carne dañada inquietó a la yegua, que cabeceó irritable. Chintolo la contuvo con mano derecha en tanto lo observaba con preocupación.

—Ya deja de preocuparte, verás que Veracruzana se va a poner bien — pronosticó Rafael acariciando las greñas oscuras del animal.

—Esta yegua es como una hija, yo mismo la crié cuando no era más que una potranca.

—Irá mejorando cuando desaparezca la infección. Deja que descanse y se recupere, aliméntala generosamente con pasto fresco y en unos días estará como nueva. Yo vendré cada día a hacerle sus curas.

—Ahí tiene a ese condenado *chamaco* —señaló Chintolo. Al voltear Rafael se topó con el entusiasta saludo de Chucho, que todos los días se las daba para escapar de la fonda y visitar la hacienda—. ¿Por qué lo anda siguiendo todo el santo día?

—Le prometí enseñarle a montar.

—¡Ay Caramba! Pues más vale que le cumpla.

No fue casualidad que Benita le insistiera tanto en pasear por aquel sector de la hacienda, dedujo Marcela al divisar al señor Rafael. La sirvienta parecía tener un don para ubicar al campero en cualquier lugar que este estuviera.

—¡Mire no más! Allá está el señor Rafael —indicó la doméstica con



patético fingimiento.

—Sí, miren no más —rezongó Marcela molesta con Benita y consigo misma por el nudo de emociones que se desató en su vientre ante la mera visión del rostro atezado que, día tras día, ella había tratado de borrar de sus pensamientos.

—¡Ay, niña! No sea malita, vamos a mirar solo un poquito —rogó la doméstica conduciéndola tras un arbusto desde el que poder espiar el corral—. Mirar no es pecado.

«Depende de lo que se mire», pensó Marcela desazonada, y sin duda el señor Rafael encajaba en la categoría de lo pecaminoso. Lo vieron despedirse de Chintolo y dirigirse hacia uno de los potros del cercado en compañía de Chucho. A Marcela se le encendieron las mejillas en un arranque de pudor al observar su torso desnudo. Seguramente, el calor de la jornada y la relativa intimidad de aquel sector lo había empujado a deshacerse de parte de sus ropas. El campero parecía sentirse muy a gusto en su parcial desnudez, pensó viéndolo ayudar a Chucho a montar en tanto le daba una serie de instrucciones. Su piel brillaba bajo los últimos rayos del sol como una escultura de terracota. Progresivamente, casi sin darse cuenta, su pudor transmutó en admiración. Su cuerpo fibroso ejercía una fatal atracción. Con ojos ávidos estudió la anchura de sus hombros y su torso velludo, húmedo por el sudor, alimentó su curiosidad por el cuerpo masculino con voracidad. Jamás hubiera imaginado sentirse atraída por un hombre de tendones como sogas y piel cetrina. Se le entreabrió la boca y un silencioso suspiro escapó entre sus labios. Sintió un cosquilleo bajo las ropas, justo entre las piernas. La sensación la mortificó y deleitó al mismo tiempo.

—¡Ay, niña! No me vaya a decir que no es el hombre más guapo del mundo —se admiró Benita con idéntico embeleso al captar su mirada. Marcela se recompuso con rapidez y trató de fingir descrédito—. Lástima que ya tenga suertuda que le haga favores de enagua —puntualizó en voz baja.

Marcela tardó en asimilar el significado de esa expresión y al hacerlo sintió que las mejillas se le escarchaban.

—Ya vámonos —urgió con una desconocida desazón en el fondo del vientre.

—¿Ya?

—¡Señorita Fonseca! —El llamamiento de Chucho la hizo brincar sobre sus pies—. ¿Ha venido a verme montar?

—¡Ahora sí se acabó! El señor Rafael ya nos vio —señaló Benita en tanto se recolocaba la trenza y ensayaba una sonrisa seductora al salir detrás del arbusto—. ¿No quiere acercarse a saludar?

Negarse a esas alturas hubiera evidenciado un orgullo desmedido casi peor que la vergüenza que en esos momentos sentía. Sin remedio siguió a la doméstica al vallado donde Rafael recogía reata junto a Chucho.

—Señor Rafael —saludó Benita con una sonrisa que le abarcaba todo el rostro.

Él respondió con familiaridad. Con Marcela en cambio utilizó un tono más formal y rígido.

—Señorita Fonseca.

Marcela correspondió con una inclinación de su cabeza. El recuerdo de su último encuentro la acosó. Evitó cualquier contacto visual por miedo a leer en sus ojos una burla hacia su comportamiento. No estaba bien que un hombre se dirigiera a cualquier mujer medio encuerado ¿Es que nadie se lo había enseñado? Se preguntó mientras su mirada se entretenía en la musculatura de su estómago moreno.

—¿Es suyo ese potro? —inquirió la doméstica menos recatada ante su desnudez.

—De Guadalupe, Chucho lo está aprendiendo a montar —informó tomando su camisa de un clavo. Se vistió con ella pero no se molestó en cerrar la hilera de botones que Marcela observaba de reojo atraída por el vello oscuro que asomaba entre los extremos abiertos.

—¿Ya vio, señorita? El señor Rafael me va a enseñar a hacerlo como él —gritó Chucho con desmesurado entusiasmo.

Marcela no pudo evitar sonreír ante la encantadora exaltación de niño. Lo felicitó en voz alta con un gesto de aprobación.

—Chucho lo ve como héroe —señaló Benita divertida—. Lo imita hasta en los andares.

—Hace demasiado calor para pasear ¿no creen?

—Ya íbamos a regresar, pero la niña Marcela quiso acercarse a saludar.

Los ojos azules del campero recalaron en Marcela para confirmar la afirmación de Benita. Marcela se sintió enrojecer. Dicho así parecía que había sido ella la interesada en acercarse. No quería que él pensara que de nuevo lo andaba buscando.

Chucho se encargó de quebrar el silencio que siguió con su llamamiento.

—¿Qué más hago?

—No dejes que agite la cabeza —señaló Rafael volteando a ver. Chucho puso todo su empeño en imponerse con las bridas.

—¿Es buen jinete nuestro Chucho? —insistió Benita animada con la plática.

—No lo hace mal —respondió Rafael escueto.

Chucho volvió a reclamar su atención desde el centro del corral empujado por la impaciencia.

—Mejor le voy a ver —dijo.

—¡Híjole, a mí me dan harto miedo esos animalotes! ¿Y a usted, niña?

Rafael se detuvo para recoger sogas, pero Marcela tuvo la impresión de que le demoraba el interés por su respuesta.

—No sabría decir —graznó intentando arrancar a Benita de la talanquera en la que se había encaramado.

—Pos ya puestos, el señor Rafael podría enseñarla. ¿Verdad?

—El señor Rafael tiene sus propias tareas.

—Pero segurito que tiene un ratito *pa* dedicarle a usted.

Rafael volteó para mirarlas. Su expresión era tan inescrutable como de costumbre pero algo parecido a la diversión brillaba en el fondo de sus ojos.

—Puede sujetar la reata si se atreve —propuso.

Era un reto. No la creía capaz de una temeridad, le divertía ponerla a prueba sin saber quizás que cualquier decisión suponía para ella horas de reflexión, dudas y contrariedades.

—¡Diga que sí, niña!

—¡Ándele, doñita! No se *achicopale* —intervino Chucho desde su posición.

La tesitura de Marcela persistió hasta enloquecerla, todos aguardaban su respuesta pero ella era incapaz de hilar cualquier pensamiento.

—Está bien —aceptó, obviando que aquel impulso era fruto de la jactancia y no de la bizarría. Quería demostrar a Rafael que no era una flor pusilánime sino que tenía arrojo para aceptar desafíos, que no era como él la había acusado de ser. Deshizo el nudo de su sombrero y se lo entregó a Benita antes de saltar al interior del corral—. ¿Qué tengo que hacer? —inquirió con una seguridad que estaba lejos de sentir.

—Manténgase detrás de mí.

Se dirigieron al centro del palenque. Desde su lugar, Marcela dedicó unos segundos a reseguir con la mirada la espalda masculina. El repicar de sus espuelas coleadoras sobre el polvo llamó su atención sobre su andar lento y la peculiar cadencia de aquellos que pasan la vida sobre una silla de montar. Los faldones de su camisa aleteaban sobre sus caderas estrechas. Escudada tras su espalda trabada, Marcela lo vio alzar la reata y chascar la lengua en un sonido peculiar que hizo que el potro alzara las orejas y los observara atentamente. Su boca volvió a emitir un sonido suave y tranquilizador que hizo que el animal comenzara a trotar siguiendo el círculo del cercado. Chucho emitió un grito de júbilo y Rafael no tardó en corregir su posición sobre la silla con voz inflexible. Al cabo volteó a mirarla.

—Pruebe a sujetar la reata.

Marcela tragó saliva. No soportaría acabar por el suelo y ver menoscabada su dignidad frente Benita o Chucho, pero sobre todo frente al señor Rafael. Él leyó las dudas en el fondo de sus ojos y se adelantó para alzarle las manos y

hacerle tomar la soga.

—No vaya a achicarse ahora —murmuró en voz baja con la intención de animarla—. Chucho se defraudaría.

Marcela aferró con fuerza la reata. Sintió cómo Rafael se situaba a su espalda. Podía notar su aliento contra su oreja en tanto le decía lo que tenía que hacer y extendía una mano sobre las suyas para obligarla a tensar la reata. Al sentir la aspereza de sus callos en la parte superior de sus manos se erizó la piel de la nuca.

—No deje que se afloje, si ve que le jala demasiado o se acobarda suelte la soga o se hará daño en las manos. ¿Entendió?

Marcela asintió con la vista clavada en el animal. El corazón parecía querer escaparse del pecho. La cercanía de Rafael le producía palpitaciones. Su olor a cuero, sudor y caballo no provocó en ella ninguna repulsa sino un desasosiego que desbocaba su corazón.

Chucho rio orgulloso trotando a su alrededor.

—Lo está haciendo muy bien, señorita.

Ella hubiera respondido algo si no hubiera sentido la mano de Rafael descender a lo largo de su espalda para acomodarse en la estrechez de su cintura en lo que parecía un contacto casual. El calor de su mano traspasó el corpiño de su blusa y el lino de su camisola hasta alcanzar de lleno su piel. Lo miró de reojo. Su mejilla delgada y morena estaba tan cerca que Marcela podía percibir los oscuros cañones que ensombrecían su mejilla.

—Señor Rafael... —pronunció ella tartamudeando sin saber cómo hacerle notar que sus libertades eran excesivas.

Él volteó a verla. En esos momentos tenía los ojos más verdes que azules. Marcela se sumergió de lleno en ellos. Se percató de que las pequeñas motas metálicas que salpicaban sus iris variaban de color según la luz a la que estaban expuestas. Aturdida, retiró la mirada, que se asentó en la lejanía.. Sin embargo, no se apartó de su contacto que apenas perduró unos segundos más. Su impronta en cambio persistió largo rato provocándole temblores en todo el cuerpo. Algo más tarde, Rafael dio por concluida sus lecciones. Marcela lo

observó platicar con Chucho que, arrobado, seguía sus indicaciones y correcciones. Tas despedirse, los vio partir de camino a los potreros muy concentrados en su plática. Un pedacito de su corazón cedió ante la irresistible visión de aquel hombre y su entusiasta alumno.

De regreso a la casa Benita no cesó de cotorrear acerca de lo sucedido en el corral.

—¡Ay, niña, yo creo que le gusta al señor Rafael! —le dijo al cabo medio envidiosa.

—¡Benita! ¿Cómo se te ocurre?

—¿Qué tiene? ¿Acaso no lo ve? La mira diferente, ¡hasta le habla distinto!

—No deberías decir esas cosas, solo eso.

—¿A ver por qué? Pues ya sé que ustedes dos no son iguales, pero si el señor Rafael me mirara con la mira a usted ¡híjole! ¡El cielo se me quedaría chiquito!

Marcela tomó conciencia de que su atracción por el campero no era un mero antojo surgido del capricho si no que tenía un componente profundo e irracional. Rafael El Negro se había convertido en una obsesión para ella. Y así, cuando Benita le contó que el señor Rafael tenía por costumbre sentarse bajo la sombra de un *ahuete* cercano a los graneros tras finalizar su jornada, ella se las dio hacer coincidir su paseo vespertino y así poder verlo desde la distancia. Luego fue Lichita quien le mencionó que Benito Juan siempre le preguntaba cuándo iba a practicar con el piano.

—¿Y eso por qué? —había inquirido Marcela extrañada.

—Dice que el señor Rafael se amansa con oír su música.

Las palabras de Lichita pintaron una sonrisa en su boca que no se le borró hasta mucho después.

Sus estados de ánimo parecían unidos a la presencia o noticias del señor Rafael. Bastaba con que alguien lo nombrara para que sus sentidos despertaran atentos. Vivía pendiente de sus idas y venidas. Le preocupaba su influjo. Se

decía que ella no era como Benita o las demás mujeres que suspiraban por su sombra, pero la realidad es que sí lo era. Frente a Benita o las demás muchachas guardaba las apariencias

—¿De veras no le parece reguapo el señor Rafael? —inquirió Benita en cierta ocasión. Marcela se había encogido de hombros.

—Puede —había respondido sin comprometerse, provocando una acalorada protesta de la doméstica.

Después estaba el incidente de la tarde anterior, tras escuchar una conversación entre sus tíos en la que su tía se quejaba de los maullidos de una camada de gatitos bajo la ventana de su cuarto, en el entorno del jardín. Su tío César prometió hacer desaparecer a los animalillos con uno de los sirvientes para que el descanso de su hermana no se viera interrumpido. Esta se quedó muy contenta y, tras darle las gracias, volvió a concentrarse en el bordado. Desazonada, Marcela acudió a hurtadillas al lugar intentando adelantarse a la fatalidad junto a Benita, quien en todo momento no dejó de quejarse de la tarea.

—¡Ay niña! Mire que si su tía nos pilla no la aguanta ni el santo Jo —lloriqueaba tras ella mientras Marcela rebuscaba entre los arbustos más frondosos a los mininos.

—Es Job.

—¿Cómo?

—Mas paciencia que el santo Job —recitó, apartándose el cabello del rostro sudoroso en tanto se ponía de cuclillas para revisar más a fondo.

—Pues como sea. ¿Y qué va hacer con esos gatos luego que los encuentre?

—Le dije a Tiburcio que los repartiera en las rancherías. ¡Aquí están! Trae acá el cesto.

Luego de poner a buen recaudo a la pequeña camada Marcela envió a Benita al rancho de Tiburcio con el encargo mientras ella entraba a la casa por una de las puertas de servicio. Un pasillo oscuro recorría uno de los laterales de la cocina para desembocar en las escaleras de servicio. Marcela utilizaba aquel atajo siempre que quería evitar la presencia de sus tíos en el salón. Se

preguntó si Benita encontraría a Tiburcio en su rancho pues el anciano tenía por costumbre llevar flores todas las tardes a la tumba de su esposa y su hija. Concentrada en ese pensamiento no se percató de la oscura presencia en el estrecho pasaje hasta que unos brazos la sujetaron haciéndola detener.

Su grito murió en su boca ahogado por una mano percutida.

—Cálmese. —Una voz ronca le susurró al oído. Marcela hubiera reconocido aquella voz en cualquier lugar. Su corazón adquirió la ligereza que siempre delataba la cercanía de Rafael El Negro. Sintió la rugosidad de sus callos contra sus labios. Con un movimiento se deshizo de su mano.

—¿Qué hace acá?

Los ojos azules de Rafael relucieron en la oscuridad. Dio un paso adelante acorralándola contra la pared. Envarada, Marcela pegó su columna contra la frescura del yeso. Rafael se inclinó para mirarla a los ojos.

—¿Y usted?

Marcela se negó a responder, lo que arrancó una risa ronca en el campero.

—¿Ya ha hecho su buena labor del día?

Marcela lo miró sin esconder su sorpresa. Sintió sus dedos acariciando su barbilla hasta alcanzarle los labios. Aquel atrevimiento mayúsculo no provocó en ella ninguna indignación sino una mansa y agónica espera. Rafael barrió su labio inferior con su pulgar queriendo comprobar por sí mismo la suavidad del mismo. Marcela, paralizada por el estupor, apenas aventuró una inspiración. Los envolvió un denso silencio marcado por la cercanía de sus cuerpos, tan profundo que Marcela pudo escuchar el latido de su propio corazón. Se sentía cercada por aquel cuerpo grande y fibroso que reducía su condición.

—¿Iba a su cuarto?

—Sí —respondió con un hilo de voz.

El embrujo se quebró por la voz de varias sirvientas de regreso a los quehaceres de la cocina. Rafael había retrocedido para hacerse a un lado y Marcela había huido de su presencia para buscar la seguridad de su cuarto,



donde dio rienda suelta al tumulto de emociones desatadas por el encuentro lanzándose sobre la cama y abrazándose a uno de los cojines.

## Capítulo 10

El doce de Julio una comitiva antireeleccionistas visitó San Miguel para recaudar apoyos maderistas. La noticia se extendió como un reguero de pólvora entre los partidarios presidencialistas con César Montemayor a la cabeza. Reunidos de urgencia en el Café de Doña Pancha, lugar con tradición de tertulias y debates políticos, decidieron poner en fuga a los liberales «como diera lugar».

Los presentes fueron testigos de la acalorada discusión entre Reinaldo Azcona, el actual alcalde de San Miguel, y el hacendado. El primero se oponía al plan de Montemayor pues entre sus funciones, dijo, estaba mantener el orden público y la buena convivencia de sus vecinos.

César Montemayor, en cambio, era partidario de atajar por lo sano y enfrentar a los rebeldes con mano dura. Pese a la oposición del alcalde, mediado el atardecer partió junto una cuadrilla de hombres armados hasta los dientes rumbo a la hacienda La Dolorosa, lugar donde los liberales pernoctaban, para hacer hervir el suelo a balazos.

Los hechos fueron puestos en conocimiento de Nazario Robles, sargento del acuartelamiento de San Miguel, al amanecer del día siguiente a través de un indignado Reinaldo Azcona, que exigió las oportunas explicaciones al entender que su autoridad había sido puesta en entredicho.

La indignación de María Fernanda no se hizo esperar cuando un destacamento de militares se presentó a las puertas de la hacienda con la intención de «escoltar» a César Montemayor al acuartelamiento para su interrogatorio e insistió en acompañar a su hermano para hacer frente a las «injurias».

Los Montemayor y su escolta militar partieron en coche de caballos ante el estupor de todos.

Marcela observó la escena desde la escalinata en tanto Arístides sacaba

pecho.

—Don César me hizo el encargo de estar pendiente de todo, señorita, si necesita cualquier cosa solo dígame.

—Gracias, pero estaré ocupada en la capilla todo el día.

—Puedo acompañarla si gusta.

A Marcela la sola idea de estar cerca de ese hombre todo el bendito día le dio grima. Quería a Arístides lejos, donde no pudiera verlo, escucharlo ni intuirlo.

—Tendrá asuntos más importantes que atender...

—Ninguno más que usted —insistió Arístides sin atender al escaso interés de Marcela. Si supiera lo zafio que lo creía no volvería a dirigirle la palabra.

Y como si de un milagro se tratara, en ese momento llegó un peón a la carrera reclamando la atención de Arístides. La interrupción torció el gesto del capataz que, impaciente, se volvió hacia el hombre.

—¿Qué es lo que quieres? ¿No ves que estoy hablando con la señorita?

—Pues sí, capataz, pero el Eusebio me mandó a decirle que hay tremenda bronca en la Raya. Algunos peones quieren robar sacos de harina y otras cosas de la tienda.

—¿Qué es lo que ocurre? —se interesó Marcela.

—Nada que no pueda solucionarse con plomo y látigo, señorita, pero usted no se preocupe, *pa* eso estoy yo. Y ahora mismo lo soluciono —concluyó Arístides ajustándose el barboquejo antes de volverse hacia el desafortunado trabajador—. ¿Qué haces mirándome como idiota? ¡Corre a por mi caballo!

Marcela lo vio partir con tranco rabioso. Emitió un suspiro de alivio y entró en la casa.

La celebración que tendría lugar al día siguiente en honor a la virgen del Carmen, de la que los Montemayor eran devotos por una bisabuela española que hizo traer la talla desde la costa gallega, había sido en otros tiempos motivo de jolgorio y diversión, según le había contado Perpetua. Pero con el

paso de los años su tía María Fernanda había reducido los festejos a un almuerzo familiar y una misa en la capilla.

Entre las obligaciones de Marcela ese año estaba la de la ornamentación del altar, tarea para la cual buscó la ayuda de Benita y Tiburcio.

Una hora después, ataviada con un sombrero de paja de ala ancha, Marcela se vio empuñando una tijera de poda mientras Tiburcio le señalaba las mejores flores del jardín. La joven se mostraba de un inusual buen ánimo, contenta a medida que iba llenando la canastilla. Luego de haber acarreado un banquillo bajo un rosal aguardó a que Tiburcio le señalara el mejor capullo desde su lugar pero ante la tardanza de este lo miró sobre el hombro. Encontró al anciano enfrascado en sus propios pensamientos.

—¿Tiburcio? —inquirió Marcela eligiendo un capullo y deleitándose con su fragancia profunda.

—¿Sí, niña?

—¿Qué ha ocurrido en los almacenes?

—¿Cómo sabe?

—Un peón vino en busca de Arístides, le escuché decir que había habido problemas —explicó enarbolando sus tijeras—. Dígame, Tiburcio —ordenó con dulzura.

—Es un tema bien delicado. No sé si deba...

—¿Por qué no?

—Pues no sé, niña —adujo rascándose la cabeza.

—¡Dígale Tiburcio! —refunfuñó Benita—. ¡Si usted no se atreve, yo sí! Lo que el Tiburcio no se atreve a decir, niña, es que los peones hace semanas que no cobran y andan bien enojones. Ese cochino de Arístides les anda cobrando hartos intereses por no pagar la deuda de la Raya y a los que no pueden... —se cayó ahí dejándola sobre ascuas.

—A los que no pueden ¿qué?

—¡Ay, no! De esos sí no me atrevo a decirle.

—Pero ¿nadie ha informado a mi tío?

—Su tío debería darle las gracias al señor Rafael. Si no llega a ser por él aquí se monta el Belén.

—¿El señor Rafael? —se sorprendió.

—El mismo. Fue él quien calmó a los peones, ahí les repartió harina y frijoles que pagó con su plata. Al Arístides no le gustó pero no tuvo más remedio que aguantarse.

—¡Ay niña! ¿Verdad que es bien *buenote*? —intervino Benita—. Como dice doña Lupe, «es malencarado pero bien intencionado».

—Eso sí —convino Tiburcio, quien también parecía poseído por el influjo arrollador de Rafael El Negro—. Fíjese que hasta los pies les paró a los alborotadores cuando se supo de la *balacera* de la Dolorosa. Hubo muchos que quisieron correr a unirse a los revolucionarios dicen que para que se acaben las injusticias de una vez, pero el señor Rafael les dijo que mejor se calmaban antes de agarrar un machete y ponerse a repartir tajos.

—¿Tan grave es la situación?

—¡Uy niña! Si yo le contara.

—Pues cuénteme.

—Ya ha tenido su ración de hoy, señorita. Mejor acabamos con el encargo de Doña María Fernanda.

—Sí, niña —opinó Benita—. ¡Mire qué flor tan bonita! Lástima que Doña Alacrana, ¡uy! con perdón, Doña María Fernanda, no haya dado su permiso para el bailongo de esta noche. Los camperos van a dar un fiestón de padre y señor nuestro para festejar el fin de la yerra. De los de tequila y música. El señor Rafael puso los carneros para el asado y el tequila para las gargantas. Pero ¿cómo cree? Su tía de usted no ha dado su permiso. Dice que ese no es lugar para muchachas decentes y que no quiere ver la casa llena de camperitos mugrosos en nueve meses y que no quiere más problemas por acá. Y ya sabe cómo es doña María Fernanda, cuando dice no, es no de mula.

De San Miguel llegaron horas después los Montemayor. La ofensa que

Reinaldo Azcona les había proferido al acusarles de ser los instigadores del enfrentamiento de La Dolorosa no iba a ser olvidada con facilidad y no por incierta sino por traicionera. Marcela escuchó el discurso resentido de su tía María Fernanda pero, al igual que su tía Aurora, guardó silencio aunque por motivos distintos. A Aurora le preocupaba su amistad con Beatriz Azcona, a Marcela la desmedida ambición de su tío.

Su inquietud persistió una vez se retiró a su cuarto donde se acomodó junto al balcón tratando de atisbar algo del festejo de esa noche. El jolgorio hizo bullir en su interior un anhelo desconocido. Pronto se olvidó de sus tíos y sus tribulaciones. Se impacientó al no poder ver más allá del velo oscuro de la noche.

«Si el señor Rafael me mirara con la mira a usted...». Las palabras de Benita se repitieron en su cabeza. De nuevo se encontró pensando en Rafael El Negro.

¿Y si fuera cierto? ¿Y si el señor Rafael de veras estuviera interesado en ella? Benita podía ser bruta y poco leída, pero de amores y desamores entendía como ninguna. Se había cansado de deambular por la hacienda en busca de alguna referencia al campero. Trataba de desentrañar qué movía su interés por él. Cualquier noticia sobre las actividades del señor Rafael y sus hombres alimentaba su curiosidad, una curiosidad que no dejaba de crecer día tras día, que se retroalimentaba con cada pequeño detalle que conseguía averiguar. El hechizo por aquel hombre se afianzaba en su corazón como raíces de mandrágora. Su boca se sesgó en un gesto. Había tolerado (incluso esperado) la presencia de Arístides Rosales en sus reuniones vespertinas con la única esperanza de oírle nombrar.

Llegó Perpetua para darle la bendición. Ella respondió medio distraída siguiendo a medias sus cotorreos.

—¿Ya andan con el danzón? —inquirió al sorprenderla tratando de atisbar los movimientos provenientes del otro lado de la hacienda.

—Eso parece.

—Las muchachas andan todas alborotadas. En tiempos de tu abuelo la

fiesta del Carmen se celebraba con un fiestón campero. A tu mamá le gustaba asistir vestida de poblana y bailar toda la noche con los peones. —Una exhalación melancólica escapó de su boca—. Eran otros tiempos. ¿No te acuestas?

—No tengo sueño.

—*Ta bien*, m'hija, no se entretenga mucho. Mire que mañana tiene que levantarse temprano.

Al quedarse a solas Marcela se paseó por el cuarto. Al pasar frente al espejo se detuvo para observar su reflejo. Un quejido de desesperación reverberó en su garganta. ¿Qué impulsos la gobernaban? Por una noche deseaba olvidar quién era, dejar de lado los convencionalismos, liberarse de sus ataduras, ser como Benita o Lichita a las que nada ni nadie detenía.

¿Quería de verdad vivir una aventura, o bajo esto último se camuflaba su deseo de encontrarse de nuevo con el señor Rafael?

Dudaba, y cuanto más dudaba más ansiedad sentía. ¿Podía? ¿Se atrevía? Se obligó a abrir el armario y elegir un faldón que Perpetua había rematado con bandas plisadas.

Se calzó unas sandalias ligeras y se trenzó el cabello flojamente al modo de las muchachas. Luego se observó una vez más ante el espejo.

¿Y ahora?

De nuevo le atacaron las dudas. Se sentó sobre la cama con las tripas retorcidas. Tras sus párpados apretados se presentó la imagen de Rafael El Negro, su figura masculina sin rebuscamientos ni afectación se erigió como epicentro de la tormenta que la engullía. ¿Qué estaba haciendo? Aquel debate interno se alargó hasta que su cabeza amenazó con estallar. Con un impulso se puso en pie y sin hacer caso al llamamiento de su conciencia abrió la puerta y estudió el oscuro pasillo con el corazón palpitante. Con pasos ligeros descendió por la escalera hasta la galería principal. Utilizó la salida de los sirvientes y tomó el camino empedrado con losa de roca que conducía a las estancias. La noche era despejada, el cielo negro se iluminaba con una ristra de estrellas plateadas que titilaban en tímidos guiños. No más una mirada y

regresaría a la seguridad del cuarto, se dijo con falso convencimiento.

Las guitarras *huapangueras* resonaban en la distancia con su rasgueo rítmico. Sus notas guiaron los pasos de Marcela hacia las estancias de los peones. Allí, en torno a un fuego y bajo adornos de papel picado y ollas de colores, varios danzantes demostraban sus dotes al compás de los sones *huastecos*. Las botellas y vasijas de tequila corrían de mano en mano. Según Tiburcio, en tiempos de su abuelo el fin de la yerra era un gran festejo donde se asaban carneros y reses en espetones y se servía agua de limón con *chía* para las mujeres y aguardiente para los hombres. «A la gente del campo no le duele el codo cuando de beber se trata», proclamaba Tiburcio.

Varias muchachas habían sorteado la prohibición de su tía para acudir al festejo. Sin ningún comedimiento sacudían sus faldas, reían e incitaban a quienes las observaban a acompañarlas. Entre todas ellas distinguió a Benita que, engalanada con falda de castor y flor en el pelo, bailaba junto a Lichita. Si la santa no le había hecho el milagro, tal vez el demonio sí.

La danza terminó y los bailarines se tomaron un descanso para saciar su sed. Se dispersaron en grupos en torno a la hoguera riendo y festejando, pero entre ellos no consiguió divisar a aquel que despertaba sus anhelos.

Esa noche Rafael observaba el baile desde la distancia. Al palpase el bolsillo en busca de un cigarro recordó la nota manuscrita que había sustraído del despacho de María Fernanda Montemayor, despejando sus sospechas acerca de la identidad de la persona que había respondido a las cartas de Víctor Ugalde. Su desprecio por los Montemayor había aumentado con el descubrimiento... con la excepción de Marcela Fonseca, pensó distraído.

—Rafael—. El llamamiento lo sorprendió con el pensamiento puesto en su último encuentro. Al alzar la mirada se topó con la sinuosa sonrisa de la Morocha que, tirándose del rebozo encarnado, se acercó con una sonrisa. Rafael se enderezó de golpe. Con un gesto le indicó que le siguiera. Insuflada de esperanza, La Morocha corrió tras sus pasos hacia el interior de las estancias.



—¿Qué hace aquí, Mercedes? —inquirió Rafael al quedarse a solas. Que su gesto no diera la menor muestra de agrado hizo titubear a la mujer.

—Quería verle —farfulló la mujer ante su falta de entusiasmo—. Andaba harto preocupada por usted, Rafael, ni dormir podía. Pero no se me vaya a enojar por eso. Lo que pasa es que lo he echado de menos.

—No ha debido venir —suspiró en voz baja tomando asiento sobre uno de los catres.

—¿Y cuándo si no iba a verle? Me tiene abandonada, sin noticias desde que está en este mugroso lugar —respondió ella con tono agraviado—. Mire, no quiero pelear, ¿por qué no salimos al danzón? O si lo prefiere nos quedamos acá y vemos como lo hacemos —insistió algo más dócil tomando lugar sobre sus rodillas.

—Ando cansado ¿por qué no va a bailar con algún otro?

—¡Pero yo he venido a verle a usted! —protestó ella—. ¿Es que ya encontró otra? ¿No le gustó conmigo?

—Lo que pasa es que no me apetece ni con usted ni con ninguna otra.

—Eso sí no me lo creo. Un macho siempre anda necesitado de hembra.

Por aquello del azar, la puerta se abrió en ese momento y entró Guadalupe tomado de la mano de Benita, quien había rebajado sus expectativas con respecto Rafael después de ser testigo de su interés por la niña Marcela. Al verlos, Rafael se puso en pie. La mirada indiscreta de Benita le irritó. Pensó que su irritación no tenía sentido. Que la doméstica fuera la muchacha de confianza de Marcela Fonseca no tendría que hacerle sentir culpable, más cuando no lo era, no después de que ella lo evitara todos esos días mientras él desesperaba por atisbar siquiera uno solo de sus cabellos.

—No se vayan. —La orden resonó como un balazo de cañón cuando el indio hizo amago de regresar sobre sus pasos—. Encárgate de regresarla a la fonda ¿quieres?

—¿Estás seguro, compadre? —inquirió Guadalupe, preocupado porque en esos días Rafael se había mostrado más taciturno que de costumbre, sospechaba que sus males tenían origen en la señorita Fonseca. Se había hecho

ilusiones que con la presencia de la Morocha las tribulaciones de Rafael desaparecerían.

—Pero yo no me quiero ir —protestó la Morocha siguiéndolo al exterior para aferrarse de su mano—. Ándele, no sea malito y deje que me quede.

Rafael se desentendió de ella con un movimiento.

—Haga lo que le ordeno —gruñó contundente. En ese momento sus ojos distinguieron una sombra blanquecina más allá del resplandor de la hoguera que revelaba los suaves contornos de una mujer en mitad de la oscuridad. Lo abordó una miscelánea de emociones que lo aturullaron y le sacudieron hasta el alma al reconocer a Marcela Fonseca. —Llévatela —urgió a Guadalupe continuando adelante. La Morocha tenía razón, andaba necesitando una hembra, pero no una cualquiera, sino una fina y de cabello rubio.

La Morocha se quedó allí discutiendo con Guadalupe a voz en grito en tanto él se internaba en la oscuridad tras la esquiva sombra que se alejaba a la carrera.

Marcela no tuvo necesidad de voltear a ver para saber quién la seguía. Su instinto se lo dijo. Apuró el paso con la intención de huir, de alejarse del lugar y del señor Rafael para siempre.

—¡Marcela, espérese!

El feroz llamamiento la impulsó a acelerar el paso. Huía tropezándose con los bajos de su falda sin importarle la dirección que tomaban sus pasos. Sus zapatillas de suela blanda apenas ofrecían protección frente a las piedras sueltas que iba encontrando.

—¡Marcela! —El bramido de Rafael a su espalda la impulsó a correr más rápido—. ¡Carajo! —Le oyó estallar—. ¡Carajo! —El exabrupto se repitió a su espalda segundos antes de que Rafael le diera caza con una facilidad sonrojante.

—¡Suélteme! —exigió Marcela al sentirse alcanzada. Se desesperó por librarse de aquella fuerza que la sometía sin el menor arresto.

—Primero cálmese. ¿Qué chingo se proponía? ¿Romperse la crisma?

—Déjeme ir —plañó impresionada por la rudeza de su lenguaje.

—¿Por qué andaba a escondidas? —quiso saber él sujetando su barbilla para verle el rostro. Su mirada se suavizó al descubrir el brillo de sus lágrimas.

—Benita me dijo que esta noche habría una fiesta y quise ver —respondió.

—¿Salió de la casa sin permiso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya le he dicho.

—Sí, me ha dicho —rezongó—. ¿Por qué está llorando?

—Por nada —replicó ella tratando de borrar el rastro húmedo de sus lágrimas de un manotazo. «Tonta, mil veces tonta», se recriminó aturdida con el dolor que continuaba creciendo en su pecho. Se le había caído la venda de los ojos y ahora veía el tamaño de su estupidez. ¿Ella y el señor Rafael? ¡Qué tonta se sentía!

—¿Qué tiene?

—Nada, y ahora déjeme. Es tarde, tengo que regresar.

—¿Por qué me ha evitado estos días?

—No sé de qué me habla.

—¿No le ha dicho la santurróna de su tía que mentir es pecado?

—Déjeme ir —susurró con menos convicción.

—¿Está enojada conmigo?

—¿Por qué tendría que estar enojada con usted?

—Por la Morocha, nos vio juntos ¿verdad?

—¡Sí que es usted engreído!

Rafael vio justo explicarse pese a que ese era un ejercicio que nunca había practicado con ninguna mujer y casi con ningún hombre.

—Marcela, no sé qué cosa le hayan contado de mí.

—¿Qué caso tiene que me explique? Vaya y siga disfrutando de la fiesta. ¡Vaya, le digo! —exclamó enferma de celos.

—No, usted no quiere que vaya —señaló Rafael, que con una mirada desmanteló su jactancia—. Le pica la curiosidad como pulga ¿verdad?

—Crea lo que se le pegue la gana.

Rafael se impacientó ante su petulancia. Marcela Fonseca tenía la cualidad de menoscabar su seguridad, reducirle a un muchacho temblón. La incompreensión de sus sentimientos por ella lo frustraba casi tanto como su falta de pericia en su trato. Tomó aire por la nariz y habló pausadamente intentando hallar las palabras adecuadas.

—Si quiere saber, ella no me interesa.

—¿Y cree que me importa?

—En ese caso, señorita, no tiene caso continuar con la plática. —Le espetó con acritud, herido su orgullo.

Su desplante asombró a Marcela, quien en cualquier otra ocasión se hubiera ufanado de su contundente rechazo. Tuvo una sensación de vértigo en la boca del estómago que la impulsó a alejarse de nuevo y ponerse a salvo de sus propios sentimientos. Se lanzó a una carrera ciega mientras las lágrimas le corrían por el rostro. No se molestó en mirar atrás. No creía que Rafael la siguiera. Él se iría con aquella otra y no volvería a pensar en ella. Entonces el terreno perdió firmeza y su tobillo se retorció. Un latigazo le ascendió por la pantorrilla y con un alarido cayó al suelo. Se quedó allí de rodillas, llorando desconsoladamente como una niña tonta.

—¡Marcela! —La exclamación de Rafael le llegó a través de la negrura de la noche. Con los ojos llenos de lágrimas trató de ubicarle. De repente lo tenía ante ella con las rodillas clavadas en la tierra mientras la alzaba entre sus brazos—. ¿Está bien? —Sin poder contenerse, Marcela le echó los brazos al cuello y lloró afligida contra su camisa.

Desarmado ante aquel gesto, Rafael se limitó a sujetarla contra su cuerpo mientras profería sonidos tranquilizadores. Al cabo, Marcela alzó la cabeza y lo miró con los ojos enrojecidos, tan inmensos como dos lunas de ámbar.

Rafael sintió el deseo de besarle los carrillos y la boca. Perderse en la dulzura de sus labios de caramelo.

Marcela tomó aire y habló con un hilo de voz.

—Es cierto.

—¿Qué cosa?

—Me salí de la casa porque... deseaba verle —admitió.

—Continúe —la instó con un hilo de voz temiendo que ella le dejara ahí, que le pudiera la cobardía y no le reconociera lo que tanto necesitaba saber—. Vamos, dígame, ¿siente algo por mí? ¿Es eso? —A Marcela le avergonzó reconocer que tenía razón. Se limitó a asentir con la cabeza apenas. Rafael le rodeó el rostro con las manos y la miró tan concentradamente que ella sintió el rostro arder—. ¿Qué?

Su cercanía aturullaba los sentidos de Marcela, el contacto de sus manos en su rostro le quemaba la piel y le enloquecía el corazón.

—No lo sé... —balbució con un hilo de voz—. Por favor. —Se liberó de su contacto porque de ese modo le era más fácil hablar sin que todo el cuerpo le temblara.

—Entiendo sus reservas. Sé que mi condición está por debajo de la suya.

—¿Mi condición? —remachó confusa—. ¿A qué condición se refiere usted?

—Le hablaré con franqueza —repuso él con tono grave que inducía a pensar que no sabía hacerlo de otra forma—. Nuestra condición social nos separa.

—No me hable de categorías ni clases, se lo ruego. No soy rica y carezco de apellido ilustre, soy solo la pariente pobre que se ve en la necesidad de ser mantenida.

—Con dinero o no, con apellidos o no, no somos iguales. No más mírese y míreme.

—¿Por qué insiste en ello? —protestó molesta.

—Porque quiero... —Los interrumpió el sonido de unas voces

acercándose, venían acompañadas de carcajadas ebrias y estridentes maldiciones. —Venga —indicó tomándola de la mano. Marcela se limitó a seguirle sin objeciones, simplemente feliz con su contacto.

## Capítulo 11

Despuntaba la aurora cuando Marcela se deslizó entre las sábanas de su cama. Pese al cansancio que le ablandaba el cuerpo, se resistía a dormir. Su cabeza era como un avispero. En tanto la oscuridad era relegada por el alba, sus pensamientos repasaban una y otra vez los acontecimientos de aquella noche gloriosa recreándose en los más nimios gestos o palabras pronunciadas. Un suspiro de felicidad emergió de su garganta. Se abrazó a la almohada llena de una dicha incommensurable. Por más que rebuscaba en su interior no había el más mínimo rastro de contrición sobre sus actos. Conjeturó que aquella noche había sido la más feliz de su existencia. Ignoró conscientemente el incierto rumbo del futuro. Solo le importaba el presente, y su presente tenía nombre: Rafael. Fuera como fuera, estaba dispuesta a hacer frente a las consecuencias derivadas de su decisión de estar junto a un hombre como él. Sorprendentemente no estaba asustada. Descansó una mejilla sobre su mano con el pensamiento centrado en las horas vividas esa noche.

Rafael y ella habían caminado un buen rato alejándose de festejo, buscando la privacidad que en esos momentos necesitaban para detenerse ante una construcción oculta tras un *guamúchil* generoso en frutos rojos que en aquellos rumbos todos conocen por lolitos. Marcela había reconocido de inmediato la vieja escuela que Perpetua le había referenciado en varias ocasiones. Su tía María Fernanda le había prohibido visitar aquella parte de la hacienda por lo alejado, pero Marcela sospechaba más bien de su temor a los fantasmas del pasado.

—Mi padre ejerció aquí como maestro —informó, volviendo el rostro con una sonrisa.

—¿Quiere entrar?

—Sí.

Rafael tanteó la cerradura con su mano. La hizo ceder sin mayor dificultad

y buscó un fósforo en el bolsillo de su camisa, mientras Marcela estudiaba las paredes desnudas apenas iluminadas.

Alguien había olvidado un añejo fanal de aceite en un rincón. Rafael manipuló con destreza su mecha reseca hasta que una medrosa llama iluminó la estancia llena de trastos inservibles. Con movimientos lentos Marcela se adentró en el interior mirándolo todo con reverencia. Le asaltó el olor a madera que le hizo cerrar los ojos e imaginar a su padre empuñando una tiza, declamando en voz alta alguna de sus lecciones. En sus recuerdos, él había sido un maestro generoso con aquellos que demostraban interés por aprender.

La sobresaltó la repentina cercanía de Rafael a su espalda. Con una mano en el brazo la hizo voltear. Los ángulos de su rostro tomaban formas caprichosas a la luz del fanal. Llevaba el ceño fruncido, en un gesto que parecía ya natural en él, como las nubes lo son de la tormenta. La miraba con fijeza, empequeñeciéndola con la gravedad de su expresión.

—Sáquese el lazo del pelo —invitó con voz grave estirando la mano hacia el extremo de su trenza—. Quiero verla con él suelto —añadió deshaciendo la trenza con sus propios dedos. Los bucles dorados de Marcela cayeron desordenados sobre su espalda como un glorioso manto. Rafael tomó un puñado para alzarlo hasta su nariz. Lo estudió a la luz vacilante del candil como se estudia una gema preciosa. Luego se inclinó para olerle el cuello raspándole las mejillas con la incipiente barba—. Está asustada —constató al percatarse del temblor que le recorrió el cuerpo.

—No —mintió ella, pero lo cierto es que su presencia la imponía restándole seguridad. Su cercanía le impedía respirar, incluso pensar—. No estoy acostumbrada a según qué intimidades —apuntó con voz estrangulada.

Rafael le tomó la barbilla con dos dedos y le estudió los rasgos sin prisa. Volvió a admirarse de la delicadeza de su piel. En comparación, la suya parecía lija. El brillo satinado de sus labios rayaba la lujuria. Marcela se asustaría aún más si supiera los pensamientos que le inspiraban. Colocó una mano a la altura de sus riñones para obligarla a dar un paso hacia él. No debería estar haciendo aquello, sabía que su cercanía la perturbaba, pero no lo



podía evitar. Su olor cítrico le envolvía. El deseo de acariciarla le hizo olvidar todo cuanto ansiaba decirle. Ningún hombre digno de llamarse así podría resistirse a besar aquellos labios. Se preguntó hasta qué punto tendría que ser comedido. Marcela emitió una protesta queda pero no se apartó de su contacto cuando le acercó el rostro.

Marcela nunca había estado a solas con un hombre, salvo Tiburcio. En ese momento comprendió que estaba a merced de él, un campero con fama de esquivo, en mitad de la oscuridad, alejada de todo y de todos. Como hipnotizada, le vio acercar el rostro. El corazón se le detuvo en el pecho para luego iniciar un alocado palpitar. Iba a besarla... pensó observando sus labios resecaos. Sintió pánico y del mismo modo lo ansió. Alzó el rostro aguardando lo inevitable.

Ella besaba como niña, con labios y ojos cerrados, pensó Rafael abriendo la boca sobre sus labios. Una corriente cálida le alcanzó la entrepierna y se extendió por todo su cuerpo. Había fantaseado con aquel momento desde la primera vez que la viera. Le parecía increíble que estuviera ocurriendo de veras. En sus sueños, Marcela Fonseca era tan inalcanzable como la luna, pero ahora estaba entre sus brazos, respondiendo a sus besos. Le recorrió la columna vértebra a vértebra con sus dedos, dejando que estos se deslizaran hasta la cinturilla de su falda.

Marcela volteó el rostro para exhalar con intensidad. Cerró los ojos fuertemente impresionada. «Su forma de acariciarme es excesiva. Debería detenerle y sin embargo... no quiero que se detenga», pensó trastornada. Deseaba que las manos ásperas de Rafael le recorrieran el cuerpo. De manera involuntaria estiró el cuello hacia atrás cuando le besó la mandíbula. Los labios de Rafael volvieron a buscarle la boca. ¡Quería entrar en su boca!, comprendió sorprendida.

Rafael la aferró con mayor fuerza pegándola a su cuerpo con las manos extendidas sobre su espalda y nalgas. La devoró con ferocidad mordiendo sus labios, penetrándola con su lengua. Era su intención ser delicado, pero en esos

momentos se sentía enloquecido por la tersura del cuerpo que abrazaba. Se detuvo con las fosas nasales dilatadas y la respiración áspera al percatarse del cariz desenfrenado que estaba adquiriendo el beso y miró a Marcela. Ella le correspondió con una mirada mansa que ocultaba sus deseos de reír histérica. Lucía pálida y asustada. Apoyó la frente sobre ella para perderse en sus ojos.

—Dígame que está segura de esto.

—Lo estoy.

—No será fácil. Si cree que no podrá afrontar lo que está por llegar la dejaré ir en este mismo momento. Nos separaremos como si nada hubiera sucedido.

Sus palabras la animaron a buscar su rostro con la mirada. En sus ojos expectantes encontró la convicción que necesitaba para expresar sus siguientes palabras.

—Estoy segura.

Rafael le sujetó la barbilla para observarla de cerca.

—¿Seguro que no se va arrepentir?

—¿Por qué insiste? —la escuchó rezongar.

—Está bien. Cuénteme de este lugar —indicó en voz baja para distraerse de la tentación de besarla de nuevo.

La petición hizo que Marcela frunciera los labios ¿Cómo iba hablarle cuando solo podía pensar en el calor de su cuerpo? Jamás había otorgado tales libertades a un hombre sobre su persona. Siempre había sido comedida y fría en su trato con el sexo opuesto. Y sin embargo allí estaba, en mitad de la oscuridad, abrazada a un hombre del que apenas sabía nada. Permitiéndole libertades que solo un esposo podría disfrutar y, lo que era peor, deleitándose con ellas. La abrumaba aquella necesidad que Rafael había creado en su interior con su primer beso. Nunca se había sentido menos dueña de sí misma. La asustaba la facilidad con la que la había hecho sucumbir.

—Hábleme, Marcela —desesperó él.

—Mis... padres se conocieron gracias a esta escuela —explicó lo primero

que se le ocurrió. Trató de serenarse tomando aire. Le dio la espalda para concentrarse en otra cosa que no fuera en sus hipnóticos ojos, ni el pecho ancho y moreno que asomaba bajo su camisa de hilo blanco. Cerró los ojos para recomponer sus pensamientos—. Tiburcio me contó que él mismo trabajó en su construcción junto a los demás peones, que fue condición de mi abuelo que se hiciera en sus horas de descanso y que todos participaron de buen agrado porque era bueno para ellos y sus familias. —Conforme hablaba la tranquilidad regresaba a su desatinado corazón—. También me contó que cuando estuvo acabada, mi mamá organizó una *kermés* para recaudar dinero y que con el dinero que recaudó hizo traer libros, lapiceros y hasta una bola del mundo desde la capital.

—Hábleme de sus padres. —Rafael no sabía mucho de la más pequeña de los Montemayor, tan solo del escándalo que se formó con su huída y que por años había dado pábulo a todo tipo de habladurías en San Miguel.

A Marcela se le había hecho extraño referirse a ellos. Que alguien le preguntara en voz alta sin pudor ni contemplaciones. El tema de sus padres era algo espinoso que todo el mundo prefería evitar. Era como si nunca hubieran existido, como si a base de no nombrarlos su memoria pudiera ser borrada.

—Me parezco a mi mamá según dicen —comenzó indecisa—, claro que ella tenía los ojos verdes. Mis ojos son café como los de mi papá —le explicó.

—Sus ojos son color miel —la corrigió—. ¿Qué hay con su papá?

—Murió hace cinco años.

—¿Por eso se vinieron a vivir a la hacienda?

—Nuestros ahorros se agotaron al enfermar mi mamá. Durante un tiempo sobrevivimos empeñando algunas joyas en el Monte de Piedad, teníamos la esperanza de que ella se recuperara pero nunca sucedió. Su enfermedad avanzó muy rápido. Al poco de instalarnos acá ella... ella —hizo una pausa para tomar aliento y aliviar el nudo que le atenazaba la garganta —, se fue. Nos dejó solas a Perpetua y a mí —concluyó sorprendiéndose de la confianza que Rafael le inspiraba, pues por lo general era precavida con aquellos que

elegía como confidentes. Aventuró una mirada en su dirección.

—Venga aquí —ordenó Rafael al encontrarse sus miradas.

Marcela obedeció a tranco lento estremeciéndose cuando Rafael alargó los brazos para ceñirlos a su cintura y ubicarla entre sus piernas.

—Míreme —demandó. Marcela le buscó los ojos remisa—. Usted ya no está sola, ahora me tiene a mí.

Marcela le estudió el rostro en busca de la confirmación de sus palabras. Durante años había vivido una existencia vana, sin esperanzas ni ilusiones, dominada por su propia cobardía. Quería creer que Rafael podía cambiar sus expectativas. Tentativamente alzó una mano con cierta vacilación y lo tocó por primera vez por propia voluntad. Vio como él cerraba los ojos y se sometía sumiso a la caricia de sus dedos. Aquello le provocó una indescriptible sensación de poder. Sus cejas oscuras llamaron su atención. Las repasó con la punta de los dedos. Lo vio agitar las pestañas, aquellas pestañas largas y oscuras, envidia de cualquier mujer, y clavar en su rostro sus ojos con sobrecogedora fijeza. De nuevo fluyó entre ambos aquella extraña energía, envolvente y misteriosa.

—Cuénteme de sus novios.

—No hubo ningún novio.

—¿Alguien de su predilección, entonces?

Marcela comenzó a negar de nuevo antes de fruncir el ceño al recordar a Diego Gámez. La verdad es que podía afirmar que había habido alguna clase de afinidad entre ambos.

—Fue hace mucho tiempo. Antes de que mis papás murieran, yo no era más que una niña tonta.

—Cuénteme —reiteró, empeinado en obtener una respuesta. Ya estaba celoso y ni siquiera sabía—. ¿Quién era?

—Mi profesor de piano.

—Su nombre, quiero saber su nombre.

—Diego Gámez.

—¿Y la besó alguna vez ese Diego Gámez?

—Yo era demasiado joven y él... era un caballero, jamás hubiera insinuado nada fuera de lugar. Ni siquiera sé si correspondía a mis sentimientos, jamás... intimamos hasta tal punto. Él siempre se condujo con educación. Mi papá lo tuvo en gran estima —recordó mientras su voz se teñía de nostalgia—. Ambos solían discutir mucho por sus ideas políticas.

¡Diego Gámez! ¡Pobre idiota!, pensó Rafael, resentido ante la idea de que Eusebio Fonseca hubiera aprobado de buen grado una relación entre su hija y el mentado Diego. El profesor de música era todo lo que él no era: instruido, culto, «un caballero». Dudaba de que él hubiera gozado de la misma aceptación.

—Mi papá siempre decía que Diego era un pobre idealista. ¿Qué tiene? ¿Por qué me mira así?

—No quiero que vuelva a pensar en él. —El agitado parpadeo de Marcela mostró su estupor ante semejante reclamo—. No se haga cruces. No me gusta andarme con rodeos. Me pone celoso verla pensar en otro.

Ella escondió la mirada. Rafael no era hombre de medias tintas ni paños calientes. En ocasiones, la rudeza con la que se expresaba la acobardaba.

—Diego Gámez solo fue la fantasía de una niña. Mis pensamientos acerca del amor han cambiado desde entonces.

—¿Ah, sí? ¿Ya no anda buscando un caballero que la salve?

—¿Por qué se burla de mí?

Con un gesto que le marcó las comisuras, Rafael inclinó la cabeza sobre la suya. Con los nudillos le rozó el perfil de su pecho provocándole un respingo. Marcela permaneció inmóvil con la respiración contenida y la mirada clavada en su rostro.

—Porque la quiero para mí.

Despacito, Rafael extendió su mano sobre su seno sin dejar de atender a su expresión. Acomodó los dedos a su alrededor sosteniendo el pequeño pecho contra su ancha palma. En una ocasión, en cierto burdel de categoría de la

capital, Rafael había bebido champán en copas de cristal. Le parecía estar sujetando una de esas copas contra su mano.

—¿Le molesta que la toque así?

—Sí —reconoció ella.

—¿Por qué?

—No es... propio —profirió angustiada.

—¿Quién lo dijo? —inquirió acercándole la boca. Con la lengua le perfiló el grosor del labio inferior antes de absorberlo con dulzura. Marcela sintió el pecho agitado. El calor de su mano traspasaba las finas capas de ropa alcanzándola de lleno el pezón erecto. Nunca había considerado el aspecto carnal entre un hombre y una mujer. Entre señoritas jamás se trataba ese tema, sus únicas referencias eran las provenientes de Benita o Lichita, que en ocasiones se referían a ello con palabras de doble significado que Marcela era incapaz de interpretar. Había llegado a creer que tales asuntos no eran propios de las muchachas de su condición. Un suspiro tembloroso escapó de su boca —. ¿Le gusta?

—Sí —reconoció con los ojos apretados para no enfrentar su mirada.

Su recato hizo que Rafael sonriera interiormente.

—¿Es por aquí? Parece que hay luz. —Las voces del exterior se colaron en el interior de la escuelita en ese mismo instante, sobresaltándolos. Rafael reaccionó enderezándose alerta y colocando a Marcela tras su espalda—. Mejor vámonos —pronunció la misma voz de mujer.

—*Ta bueno* —respondió la voz de un hombre.

Los pasos se alejaron amortiguados por el camino de tierra. Todo volvió a quedar en silencio. Rafael aflojó los hombros. Contra su espalda, Marcela emitió un sonido ahogado.

—No nos han visto.

Ella guardó silencio, conmocionada, tomando conciencia de lo que había estado a punto de suceder. Ante sus ojos se desplegó una plétora de horrores

solo de imaginar a su tía María Fernanda al otro lado de la puerta. La cobardía la mantenía con los pies clavados al suelo y la mirada fija en la puerta.

—Mejor la llevo a casa —expresó Rafael. Ella alcanzó a asentir. Rafael abrió la puerta y espió el exterior oscuro antes de emprender el camino de regreso. Al caminar, Rafael la tomó de la mano. Su contacto hizo relegar su cobardía, de nuevo se sentía dueña del presente, capaz de enfrentar al futuro. Se despidieron en el mismo lugar que la primera noche que ella saliera en su busca.

—La veré mañana.

—No creo que sea posible... —opinó Marcela al recordar las celebraciones del día siguiente.

—Marcela, no le estaba preguntando. Quiero verla. —Se distrajo cuando él se inclinó sobre ella, pensó que la besaría una vez más y su corazón se aceleró —. ¿Usted quiere verme?

—Sí —respondió con un hilo de voz. Por una vez haría lo que deseaba y no lo que debía.

—Bien. —Algo parecido a la complacencia iluminó su mirada. Marcela se sintió estremecer cuando con su pulgar Rafael resiguió la línea de nacimiento de su cabello—. Buenas noches, Marcela

—Buenas noches —repuso ella, apoyando el rostro en su mano.

Sus enormes ojos expresaron una confianza que abrumó a Rafael, que se limitó a observarla con gesto grave largo tiempo antes de dejar caer su mano.

—Mejor vaya —aconsejó sin llegar a besarla.

Ella asintió pese a que su expresión denotó su decepción y corrió hacia la casa sin mirar atrás. Mientras la veía alejarse, Rafael sintió una sensación de vértigo en la boca del estómago como si hubiera bebido demasiado. «¿En qué carajo me he metido?», se preguntó sacudiendo la cabeza.

Cuando Perpetua la despertó en la mañana le parecía que apenas había cerrado los ojos. Había soñado con Rafael. Se cubrió el rostro con la sábana

para no revelar su felicidad, que Perpetua encontraría fuera de lugar. Tras el baño se alistó para ir a la capilla con un vestido sencillo y mantilla blanca sobre peineta de olla.

—¿Y Benita? —preguntó Marcela extrañada de su ausencia.

—A la muy tonta se le ocurrió ir al danzón junto a esa tonta de Lichita. ¿Y qué crees? La alacrana se enteró y ahí las tiene trapeando pisos para el resto de la eternidad. ¿Sonríes? ¿Te hace gracia?

—No, no, pero al menos alguien se atreve a desafiar a mi tía —Rio incapaz de contener la felicidad que le regaba las entrañas.

—¡Benita, que es medio atolondrada! Pero sabe cómo hacerle el cuento para que tu tía no la envíe de patitas a la calle —opinó entregándole los guantes de puntilla y el rosario. Marcela se inclinó para besarla espontáneamente, tomándola desprevenida.

—¿Y a ti qué te pasa?

—¿Qué no puedo *apapachar* a mi nana favorita?

—Hablas como esa boba de Benita. Y ahora dese prisa y baje a desayunar mientas yo recojo el cuarto —refunfuñó disfrazando su devoción de mal humor—. Con el alboroto de la noche las cosas andan medio desmadradas y tu tía anda de un humor de perros. Ni Don Pascual la ha podido aplacar.

Marcela salió del cuarto. Ni siquiera la mención del confesor de su tía la hizo perder la sonrisa. Le parecía que sus pies pisaban sobre nube. Nunca antes se había sentido tan ligera ni liviana.

Al hacer entrada en la sala recibió la mirada inquisitoria de su tía, ataviada de eterno luto y el cabello rubio bien sujeto en un rodete que le estiraba las facciones. La escuchó mencionar los sucesos de la noche anterior con tono agraviado.

—¡Esas muchachas no tienen ni casta ni moral! Quiero que las haga confesar, padre. Si no las boto directas a la calle es por caridad cristiana y porque formar personal adecuado en estos tiempos es difícil. —Sus cejas fueron a juntarse sobre su nariz como si sospechara de algo al detectar su presencia—. ¿Qué haces ahí como una monigota? Pasa y siéntate. ¿Y los



demás? ¿Acaso no saben que la misa es a las diez?

Marcela saludó como corresponde y tomó lugar en la mesa. Continuó escuchando el melifluido discurso de su tía acerca de la falta de valores de lo que ella consideraba clases inferiores. Se le sonrojaron las mejillas por el hecho de escuchar aquellas duras acusaciones que bien podían ir dirigidas a ella misma. El padre Pascual asentía de vez en cuando. Se trataba de un hombre alto, piel rosada, nariz de estilete y pelo cobrizo que comenzaba a escasear alrededor de su coronilla. Su tía no podría haber encontrado mejor aliado que Don Pascual, ambos compartían modos de pensar similares: todos eran pecadores mientras no se demostrara lo contrario.

—Le doy la razón —decía en tanto su mirada se clavaba en Marcela, quien tenía la sensación de haber sido condenada ya—. Una casa decente debe velar por el decoro de todos cuantos la habitan, más aún si hay jóvenes inocentes como la señorita Fonseca.

—Despreocúpese, padre. A mi sobrina no le va ocurrir como a mi hermana, se lo aseguro. —La rotunda aseveración de su tía congeló la respiración de Marcela ¿Acaso sabía ya...? Con valentía, alzó la mirada y enfrentó sus ojos de cuervo.

Llegó Arístides Rosales endomingado de pies a cabeza. El hombre había hecho un loable esfuerzo por su imagen. Llevaba las puntas del bigote enceradas de tal manera que se sostenían hacia arriba y el pelo repeinado con raya al medio, sin rastros de canas, tal pareciera que hubiera invertido su buena plata en tintura para cabello *Hermin*.

—Llega tarde —apuntó María Fernanda avinagrada.

—Discúlpenme. He tenido que atender asuntos de última hora —se excusó el capataz con la mejor de sus sonrisas.

El humor de María Fernanda empeoró con la tardanza de César y Aurora. Varias veces hizo repicar la campanilla de servicio para enviar a las muchachas en su busca, pues solo cuando su tía Aurora y su tío César llegaron el almuerzo pudo comenzar.

Se habló y mucho de los antireeleccionistas y de la declaración de su tío en

el acuartelamiento. Como el tiempo apremiaba, Don Pascual se adelantó para preparar la eucaristía en la capilla, los Montemayor y el mismo Arístides lo siguieron al rato. Tomaron lugar en las bancadas principales, entraron algunos trabajadores y algún que otro invitado y la misa comenzó. En un momento dado, Marcela tuvo la sensación de ser observada. La asaltó el presentimiento de que Rafael andaba cerca, podía notarlo en la piel, en el aire que respiraba. Poco a poco volteó la cabeza para toparse con su mirada. Su visión desbocó su corazón. Rafael se hallaba apoyado en una de las paredes, sintió deseos de sonreír al observar el brillo azulado de sus ojos descollando bajo sus cejas. Tenía mirada de coyote, audaz y desafiante. Sintió que su corazón se aligeraba y una sonrisa medrosa asomó a sus labios ante su imagen impía.

María Fernanda Montemayor tenía a gala saber comportarse en cualquier circunstancia, el histerismo era impropio de ella. Ni la muerte de su madre ni la de su padre, Augusto Montemayor, la hizo derramar una lágrima. Según decían, tenía *atole* en las venas. La llamaban la Alacrana o doña Hielo, apelativos que llevaba con orgullo. ¿Acaso no fue ella quien tuvo que hacer frente a la deshonra y el escándalo que provocó la insensata de su hermana cuando la noticia de su huída corrió como un reguero de pólvora por todo el estado? ¿Quién sino ella tuvo que soportar las burlas cuando Víctor Ugalde la dejó vestida y compuesta por aquella muerta de hambre? Lo hizo con la cabeza bien alta, tragándose la vergüenza, retando con su desdén y altanería a quien osaba mirarla por encima del hombro. Desde entonces se había impuesto no provocar jamás la menor especulación. Nunca otra Montemayor sería objeto de rumores con que alimentar bocas codiciosas de desgracias.

Sin embargo, cuando el padre Pascual dio por finalizada la misa, ese saber estar regio y arrogante se quebró como se quiebra un espejo en mil pedazos, dejándola a merced de una tormenta de emociones que la sacudió de pies a cabeza cuando descubrió el rostro de aquel al que tanto había amado y odiado, Víctor Ugalde. De pronto el corsé le impedía respirar, sintió como si la peineta española se le hubiera incrustado en el cráneo. El mundo desapareció

bajo sus pies y cayó desmayada, fulminada por la impresión.

Despertó tiempo después en la penumbra de su habitación, mientras Lichita le aflojaba el justillo.

—¿Cómo se encuentra, mi doña? La trajeron de volada desde la capilla. Don César me ordenó aflojarle las ropas mientras iba a por las sales. ¡Híjole! No sabe el susto que nos dio.

—¡Ya cállate! —tronó tendida sobre la cama—. Tráeme un paño del aparador. Humedécelo con agua de rosas. ¿A qué esperas? ¡Date prisa!

Aguardó con los ojos cerrados a que la doméstica cumpliera con sus órdenes. Aún le palpitaba el pulso y le sudaban las manos. No tenía fuerzas para incorporarse ni enfrentar a nadie.

—Lárgate —ordenó cuando Lichita le tendió el lienzo húmedo.

—Pero Don César me pidió que la acompañara hasta que él regresara. ¿No quiere que le traiga el agua de Melisa de los Carmelitas?

—¡Que te vayas te he dicho! —bramó, ansiosa por quedarse a solas.

—¿Y qué le digo a Don César?

—Lo que te dé la gana.

Al escuchar la puerta cerrarse tras los pasos presurosos de Lichita, María Fernanda se arrancó el paño del rostro y se sentó contra el pesado cabecero de su cama.

«¿Cómo puede ser? Mis ojos me engañaron», se dijo apretándose los labios con una mano. Pero no le cabía duda, había visto a Víctor Ugalde. No, no podía ser. Sin duda su imaginación le había jugado una mala pasada.

«Entonces ¿me estoy volviendo loca?»

El inesperado malestar de su tía formó un gran revuelo. Por tradición, los patronos y la misma Marcela entregaban dulces y obsequios entre los hijos de los peones que hacían cola bajo el zaguán. Marcela no disfrutó como en otras ocasiones del momento. Puede que el insoportable calor fuera el motivo, o quizás lo fuera la presencia continua de Arístides y sus agobiantes atenciones,

quizás fuera su impaciencia por ver de nuevo a Rafael. Lo cierto es que tiempo después, cuando regresó a su cuarto, se sintió ciertamente aliviada de verse libre por unas horas. Buscando sentirse más cómoda se deshizo de sus ropas. Vistiendo una liviana enagua se sentó frente al tocador para humedecerse la nuca y las muñecas con un pañuelo embebido en agua de colonia. Un suspiro de alivio emergió de su garganta al sentir el frescor sobre su piel. Permaneció allí sentada con la cabeza reclinada sobre el respaldo de su silla con los ojos cerrados en la frescura del cuarto hasta que una sombra se dibujó tras las cortinas de hilo del balcón. Marcela la percibió a través de sus párpados entornados. Estupefacta, se puso de pie de un salto.

—¿Rafael ¿qué hace aquí? —Sus ojos buscaron desesperada algo que echarse encima. La mirada rabiosa de Rafael la paralizó en el sitio.

—Quédese quieta, Marcela, y respóndame a una maldita pregunta. ¿Qué tiene con esa rata de Arístides Rosales?

—¿Qué dice? —balbució con los ojos desorbitados.

Rafael cruzó la estancia de dos trancos para tomarle el rostro con mano ruda. Ella intentó zafarse espantada, pero él le apretó los carrillos deteniendo sus intentos.

—¡Míreme a la cara y conteste!

—Nada, se lo juro —plañó asustada.

—Por ahí andan con el cuento de que se van a casar.

—¡No es cierto!

Los ojos azules de él se estrecharon hasta convertirse en dos ranuras, intentando dilucidar si ella decía la verdad.

—¡Júrelo!

—Se lo juro. Por Favor, Rafael... —El lastimero ruego de Marcela se fue imponiendo a su arrebató. La había visto del brazo de Arístides Rosales esa misma mañana de camino a la capilla, solo minutos después de escuchar decir que el capataz se las daba de ser el futuro esposo de la señorita Fonseca. Le había cegado la rabia y los celos.

—Ahora es mía y de nadie más.

—No hable así. Me asusta. —Marcela intentó zafarse, pero Rafael se lo impidió. Contra su voluntad, la alzó en brazos y le aplastó la boca con un beso posesivo. Sin aliento, Marcela intentó rechazarlo forcejeando. Al no conseguirlo volvió el rostro negándole el contacto de sus labios. La respiración forzada de Rafael resonó en sus oídos, atemorizándola con su brutalidad.

Nunca hasta que conoció a Marcela Fonseca supo que era un hombre celoso. Saberla muy por encima de él lo volvía vulnerable. Le martirizaban las dudas de que ella solo estuviera viviendo una aventura fantasiosa.

—Rafael, por favor —rogó ella intentando alejarle, asustada por aquel carácter salvaje.

Rafael resolló sabiendo que debía apaciguarse. Le tomó el rostro entre las manos y observó los ojos anegados de lágrimas. Aquellas lágrimas le aplacaron instantáneamente.

—No llore, Marcela. No llore —dijo y con el gesto dulcificado comenzó a besarla por todo el rostro con un grado de desesperación que ponía de manifiesto su ánimo alterado—. Perdóneme —decía mientras le besaba los párpados y las sienes.

—No me toque. —Marcela se deshizo de su abrazo sorprendiéndolo con la energía de su rechazo.

—Entonces ¿ya se arrepintió?

—Por favor, no diga tonterías.

—¿Qué tiene entonces?

—¿Que qué tengo? Entra en mi habitación como un salvaje para reclamarme. ¿Qué hay de usted? ¿Qué hay de sus mujeres y enredos? ¿De esa que llaman la Morocha? ¿Cree acaso que yo por ser mujer soy menos? —acotó picada. Al voltear el rostro sobre el hombro la luz incidió en su perfil dibujando al contraluz sus rasgos. La visión privó a Rafael de habla. «Qué hermosa es», pensó atolondrado. Su camisa interior era apenas un velo transparente tras el cual se revelaban sus formas de mujer. Así expuesta,

Rafael podía distinguir el color de las aureolas de sus pechos. Ella confundió su mutismo con recelo—. Dicen que tiene mujer allá donde va, que si las pusieran todas en una fila llegarían a Ciudad de México...

—¿Ha estado escuchando los cotorreos de las muchachas? —Marcela alzó la barbilla. Rafael se acercó a ella por detrás—. Marcela. —Suspiró su nombre contra su cabello, como si le doliera el corazón—. Usted es la única que me importa. La única. —Le pasó un brazo bajo los pechos estrechándola contra su torso—. ¿Acaso no lo ve? —refirió con voz pausada mientras le apartaba los gruesos mechones de pelo a un lado para apoyar su mejilla en su sien—. No puedo pensar más que en usted. La tengo todo el día en la cabeza. Se ha apoderado de todos mis pensamientos y no sé cómo sacarla de ahí.

Marcela se volvió entre sus brazos para contemplar su rostro, queriendo confirmar sus palabras.

—¿De veras, Rafael? ¿No soy una más?

—Vea sino, aquí me tiene como un tonto, arriesgando mi pellejo solo por verla —dijo apoyándole los labios en la boca.

Marcela se estrechó contra él, feliz. Apoyó una mano sobre su mejilla y guio su boca hasta sus labios cuando esta hizo amago de separarse. Le escuchó un resuello. Aturdida, Marcela apoyó la frente sobre su cuello y lo miró con los ojos redondeados de cándida sorpresa. La recorrió un escalofrío que nació en sus partes pudientes y deparó en sus pezones excitados. Descubrió que la excitaba ser el objeto de su deseo. A lo lejos se escuchó el golpeteo de una puerta y unos pasos apurados. Marcela volvió en sí de repente, alejándose como si hubiera sentido una descarga.

—Debe irse —susurró mientras los latidos de su corazón reverberaban contra sus costillas. ¿Cómo era posible que aquel hombre le hiciera olvidar quién era y dónde se encontraba?

Rafael la miró estático.

—Vístase y reúnase conmigo junto a la tapia trasera.

—Rafael...

Rafael colocó un dedo sobre sus labios silenciándola.

—No me vaya a decir que no. —Su súplica, pronunciada en voz baja, hizo redondear los ojos castaños de Marcela, que capituló con rapidez. Rafael la premió con un beso en los labios antes de descolgarse del enrejado del balcón. Tras aterrizar sobre el parterre le dedicó una última mirada antes de desaparecer en la frondosidad del jardín.

Marcela corrió a su armario, abrió las puertas de par en par y rebuscó en su interior. Eligió unas faldas de cretona de vuelo amplio que vistió con precipitación sobre las enaguas prescindiendo de las medias. Tomó una camisa al azar y a tirones se la fue colocando mientras se dirigía al tocador. Allí observó el reflejo de su imagen frente al espejo. Se perfumó profusamente el cuello y corrió de nuevo hacia el armario para hacerse con las zapatillas que había calzando la noche anterior. Se las fue colocando a trompicones antes de salir al pasillo. Bajó la escalera de puntillas, cruzó el vestíbulo hacia las cocinas y salió a una de las azoteas interiores donde varias domésticas hacían la colada. Buscó entre ellas a Benita, que se acercó cuando ella la llamó.

—Si Perpetua o alguien pregunta dices que salí a dar un paseo.

—¿Usted solita?

—Sí, sola. ¿Lo harás?

—Pues claro, niña.

Marcela la premió con un abrazo y se fue a la carrera de camino a su cita.

Benita observó sus prisas con las gruesas cejas fruncidas.

—¿Y a esta qué le picó?

## Capítulo 12

Rafael permanecía junto a la tapia protegido bajo la sombra de un *jobo*. El sonido descuidado de los pasos de Marcela lo hicieron enderezarse. Aguardó con impaciencia a que la muchacha se acercara para tomarla de la mano.

—¿Dónde me lleva?

—Hay un riachuelo, le dicen Agua Escondida —explicó con parquedad.

Dieron con un portón arruinado junto a la tapia que Rafael hizo a un lado para permitirle el paso. Aquel era un lugar de paso que pocos conocían. Chucho se lo había mostrado no hacía mucho.

—¿Iremos a caballo? —inquirió Marcela recelosa al descubrir a Azrael al otro lado.

—Solo un paseo. —Al oír la voz grave de su amo el caballo estiró el cuello y enderezó las orejas—. ¿Tiene miedo?

—Nunca he montado.

—Yo la sostendré. —La animó situándose a su espalda para tomarla de la cintura. La alzó como quien alza un sombrero del suelo y la ayudó a colocarse sobre la silla antes de trepar tras ella y sujetar las riendas en su puño—. ¿Está cómoda?

Marcela asintió por mera educación. Encontraba incómoda aquella posición que la obligaba a mantener las piernas abiertas sobre la montura. La angostura de la silla la obligaba a apretarse a Rafael cuando el caballo inició un trote suave. El contacto de su cuerpo fibroso sobrepasaba cualquier límite de la decencia que tanto le habían inculcado.

—Relájese, parece palo de escoba —dijo Rafael obligándola a reclinarse contra su pecho. Pero Marcela se mantuvo rígida, aferrada con fuerza al fuste de la silla. Su incomodo la impidió recrearse con la belleza agreste del bajío cuando cruzaron los campos para dirigirse a un altozano de rocas, por el que descendieron para adentrarse en una barranca. Resiguieron un sendero de



tierra hasta alcanzar su lugar más profundo. Cuando Azrael se detuvo finalmente bajo la densidad del follaje, Marcela suspiró aliviada. Rafael desmontó y le tendió los brazos sobre los que Marcela prácticamente se derrumbó. Trató de afianzarse sobre sus temblorosas piernas. Le preocupaba que Rafael la viera como una mujer endeble y pusilánime. Quería ser valiente y decidida lo mismo que él. Los arrestos de Marcela hicieron asomar una imperceptible sonrisa en la boca del campero mientras desamarraba el sarape de algodón para echárselo sobre el hombro.

—Continuaremos a pie hasta el riachuelo —le dijo.

Avanzaron entre la maleza por un sendero de tierra. Rafael abriendo paso y Marcela tomada de su mano. El enramado de los árboles otorgaba un alivio frente al calor sofocante que la brisa arrastraba procedente de las llanuras. Al seguir avanzando, la vegetación dio paso a un pequeño claro junto al cual discurría un riachuelo cuyas aguas formaban un remanso cristalino de profundidad considerable, cuya superficie reflejaba las copas de los árboles y el azul del cielo. Marcela se detuvo admirada observando a su alrededor.

—¡Es hermoso, Rafael!

—No sabía si le iba a gustar. —El ceño apretado del campero ocultaba una incertidumbre surgida de lo poco que sabía de ella o las de su clase. Temía que Marcela encontrar insustancial su idea de pasar la tarde junto al río. Al percatarse de que aún sujetaba la mantilla en su mano, desnudó los cordones que lo enrollaban con la impaciencia de un niño y lo tendió sobre la hierba—. Pensé que podíamos sentarnos acá y mirar el agua, o platicar —mintió con desfachatez. En realidad sus pensamientos habían sido más escabrosos, pero temía que si los expresaba en voz alta Marcela se espantara. Tenía que recordarse que debía ser comedido en sus apetitos, que Marcela no era como La Morocha, a la que todo le servía de insinuación para alzarse la saya.

Tomó asiento con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y los codos hincados en tierra. Vestía un sencillo pantalón de jerga lisa y camisa blanca sin más adorno que un cordón de cuero colgado al cuello.

—¿No va a sentarse?

Marcela lo observó vacilante antes de tomar lugar a su lado con las piernas recogidas bajo el vuelo de su falda. Jugeteaba nerviosa con dos piedrecillas que batía en su puño antes de arrojarlas sobre el sarape para luego volver a recogerlas.

—¿Y de qué quiere platicar? —inquirió incómoda bajo su detenida observación. Esperaba que él pudiera encontrar un tema común con el que poder iniciar una conversación, segura de que cualquier tema que ella pudiera abordar le resultaría pueril.

—De usted.

Marcela le dedicó una mirada recelosa. Le era imposible interpretar cuándo bromeaba o hablaba en serio. Rafael extendió una mano sobre su mejilla, le acarició el lóbulo de su oreja antes de rodearle la nuca con los dedos. Con una presión suave la obligó a inclinarse sobre él.

—Pensé que quería platicar —protestó Marcela con un hilo de voz—. Rafael —demandó sofocada.

—¿Qué tiene?

—Alguien puede vernos.

—No hay nadie —aseguró con los labios pegados a su cuello. Utilizó la punta de su lengua para lamer su piel y provocarle un estremecimiento—. Pasé toda la noche pensando en usted.

—Yo también, llegué a pensar que todo había sido un sueño —reconoció Marcela extendiendo las manos sobre sus hombros. Rafael la rodeó con sus brazos y la arrastró sobre su regazo. Ella escondió el rostro contra su cuello e inspiró el olor de su camisa. Le gustaban los olores que de él se desprendían, a cuero y caballo. Cerró los ojos inhalándolos.

Rafael se separó temiendo que ella pudiera encontrar algún rastro desagradable. Nunca le había ocurrido que una mujer lo hiciera sentirse timorato. Marcela apoyó sus palmas en sus mejillas ásperas para atraerle el rostro.

—Enséñeme a besar —rogó.

—No creo que se le dé mal.

—¿Le gustan mis besos? —Su sorpresa parecía genuina, sin coquetería ni picardía. Si de veras supiera los efectos que sobre él causaba...

—Me gusta todo de usted. Empezando por sus ojos, sus pestañas, las pecas de su nariz —fue enumerando mientras rozaba la parte mencionada con la punta de sus dedos—. Sus mejillas que son como de durazno y sus labios. Sobre todo sus labios —finalizó en voz baja inclinando la cabeza para besarlos quedamente—. Es usted muy bonita.

Ella inclinó la cabeza para ocultar el sonrojo de sus mejillas.

—¿De veras se lo parece? —musitó insegura, pues si bien se sabía linda no estaba segura de ser el tipo de mujer que atraía a un hombre como él. Había visto la exuberancia de su anterior amante y en nada se parecía a ella.

Rafael rio quedamente. El peso del cuerpo femenino sobre su regazo comenzaba a provocarle y si Marcela no se percibía de ello era porque era inocente e inexperta.

—Mejor le muestro. —La hizo recostar contra su brazo para besarla buscando con su lengua el contacto de la de ella. Nunca había disfrutado besando a una mujer como besando a Marcela. Cerró los ojos y se dejó llevar. Pronto se encontraron sobre la manta. El cuerpo de Marcela bajo el suyo, enredados en un beso férvido.

—Rafael, no... —se incomodó cuando Rafael le retiró el borde de la blusa hacia abajo haciendo asomar la puntilla de su camisa interior.

—No tenga miedo —susurró Rafael tomándole las manos sobre la cabeza. Los pechos femeninos aparecieron constreñidos contra la camisilla de algodón. Bajo la tersura de su piel se adivinaba un trazado de capilares serpenteantes que Rafael acarició con la punta de los dedos con reverencial asombro. Ella emitió un quejido ahogado, sobrepasada ante la situación.

—Me mintió.

—¿En qué?

—Dijo que solo quería platicar.

Él no rebatió su afirmación sino que sonrió apenas.

—Entonces, platiquemos. Me gusta su piel, es como durazno, me provoca vestirla de besos. —El tibio murmullo provocó en Marcela un escalofrío que aniquiló cualquier intención de rechazo.

—Esto no está bien.

—¿No le gusta?

—Sí, pero...

En ese momento la mano del campero alcanzó el encaje de sus *bombachas* bajo sus faldas haciéndola olvidar lo que estaba a punto de decir. No sabía cómo bregar contra un hombre de su experiencia. Con los ojos cerrados y la cabeza vuelta sobre la manta recibía las caricias de Rafael con una agitación que le hacía palpar los rincones más recónditos de su cuerpo. «¿Es esto la impudicia? ¿Lo que con tanta perseverancia se le había insistido en evitar?»

—¡Rafael! —La exclamación surgió entre sus labios teñida de abandono.

Rafael le descubrió los pechos. Se retiró para admirar su plenitud juvenil. Con delicadeza los tocó con la yema de su dedo, subyugado con su blancura. Él, acostumbrado a buscar defectos en sus anteriores amantes, no tuvo dudas de que se hallaba ante una feminidad de perfección única. Marcela seguía sus movimientos entre temblorosas exhalaciones. Rafael fijó la mirada en sus ojos en tanto su boca descendía sobre las cumbres coralinas. Vio cómo sus pupilas se dilataban y su boca se abría en una exclamación silenciosa cuando su lengua los tocó. Marcela reaccionó intentando detenerlo.

—Déjeme —solicitó Rafael con voz ronca depositando un beso entre ambos pechos—. Marcela, mi amor, déjeme —repitió él despojándola de cualquier negativa. Era la primera vez que lo escuchaba llamarla así.

Sintió la mano de Rafael entre sus piernas, de nuevo sintió la urgente necesidad de detenerle. Los labios de Rafael se cerraron en torno una de sus areolas. La succionó con suavidad haciéndolo rozar contra el borde de sus dientes cadenciosamente. La acción le provocó una sacudida de placer entre las piernas que la despojó de toda voluntad.

La mano de Rafael cubrió su monte de Venus. La masajeó justo ahí, donde

ni siquiera ella se atrevía a mirarse en la intimidad. ¡Qué pecado tan atroz! Dejar que un hombre la tocara ahí... Pero los dedos de Rafael poseían la magia de lo pecaminoso, la hicieron olvidar y desear más y más. Confundida alzó la cabeza, sus párpados se abrieron para mirar a Rafael. Él, con la boca sobre su pecho, la correspondió. En el momento en que sus miradas coincidieron algo detonó en su interior y ya no tuvo más reparos. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza carente de fuerzas, quería sus caricias más intensas, más profundas, más adentro. Prosiguió un momento en blanco donde el suelo se fundió con el cielo. Algo sucedió en su interior, algo a lo que no pudo ponerle nombre, Marcela nunca había experimentado un orgasmo, ni siquiera había escuchado nombrarlo.

Una brisa ligera meció las hojas sobre sus cabezas. Rafael se recostó a su lado apoyándole una mano en el estómago. Pasó largo tiempo observándola embebido en el fulgor de su rostro. Prosiguió un momento de paz que a Marcela le pareció el más dulce de su existencia. Al cabo, la conciencia de lo que había hecho la alcanzó opacando la sensación de euforia que aún latía en su cuerpo. Se sentó para recolocarse la ropa llena de pudor.

—Deje que la ayude. —Marcela mantuvo el rostro inclinado evitando su mirada en tanto anudaba el lazo de su blusa—. ¿Qué tiene, Marcela?

—Me da pena decírselo —confesó trémula.

—¿Qué cosa? —inquirió Rafael con preocupación. Pendía sobre él el temor de que ella se resintiera de su zafiedad.

—Usted y yo... ¿hemos hecho el amor?

Una risotada espontánea brotó de la garganta masculina, mitad alivio mitad diversión. Los ojos de Marcela se abrieron de par en par ante su hilaridad. Se sentía vulnerable y aturdida y él en cambio se reía. Rafael estiró los brazos para sentarla sobre su regazo. Le alzó el rostro para observarla de cerca.

—Marcela ¿qué voy hacer con usted? —rio en voz baja.

Lo que desee, podría haber respondido ella en honor a la verdad, pero se limitó a espiarle el rostro. Le gustaba la forma de sus mejillas angostas y la cicatriz que formaba una minúscula calva en su mandíbula. ¡Qué extraño que

no hubiera reparado antes en ella! Rafael sorprendió su mirada curiosa. En un impulso, Marcela se inclinó para rozarla con sus labios. Al retirarse la mirada de Rafael la detuvo. La tomó de la nuca para besarla. Sus bocas se encontraron ansiosas. Rafael se dejó caer hacia atrás. Con las manos extendidas sobre sus nalgas la hizo apretar contra su excitación doliente. La deseaba, la deseaba como nunca antes había deseado nada. La promesa de aquel roce le llevó de cabeza al infierno. Al cabo, se detuvo. Pese a la calentura que ardía bajo sus pantalones, dejó caer las manos. Suspiró con intensidad y se reincorporó con Marcela entre sus brazos.

Ella ocultó el rostro contra su camisa hasta recuperar el pulso. Luego, sin saber qué hacer o decir, se puso en pie y fue a sentarse sobre una piedra junto a la orilla, allí se refrescó los pies en el agua cristalina y salpicó la superficie con la punta de los dedos. Inspiró y suspiró deleitada.

—¿Qué piensa?

—Que apenas sé nada de usted.

—¿Qué es lo que quiere saber? —inquirió él, subyugado con su belleza en aquel marco de naturaleza.

—¿Cuántos años tiene? —Se interesó mientras lo veía estirar las piernas y echar mano de un cigarrillo.

—Veintisiete.

Marcela elevó la comisura de los labios al mirarlo con detenimiento. Aparentaba mayor edad, quizás fuera por su gesto estoico y su sempiterna mesura.

—¿Qué tiene? —quiso saber al sorprender su mirada.

—Nada.

Mentía. Rafael lo supo por el leve temblor de sus comisuras. Al parecer, el motivo de su divertimento era él. El descubrimiento le provocó un hormigueo a la altura del pecho.

—¿No quiere saber cuántos años tengo?

—Veinte, su cumpleaños fue el veintinueve de abril.

—¿Cómo sabe?

—Ya le dije una vez, lo sé todo de usted.

—Aquel día, en el pasillo, ¿qué hacía dentro de la casa?

—Buscarla —mintió, pues su empresa había sido mucho menos honrosa.

Quiso que ella regresara a su lado, sobre la manta, necesitaba experimentar de nuevo su tacto. Marcela miró el reflejo de los rayos de sol en el río y sin darse cuenta sonrió de nuevo.

—Tiburcio me contó cómo ayudó a los peones.

—¿Qué más le contó?—inquirió alerta.

—Que gracias a usted no hubo una revuelta.

—Hubiera sido un baño de sangre y los peor parados hubieran sido los de siempre —pronosticó con un tono tan oscuro que la sonrisa de Marcela trasmutó en un gesto de desasosiego.

—¿Cree que habrá una revolución como todos dicen?

—Quién sabe... —La miró con fijeza, embebido en su belleza. El reflejo de los rayos de sol en el agua arrancaba brillos dorados y cobrizos de su cabellera. ¿Sabría ella lo hermosa que era? Posiblemente no. La había observado actuar con los peones o ese bobo de Arístides. Cuando ella aparecía todos se volvían a observarla con el arrobo de pichones enamorados. Marcela era inmune a la admiración masculina que se desplegaba a su alrededor—. Venga acá.

—¿Por qué?

—Porque voy a contarle un secreto.

Los ojos castaños lo miraron llenos de inocente curiosidad. Sus pies descalzos pisaron silenciosos la alfombra vegetal del claro, sus tobillos se mostraron apenas bajo el ruedo de su falda, Rafael los rodeó con ambas manos cuando ella se detuvo a su lado. Ascendió con lentitud por sus pantorrillas arrastrando la tela hacia arriba.

—Me gustaría dibujarla tal y como está ahora, con el pelo enredado por la brisa y las mejillas sonrosadas.

Sus palabras hicieron recordar a Marcela los dibujos que siempre admiraba en casa del padre Melquíades.

—¡Eran suyos! —comprendió maravillada, arrodillándose junto a él—. En casa del padre Melquíades, los dibujos —le explicó.

—¡Ah! —repuso Rafael avergonzado, pues aquellos habían sido sus primeros ensayos con el carboncillo y el papel. Nada digno de admiración por otra parte.

Marcela rompió a reír ante su medrosa reacción. En un impulso le llenó el rostro de besos. Tomó una de sus manos y la observó admirada.

Rafael la hizo acercar el rostro con una mano sobre su coronilla. Una inusitada sonrisa le estiraba los labios y le dulcificaba la mirada.

—Bésemi —la urgió.

Marcela correspondió a su petición con dulce torpeza, luego se refugió contra su pecho donde permaneció el resto del tiempo.



## Capítulo 13

María Fernanda permaneció encerrada en su cuarto el resto del día, negándose a recibir vistas. Más tarde, tras reunir fuerzas, se levantó del lecho y buscó en el fondo de su secreter un atado de cartas ajadas. Desparramó los sobres amarillentos sobre su falda y buscó con manos frenéticas hasta dar con dos fotografías de cartón de esquinas arrugadas. La primera era un retrato de grupo y había sido tomada el día que César regresó de su viaje de ultramar, frente a la escalinata de la Casa Mayor. Sus ojos rebuscaron entre los rostros borrosos que la albúmina y el nitrato de plata había fijado para la posteridad. Víctor Ugalde ocupaba la segunda fila, casi oculto entre el resto de invitados. Un sombrero de ala ancha daba sombra a su rostro haciéndolo apenas visible. María Fernanda tomó la segunda fotografía, un daguerrotipo de estudio en el que Víctor Ugalde aparecía vestido con levita gris, botas Hessianas y sombrero de cannotier. Su rostro se inclinaba sobre un reloj de bolsillo que parecía consultar con impaciencia. Una breve dedicatoria aparecía escrita en su parte posterior con caligrafía elegante. «A Delphina, de su eterno amor», la había leído infinidad de veces y nunca había podido encontrar una explicación satisfactoria al respecto, ¿Por qué un hombre como Víctor Ugalde había elegido una doméstica, una mujer sin categoría ni refinamiento? Aquella era una ofensa que María Fernanda jamás había podido perdonar. Pero no quería pensar en el pasado, sino en el presente, en lo ocurrido en la capilla.

Necesitaba pensar con calma, encontrar una explicación plausible a lo sucedido. Puede que el rostro de su aparición fuera igual al de la foto, pensó cerrando los ojos y evocando de nuevo la imagen, pero sus ojos no eran exactamente iguales, estos eran de un color indeterminado a mitad del gris y el verde. Víctor Ugalde poseía unos ojos azules, de un tono peculiar pero no tan pasmosos como los de su visión. El Víctor Ugalde de sus recuerdos era un caballero elegante y de porte distinguido, modelo de refinamiento. Su visión, en cambio, vestía ropas toscas, llevaba el cabello largo, desaliñado, sin

rastros de fijador, y una barba de varios días le oscurecía las mejillas como uno de esos salvajes roba vacas. Tal y como luciría un simple ¡bastardo! La idea llegó por sí sola y la impulsó a ponerse de pie. Las cartas, el centenar que Víctor Ugalde había dirigido a su adorada Delphina, se desparramaron sobre el suelo.

¿Sería cierto? ¿Era aquel campero el bastardo de Víctor Ugalde? Nunca lo había escuchado, claro que cuando Delphina abandonó la hacienda no había vuelto a saber de ella, solo de su prematura muerte, una muerte que la había alegrado en lo más profundo porque al fin Dios había hecho justicia.

Volvió a sentirse mareada. A tientas buscó el apoyo en el respaldo de una silla.

Ella había sido la responsable de la separación entre Delphina y Víctor Ugalde. ¿Y si el bastardo estaba allí para reclamárselo, para vengarse? Dudaba que su presencia en la hacienda fuera circunstancial. Cerró los ojos en busca de concentración. No tenía pruebas... nadie podía relacionarla. Estaban las cartas... pero las cartas podían desaparecer, ser quemadas en el fuego. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo pero estaba ese estúpido sentimentalismo que Víctor Ugalde siempre le provocaba y que la había llevado a imaginar que aquellas cartas iban dirigidas a su persona.

«La marcha de mis negocios avanza a buen paso. En poco tiempo volveremos a estar juntos...» Podía recitar de memoria cada fragmento, emular los trazos alargados y enérgicos de su caligrafía. Se inclinó para recoger uno a uno los pliegos desperdigados a sus pies. Con sumo cuidado los fue ordenando sobre su regazo. En sus desvaríos los acariciaba con el mismo amor que se acaricia a un amante porque Víctor Ugalde las había escrito, pero ahora no podía dejarse llevar por los sentimentalismos. Uno de esos días haría encender una de las chimeneas con la excusa de descartar papeles viejos.

Mientras tanto enviaría a Arístides a averiguar. Quería saber qué propósitos tenía aquel hombre al aparecerse en Arroyo Negro.

Hizo sonar el llamador de su cuarto y aguardó impaciente a que una de las muchachas acudiera.

—¿La señora mandó llamar?

—Corre a lo de Arístides y le dices que mañana quiero verlo a primera hora.

A la mañana siguiente, justo antes del almuerzo, se presentó Arístides en la Asistencia. Sus ojos furtivos no ocultaron su curiosidad cuando María Fernanda lo hizo entrar y cerrar la puerta. Arístides se interesó por su salud.

—Mejor, gracias —respondió María Fernanda restando importancia al asunto—. Por favor, tome asiento.

—Uste dirá para qué soy bueno.

—Ayer en la capilla había un hombre entre los trabajadores, un campero que nunca había visto.

—Sé a quién se refiere. Ese mal parido se coló a las bravas sin que nadie lo invitara.

—Entonces ¿trabaja en la hacienda?

—Así es, señora. —La respuesta de Arístides confirmó sus presagios e impulsó su siguiente pregunta.

—¿Y mi hermano lo conoce? ¿Lo ha visto o hablado con él?

—No, señora —reconoció Arístides tras meditar su respuesta—. ¿Por qué? ¿Ha hecho algo que la molestara? ¿Quiere que lo bote? —inquirió esperanzado.

—No, no. —María Fernanda apartó la mirada con un gesto agrio. No le agradaba sincerarse con Arístides. Los secretos de familia eran eso, secretos de familia, pero necesitaba de su colaboración—. Hace años visitó Arroyo Negro un amigo de mi hermano. Tuvo un enredo con una sirvienta. Tengo el presentimiento de que ese hombre es...su bastardo —informó sin más detalles—. Quiero que me informe de todo lo que haga o diga. Sospecho de su presencia en Arroyo Negro. Y por favor, Arístides, por una vez sea discreto.

Aurora sorprendió a Arístides a su salida de la Asistencia. Le pareció

extraño que su cuñada se reuniera a hora tan temprana con el capataz.

—Arístides, ¿trabajando tan pronto?

—No más un encargo de la Doña María Fernanda.

—¿Un encargo dice? —se interesó alcanzando el último escalón. Se acomodó con coquetería el moño. La mirada del hombre resbaló hacia el escote de su vestido, enmarcado en un ribete rojo, antes de ascender de nuevo a su rostro—. No debería mirar así a la mujer de su patrón—lo regañó Aurora llena de complacencia al distinguir el brillo ávido de sus ojos—. No se disculpe —rió anticipándose cuando éste abrió la boca—. A la mera hora es hombre.

—Pues eso sí, mi doña, y a los hombres nos atraen las cosas bonitas.

—¿Me está llamando cosa?

—Solo bonita.

Aurora recibió el cumplido con una sonrisa complacida. Enlazó el brazo con el del hombre y lo convidó a acompañarla a la sala.

—Cuénteme, ¿qué tanto misterio se trae con mi cuñada?

—Doña María Fernanda quiere que le averigüe unas cosas.

—¿Y no va a decirme el qué?

—Mejor no, pero no piense que es por falta de confianza sino porque la señorita María Fernanda así me lo pidió.

Aurora no insistió pese a la curiosidad. Se preguntó si el misterio tendría que ver con lo sucedido el día anterior en la capilla. Cuando María Fernanda se desmayó, ella le había escuchado pronunciar el nombre de Víctor, el mismo nombre que Beatriz Azcona le revelara hace ya algún tiempo. El misterio la había tenido todo el día entretenida.

Cuando César la visitó en sus habitaciones esa noche, no pudo con la curiosidad. Tras soportar sus atenciones fingió quedarse muy complacida.

—¿Qué te tiene tan preocupado, amor? ¿Es por María Fernanda que estás tan callado? —inquirió jugueteando con el vello oscuro de su pecho. En un tiempo el cuerpo de César había sido robusto y firme pero en los últimos

tiempos había tendido a engordar quizás no tanto por la comida como por los licores a los que era aficionado. Aurora sabía de sus juergas en San Miguel. No ignoraba que visitaba las casas de mala fama con sus amigotes y que incluso había tenido enredos con alguna fulana a la que mantenía con casa chica. Esas cosas parecían normales entre los caballeros de cierta alcurnia. Su inquietud por el tema no procedía de los celos sino del temor a que una de aquellas fulanas le diera un bastardo.

—Sí. El médico dijo que fue culpa del calor y el agotamiento.

—Puede ser. La capilla estaba atestada —simuló meditar antes de volver habla—. César, no te vayas a enojar con lo que te diga, pero al desmayarse yo la oí mentar un nombre.

—¿Un nombre?

—El de un tal Víctor.

El cuerpo de César se tornó rígido bajo las cobijas.

—¿Eso fue lo que oíste?

—Sí, estoy segura. ¿Quién es ese hombre?

—No es nadie —gruñó César haciéndola a un lado para alcanzar su batín de seda.

—Lo ves, ya te has enfadado conmigo y ni siquiera sé por qué —se quejó molesta viéndolo fajarse la bata.

César caminó descalzo por la alfombra, se asomó al balcón para observar la noche.

—¿No me tienes confianza? ¿Acaso no soy tu esposa? Por favor, cuéntame.

—Ese hombre fue amigo de juventud. Lo conocí en mi viaje a España. Coincidimos en una recepción de la embajada, él estaba interesado en hacer negocio acá y platicamos durante horas. Me convertí en su invitado y a la hora de mi regreso quise corresponderle. Yo debía regresar a Arroyo Negro para hacerme cargo de la hacienda, tal como me hiciera prometer mi padre. Nos embarcamos juntos de regreso a Veracruz. Después viajamos a Ciudad de México y también a Puebla. Yo le había hablado tanto de Arroyo Negro que él

se mostró encantado de acompañarme. Fue aquí donde lo conoció María Fernanda. Ella se enamoró perdidamente. —Sus palabras provocaron una mueca de diversión en Aurora—. En esa época sucedió el escándalo de Isabel. Una boda me parecía una buena solución para sofocar el fuego. Di por sentado que Víctor aceptaría mi propuesta de casarse con María Fernanda. María Fernanda también lo creyó. Pero él se negó tajantemente. ¡Ese pinche idiota estaba encaprichado de una sirvienta! ¿Te imaginas la humillación que debió sentir María Fernanda? ¿Las burlas que tuvo que soportar? No bastaba con que mi hermana pequeña nos hubiera hundido en la deshonra, también tuvimos que soportar el desprecio que nos infligió Víctor Ugalde.

—¿Qué fue de él?

—Tras el escándalo que le formé empacó sus cosas y desapareció.

—¿Se llevó a la sirvienta con él?

—Ni sé. De seguro era una perdida que se embarazó del primer patán que la tendió de espaldas.

—¿Y qué tan guapo era ese español?

—No te importa. Para nosotros está muerto y enterrado. Nadie pronuncia su nombre en esta casa. ¿Entiendes? Nadie.

Pero Aurora era porfiada. Visitaría a Beatriz Azcona y trataría de averiguar por su cuenta, Marcela y su sirvienta la acompañarían para no levantar las sospechas de María Fernanda. Se levantó y tomó asiento frente al tocador atestado de afeites y lociones. Sonrió de gusto en el espejo ante la idea de disponer de información que poder utilizar contra María Fernanda, encontrar maneras de herir a su cuñada era siempre placentero.

—¿Y ahora por qué te sonríes? —preguntó César con el ceño fruncido.

—Solo que me da gusto que me tengas confianza. A veces parece que se te olvida que soy tu esposa —dijo mientras tomaba un cepillo de nácar para peinar distraída los mechones de su melena.

—Tal vez lo recordara más a menudo si me dieras un hijo —recriminó con acritud.

El cepillo quedó suspendido en el aire cuando sus ojos se encontraron en el espejo.

—Yo...lo intento —musitó con voz entrecortada. César le infligía un dolor constante con sus recriminaciones.

—No quiero tus intentos, quiero un hijo, carajo —gruñó este antes de abandonar el cuarto.

## Capítulo 14

Apoyado sobre el predio del corral Rafael atendía a medias al conteo de bestias. «Mierda», pensó al darse cuenta que había errado una vez más. Llevaba días como abotagado por el peyote, o debería decir por Marcela. Miró al cielo despejado y calculó el tiempo que restaba para volver a verla. Aún faltaban horas, pensó impacientado. Aún cabía la esperanza de que ella forzara un encuentro casual como había ocurrido durante los dos últimos días. El resto del tiempo tenían que conformarse con encuentros furtivos junto al tapial o en los graneros que en poco o nada satisfacían sus deseos. ¡La güera me gusta, me gusta de veras!, reconoció asustado.

—¡Rafael!

La exclamación de Guadalupe lo despertó de su ensueño.

—¿En qué andas? Te hablo y ni escuchas...

Por primera vez en años Rafael se sintió enrojecer.

—¿Qué?

—¡Por Dios, compadre! Esa güera te tiene hecho un tonto —se quejó el indio—. Te preguntaba cuándo nos iremos de aquí, ese Aristides Rosales ha estado haciendo preguntas sobre ti toda la mañana. ¿Qué tal si da con quien eres?

—¿Qué clase de preguntas?

—Pues anda muy interesado en saber de dónde eres, quién fueron tus papás y quién sabe cuántas cosas más. Pa mí que ya le picó la curiosidad.

—Las reses ya están alistadas.

—Pues vámonos, compadre, ¿a qué esperar?

—Necesito de unos días más.

—¿Pues como pa qué?—siseó el indio—. ¿Pa que te den de balazos?

—No les voy a dar el gusto.



—¿Quién diría? —se burló Guadalupe. Luego suspiró y trató de aplacarse —. ¿Es por la *güera*? —Por el rabillo del ojo captó el leve cabeceo de Rafael.

—Quiero llevármela.

La consternación que sus palabras produjeron en el indio quedó patente cuando lo miró con los ojos redondos abiertos de par en par. Lo creía un loco. Quizás lo fuera.

—¿Con nosotros? ¡Ahora sí me dejaste blanco! ¿Y qué vas hacer tú con una mujer como la señorita Fonseca? ¿La subirás a un caballo y la pasearás de ranchería en ranchería? Mira, Rafael, ella es una muchacha fina, acostumbrada a lo bueno, mejor vámonos de todas, todas. Ya tuviste tu diversión ¿para qué seguir?

La conversación quedó interrumpida con la llegada presurosa de Benita que, sofocada, se detuvo ante ellos sin resuello.

—La niña Marcela le envía esto —dijo entregándole una nota bien doblada que extrajo de su delantal.

Rafael desdobló la nota y leyó la escueta misiva antes de guardarla en el bolsillo de su pantalón en tanto Benita y Guadalupe lo observaban expectantes.

—Prepara tu caballo —ordenó antes de alejarse.

Benita se plantó ante el indio con expresión curiosa.

—¿No me vaya a decir que el señor Rafael le *cachetea* la banqueta a la niña Marcela?

—Pues no, no le voy a decir —gruñó Guadalupe antes de seguir a Rafael.

Benita lo observó medio ceñuda.

—Malagradecido —refunfuñó con los brazos en jarra.

Marcela se inclinó a mirar por la ventanilla cuando la carricoche dejó atrás el cercado de reses. Desilusionada al no atisbar a Rafael lanzó un suspiro y volvió a su lugar.

—¿Y ese suspiro por qué, querida? —inquirió su tía Aurora tras el

palisandro de su abanico. Involuntariamente las mejillas de Marcela se sonrojaron al recibir la mirada curiosa de su tía y de Perpetua—. Me ha parecido un suspiro de amor. Anda, dime, no te dé pena ¿hay algún enamorado por los alrededores? No voy a acusarte con María Fernanda.

—No —negó Marcela con energía desconfiando de sus simpatías repentinas.

—¿Qué tiene? Eres joven y en edad de merecer. No es ningún pecado andarse fijando en posibles.

—Mi niña no tiene pretendiente —intervino Perpetua zanjando el tema.

Aurora se replegó en su asiento con gesto sapiente.

—Pues qué pena, se siente tan rico cuando una es cortejada. Las flores, los chocolates, los bailes. —Lanzó un suspiro melancólico al aire—. Después todo cambia. El matrimonio lo hace todo un poco más aburrido.

—¿Va a ver a Beatriz Azcona por lo de la fiesta? —Con su pregunta Marcela esperaba desviar la atención de Aurora hacia temas más inocuos. En su banalidad la cuestión entretendría su ego durante un buen rato.

—Sí, la fiesta. ¿Vas a encargarte algún vestido en la capital?

—Pensaba hacerle algunos arreglos a alguno de los que ya tengo —expresó.

—¿Repetir vestido? ¡Ay, no! Definitivamente no. Esta clase de eventos son la oportunidad que una muchacha bonita tiene para cazar marido. No debes desaprovecharla.

—No quiero un vestido nuevo ni un marido —insistió Marcela sin ceder. No se sentiría bien al saber que su tío gastaba el dinero en fruslerías mientras los peones pasaban hambre, claro que eso a su tía Aurora le traía sin cuidado.

—Como quieras —aceptó Aurora con un encogimiento de hombros. Por lo que a ella respetaba Marcela podía ir vestida con remiendos si quería. El baile sería la ocasión perfecta para que la gente pudiera comparar sus bellezas. Aurora se había impuesto la tarea de salir vencedora de aquella particular disputa.

El carruaje continuó avanzando por el tortuoso camino a San Miguel entre una gran polvareda. Marcela debió de inclinar la cabeza sobre el respaldo y cerrar los ojos para aplacar las náuseas del mareo mientras escuchaba las quejas de su tía acerca del atraso de la región. Perpetua guardaba silencio observando inmutable a través del vidrio de la ventana. Aún le duraba el enfado desde la tarde anterior, cuando sorprendió a Marcela a su regreso de su cita con Rafael, más cuando Marcela se negó a responder a sus molestas preguntas.

El carruaje se detuvo con brusquedad en un recodo del camino medio oculto por una arboleda. La violencia de la detención hizo que Marcela se golpeará la cabeza y Aurora saliera despedida de su asiento. Perpetua consiguió mantenerse aferrada a la manilla de la puerta.

—¿Qué le ocurre a ese inútil de Nicéforo? —Bramó Aurora intentando regresar a su lugar, hizo amago de abrir la puerta cuando el carruaje se detuvo finalmente.

—Espérese. —La detuvo Perpetua entrecerrando los ojos al mirar por la ventanilla. Sus sospechas se vieron confirmadas cuando apareció un hombre con el rostro cubierto por un pañuelo encarnado y una camisa que de sucia carecía de color. Aparecieron tres hombres más a caballo. Empuñaban pistolones y machetes con los que amenazaban a Nicéforo y Prudencio, su ayudante, a los que obligaron a descender del pescante con atropellos y violencia. Una vez en el suelo los maniataron sin escatimar en insultos y golpes.

—¡Virgen de Guadalupe! ¡Son bandidos, niña! —graznó Perpetua aferrando con fuerza su mano.

Aurora, presa del pánico, tomó una pañoleta y se cubrió los hombros y el escote. Uno de los bandidos abrió la puerta provocando el pánico de las mujeres. Su rostro moreno y ancho asomó en el interior.

—¡Miren no más qué lindas palomitas! ¡Hasta que el diablo me escuchó! —gritó a sus compinches, que se aproximaron movidos por la curiosidad.

Se trataba de un grupo de zarrapastrosos y desaseados, desheredados de la

vida civilizada que recorrían los caminos de la república en busca de víctimas propicias para sus crímenes, para luego replegarse a su guarida en los cerros. Uno de ellos, el que parecía el líder, rasgó el velo de Marcela con su machete y apoyando la punta roma en su barbilla la obligó a elevar el rostro.

—¡Uuuy! —exclamó cuando los enormes ojos de Marcela lo miraron llenos de horror—. Empezaremos por ti, linda, las joyas —dijo señalando el camafeo de su madre.

Un quejido hiriente surgió de la garganta femenina.

—Por favor, se trata de un recuerdo de familia.

—*Entos* lo trataremos con cuidado ¿verdad, muchachos? —Un coro de risas le respondió.

—Niña, obedece —suplicó Perpetua.

Con manos temblorosas, Marcela se alzó la pesada melena. Perpetua desprendió el cierre de su leontina. Marcela sujetó en un puño el camafeo ante la mirada codiciosa del bandido. Creía injusto tener que desprenderse de uno de los únicos recuerdos que le quedaban de su madre.

—Mire, señorita, no vaya a joderme o yo me la jodo a usted.

Su tía Aurora gimoteó en su asiento sin que nadie le hiciera caso. Marcela tragó saliva al apretar contra su pecho el camafeo. El rostro del asaltante, adornado con una barba rala, se tornó rígido.

—No voy a dárselo.

Sus palabras hicieron que Perpetua y Aurora la miraran como demente.

—¡Marcela, por Dios! —graznó su tía.

—Es el único recuerdo que me queda de mi madre —porfió la joven luchando contra las náuseas que ascendían por su garganta.

—Órale pues —gruñó el desalmado y atrapándola por una muñeca comenzó a arrastrarla al exterior. Marcela se resistió con la ayuda de Perpetua.

—¿Qué van hacerle a mi niña? ¡Suéltenla! ¡Déjenla tranquila! —exclamaba esta última tirando de ella hacia el interior como si Marcela fuera un juguete

disputado por dos chiquillos. Ganó la fuerza bruta del hombre que la arrojó sobre el camino y la obligó a ponerse en pie de un tirón. Ella intentó resistirse. Su resistencia fue castigada con una cachetada que la hizo voltear la cabeza.

En esas, resonó el estallido de un balazo. En la confusión que se formó, Marcela se desasíó del bandido. El sentido común la impulsó a arrojarse al suelo cuando los asaltantes abrieron fuego.

Dos hombres surgieron de la nada, cabalgaban a galope tendido con los cuerpos inclinados hacia delante para evitar las balas con que fueron recibidos. Marcela, con el rostro hundido en el suelo, vislumbró apenas sus figuras. El aire se rasgó con el sonido de las balas. Oyó el quejido ahogado de uno de los asaltantes, luego el alarido del líder al ser alcanzado en el brazo.

—¡Acaben con esos cabrones! —gritó el salteador intentando empuñar su pistola.

Marcela pensó que sería arrollada de manera irremisible por los cascos de los caballos que se acercaban. El miedo la hizo encogerse sobre sí misma y sollozar angustiada. Los cascos de los caballos continuaron acercándose, casi los sintió encima. Apretó los ojos. Las balas seguían resonando en el aire. El olor picante de la pólvora lo llenaba todo. Continuó rezando, rogándole a Dios no morir en aquel miserable lugar. Advirtió que el retumbar de la cabalgada había cesado. Abrió los ojos y ascendió a lo largo de los cuartos traseros de un caballo que se interponía al sonido silbante de las balas.

—¡Rafael! —El nombre se le escapó en una exclamación al ver su rostro moreno.

El campero desmontó de un salto y se inclinó sobre la joven que aliviada se refugió contra su pecho.

—¿Marcela, se encuentra bien? —inquirió con urgencia mal contenida en tanto continuaba disparando—. ¡Responda!

—Sí. —Su voz quedó ahogada por la tela de su camisa—. Sí —repitió con mayor énfasis.

La presencia de los dos hombres armados puso en fuga a los bandidos que, al grito de retirada, saltaron sobre sus monturas y se perdieron de camino a los

cerros. Rafael hizo el amago de seguirlos, Marcela se lo impidió con una súplica.

—Déjelos ir —rogó. Lo vio tomar aire y apretar la mandíbula mientras sus ojos seguían su huída con un brillo asesino—. Por favor —insistió asustada ante el hecho que Rafael pudiera morir de un balazo.

A Rafael le costó renunciar al deseo sanguinario de ajustar cuentas con aquellos mal nacidos.

—¿Le hicieron algo? ¡Mierda, Marcela, conteste! —Ella negó apabullada. Nunca lo había visto tan fuera de sí como en ese momento—. ¿En qué mierda estaba pensando su tío al dejarlas salir sin escolta?

—Nunca hemos tenido mayor problema —protestó incoherente.

Rafael dejó escapar un bufido desdeñoso.

—Las cosas andan revueltas y ustedes se ponen a pasear de punta en blanco. ¿No entiende lo que le hubieran hecho esos hombres? ¿Quiere que le explique? —increpó porque ella no parecía tener ni idea de lo cerca que había estado de morir, de la magnitud de esa desgracia que habría marcado su existencia irremediablemente—. ¡Al carajo! —estalló alzándola sobre la silla de su caballo. Perpetua corrió hacia ellos sin importarle los alaridos de Aurora que, sin entender aún la situación, suplicaba que no la dejara a solas.

—¡Mi niña! ¿Qué te han hecho? —inquirió horrorizada mirando sus ropas echadas a perder por el polvo y la suciedad. La mestiza tenía el rostro desencajado, pálido por el susto.

—Estoy bien —le aseguró Marcela intentando sosegarla.

—Suba al carro —ladró Rafael.

—¿Y mi niña?

—Ella viene conmigo.

—Pero no puede entrar en el pueblo con Marcela montada en la grupa como una soldadera. —La mirada turbulenta de Rafael la silenció. La mestiza, poco dada a la cobardía, sintió como si la lengua se le congelara en la boca. Aquel hombre estaba que se lo llevaba la *chingada*. No se atrevió a objetar

nada cuando Rafael trepó tras Marcela y arreó a su caballo con un chasquido de riendas.

Desde su lugar Aurora siguió la escena con avidez. Contempló la figura del campero llena de admiración. Lo observó dar órdenes a Nicéforo mientras se acariciaba los labios con el encaje de su abanico. Se le formó una bola en el pecho que descendió por su vientre hasta alcanzarle entre las piernas. Impresionada con la intemperancia de aquel deseo se volvió hacia Perpetua.

—¿Quién es ese hombre?

—Le dicen Rafael El Negro —repuso la mestiza de mala gana.

—¿Y trabaja en la hacienda?

—Como campero —respondió la mestiza, distraída con sus propios pensamientos. Aurora continuó asomada a ventana hasta que el campero retrasó la marcha de su caballo dejando que el carruaje lo adelantara.

Al quedarse a solas, Rafael estrechó a Marcela entre sus brazos. La hizo volver el rostro y la besó con la desesperación que le había provocado el miedo, un miedo distinto a cualquier otro que hubiera sentido antes. El sentimiento le había congelado los músculos y paralizado el corazón, lo había dejado indefenso y aturdido. Aún en esos momentos le temblaban las manos.

—Me provoca llevármela lejos. Habría vertido hasta la última sangre de sus cochinos cuerpos solo por tocarla —concluyó con contundencia.

—¿Cómo supo a dónde me dirigía?

—Anduve averiguando cuando recibí su nota. —Volvió a besarla torturado ante la idea de haberla perdido. Se interrumpió para mirarla mientras le sujetaba el rostro que entre sus manos parecía pequeño como el de una niña—. Quería verla, aunque fuera de lejos. Tenía la esperanza de sorprenderla en lo del padre Melquíades. —Marcela sonrió bajo sus labios.

—¿De veras?

—La seguiría hasta el mismo infierno. —Le apoyó la boca en el oído para inhalar su olor—. Mejor la llevo con su tía. ¿Quién sabe que esté pensando?

—No me importa —susurró alcanzando la comisura de su boca y besándolo

de lleno. A Rafael se le vaciaron los pulmones. Inspiró por la nariz para quietarse. Ya fuera por la agitación del asalto y el terror que le supuso saber a Marcela en peligro o por el mero hecho de tenerla.

—Deje el juego, Marcela, o aquí mismo le hago un hijo.

La crudeza de semejante declaración debería haberla escandalizado y sin embargo la hizo sonreír a escondidas.

Pese a los temores de Perpetua, Marcela no entró en San Miguel a lomos del caballo. Rafael hizo detener el carruaje apenas se vislumbraron las primeras construcciones y permitió que Marcela regresara a la comodidad del carruaje donde su tía Aurora la recibió con una mirada escrutadora.

—¿Te encuentras bien, querida?

—Sí.

—Cuando esos hombres te sacaron del carruaje quise morir de la angustia. Ha sido casualidad que ese tal Rafael nos viniera siguiendo ¿verdad? — Marcela asintió con el convencimiento que su tía deseaba alargar el tema—. Me ha parecido tan romántico. Digo, ese hombre salvándote de esos bandoleros y haciéndote cabalgar a la grupa de su caballo...

—El señor Rafael ha sido muy amable al preocuparse por mi seguridad.

—¿Amable? —Aurora rio—. No, chiquita, eso ha sido más que amabilidad.



## Capítulo 15

Don César dio orden de aguardar en la casa de los Azcona la llegada de una escolta armada una vez fue informado del altercado con los bandidos mediante uno de los sirvientes de los Azcona. A media mañana se presentaron en la casa un contingente de hombres armados de Arroyo Negro con Arístides Rosales a la cabeza. Perpetua y Marcela mataron el tiempo de espera paseando por el jardín, en tanto Aurora y su anfitriona se ponían al día de sus asuntos.

Perpetua, que se negaba a dejar a solas a Marcela bajo ningún concepto, caminaba aferrada del brazo de la joven. La preocupación había hecho aparecer arrugas en torno a sus ojos.

—Nana ¿por qué no te agrada el señor Rafael? —inquirió Marcela al cabo de tomar asiento en una banca de piedra frente a una fuente estilo francés cuyos cuatro caños simulaban rostros de dioses clásicos.

—Me da malas vibraciones. —Sus palabras sorprendieron a Marcela. Perpetua no solía ser injusta en los juicios ajenos—. Ya veo que me vas a preguntar —adivinó con un suspiro—. Es la vida imagen de un español amigo de los Montemayor, un tipo *elegantoso* que volvió locas a todas las muchachas. Incluso tu tía anduvo suspirando por su sombra.

—¿Mí tía María Fernanda?

—La misma que viste y calza. Hasta se habló de casorio y todo.

—¿Y qué pasó? —inquirió Marcela contrariada.

—Pues que el español resultó como todos los hombres. —Los ojos negros de la mestiza pestañearon con afectación—. Descubrieron que andaba enredado con una de las muchachas del servicio, una buena amiga, dulce e inocente. Víctor Ugalde la sedujo y luego la abandonó como se abandonan un par de zapatos viejos. Le arruinó la vida y ¿crees que le importó? Así son los hombres.

—¿Qué ocurrió luego?

—Él y Don César tuvieron una discusión *refuerte*. Según esto, Don César lo corrió de la casa y nunca más regresó.

—¿Qué le ocurrió a la mujer?

—¿A Delphina? No supe más de ella por más que trate de averiguar, fue como si la tierra se la hubiera tragado. Fue en el tiempo de la fuga de tus papás, cuando los tres nos fuimos a vivir a Puebla. No pude hacer mucho por ella y eso es algo de lo que siempre me arrepentiré.

—Pero eso no es motivo para juzgar al señor Rafael. —Marcela meditó en silencio sus siguientes palabras haciendo un enorme esfuerzo por aparentar tranquilidad—. Nana qué pensarías si yo...

—¿Tu qué, niña? No, no me vayas a decir que te enamoraste.

—Siento algo por él, algo que nunca había sentido por ningún otro hombre.

—¿Te estás oyendo? ¡Un hombre de su condición!

—Te pareces a mis tíos.

—¡Ya ni digas!, estoy intentado que veas la insensatez. ¿Quieres que te diga? No más se haga con tus favores se va a desaparecer. ¿Que no me crees? ¡Hasta boba te ha vuelto!

—¡Basta! El señor Rafael no es como tú dices.

—¡Ni te reconozco! Pero date tiempo y verás, luego no digas que no te lo advertí —proclamó sacudiendo la cabeza como el que está ante un gran absurdo. Marcela siempre había sido una niña dócil y juiciosa. Aquel cambio era inverosímil para ella y la mestiza lo achacaba a la mala influencia del campero—. ¿Y si tus tíos lo averiguan?

—No me importa.

—Te importará cuando acabes encerrada en el convento. ¡Ahí sí se te acabó!

—¿Acaso no les ocurrió así a mis papás?

—Ellos se amaban de veras. Dudo que ese hombre sepa de eso.

—Te equivocas.

—¿Por qué? ¿Ya te dijo? —Y ante el gesto de duda de Marcela continuó con la diatriba —. ¡Ahí ves! los hombres no son como las mujeres. Cuando algo se les antoja están dispuestos a decir cosas bonitas, a prometer la luna. Los camperos se irán y no volverás a saber de ese Rafael. Eso es lo que pasará. —Marcela negó rechazando tal posibilidad. El destino los había unido por un motivo, no por simple casualidad—. Mi niña, recapacita, tú no eres así...

—Quizás vaya siendo hora de tomar las riendas de mi vida. Hasta ahora he dejado que me mandaran y ordenaran pero en esto haré lo que se me antoje y ni tú ni mis tíos vais a hacerme cambiar de parecer —replicó dolida ante su falta de apoyo. Enojada se puso en pie y se alejó con paso enérgico de su nana.

Perpetua torció el gesto. Puede que su niña pecara de temerosa pero de lo que no había duda es de que la muchacha era terca como mula. Llevarle la contraria solo servía para afirmar su resolución.

Con un suspiro se golpeó los muslos y se puso en pie con la intención de seguirla.

En el interior de la casa, Aurora siguió a Beatriz al salón trasero donde una muchacha les sirvió café.

—Aún no se me quita el susto del cuerpo. ¡Vaya usted a saber qué intención tenían esos bandidos! ¡Demos gracias a Dios de que está aquí de una pieza, comadre!

—No me lo recuerde, aún me tiemblan las piernas.

—Su esposo no debió encender la mecha con los antireeleccionista. Ya vio cómo se las gastan.

—Esos no eran maderistas sino muertos de hambre sin el menor rastro de honor —replicó con acidez—. Quizás su esposo deba aplicarse más en la seguridad de sus conciudadanos o dejar que alguien capaz se ocupe de ello —apuntó mordaz.

—¿Su esposo por ejemplo?

El ambiente entre ambas mujeres se tornó hostil. Aurora suspiró al reconocer que quizás debía una disculpa a su anfitriona, al fin y al cabo era su única amistad en aquel pueblucho.

—Le ruego que me disculpe, no he debido...

Beatriz Azcona se tomó unos segundos para reconsiderar su petición; al cabo optó por sonreír como si nada hubiera ocurrido.

—La entiendo, amiga. Los nervios...

—Exacto.

—Su sobrina en cambio parece bien tranquila —señaló Beatriz al divisar a la joven en el jardín—. No lo voy a negar, Marcela es un bellezón —admitió con el deseo de infligir desasosiego en su amiga con lo primero que tenía a mano.

—¿Le parece? —masculló Aurora.

—¡Ay, comadre! Se le nota poco afecto.

—Marcela se cree por encima de los demás. Es desdeñosa y engreída. En la capital se comportó de forma espantosa con los mal aventurados que osaban acercársele. Los miraba como mugre. ¡Como si ella fuera gran cosa! Porque aparte de una cara bonita, dígame, ¿qué mas tiene que ofrecer? Cuando una es pobre no puede ser altanera ¿o no?

Beatriz Azcona elevó las cejas con fruición observando a la joven desde la distancia.

—¿Es cierto eso que se oye de que María Fernanda quiere encerrarla en un convento?

—Sí. Y sin que sirva de precedentes, estoy de acuerdo con ella.

—¡Uyuyuy! Tenga cuidado no vaya a ser contagioso, digo, lo de estar de acuerdo con su cuñada. Y a propósito de ella, por acá tengo la foto que me pidió. —Beatriz se puso de pie para revolver en un secreter atiborrado de correspondencia que adornaba una de las esquinas de la sala—. ¡Ajá! Acá está —exclamó victoriosa mostrándole el retrato que Dolores Peralta le había

remitido.

Aurora estiró una mano impaciente hacia el verdadero motivo de su visita. Beatriz le tendió el cartón en el cual Aurora pudo reconocer a su difunto suegro y a un rejuvenecido César además de algún otro conocido de San Miguel. Beatriz señaló uno de los rostros.

—Este —dijo. Aurora se apresuró a revisar los rasgos movida por la curiosidad. Se trataba de un rostro anodino sin ningún rasgo destacable—. Espere, creo que me he equivocado —rectificó Beatriz—. ¡Este!, Este es Víctor Ugalde.

Aurora abrió los ojos sorprendida.

—¿Está segura?

—Sí, sí.

Los ojos castaños de Aurora de Montemayor parpadearon perplejos. Aquel rostro era el mismo que...

—No sé lo va a creer, pero yo conozco a este hombre. Es el campero que nos salvó de los bandidos.

—Pero no puede ser, Víctor Ugalde era un caballero notable, no un campero. Y por lo que sé, nunca regresó por estos rumbos.

—No me refiero a Víctor Ugalde exactamente, amiga. Creo que la visita de ese español a estas tierras tuvo más consecuencias que un frustrado noviazgo con mi cuñada —concluyó Aurora con una satisfacción que se reflejó en su amplia sonrisa.

—No la entiendo.

—Creo, sin temor a equivocarme, que el hombre que nos salvó esta mañana no es otro que el bastardo de Víctor Ugalde. El mismo que provocó el desmayo de mi cuñada en la capilla. ¿Lo puede creer?

—¿Un bastardo? Nadie habló jamás de un bastardo.

—Píenselo, el parecido es extraordinario.

—Entonces... su campero es en realidad el hijo de Víctor Ugalde, ¿es eso lo que quiere decir?

—Ahí le ha dado, amiga.

—¿Y cree que César y su cuñada lo saben ya?

—No más lo vean llegarán a la misma conclusión.

Tras dejar a las Montemayor a buen recaudo en casa de Beatriz Azcona, Guadalupe acompañó a Rafael a casa del padre Melquíades. El cura se mostró complacido con su visita e insistió para que le acompañaran a la mesa.

—Tantos días sin saber de ustedes. ¿No que estaban en Sierra Gorda?

—Hace días reunimos las reses. —dijo Rafael sin mostrar incomodo ante el hecho de que el padre Melquíades ignorara que prestaban sus servicios en Arroyo Negro. No era un tema en el fueran a estar de acuerdo nunca.

Rafael estaba interesado en la marcha de los trámites para su reconocimiento como heredero de Víctor Ugalde. Al padre Melquíades no le extrañaron sus súbitas prisas, Rafael era impaciente por naturaleza. Acordaron contratar un abogado de la capital, un viejo amigo del padre con conocidos hasta en el infierno, como suele decirse. Melquíades se quejaba de la lentitud de una administración burocratizada en exceso pero exhortaba a Rafael a tener paciencia. «No queda otra que bailar lo que nos toquen».

—Con un poco de suerte el año que viene tendrás tu apellido y cuando eso ocurra no quiero más excusas. Te buscas una buena muchacha y te matrimonias. No creo que haya problema para encontrar una candidata, todas las muchachas del lugar me andan preguntando por ti, se ve que las tienes del revés, incluso la Mercedes se me apareció por la iglesia para preguntar.

—¿La Morocha? ¿Y usted qué le dijo?

—Pues la verdad, hijo, que no sabía de ti y viéndote la cara veo que hice bien. Rafael, muchacho, deberías ser más cuidadoso, no es bueno ilusionar a una mujer si uno no tiene intenciones honestas con ella.

—Se ilusionan solas —objetó de mala gana. Seguía sin entender por qué su persona levantaba tantas expectativas entre las féminas.

En ese momento se presentó en la casa Chucho, que pidió ver a Rafael con

urgencia. Irrumpió en la sala dejando atrás a Cándida que en vano lo seguía por todo el pasillo regañándole.

—¿Y tú qué te traes? —se interesó Melquíades.

—Vengo a avisarle al señor Rafael.

—¿De qué o qué?

—Él ya sabe —farfulló poco esclarecedor.

—Sí, yo sé —intervino Rafael poniéndose en pie—. Padre, si nos disculpa ahora tenemos que dejarle.

—Sí, sí, por supuesto —aceptó Melquíades suponiendo temas de trabajo. Ordenó a Cándida despedirlos en la puerta y con un suspiro decidió dedicar el resto de la tarde en el reparto de despensas.

En la mente de Rafael estaba regresar tras los pasos de Marcela. Había apostado a Chucho frente a la casa de los Azcona con el fin de estar puntualmente informado de cualquier movimiento de las Montemayor.

—¿Ya han salido para la hacienda? —quiso saber Rafael al cruzar la populosa calle Guerrero.

—No más la galera asomó por el portón corrí a avisarle como me dijo —informó Chucho lleno de orgullo infantil—. ¿Lo he hecho bien?

—Sí. Y ahora corre a la fonda, no quiero que La Morocha se enoje contigo por andar desaparecido. —Se volvió hacia Guadalupe que en todo momento se había mantenido silencioso—. ¿Y a ti qué te pasa?

—No sé, Rafael, esto no me gusta nada... Don César ya envió al Arístides ¿Como pa qué vamos a correr tras ellos?

—Iré yo solo.

—¿No quieres que te acompañe?

—Mejor te quedas y te tomas unos tragos a mi salud.

Sin embargo Guadalupe regresó sobre sus pasos hacia la casa del padre Melquíades con la convicción de estar obrando de manera correcta. Al golpear la puerta lo recibió la doméstica que lo hizo entrar de nuevo a la sala donde encontró a Melquíades afanando en un montón de papeles.

—¿Has olvidado algo? —inquirió el anciano mirándole a través de sus lentes.

—Quería platicarle de algo —comentó titubeante.

—Soy todo oídos. Ándale, no te dé pena ¿De qué se trata?

—De Rafael y la señorita Fonseca.

—Espérame, espérame. —Lo interrumpió Melquiades poniéndose en pie—. ¿Te refieres a Marcela Fonseca, la sobrina de César Montemayor? —Guadalupe asintió muy serio—. No entiendo, ¿qué tiene que ver Rafael con esa muchacha? —inquirió con un asomo de sospecha.

—A ver cómo le explico... —comenzó rascándose la greña—. Rafael se ha empecinado con ella.

— ¿¡De qué insensatez hablas!?

—Pues de lo que le digo. Rafael no ha querido decirle pero ahora trabajamos para César Montemayor y anda de metido con la sobrina.

Los ojos del anciano se abrieron alertados ante aquella revelación.

—¿En Arroyo Negro? ¡No puede ser! ¿Se volvió loco?

—Pues es lo mismito que le digo yo pero esa *güera* lo tiene bailando en la reata.

—Eso o esa venganza suya...

—Pues lo que sea, padrecito, pero si no se anda con ojo le van a llenar el pellejo de balas. No me canso de decírselo pero él ni escucha. *Entos*, ¿hablará con él?

—Sí, sí. Advértele que mañana en la mañana quiero verle.

—Mejor ni le digo, lo mismo me arranca la lengua por bocón. No le gusta que le anden en lo suyo, usted ya sabe lo atarantado que es.

—Sí, lo conozco, lo conozco muy bien. Anda ve, deja que yo me ocupe de todo.

Guadalupe aflojó los hombros, aliviado.

—Gracias, padre. —Se retiró presuroso, dejando a Melquiades reconcentrado en sus revelaciones.



—¡Ay, Rafael! —suspiró este ante la empresa que se le presentaba—. ¿En qué andas metido?

Para fastidio de Marcela, Arístides insistió en acompañarlas en el interior del carruaje en tanto sus hombres lo hacían a caballo. Al capataz no le agradó descubrir que había sido aquel campero alzado quien pusiera en fuga a los salteadores esa mañana y no hizo intento de disimular su resentimiento ante los entusiastas elogios de Aurora de Montemayor.

—Yo no me confiaría mucho de las buenas intenciones de ese don nadie y su amigo el indio. A la gente baja les mueve el interés y no la cortesía.

—No sé cómo sea ese hombre, Arístides, pero de que nos salvó, nos salvó. ¿Quién sabe que hubiera sido de nosotras de no aparecer él?

Arístides pensó que a Aurora Montemayor solo le faltaba lanzar vivas en honor al campero. Tal parecía que siempre iba un paso por detrás en lo que competía a aquel mugroso.

—Bien pudiera ser que él mismo hubiera tramado todo este asunto para dárselas de héroe. Cosas más raras he visto.

—¿Pone en duda la heroicidad del señor Rafael? —intervino Marcela hasta el momento ausente.

—Yo lo pongo todo en duda, señorita, dice el refrán «piensa mal y acertarás» —sostuvo lleno de jactancia volviéndose aún más odioso a los ojos de Marcela.

—Yo conozco otro: «En boca del mentiroso lo cierto se hace dudoso» —retrucó.

—¡Marcela! —La exclamación de su tía Aurora se sumó al asombro de Arístides a tan airada defensa—. ¡Discúlpate de inmediato con el señor Arístides!

Marcela alzó la barbilla con los labios apretados.

—No se haga corajes, señora —pronunció Arístides removiéndose en su lugar como si el cuello de la camisa se le hubiera quedado chico de repente.

—Parece que los encantos de ese mugroso también han confundido a su sobrina.

Marcela fijó la atención en el exterior ignorando a su tía y Arístides el resto del trayecto.

A su llegada, su tío César las abordó en el vestíbulo. Quiso saber todos los detalles del asalto para hacer rastrear los cerros a «bayeta calada». Su intención era hacer correr la voz de que el asalto había sido obra de los antireelacionistas. Marcela dejó las explicaciones a su tía Aurora, que hizo gala de sus dotes dramáticas y explicó el episodio entre hipidos y llantos. Algo más sosegada se secó las lágrimas con una esquina de su pañuelo y recuperó el aplomo.

—La peor parada ha sido Marcela. Fue a ella a quien sacaron del carruaje a cachetadas cuando no quiso darles su camafeo. Si no hubiera sido por ese hombre...

—¿Qué hombre?

—Tú has de saber, le dicen Rafael y trabaja acá, en la hacienda.

César desvió la mirada hacia Arístides, que se encogió de hombros para explicarle.

—El campero mal mandado del que le hablé.

—Pero con nosotras se comportó tan valerosamente... ¿Verdad, Marcela? Me gustaría invitarle a cenar para agradecerle. Dime que sí ¿sí?

—Señora, no creo que eso sea necesario —opinó Arístides al imaginar la reacción de Doña María Fernanda al descubrir al bastardo sentado a su mesa.

—Arístides, usted no tiene por qué preocuparse, también está invitado, por supuesto. ¡Ay, César! Dame el capricho ¿sí? —insistió Aurora dispuesta a salirse con la suya.

—Sí, sí, haz lo que se te dé la gana —se impacientó el hacendado con la cabeza puesta en otras cosas. Ignoraba por qué Aurora tenía tanto empeño por un simple campero pero a decir verdad tampoco le interesaba—. Ahí los dejo. Arístides avísame si encuentran alguna pista.

Marcela vio el momento para retirarse a su cuarto donde se desplomó sobre la cama mientras Perpetua daba vueltas a su alrededor como una gallina ponedora.

Fue Perpetua quien interrumpió su sueño mucho más tarde. La mestiza cargaba con una bandeja de comida que dejó sobre la cómoda e insistió para que Marcela comiera. Marcela picoteó la comida para darle el gusto. Al cabo, llegó Benita para parlotear sobre el asalto.

—¡Ay niña! ¿Y cómo es que fue? ¿Pasó mucho miedo? Dicen que el señor Rafael se presentó pistola en mano y corrió a esos malvados a balazos. Ya puedo verlo, tan grande y buen mozo... Ojalá hubiera estado allí para verlo.

—Ya estamos —se molestó Perpetua—. Ves burro y ya se te antoja viaje.

—¿Y qué tiene ahora con los burros?

—No tiene caso... —suspiró Perpetua—. Mejor le das un descanso a esa bocota y preparas la tina con agua bien caliente.

Benita, que no era mal tomada, asintió conforme.

—*Ta bueno*. Pero luego me cuenta todo.

Minutos después, sumergida hasta las orejas en el agua, Marcela suspiró de puro goce mientras Perpetua le frotaba el cabello con pulpa de aloe. Luego de dejarlo actuar unos minutos, lo enjuagó y lo secó con un lienzo de algodón. Cuando Marcela era niña, Perpetua solía peinarlo en gruesas trenzas con listones como los de una india. Con el paso de los años el color castaño se había matizado formando una mixtura de mechones ondulados que provocaban pasmo y admiración.

—Ese rabo verde de Aristides te mira con la baba colgando.

—Ya ni lo mentes, no soporto a ese hombre.

—Hoy me ha quedado claro —suspiró y poniéndose de pie comenzó a hacer acopio de las ropas sucias desperdigadas por el cuarto—. Y creo que a él también. —Fingió interesarse por la doblez de su pañuelo mientras rebuscaba la manera adecuada de asaltar el tema que le preocupaba—. M'hija, con respecto a ese hombre...

Marcela abrió los ojos para mirarla. Su rostro sonrosado por el vapor se mostró atento. Un halo de rizos húmedos le confería un aire aniñado que hizo que Perpetua retrocediera en el tiempo hasta recordarla como una hermosa niña de ojos grandes y sonrisa cegadora.

—Sé cautelosa, no cometas una equivocación de la que te puedas arrepentir. Eres tan joven...

—Nana...

—Sí, ya sé, soy una vieja pesada.

—No iba a decir eso. ¿Por qué no te vas a acostar? Te ves agotada. Ya tengo edad suficiente para vestirme sin tu ayuda.

—Yo sigo viéndote «chamaquita».

—Me verás «chamaquita» aunque tenga cien años.

Perpetua emitió un suspiro tendiéndole la bata.

—Espera a que el pelo se te seque para acostarte, no quiero que te resfríes.

—Leeré un ratito.

—Bien. Que descanses, m'hija.

A su salida, Marcela se secó con fruición. Envuelta en su bata se dirigió al espejo de pie que ocupaba una de las esquinas de su habitación para observarse el moratón del rostro. Movié los hombros para desembarazarse de la bata y se untó el cuerpo de una crema que Perpetua elaboraba artesanalmente a base de aceite de prímula. La extendió concienzudamente por toda su piel friccionando con ambas manos. Según decía su madre, había heredado de ella el placer hedonista por las cosas buenas y elegantes. El tacto de sus manos sobre su piel despertó su interés. Con lentitud, su mirada ascendió por el reflejo de su cuerpo. Jamás había otorgado demasiada importancia a su físico. Se sabía bonita pero nunca se había juzgado por encima de nadie por tal motivo. En las personas, ella apreciaba otras cualidades. Pero esa noche Marcela sintió interés por su cuerpo. Pensó en Rafael y todas aquellas cosas que habían hecho en el claro del río. Debería

sentir vergüenza y arrepentimiento, no la acuciante necesidad de revivir aquellas sensaciones a cada momento, como si su cuerpo hubiera despertado a un mundo nuevo que se veía empujada a explorar.

Un sonido seco proveniente del exterior la hizo reaccionar con precipitación. Con un gemido ahogado recogió la bata de liencillo del suelo y se cubrió avergonzada.

—¡Rafael! —exclamó cuando la luz de las lámparas definieron los contornos de una silueta masculina. Al adelantarse este en la luz del cuarto vio que llevaba el pelo negro húmedo y retirado hacia atrás con un tira de cuero que dejaba al descubierto el arete de su oreja. La blancura de su camisa potenciaba el color oscuro de su piel. Penetró en la estancia con paso lento y silencioso—. ¿Qué... hace acá? —preguntó con un nudo en la garganta viéndolo acercarse. Su estampa engalanada con pistola del 38 y cuchillo de hueso a la cintura parecía arrancada de lo más profundo del Bajío, juzgó Marcela embelesada.

—Andaba preocupado —dijo él extendiendo una mano para acariciar el *mole* de su cara—. ¿Le duele?

—No —le aseguró volviendo el rostro para besarle los nudillos.

—Debió dejarme que acabara con esa carroña de mierda...

Marcela le cubrió la boca con los dedos. Tras su mano los ojos de Rafael se estrecharon escrutadores.

—¿Ha venido aquí para jurar y maldecir? —le amonestó. Taimadamente Rafael abrió los labios y con la punta de la lengua tentó la yema de sus dedos, que notó untuosos.

—No, para eso no —reconoció con voz umbrosa y al estrecharla entre sus brazos la besó con posesiva fiereza. Al cobijo de su pecho, Marcela se sintió a salvo pese a estar en su cuarto y que cualquiera podía tocar la puerta y sorprenderla entregada a las caricias del campero.

—La echaba de menos, solo eso. Huele usted como un campo en primavera —indicó embebido en la mixtura de olores deliciosos que de ella se desprendían. Intentó acariciarla por debajo de la ropa.

—Rafael, espere. —El susurro de Marcela lo contuvo a duras penas.

Rafael dio un paso atrás impacientado por su negativa.

—Vístase. Quiero enseñarle algo.

—¿Ahora? Es noche cerrada.

—¿Y eso importa?

Marcela rio de buena gana.

—Su influencia me hace malaconsejada.

—Me gusta cuando ríe. Se le forman hoyuelos como niña —constató Rafael con el tono solemne del que está poco habituado a realizar cumplidos.

Marcela correspondió con una sonrisa en tanto lo veía curiosear entre los frasquillos de porcelana de su tocador, bien aprovisionado de mejunjes femeninos para la higiene personal de los que Rafael apenas reconoció el benjuí para el cabello. Uno de ellos llamó su atención, era de porcelana blanca, pequeño y delicado, le recordó a Marcela. Lo abrió y lo olisqueó. Las notas cítricas de la lima y la bergamota le llenaron las fosas nasales. Olía como ella.

—Permítame —solicitó Marcela acercándose y tomando el frasco de su mano. Hundió los dedos en la cremosa pasta y comenzó a aplicarla suavemente por su mano insistiendo en la callosidad de su palma—. Le suavizará la piel y le calmará el ardor.

Rafael gruñó algo por lo bajo perdido en su mirada. Con respecto a eso último, dudaba que fuera tan simple como ella decía.

—La espero junto a la fuente. Dese prisa —la urgió para ocultar su turbación. Le retuvo el rostro con su mano para besarla con brevedad en la boca antes de salir al balcón y perderse en la noche.

Marcela observó la habitación vacía tras la marcha del campero. Su vida había dado un giro inesperado desde que conociera a Rafael. El amor que medraba en su pecho había inoculado en sus venas el deseo de aventuras. Meditó el consejo de Perpetua de ser cautelosa, pero acabó por arrinconar el

pensamiento en algún lugar de su cabeza para correr al armario y rescatar alguna ropa al azar. Sus momentos junto a Rafael eran tan escasos y preciosos que no pensaba desperdiciarlos. Sigilosa recorrió los pasillos en penumbras, tomó la salida del jardín y se reunió con Rafael. Inconscientemente deslizó su mano en la de él, que la envolvió con firmeza.

—¿Dónde vamos? —se interesó.

—A la escuelita. Mandé que una de las muchachas la acondicionara para pasar la noche —explicó.

—¿Mandó? ¡Ay, Rafael! Ha hecho mal. Si Arístides lo descubre pensará que ha desafiado su autoridad una vez más.

Rafael tiró de ella hasta tenerla de frente a él, le fastidiaba que otros juzgaran sus acciones y respondía de mal modo a las intromisiones. Distinguió los enormes ojos de Marcela mirándolo sorprendidos.

—Deje a Arístides de mi mano —apuntó con suavidad por tratarse de ella e impidió su réplica retomando la marcha.

Marcela optó por guardar silencio. El sosiego de la noche la hizo ceder en sus pensamientos. El olor de la dama nocturna que crecía pegada al tapial los envolvió arrastrado por la suave brisa nocturna, su perfume venía unido al del heno fresco de los almiarés. Reconfortada con el momento, Marcela emitió un suspiro de deleite.

Al llegar a la escuelita aguardó a que Rafael abriera la puerta para entrar, indecisa bajo la luz de una luminaria situada sobre un pequeño baúl. Presidía la pared principal un jergón relleno de lana de borrego cubierto con una frazada y un almohadón de jerga a rayas.

—¿Son estas sus cosas? —preguntó mientras acariciaba el saco de cuero que colgaba de un tachón. Alguna ropa descansaba sobre un banquillo de ordeño. Marcela reconoció los pantalones de baqueta lisa que Rafael usaba en las tareas de corral a la espera de un buen remiendo tras su último percance con un añejo furibundo. Era obvio que la felicidad de aquel hombre no respondía a la posesión ilimitada de bienes. Poseía cuanto necesitaba para su día a día descartando lo superfluo. Lo escuchó caminar y situarse tras su

espalda. Sintió cómo le apartaba la melena a un lado y apoyaba sus labios en la curvatura de su cuello. Nerviosa, se enderezó y trató de desasirse de su abrazo. Rafael se lo impidió, volvió a besarla en la nuca haciéndole erizar el vello del cuerpo.

—Rafael, ¿por qué me ha traído aquí? —quiso saber, apoyando las manos en los antebrazos velludos que él mantenía cruzados sobre su cintura.

—Quería tenerla para mí solo.

Sus palabras no calmaron sus dudas. Notó que el corazón se le aceleraba ante las sospechas que surgían en su cabeza.

—¿Por qué?

—¿De veras quiere saber?

—Sí.

—*Ta bueno* —gruñó y haciéndola voltear le acercó los labios sin llegar a besarla—. Quiero que pase la noche conmigo. —Marcela hundió la mirada en el cuello de su camisa cavilando acerca de sus palabras—. Pero si no está de acuerdo, si quiere regresar a la casa...

—No —su respuesta fue automática, lanzada sin pensar.

—No quiero que se sienta obligada. —Rafael le empujó el rostro hacia arriba para verle los ojos—. ¿Marcela?

—Yo solo... —Se zafó de su mano para dar un paso atrás—. Perpetua dice que soy solo un juego para usted, que una vez se marche de la hacienda se olvidará de mí.

Él guardó un meditabundo silencio antes de contestar.

—¿Y usted qué cree?

—No sé.

Rafael tomó asiento sobre el jergón y, amarrándola de las caderas con sus manos, la hizo situar entre sus piernas.

—Marcela, escúcheme bien. Podrá escuchar muchas cosas sobre mi persona, algunas serán verdad, otras serán mentira, pero nunca dude de mis sentimientos hacia usted.



Una sonrisa atribulada elevó la comisura de los labios femeninos. Con timidez le acarició los pómulos altos con una reverencia nacida de la admiración. Rafael la instó a tomar asiento sobre sus rodillas, luego le contuvo el rostro entre sus manos para mirarla.

—Nunca me ha dicho nada.

—¿Qué quiere que le diga?

—No sé...

—Quiere que le diga que desde que la vi en la casa del padre Melquíades se me ha clavado entre ceja y ceja. O mejor le cuento que ando como chiquillo detrás de su estela. Sé que no tengo nada que ofrecerle, que está muy por encima de mis posibilidades.

—No diga eso, no es cierto.

Rafael le cubrió el rostro de besos para no rebatirla. Hundió el rostro en su cuello y aspiró una bocanada de su perfume. Marcela estiró una mano para acomodarle el cabello hacia atrás.

—Es usted tan fina, tan elegante.

Marcela rio.

—En cambio usted es recio, sólido como una montaña y tan bello que quita el sueño. ¿Por qué lleva un arete? Benita dice que es por su pasado de pirata.

Rafael prorrumpió en una fuerte carcajada.

—Su significado es mucho menos romántico, créame. ¿Quiere que me lo quite?

—¡No! Me recuerda la primera vez que lo vi. Me asustó su manera de mirarme. Me dieron ganas de esconderme bajo la mesa

—¿Qué más cosas pensó? —inquirió lleno de curiosidad.

—Que estaba ante un salvaje.

—¿Pensó que era guapo? ¿Le gustó mi cara? Vamos, dígame.

—Sí —reconoció avergonzada—. ¿Qué pensó usted de mí? —se interesó Marcela.

—Que el padre Melquíades había invocado algún ángel, solo que al verla

no me dieron ganas de rezar, sino de esto. —Rafael le lamió los labios—. Y de esto —dijo mientras atrapaba con sus dientes el lóbulo de su oreja. Marcela cerró los párpados con fuerza con el convencimiento de haberse convertido en una fulana como tantas veces había oído decir de su madre. Temblaba de deseos inconfesables, se consumía de pasión por aquel hombre. Hundió los dedos en el cabello negro de Rafael.

La habían educado en la creencia que su don máspreciado como mujer era su virginidad. Perderla en brazos de un hombre que no era su marido equivalía a convertirse en una mujer sin honra y sin embargo, en ese momento, en ese lugar, entre los brazos de Rafael, se sentía inmune a tales ataduras.

Rodaban por las cobijas con los cuerpos enredados, buscándose la piel con las manos, y el aliento con las bocas. En ocasiones se detenían sin resuello para mirarse a los ojos y luego de un pestañeo todo volvía a comenzar.

No le importó que Rafael le quitara la camisa y le abriera la enagua, ni que se apartara para verle los pechos desnudos. Tampoco que deshiciera el nudo de su falda y la hiciera deslizar por sus piernas. No le importó si aquello era cosa de putas y casquivanas. Y aunque se ruborizó cuando los ojos azules de Rafael le acariciaron cada rincón del cuerpo no hizo amago de cubrirse como de verdad ansiaba, sino que se mantuvo a su merced con la mirada fija en el rostro atezado de él. Observó con fascinación cómo Rafael frotaba su mejilla áspera contra sus pechos. Sus cuerpos eran dispares, él grande, moreno y recio, ella pequeña, delicada y blanca y sin embargo encajaban el uno en el otro como piezas de un mismo molde. Levantó una mano y la hizo descansar sobre su nuca cuando Rafael resiguió con la punta de la lengua los angostos capilares que irrigaban la carne trémula de sus senos. Y aunque tembló y sus párpados se agitaron no apartó la mirada cuando sus labios se prendieron alrededor de su pezón y tiraron de él provocándole una punzada de placer. Lo envolvió con sus brazos y se ofreció a su boca que húmedamente le recorría el estómago, las costillas y de nuevo los pechos. No apartó la mano cuando Rafael la hizo acariciarle la rigidez de su miembro pero llegados a ese punto su seguridad se tambaleó y no volvió a recuperarse cuando Rafael la despojo

de sus bragas. Marcela mantuvo las piernas pegadas, paralizada por la inseguridad mientras lo veía arrancarse de la camisa y ponerse de lado para quitarse el pantalón. Marcela mantuvo la mirada fija en su pecho sin atreverse a mirar más abajo pese a su curiosidad. Tomó aire pero su confianza se derrumbó cuando con una pierna Rafael le abrió los muslos y la punta roma de su miembro tanteó su entrada. La envolvió el pánico ante la primera punzada de dolor. Siempre había sido cobarde. Luchó por mantener la mente en blanco al sentir sus primeros embates adentrándose en su cuerpo. Le dolía mucho.

—Le estoy haciendo daño —constató Rafael deteniéndose para mirarla. Tenía el ceño contraído y una expresión de esforzada contención en el rostro. Una capa de sudor le impregnaba la piel haciendo destacar la rigidez de sus músculos.

Por un segundo la embargó la esperanza de que él cesara en su intento por poseerla. Se trató de una falsa ilusión. Rafael se acomodó sobre sus brazos aliviando el peso de su cuerpo solo para retomar sus esfuerzos con más de cuidado.

—Rafael, Rafael —suplicó queriendo que él se detuviera cuando quebró su virginidad.

Pero él no escuchaba sino a su deseo. No se percataba de que sus brazos querían alejarlo en vez de abrazarlo. Marcela se mordió los labios hasta provocarse sangre. Lo sintió estremecerse de placer y luego derrumbarse sobre ella. Permanecieron así varios minutos, Rafael sobre ella, con la boca abierta sobre su mejilla mientras expelía aire por la nariz. Luego, cuando al fin se hizo a un lado, Marcela se mantuvo a su lado inmóvil con los ojos cerrados, sin fuerzas ni deseos de enfrentar su mirada.

Después de un tiempo, Rafael se colocó de costado con su muslo cruzado sobre sus piernas cerradas. Le acarició el abdomen con la punta de los dedos.

—Marcela, míreme. —Ella lo hizo a regañadientes obligada por su mano en su barbilla—. ¿Se quedó muy dolorida?

Ella negó contra su hombro en flagrante mentira. La experiencia había sido traumática y en ciertos aspectos, decepcionante. Escuchó cómo Rafael se

levantaba, caminaba sobre el piso. Abrió un ojo al oírle verter agua. La distrajo la visión de sus nalgas altas y pequeñas, por un momento se olvidó de sus pesares. Cuando Rafael regresó al lecho con lo que parecía un paño Marcela volvió a cerrar los ojos. Los volvió abrir sobresaltada cuando sintió cómo aplicaba algo húmedo entre sus piernas.

—Cálmese. Déjeme aliviarla.

Marcela se sometió de mala gana. Le avergonzaba esa clase de intimidad que para él parecía ser natural. Las abluciones duraron varios minutos más gracias a la meticulosidad de Rafael y en contra de sus propios deseos.

—¿Se siente mejor?

Ella asintió con un cabeceo renuente.

—¿Le gustó lo que hicimos? ¿Lo había imaginado diferente?

—Por favor, ¿tenemos que hablar de ello? —respondió sin esconder su incomodo mientras rebuscaba su camisola entre las cobijas revueltas. Al encontrarla Rafael se la arrebató y la arrojó sobre el piso. La hizo tender de nuevo provocando su pánico. La envolvió con su cuerpo y acomodó el rostro contra su cuello restregándole las caderas contra el estómago.

—¿Quiere que le diga yo antes? —La provocó incorporándose sobre un codo—. Me gustó estar dentro de usted, sentirla tan apretada y mojada —dijo mientras su mano formaba una concha sobre su pubis—. Saque las manos, quiero verle los pechos. —Marcela enrojeció de pudor ante semejante orden. Profirió un leve jadeo cuando con sus dedos Rafael le recorrió la hendidura de su entrepierna.

—Rafael, por favor —rogó ante el temor de que él quisiera repetir aquello que tanto le había desagradado. Apretó las piernas en un intento de cerrarse a él—. Por favor —repitió con voz quebrada y el pensamiento bloqueado porque su cuerpo comenzaba a palpar y ansiar de nuevo.

—Si no le gustó lo que hicimos podemos probar con otra cosa. ¿Se acuerda de lo que pasó en el claro?

—No siga hablando.

—Entonces me callo.

Rafael cambió de posición, con el cuerpo fue descendiendo a lo largo del estrecho catre. Marcela alzó una mano hacia su cabeza con el propósito de contenerlo. Entonces sintió cómo la boca de Rafael se posaba «ahí» y su lengua se deslizaba entre sus pliegues más íntimos. Abrió los ojos consternada e incrédula. Quiso saltar del lecho. Las manos de Rafael se lo impidieron aferrándola por las nalgas y manteniendo sus caderas alzadas, al alcance de su boca, que se abrió por completo absorbiendo los jugos de su carne dolorida. Jamás imaginó un placer tan sublime, tan ilícito y desbordante a la vez como cuando los dientes de Rafael rozaron su clítoris. Sintió que no podía respirar, que ya no era ella, que su único fin era consumirse bajo esa boca.

—¡Oh, Rafael! —gimió curvando los dedos sobre su cabello negro antes de sucumbir por completo al placer que, como aquella tarde en el claro, la dejó desmadejada y sin fuerzas sobre las cobijas.

Rafael se alzó entre sus piernas, se inclinó sobre sus brazos y se guió hacia ella que lo recibió blanda y preparada. El movimiento provocó una ligera molestia en Marcela que se aferró a sus hombros hasta que esta disminuyó. Rafael se movió pausadamente hasta hallar la cadencia que ella requería. Desgobernada, Marcela se restregó contra su falo. Rafael continuó con sus embates de manera moderada. «Lleva la pasión en la sangre», se sorprendió él y no porque no creyera posible viniendo de una muchacha de su condición, hostigada para reprimir cualquier vestigio de ardor desde la más tierna infancia, sino porque él mismo se vio arrastrado por ese pensamiento y cuando Marcela sucumbió al orgasmo él cayó en la misma trampa que la vez anterior y con un lamento se derramó en su interior.

Tiempo después, incomodada por la posición, Marcela se revolvió bajo él, que se hizo a un lado. La joven se acurrucó contra su flanco como un cachorrillo en busca de calor.

—Marcela ¿está bien? —inquirió preocupado ante su inmovilidad.

Marcela pestañeó pesadamente y extendió una mano para acariciarle la mandíbula.

—Abráceme, Rafael, tengo frío. —Él se incorporó para extender la manta sobre sus cuerpos. Apenas se había acomodado de nuevo a su lado cuando escuchó la plácida respiración de su sueño. Se inclinó para olerle el aliento. Lo inspiró queriendo retenerlo en sus pulmones. Se comportaba como un imbécil pero no podía evitarlo. Con la espalda pegada a la pared alargó la mano hacia el fanal e hizo descender la intensidad de la mecha. Luego tomó un cigarro de su camisa y dio cuenta de él con pausadas caladas mientras meditaba acerca de su futuro.

## Capítulo 16

—Marcela, despierte, tenemos que regresar.

Su susurro hizo que Marcela abriera los ojos y lo observara desorientada. El sueño la hacía parecer más joven, casi niña.

Marcela volvió a cerrar los ojos. No quería regresar, quería quedarse en aquella vieja escuela para siempre. Rafael la sacudió con gentileza una vez más. Volteó la cabeza y observó cómo la luz grisácea de la alborada se colaba por la ranura de la puerta como una intrusa no deseada. Era la señal de que su noche con Rafael había tocado a su fin. Rafael deambulaba por la estancia recogiendo sus ropas desperdigadas.

—Vístase —dijo entregándole el lío de ropas. La besó en el hombro dándole la espalda para permitirle cierta privacidad. Ella se colocó la ropa a trompicones sin poner excesiva atención en el cómo. Al salir, el aire destemplado del amanecer la hizo estremecer pero cuando Rafael la tomó de la mano olvidó sentir frío.

Al despedirse bajo su balcón, Rafael le acarició la forma de rostro con una mano.

—Descanse —le aconsejó al detectar las sombras violáceas que adornaban sus ojos. Ella hizo un gesto de asentimiento apoyándose contra su pecho.

—No quiero ir.

Rafael le acarició la frente con los labios antes de hacerla enderezar para mirarla.

—Vaya.

Marcela asintió y de mala gana tomó camino a la casa. Recorrió de puntillas los pasillos silenciosos. Llegó al cuarto sin contratiempos. En un impulso corrió hacia el balcón y se asomó con la esperanza de divisar a Rafael. Se quedó largo tiempo esperando hasta comprender que quizás él había tomado otro camino a fin de no encontrarse a ningún sirviente que a esas

horas comenzaban sus tareas. Aun así, se quedó allí esperando la salida del sol. Cerró los ojos y dejó que los primeros rayos bañaran su rostro. Retornó a la penumbra del cuarto y se despojó de sus ropas. Vistió una camisa de noche ligera y caminó descalza hasta el lecho. ¡Lo había hecho! Se había entregado a él. Era la mujer de Rafael. Su destino estaba sellado. No se arrepentía, ni se sentía sucia por ello. Se abrazó el cuerpo queriendo emular la sensación de los brazos de Rafael e inhaló los olores almizclados que le impregnaban la piel. Huelo a él, pensó mientras se tendía bajo las cobijas.

La cabalgada a lomos de Azrael sirvió a Rafael para despojarse del chisporroteo de energía que envolvía sus músculos. Al alcanzar la loma del Muerto se detuvo para observar el paisaje. Hizo que sus pulmones se expandieran con una vivificadora bocanada de aire mañanero. No acostumbraba a tomarse momentos para sí mismo. Trabajaba de sol a sol hasta deslomarse gracias a lo cual había amasado cierta fortuna, no mucho pero sí suficiente para vivir con desahogo, sus gastos eran escasos aunque jamás se privaba de según qué cosas. Pero esa mañana había hecho una excepción. Se notaba extraño, como si le hormigueara el cuerpo. Le había costado identificar aquel estado de ánimo tan novedoso. Bien podría tratarse de júbilo, quizás también euforia. Una sensación muy parecida a la que sintió cuando años atrás divisó el mar por primera vez en Tampico. Arrastrado por la ansiedad, siguió cabalgando. Topó entonces con una quinta en un paraje alejado. Recordó que los lugareños le decían la Quinta de la Gringa. Un letrero roñoso anunciaba su venta con letras pintadas. Por mera curiosidad Rafael hizo detener a Azrael tratando de vislumbrar algo más del lugar entre la verja metálica. Lo agradable del paraje quedó grabado en su memoria.

A su regreso, Guadalupe le salió al encuentro frente a los potreros. El indio lucía preocupado cuando le informó de lo ocurrido en su ausencia.

—¿Onde andabas, hermano? Doña Aurora anduvo por acá preguntando por ti.

—¿Doña Aurora?



—La mismita, hasta se rebajó a mirar en los potreros.

—¿Y qué quería?

—¿Pues qué quieren todas las hembras? ¡Complicarnos la vida! Quería invitarnos a cenar por lo de los bandoleros, yo me zafé, le dije que tenía que hacer pero ella insistió contigo. Cuando le dije que te habías ido puso cara de torta. Ya de lejos se ve que te quiere buscar un problema. Hay otra cosa, quise contarte anoche pero ya vi que agarraste tus cachivaches y te fuiste a la escuelita.

—Quería estar solo.

—¿Solo?

—No me andes fastidiando.

—¡Ay, bueno! No te alborotes y te cuento. Según supe, Don César debe su plata a un prestamista, un tal Carmelo González.

—Eso son buenas noticias.

—Sí, ¿verdad?

—Averíguele a qué santo le reza ese tal Carmelo.

En ese momento los interrumpió el llamamiento de Silverio.

—¡Rafael! Acá preguntan por ti —dijo señalando hacia el camino. Al seguir su mano sus ojos toparon con la inconfundible figura del padre Melquíades a lomos de una acémila con gualdrapa y tapaojos. Venía a tranco lento, como de funeral, enarbolando un palito que agitaba contra los costados de la bestia para obligarla a caminar.

—¿Qué *chingos*... —Reprimió sus palabras con un gesto sin reparar en las prisas de Guadalupe por desaparecer de la escena.

—Yo mejor voy organizando a los muchachos.

Rafael se acercó cuando el padre Melquíades detuvo su cabalgadura. El anciano emitió un suspiro de alivio cuando sus pies tomaron contacto con el piso. Se estiró el ropón y se sacudió el polvo.

—Padre —saludó con expresión hierática al detectar la severidad impresa

en los rasgos del párroco.

—Ya, ya me he enterado que es aquí donde trabajas.

—Mejor platiquemos a la sombra.

Melquíades guardó silencio al seguirle a las estancias. Allá, una de las muchachas del servicio les dejaba cada mañana una canastilla con café de puchero, tortillas, huevos y frijoles que servía a los camperos para provisionarse durante el día de faena.

Tomaron lugar sobre unos tocones de madera bajo la sombra de un *acote*.

—Padre, si ha venido a sermonearme...

—He venido a pedirte que dejes en paz a Marcela Fonseca —acometió sin preámbulos. Sus rasgos adquirieron una dureza que Rafael no había contemplado nunca antes.

—¿Quién le contó?

—¿Qué importa? — Rafael dedujo de inmediato el nombre del culpable pero se guardó la retahíla de insultos dedicados a su persona—. Rafael, Rafael, esa muchacha no es para ti. Déjala en paz y olvídate de ella.

—¿Por qué, padre? ¿Por qué cree que no es para mí? ¿Porque no soy uno de esos ricachones que se pasean llenos de dignidad y honorabilidad?

—¡Porque la vas a hundir en la miseria solo por venganza! —Melquíades tomó aire para menguar su sofoco—. Rafael, entiende... Marcela Fonseca no tiene que ver con los Montemayor, se crio lejos de esta hacienda, con unos padres amorosos que nada tienen que ver con tu venganza. Te ruego que pongas fin a esta locura que se te ha metido en la cabeza.

—Ni siquiera sabe...

—¿Qué debo saber? Anda, di —insistió Melquíades.

—Nada —barbotó Rafael molesto. ¿Qué caso tenía defenderse cuando ya se lo había juzgado de antemano?

—Te lo advierto, Rafael, si haces daño a esa muchacha...

—¿Qué, padre? —inquirió con una ferocidad que podría amedrentar a

cualquier otro hombre menos al padre Melquíades—. ¿Me excomulgará? ¿Me condenará al infierno?

—¡No seas irreverente! —se impacientó el párroco. Conocedor del carácter endiablado de Rafael y temiendo llegar a un punto muerto tomó aire para sosegarse—. M'hijo, recapacita. Te conozco, sé que eres un hombre íntegro.

—Me tiene en alta estima.

—Entonces, yo mismo podré fin a esta desfachatez. Hablaré con Marcela, le contaré que tu interés por ella tiene que ver con tu venganza, le diré la verdad acerca de todo, Rafael.

—Haga lo que quiera.

Horas después, en el establo, Rafael meditaba sobre su discusión con Melquíades. El anciano lo había puesto en un brete con su intolerante decisión de revelarle la verdad a Marcela. Se hacía necesario aclarar las cosas. Solo ahora que el coraje se le había desinflado, lo veía con claridad.

Entró Chintolo interrumpiendo sus pensamientos para interesarse por Veracruzana que, apartada del resto de los caballos, disfrutaba de las comodidades del establo junto a las vacas de ordeño que proveían de leche a la casa.

Rafael aplicó el emplasto de hierbas sobre la rozadura del animal mientras explicaba a su dueño que las heridas curaban a buen ritmo. Agradecido con la explicación, Chintolo salió del establo dejándolo de nuevo a solas con sus pensamientos. Se estaba limpiando el unguento de las manos cuando la puerta se abrió de nuevo.

—¿Rafael?

La tímida llamada le hizo creer que sus pensamientos le estaban jugando una mala pasada pero al voltear la cabeza divisó a Marcela a la entrada del establo. Vestía una de esas livianas blusas que remarcaban la elegancia de sus hombros y el busto. La recordó como la noche anterior, con la melena suelta y

los pechos desnudos ante él y se excitó.

—¿Qué hace acá? —interrogó haciéndose ver.

Marcela miró nerviosa hacia atrás antes de cerrar la puerta tras ella.

—Benita se quedó afuera vigilando —dijo sin saber qué mas añadir. Cuando despertó esa mañana se había sentido despreocupada y feliz con los acontecimientos de la noche anterior pero más tarde, una vez vestida ante el espejo, le atacaron la culpa y las dudas. Quería que Rafael que le aliviara la congoja y las inseguridades.

—¿Ocurrió algo? —preguntó Rafael arrojando a un lado el paño con el que se limpiaba el ungüento. Temía que el padre Melquiades finalmente hubiera cumplido con su amenaza y Marcela estuviera allí para reclamarle.

—No, no —negó Marcela acercándose. Al detenerse frente a él lo miró titubeante—. Solo quería verle.

—Pues me adivinó el pensamiento —señaló él y estirando las manos la tomó del talle y la empujó al interior de uno de los compartimentos vacíos. La besó desesperadamente sin el menor asomo de delicadeza.

—Rafael. —Pero él no atendió a sus reclamos sino que la besó y olfateó el esquivo olor de su cuello—. Supe que pronto se irá de Arroyo Negro. ¿Por qué no me dijo? —Sus palabras detuvieron los besos de Rafael que de pronto la miró.

—No piense en esas cosas ahora.

—No puedo evitarlo.

Una sonrisa compungida hizo aflorar un racimo de arrugas en torno a los ojos azules del campero.

—No quiero que se ande preocupando por eso.

—Pues prométame que estaremos juntos, que no me dejará ni se olvidará de mí.

—Se lo juro por mi vida —proclamó con vehemencia estrechándola entre sus brazos—. Marcela, hay algo que debo decirle... —inició con un talente menos fehaciente.

Se escuchó un crujido de bisagras que los obligó a desliarse el uno del otro con precipitación.

—¿Niña? ¿Se va a tardar mucho? —Se escuchó la voz de Benita que, estirando el cuello, intentaba ubicarla en la penumbra del establo. Marcela emitió un suspiro ahogado aferrada a las espaldas de Rafael.

—Espérate fuera —le espetó Rafael de malas.

Benita se regresó casi de puntillas y cerró de nuevo.

—¿Qué quería decirme?

Rafael frunció el ceño estimando que el momento no era el adecuado.

—Hablaremos en otro momento. Ahora será mejor que salga, no vaya a meterse en un problema.

Marcela aceptó antes de ponerse de puntillas y besarle en la boca. Rafael la envolvió en sus brazos de nuevo y ella reposó la cabeza contra su pecho.

Reconfortada con la conversación Marcela salió del establo para reunirse con Benita.

Al entrar en el comedor esa noche, a María Fernanda le extrañó encontrarse un servicio de más para la cena.

—¿Quién dio orden de usar la cubertería de plata? —preguntó a una de las domésticas ocupada en la disposición de las fuentes del aparador.

—Doña Aurora, señora.

Los ojos de María Fernanda se entrecerraron llenos de suspicacia pues Aurora no solía inmiscuirse en los asuntos de semejante índole.

Entró Arístides vestido con chaqueta corta y corbata de lazo.

—¿He llegado demasiado temprano?

—¿Va a cenar aquí?

—Así me lo pidió Doña Aurora.

—Está bien —indicó María Fernanda señalando una butaca frente a la galería—. Así podemos platicar de nuestros asuntos —dijo extendiendo su abanico de encaje—. ¿Ha podido averiguar algo?

—No mucho. He estado ocupado con el tema de los salteadores. Acá en la hacienda nadie sabe mucho de ese hombre o más bien no quieren decir, pero deme mi tiempo y yo lo averiguo aunque sea a cuerazos.

—Haga lo que tenga que hacer. Venga mañana en la mañana a verme, le estaré esperando después de los oficios de la capilla.

Guardaron silencio cuando Aurora y César se unieron a ellos.

—¿Puedo preguntar el porqué de tanta elegancia? —inquirió María Fernanda cuando Aurora tomó asiento frente a ella, ataviada con una creación en tonos grises con blonda color beis en el ruedo de su falda.

—No es más que un vestido soso.

—Por lo que costó no debería ser así —señaló con agudeza María Fernanda.

—María Fernanda, es una vulgaridad hablar del precio de las cosas. César, querido, ¿puedes servirme una copa de vino? —rogó Aurora ignorando el comentario pues esa noche se sentía vencedora—. Ha sido un día terriblemente caluroso, ¿no creen?

—¿Y bien? ¿Nos vas a explicar qué tan importante es nuestro invitado para mandar sacar la cubertería de plata y la mantelería de lino?

—Pues... ¡Oh, Marcela!, pasa y siéntate —indicó toda simpatía cuando Marcela hizo acto de presencia haciendo que María Fernanda pusiera los ojos en blanco de impaciencia. La llegada de Marcela y su acomodo alargó el misterio unos segundos más.

—Me permite decirle que esta noche roza la perfección de un ángel —lisonjeó Arístides cediéndole su lugar.

—Deje las adulaciones, Arístides. En esta casa sobran —atajó María Fernanda con crudeza, después de todo Arístides era un empleado con un apellido sin relevancia—. Y ahora, Aurora, ¿vas a desvelar tu misterio?

—No hay ningún misterio, César ¿no le dijiste?

—¿El qué, mi cielo?

—Que nuestro invitado de esta noche es el mismo que nos salvó de los

salteadores.

—¿Todo esto por un campero mugro...

—¡Buenas noches! —La voz estentórea de Rafael interrumpió la retahíla de María Fernanda haciendo girar al grupo hacia la puerta. Su imponente estampa arrancó más de un resuello.

Aurora, muy complacida, observó la reacción de María Fernanda, que hizo amago de levantarse para después dejarse caer de nuevo en su silla, atónita. Todos los Montemayor, incluido Arístides, reaccionaron de una u otra manera.

—Permítame que les presente —expresó resuelta Aurora poniéndose en pie para dirigirse a él—. María Fernanda, querida, ¿te ocurre algo?

—¿Qué hace él aquí? —preguntó esta con voz entrecortada.

—Ya te expliqué.

—Quiero que se vaya —farfulló en voz baja—. César...

—Lo siento, no sabía. —Su mirada se clavó en el rostro del recién llegado, entendiendo la aflicción de su hermana. Aquel hombre era la viva estampa de Víctor Ugalde.

El revuelo creado por su tía María Fernanda sirvió a Marcela para ocultar el asombro con que recibió la presencia de Rafael. Sintió cómo su pulso se disparaba de pura emoción. Retiró la mirada ante el temor de que alguien pudiera adivinar sus sentimientos por aquel hombre.

Desde su lugar Rafael barrió a los Montemayor con una mirada capaz de cortar el vidrio.

—Gusto en conocerles —saludó, pero su gesto parecía indicar lo contrario más bien.

—Supongo que es usted el héroe del que todo el mundo habla. Creo que no son necesarias las presentaciones. Conoce a todos excepto a mi hermana, María Fernanda.

La aludida apartó el rostro negándole el saludo.

—Así es —confirmó Rafael. Su voz grave hizo estremecer a María Fernanda.

«Es idéntico a él», pensó esta alterada. Se hizo un silencio, tenso e incómodo.

—¿Desea algo de beber? ¿Un tequila, quizás? He oído decir que es el único licor que beben los camperos —ofreció Aurora dispuesta a cumplir con su papel de anfitriona.

—No, gracias.

—Entonces ¿nos sentamos? Señor Rafael, usted siéntese aquí, junto a mí. Arístides, usted puede hacerlo junto a Marcela.

El pesado silencio se extendió una vez acomodados en torno a la mesa, nadie pareció menos afectado que Rafael. Marcela aventuró una mirada en su dirección haciendo acopio de toda su valentía. Le pareció que lucía más guapo que de costumbre ataviado con una chaqueta color gris de indudable calidad sobre camisa blanca sin gahné tal y como era su costumbre. El cabello largo le caía suelto hasta rozarle los hombros, le hizo recordar la primera vez que lo viera, el temor que su aspecto le inspiró y lo soberbio que lo estimó.

—La cocinera ha preparado algunos platillos típicos, espero sean de su gusto —indicó Aurora.

—Quizá esté más acostumbrado a frijoles y taquizas —bromeó Arístides—. ¿No es lo típico entre los de su clase?

—¿A qué clase se refiere usted?

—A la gente baja, por supuesto.

Marcela frunció el ceño al mirar al capataz por su impertinente intervención. No pudo dejar pasar la ocasión para ponerlo en su lugar.

—Según tengo entendido usted comenzó como jornalero en esta hacienda.

Sus palabras oscurecieron el gesto del capataz. La humillación logró que los carrillos de Arístides se tiñeran de rojo. Estaba cansado de recibir arañazos de aquella gata. Se juró que tarde o temprano ella sería suya y entonces aprendería que las ofensas tienen un precio.

—Disculpe a mi sobrina, no suele hablar mucho pero cuando se anima lo hace sin ningún comedimiento —intervino Aurora.



—Su sobrina habla con propiedad no veo por qué he de disculparla — intervino Rafael.

—Díganos ¿es usted de San Miguel? —Se interesó César Montemayor al cabo.

—Sí. —La escueta respuesta no satisfizo la curiosidad de sus interlocutores.

—¿Su familia era de acá entonces? —Insistió el hacendado dispuesto a hacer ciertas sus sospechas—. Conozco a casi todo el mundo en San Miguel. ¿Puedo preguntarle cómo se llamaba su padre?

—No tuve el gusto de conocerle.

—¿Es por eso que le dicen El Negro? —se interesó Aurora.

—Por eso y porque soy un bastardo, señora.

—¡Oh, Virgen Santa! ¿Es necesario escuchar tanto disparate? —Se escandalizó María Fernanda.

—¿Le ofende mi origen, señora? Créame si le digo que no pude elegir. Mi madre me parió en un racho humilde en los cerros. Solo tuvo tiempo de darme su apellido antes de morir. Su nombre era Delphina, según me contaron trabajó un tiempo en Arroyo Negro como doméstica. ¿Tal vez aún la recuerde?

Desde su lugar, María Fernanda Montemayor dejó caer la cuchara al piso. El ruido metálico de la plata no silenció su exclamación. Marcela también se vio sorprendida por esta información, pero su asombro pasó desapercibido ante el revuelo de su tía.

—¡No puedo soportarlo! —profirió poniéndose en pie y abandonando la mesa rabiosa.

—Pero ¿qué le pasa? —inquirió Aurora, fingiendo estupor.

—Tú y yo hablaremos mas tarde. —Se impacientó César que, arrojando sobre la mesa su servilleta, se puso en pie para seguir a su hermana.

—Yo también me retiro, creo que algo me cayó mal —dijo Arístides uniéndose a al repliegue.

—Bien, parece que solo quedamos nosotros tres —suspiró Aurora tras su

marcha—. ¿Le apetece un poco mas de vino?

Pese a la presencia de Rafael, Marcela no disfrutó de la cena. La tensión derivada y la cháchara de su tía Aurora para atraer la atención del hombre consiguieron hacerle perder el apetito. Acabó removiendo la comida del plato perdida en sus propios pensamientos.

—¿No come usted? —La pregunta de Rafael la sobresaltó, pues hasta el momento él no había dado muestras de interés en ella.

—No tengo apetito.

—Marcela, querida, deberías hacer un esfuerzo, pareces una de esas *calacas*.

Aurora volvió a monopolizar la conversación, tenía interés en saber cómo viven los camperos, dijo. Flirteaba descaradamente con Rafael sin el menor asomo de vergüenza. A Rafael parecía divertirle su verborrea, la escuchaba con un gesto misterioso asentado en sus labios, respondiendo con monosílabos cuando la ocasión lo requería. Marcela se sentía excluida de su interés. Los celos le contrajeron el estómago. Al alzar la mirada comprobó que Rafael escuchaba con la cabeza inclinada mientras Aurora le pestañeaba jugando con sus rizos negros. Marcela sintió cómo la incertidumbre ganaba terreno y clavaba sus garras en su corazón. «¿Acaso la encuentra atractiva?», se preguntó. Sojuzgó la belleza de su tía con ojo crítico. Su voluptuosidad incuestionable hizo tambalear la seguridad de Marcela. Envidió su pecho generoso, cuya hendidura mostraba sin recato bajo el escote de su vestido de noche. Se preguntó si Rafael encontraría más de su agrado aquellos pechos llenos y excesivos. Su paciencia se desbordó. El arrastrar de su silla hizo que Aurora y Rafael la miraran sorprendidos.

—Yo también me retiro, con permiso.

Rafael se puso en pie. Marcela no hizo caso de su ceño fruncido. Arrojó su servilleta arrugada sobre la mesa y salió de la estancia con la espalda recta y los hombros cuadrados.

Al cruzar la puerta pudo escuchar a su tía tachándola de altiva y la voz grave de Rafael respondiendo. Unos pasos más adelante la risa aguda de su tía

Aurora le taladró los oídos. Con los ojos anegados de lágrimas subió a tropezones la escalera.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? —preguntó Perpetua cuando Marcela entró en tromba en la habitación para arrojar sobre la cama.

—¡Nada! —clamó malhumorada ocultando sus lágrimas—. ¡Déjame!

Perpetua tomó asiento a los pies de la cama y aguardó en silencio a que la tormenta amainase.

—¿Lloras por ese hombre? —Preguntó cuando los espasmos que sacudían su cuerpo se fueron calmando—. Mírame —insistió acariciando dulcemente su espalda—. Dime.

—Mi tía lo invitó a cenar esta noche.

—¿María Fernanda?

—No, mi tía Aurora.

—¡Válgame Dios! ¿Y qué pasó?

—¡Nada!

—¿Entonces estás llorando por nada?—inquirió sarcástica la mestiza. Después, como pensándose mejor, dejó escapar un suspiro y tomó el rostro de Marcela entre sus manos—. Si no pregunto reviento: ¿Tú y el señor Rafael adelantasteis vísperas?

—¡Ay, Perpetua! ¿Qué importa eso ahora? —replicó con la cara congestionada.

—A mí me importa, pero no contestes, por tu cara ya sé la respuesta, la otra noche no estabas en tu cuarto, te escapaste para estar con él ¿verdad? No diré que te lo advertí. Esos camperos no son de fiar, le dicen a una lo que quiere escuchar solo para conseguir saltar la verja. Ese Rafael os ha tronado a todas. ¡Ay, no! No vayas a llorar otra vez.

Marcela se entregó a una nueva llantera en tanto Perpetua juraba contra los hombres en general como una víbora escupe veneno. Tras el llanto, Marcela se quedó algo más sosegada. Pensó que debería decirle a Perpetua la verdadera identidad de Rafael, a fin de cuentas era el hijo de su añorada Delphina. Se

enderezó para secarse las lágrimas y tomar las manos de Perpetua.

—¿Y ahora qué pasa? —se preocupó Perpetua.

—Hay algo que deberías saber, durante la cena el señor Rafael confirmó ser el hijo de Delphina.

La sorpresa se dibujó en el rostro arrugado de Perpetua.

—¡San Miguelito Bendito! No voy a decir que no lo sospechara pero... ¿Y tus tíos qué dijeron?

—Mi tía María Fernanda se levantó de la mesa.

—Estará tragando vinagre en su cuarto —señaló ácida.

—Mi tío César y Arístides la siguieron al rato.

—Un bastardo de Víctor Ugalde en la mesa de Arroyo Negro no ha ser plato de su gusto.

Aun en su enojo, Marcela sintió la necesidad de defender al campero.

—No hables así de él, no tiene la culpa de lo que es.

—¡Ay, no! ahora no lo defiendas.

—Lo amo, nana, lo amo con todo mi corazón —admitió por primera vez en voz alta.

—El amor es como la gripa, luego de un tiempo acaba pasando.

—¡Marcela, abra! —La voz de Rafael resonó en toda la estancia en ese momento, sobresaltándolas.

—¡Virgen de Veracruz! ¿Se volvió loco? —graznó Perpetua y poniéndose en pie corrió al balcón llena de urgencia.

—No abras —rogó Marcela abrazada a la almohada.

—¡Abra! —repitió Rafael desde el exterior—. Tenemos que hablar.

—Váyase, Rafael, no tengo ganas de escuchar sus mentiras.

—Marcela.

—¡Que se vaya! —replicó tozuda.

—Mejor le abro no sea que todo el mundo se entere —intervino Perpetua llena de urgencia.

—¡No! —exclamó Marcela cuando la mestiza estaba a punto de retirar la tranca de fierro.

—¡Abra o juro que arranco la puerta y la envío al demonio! —blasfemó él.

Perpetua se apuró a cumplir con su cometido para recibir al campero con una sarta de recriminaciones.

—¡Definitivamente está usted loco! ¿Quién se cree que es para treparse a la verja de mi niña? ¡Solo le falta la serenata! ¡Váyase o ahora mismo... ¿Qué hace? —Rafael hizo a un lado a la mestiza sin ningún miramiento y penetró en la habitación como un general en campo de batalla.

—¡Salga! —ordenó a Perpetua perentoriamente, con la mirada fija en Marcela.

—¡Usted no es nadie pa darme órdenes! ¡No me salgo! ¡Es usted quien se va... ¿Qué hace? ¡Suélteme! ¡Que me suelte le digo!

—¡Rafael! —exclamó Marcela cuando vio a Perpetua arrastrada hacia la salida pese a la violenta oposición de la misma.

Rafael la hizo salir por la fuerza cerrándole con la puerta en las narices.

—Ahora usted y yo vamos a hablar —estalló aproximándose al lecho donde Marcela lo observaba de rodillas y los ojos hinchados—. ¿Por qué se salió de la sala de ese modo?

—Dudaba que se hubiera dado cuenta de mi marcha. Estaba muy entretenido con la plática de mi tía —recreminó dolida.

—Marcela.

—No quiero escucharle.

—¡Pues lo va hacer! ¿Cree que me gusta esa zorra?

—¡Al parecer, a usted le gustan todas! ¡Suélteme! No quiero que me toque. No quiero nada con usted, déjeme y váyase donde no pueda verlo más.

—Va a tener que aguantarse viéndome la cara —siseó despechado. Marcela hizo un nuevo intento por desasirse pero Rafael se lo impidió y, pasándole un brazo bajo las nalgas, la levantó y de un paso la apoyó contra la pared de estuco, donde la arrinconó con su cuerpo—. Y la toco, claro que la toco —

añadió hundiéndole la lengua entre los labios.

Marcela intentó morderle en un infructuoso intento de rechazarle. Detestaba su brutalidad y arrebató. Era un salvaje, un hombre sin educación ni principios. «No volveré a entregarme a él», resolvió decidida. Con mano impaciente Rafael le abrió el escote y liberó sus pechos. Hizo rodar sus nudillos sobre su palidez hasta que los pezones se le encogieron.

—¡Rafael, no! —rogó desquiciada, pues su mente libraba una encarnizada lucha contra los deseos de su cuerpo.

—Anda celosa de su tía cuando yo solo pensaba en usted y en todo lo que hicimos en la escuelita —le iba diciendo en tanto sus labios se prendían de su pezón y lo chupaban—. ¿Se acuerda? ¿Se acuerda lo que le hice con la boca? —La escandalizó inmovilizándole los brazos sobre la cabeza cuando ella hizo amago de apartarle.

—¡Cállese!

—Sáquese los calzones.

—No.

Rafael manoteó sus faldas sin darse por vencido, las alzó en un puñado descubriendo sus piernas.

—Rafael, déjeme.

Pero él no hizo caso, tal parecía que el mismo demonio lo poseía. Del tirón le bajó las bombachas, que acabaron en sus tobillos como un trozo de tela descartado. Le cubrió la entrepierna con sus dedos callosos sin dejar de mirarla.

—Abra.

—¡No!

Con una sonrisa siniestra colocó un muslo entre los de la muchacha hasta que este quedó encajado en su vértice interior. Rafael movió su muslo de modo que la pierna de Marcela colgó sobre la suya.

—¿Me va a decir que no quiere? —pronunció con voz ronca tocándola entre las piernas—. Está toda húmeda.

¿Qué podía responder cuando su cuerpo ardía como caldera y sus entrañas lo deseaban dentro?

De un tirón Rafael se sacó el chaleco. Con las manos libres Marcela le palpó la piel bajo la camisa. Se estremeció al sentir la dureza de sus pectorales. Rafael la apretó contra la pared hasta que sus pechos quedaron apretados contra su torso. El contacto de su piel caliente envió un suave temblor a sus senos que aumentó al sentir el roce caliente de su miembro contra su estomago. El frescor del estuco contra sus nalgas desnudas la hizo estremecer.

—¿Sabe que puede hacerse el amor de pie?

—No.

—¿Y sobre un caballo?

—Rafael —se sorprendió escandalizada.

No, Marcela no sabía de aquellas cosas. Él había sido su único hombre. Su única vez había sido con él. En la escuelita. Apenas hacía unas horas que a Rafael se le antojaban siglos. Apretó la mandíbula al penetrarla. Nunca había sentido aquello por una mujer, no del mismo modo. No era solo sexo. Había tenido suficientes mujeres para saberlo. No, aquello era más complejo. Bajo el deseo subyacía un sentimiento íntimo, un ansia de posesión y de ser poseído, de tener y a la vez pertenecer.

—Niegue ahora cuanto quiera —dijo retirándose hasta que Marcela apenas pudo sentirlo —, o acepte que es aquí donde me quiere —finalizó entrando en ella. Inclino la cabeza y apretó la boca contra la curva del hombro.

La sujetaba como si no pesara más que una niña, era cierto que entre sus brazos se sentía ligera como mariposa. Marcela se aferraba a la nuca de Rafael con la vista perdida en el cuarto iluminado. Fue casualidad que viera el reflejo de sus cuerpos en el espejo. La imagen del furioso acoplamiento que le devolvía el espejo la hizo elevar el rostro del hombre masculino. Había perdido los sencillos zapatos que calzaba. El cuerpo de Rafael la apuntalaba contra la pared mientras sus nalgas morenas se contraían en el esfuerzo. Sus pechos descubiertos se mecían al compás de sus embates. Se observó el

rostro, el cabello alborotado, las mejillas encendidas. Sus labios se abrían en un gesto erótico. No fue vergüenza lo que sintió al verse protagonista de semejante imagen sino una fascinación instantánea y poderosa. Por pura perversidad hundió las manos en las nalgas masculinas acompañándolas en su movimiento y estudió el reflejo que el espejo le devolvió. En ese momento Rafael alzó una mano para apoyarse contra la pared. Los músculos de su espalda subrayaron el poder de su cuerpo. Marcela lo estudió con lasciva fascinación. «¿Esa soy yo?», se preguntó al observarse. Sí, aquella era ella, sin fingimientos, sin falsedades, Marcela mujer, Marcela hembra. Rafael volteó el rostro sobre su cuello y su aliento cálido resonó contra su oreja. El perfil de su rostro se recortó contra la pared. Marcela cerró los ojos y dejó caer la cabeza contra el muro. El orgasmo estalló en su interior. Rafael la silenció cubriéndole la boca con una mano en tanto se derramaba en ella. Cayeron al piso y ahí se quedaron largo tiempo en un lío de miembros desnudos, degustando el salvaje placer que habían vivido.

Marcela reaccionó poco a poco. Se sentó y se cubrió el pecho y las piernas.

—Debo de haberme vuelto loca... —dijo recordando de repente la presencia de Perpetua al otro lado de la puerta. La locura del momento dio paso a una confusa incredulidad—. Perpetua —susurró intentando ponerse en pie sobre las temblorosas piernas.

—No se enoje...

—Suélteme —rechazó ella—. Mis tíos podrían habernos escuchado...

—Marcela, cálmese, nadie nos ha escuchado. —Rafael sabía de buena tinta que aquel ala de la casa solo estaba ocupada por Marcela mientras que el resto de los Montemayor ocupaban el ala norte.

—Eso no lo sabe. ¿Y si mi tío lo descubre, si lo manda matar por mi culpa? —advirtió consumida por la preocupación recogiendo el pelo con torpeza.

—Tengo un trato con la pelona —bromeó él y poniéndose de pie se colocó los pantalones y la camisa. Se acercó a Marcela para abrazarla. Ella le dejó hacer de mala gana.



—Aborrezco vivir de este modo. Con miedo a ser descubiertos a cada instante y la congoja de las represalias de mis tíos.

—Deje de preocuparse. ¿Acaso no confía en mí?

—¿Por qué me pregunta eso? Sabe que sí.

—Esta noche estaba dispuesta a pensar lo peor de mí —le recordó avergonzándola—. No se sonroje, me gusta que tenga su genio. Y para dejarlo claro yo no le coqueteaba a su tía, como dice. Si no le hice el feo de enviarla al diablo fue por consideración.

—¿De veras la hubiera enviado al diablo?

—Con viento fresco. —Marcela rio quedó—. Apenas usted se salió de la sala ya no me quedaron más ganas de verle la cara a esa arpía. Le puse una excusa y me fui.

—Su cena fue un fracaso —meditó—. Me estaba preguntando si le tenía confianza, ¿por qué?

Rafael dejó caer los brazos con el gesto cambiado, de repente pareció menos montaraz que de costumbre. Se pasó la mano por el cabello antes de mirarla en un gesto que Marcela había aprendido a reconocer como de desasosiego.

—Mañana salgo para San José. Su tío ha dado orden de llevar allí el ganado.

—Es algo precipitado, le diré a Perpetua, no necesitaré llevarme muchas cosas...

—Marcela, no me está entendiendo. Debo irme pero usted no vendrá conmigo.

Sus palabras hicieron que Marcela lo mirara aterrada. A Rafael se le encogió el corazón.

—No puede dejarme aquí. Usted dijo... me lo prometió —arremetió desesperada.

—Marcela —suspiró Rafael tomándola entre sus brazos y refrenando sus miedos con un beso—, sé lo que le dije pero debe darme mi tiempo para

organizarlo todo, quiero comprarle una casa, un lugar donde establecernos, no quiero que le falte de nada y...

—No quiero nada, me basta estar con usted. No soporto esta casa si usted no está cerca —negó ella echándole los brazos al cuello.

—Marcela, sea razonable. Será mejor si lo hacemos a mi modo, créame.

—Tengo el horrible presentimiento de que algo malo va a suceder. —Su mirada tenía un deje desquiciado. Aquel pensamiento tenía un fundamento irracional impropio de ella pero la fatalidad había sido una compañera asidua a su vida.

Rafael inclinó la cabeza para mirarla con gesto serio.

—Le prometo sobre la tumba de mi madre que regresaré a por usted, Marcela.

—¿Cuándo? ¿Cuándo volverá?

—Tan pronto como pueda. Unas semanas no más. Marcela, entienda, no puedo retrasarlo más. Su tío está impaciente por vender esas vacas. —Al mirarla advirtió el brillo húmedo de sus ojos que por todos los medios ella intentaba esconder—. No llore, Marcela. Yo le voy a cumplir —dijo apartándole el cabello de las mejillas y besándola los carrillos.

—¿Cuándo pensaba decírmelo? —La duda le hizo entrecerrar los ojos—. Porque ¿pensaba decírmelo?

—¿Está dudando de mí otra vez?

Su mirada la mortificó. Dejó caer los hombros para mirarse las manos.

—No, es solo... Lo voy a extrañar. Usted se ha convertido en la persona más importante de mi vida.

Sus palabras dibujaron una sonrisa en los labios de Rafael que le apoyó ambas manos a cada lado del rostro y le besó la boca.

—No tengo más razón que usted, Marcela ¿Acaso cree que puedo dejarla sin más cuando ya le he entregado mi corazón?

Sus palabras la reconfortaron. Con un suspiro se refugió en su pecho.

—Quédese —murmuró alzando la cabeza para mirarle—. Esta noche, aquí,

junto a mí —trató de persuadirlo, desesperada por arañar unas horas más en su compañía.

Rafael meditó su respuesta evaluando los peligros a los que se exponía.

—¿Está segura?

—Sí —aseveró ella con ansiedad mal contenida—. Perpetua nos avisará si alguien viene.

Rafael la hizo voltear y la empujó levemente hacia la puerta.

—Eche el cerrojo —ordenó con suavidad.

Marcela corrió contenta a cumplir con el encargo. Luego, sin saber qué hacer, se apoyó en la madera y lo observó.

—No vaya a ponerse triste otra vez —advirtió él.

Ella sacudió la cabeza tomando aire para insuflarse coraje. Lo que Rafael le proponía no era del todo descabellado, solo un poco de tiempo, una o dos semanas y dejaría definitivamente aquella hacienda. Le indicó que se acomodara mientras ella se alistaba y sin esperar respuesta corrió a tomar un camión del armario para cambiarse tras el biombo.

Rafael tomó lugar sobre la cama para quitarse las botas. Desfundó su 38 y lo ocultó bajo la almohada, al alcance de su mano. Luego se acomodó sobre el cobertor de satén azul y echó un vistazo a su alrededor. Se preguntó si Marcela se acostumbraría a la sencillez de su futura vida en común, sin las comodidades de las que disfrutaba en Arroyo Negro.

Los sonidos tras el biombo lo distrajeron de nuevo. Escuchó cómo Marcela vertía agua para sus abluciones, después los sonidos típicos de una mujer desnudándose. Cerró los ojos e imaginó sus enaguas deslizándose por sus caderas, estirarse en torno a sus nalgas pálidas para luego caer sin apenas ruido a sus pies.

Marcela reapareció envuelta en una recatada bata que ceñía su cintura. La vio deshacerse la trenza frente al espejo, como hipnotizado siguió el movimiento descendente del cepillo de carey por su pelo rubio. Le agradó la intimidad de ese momento, verla moverse por el cuarto. Ninguna mujer había

suscitado su curiosidad como aquella. Le fascinaba todo de ella, aun en la cotidianeidad de su actividad, Rafael entreveía algo irremediabilmente atrayente.

Marcela lo espió a través del espejo mientras se aplicaba sus lociones. La habitación se llenó del olor cítrico de sus cosméticos, Rafael cerró los ojos inspirando el cautivador aroma.

—Se está tardando mucho —observó en voz baja y con voz grave.

Ella sonrió apenas antes de ponerse en pie. Apagó las lámparas sumiendo el cuarto en una tenue penumbra y se deshizo de su bata. Se quedó parada en mitad del cuarto sintiéndose súbitamente nerviosa.

—Venga acá —indicó Rafael, tan embriagado con su candor que hasta la voz le delató.

—Quiero darle algo. —Extendió su brazo con el puño cerrado que abrió con lentitud mostrándole un guardapelo de plata con relieve. Rafael se incorporó para aceptar el obsequio. Lo abrió para descubrir en su interior un pequeño mechón de pelo rubio.

—Lo llevaré siempre encima —aseguró apretándolo con fuerza en su puño.

—Deje que lo ayude —ofreció Marcela arrodillándose a su espalda cuando Rafael echó mano de su cordón de cuero. Deslizó la argolla de plata en la tira de cuero—. Ya está —dijo acomodándolo sobre su pecho. Rafael atrapó su mano en la suya y la besó tierno.

—Yo también tengo un obsequio para usted —susurró haciéndola acomodar en su regazo. Marcela lo vio hurgar en el bolsillo del pantalón para extraer un reloj con leontina de plata que tantas veces lo había visto lucir prendido de su chaleco—. Quiero que lo tenga. No tiene más valor que el sentimental.

—Lo guardaré hasta su regreso. Siempre que lo mire pensaré en usted y en las horas que faltan para estar de nuevo juntos. Pensaré en este momento, en lo feliz que me siento a su lado.

Rafael la rodeó con sus brazos

—¿Tiene frío? —se preocupó frunciendo el ceño cuando ella se

estremeció.

—No. —En realidad la noche era agradable y el cuerpo de Rafael irradiaba una reconfortante calidez.

Cayeron en un relajante silencio. Marcela le acariciaba el pecho debajo de la camisa entreabierta. Rafael, reclinado sobre el cabecero de la cama, le apoyaba en rostro sobre la coronilla.

—Cuénteme, ¿dónde viviremos?

—¿Dónde quiere? —indagó con el pensamiento puesto en la quinta de La Gringa.

—En cualquier lugar siempre que esté a su lado. Perpetua vivirá con nosotros.

—Si ella quiere...

—Querrá.

—Le compraré una casa bonita. No será como este lugar —hizo una vaga referencia al amplio cuarto—. Sino algo más sencillo.

—No me hace falta mucho ¿habrá un patio? —Fantaseó Marcela.

—Sí, un patio con aljibe de agua fresca y fuente de baldosa —rememoró—. También habrá un huerto y potreros.

—Y flores, muchas flores.

—Muchas flores, pues —concedió él.

Marcela rio como niña. Rafael recordó la primera vez que la escuchara reír, fue en San Miguel, cuando aquel pedigüeño se le acercó a pedirle unas monedas. El sonido de su risa había aumentado su atracción por ella. Volvieron a quedar en un silencio plácido.

—¿Cree que será así cuando estemos casados? —suspiró Marcela.

—¿Me está proponiendo casorio?

—¡Ah!, Rafael, le hablo en serio.

—Está bueno, pues —se recompuso él algo más serio—. ¿La mera verdad?

—La mera —se sonrió ella.

—No quisiera tener que dormirme todas las noches con la preocupación de

que Perpetua entre en el cuarto para clavarme un cuchillo en el corazón.

Marcela rio quedo.

—Perpetua acabará por aceptarlo.

—¿Eso cree?

Marcela se alzó sobre un codo para mirarle.

—Dele tiempo —afirmó convencida mientras lo veía tomar uno de sus mechones y enredarlo alrededor de su índice, advirtió que de repente su gesto adquiriría un sesgo meditabundo.

—Marcela, hay algo que debo contarle.

A ella le asustó su tono formal. No quería escuchar nada que pudiera romper la magia de aquel momento.

—¿Es por lo de su mamá y mi tía María Fernanda? Perpetua me lo contó.

—¿Qué fue lo que le contó?

—Que mi tía se enamoró de un español y que ese español era su papá. ¿De veras nunca supo de él?

—Hasta hace poco, no. Cuando mi madre murió mi abuela nunca quiso contarme de esas cosas.

—¿Fue ella quien lo crio?

—Sí. Marcela... hay algo más. —Expresó ansiando revelarle el verdadero papel de los Montemayor en los fatídicos episodios de su vida.

—No —negó ella, convencida de saber cuanto necesitaba por el momento —, esta noche no, Rafael. Estoy cansada de preocupaciones.

Él consintió aliviado. Nunca le había ocurrido que una conversación le acobardase. Era hombre de enfrentar los problemas de frente pero en ese momento aceptó de buen grado la tregua otorgada. Ya habría tiempo de confidencias a su regreso. La abrazó con fuerza contra su cuerpo y Marcela suspiró feliz. Hicieron promesas veladas de amarse hasta la misma muerte y se prodigaron besos llenos de amor. Hicieron el amor despacio, como queriendo alargar los minutos de aquella última noche.

## Capítulo 17

En el otro extremo de la hacienda, María Fernanda deambulaba por el cuarto con el retrato de Víctor Ugalde colgado de su mano. Sus pensamientos desvariaban en su cabeza, casi confusos por profusos. Al pensar en Rafael El Negro sentía que la sangre le ardía de odio. Su existencia era como un puñal que se retorció en sus entrañas. El fruto de los amoríos entre su adorado Víctor y esa cualquiera de Delphina revivía su humillación, la postergaba a la posición de perdedora una vez más. Su deseo era desterrarlo de la faz de la tierra, que un rayo divino lo fulminara y que el viento arrastrara sus cenizas por todos los rincones del mundo. Lo odiaba por lo que representaba, lo odiaba con la misma intensidad con la que había odiado también a su madre. Por ser la viva imagen de él, también. A su modo de entender era lícito verlo reducido a la nada. Se preguntó si César la apoyaría en esto. Posiblemente no. La cabeza de César esos días estaba puesta en sus ambiciones políticas. Alzó la mano para observar el rostro altivo de Víctor Ugalde. Repasó el contorno de su rostro con un dedo, admirada de las emociones que aún le provocaba en el pecho. ¿Por qué? Su pregunta fue apenas un susurro.

—¿Por qué la elegiste a ella? —clamó arrojando el retrato al suelo y pisoteándolo. Sus ojos, por lo general carentes de luz, se convirtieron en fulgurantes llamaradas. El arrebató le sonrojó las mejillas. Desmañada, se arrojó sobre una de las sillas del cuarto y dio rienda al odio acumulado en su interior en una serie de alaridos e hipidos, como los de una bestia herida. Al cabo, cuando la serenidad reinó de nuevo en la habitación, se levantó, se recolocó el cabello y con paso mesurado recogió el retrato del suelo para acunarlo sobre el pecho.

Cleofás Guerra, de apodo «El Mula» por lo burro, llevaba tantos años en Arroyo Negro, que ni siquiera recordaba cómo era el mundo fuera de sus

límites. Trabajaba de sol a sol como bracero por unos míseros centavos. La miseria de su existencia había hecho de él una cucaracha, un ser traicionero y avariento. Por eso, cuando esa mañana bien temprano cruzó por el jardín de la Casa Mayor para ahorrarse el rodeo de cruzar hasta los pastizales, y ante sus propios ojos vio cómo Rafael El Negro compartía un apasionado abrazo con la sobrina del patrón en el balcón de su habitación, no pudo creer en su propia suerte.

Durante todo el día estuvo dándole vueltas a la cuestión, buscando la manera de obtener beneficio de aquella información. Luego de haber llegado a una decisión, sonrió para sus adentros, muy contento con las nuevas perspectivas que se presentaban ante él. Sin pensárselo dos veces se encaminó a la casa del Arístides. Allá lo recibió una doméstica de nombre Etelvina que Cleofás conocía apenas de vista.

—Venía hablar con el Arístides.

—¿A estas horas? Está almorzando, mira que si no es importante se va enojar.

—Lo que le traigo no puede esperar.

La mujer sopesó sus palabras con sus gruesas cejas fruncidas. Repasó sus ropas andrajosas con altanería.

—*Ta bueno*, espérate acá, no quiero que me enlodes el piso con tu mugre.

Cleofás asintió. La espera lo puso nervioso, sintió que se le retorcían las tripas cuando escuchó las botas de capataz al otro lado de la puerta. Comenzó a dudar acerca de su decisión. Arístides era un ser rastrero y mezquino. Quizás aún estuviera a tiempo de regresar sobre sus pasos. La puerta se abrió del tirón en ese momento, congelándolo en el sitio.

—¿Qué quieres? —inquirió Arístides de malas limpiándose el bigote con una servilleta de hilo.

—Don Arístides —tartamudeó arrancándose el sombrero para mostrar su cabellera grasienta—. Permita que me presente no más.

—Ya sé quién eres. ¿Me crees estúpido? ¿Qué es lo que quieres?

—Le traigo una información.



—¿Información? ¿Y qué puede saber un pelado como tú que me pueda interesar? Vamos, di.

—Lo que le traigo es mejor que nadie lo escuche.

Arístides emitió un suspiro resignado haciéndose a un lado para permitirle el paso.

—Más te vale que sea importante —amenazó dirigiéndose a la mesa situada en mitad de la estancia. Cleofás se quedó de pie junto a la puerta retorciendo su sombrero mientras lo veía engullir su almuerzo—. ¿Qué no vas hablar?

—Antes quería pedirle algo —pronunció con la boca seca y la garganta apretada—. Como le dije, lo que le traigo vale su peso en oro.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Oro? —profirió Arístides devorando una tortilla de un mordisco porque, si bien frente a los Montemayor él se comportaba con la corrección de un caballero, en la intimidad mantenía sus costumbres y gustos, como sorber la sopa o mojar en la salsa con los dedos.

Cleofás hundió la mirada en el suelo.

—Tan solo tantita plata, no mucha —se apresuró a puntualizar elevando de nuevo la mirada—. La suficiente como pa saldar mi deuda en la Raya. Y tantito más para dejar la hacienda.

—¿Qué no te gusta trabajar acá?

—Pues sí, capataz, pero uno quiere ver mundo también.

Arístides prorrumpió en una carcajada haciendo a un lado su plato y sirviéndose un tequila.

—Veamos qué tanto vale lo que me traes. ¡Vamos, habla!

—La plata...

—Cuando hables.

Cleofás se dio ánimos con una profunda inspiración. Se adelantó para apoyar las manos en el respaldo de una de las sillas.

—Esta mañana vi algo.

—¿Qué es lo que viste?

—A ese campero al que dicen Rafael, con la niña Marcela bien abrazadito.

—¿Qué dices? —se atragantó Arístides escupiendo tequila—. ¡Di!

Cleofás se achicó. Mejor jugar sus cartas y rezarle al santo. Con voz vacilante relató cuanto había visto ante la mirada feroz de Arístides, que no parecía dar crédito a sus palabras. En un arranque se puso de pie y lo tomó por la pechera de su camisa andrajosa.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo? —le preguntó zarandeándolo como un muñeco sin voluntad.

—Tan seguro como que ahora mismito lo estoy viendo a usted, capataz.

Arístides lo liberó de un empujón. Arístides Rosales jamás menospreciaba una información por inverosímil que esta fuera. Si lo que aquel mal parido afirmaba era cierto... Se sintió inundado por la rabia y la traición. Se suponía que Marcela Fonseca era una muchacha de virtud, que algún día sería su esposa...

—¿Mi plata? —abordó Cleofás espantado por la mirada desquiciada del capataz.

—¡Lárgate de aquí! Y si me entero que andas contando cosas por ahí, yo mismo te arranco la lengua.

—Pero...

—¡Fuera o tendrás tu plata con forma de bala!

A María Fernanda le extrañó que Arístides pidiera verla poco antes de su siesta. Pensó que tal vez le traía alguna información relevante acerca del bastardo de Víctor Ugalde, así que apuró a Lichita para que lo hiciera entrar mientras sorbía té de tila. El capataz entró en la estancia con gesto grave, María Fernanda lo observó de soslayo al tomar asiento.

—Buenas, mi doña —masculló con circunspección.

María Fernanda miró al hombre sobre el borde de su taza. Lo animó a hablar arqueando una ceja. Sin pensarlo dos veces, Arístides narró detalladamente lo que Cleofás le había referido. Si había tomado tal decisión

era por propio interés, primero porque quería tomar venganza y segundo porque una vez las aguas se aquietaran, él daría un paso adelante y se ofrecería a desposar a Marcela Fonseca para salvaguardar su honra y el buen nombre de los Montemayor.

—¡No puede ser cierto! —exclamó María Fernanda cuando finalizó el relato. Arístides atisbó en sus ojos un brillo enloquecido, como el de una víbora acorralada cuando se puso de pie—. ¿Qué pruebas tiene?

—Un peón de la hacienda los vio.

—¿Es de confianza?

—Dudo que haya inventado algo así.

—Asegúrate de que no abre la boca. En cuanto a mi sobrina deja que yo averigüe.

—No la culpe solo a ella. Ese bastardo que Doña Aurora sentó a su mesa seguro se dio sus artes para convencer a su sobrina. Conozco a los de su calaña, son escoria y al poco que una muchacha inocente les preste atención acaban convenciéndolas de cualquier cosa.

—¿Está intentando exculpar a mi sobrina? No se moleste. —María Fernanda sacudió la cabeza—. En este mismo momento la saco de la casa de las greñas.

—Entiendo su enojo pero no es necesario formar alboroto.

—No me cruzaré de brazos viendo cómo esa fulana arrastra el apellido de nuestra familia por el fango como hizo la estúpida de mi hermana.

—Yo solo digo que debe calmarse y pensar las cosas. Debemos ser prudentes, no llamar la atención.

—¿Y qué es lo que propone? —inquirió malhumorada.

—Eso depende de usted.

—No me tenga esperando. ¡Vamos, hable!

Arístides se puso en pie. Dio en pasear frente a la ventana con las manos tomadas a la espalda.

—Una palabra suya y yo le desaparezo el problema —soslayó a modo de

tanteo.

—¿Está proponiéndome deshacerse de ese mugroso?

—Muerto el perro se acabó la rabia. A la salida de San José existe un cerro...

—No, no me diga nada, no quiero saberlo. Haga lo que tenga que hacer — indicó sin que le temblara la voz.

—Con respecto a su sobrina. Si usted y Don César accedieran, yo estaría encantado de resarcir su honor haciéndola mi esposa.

María Fernanda apretó las manos, no queriendo negarle esa posibilidad a fin de no desairarle. En su fuero interno la decisión estaba tomada. Marcela ingresaría en un convento de monja y que allá se pudriera.

—Ya veremos. Ahora vaya, y manténgame informada.

Perpetua sorprendió a Marcela al piano. La despedida de Rafael le había causado una honda melancolía, la música la ayudaba a aliviarla en aquella tarde mustia de calor extremo.

—¡Estás aquí! Te andaba buscando.

—¿Qué pasa? —preguntó al verla tan alterada.

—Tu tía quiere verte en la Asistencia.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—No sé, Lichita me dijo que ladra como perro.

La puerta de la Asistencia se hallaba entreabierta. Las escasas ocasiones que Marcela había visitado la estancia habían dejado tras de sí amargos recuerdos. Su tía no se hallaba tras su escritorio como era costumbre, sino junto a la ventana, con sus pálidas manos aferradas a las cortinas como si necesitara asirse a algo. El silencio reinante logró inquietarla.

Al entrar ella, su tía volteó para mirarla. La ira cristalizada en sus ojos la llenó de temor. La vio adelantarse con grandes pasos pero no supo adelantarse a los acontecimientos. Con fuerza inusitada, esta la cacheteó en el rostro.

—¡Fulana engreída! ¡Qué bajo has caído! ¿Creías que no me enteraría de tus sucios enredos? ¡Llevas la misma sangre de zorra que tu madre! Vamos niégalo, niega que te has convertido en una puta en brazos de ese bastardo. — Perpetua corrió a interponerse entre ambas. María Fernanda dirigió su furia contra ella, hizo amago de golpearla a ella también, pero Marcela se recompuso a tiempo para detenerle el golpe.

—He soportado mucho de ustedes, pero no toleraré ni un insulto ni un golpe más.

—¡Vaya! ¡Ahora te haces la digna! En mi tierra a las que andan de ofrecidas se les dice putas. En cuanto a ti, vieja alcahueta, te me vas de la casa en este mismo momento.

—Recogeremos nuestras cosas. No volverá a vernos —consintió Marcela aliviada con que la verdad al fin hubiera sido revelada.

—No, no te va a ser tan fácil. A partir de ahora se hace lo que yo diga. ¡Fortunato!

Al grito de María Fernanda la puerta se abrió dando paso a un bracero. Uno de los matones de confianza de Arístides.

—Acompaña a mi sobrina a la bodega y allí la encierras.

—¡No! —exclamó Marcela ante aquella nueva amenaza. Fortunato se adelantó para interponerse entre ella y Perpetua.

—Llévatela —ordenó María Fernanda, hastiada—. Me aseguraré que ustedes dos no vuelven a verse en lo que queda de vida y óyeme bien, Perpetua, si te das alguna maña para acercarte a mi sobrina haré que ella cargue con las consecuencias.

Perpetua se adelantó para fulminar a María Fernanda con una mirada. A continuación tuvo lugar una escena horrible entre ambas.

—Siempre supe que su alma estaba podrida.

María Fernanda alzó su mano contra ella pero Perpetua le detuvo el golpe haciendo que Marcela se sintiera orgullosa de su aplomo.

—Recoge tus mugres y lárgate —despotricó su tía.

—Desde el día de hoy la maldigo.

—¿Crees que me dan miedo tus supercherías? ¡Largo! —gritó chascando los dedos hacia la puerta.

Perpetua le mantuvo la mirada llena de orgullo, después le dio la espalda para encaminarse hacia la puerta.

Marcela se desasíó de Fortunato y corrió a abrazarla con el rostro arrasado por las lágrimas.

—¡Nana!

—No llores, mi niña, no le des el gusto. Veras que todo se soluciona.

Fortunato volvió a intervenir para sacarla a rastras de la sala.

Marcela lloró con amargura durante buena parte del día en su encierro. A la tarde, el dolor de cabeza y los retorcijones de tripa la obligaron a tomar asiento sobre un banquillo de madera. Doblegada, apoyó la coronilla contra la pared. El latido de sus sienes amenazaba con hacerle estallar la cabeza.

A través de sus párpados cerrados invocó la imagen de Rafael hasta que los temblores del cuerpo se aquietaron. Más recompuesta se secó las lágrimas del rostro con el dorso de la mano. Sus tíos no podrían mantenerla encerrada por mucho tiempo. Confiaba en que Rafael acabara pronto con aquella pesadilla.

Dormitaba cuando el cerrojo metálico de la puerta la despertó. Saltó sobre sus pies para hacer frente a la nueva amenaza. Su tío César paseó la mirada por las paredes grises antes de fijar sus ojos en ella.

—Tu tía me ha contado. ¿Tienes algo que decir? —le refirió con voz grave.

Marcela carraspeó para aclararse la garganta.

—No. —Habló con la barbilla alzada sin dejar que el desprecio que se adivinaba en los ojos de su tío la amilanara.

César Montemayor alzó las cejas, sacudió la cabeza con genuina burla.

—Tenía grandes planes para ti, pero tuviste que estropearlo todo...

—Déjeme ir, se lo ruego. No volverá a verme ni a saber de mí.

—¿Qué clase de tutor sería si permitiera algo semejante? —apuntó irónico. Luego se volvió como si la conversación le resultara tediosa—. ¡Lichita! —

Llamó al recordar a la doméstica que aguardaba al otro lado del pasillo. La doméstica apareció por el vano de la puerta con una bandeja de pan y agua que depositó sobre el banquillo—. No te tardes —ordenó al salir.

Marcela dirigió a la muchacha una mirada desesperada. Esta señaló la puerta y vocalizó el nombre de Fortunato. Marcela hizo gesto de entender.

—¿Puedes ayudarme? —interrogó en voz baja.

Lichita se encogió de hombros mientras le servía.

—¿Benita?

—La doña la botó junto con Perpetua —informó con voz queda.

—Intenta averiguar sobre su paradero. Necesito que busquen al padre Melquíades.

La muchacha asintió y salió de nuevo.

Perpetua había reunido sus escasas posesiones en un atado de tela que Benita le ayudó a arrastrar hacia los tecorrales que indicaban los límites de Arroyo Negro. Allí aguardaron a la sombra el paso de algún carretón de camino a San Miguel. Benita tomó asiento sobre el bulto que formaban sus pertenencias con las faldas extendidas y comenzó a lloriquear como perro apaleado.

—¡Ya deja la llorera y el berrinche!

—¿Y cómo quiere que le haga? No tenemos a dónde ir, ¿qué va a ser de nosotras?

—¿Y crees que las lágrimas solucionarán algo?

—Pos yo no soy tan corajuda como usted y si quiero llorar, lloro, aunque me tome tirria —apostilló.

Perpetua tomó aire, se dijo que debía tener paciencia con aquella mula de dos patas.

—A ver, piensa, tú conoces gente en San Miguel, ¿hay alguna fonda barata donde podamos pasar la noche?

—Pos no sé.

—¡No seas taruga! Piensa.

—Si me va insultar...

—No, no, solo quiero que pienses.

Benita apoyó la barbilla en una mano y puso cara de estreñimiento. Pasaron varios minutos antes de sus ojos se iluminaran.

—¡Ya sé! La fonda de La Argentina.

—No la conozco.

—La que está juntito al pilón, más allá de la barbería del Roque. Chucho trabaja allá.

—¿Y dices que es barata?

—Guadalupe me dijo.

Al oír la mención de la mano derecha de Rafael El Negro, Perpetua arrugó la boca. Culpaba al campero de los males de su niña. La había seducido para luego dejarla en manos de los Montemayor. Si lo tuviera delante le cantaría unas cuantas verdades, pero el muy ruin había dejando oportunamente la hacienda esa misma mañana camino a San José, y Perpetua tenía el convencimiento que ya nunca volverían a saber de él.

—¿Está preocupada por la niña Marcela? —interrogó Benita al verle el gesto.

—Quién sabe lo que haya pensado la Alacrana para ella.

—¡Mire! Alguien viene. —Perpetua la vio saltar sobre sus sandalias y hacer gestos con brazos y manos—. Córrale Perpetua —la animó cuando la carreta se detuvo al fin.

La Fonda de La Argentina ocupaba el final de la calle de Los Pinos. A su fachada principal se abría un portón de doble hoja, de los de llamador metálico. Como estaba abierto no se detuvieron a llamar. Entraron sus cosas al recibidor que antecedió al patio donde apareció una muchacha ajetreada con la limpieza de los cuartos.

—Llamaré a la dueña —dijo antes de perderse en las estancias privadas.



—Al menos no hay mugre —suspiró Perpetua observando a su alrededor.

Benita chascó la lengua en tanto rebuscaba en su refajo.

—Acá tengo unos cuantos pesos. ¿Cree que será suficiente?

—¿Cómo quieres que sepa?

La muchacha regresó al cabo acompañada de la dueña. Benita reconoció de inmediato a la misma mujer que había visitado al señor Rafael la noche del danzón. No pareció agradarle la ralea de sus nuevas inquilinas pero urgida por la necesidad de plata, se dirigió al mostrador y abrió el libro de entradas donde apuntó sus nombres con lapicero de carboncillo.

—Diez centavos el cuarto y tres más por el petate —apuntó. Tenía los ojos hinchados de llorar desde que Chucho le dijera que los camperos habían abandonado Arroyo Negro. Rafael no se había dignado a despedirse de ella. Con gesto hastiado observó cómo la mestiza colocaba cuidadosamente la cantidad requerida sobre el mostrador. Aprovechando la ocasión miró de reojo a la otra, la más joven, era la misma muchacha que el indio Guadalupe cortejara la noche del baile, quizás ella pudiera decirle algo respecto al destino de los camperos. No se atrevió a abrir la boca en presencia de la mestiza que la acompañaba, que al instante le despertó antipatía. Arrojó el dinero en su saquillo y pasó a recitar las normas de la casa, luego las despachó con la muchacha y regresó a su habitación.

Las alojaron en un cuarto oscuro, justo bajo las escaleras que ascendían al segundo piso. Una estancia sin vistas, con una única puerta al frente. Como no estaban acostumbradas a grandes comodidades, el aire humilde y sencillo de la estancia les pareció bien.

Luego de quedarse a solas Perpetua abrió su faltriquera sobre la cama y contó las monedas de su interior. Benita se le acercó para ofrecerle una media raída donde guardaba sus cuartos.

—Cuenta también lo mío. Ya sabe lo burra que soy para las cuentas, solo me acuerdo de contar hasta diez.

En total sumaban cuarenta y tres pesos con ochenta y siete centavos.

—Más nos vale encontrar chamba pronto.

Pero ¿quién iba a querer contratar a una vieja mestiza y una criada bruta?

—¿Qué haces?

—Lupe y otras muchachas me dieron algo de comida a escondidas. ¿No tiene hambre? —Sobre la cama depositó una servilleta doblada con una buena ración de tamales dulces—. Voy a pedirle a la muchacha una jarra con agua y un limón.

Benita tardó en regresar su buen tiempo, lo que impacientó a Perpetua que nada más verla se lanzó sobre ella.

—¿Por qué te tardaste en regresar?

—¡Ay, ya está de regañona! Me entretuvo la patrona.

—¿Quién? ¡Ah, esa tan orgullosa! ¡No me gusta! Se da aires de marquesa.

—A mí también me cae gorda.

—¿Y qué quería saber?

Benita se encogió de hombros abriendo el limón con una navajilla y vertiendo su zumo en el agua. Era tan *mensa* que ni mentir sabía, menos con los ojotes de Perpetua mirándola todo el rato. La mestiza tenía un don para adivinar cuándo le ocultaba algo.

—¡Vamos, escupe! —ordenó.

—Si le cuento se enfada.

—Y si no me cuentas también.

—Bueno, siéntese, yo le cuento.

Renente, Perpetua tomó asiento en la única silla de la estancia. Benita acercó un banquillo sobre el que colocó la comida y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Apenas habían dado unos bocados cuando Perpetua insistió con saber.

—Échale ¿qué fue lo que te preguntó?

Benita se tomó su tiempo sacudiéndose las migas del regazo.

—Por el señor Rafael.

Perpetua clavó la mirada en el rostro redondo de Benita.

—¿Y eso por qué? —preguntó llena de resquemores.

—Pues... pos

—Pues, pos —repitió la mestiza malhumorada—. ¡Habla ya!

—La Morocha andaba queriéndole poner el lazo al señor Rafael. ¿Sabía que anduvo de querida de él?

—¿Y tú lo sabías?

—Pos yo y todo el mundo.

—¿Y no dijiste nada?

—¿Cómo pa qué?

—Como pa qué, como pa qué. Se dice có-mo-pa-ra-qué —vocalizó.

—Como sea. Ya sabe que soy medio taruga.

—Y medio *zonza*. Cada vez lo veo más claro, tu bendito Rafael andaba poniendo una vela a Dios y otra al demonio.

—¿Cómo? ¿Qué demonio? —inquirió la muchacha mirando sobre el hombro.

—A ninguno, ya deja de poner cara de susto.

—Le digo que el señor Rafael estaba bien coladito por la niña Marcela.

—¡Ya deja de defenderle! Mejor te callas la boca.

—¡Pues me callo! —Benita hizo el gesto de cerrarse los labios con una llave—. Pero luego no me pida que hable.

Perpetua emitió un quejido de desesperación, masticó con furia fulminando a la muchacha con la mirada.

Tras la comida, pusieron en orden sus cosas y salieron al patio para sentarse ante la fuente. Allí mataron el tiempo aburridas, mirando a las estrellas.

—Se me crujen los huesos de no hacer nada. Mañana, bien tempranito, me salgo a buscar trabajito. Ni pienso hacer caso de Doña Alacrana.

—¿Qué te dijo o qué?

—¡Ay, pues con tanto grito casi ni entendí! Me dijo que nadie me daría trabajo por promís... promís, bueno, no me acuerdo de la palabra —las cejas negras de la muchacha se cernieron sobre su nariz chata—, pero sonaba bien feo.

—Ella no hará nada.

—¿Y cómo sabe?

—Esa vieja víbora preferiría estar muerta que andar en boca de nadie.

—Ojala y sea como dice.

En esas escucharon unos pasos apresurados en el pórtico, al segundo apareció Chucho todo desastrado y sudoroso.

—¿¡Estaban acá!?! —exclamó sorprendido de verlas.

—¿Y por qué nos estabas buscando?

—Esta mañana me fui para la hacienda. El señor Rafael dijo que debía cuidar de la niña Marcela y a eso me fui.

—¿Ya vio? —apostilló Benita. Perpetua le hizo un gesto para que guardara silencio.

—¿Viste a mi niña? —quiso saber Perpetua poniéndose de pie.

—Pues a la señorita Marcela no la vi, pero Lichita me dijo que Doña María Fernanda mandó encerrarla en uno de los cuartos de la casa después que la sacaron de la bodega y que Don Pascual la hizo confesar con crucifijo, rosario y penitencia de pan y agua.

—¿Qué más te dijo Lichita? —se impacientó Benita.

—Diz que no pudo hablar mucho con la señorita Marcela, que hasta guardián le han puesto.

—Fortunato —adivinó Perpetua.

—¡Puag! —escupió Benita.

—No le hagas así. No queda bonito en una muchacha —la reprendió la mestiza.

—La señorita Marcela pidió a Lichita que las buscara para que hablaran con el padre Melquíades pero como ella no pudo salir de la casa me

encomendó a mí el mandado —finalizó el niño de corrida.

—¡El padre Melquíades! ¿Cómo no se me ocurrió antes? —se sorprendió Perpetua golpeándose la frente con la mano.

—¿El padrecito nos va ayudar? —se esperanzó Benita.

—Échale que sí.

## Capítulo 18

Los sucesos narrados por Perpetua y Benita llenaron de estupor al padre Melquíades cuando al día siguiente las dos mujeres prorrumpieron en la sacristía apenas finalizaron los primeros oficios. Fue Perpetua quien le refirió lo acontecido en tanto Benita asentía cada una de sus palabras con vehemencia.

—Todo es culpa de ese Rafael, él se robó la inocencia de mi niña, la confundió con sus mentiras. ¿Y qué hizo después? Desapareció así sin más dejándola con el problemón.

—Debí hablar con la señorita Fonseca cuando tuve ocasión, ahora es demasiado tarde. El daño está hecho.

—Pues sí y bien hecho. ¡Mi pobre niña ha de estar pasando un infierno por culpa de ese desalmado!

—Calmémonos —rogó el párroco—. Debemos encontrar a Rafael. ¿No que iban a vender el ganado a San José?

—Pues ni sé.

—Trataré de averiguar.

—Me va a perdonar, padre, yo ya sé que crió a Rafael como a hijo pero el muchacho le salió perverso.

—¿Perverso? ¿Y eso qué es? —intervino Benita.

—Malo.

—¡Ah, no! de eso no me van a convencer.

—No se haga caso de esta tonta, padre —recomendó Perpetua—. Marcela nos pidió que buscáramos su ayuda. Ya sabe que mi muchacha siempre le ha tenido gran confianza.

—Sí, sí, lo sé.

—Diga que va ayudarnos.

—Deje que piense —acotó el clérigo apoyando la frente sobre sus manos cruzadas, abrumado con la situación. Así se quedó varios minutos con los ojos cerrados, en tanto Benita y Perpetua lo observaban expectantes—. Doña Maria Fernanda no permitirá que vea a su sobrina en Arroyo Negro, nunca ha sentido mucha estima por mi persona. ¿Y dicen que quiere encerrar a la señorita Fonseca en un convento? ¿Qué convento?

—En el de las Rositas —apuntó Benita sorprendiendo a ambos.

—¿Y tú cómo sabes?

—Una vez se lo escuché mentar a Don Pascual y Doña Maria Fernanda y ya sé que está mal escuchar las conversaciones de los señores, pero no tengo la culpa de oír.

—¿Estás segura?

—Sí, sí. Me llevará un tiempo pero lograré encontrarla.

—¿Entos, padre? ¿Podemos dejarlo de su mano? —Benita, a quien siempre la podía la impaciencia, codeó a Perpetua—. ¡Ay! ¿Y ahora qué quieres? —se molestó la mujer fulminando a la muchacha con la mirada.

—¿No va a decirle?

—No, si no te callas.

—¿Decirme qué?

Perpetua hizo un gesto de incomodo y por primera vez el padre Melquíades detectó en ella reticencia a hablar.

—Verá, padre, andamos algo urgidas. Tal vez usted conozca a alguien que necesite de nuestros servicios. Yo sé coser y bordar y también de afeites y ella sabe de cualquier trabajo doméstico.

—Pues así a voz de pronto... déjenme que lo piense. Yo veré cómo puedo hacerle.

—¡Gracias, padrecito! —profirió Benita arrojándose sobre él para besarle la mano.

—Basta, basta, muchacha.

—¡Ya déjalo, bruta! —refunfuñó Perpetua—. Discúlpela, padre.

—Sí, padre, discúlpeme, soy medio taruga, pero a honrada no me gana *naide*.

—Y dale. Se dice «nadie».

—Pos como se diga, solo quiero que el padrecito sepa que soy trabajadora y que si Doña Alacrana me botó fue por rencor.

—No aburras al padre Melquíades con tus tonterías. Ya nos vamos. Gracias padre y no más sepa algo, mande a buscarnos en la Fonda de la Argentina, es allá donde nos alojamos.

Las dos mujeres partieron en ese momento dejando a Melquíades intranquilo ante la gravedad de lo sucedido.

La mañana del tercer día de encierro, Marcela recibió la orden de empacar sus pertenencias y reunirse con su tía María Fernanda y Don Pascual en la Asistencia. Ella embolsó alguna de sus ropas más sencillas. Hizo colgar el reloj que Rafael le hubiera entregado entre sus pechos y lo ocultó bajo su camisa. Su calor metálico le confirió cierta entereza que le sirvió para presentarse ante su tía envuelta en orgullo. No estaba dispuesta a dejarse quebrar de nuevo, aquellos días le habían servido para ganar coraje. En esta ocasión ella no mostraría ningún rasgo de debilidad, se juró.

—Te has tardado mucho —le recriminó su tía que poniéndose en pie se fue colocando los guantes de encaje llena de impaciencia—. Don Pascual ha tenido a bien acompañarnos ya que tu tío no puede. Dale las gracias por sus desvelos.

Marcela alzó la barbilla enfrentando la mirada displicente del párroco.

—¿Ya ve?, hasta orgullosa se ha vuelto —suspiró su tía.

—Nada que la oración y el recogimiento no puedan solucionar.

—¿Dónde se supone que vamos?

—Donde debí encerrarte cuando tu madre murió.

—¿Al convento?

—Allí te vas a quedar hasta que tengas canas. De eso me encargo yo. Ahora



date prisa. No quiero perder el tren.

Prudencio, el ayudante de Nicéforo, la ayudó cargar su valija hasta el carruaje. Pese a su intención de mantener la entereza, los ojos de Marcela se llenaron de lágrimas cuando divisó al pequeño grupo de sirvientes congregados junto al atrio. La marcha de la niña Marcela había corrido como reguero de pólvora por toda la hacienda pese al empeño de María Fernanda de llevar el asunto con el mayor secretismo. Cuando el carruaje se puso en marcha Marcela volteó para ver por última vez el que había sido su hogar durante los últimos años. No sintió nada salvo un vacío insustancial.

Tomaron dirección a la estación del Nacional y allá alcanzaron el tren a la capital. A Marcela el trayecto se le hizo largo y tedioso, ni siquiera el paisaje que pasaba frente a sus ojos consiguió entretenerla. Al atravesar la zona de la Cañada el tren adquirió una velocidad renqueante. La estación de estilo inglés de Querétaro rezumaba actividad comercial, hasta allí llegaban maderas finas de Jalpan, lino de San Juan y artículos textiles de la industrial El Hércules. Aturdida por la actividad reinante a su alrededor Marcela siguió a Don Pascual y su tía al exterior. La mirada amonestante de su tía María Fernanda espantaba a cualquier mozo dispuesto a ganarse unos pesos cargando con su equipaje. Permanecieron al tibio sol hasta que Don Pascual, haciendo valer la autoridad de su sotana negra, hizo detener un carruaje de alquiler en el cual siguieron el curso del río para dirigirse al centro de la ciudad tras la estela de un tranvía de Mulita. Envarada en su asiento, Marcela reseguía imperturbable el movimiento de fachadas a través de la ventanilla mientras se internaban en el laberinto de calles de la capital. Evitaba de este modo la mirada de las dos urracas negras sentadas frente a sí. Después de lo que pareció una eternidad, se detuvieron en la populosa calle Biombo y Marcela reconoció de inmediato la portada del templo de Santa Rosa de Viterbo con sus característicos arbotantes. En otro tiempo sus estancias habían albergado un beaterio franciscano y disciplinadas escolapias. En la actualidad el fomento de la vida ordenada y virtuosa había dado paso a los lamentos y sollozos de los enfermos que allí recibían atención.

Descendió Don Pascual el primero para hacer sonar el llamador de campanilla. Marcela y su tía lo observaban desde el carruaje a fin de preservar su identidad a los ojos curiosos. Casi al instante apareció una monja envuelta en su sayal para abrir la cancela. Se inclinó para recibir la bendición del párroco antes de hablar en voz baja. Terminadas las explicaciones de Don Pascual, la religiosa asintió conforme. Llamó a una de las mozas para que se hiciera cargo de la valija. Satisfecho el precio del viaje, ambas mujeres descendieron al fin del carricoche. Todos juntos penetraron en un plácido patio con fuente ochavada en torno a la cual se abría un claustro a dos niveles con elegantes arquerías en su planta baja. ¡De modo que aquello era lo que sus tíos le tenían destinado! Un encierro forzoso e ineludible.

Los hicieron pasar a un despacho de paredes encaladas donde los recibió una religiosa de nombre Sor Refugio. Su rostro, enmarcado en un cendal blanco, destacaba en su rechoncha redondez. No había en él rastro alguno de arrugas pese a tratarse de una mujer de edad. Sus ojos redondos color café asomaban mansos bajo unas cejas foscas, que apenas le dirigieron una mirada antes de dejar los papeles en los que trabajaba para saludar a Don Pascual y a su distinguida compañía.

—Su mensaje llegó, apenas hemos tenido tiempo para proveer un cuarto...

—Mi sobrina no necesita de grandes lujos, hermana —acotó María Fernanda—. Solo de disciplina y corrección. Espero que nuestro generoso donativo le ayude a proporcionárselo con rigor.

El gesto conciliador de la religiosa no se inmutó ante la agria intervención.

—Bien —suspiró esta y, apoyando las palmas sobre el escritorio, se puso de pie—. Quizás quieran quedarse a solas para despedirse.

—No será necesario —respondieron al unísono las aludidas.

La religiosa observó a ambas con discreción presintiendo su falta de afecto. Hizo una señal hacia la más joven y se encaminó hacia la puerta. Desprovista de cualquier emoción, Marcela siguió los pasos de la religiosa hacia el piso superior, donde las pupilas tenían sus estancias. El recinto monjil acogía bajo su techo de dinteles ondulados pupilas de distinta índole;

muchachas de «la alta» lo bastante poco agraciadas para no conseguir marido o aquellas que habían visto su virtud comprometida. En ambos casos su destino era quedarse para vestir santos. Había también muchachas sin otra opción que obtenían de las religiosas educación y formación y por último aquellas otras desahuciadas por la mala vida, arrepentidas de sus pecados, mujeres que lo habían perdido todo y que por no tener no tenían ni donde caerse muertas.

Al llegar a la penúltima puerta, Sor Refugio se detuvo y señaló su habitación. Marcela se adelantó para observar. Dos jergones se alineaban al frente, presididos por un crucifijo de madera. Completaban el mobiliario una mesilla, una jofaina con agua y dos arcas a los pies de cada jergón. La religiosa se adelantó para abrir las contrapuestas de la ventana que ofrecía una amplia panorámica de la ciudad.

—Siéntese, parece agotada —indicó al constatar el gesto pesaroso de la muchacha.

Marcela se había preparado mentalmente para la hostilidad y el menosprecio, la amabilidad de la religiosa en cambio quebró sus defensas y sin remedio rompió a llorar desconsolada.

Jamás olvidaría Marcela la gentiliza de Son Refugio, ni la dulzura con la que la acogió contra su pecho y la consoló.

—Llore, hija mía, llore todo lo que tenga que llorar.

Cuando el caudal de lágrimas se secó, Sor Refugio se puso en pie para servirle un vaso de agua, le tendió un pañuelo y sonrió.

—Recuerde que no está sola. Jesucristo misericordioso la acompaña a cada paso. Y ahora, si está mejor, le enseñó el resto. Casi es la hora del rosario.

Marcela aceptó pese a que su deseo era quedarse en el cuarto y no ver a nadie en lo que restaba de día. Descendieron al piso inferior y recorrieron sus estancias. El lugar le pareció a Marcela lúgubre y triste como su propio ánimo.

—Las aportaciones de su familia y la influencia de Don Pascual han jugado

en su beneficio. Verá que llevemos una vida sencilla —le iba explicando Sor Refugio—, pero le advierto que nuestras reglas deben ser observadas con minuciosidad por todas nuestras pupilas. No toleramos la mentira ni la bajeza. Nos debemos a Jesús y a su palabra.

—Disculpe, madre, no estoy aquí por vocación sino por la voluntad de mis tíos —intervino Marcela con la convicción de que su estancia en aquel lugar sería circunstancial.

Sor Refugio sonrió ante su acerbo.

—No sé por qué está aquí, y no la juzgaré por lo que haya hecho. Comprobará que son muchas las que se encuentran en su misma situación. No será obligada a profesar como postulante si usted no lo desea pero sí a someterse a nuestra disciplina, pero verá cómo se acostumbra pronto a ella.

La amabilidad de la religiosa la hizo avergonzar, no estaba acostumbrada a la deferencia y reaccionaba con suspicacia ante ella.

Atravesaron el jardín para entrar en un destartalado edificio de paredes desconchadas que Sor Refugio señaló como el dispensario.

—Espero que la enfermedad no le provoque reparo. Aquí atendemos los casos más extremos. No todo el mundo soporta la visión de la sangre.

Entraron en una galería corrida con una larga fila de jergones dispuestos de lado a lado. Varias religiosas con delantal blanco asistían allí a los enfermos con más laboriosidad que medios en tanto finalizaban las obras del hospital benéfico de la señorita Luisa Díaz en la calle San Antonio. Desde la exclaustración de las órdenes religiosas, la atención sanitaria de los menos favorecidos había recaído principalmente en juntas sanitarias intervenidas por el gobierno. Los antiguos dispensarios vivían bajo dirección de la autoridad civil pero su subsistencia dependía en su mayor parte de la ayuda pecuniaria de benefactores anónimos.

—Y este es nuestro ángel de la guarda, el doctor Acuña—. Le fue presentado un caballero de honorable presencia, bien entrado en edad. El señor Acuña se interesó por su incorporación pero la conversación quedó interrumpida al requerir una enfermera su opinión acerca de uno de los

enfermos.

—Discúlpelo, el doctor está a cargo de todo acá, no sé qué sería de este lugar sin él —suspiró la superiora viéndole marchar. Recuperó el aplomo con una exhalación—. Ahora le mostraré nuestro más reciente proyecto: la escuelita. Y por supuesto a la señorita Arteaga, quien por cierto es también su compañera de cuarto. —Volvieron atravesar el patio hasta alcanzar uno de los edificios anexos. Entraron en una estancia más bien pequeña, con dos bancadas de madera de lado a lado donde los niños debían amontonarse para llevar a cabo sus tareas. La señorita Cecilia Arteaga ocupaba la esquina de una de esas bancadas enfrascada en la preparación de las lecciones del día siguiente. Marcela quedó deslumbrada por su sonrisa amplia y sus ojos almendrados color verde. Vestía un traje marrón de género barato similar al de los niños expósitos y zapatos con horma de San Cayetano. Por algún motivo la sencillez de su vestimenta reforzaba su belleza de un modo deslumbrante. Según supo más tarde, Cecilia Arteaga era huérfana de padre, un empleado gubernamental dedicado al cobro de impuestos y su madre regentaba un estanquillo de tabaco en el barrio de La Cruz que le ayudaba a costear la educación de su hija.

Intercambiaron un saludo cortés y se despidieron. Sor Refugio la invitó a regresar al cuarto para deshacer su valija. Marcela aceptó precipitadamente sin molestarse de disimular su alivio.

La cena fue servida a las siete. Marcela, aun tras días de ayuno forzoso, picoteó el pan dulce horneado en las mismas cocinas del recinto. Se conformó con la leche tibia endulzada con tamarindo.

Le incomodó tener que compartir su cuarto con alguien extraño pese a que Cecilia Arteaga parecía agradable. La muchacha respetó su silencio y, tras interesarse por su comodidad, no volvió a dirigirle la palabra. Más tarde, Marcela la escuchó dormir como una bendita mientras ella daba vueltas bajo las cobijas. Al cerrar los ojos se le presentaba la imagen de Rafael y los sentimientos la desbordaban. La corroía una desazón que no le daba descanso. No dudaría ni flaquearía, se juró, se mantendría firme en su convicción de que

Rafael regresaría a por ella. Se aferró con fuerza a esa idea, imaginar lo contrario la abocaba a la peor de las desgracias.

Discurrió una semana y luego otra más. A Marcela le parecía vivir en compás de espera aguardando alguna noticia del exterior. El paso de las horas se le hacía monótono, su existencia vacía. Se pasaba el tiempo en el cuarto ignorando la actividad de cuanto la rodeaba abstraída en su propia melancolía, aferrada al reloj de Rafael como si este fuera un talismán. Deambulaba por las estancias, alicaída, como alma en pena. En ocasiones caía en el pesimismo de la inacción. Se sentía agotada, triste y abandonada. La falta de certeza la enfrentaba a la incertidumbre. Solo la esperanza le servía para continuar adelante. Rafael regresaría a por ella. Solo esa idea le permitía enfrentar su existencia y no caer en el agujero de la desesperación.

Una mañana de lunes fue requerida por Sor Refugio en su despacho, al interesarse ella por el motivo se le informó de que una visita pedía verla. La esperanza dotó de brío sus pasos y a la carrera se lanzó escaleras abajo.

Frenética, buscó la presencia de aquel que tanto añoraba; en cambio reconoció la voz del padre Melquíades proveniente del refectorio. Dirigió hacia allí sus pasos y descubrió al párroco en compañía de Sor Refugio.

—¡Padre! —exclamó corriendo a su encuentro sonriendo por primera vez.

El padre Melquíades sonrió a su vez haciendo que las arrugas de su rostro se plegaran dotando de complacencia su expresión.

—¡Mi querida señorita Fonseca!

—Mejor les dejo que platiquen —intervino Sor Refugio retirándose en silencio, pues entre las buenas virtudes de la religiosa la discreción era una de ellas.

Marcela apenas prestó atención a su marcha, la ansiedad la podía. Sin ningún comedimiento se aferró al brazo del anciano y lo arrastró hacia un banco de madera.

—Me complace comprobar que está bien cuidada.

—¿Ha visto a Perpetua? ¿Ha podido hablar con ella? —Le instó ella sin prestar atención a sus palabras.

—Sí, sí, y también con Benita.

—¿Cómo están?

—Bien, pero eso pueden contárselo ellas mismas. Ahí las tiene, en el patio, muertas de ganas de verla.

—¿De veras? —se entusiasmó Marcela.

—Pero antes quiero platicarle de algo o mejor de alguien.

—Se refiere a Rafael ¿verdad? Entonces ¿lo ha visto? ¿Ha podido hablar con él?

—No, no —respondió decepcionándola con su respuesta—. No he podido dar con él ni con sus hombres. Hice preguntar en San José pero nadie ha sabido decirme.

—Pero... tienen que estar en algún lugar, no se han podido desaparecer así sin más.

—Rafael es como coyote. Cuando no quiere ser encontrado se da sus mañas. Usted ya sabe que yo crío a Rafael como un hijo. ¿Quiere que le cuente de esos años? —indicó ante la necesidad de ofrecerle una visión ampliada acerca de la naturaleza de su pupilo antes de revelarle la verdad. Aguardó a que Marcela asintiera para continuar—. Déjeme recordar, yo regresaba de una de las rancherías de la sierra, por aquel entonces solía visitar a los indios de esas zonas una o dos veces a la semana. Recuerdo que era por la tarde pero aún hacía calor, ya sabe cómo es el clima de la región. Me detuve a beber a un lado del camino, bajo alguna sombra supongo. En ese momento me sentí observado. Sentí miedo de que algún salteador me viniera siguiendo, me puse en pie y en mis prisas por huir me tropecé, acabé en el suelo. No lo escuché acercarse pero cuando alcé la mirada allí estaba. Un niño desgredado cubierto de mugre y harapos. Solo pude distinguir sus ojos. Debo decirle que me impresionaron aquellos ojos —hizo un alto meditativo—. Eran como fuego azul. Pese a mi sorpresa traté de detenerle pero él se desapareció tan rápido que pensé que todo había sido obra de mi imaginación. Esa tarde cuando

regresé a San Miguel no pude olvidarme de ese niño. Me quemaba la inquietud. Regresé al día siguiente, anduve indagando con los indios pero ninguno me dio razón. Rondé los cerros con la esperanza de encontrarlo y hasta deje un saquillo de comida colgado de las ramas de una sabina. Al día siguiente cuando regresé ¿qué cree? La comida había desaparecido. Volví a dejarle algo de comida, un cobertor y ropa. Así nos la pasamos semanas. Él solo se acercaba cuando me había ido. Un día, después de semanas, escuché pasos tras de mí. Cuando me volví ahí estaba, mirándome de esa manera suya. Le tenté con un dulce de tamarindo. Me lo arrebató de las manos en un abrir y cerrar de ojos, luego volvió a desaparecer. Me llevó mi tiempo conseguir que se acercara a mí por voluntad propia. Tuve que convencerle que no deseaba hacerle ningún daño. Yo intentaba hablarle, preguntarle, pero él no respondía a mis preguntas sino con monosílabos. Fue así como trabé amistad con él. Un día le propuse vivir bajo mi techo porque andar todos los días visitando los cerros se me hacía muy difícil. Él me miró en silencio, luego asintió así no más. Le pregunte si ya no me tenía miedo y me respondió que no, «los abuelitos me han dicho que puedo fiarme de usted», me dijo. —Melquíades se interrumpió para tragar saliva, afectado por los recuerdos—. Me lo llevé a la casa, lo higienicé y alimenté. Quería hacerle sentir a salvo porque intuía que aquel *chamaco* había pasado por grandes calamidades.

—¿Él le contó?

—No fue tan fácil hacerle hablar. Tardó meses en confiar en mí de pleno. Era suspicaz, ya sabe que no es fácil ganarse su amistad. Pero sí, me contó que era huérfano, que su madre había muerto al darle a luz. Cuando su abuela, Fidela, murió, Rafael se quedó solo en el mundo. Apenas tenía diez años. Y ahora viene la peor parte, querida niña. Fidela no murió de muerte natural. — Los ojos de Marcela se abrieron de asombro ante tal revelación—. A ella la mataron y Rafael fue testigo de ello ¿se imagina? —Marcela se llevó una mano a la boca para ocultar su horror.

—¿Cómo murió?

—Le dispararon un balazo en la cabeza, después su asesino quemó su



cuerpo y el rancho donde vivía.

Marcela se santiguó para alejar el mal presagio que le erizó la piel.

—¿Y Rafael?

—Huyó, se escondió en los cerros. A esas edades tan tiernas los recuerdos se marcan a fuego y permanecen latentes el resto de la vida.

—¿Quién, padre? ¿Quién pudo hacer algo tan horrible?

—¿De veras quiere saberlo?

El asomo de la sospecha neutralizó el gesto de Marcela.

—Sí, por supuesto —se escuchó decir.

—Sospechosamente su tío se hizo con sus tierras de manera poco limpia. Esas tierras han pertenecido a los indios por tradición. Es un lugar santo para ellos, tienen la creencia de que sus antepasados las habitan. Sus pertrecharías giran en torno al Cerro del Agua. Es allí donde hacen sus ofrendas de muertos. Pero para la gente como su tío, los indios son menos que nada, un estorbo que hay que eliminar.

—¿Insinúa que mi tío tuvo algo que ver en su muerte?

—No lo insinúo, lo afirmo, he sido testigo de muchas injusticias parecidas, en estos lugares son habituales. Tal vez Arístides apretó el gatillo pero él solo fue el ejecutor de su tío.

La acusación conmocionó a Marcela. No sentía ningún afecto por su tío, con el que no compartía ni pensamientos ni ideales, pero saberlo capaz de tamaño crimen desbordó su mente.

—¿Por qué no hicieron o dijeron nada? ¿No acudieron a las autoridades?

—Las autoridades están compinchadas con el dinero y su tío es un hombre poderoso. Ante todo debía proteger a Rafael y solo podía hacerlo guardando silencio. Confiaba que con el tiempo y mi cariño él pudiera olvidar su rencor pero eso nunca sucedió. Rafael guardó en lo más recóndito de su corazón una única obsesión, vengarse de los Montemayor. Me temo que usted es solo una víctima de su juego.

—¡No! No diga eso ¡No vuelva a decirlo! Por la amistad y el respeto que le

tengo se lo ruego.

—Escúcheme, querida niña, no debe contar con que Rafael vuelva en su busca.

—¿Él se lo dijo?

—No...

—Entonces no escucharé ni una palabra más. Rafael cumplirá la promesa que me hizo —advirtió mientras las lágrimas resbalaban por su rostro.

—Por favor, cálmese —se preocupó Melquíades temiendo haber alterado su fragilidad. Alzó la voz para llamar a Perpetua. La mestiza no se hizo esperar. Ingresó en la estancia con paso vivo buscando con avidez a su niña. Ambas se abrazaron desesperadas prorrumpiendo en un llanto de felicidad.

—Ya, mi niña, ya estoy aquí —escuchó decir a Perpetua mientras le apartaba el pelo del rostro y le secaba las lágrimas de los carrillos como cuando era niña—. Tus tíos no quisieron decirme dónde te habían llevado, tuve que andar averiguando con el padrecito. Él nos está ayudando a Benita y a mí.

Algo más sosegada, Marcela inspiró quedamente. Recordó la presencia del padre Melquíades y volvió el rostro para mirarle.

—Gracias.

—No me lo agradezca. Y con respecto a Rafael...

—Por favor, no quiero saber más.

—¿Ya le contó? —intentó esclarecer Perpetua. El religioso asintió preocupado—. ¿No has escuchado? —le recriminó a la joven.

—Rafael regresará, cumplirá su palabra.

—¿Y cómo? Anda desaparecido, nadie sabe de él. ¿Sabes lo que dicen en San Miguel? ¡Benita! —Llamó a voces. La doméstica asomó con timidez por el quicio de la puerta—. Anda, pasa y cuéntale todo lo que se dice.

—Niña —saludó quedamente

Marcela se lanzó a abrazarla con afecto.

—¿Cómo has estado, Benita?

—Pues bien, niña. El padrecito es buen patrón. Ahora limpio la iglesia y la sacristía y también ayudo en las tareas de la casa.

—Déjate de charlas —intervino Perpetua—. Y cuéntale.

Algo parecido a la congoja brilló en los ojos color café de la doméstica.

—¡Ay, niña!, ojalá y no tuviera que decirle, pero según me contaron el señor Rafael y la Morocha escaparon juntos.

Marcela la miró de hito a hito.

—¡No lo creo!

—Pos yo tampoco, niña.

—Entonces, según tú, ¿dónde está esa mujer? ¿Acaso no se desapareció el mismo día que dijeron verla a la grupa de un hombre de madrugada? —exhortó Perpetua.

—Pos eso sí.

—¿No corre el rumor de que se la vio junto a tu querido señor Rafael allá por Tlaxcalilla? —prosiguió la mestiza antes de dirigirse a Marcela—. ¡Reacciona, Marcela! esos dos andan juntos. Él solo quiso arruinarte y mientras tú le lloras al santo él ya ni se acuerda de tu nombre.

—¡No! —exclamó Marcela aferrada a una esperanza que poco a poco se disipaba. Su mirada extraviada se dirigió al padre Melquíades, que afectuoso la tomó de la mano.

—Yo mismo quisiera creer que no es así.

Marcela escuchó retumbar su corazón con los ojos desenfocados por las lágrimas. Se vio arrastrada por una espiral de ansiedad que la engulló empujándola hacia el pozo de la desesperación. Estaba perdiendo el control. Reconoció los síntomas. Eran los mismos que había sentido al conocer el fallecimiento de su padre. Histeria, había diagnosticado el doctor. De pronto le faltaba el aliento pese a su respiración agitada. Marcela retrocedió luchando por mantener una cordura que poco a poco se le escapó entre los dedos.

## Capítulo 19

No recordaría nada de los días posteriores, inducida por tintura de opio que el doctor Acuña le administró para aliviar su ansiedad. El cordial la mantuvo en un estado ausente. Cuando despertó de lo que parecía un largo letargo, estaba instalada en el camastro de su cuarto, con Cecilia Arteaga sentada a sus pies muy concentrada en la lectura. Al moverse ella, la joven levantó la vista y sonrió presta.

—¿Cómo se encuentra? —interrogó con dulzura.

—Cansada —respondió, luchando por mantener los párpados abiertos.

—Es normal. Tome un poco de agua. —Le sirvió de una jarrilla y se aseguró de que no derramaba nada—. Iré a avisar al doctor.

—¿Cuánto?

—Dos días —respondió Cecilia entendiendo el significado de su pregunta—. Todos nos asustamos muchos por usted... Ya mismo regreso, no me tardo. No le importa quedarse a solas ¿verdad?

Marcela sacudió la cabeza antes de verla salir a la carrera. Sentía su mente embotada y la extraña sensación de que algo sombrío la acechaba en los confines de su pensamiento. Entonces recordó y el dolor revivió. Sintió que el pánico se le enredaba en las entrañas como un reptil. «Rafael», quiso gritar volteando la cabeza sobre la almohada. «¿Por qué me ha hecho esto? ¿Por qué?», se repetía sin encontrar respuesta. El desconuelo la envolvió y amenazó con arrastrarla de nuevo al delirio. Deseó morir. De su boca escapó un lamento que el dolor transformó en alaridos que alcanzaron el cielo. Apenas escuchó los pasos apresurados provenientes del pasillo ni la voz perentoria de Sor Refugio instando a Cecilia a llamar al Doctor Acuña. El murmullo de voces llenó el cuarto, pero ella no pudo entender lo que decían. Alguien la sujetó contra las cobijas.

—Calma, mi niña, tienes que calmarte —la instó la voz amorosa de

Perpetua—. Ahora haz caso del doctor y tómate tu medicina.

—¿Perpetua? ¿Eres tú?

—Sí, aquí estoy y no me mueven ni las trompetas del juicio final.

Más sosegada, Marcela se tendió de nuevo y dejó que el doctor le administrara el tónico.

Los días se convirtieron en una sucesión de horas vacías. Perpetua tomó un cuarto en alquiler en la capital, a solo dos cuadras de distancia, y se ofreció a remendar las ropas de los expósitos para ganarse el sustento con las monjas y cuidar a su niña, y ni Sor Refugio se atrevió a contravenirla. Sus idas y venidas al convento se hicieron comunes para todos. Marcela sobrevivía gracias a sus visitas. De otro modo, su ánimo permanecía hundido en la desesperación. Languidecía consumida por el desconsuelo, atormentada por las preguntas que se sucedían una y otra vez en su cabeza. No dormía, no comía y apenas bebía. Perpetua, afligida por su estado, se desvivía por animarla. Marcela reconocía sus esfuerzos, los agradecía, pero se sentía inmune a ellos, como si el golpe que Rafael le había asestado hubiera anulado su capacidad de sentir interés por nada. Le aterraba pensar que no sería feliz jamás. El estupor la mantenía desubicada. En ocasiones su dolor trasmutaba en un rencor que la asustaba por lo intenso. Las pruebas habían acabado por convencerla de la bajeza de Rafael.

Con el paso de los días, el ritmo sosegado del convento la ayudó a recobrar cierta serenidad. Se acostumbró a los horarios precisos, al silencio de los jardines y a los pasos anónimos en los pasillos. Sin embargo, la oración y el recogimiento no contribuyeron a aplacarla, no había paz en su espíritu. Se convenció de odiar a Rafael El Negro con todo su ser. Profesó con fervor aquella fe con un ardor que rayaba en el fanatismo.

En aquel extraño momento de su vida surgió entre Cecilia Arteaga y ella una buena y sincera amistad. Si Cecilia supo de los motivos de su «enfermedad», jamás hizo mención a ella. Trataba de animarla, lo mismo que Perpetua. De manera constante requería su ayuda en la escuelita a fin de

mantenerla atareada. Era una oyente paciente que jamás emitía juicios sin base. Con el paso de los días le fue fácil confesarle todo lo vivido, volcar sobre ella todo el dolor y la amargura de su desengaño. Desahogar sus penas fue un bálsamo para la traición infligida por Rafael. Cecilia la animaba a no doblegarse ante la adversidad, a enfrentar el futuro con la cabeza bien alta. Recuperó, gracias a ella, el ánimo suficiente para sobrevivir y le proporcionó una sensación de seguridad que más adelante reconocería como falsa pero que en ese momento le sirvió para encarar el presente.

Perpetua permaneció vigilante a sus progresos. Le preocupaba la falta de apetito de la joven y la melancolía que la mantenía ausente. Odiaba verla postrada y odiaba más aún al causante de ese estado. Marcela era una sombra de lo que había sido. Su inquina por Rafael El Negro aumentó una mañana cuando Cecilia le refirió cierto asunto de apariencia inocente: Sor Auxiliadora, una de las religiosas de más edad, se había levantado esa mañana con fiebres. Para calmar su preocupación sobre el pequeño gallinero que abastecía a las religiosas de huevos frescos, y del que Sor Auxiliadora era responsable, Marcela se había ofrecido para hacerse cargo de la alimentación de los animales y de la recogida de los huevos pese al temor que aquellas aves espantadizas le provocaban. Con la mejor de las intenciones se había dirigido a los corrales, pero nada más traspasar la portilla de varas enlazadas del huerto la había asaltado el hedor del lugar a aves estabuladas y casi a ciegas tuvo que salir manoteando en tanto las aves espantadas cacareaban y volaban a su alrededor.

Había alcanzado a vomitar en una esquina del corral, lugar en el cual la había encontrado Cecilia. Los hechos en sí no serían importantes, pero a Perpetua le dio en qué pensar. Durante los siguientes días observó a Marcela con ojo crítico. Quizás su falta de apetito no era solo atribuible al desánimo y los sofocos que la asaltaban no eran fruto de la ansiedad sino que tenían un origen más mundano, concluyó.

Las celebraciones del centenario de la Independencia llenaron la capital de un gran número de visitantes. Los carruajes de autoridades civiles, desfiles de militares y bandas de música invadieron la ciudad, engalanada para la ocasión con motivos patrios. Las fachadas de edificios gubernamentales y comercios mercantiles lucían listones, banderas de balcón a balcón y pendones con las efigies de los héroes de la patria.

La mayor actividad se concentraba en torno a plaza de La Corregidora, cuya inauguración a cargo del gobernador Francisco González de Cosío había atraído a un buen número de curiosos. Con posterioridad, el rumboso banquete dado en el hotel Hidalgo congregó a la flor innata del estado. César Montemayor fue uno de los invitados porque el apellido Montemayor contaba con el rédito necesario para ello. Leandro Calzada, un eminente banquero con inclinaciones porfiristas debidamente reconocidas, se había unido al mismo grupo de caballeros que el hacendado esa tarde para compartir tragos y conversación en la terraza. La formalidad dio paso a la franqueza y ya a solas le emplazó a una comida en el Casino Español para tratar un tema de índole «personal». La propuesta mantuvo intrigado al hacendado el resto del día.

Al día siguiente, César Montemayor se dirigió a su encuentro en la calle llamada del Hospital General, donde mató el tiempo de espera apurando unos tragos y saludando a algún que otro conocido. Cuando Leandro Calzada hizo acto de presencia, eligieron una mesa situada frente a uno de los cinco balcones del salón principal donde un mesero les tomó la comanda.

—Supongo que estará intrigado ante mi invitación —comenzó Leandro Calzada, un hombre de porte regio y educación exquisita.

—No le voy a negar la mayor —aceptó el hacendado tomando su copa y haciendo agitar su vino antes de dar un primer trago, que degustó con satisfacción.

—Tal vez no recuerde nuestro anterior encuentro.

César Montemayor frunció el ceño antes de rescatar de su memoria tal recuerdo. Se había tratado de un encuentro casual frente al teatro Iturbide, donde la famosa Elvira Rojas representaba la Viuda Alegre.

—Sí, lo recuerdo.

—En esa ocasión lo acompañaban a usted tres damas.

—Mi esposa, mi hermana y mi sobrina —confirmó César.

—Es de la última que quiero hablarle.

César Montemayor depositó su copa sobre el mantel blanco y miró al banquero con interés.

—¿Marcela?

—Perdóneme el atrevimiento pero ¿tiene su sobrina algún compromiso con algún pretendiente?

A César Montemayor lo embargó una súbita excitación que trató de ocultar con gran aplomo.

—Mi sobrina es una muchacha cándida, apenas sale y se relaciona —falseó—. Hace unas semanas ingresó en un convento aquí en la capital.

—¿Como postulante? —Su rostro recio mostró una indudable decepción.

—Como pupila y solo para completar su educación —se apresuró a informar el hacendado.

—En ese caso quisiera pedirle permiso para cortejarla. Siempre y cuando esté de acuerdo con ello.

—Yo. ¡Oh, bueno!, no voy a negar que me pilla por sorpresa pero... Sí, cómo no, tiene mi permiso y mis bendiciones. Sé que mi sobrina aceptará encantada sus atenciones.

—Le voy a ser sincero. Desde que la vi no he podido sacármela de la cabeza. Su sobrina posee una belleza excepcional, de las que atrapan la voluntad de un hombre.

César concedió con un imperceptible movimiento que en nada demostraba la profunda complacencia que las palabras del banquero le provocaron.

—Veo que mi sobrina le gusta de veras.

—¡Más que eso! ¡Me entusiasma! —expresó Leandro Calzada alzando su copa—. Por una fructífera unión.

César se apresuró a entrechocar su copa mientras su mente barruntaba los



posibles beneficios si Leandro Calzada y Marcela llegaban a términos mayores. De un plumazo sus penurias económicas desaparecerían y su carrera política como gobernador se afianzaría.

Se despidió de Leandro Calzada con la promesa de un encuentro fortuito con su sobrina el primer domingo del mes en casa de Doña Lucre, amiga común de ambas familias. Partió bien entonado hacia uno de los burdeles de mayor alcurnia de la ciudad para seguir celebrando aquel golpe de suerte.

El anuncio de la visita de sus tíos aquel dos de octubre sobresaltó a Marcela que, con el estómago encogido por la aversión, acudió al despacho de Sor Refugio. Se detuvo en su entrada con el corazón tronándole las costillas. Al verla, su tía María Fernanda se puso en pie.

—¿Qué hacen aquí? —inquirió mientras un estremecimiento le recorría de pies a cabeza. Le repugnó estar en el mismo cuarto que aquellos dos, compartir el mismo aire. No quería verlos ni saber de su existencia. Había confiado en que ellos sentirían lo mismo, pero al parecer se había equivocado.

—¡Vaya! ¿Es así como se saluda? —repuso su tía barriendo su cuerpo con una mirada despectiva. Se percató de inmediato del aspecto macilento de su sobrina y el brillo apagado de sus ojos, pero lo achacó a la reclusión del convento.

—No esperaba verlos más.

—¿Y cómo es eso? ¿Acaso no somos familia? —intervino su tío con una gentileza que la repelió.

—¿Qué quieren de mi? —interrogó a la defensiva.

—Deberías darte de santos de que tengas a alguien que se preocupe por ti. Eres una malagradecida, siempre lo has sido, igual que lo fue tu madre.

Marcela alzó la cabeza llena de arrebatos.

—No la vuelva a mencionar. No quiero que su boca ensucie su nombre.

La reacción de su sobrina dejó pasmada a María Fernanda.

—Vamos, vamos, no hemos venido a pelear —intervino César, conciliador,

antes de pasar a explicarse—. Hemos venido a pasar unos días a la capital. Pensamos que te agradaría salir de estas cuatro paredes y dar un paseo por la alameda o ir de visitas. De veras, te vendrá bien. Solo mírate la cara. Necesitas airearte y también distraerte.

—Creí que estaba condenada a permanecer encerrada en este lugar.

—Estoy seguro de que has tenido tiempo de reconsiderar tus errores. Ahora ¿por qué no vas a cambiarte? Ponte algo... bonito. Doña Lucre nos ha invitado a merendar.

Marcela los miró incrédula. Después de todo lo sucedido se presentaban como si todo siguiera igual. Pero nada era igual. Ella no era la misma y ellos habían dejado de causarle respeto.

—Vamos, ¿a qué esperas? —la apuró Maria Fernanda.

—¿Quieren que les acompañe?

—¿Qué no oíste a tu tío?

—Le he oído, pero temo no haber entendido.

—¡Vaya!, se te ha soltado la lengua. Quizás las monjas no están haciendo bien su trabajo.

—¿Usted les va a dar lecciones de humildad?

Por unos segundos la rebeldía de Marcela desconcertó a los dos Montemayor. Fue su tío César quien primero reaccionó a su desafío.

—Mira, niña...

—Se presentan aquí envueltos en dignidad, creyéndose muy por encima cuando usted no es más que una amargada, una despechada y usted... —su voz tembló arrebatada al dirigirse a su tío—, un vil asesino.

La cachetada de su tío le cruzó la cara haciéndola tambalear. Marcela se enderezó con fiereza dispuesta a saltar sobre él. La detuvo la amenaza de su bastón, que se elevó sobre su rostro.

—Ya me cansé de tus tonterías. Te he mantenido cuando hubiera podido dejar que te pudieras en algún albañal. Es hora de cobrarme los esfuerzos.

—¿Y si no?

—Tus privilegios se acaban. Aquí la disciplina es relajada, no será lo mismo si decidimos que regreses a la hacienda. —Su gesto volvió a adquirir una afabilidad simulada—. Pero no, no vayas a disgustarte, hoy más que nunca necesito que te veas bien linda ¿verdad que no es mucho pedir? Ahora, date prisa. Ya sabes cuánto detesto llegar tarde.

Si Marcela se dobló a la orden de su tío fue para ganar tiempo. Subió al cuarto en desbandada y una vez allí, presa de la rabia, apretó los puños contra las sienes y se arrojó sobre el catre para ahogar un grito en su almohada. Su respiración trabajosa se transformó en jadeos de frustración. ¡Ojalá Perpetua estuviera allí! Necesitaba pensar. Se sentó sobre la cama y cerró los ojos en busca de una calma interior. «Piensa Marcela, piensa», se apremió. Decidió acompañar a sus tíos esa velada pese a que su compañía le provocaba una furia visceral. Dudaba de los motivos de su presencia en la capital y quería saber a qué se debía tanta preocupación repentina.

La casa de Doña Lucre, viuda de Soberón, se situaba en pleno centro capitalino, muy próxima al hotel Jardín y los billares El Club. Era lugar de reunión habitual de la gente pudiente. Se decía que en aquella casa se habían fraguado los mejores casorios de la capital. Para aquella velada tardía, Doña Lucre había elegido la frescura del patio interior, donde se habían colocado varias mesas con manteles de lino blanco y vajilla de Talavera Poblana. Varias domésticas con delantal se ocupaban de servir a los invitados mientras la música de una gramola llenaba el ambiente distendido con las notas alegres de la Pajarera, canción en boga en esos momentos. En medio de tal actividad se hallaba Aurora de Montemayor, bien acompañada de un caballero de levita que Marcela tardó en reconocer. Al verles, ambos se acercaron a saludar.

—Marcela, querida, ¿es que te hacen trabajar mucho las religiosas? —recalcó Aurora pellizcando su mejilla con falso afecto—. Estás pálida y ojerosa, se ve que los padres nuestros y los avesmarías no te quedan —añadió alzando la mejilla para recibir un beso de su esposo.

—Aun así, luce hermosa —señaló Leandro Calzada al que le agradó la sencillez de su vestimenta. Marcela Fonseca no era de esas mujeres que

necesitan de adornos para verse bonitas. Incluso la blusa color crema de cuello alto y falda monjil la hacían destacar. La mirada masculina se deslizó con sutileza por la estrechez de su talle constreñido con un ceñidor de raso y en la suave elevación de sus pechos sintiendo un feroz arrebató. Cualquiera hombre se sentiría orgulloso de engalanar su alcoba con semejante belleza—. Gusto en saludarla de nuevo, señorita Fonseca.

Marcela inclinó su cabeza a modo de reconocimiento. Ambos se habían conocido en su primera visita a la capital. Leandro Calzada le había parecido un caballero correcto y educado, quizás algo preponderante en el trato, pero aquella parecía ser una característica de los hombres acostumbrados al triunfo.

Su tía Aurora intervino en ese punto.

—Le decía a Leandro cuánto adoro la capital en estos días. ¿Se han fijado la cantidad de apuestos militares que nos acompañan? Dígame Leandro, ¿es por ese maldito de Madero que gozamos de esta suerte?

—El gobierno está desplegando a sus tropas para sofocar cualquier conato de rebelión. Mera precaución.

—¿De veras cree que habrá una revolución?

—Ese fuego se extinguirá antes de arder —pronosticó César Montemayor muy seguro de sus palabras.

En ese momento apareció Doña Lucre, una venerable sesentona de cabello encanecido peinado al estilo Gibson del brazo de uno de esos militares que tanto admiraban a su tía Aurora. Vestía de negro en honor a su difunto marido, el cual le había legado una importante herencia además de siete hijos a los que había desposado con inigualable suerte. Saludó con efusividad a los recién llegados y los hizo sentar en torno a la mesa para dar comienzo a la merienda. Quizás fuera casualidad que Marcela estuviera sentada al lado de Leandro Calzada, pero se le hizo improbable. El interés del caballero que, insistente, solicitaba su opinión, y la complacencia de sus tíos, confirmaron sus sospechas. La velada se le hizo eterna y las atenciones de Leandro Calzada incómodas. Todos sonreían como si estuvieran al tanto de un plan secreto que

ella desconocía. Y cuando al despedirse Leandro Calzada sostuvo su mano prometiéndole un nuevo encuentro no pudo evitar sentirse como en una mariposa atrapada en una tela de araña.

## Capítulo 20

No se hablaba de otra cosa en la República. Madero había huido de su confinamiento en San Luis. El opositor a Porfirio Díaz había escapado en un vagón de carga con dirección a Loredo. Desde su refugio en Tejas, había hecho el siguiente llamamiento: *El 20 de noviembre a partir de las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos de la República tomarán las armas para arrojar del poder a las autoridades que actualmente nos gobiernan.*

Los principales caudillos de la República no habían tardado en adherirse a su causa. Entre ellos Emiliano Zapata, Rómulo Figueroa o el altanero Pancho Villa, el Centauro del Norte, quien desde el mismo instante de la noticia hizo público su compromiso de poner su persona, fortuna y conocimientos al servicio de los antireeleccionistas. La República bullía de expectación en tanto cada cual tomaba posición en uno y otro bando.

Los ecos de la sublevación llegaron a los confines de todo el país, incluidos los recónditos cerros de Jalpan de la Serra, donde un conjunto de míseras rancherías se desparramaban por sus lomas irregulares entre carrizales y enebros.

Guadalupe Cortez meditó si debía hacer partícipe de la noticia a Rafael. Le preocupaba cómo pudiera reaccionar. En esos días andaba alborotado como gallo de pelea.

Desde su lugar sobre el catre, Rafael hizo amago de incorporarse y como un resorte Guadalupe se puso en pie para ayudarlo. Rafael lo despachó de malas. Habían transcurrido semanas desde la emboscada que lo dejó al borde de la muerte. En su cabeza los hechos se habían vuelto borrosos, como si los recuerdos de otra persona se proyectaran en su cabeza.

Según Guadalupe, los atacantes les habían caído encima al anochecer con una ráfaga de balazos desde lo alto de una loma alcanzando de lleno a Benito Juan, que cayó muerto al piso. Le había seguido Chintolo y su fiel Veracruzana.

El Chango pudo salvarse gracias a los reflejos de Rafael, que se arrojó sobre él previendo la trayectoria de las balas. Juntos habían rodado por el suelo mientras una lluvia de balas caía inmisericorde sobre ellos. Aquel acto de heroísmo había traído consecuencias. Rafael recibió una descarga de metralla por todo el cuerpo. No recordaba apenas nada del momento, solo el sonido de su respiración y el sabor de la sangre en su boca. Al parecer se había desmayado. El Chango consiguió arrastrarlo tras el cobijo de unos cardones mientras el resto de sus hombres hacían frente a las balas con el plomo de sus revólveres. Para cuando amaneció, Rafael había perdido tanta sangre que Guadalupe pensó que tendrían que darle sepultura allí mismo.

Con el sol despuntando por el Este, los atacantes se habían replegado dándolo por muerto. Pese a la superioridad de los mismos, los camperos habían conseguido abatir a dos de ellos. Guadalupe mandó revisar los cuerpos a fin de dar con alguna pista que pudiera revelar su identidad.

—Son hombres de Arroyo Negro —anunció Pancho al reconocer a uno de ellos.

Con el sol en lo alto, habían trasladado a Rafael mas muerto que vivo en un «acarreado» amarrado con sogas a las rancherías del Jalpan donde contaban con la lealtad de los campesinos de la zona. Allí todos conocían a Rafael de sus años junto a Mala Vida, que había realizado muchas y buenas obras entre los indios. Cuando Rafael huyó de los Rurales se había alojado en aquel mismo lugar, motivo por el cual los indios lo consideraban ya uno de los suyos.

Había en la comunidad un curandero de nombre Inocencio Prieto que elaboraba sus propias tinturas de plantas naturales recolectadas en los cerros. Al saber de la suerte de Rafael acudió a la ranchería con sus jícaras, sonajas y remedios para extraerle las esquirlas del cuerpo. Durante días enteros resonaron entre las paredes de terrón las plegarias y rituales que invocaban el favor de los espíritus. Rafael, consumido en fiebres que sembraban su inconsciencia de delirios, fue sometido a friegas y limpiezas de hierbas. De

haber sido un hombre de menor fortaleza jamás hubiera superado una prueba como aquella. Transcurrieron al menos tres semanas antes de que el sanador anunciara que los espíritus habían dejado de reclamarle.

Poco acostumbrado a la inactividad, para Rafael el paso del tiempo se había vuelto una tortura desquiciante durante su convalecencia. Nada lo entretenía y todo le molestaba.

Miró de nuevo a Guadalupe y lo azuzó:

—¿Qué no vas a hablar?

—¡La neta! ¿Quién te entiende? ¿Ahora quieres que hable?

—Quiero que me digas.

—¿Qué te diga qué?

—¿Qué cotorreaban antes tú y el resto? Parecen comadronas de vecindad con sus secretos.

—Llegaron noticias. Madero se escapó. Dicen que huyó con los gringos, que quiere hacer una Revolución y echar a Porfirio a patadas.

—Ven, ayúdame a levantarte —le urgió, alertado por sus palabras.

—¿Cómo crees? Aún no sostienes ni tu sombra. Mejor descansas, pronto será hora de cenar ¿no tienes hambre?

—¿Y ahora quién eres ahora? ¿Mi hermanita?

—Tu hermanita fea, sí —rio Guadalupe.

Rafael no tuvo más remedio que someterse a la debilidad de su propio cuerpo.

La huida de Madero significaba la Revolución. Preveía un baño de sangre si Porfirio se aferraba a su puesto. Pensó en Marcela. César Montemayor era un denostado Porfidista y muchos le tenían ganas después de años de tropelías. Temía que sobre la joven recayera la venganza de los descontentos y maderistas. El pensamiento lo impacientó aún más. Necesitaba saberla a salvo y no poder hacer nada al respecto le hacía hervir la sangre.

—Que Silverio vaya al pueblo y envíe un telegrama al padre Melquíades, necesito verle.



Guadalupe recogió su sombrero pese al deseo de rebatir aquella orden. Rafael vio en sus ojos que no estaba de acuerdo con exponerse de ese modo. El indio era desconfiado, tanto o más que él.

Al quedarse a solas sintió los párpados pesados. Cerró el puño en torno al guardapelo que Marcela le había entregado la noche antes de su partida e invocó su rostro como si de un lienzo en blanco se tratara. Hacerlo siempre le proporcionaba una intensa sensación de paz. Meticulosamente le fue añadiendo los rasgos: primero los ojos, grandes y almendrados con una corona de pestañas color azabache, luego su nariz, chiquita y fina como de niña. Añadió los labios que a Rafael siempre le recordaban al caramelo por lo brillantes y jugosos. Por último el contraste de su pelo rubio, largo hasta la cadera formando una trenza del mismo grosor que su muñeca.

Pronto la desesperación sustituyó a la placidez. Temía que Marcela se hubiera decepcionado de él tras aquella prolongada separación sin noticias. Que lo creyera un farsante.

Se revolvió como en ascuas. Le llevaba los demonios no poder hacer nada al respecto pero no ganaba nada pensando en ello. El padre Melquíades le serviría de enlace, le escribiría una carta explicándole los motivos de aquella forzada separación y le daría las instrucciones necesarias para su reencuentro. Se quedó dormido tras alcanzar ese razonamiento.

Lo despertó Adulación, la india que se encargaba de sus comidas, con una pepitoria caliente que compartió con el resto de sus hombres. Reinaba en el rancho una falsa calma. La muerte de Chintolo y Benito Juan flotaba entre sus hombres como un amargo recuerdo. Los camperos comían en silencio, cabizbajos, rumiando sus propios pensamientos. No se estuvieron mucho, finalizada la cena, todos salieron para tender sus jergones, solo Guadalupe le hizo compañía mientras se echaba unos tragos de aguardiente.

—Los hombres quieren arreglar cuentas con el Arístides.

—Lo sé. —El brillo de sus ojos era una promesa de venganza.

El viernes catorce de octubre les llegó la noticia del arribo del padre Melquíades a Jalpan. La noticia la trajo un chiquillo a voz en grito. Rafael envió a Silverio en su busca con una carreta y apuró a Adulación para que le diera una rasurada pues quería lucir decente y no como un apache. Se le hizo que había transcurrido una vida cuando escuchó el crujido de la carreta a su vuelta.

En lo primero que reparó el padre Melquíades al verle fue en su estado maledicente y en su extremada delgadez, subrayada por las ropas holgadas que vestía. Las tristes paredes del rancho no mejoraban su imagen de *escuincle* apaleado. Rafael, que había insistido en recibir al padre sentado en un banquillo, correspondió a su mirada con un gesto estoico y un esbozo de sonrisa.

—¡Válgame Dios, muchacho! —se pronunció el párroco con voz temblorosa. Se adelantó para abrazarle con lágrimas en los ojos—. Me dijeron que estuviste cerca de ver el cielo. No pensé que fuera cierto.

Rafael sonrió apenas antes de invitarle a tomar asiento.

Adulación corrió hacia el fuego para avivarlo con ramas secas. La india se movía sin hacer ruido, como fantasma, temiendo quizás importunar a Rafael. Con destreza coló los posos de una pota con una manga de tela y sirvió el café en cuencos de barro.

—Hay mucho de lo que platicar.

Rafael dirigió una mirada hacia la india, que con rapidez salió del rancho.

—¿La ha visto? —inquirió en primer término refiriéndose a la persona que mantenía atrapados sus pensamientos y preocupaciones.

El padre Melquíades hizo un gesto de afirmación. Rafael elevó hasta él una mirada azul. Melquíades, que lo conocía bien, advirtió la desconfianza que se cernía tras aquellos ojos cerúleos.

—¿Le habló de mi?

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—La verdad. Qué otra cosa.

—¿Y qué es verdad, padre?

—¿Acaso no utilizaste a esa joven para cobrarte tu venganza? ¿No fue tu intención procurarle dolor seduciéndola para luego abandonarla?

—¿De veras cree eso?

—Tras tu marcha, Doña María Fernanda la hizo encerrar en las bodegas a pan y agua después de que os vieran juntos y le corrieran con el cuento a ese malvado de Arístides.

Rafael se incorporó para tomarle por el hombro que apretó con fuerza sin que Melquíades se resistiera o protestara. Las palabras de Melquíades daban significado al ataque que casi le cuesta la vida.

—¿Qué dice?

—Traté de buscarte pero habías desaparecido.

—Ahora sabe por qué. Tuvimos que escondernos en la sierra. Quienes nos atacaron fueron hombres de Arroyo Negro.

—¡Dios Bendito! ¡No puede ser cierto!

—¿No me cree?

El rostro del padre fue un reflejo de sus desconcertados pensamientos.

—No, está bien. Los Montemayor son capaces de eso y mucho mas — aceptó Melquíades con resignación.

—Ahora sabe por qué no pude cumplir a Marcela, por culpa de sus tíos — entonó malhumorado—. ¿Qué hicieron con ella?

—Arreglaron internarla en un convento en la capital. M'hijo, ella sufrió mucho por tu causa. Todos intentamos convencerla de que había sido engañada.

—¡Pero no es cierto!

—Ahora lo sé. —El padre Melquíades cerró los ojos, acosado por la culpabilidad y la pena. Dejó caer la barbilla sobre el pecho y con los ojos llenos de lágrimas asintió—. He sido un necio, Rafael, te ruego que me

perdones —suplicó con gran congoja.

Rafael hizo amago de ponerse en pie, pero los esfuerzos del día le pasaron factura. Se tambaleó precariamente tropezando con la gradilla de madera y derramando el café. Melquíades se precipitó en su ayuda. Llamó a Guadalupe a voces. Al entrar el indio alzó a Rafael y lo llevó hasta el jergón, donde lo hizo tender.

—¡Estoy bien, carajo! —siseó Rafael haciéndolo apartar.

—No, no lo estás. Mírate —se enojó Guadalupe.

—¡Rafael, serénate!

—Tengo que buscarla, padre... —Rafael no concluyó la frase. De repente, el mundo se volvió oscuro como sus propios pensamientos.

Se aproximaba la fecha del veintidós de noviembre cuando les llegó la noticia de la muerte de Aquiles Serdán en la ciudad de Puebla.

Aquiles Serdán, reconocido antireeleccionista, estaba en el punto de mira de los porfiristas por conspirador. Había corrido el rumor de que había reunido fondos para armar un batallón de insurrectos en la región. Convenientemente prevenidos, el coronel Joaquín Pita (presidente de la municipalidad) y el gobernador Mucio Martínez habían dado orden de realizar un cateo en busca de armas y propaganda revolucionaria, al que los Serdán se opusieron en un intercambio de disparos cobrando como primera víctima a Miguel Cabrera, jefe de la gendarmería. Su casa fue sitiada con no menos de cuatrocientos soldados con orden de arrasar el lugar a fuego y sangre. A pesar de la abrumadora superioridad numérica de los soldados parapetados en el cercano Hotel Barcelona y en la torre de Santa Ana, los Serdán: Máximo, el mismo Aquiles, Carmen y su cuñada Filomena, habían plantado cara a las tropas federales heroicamente. Al término de la jornada Máximo había caído muerto desangrado por las balas. Carmen Serdán y su cuñada, Filomena, aprendidas y conducidas al penal de La Merced.

Aquiles Serdán había conseguido salvarse malherido. Logró esconderse en

una trampa del sótano mientras los federales ponían la casa patas arriba. Ya de madrugada un soldado había asegurado escuchar su tos entre las tablas del suelo sobre las que abrió fuego. Aquiles Serdán murió acribillado a balazos y su cuerpo expuesto al público como escarnio. Los diarios no tardaron en denominar el hecho como el comienzo de la Revolución pregonada por Madero.

El veinticuatro de noviembre, en una mañana anubarrada, Rafael y el resto de sus hombres recogieron sus petates, montaron sus caballos y arrebuados bajo sus ponchos dejaron atrás la sierra.

Leandro Calzada sonreía cuando alzó su copa de champán para rogar silencio a sus invitados. El cuarteto militar que amenizaba la velada puso fin a la alegre mazurca y los sirvientes se apresuraron a llenar las copas vacías.

Marcela tuvo que reconocer que Leandro se veía guapo con el frac negro y camisa de cuello alado. ¿Cómo sería su vida al lado de aquel hombre? se preguntó. Lo poco que lo había tratado indicaba un carácter soberbio que la hacía temer su reacción cuando la verdad de su embarazo le fuera revelada y la evidencia no tardaría en mostrarse, de ahí las prisas de su tío por llevar a cabo la ceremonia.

—Quiero darles las gracias por su presencia aquí esta noche. —Durante su parlamento Marcela desvió la mirada hacia el brillo descarnado de las lámparas de cristal veneciano, que proyectaban destellos sobre las flámulas y gallardetes que adornaban con profusión la sala. Los muebles de ultramar lucían deslumbrantes. Junto a los pesados cortinajes de frisa se alineaban un ejército de sirvientes uniformados. Sin duda Leandro Calzaba sabía hacer las cosas a lo grande, meditó—. Y anunciarles mi próximo matrimonio con la señorita Fonseca —añadió exultante.

Los invitados prorrumpieron en exclamaciones y palmas.

Ese mismo día los sociales se habían hecho eco de la noticia en lo que se presumía «el mejor casorio del año». Marcela no se había molestado en leer lo que de ella decían. Su estado de ánimo pasaba por una etapa en la que todo

le era indiferente. Se había rendido a la perversidad de su destino resignándose a una existencia de tristeza vitalicia. Su obstinada oposición a aquel compromiso había dado paso a un impasible desapego hacia todo lo que acontecía a su alrededor. Se miró las manos entrelazadas para observarse la punta de los pies. Su vestido La Vague ocultaba eficazmente los primeros signos de su preñez.

No podía evitar sentirse como una farsante por aceptar aquella situación. Diabólicamente, su mente repasó los acontecimientos que la habían llevado a aquel momento agotada a de bregar con un destino cruel. La misma tarde de la reunión en casa de Doña Lucre, Marcela abordó a sus tíos acerca de sus intenciones. Había sido su tía María Fernanda la encargada de revelarles sus planes. Querían que se desposara con el banquero.

Sus planes habían provocado la hilaridad de Marcela.

—¿Pretenden que me case con Leandro Calzada? Y díganme ¿Yo no tengo ni voz ni voto en este asunto?

—Por supuesto que no —había sido la respuesta de su tía—. Desde hoy te trasladas con nosotros para que puedas recibir las visitas de Don Leandro como corresponde.

Y había sido aquella amenaza, la de tener que compartir techo nuevamente con sus tíos, la que la había empujado a revelarles toda la verdad.

—Me pregunto si Don Leandro querrá casarse conmigo cuando sepa de mi reputación.

Su tío César se había envarado, alertado con sus palabras.

—Los chismes no han llegado a la capital. Agradece que ese hombre te salve la honra.

—¿Y qué tan agradecido estará cuando sepa que espero un hijo de otro hombre?

La reacción de sus tíos habría resultado chistosa de no ser por las circunstancias. Los reproches no tardaron en llegar. Marcela los había soportado estoica con la esperanza de que aquello marcara el punto y final en su relación con los Montemayor. Se equivocaba.

Su tío César había contraatacado hecho una furia asegurando que, si aquel matrimonio se malograba, él se encargaría de arrancarle aquella criatura de los brazos y entregarla a los expósitos o algo peor. La amenaza había dado en la diana. El terror la había congelado en el sitio porque aquel niño que crecía en su vientre se había convertido en su único motivo para seguir adelante. Marcela estaba dispuesta a defenderlo a costa de su propia vida.

Marcela fue obligada a recoger su equipaje y, tras una precipitada despedida, acompañar a sus tíos a la casa que estos habían alquilado para su estancia en la capital. Se le prohibió salir a la calle salvo en compañía de alguno de ellos. Se había convertido en una cautiva de la avaricia de los Montemayor.

El cortejo de Leandro Calzada había durado apenas unas semanas mientras el asunto de su embarazo era ocultado tras un muro de silencio. Pero Marcela estaba decidida a revelarle toda la verdad la misma noche de bodas y que el destino decidiera. Ese pensamiento la hizo fruncir el ceño.

Fingió beber de su copa, la frescura del champán la animó a apurar el contenido. El vestido le comprimía el torso, ni siquiera la suntuosidad del satén aligeraba la sensación de pesadez que la invadía. Su busto hinchado se apretaba en el diminuto escote para deleite de las miradas masculinas. Su tía María Fernanda había catalogado la prenda como indecorosa pero en aquella ocasión su tía Aurora había resultado la vencedora porque «Marcela necesitaba verse bonita y no como monja». Por una vez su tío César había estado de acuerdo. Quería que los encantos de Marcela distrajeran a Leandro Calzada de otras cuestiones.

—¿Qué pasa, linda? ¿No estás contenta? —inquirió Leandro Calzada al percatarse de su distracción.

—Solo un poco acalorada —respondió simulando una sonrisa.

—Deja que te acompañe al jardín, allí el aire es fresco y limpio —ofreció él ansioso por verse a solas con su prometida por primera vez. Marcela sintió sus ojos oscuros recorrer la hendidura de su escote. En un impulso se cubrió con el echarpe. No quería que Leandro la acompañara, tener que soportar su

cercanía fingiendo un cariño que no sentía; sin embargo, se dejó guiar entre los invitados. Todos deseaban hablarles y felicitarles ralentizando su marcha. Sintió el estómago revuelto y un gran acaloramiento que le perló la frente de sudor. Se desasíó de Leandro pronunciando una atropellada excusa y salió por la puerta más cercana al jardín. Apoyada en la pared tomó aire y trató de serenarse, pero al escuchar el cercano alboroto de los invitados se internó en la frondosidad del jardín buscando estar a solas. Aunque la noche no era cálida, Marcela hizo a un lado su echarpe agradeciendo la frescura de la brisa. Se palpó la frente y las mejillas acaloradas. Al albur de la intemperie las náuseas remitieron.

Tomó asiento en un banco de piedra y alzó la cabeza al cielo para observar las estrellas sobre su cabeza. ¿Estaría Rafael viendo esas mismas estrellas? Se recriminó tal pensamiento por inoportuno y porque le hacía daño pensar que Rafael podía estar bajo ese mismo cielo indiferente al dolor que le había causado.

Suspiró. Añoraba el sosiego del convento y sus confidencias con Cecilia Arteaga. Su estancia en la capital la mantenía ocupada con agotadoras jornadas sociales bajo la omnipresencia de alguno de sus tíos. El escaso tiempo que le quedaba para sí misma permanecía encerrada en el cuarto de la casa que su tío había alquilado en la calle Altamira, inmersa en un mar de dejadez.

De manera sutil sus fosas nasales detectaron un tenue aroma a tabaco proveniente de los oscuros confines del jardín. Aquel aroma la transportó a su pasado más reciente, aquel en el que Rafael El Negro era el centro de su existencia. Sus ojos se movieron por las sombras circundantes, aferrados a una esperanza, pero luego de reconocer su estupidez dejó caer los hombros. Él solo era un recuerdo. Un recuerdo de un recuerdo. Ya no existía más. No para ella.

No obstante, la sensación de ser observada desde las sombras la hizo voltear de nuevo.

—¿Hay alguien ahí? —instó mientras la impresión se intensificaba y



detonaba en su piel en forma de un escalofrío—. Muéstrese, por favor. —  
Prosiguió un denso silencio que la impulsó a ponerse en pie.

—¿De veras quiere eso? —Una voz cavernosa surgió de la oscuridad deteniendo su huida. Se le paralizó el pulso y la sangre abandonó su rostro al descubrir el contorno de unos hombros anchos.

—¿¡Rafael!? —pronunció paralizada por la incredulidad mientras sus ojos estudiaban afanosamente las sombras. Sintió que el corazón le temblaba, que todo su cuerpo era sacudido por el horror.

—Luce pálida como si estuviera ante un fantasma. Dígame, Marcela, ¿ya se olvidó de mí?

La gravilla crujió bajo el peso de unos pasos. Marcela observó sin reacción cómo la oscuridad revelaba el mayor de sus miedos, y el más secreto de sus anhelos.

## Capítulo 21

Rafael arrojó su cigarro sin despegar sus ojos de Marcela. La corona trenzada que le rodeaba el rostro remarcaba su belleza sin parangón y el tafetán de su vestido destacaba sus enormes ojos e invitaba a la mirada a seguir el intrincado bordado de cuentas doradas que le remarcaba el pecho. El destino, aquel que se había empeñado en separarles, jugaba de nuevo su papel.

Tan solo hacía un día que había llegado a la ciudad y apenas unas horas que sabía de su compromiso. Una tal Cecilia Arteaga se lo había referido con desdén y menosprecio cuando acudió al convento y se topó con la negativa de la madre superiora a dar referencia alguna sobre Marcela. La actitud de Rafael, hasta el momento sosegada y educada, mutó entonces a la de un hombre que ha perdido los estribos. Bajo la amenaza de destrozar el lugar con sus propias manos comenzó a recorrer las estancias topándose con religiosas y pupilas que se hacían a un lado en tanto se santiguaban como si fuera el demonio quien se cruzara en su camino. Al atravesar el patio dio con una muchacha que, alarmada por el escándalo que asolaba la habitual tranquilidad del lugar, hizo amago de interponerse en su camino.

—¡Santo Cielo! ¿Se volvió loco? —interpeló. Rafael la hubiera hecho a un lado sin más miramientos de no ser por sus siguientes palabras—. Ella no está aquí.

La mirada inyectada de Rafael se proyectó sobre la muchacha, que alzó la mandíbula para ocultar el terror que la presencia de aquel hombre agreste le provocaba.

—¿Quién carajo es usted?

—Cecilia Arteaga, amiga de la señorita Fonseca.

—¿Dónde está? —Su voz adquirió un tono susurrante que inquietó si cabe aún más a la muchacha—. ¡Dígame!

—Ya le he dicho. No está aquí —farfulló esta, acobardada ante el

salvajismo de aquel desconocido. La bocamanga de su poncho enmarcaba un rostro endurecido por unas mejillas enjutas oscurecidas por una barba de varios días. Tenía el rostro enflaquecido, pegado a los huesos, subrayando la intensidad de sus ojos azules y aun así lo hubiera reconocido en cualquier lugar después de que Marcela Fonseca se lo describiera al detalle. Para Cecilia, aquel hombre representaba al mismo demonio y, en honor a la amistad que la unía con Marcela Fonseca, reunió fuerzas para hacer frente a su mirada y no salir corriendo.

Su respuesta hizo agudizar su atención sobre ella. Acongojada Cecilia apretó la mano contra el crucifijo que adornaba su cuello.

—¿Me dice donde está por las buenas o me lo dice por las malas?

—¡Si tanto quiere saber busque en los diarios la noticia de su compromiso! —Por un segundo, Cecilia Arteaga fue testigo del estupor que sus palabras le causaron, lo que la animó a añadir—. Y ahora váyase, ya ve que nada tiene que hacer aquí.

Rafael había abandonado el lugar desnortado y la mirada inyectada. Guadalupe, que aguardaba fuera, se adelantó al verle el gesto.

—Se va casar —le escuchó decir.

Sus palabras paralizaron al indio ante la comprensión de lo que ese hecho significaba para su compadre. Vio cómo Rafael atravesaba la calle como caballo desbocado. Guadalupe corrió tras él previendo la tormenta que se gestaba.

—¿Y ahora qué?

—La voy a buscar.

—¿Y como para que? —Rafael respondió con una mirada afilada que, de ser acero, lo hubiera atravesado de medio a medio—. Seguro que se cansó de esperarte. Las mujeres son impacientes, ya lo sabes.

Quiso la casualidad que en ese instante un voceador de periódicos, de esos que anuncian a gritos los titulares, se cruzara en su camino. El infortunado

muchachuelo abrió los ojos cuando Rafael se abalanzó sobre él y le arrebató un ejemplar de las manos. Guadalupe buscó unas monedas que arrojarle y corrió tras Rafael.

La noticia del compromiso de señorita Fonseca con el elegantísimo Leandro Calzada venía especificada en los ecos de sociedad, detallada con un extenso artículo donde se alababan las cualidades de los futuros esposos. Se señalaba además que el compromiso se celebraría con una fiesta de postín en la mansión del apoderado.

Sin pensárselo dos veces, Rafael, se echó al hombro la punta de su *jorongo* para cubrir su 38 y echó a caminar.

No le fue difícil dar con la casa de Leandro Calzada. La construcción avanzaba sobre una portalada de arcos que daban acceso a la propiedad. A uno de sus laterales se abría un portón de carruajes custodiada por dos mozos de cuadra distraídos con el ir y venir de los invitados. Fue fácil franquear su vigilancia cuando Guadalupe armó alboroto fingiéndose ir hinchado de tequila. Con sus gritos atrajo la atención de todos en tanto Rafael se colaba en el interior.

La casa se distribuía a la manera habitual de las construcciones coloniales, con un patio central rodeado por cuatro crujías que daban paso a sucesivos patios y jardines. Rafael se ocultó en la oscuridad y observó los ventanales iluminados donde tenía lugar el festejo. No tardó en ubicarla. Marcela relumbraba como una perla del brazo de un hombre en el que apenas reparó. Con avidez, siguió sus movimientos por la sala con los puños cerrados, impacientándose cada vez que desaparecía de su campo de visión. Estaba al alcance de su mano pero la sentía tan lejana como las estrellas que en esos momentos brillaban sobre su cabeza. Una fuerza desconocida lo mantenía con los pies clavados al suelo.

Entonces, interrumpiendo sus pensamientos, el objeto de su deseo se presentó ante sus mismas narices. Ella había salido a su encuentro al escabullirse del festejo. Ahora lo miraba con la boca entreabierta y sus cejas se elevaban sobre sus ojos realzando su asombro.

En un impulso irracional, Rafael alargó los brazos y la atrajo hacia su pecho con más brusquedad de la deseada. Marcela lo miró llena de horror mientras con las manos se aferraba a sus ropas como si temiera que las piernas no la sostuvieran.

—Respire —aconsejó Rafael con el ceño fruncido ante la palidez de su rostro.

Ella inspiró con brusquedad por la nariz. Apoyó la frente contra el pelo rugoso de su *lorongo* y estalló en una serie de hipidos y resoplos. Al darse cuenta de que sus manos lo aferraban, las dejó caer horrorizada.

—¿Qué hace aquí? ¿A qué ha venido? —quiso saber con tono apremiante mientras luchaba por recuperar la compostura. Le temblaban las piernas, incluso la voz, mientras sus ojos absorbían con avidez la imagen de Rafael. Pese al aspecto descuidado de su imagen se le antojó que aquel hombre representaba la quintaesencia de lo masculino. Su magnetismo empujaba al resto de los hombres que Marcela había conocido, incluido Leandro Calzada.

—A por usted.

—Yo ya no le pertenezco más.

—Usted es mi mujer.

—Fui una de tantas. Dígallo con claridad y no piense que va a volver a engañarme. Una vez me hizo creer en el amor que decía sentir por mí era real pero ya no. Aprendí, Rafael, aprendí a no confiar en usted —siseó aferrándose al odio que creía sentir por aquel hombre. No era justo que él se presentara como salido de la nada luego de convertir su vida un infierno. Que luciera tan sosegado cuando a ella le temblaba todo.

—Marcela, no es así.

Ella le apartó con brusquedad, toda su calma transformada en tempestad.

—¿Que no es así? ¿Que me arrebató la virginidad por venganza, para darse el gusto? ¿Que me abandonó dándome falsas esperanzas? ¿Que durante semanas estuve aguardando una sola noticia suya? ¡Estuve a punto de enloquecer por su culpa!

—Le explicaré lo que sucedió pero no aquí.

Marcela rio con una risa forzada y gesto hastiado.

—Ni crea, Rafael, que saldré de su brazo de esta casa. No quiero volver a escuchar sus mentiras nunca más.

—Marcela, amor mío.

—No vuelva a llamarme así —replicó ella temblando de pies a cabeza, transformada en un témpano de hielo y furia—. ¡Si supiera cuánto lo detesto!

—¿Tanto como para casarse con otro hombre?

—¡Siempre tan vanidoso! ¿Cree que las mujeres de este mundo están acá para adorarle? ¿Para perdonarle sus cochinas mentiras? —La endeble paciencia del campero dio muestras de venirse abajo, pero Marcela era incapaz de reprimir la ira que llevaba meses acumulando y que ahora brotaba de su boca en un torrente incontrolado—. ¡Qué equivocada estuve al creer en usted! ¡Suélteme! No vuelva a tocarme.

—Pues se aguanta. ¿Me escuchó? ¡Se aguanta!

Forcejearon hasta que Rafael la arrastró hacia el tronco de un árbol donde la inmovilizó apretándole las caderas.

—¡Suélteme! Gritaré, le juro que lo haré.

—Hágalo pues —desafió él.

Marcela llenó sus pulmones con una bocanada de aire y abrió la boca dispuesta a dar la voz de alarma.

Rafael le llenó la boca con su lengua estrechándola con fiereza contra su cuerpo. Marcela le tiró el cabello y volteó el rostro negándole la blandura de sus labios. No hubo ternura en aquel beso, solo una brutal muestra de poder al que Marcela intentaba oponerse.

—Su boca dice una cosa, pero su cuerpo dice otra —le hizo notar palpando la tensa rugosidad de sus pezones bajo la tela de su vestido.

El atrevimiento la hizo ahogarse en indignación.

—¡Maldito...

Una risa tenebrosa emergió de su garganta.

—Veamos si mi mugre puede cubrir tanto esplendor.

Le sostuvo las muñecas tras el cuerpo y le *jaló* del vestido. Sus pechos, comprimidos por la estrechez del escote, rebosaron sobre el tafetán, redondos y pálidos. Rafael se lanzó a lamerlos con pasión desesperada. Los sensibles pezones se contrajeron al contacto ansioso de su lengua. Marcela cerró los ojos e insufló aire a sus pulmones. Reclinó la cabeza sobre el tronco y gimió deleitada con el roce húmedo de sus caricias. Sus piernas se aflojaron. Sintió que la piel del cuerpo se le erizaba y las sienes le latían.

Su cuerpo le pertenecía a él, hubo de reconocer, a pesar del odio, del dolor que le había causado, su deseo solo respondía ante él. Alzó el rostro al cielo y su mirada se perdió entre las ramas que camuflaban el cielo nocturno mientras la boca de Rafael se trasladaba al otro pecho, del que se prendió con avidez extrema. Un jadeo emergió de la garganta femenina, una mezcla de quejido y suspiro de placer. Al percatarse de su rendición, Rafael apretó las mejillas rasposas contra la hendidura de sus pechos y respiró el aroma de su piel.

—Marcela. —Su voz había adquirido el tono rugoso de los momentos de pasión, le cubrió los pechos y el escote con suaves besos que le electrizaron el corazón, con lentitud ascendió por su cuello hasta alcanzar su oreja—. Déjeme... contarle la verdad de todo.

En esas se escuchó el sonido de unos pasos y la voz de un hombre.

—¿Marcela, amor, está ahí?

Marcela luchó por liberar sus manos para tratar de componerse. Se cerró el escote notando cómo la saliva de Rafael humedecía la telilla de su camisa interior. La recorrió un escalofrío.

—¡Váyase! —susurró frenética empujándolo lejos de ella.

—La buscaré.

—No lo haga.

—Tenemos que hablar.

—Está todo dicho. Me casaré con él.

—¿Acaso lo ama? —increpó dolido sujetándola de la muñeca y haciéndola

sacudir—. ¡Diga! —exigió.

—¡Qué le importa lo que yo siento! —Los pasos se escuchaban cada vez más cercanos. —¡Ahora váyase y olvídese de mí! No vuelva a buscarme más. ¿Me oyó? Si en algún momento me tuvo en estima olvide que me conoció.

—¿Eso quiere?

—Sí —profirió llena de furor pese a que su interior, su otro yo, quería gritar lo contrario: «lléveme con usted Rafael, soy suya»—. Sí, eso quiero.

—¡Pues eso tendrá!

—¿Marcela? —La voz de Leandro Calzada resonó al otro lado del seto. Marcela volteó sin atreverse a respirar. El hombre debió adivinar su presencia pues un segundo después su silueta surgió frente a ella—. ¡Acá está! ¿Qué tiene? Está pálida —advirtió casi de inmediato.

Marcela se estremeció al darse cuenta de que Rafael había desaparecido sin el menor ruido. Siempre había sabido moverse bien en la noche, le reprochó llena de rencor.

—Solo un poco de frío.

—Quizás sea porque ha perdido esto —señaló el hombre recogiendo el echarpe que permanecía olvidado a sus pies. Se lo colocó alrededor de los hombros. Sus manos se deslizaron suavemente por su espalda y la frotaron con fruición para hacerla entrar en calor—. ¿Tan distraída estaba?

—Mejor entramos.

—¿A qué tanta prisa? Disfrutemos unos momentos a solas —susurró el hombre con una sonrisa que hizo brillar sus dientes—. ¿Le he dicho ya lo bonita que se ve hoy? No sé si vaya a poder resistirme hasta la boda. —Su boca se acercó tentativamente, pero Marcela desvió el rostro evitando su contacto. ¿Cómo pensar siquiera en besar a otro hombre cuando los besos de Rafael permanecían aún impresos en su piel? ¿Cuando su pecho aún palpitaba por las caricias de Rafael?

—Leandro, por favor. No es propio.

Él rio ante lo que consideró una muestra de pudor de una muchacha criada



en el recato.

—Linda, nuestro matrimonio es prácticamente un hecho —insistió sin darse por vencido. Le tomó la mano enfundada en el habitual guante de soirée. Con parsimonia, la despojó de él y cubrió sus nudillos con un beso apasionado—. Y es la primera vez que estamos solos. —Su voz se fue diluyendo a medida que su rostro se acercaba—. No me diga que no ha pensado en ello.

—Sí —mintió ella solo porque estaba segura de que Rafael estaría escuchando y quería hacerle ver que lo había olvidado, aunque no fuera cierto.

Marcela cerró los ojos cuando sintió los labios de Leandro acoplarse a los suyos. Apretó los puños para aplacar el deseo de hacerlo a un lado y huir lo más lejos posible. Mantuvo los labios sellados, impermeable a los atrevidos avances de su ya prometido. Su aliento a vino tinto le produjo revoltura. ¡Qué diferencia con Rafael, cuyos besos solo le hacían ansiar más! Cualquiera otra mujer sentiría envidia de su suerte. Leandro era un hombre atractivo, importante y profusamente rico. Además, le profería una admiración que rayaba en la adoración. ¿Por qué no podía olvidar a Rafael? ¿Por qué su corazón se empeñaba en él?

Cuando Leandro quiso estrecharla más íntimamente, Marcela entró en pánico.

—Regresemos, por favor —rogó apartando el rostro.

Leandro accedió para calmar su estado alterado. Habría tiempo de descubrir cuán apasionada era la mujer que había elegido para adornar su lecho. Estaba seguro de que bajo aquella fachada gélida se ocultaba una mujer apasionada y fogosa que él se encargaría de sacar a la luz.

Al entrar, Leandro se entretuvo con un grupo de invitados. Su tía María Fernanda le cayó encima con implacabilidad de un buitre.

—¿Por qué te desapareciste así?

—Salí a tomar algo de aire.

—¿Tú sola? —inquirió llena de resquemores.

—No tuve opción, ¿o hubiera preferido que acabara vomitando ante todos

los invitados? Ahora, si me disculpa. —Pasó a su lado con toda la dignidad que pudo reunir deseando poder encontrar un lugar fuera del alcance de la mirada de todos.

Fue una noche larga como larga es la eternidad. Al terminar, a Marcela le latían las sienes, sentía los pies hinchados y el cuerpo pesado.

Regresaron en calesa a la villa, una vieja casona de muros encarnados sin la opulencia del caserón de Leandro Calzada pero con comodidades aceptables para una familia de realengo como los Montemayor.

Marcela se arrastró hacia su cuarto en el piso superior. Perpetua dormitaba en una mecedora con un lío de cintas y bordados en su regazo y la luz de la bujía a media potencia. La única dispensa otorgada por los Montemayor a cambio de su matrimonio con Leandro Calzada había sido aceptar de nuevo a Perpetua. Marcela había peleado por ello con uñas y dientes.

Observó que el cansancio y la preocupación agravaban sus facciones. Marcela se percató del paso del tiempo en ese momento. Su nana se hacía mayor con gran dignidad. Emocionada por el profundo afecto que profesaba por aquella mujer enjuta, se inclinó para despertarla con suavidad.

—¿Nana?

Las pestañas de la mestiza se agitaron. Una sonrisa acudió a su rostro al ver su rostro.

—¡Híjole! Me quedé como una bendita. ¿¡Son cerca de las doce!?! —se frotó el cuello dolorido luchando por ponerse en pie—. ¿Qué tal fue el festejo?

Marcela le dio la espalda para contemplar la noche serena que se extendía más allá de la ventana.

—¿Cómo crees?

Perpetua se situó a su espalda y comenzó a desabotonar la ristra de botones perlados que cerraban el vestido.

—Habrá que ampliarte pronto el vestido, ya te viene justo —comentó ajena a las tribulaciones que consumían a Marcela.

—Él estaba allí —susurró esta al cabo en voz queda.

De un tirón, Perpetua la hizo voltear pues no le cupo ninguna duda de a quién se estaba refiriendo Marcela.

—¿Rafael El Negro? Pero ¿cómo? ¿Qué te dijo? ¿Qué quería?

—No lo sé.

—¡Maldito! —En esos días la mestiza había aceptado su matrimonio como una salida digna a su situación. Leandro, sabedor del cariño que Marcela le profesaba a su nana, había sabido ganársela con galanteos y detalles que habían encandilado a la anciana—. ¿No le bastó con arrebatarte la honra que ahora también quiere chafarte el casorio? Pero cuéntame, ¿qué hicieron tus tíos?

—Nadie lo vio. Se apareció de la nada en el jardín. —Con un sollozo se llevó el puño a la boca—. ¿Qué voy hacer, nana? ¿Y si descubre lo del niño? —insistió a un paso del histerismo.

—Tendrá que conformarse.

—Tú lo conoces, sabes de lo que es capaz.

—Ya deja de preocuparte. En cuanto sepa del niño no se vuelve a aparecer. A ese tipo de hombres solo le interesa la diversión.

—Ojalá y Dios te oiga.

—Ahora, mejor te acuestas mientras te preparo un té de tila para que se te pase el susto.

Pero Marcela no durmió. Gran parte de la noche se la pasó con la vista clavada en la oscuridad, reprochándose su falta de contundencia en su rechazo a Rafael. No había sabido reaccionar a un encuentro con el que tantas veces había fabulado en su cabeza. Se había jurado que si la ocasión se daba, se mostraría indiferente, fría de desprecio. ¿Y qué había hecho en cambio? Se había entregado a él como una cualquiera. Al recordar la respuesta de su cuerpo a sus besos, se le entibiaron las mejillas y un lento pulsar entre las piernas la hizo estremecer, pero ¿cómo negar que las caricias de Rafael habían

despertado su, hasta el momento, aletargada sensualidad? La acosó un sentimiento de culpa. ¿Por qué había ido en su busca después de meses de olvido? ¿Qué pretendía reclamándola como suya? Se levantó para buscar en el cajón de su ropa interior una pequeña bolsita de tela que sopesó en su mano antes de llevársela de regreso a la cama. Bajo las sábanas sostuvo el reloj de Rafael entre sus manos, lo hizo oscilar frente a sus ojos hasta sentir el tacto húmedo de sus lágrimas. No había podido desprenderse de aquel reloj de igual modo que no podía desprenderse del recuerdo de Rafael.

En unas semanas sería la esposa de Leandro Calzada. ¿No era suficiente bajeza haberle ocultado su embarazo? Ahora había caído en la ignominia de dejar que otro hombre la besara la misma noche de su compromiso. Reconocía la flaqueza de su pecado. «Me tomó desprevenida, solo eso», se justificó. No sería así en el futuro. Se juró que sería fiel a su esposo. Ese era un principio moral que no estaba dispuesta a traicionar.

Marcela permaneció enclaustrada en su cuarto en los sucesivos días sometida a una miscelánea de sentimientos encontrados. Temía del mismo modo que deseaba que Rafael se apareciera para reclamarla. Se mostraba nerviosa y malhumorada cada vez que Perpetua le anunciaba la visita de su prometido, agobiada con sus atenciones, cansada de fingir, de sonreír de dientes para afuera y hacer virtuosismo de la mentira. Con el paso de los días su humor se tornó sombrío y pesaroso. Se sentía infeliz, sin deseos de vivir, como marioneta gobernada por los hilos de un destino despiadado.

Aquella parte de la ciudad era conocida como la plaza de las Tamboras por la paisanada, nombre irónico dado aquellas mujeres que hacen de su cuerpo su finca. El arrabal de la calle Buenavista carecía de candilejas, aun cuando este servicio municipal había llegado al resto de la ciudad diez años atrás, en la triste lobretez asomaban cuerpos mercenarios en busca de clientes que atraer a sus camas. Rafael caminaba sin dejarse atrapar por las sugestivas promesas que trataban de atraerle. La mayoría de aquellas pobres mujeres estaban desahuciadas por la sífilis. Se detuvo ante un zaguán cerrado a cal y canto e

hizo sonar el llamador metálico mientras Guadalupe se detenía a observar. Les atendió un mestizo de gesto desconfiado que les hizo entrar a un salón animado por la bulla de los que allí se hallaban. Nada más ingresar en la sala les salió al paso la encargada de la casa de asignación, una mujer de mediana edad entrada en carnes que peinaba su pelo tintado en un artístico copete y vestida con regia moderación.

—¡Miren no más! —se sorprendió la mujer al reconocer a Rafael como compañero de andanzas de Mala Vida, su mejor cliente por años. Sus labios, realzados por el brillo purpúreo del carmín, desplegaron una sonrisa coqueta.

—Mamá Chela —saludó Rafael con la misma formalidad que utilizaría con una dama.

—Tiempo sin saber de usted. —Su mirada apreciativa recorrió a través de sus párpados ennegrecidos los poderosos contornos de aquel cuerpo masculino, porque si algo valoraba mamá Chela era un hombre merecedor de tal calificativo—. ¿Gustan de una copita? ¿Algún aguardiente tal vez?

—Tequila.

La mirada de Rafael sorteó la carnosa figura de la dueña para pasearse por la decadente sala atestada de caballeros en cuyos regazos retozaban alegres señoritas de mal vivir. Mamá Chela ordenó una botella de tequila y los hizo sentar en un canapé de capitoné.

—¿Gustan de compañía? Verán que mis muchachas son las más lindas de la ciudad y las más limpias, todas sanas. ¡Macarena!, anda ven, deja que los señores te vean.

Se acercó hasta ellos una muchacha de larga melena negra en parcial desnudez. Sugestivamente se contoneó ante los dos hombres sonriendo con calidez.

—¿Y no me van a invitar a tomar con ustedes?

—En otra ocasión —rechazó Rafael. La hosquedad de su gesto hizo que la muchacha consultara a su protectora, que la despachó con un ademán. Si Macarena no había podido tentar a ninguno de esos dos, tal vez otra lo hiciera...

—Quizás prefieran muchachas de piel más clara...

—Con el tequila basta —acotó el campero.

La respuesta hizo que los gruesos labios de la madame se fruncieran. «Solo hay dos motivos para que un hombre no quiera encamarse con una mujer, y puesto que el primero lo descarto, me quedo con el segundo», supuso con aquel sentido que las mujeres desarrollan desde la cuna y del que los hombres carecen. Tan solo le extrañaba que un hombre tan magnífico se viera adolecido de un mal tan ordinario. «El mal de amores es común a todos los mortales», acabó por admitir para sí misma.

Un alboroto en el fondo de la sala sirvió de excusa a mamá Chela para dejarlos a solas. Rafael aprovechó el momento para aferrar la botella de tequila y dar un prolongado trago que reverberó por la comisura de sus labios. Quería ahogar su amargura en alcohol. La imagen de Marcela besando a Leandro Calzada le martilleaba los sesos. No se le iba de la cabeza. Los celos le hacían retorcer las entrañas. Marcela. ¡Qué bien había sabido aprovechar el tiempo! No quería que la buscara más, que pudiera dar al traste con sus planes de boda. Guadalupe lo observaba desde su lugar. No soportaba su mirada compasiva.

—Cuidado, Rafael, aún andas delicado de salud.

—¡Vete no más! Quiero estar solo —exclamó con los dientes pelados como perro rabioso.

Sin mediar palabra, Guadalupe se levantó para refugiarse en la oscuridad de un rincón por si surgían problemas. Cuando Rafael andaba de aquel ánimo endemoniado cualquier cosa podía pasar. El indio perdonaba aquellos desmanes producto de la desesperación. Tal pareciera que el diablo se le hubiera metido en el cuerpo. El poder de Marcela Fonseca le había aplastado el orgullo. Confió en que la razón regresara a su ser mientras lo veía chupar una botella tras otra.

Tras varios días de angustiosa espera, Marcela acabó de aceptar que

Rafael no regresaría. Su matrimonio era casi un hecho. Mejor que se fuera haciendo a la idea. Con amargor aceptó que su vida no incluía ya a Rafael. Así que ese domingo, cuando Leandro insistió en un paseo por los jardines de Zenea, tentándola después con la asistencia a un concierto de la pianista Adela Verne por la que Marcela sentía una fascinación absoluta, aceptó reticente con la esperanza de que el aire fresco y la música la distrajera de sus tumultuosos pensamientos.

Pese a las informaciones de asonadas en Coahuila o Durango, la capital vivía un otoño plácido. Sus habitantes gustaban pensar que aquellos desmanes eran ajenos a ellos y que con el tiempo los alzamientos terminarían por aquietarse. Ninguno preveía los drásticos y sangrientos cambios que viviría la República. Esa tarde festiva, el ambiente era jovial y alegre. Las damas, ataviadas con vestidos de paseo, y los caballeros formaban grupos en torno a la plaza, saludaban a conocidos o simplemente se dejaban ver. Marcela paseaba del brazo de Leandro Calzada que intentaba distraerla con una conversación banal. Desde su compromiso sus tíos favorecían aquel tipo de encuentros sin la presencia de una chaperona.

En determinado momento Marcela sintió un tirón en la manga de su bolero. Llena de curiosidad volteó a ver. El rostro sonriente de Cecilia Arteaga la hizo proferir una exclamación de alegría. Ambas muchachas se fundieron en un abrazo.

—Querida amiga —suspiró Marcela contenta por primera vez en semanas.

Cecilia hizo un gesto hacia la mujer que la acompañaba.

—Quiero presentarle a mi madre —dijo haciendo adelantar a una viuda de mediana edad cuya sonrisa era similar a la de su hija—. Mamá, esta es Marcela Fonseca.

A la mujer se le ensanchó la sonrisa al escuchar su nombre.

—Señorita Fonseca. Al fin nos conocemos. He oído mentarla en muchas ocasiones.

—Gusto en saludarla —saludó fervientemente Marcela.

Leandro, ignorado por las mujeres, observaba sorprendido el cambio

operado en su prometida. Lleno de interés estudió a la causante de tan desbordante alegría. Al percatarse, Marcela se apresuró a presentarle. Leandro saludó a ambas mujeres educadamente entablando con la viuda una conversación de cortesía.

—Tengo algo que contarle —susurró Cecilia Arteaga en un discreto aparte. Marcela observó a su prometido sobre el hombro.

—¿Qué ocurre?

—«Ese hombre» estuvo en el convento. Vino a reclamarla.

Llena de estupor, Marcela se detuvo para observar el rostro de su amiga sin saber qué decir. La hizo avanzar entre el gentío simulando estar distraída en la conversación.

—¿Lo vio? ¿Habló con él? —inquirió, nerviosa de repente.

—Sí, y le confieso que aún me estremezco al recordarlo. ¡Qué hombre tan impío! Se puso a buscarla por todo el convento como un cíclope. ¿Se imagina el escándalo? Jamás había visto a Sor Refugio tan espantada. No tuve más remedio que enfrentarlo y decirle la verdad para que dejara el escándalo.

—Él me buscó en casa de Leandro.

—¿De veras? —se asombró Cecilia—. Fue mi culpa, entonces.

—No...

En ese momento irrumpió en la plaza un grupo de trabajadores de la industria textil clamando consignas revolucionarias. La jarana y el alboroto se extendieron por toda la plaza creando gran desconcierto entre los allí presentes. Se escucharon varios balazos al aire y, como un rebaño en estampida, la muchedumbre corrió en busca de refugio mientras la gendarmería irrumpía en la plaza cargando contra los huelguistas.

Arrastrada por la marea humana, Marcela se vio separada de Cecilia. Se escucharon más disparos y el grito histérico de la masa. Engullida por aquel maremágnum, Marcela fue conducida a uno de los extremos de la plaza mientras recibía los empujones y los golpes de aquellos que trataban de ponerse a salvo a costa de los demás. Desorientada trataba de ubicar alguna



cara conocida. Un escalón oculto por el gentío la hizo trastabillar. Perdió el equilibrio e irremisiblemente cayó al piso golpeándose las rodillas. Varios pisotones la hicieron entrar en pánico. Tenía que levantarse o moriría aplastada por la masa, comprendió. Asustada, lidió por ponerse de nuevo en pie. Pensó en el bebé que crecía en su seno, en lo indefenso que era y cuánto dependía de su fuerza. Aquel pensamiento le otorgó el ímpetu para incorporarse parcialmente. En aquel preciso momento sintió que unas manos la alzaban y conseguían ponerla a salvo.

Llena de agradecimiento la joven miró a su salvador. El rostro que presentó ante sus ojos la hizo abrir la boca de estupefacción. Las mismas manos que la habían salvado la empujaron sin contemplaciones haciéndola avanzar hacia uno de los andadores adyacentes.

—Camine, señorita. Por su vida, camine —le recomendó la siniestra voz de Arístides Rosales obligándola a obedecer.

La desaparición de Marcela trajo el nerviosismo a los Montemayor. Algunos testigos habían asegurado haber visto a la joven en compañía de un campero que un desesperado Leandro Calzada se lanzó a buscar por toda la ciudad prometiendo una cuantiosa recompensa a aquel que lograra proporcionarle una pista.

Perpetua, por su parte, comenzó una exhaustiva búsqueda con el convencimiento de que el secuestro de Marcela era obra de Rafael El Negro y que, si ambos se hallaban aún en la ciudad, ella los encontraría. Sin dudarle se dirigió a los arrabales próximos a la Merced. En el lugar abundaban casas de asignación, hoteles y prostíbulos donde los proscritos y las malas gentes buscaban refugio a su paso por la capital. El solo pensamiento de que Marcela pudiera haber sido alojada en un lugar como aquel espantaba a Perpetua, pero no por descabellado podía desecharlo.

Sucedió en la calle Buenavista, después de que un tuerto acudiera al sonido del llamador. Debió sorprenderle que alguien llamara a hora tan temprana pues su único ojo la recorrió de pies a cabeza lleno de desconfianza. Perpetua

se apuró a exponerle el motivo de su búsqueda.

—¿Un campero? —Se rascó la greña con aire pensativo—. Ahora que lo dice pue ser —susurró tras comprobar que nadie podía escucharlo.

—¿De veras? —se animó Perpetua.

—Pues mire usted, no tengo muy buena memoria como pa decirle así no más.

—Ya entiendo —suspiró la mestiza, que se apresuró a rebuscar en su bolsa sus últimos pesos—. A ver qué tanto puede ayudarle esto.

El custodio se guardó las monedas y la invitó a pasar a fin de no llamar la atención.

—Busque en el segundo cuarto de la primera planta, allá hay un campero. No ha parado de inflarse a tequila. Mama Chelo no se atreve a botarle por miedo al alboroto —susurró antes de desaparecerse.

Perpetua observó las sombras del salón. La anciana no era mujer de acobardarse ante los retos, pero el denso olor a cigarro, entremezclado con el dulzón aroma a pachuli, le restó aplomo. Tentativamente se acercó a la escalera. Sin apenas ruido subió sus escalones de madera y se asomó a un pasillo en penumbras.

Se dirigió a la puerta señalada y golpeó con suavidad. Al no obtener respuesta repitió el llamamiento con algo más de vigor. Si Marcela estaba en aquel cuarto ella lo averiguaría. Contestó una voz de ultratumba con una blasfemia que la hizo brincar sobre los pies. «Es él», adivinó, y con nuevos bríos abrió la puerta.

—¿Dónde está? ¿Qué ha hecho con ella? —Sus ojos buscaron con frenesí en la habitación revuelta. En un rincón desmadejado sobre un butacón yacía él, aunque Perpetua tardó su buen tiempo en reconocerle por las barbas de chiva que le cubrían el rostro enflaquecido y el cabello enmarañado y grasiento que le ocultaba los ojos. Su camisa y pantalones estaban emborronados con manchas de mugre.

Aletargado por el alcohol, Rafael abrió los ojos y clavó en la mestiza una mirada vidriosa.

—¡Fuera! —aulló sin reconocerla.

«Jesús de Veracruz». Perpetua se santiguó la frente impresionada. Solo la idea de recuperar a su Marcela del alma la empujó a hablar.

—De aquí no me muevo hasta que me diga dónde está ella. ¿Cree que me asusta? ¡Mírese no más, borracho y cochino! Mi Marcela nunca debió...

Rafael se puso en pie como un coloso ante la mención de aquel nombre maldito. Perpetua sintió miedo por su seguridad cuando sus ojos cerúleos se clavaron en su persona al reconocerla al fin.

—¿Qué hace aquí?

—¡Marcela! —Le recriminó—. ¡Usted se la robó!

Rafael se dejó caer de nuevo en el sillón raído. Durante días había dado rienda suelta a su desenfreno. El matrimonio de Marcela con Leandro Calzada le había humillado el alma. Saberla de otro lo enloquecía.

—¡Váyase! —suspiró derrotado mientras se frotaba los ojos con una mano. Notaba la boca seca y hedionda.

—No, no me voy hasta que me diga.

—¡Vieja *metiche*! Lárguese y dígale a esa zorra que le deseo el peor de los pesares.

Perpetua sacudió la cabeza incrédula.

—¿No me oyó? Mi niña se desapareció.

—¡Qué me importa! —estalló él.

Perpetua retrocedió sabiendo que no podía tentar su suerte. Confundida miró aquel hombre vencido. ¿Cómo era posible? La sombra de una sospecha asomó a su cabeza. ¿Pudiera ser que los afectos de aquel hombre por su niña fueran ciertos? ¿Que su actitud fuera consecuencia del resentimiento? Se sobrepuso al desencanto y le rogó a la virgencita que sus próximas palabras confirmaran sus sospechas o todo estaría perdido.

—Marcela está de encargo. ¿Adivine de quién es el niño? ¿Quiere que le diga? —Rafael se irguió ante ella, pensó que la mataría a golpes por la manera en que apretaba los puños, como queriendo contenerse—. Pues es suyo.

SUYO. Ahora le dejo para que haga lo que se le pegue la gana.

Perpetua hizo amago de abandonar el cuarto.

—¡Espere! —Tronó Rafael a su espalda y la mestiza supo que había ganado su apuesta.

## Capítulo 22

Marcela se frotó los ojos reseco y aventuró una mirada sobre la hoguera en dirección a su captor. Arístides Rosales sorbía aguardiente sin prestarle atención. Su pensamiento parecía reconcentrado en otras cuestiones ajenas a ella.

Intentó acomodarse sobre la cobija que hacía las veces de jergón. Sentía los pies y la espalda entumecidos por la soga que la inmovilizaba. El frío de la noche se colaba en el interior del rancho en ruinas que Arístides había elegido para pasar la noche. Había comido una o dos tortillas ofrecidas horas atrás pero ya volvía a sentir hambre. Movi6 las muñecas tratando de recuperar la circulación de sus manos. El movimiento captó la atención de Arístides que la miró con fijeza.

—¡Ay, caramba!, hasta mugrosa se ve bonita —se sonrió con tono ebrio.

—Arístides, desista de esta locura y déjeme ir.

—Tan lista que parece y de pronto le sale lo mujer. —Lo vio incorporarse y acercarse—. ¿De veras cree que la voy a dejar marchar después de lo que me costó echarle el lazo?

—No me toque —siseó cuando él hizo amago de acariciarle la quijada con la empuñadura de su cuarta.

—¡Sí que es orgullosa! —Se burló el capataz—. Se le irá quitando, yo me encargo.

—Mis tíos le harán paga por esto.

—Sus tíos no harán ni dirán nada. Yo sé muchas cosas de ellos, cosas bien feas. Y su prometido ¿qué cree que hará cuando sepa toda la verdad? ¿A ver, dígame? Pos darne las gracias por quitarle el muerto de encima. —Su risa bronca retumbó en la noche—. A mí, en cambio, pos no me importa ponerme ropa usada. ¿Qué, que le da vergüenza? Si le sirve, yo sí le voy a salvar la honra. Digo, pos no será un casorio muy grande, tan solo usted y yo pero ante

Dios, que es lo que cuenta.

—Está loco.

—Hágame un huequecito, así nos calentamos los dos. — Se sentó a su lado —. ¡Alégrese!, por fin va a conocer un hombre de los de verdad. —Intentó tumbarla sobre las mantas pero Marcela se resistió con todas sus fuerzas.

—Rafael le encontrará y lo matará —siseó con un hilo de voz.

—Y dígame ¿cómo va ser eso si está muerto? —Rio burlón—. Yo mismo me encargué de enviarlo al infierno en San José. Yo le advertí, le advertí que me quebraría a ese cabrón.

—¿Eso cree? —rio, tratando de parecer sarcástica—. Entonces ¿por qué vino a reclamarme?

Los forcejeos cesaron de repente.

—Mire, señorita, si usted se está inventando cosas... —Por primera vez Marcela detectó en él cierta vacilación y supo que contaba con una pequeña ventaja.

—Le digo que está vivo y de seguro nos anda buscando en este momento —mintió, inspirada por el terror que en esos momentos sentía—. Estoy embarazada de él.

Arístides le observó el vientre. Sus cejas se fueron a juntar sobre su nariz.

—Miente —dijo pero se hizo a un lado para ponerse de pie. Marcela recogió las rodillas contra su pecho mientras lo veía pasearse por la estrechez del rancho—. ¿Por eso su tío tenía tanta prisa por el casorio? ¿Para que ese idiota no supiera que la novia venía con regalo?

Marcela asintió encogida sobre la manta. Había ganado aquella batalla pero la guerra sería larga, pronosticó llena de aprensión. ¿Cuánto tiempo más podría resistir a los arrebatos de Arístides? El hombre se mostraba cada vez más impulsivo, su frágil barniz de hombre correcto había dado paso a un ser irracional e irritable que la atemorizaba. Vio cómo alcanzaba una botella de licor de su saco y daba un prolongado trago para insuflarse ánimos.

Horas después, Marcela lo observaba cabecear con la espalda reclinada

sobre el adobe y las piernas extendidas sobre el piso. El alcohol propiciaba sus ronquidos. Se permitió cerrar los ojos para su propio descanso. Su vida estaba envuelta en una pesadilla. Mentalmente recorrió las horas transcurridas desde su secuestro. Arístides la había sacado de la ciudad aprovechando el tumulto de la revuelta. Habían conseguido un par de monturas en las cercanías de Juriquilla, la torpeza de Marcela en la monta había arruinado los planes de Arístides de alcanzar la frontera con el vecino Guanajuato. Habían acampado en un páramo desierto donde Arístides había localizado un ranchito del que solo quedaban sus cuatro paredes y parte de la techumbre. Ignoraba cuáles eran los planes de Arístides, lo único que sabía es que debía escapar de sus garras como diera lugar.

Despertó aterida de frío rayando el alba. En su lugar, Arístides continuaba con sus ronquidos. Un quejido reverberó de su garganta al sentir la rozadura de la soga contra la delicada piel de sus muñecas. El sonido espabiló a Arístides que, con un movimiento, se retiró el sombrero del rostro para mirarla.

—¿Qué pasó? ¿Qué, que no dormiste como reina? —se burló haciendo a un lado su poncho.

Con cautela, Marcela siguió sus movimientos cuando avivó el fuego moribundo. Sentía la vejiga a punto de estallar pero la avergonzaba tener que expresarlo en voz alta. Al cabo de varios minutos, la vergüenza dio paso al apremio.

—Necesito salir.

—¿Qué, que no puedes esperar?

—Arístides, por favor.

—¡Ahí vas! Ya vas aprendiendo —ironizó el hombre, pero se acercó y la liberó de sus sogas—. No te vayas muy lejos, no sea que te roben los coyotes.

Con los miembros doloridos, Marcela se puso en pie y, tambaleante, salió al exterior. Aún había oscuridad pero comenzaban a vislumbrarse los contornos de los cerros cercanos. Buscó un matorral tras el cual descargar su vejiga. La voz de Arístides la obligó a apurarse en la tarea.

—Quédese cerca del rancho ¿me oyó? —ordenó cuando ella reapareció. Marcela lo vio tomar camino colina arriba para ocuparse de sus propias necesidades.

Marcela permaneció confundida antes de reaccionar y arrojarle a un costado del rancho donde Arístides había amarrado los caballos. Tomó del cabezal de la pequeña yegua que Arístides le había asignado y la obligó a caminar hasta una roca algo elevada desde la cual treparse a su grupa. La yegua, asustada con sus premiosos movimientos, trataba de rehuirla haciéndole perder el equilibrio. Con el corazón disparado, Marcela intentó entretenerla con un puñado de pasto y luego de varios intentos logró cabalgarla. En precario equilibrio por la falta de estribo tomó las riendas del caballo de Arístides e hizo que el animal la siguiera mientras enfilaba colina abajo. La desazón la obligaba a mirar una y otra vez sobre el hombro esperando ser descubierta en cualquier momento. Apenas había alcanzado la base del cerro cuando la voz de Arístides reverberó con atroces obscenidades. Corría tras ella tratando de sujetarse los calzones. Aturdida por el estallido de adrenalina generado por la huida, Marcela clavó los tobillos el vientre de la jaca. El galope torpe del animal la obligó a abrazar con fuerza su cuello ancho para no ser desmontada. El caballo de Arístides, encrespado por el alboroto, se armó clavando sus cascos al suelo. Marcela sintió el tirón de sus riendas en su brazo y a punto estuvo de terminar estampándose contra el piso. Acabó por liberarlo para facilitarse la carrera. Rezó como nunca había hecho, alternando sus súplicas con expresiones de ánimo hacia la esforzada yegua, cuyas crines al viento le azotaban el rostro. Una de las cualidades de la angustia es dilatar el paso del tiempo. Lo que parecía una eternidad no eran sino un par de minutos. Creía rozar la libertad cuando se escuchó una detonación. Con el corazón en un puño volteó a ver cómo Arístides empuñaba su Máuser, preparándose para un nuevo disparo. En un gesto involuntario cerró los ojos. Se escuchó un nuevo disparo que detuvo el tiempo. Marcela cayó al suelo descabalgada por la sacudida de la yegua, que se desplomó entre terribles relinchos de sufrimiento. Los cascos de la jaca se agitaban al aire mientras una



mirada enloquecida le volteaba los ojos. Marcela intentó ponerse a salvo mientras Arístides la alcanzaba a la carrera.

La visión de la sangre que empapaba su vestido le hizo arrojar la bilis entre temblores incontrolables mientras los aterradores relinchos de la yegua moribunda la ensordecían.

—¡Por caridad, Arístides, acabe con su sufrimiento! —gritó.

Arístides la levantó de un tirón y la obligó a sostener el arma.

—Mejor vemos qué tal lo hace usted.

—¡No, no me obligue! —exclamó ella arrojando a un lado el arma.

—*Entos* nos quedaremos aquí viendo cómo se muere ella solita —propuso como cruel castigo.

Al cabo de varios minutos la paciencia de Arístides pareció agotarse. Apuntó entre las orejas del animal y apretó el gatillo del rifle descerrajándole un balazo en la testa. Con un sonido agudo el animal sacudió las patas y murió. Marcela la observó con los ojos anegados de lágrimas. La yegua había muerto por su culpa. La impresión de los momentos vividos se transformó en un temblor que le recorrió el cuerpo haciéndole castañear los dientes. Sin voluntad para oponerse, se sometió derrotada cuando Arístides la condujo de regreso al ranchito.

—Ándese con el ojo pelón si no quiere acabar como esa yegua —amenazó mientras la maniataba.

Con lágrimas silenciosas Marcela lo vio aprontar el caballo. La mañana era gris, llena de nubes que arrastraban la panza por la cumbre de los cerros más elevados. Como castigo a su huida, Arístides se había negado a proporcionarle ningún alimento. Se sentía mareada y débil. El golpazo le había dejado el cuerpo dolorido. Aun envuelta en la frazada temblaba de puro frío. En ese momento le asaltaba la duda de poder cabalgar de nuevo. Sentía como si el alma le hubiera abandonado el cuerpo.

Arístides la hizo montar a mujeriegas sobre la gualdrapa posterior. El movimiento de los cuartos traseros la obligaba a aferrarse con fuerza al *borrén* de la silla. Su peso incomodaba al animal que corveteaba a cada paso.

Como castigo, Arístides blandía su cuarta contra el caballo hasta provocarle sangre. La marcha era lenta echando por tierra los planes de Arístides de arribar a San José Iturbide esa misma mañana. Se detuvieron al cabo de una eternidad. La debilidad de sus piernas se tornó en un sufrimiento insoportable para Marcela al desmontar. Con lágrimas en los ojos tomó asiento sobre una peña con toda la dignidad que pudo reunir cuando Arístides la liberó. El agua del odre sació su sed y calmó el ardor de su garganta irritada. Tras el «festín» la atacó un letargo insuperable. Tomó asiento sobre el suelo con los brazos alrededor de las piernas flexionadas y observó cómo Arístides revisaba los amarres de la silla.

Una sombra los acechaba tras un algarrobo. Marcela permaneció ajena a su amenaza concentrada en las preocupaciones del momento. Sin embargo, el martilleo mecánico de un revólver hizo que un gesto incrédulo cruzara el rostro de Arístides. Impulsada por el horror que leyó en sus ojos, Marcela volteó la cabeza. Un sonido angustioso emergió de su garganta. Jamás olvidaría el vértigo que le produjo reconocer el rostro de Rafael. Su figura oscura emergió de entre los arbustos. El crujido de sus borceguíes sobre la tierra marcó el sonido de sus pasos medidos. A su espalda, el aleteo de su *jorongo* le otorgaba una imagen espectral. Pese a su aspecto de salvaje desalmado, a Marcela le provocó alivio y pasmo saberlo allí. Ansiosa lo recorrió con sus ojos, temerosa de que su imaginación la engañara. Bajo su pelo enmarañado lucían sus inconfundibles ojos. Ojos del azul del agave. Ojos del color del cielo.

Con sangre fría, Rafael se acercó a Arístides y le colocó el cañón de su pistola en la sien. Con voz pausada le dio orden de levantar los brazos y alejarse de su montura. Arístides obedeció con el gesto congelado de terror.

—De modo que está vivo —apremió Arístides.

—Anduve rozándola gracias a ti, cabrón.

Marcela recorría la tenebrosa silueta de Rafael con una avidez descomunal. Bregaba con el deseo de lanzarse a sus brazos y llorar como niña, la contenía la expresión visceral de su rostro.

—¿Y me va a matar así no más? ¿A lo *gacho*?

—Es más de lo que te mereces por tocar lo que es mío. —Con parsimonia se inclinó para mirarle—. Pero como para que se te pase el susto, te voy a dar la oportunidad de morir como un hombre de verdad. —Dando un paso atrás Rafael echó mano de su cuchillo—. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

Su aullido hizo que Arístides diera un brinco.

Inicialmente incrédulo, Arístides se apresuró a imitarle. De un manotazo hizo a un lado su sombrero y desenfundó su cuchillo.

—La verdad es que ya te voy teniendo ganas.

—¡Ora! ¡Aquí me tienes! —Lo animó mordazmente Rafael. La exclamación de Marcela desvió por unos segundos la atención del campero—. Quédese lejos mientras yo acabo con esta carroña de mierda —le advirtió.

—¿A quién llamas mierda? Voy a enviarte al infierno junto con esa vieja de Mercedes. —La mirada sorprendida de Rafael animó al capataz a continuar con su soflama—. Me cansé de que siempre me anduviera comparando. Una noche envié un hombre, la hice creer que era uno de los suyos y que la llevaría junto a usted. La muy idiota lo creyó. Pero ya aprendió y pronto usted la acompaña.

—Vas a pagar por todas tus cochinas, Arístides.

Ahí se acabó la plática. Como si de una danza se tratase, ambos hombres comenzaron a girar en torno a un círculo imaginario con las piernas separadas y el cuerpo replegado tanteando a su contrincante con estocadas superficiales. La lucha se tornó en algo serio cuando Arístides lanzó el primer derrote directo al vientre de su oponente. Rafael logró esquivarlo volcándose a la izquierda y provocando la odiosa risa de Arístides.

—Vete rezándole a la patas de cabra.

Desde su lugar, Marcela contuvo un grito mordiéndose los labios hasta provocarse sangre. La exasperaba la actitud indolente de Rafael que sonrió con sorna al comentario de Arístides. ¿Que no sabía cuán peligroso era aquel juego?

Pese a los pensamientos de Marcela, Rafael no desconocía tales peligros. Mala Vida había resultado un buen maestro en el arte de la lucha cuerpo a cuerpo. Al descubrir las aptitudes de su pupilo lo había hecho pelear en los peores tugurios cuando andaban urgidos de plata, pero había sido en el penal donde Rafael había adquirido su destreza. Allí se había visto obligado a luchar por su supervivencia, empleando sus puños y también cualquier arma disponible. Sus sentidos estaban entrenados para la lucha, afinados por la necesidad de resistir a cualquier precio.

En cada ocasión que Arístides lanzaba un ataque, Marcela contenía un grito. A ratos mantenía los ojos cerrados, a ratos se atrevía a mirar sin dejar de rezar. A su mirada inexperta los ataques lanzados por Arístides era un claro indicativo de superioridad.

—Ya no cotorreas tanto ¿Qué, que ya no tienes nada que decir? —se burlaba Arístides intentando asestarle un puntazo en el estómago. Rafael esquivó el cuchillo, pero su expedito movimiento no impidió que el arma le infligiera un *tajazo* en su costado que empapó la cinturilla de sus calzones, lo que alentó al capataz.

Por efecto de la acción, Marcela jadeó de angustia. Buscó el rostro de Rafael tratando de evidenciar la gravedad del ataque. Advirtió que la expresión indolente de su rostro había variado tornándose sobrecogedora, como si se hubiera desprendido de una máscara tras la que se ocultara toda su cólera, como si hasta ese momento todo hubiera sido un juego, como lo es el del gato y el ratón. A partir de ese momento tomó la delantera en la ofensiva. Sus movimientos se tornaron imprevistos y veloces. Arístides se vio en dificultades para esquivar los certeros puntazos que buscaban su cuerpo, las patadas y trompadas que recibía al descuidarse. Rafael había descubierto su propensión a descuidar la defensa de su flanco izquierdo, por lo que acometió por ese lugar. La primera cuchillada en su tórax hizo que Arístides aullara de dolor. Con lentitud, el capataz retrocedió para ponerse a salvo. Con una mano apretó la herida sangrante a modo de tapón.

—Te vas a arrepentir de esto —juró con los dientes apretados y el rostro

empapado en sudor.

Arístides se lanzó a un rabioso ataque con el brazo extendido. Rafael lo sorteó con un requiebro profiriéndole luego un puyazo bajo la axila de su brazo aún extendido. El dolor hizo saltar los ojos del capataz y le aflojó los miembros. Se tambaleó empapado en su propia sangre, que notaba cálida y viscosa. A la desesperada, tomó su cuarta y la blandió ante el rostro de su oponente. Su única posibilidad era llegar hasta Marcela con el fin de protegerse del inmisericorde ataque del campero. Al adivinar sus pensamientos Rafael se lanzó sobre él.

Desde su lugar, Marcela lanzó un grito que ninguno de los dos escuchó. Ambos cayeron al suelo polvoriento y se revolcaron asestándose golpes y trompadas. Con la mano, Arístides asió una piedra de las que abundaban por el lugar y asestó con ella un fuerte golpe en la sien del campero. Con la visión nublada Rafael, trató de incorporarse. El grito de advertencia de Marcela lo obligó a empuñar su cuchillo ciegamente. Lo siguiente que escuchó fue un jadeo sordo. Al recuperar la vista el rostro de Arístides se presentó en primer término. Apretaba las manos contra el cuello en un vano intento por contener la sangre que escapaba de su cuerpo. En su impulso por levantarse se había seccionado la yugular con el filo curvo de la *carrasca*. La mirada incrédula de Arístides buscó la suya al comprender que aquel sería su final.

—Te veré en el infierno —alcanzó a decir.

Con los ojos achinados, Rafael le observó el rostro sin rastro de compasión.

—Allá me esperas —susurró en su oído mientras los estertores de Arístides se elevaban en mitad del páramo. Poco a poco, su cuerpo perdió su fuerza vital. Un frío sobrecogedor le envolvió el cuerpo y el alma. Su pupila dilatada se clavó en el cielo gris que tenía ante sí y así se quedó.

Rafael lo observó por largo tiempo, incapaz de sentir nada. Algo más tarde recordó a Marcela. Dolorido, se levantó, se sacudió el polvo y caminó hasta ella.

—Marcela ¿está bien?

—¿Y usted me lo pregunta? ¡Mírese! —respondió frenética. Corrió hacia la montura de Arístides y revolvió entre sus cosas hasta dar con una camisa que hizo jirones con sus propias manos. Le temblaba el cuerpo y las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Rafael detuvo sus esfuerzos con una mano. Le rodeó el talle con su brazo y la atrajo hasta su pecho. Con el rostro pegado a su cuello, la abrazó con una fuerza que amenazó con quebrarla. Marcela reclinó la cabeza contra su pecho con los ojos cerrados sosteniendo a duras penas el peso de su cuerpo. Lo que sobrevino a continuación fue un momento de dicha sin igual. Rafael la hizo voltear para mirarla a los ojos. A ella le avergonzó que la viera de semejante guisa, sucia, enflaquecida por los vómitos y ojerosa por la angustia.

—¿La tocó ese desgraciado? ¿Le hizo daño de algún modo?

Ella sacudió la cabeza con vehemencia inclinándose para apretar la tela para detener la hemorragia.

—Él no me hizo nada deshonroso.

Con una exhalación, Rafael hincó las rodillas sobre el suelo. Sus manos estiraron la falda sobre su vientre para observarla con atención. El gesto congeló la emoción de Marcela. Inerme, sintió como su palma la acariciaba y friccionaba la panza.

—¿Mi hijo está bien? —¿Su hijo!, aquella era su verdadera preocupación, no ella, comprendió decepcionada.

—¿Quién le dijo? —inquirió fría, mientras lo veía apoyar los labios en el centro de su vientre.

—Perpetua —le confirmó poniéndose en pie.

—No debió hacerlo —dijo cerrándose las ropas.

—Y que ese imbécil de Leandro Calzada criara a mi hijo. ¿Ese era su plan?

—¿Qué podía importarle a usted?

—¿Ese niño es mío, sangre de mi sangre! ¿Tan poco hombre me cree como para entregarlo a otro? ¿En tan baja estima me tiene?

—Está equivocado, mi intención...

—No me hable de sus intenciones, de sobra las sé. —La silenció—. Iba a casarse para salvar las apariencias. Eso es lo único que les importa a las de su clase.

Sus palabras la hirieron. La hacían sentir abominable y egoísta. Él no sabía de las amenazas de su tío. Desconocía el infierno por el que había pasado y, pese a tener la razón de su parte, no se defendería.

De repente, el cansancio se abatió sobre ella. Sin fuerzas para enfrentarle le dio la espalda para evitar su mirada. Escuchó cómo Rafael lanzaba un silbido al aire. Al poco, de entre la maleza, surgió Azrael al trote para detenerse ante ellos con las orejas paradas y los ijares dilatados, excitados por el olor a sangre y muerte. En un abrir y cerrar de ojos, Marcela se vio sobre su grupa. Involuntariamente su mirada topó con el cadáver de Arístides.

—¿Cómo dio con nosotros?

—Seguí alguna pista, apenas esta mañana encontré su rastro.

—¿Y él? —profirió mientras lo veía atar el caballo de Arístides a la trasera.

—Que sus amigos los cuervos se encarguen —expresó sin el menor atisbo de compasión mientras montaba tras ella.

Marcela tuvo que aferrarse al machete de la silla. Rafael le abarcó las caderas con la intención de hacerla reclinar sobre su pecho cuando Azrael inició el trote. Ella adoptó una pasiva resistencia que no impidió que Rafael llevara a cabo su decisión. La envolvió con su poncho transmitiéndole el calor de su cuerpo. Estaba cansada de ser una marioneta en manos de todos. Él no la quería a ella, quería a su bebé. Aquella realidad se abrió paso en sus pensamientos más tenebrosos. Pronto el agotamiento hizo mella en su espíritu, la tensión de los días vividos y la aprensión por la pelea se llevaron por delante sus últimas fuerzas. Debió de quedarse dormida, cuando despertó aún cabalgaban. Rafael observó cuándo sus párpados se agitaron, la había estado espionando todo el tiempo, viéndola dormir. En ese tiempo había plantado su mano en mitad del vientre tratando de percibir algún movimiento de su hijo. Al

descubrir su mano entre sus ropas Marcela se había envarado intentando alejarse de su contacto. Rafael la había observado con los párpados pesados y expresión neutra.

—Su tripa apenas crece —observó.

—Perpetua dice que es normal en las primerizas —respondió Marcela con tono apocado.

Algo parecido a la complacencia iluminó la expresión del campero. Su rostro se inclinó lentamente hasta apoyar su mejilla en su sien.

—¡No! ¡Se lo ruego! —suplicó inclinando el cuerpo lejos de su alcance—. Estoy comprometida con Leandro Calzada y no deshonraré mi promesa.

—¿Y las promesas que me hizo a mí?

—Fueron inducidas por engaños y artimañas. Solo me utilizó para cobrarse su venganza.

Vio que sus palabras lo habían afectado. Sus nudillos se apretaron en torno a las riendas hasta quedarse blancos. En adelante reinó entre ambos el silencio gélido y distante. El amargor y la desconfianza se habían instalado entre ambos como un muro insalvable. Continuaron cabalgando hasta que, acercándose la noche, se detuvieron en unas rancherías donde Rafael pactó alquilar un cuarto a una de las familias. Pese a la pobreza de las gentes, Rafael exigió un lecho con colchón de borrego, una frazada limpia de chinches, agua caliente en abundancia y una cena generosa. Sentada en un banquillo, Marcela observaba a aquellas humildes gentes moverse de un lado a otro como gallinas descabezadas para cumplir presto con las exigencias del campero. La miraban a hurtadillas disimulando su curiosidad por aquella señorita de la alta. Se imaginó que su aspecto era deplorable a tenor de las miradas compasivas que le dedicaban pero estaba tan cansada que apenas le importaba. Rafael salió para atender a los caballos dejándola a solas en mitad de aquel caos, de alguna manera consiguió quedarse dormida. Al cabo sintió cómo unos brazos la alzaban. Despertó a medias para observar la quijada velluda de Rafael.

—Déjeme —protestó con impotencia.

—¡Sí que es terca, carajo!



—Puedo caminar.

—¿De veras? —apuntilló Rafael mientras con un hombro hacía a un lado la cortinilla de paño que daba intimidación a la estancia donde pernoctaría.

Se trataba de un cuarto diminuto con un pequeño postigo con vistas a un corral de borregos y chivos. Rafael la depositó sobre el jergón de vicuña donde Marcela se acurrucó con las piernas encogidas. Desde allí lo observó. Llevaba las ropas desaseadas y su camisa presentaba varios manchones de sangre y aun así se veía guapo. Había atisbado algún cambio en su físico en el que no había reparado la noche de su reencuentro. Su pérdida de peso era notable si bien su cuerpo seguía siendo robusto.

—¿Regresaremos a la capital?

—¿Por qué?

—¿Tengo que explicárselo?

—Sí, dígamelo para que de una vez sepa.

—Me voy a casar.

—Ni sueño.

—¡Usted no puede decidir por mí!

—Que le quede claro de una vez; puedo y quiero.

—¿Por qué me hace esto? ¿Para humillarme? ¿Es eso lo que busca? No soporta que yo pueda rehacer mi vida. Es un egoísta, un loco y lo odio, lo odio ¿Me oyó? ¡Lo odio! —estalló llena de amargor, sin importarle que sus voces se oyeran al otro lado de la cortinilla, donde sin duda los dueños del rancho estarían escuchando.

—¡No diga una palabra más! Y haga cuenta de que usted y mi hijo se quedan —fustigó saliendo por la cortinilla y dejándola una vez más sola y ofuscada.

¡Su hijo!, era lo único que le importaba. Marcela sacudió la cabeza decepcionada.

Apenas transcurrieron unos minutos se presentó la dueña del ranchillo de nombre de Mateana arrastrando un balde de estaño en cuyo interior Marcela

distinguió un jabón de sebillero y lo que parecía una camisola de franela.

—Acá la dejo esto para que se higienice. Ahí mi esposo se puso a ordeñar nuestra mejor cabra pa darle a usted un buen trago de leche con tamales —le iba refiriendo mientras vertía agua tibia en el balde.

—Gracias, pero no tengo apetito.

—Si anda preñada y no come, el *chamaco* le va a salir *chaparrito*. Y ahora ándele, dese una buena refregada. Verá que se siente mejor cuando se deshaga de toda esa mugre.

Marcela enrojeció hasta la raíz del pelo. Cuando se quedó a solas se puso de pie. Las piernas le temblaban de puro cansancio. Se inclinó para acariciar el agua tibia y emitió un suspiro. Furtivamente miró alrededor y, luego de asegurarse de que nadie podía verla a través del teloncillo, se encueró. Se lavó el cuerpo y el cabello apresuradamente. Luego, con un suspiro de complacencia, se envolvió el cuerpo con el lienzo de tela que Mateana le había proporcionado. Solo entonces se percató de que el postigo estaba abierto y que cualquiera que hubiera cruzado al corral hubiera podido verla. Precavida, se asomó para comprobar la situación. Las sombras definieron el contorno de unos hombros anchos que Marcela reconoció casi de inmediato. Rafael se batía en retirada, con paso firme entre los balidos asustados de los borregos.

Confusa y enojada cerró las tablas para colocarse la camisa. Aguardó encendida el regreso de Rafael sentada sobre el jergón. Defendería su defenestrado honor apenas el campero traspasara la cortinilla. Se sorprendió de la intensidad de su arrebato, hacía meses que no se sentía así... viva de nuevo.

Para su decepción, fue Mateana quien traspasó la cortinilla con un jarrillo de leche y un platillo de tamales. Para darle el gusto, Marcela tomó un par de ellos pero desechó la leche porque le producía revoltura. La mujer se quedó merodeando por el cuarto mientras recogía los útiles del baño y encendía una bugía de sebo que iluminó las tristes paredes con una temblorosa luz anaranjada.

—¿El señor Rafael no regresa? —inquirió Marcela tentativamente al cabo tras entregarle los restos de comida.

—Anda ahí fuera entretenido con la plática de los hombres, parece que ya se le bajó el coraje. ¿Quiere que le diga?

—¡No! Déjele —negó Marcela admitiendo ante sí misma su decepción.

Tras la marcha de Mateana la abordó el sopor. Luchó por mantener los ojos abiertos pero al cabo dormía profundamente.

La despertó el canto del gallo y el balido de las borregas en la mañana. Tardó en ubicarse y recordar que la había llevado a aquel lugar. «Rafael», rememoró. Él la había dejado la noche anterior con el coraje atravesado. Se levantó con nuevos ímpetus. El descanso de la noche se había llevado por delante cualquier rastro de angustia. Pese a la incertidumbre de su futuro se sentía esperanzada y animosa.

Rafael sorbía un jarrillo de café con las piernas estiradas frente al fuego. Se había recortado la barba y su pelo lucía húmedo. Se le veía cómodo en aquel ambiente humilde, como si fuera rey y señor de todo. Claro que esa era apreciación que podría aplicarse a cualquier ámbito y situación. Allá donde Rafael fuera, su estampa imponía respeto y sumisión. Lo vio acariciarse un costado. De repente la preocupación sustituyó sus elucubraciones. Rafael no se cuidaba como era debido, apenas ponía reparo en su salud. Bastaba con verle el semblante. Y pese a que lo detestaba, no olvidaba que él había expuesto su vida para salvarla.

Al voltear el rostro Rafael descubrió la presencia de Marcela. Por un tiempo se miraron en silencio.

—Buen día —pronunció con voz seca.

Mateana la había provisto de ropa limpia: falda de sarga con volante hasta los tobillos y blusa de manta ajustada a la cintura con una fajilla encarnada. Pese a que Rafael había visto esas sencillas ropas en miles de indias y mestizas hubo de reconocer que Marcela las hacía lucir de forma diferente. Con el cabello recogido en una trenza, la lozanía de su rostro la hacía lucir tan hermosa que a Rafael le costó apartar la mirada y concentrarse en el jarrillo

de café que había dejado suspendido ante sus labios.

—¿Su herida le molesta?

—No es más que un arañazo —pronunció sin mirarla.

—Debería hacérsela mirar.

—Lo haré —concordó él, cortante.

Marcela apretó los labios y no dijo nada.

Rafael no se arrepintió de su brusquedad, al fin y al cabo él no la había traicionado, ella en cambio... Pero la joven era una atracción visual para sus ojos. Al cabo se encontró observándola de nuevo. No dejó de reparar en los detalles femeninos que la envolvían. Le gustaba la manera en que su gruesa trenza caía a un lado de su hombro blanco. Le recorrió el perfil del pecho sintiendo un latigazo de deseo que lo hizo apartar la mirada. Recordaba con viveza la forma de sus pezones, cómo su suavidad se transformaba en rugosidad a la caricia de su boca. Sintió un ramalazo de deseo. Trató de distraerse con lo que Mateana decía. Invitaba a Marcela a tomar asiento en la endeble mesa para servirle el desayuno a base de tortillas, un huevo cocido y frejoles. Rafael continuó con su actitud fingida, como si la puntera de sus desgastadas botas fueran mucho más interesantes que Marcela. Como si su presencia solo le provocara indiferencia.

Un súbito ruido lo sacó de su ensimismamiento. Vio cómo Marcela se ponía de pie tan bruscamente que el taburete en el que se sentaba rodaba por el piso para correr al exterior. Le asaltó la estúpida idea de que ella solo estuviera intentando huir de él, pero cuando se dispuso a seguirla la risa de Mateana lo detuvo.

—Parece que a su mujer ya le empezaron las náuseas.

A la india debió hacerle gracia su aturdimiento porque rió con más fuerza. Rafael salió en pos de Marcela. La encontró con el cuerpo doblado sobre un tapial. Aguardó a que los espasmos pasasen para acercarse a su espalda. Marcela se sobresaltó cuando la envolvió con su *jorongo* para protegerla del frío de la mañana.

—¿Se encuentra bien? —inquirió Rafael con un deje de preocupación

cuando ella alzó el rostro. La palidez de sus mejillas le impulsaron a acariciarle la mandíbula con el pulgar.

—Son solo náuseas —respondió ella sin apartarse de su contacto.

—¿Le sucede todos los días?

—Por las mañanas principalmente.

—¿Qué más molestias sufre? —se interesó, ávido de todos los pormenores de su preñez.

—Siento ganas de dormir a cada momento.

—Podrá dormir todo cuanto quiera cuando lleguemos a la casa. Ya he enviado un mensaje a San Miguel.

Los ojos almendrados de Marcela se alzaron para mirarle con gesto contrariado.

—¿Nos iremos hoy?

Rafael interpretó mal su ansiedad. Quizás pensaba que iba a devolverla a ese tal Leandro Calzada.

—Sí —respondió con sequedad—. Vaya a tomar su desayuno, se hace tarde —prescribió antes de darle la espalda.

Arribaron a las inmediaciones de San Miguel apenas la tarde se tornaba en noche. Marcela se removi6 inc6moda sobre la montura. No habfa sido un viaje f6cil para ella. A la fatiga ffsica debfa sumar su fatiga emocional. No habfa requerido a Rafael que se detuviera, presa de su orgullo. De manera furtiva estudi6 el semblante severo de Rafael. 6l cabalgaba con la mirada clavada al frente sin ning6n malestar evidente a pesar de su herida. En cambio a ella, la cabalgada le habfa dejado el trasero entumecido y las piernas doloridas. Para aliviar su malestar se revolvf6 tratando de encontrar una posici6n que la aliviara.

—Estese quieta de una vez —rezong6 Rafael de malas pulgas.

—Pues deje que me baje.

—¿Como para qu6?

—No quiero que me vean a su grupa.

—¡Vaya! ¿Ahora le da vergüenza que la vean conmigo? —Su risa bronca, carente de humor, retumbó en su pecho.

—¡Sí! —estalló incapaz de dominar sus emociones. Él la había ignorado durante todo el trayecto como si cargara un fardo en su grupa. Aquellas eran las primeras palabras que intercambiaban desde su salida y Marcela sentía deseos de llorar por su falta de amabilidad y porque nada sabía de su futuro inmediato. En esos días no era dueña de sus emociones, Perpetua achacaba el hecho a su preñez.

La enojó el despropósito de Rafael de convertir su regreso en un chisme que recorrería San Miguel de cabo a rabo. Estaba convencida de que eso era lo que Rafael buscaba, verla arruinada y señalada. Para su sorpresa no tomaron camino a Arroyo Negro como en un principio Marcela había supuesto, sino que se dirigieron hacia un paraje solitario en mitad del cual se situaba una quinta con muros de adobe encalado y teja de barro. Traspasaron el tapial de piedra y verja de hierro siguiendo un caminito de carretas que conducía a la entrada principal con zaguán. Rafael hizo detener su cabalgadura y se tomó unos segundos para observar la fachada descascarillada lleno de complacencia. Luego desmontó de un salto sobre el embaldosado de piedra.

—¿Dónde estamos? ¿De quién es esta casa? —quiso saber Marcela, desconfiada.

Rafael frunció el ceño mermada su confianza. Quería acabar con su enojo. Que ella no adoptara aquella frialdad al hablarle, pero no sabía cómo atajar el asunto. Sentía que sus intentos por explicarle la verdad se frustraban debido a su torpeza y el resentimiento. Aún sentía rencor por lo que ella había estado a punto de hacer. Desposarse con otro, negarle la posibilidad de conocer a su hijo mientras él yacía a punto de morir. Sentía la sangre descompuesta por aquella traición, pero estaba dispuesto a hacer concesiones y olvidar afrentas pasadas.

—Marcela, quiero que platiquemos...

Los enormes ojos de Marcela lo miraron con atención desde lo alto

envuelta en su poncho. En ese momento le pareció más bella que nunca. Allí estaba aquella desagradable sensación de haberse convertido de nuevo en un crío mugroso que no merecía una mirada de aquella princesa de hielo.

En ese momento se escuchó una voz.

—¡Ya llegaron! —anunció a voz en grito Chucho.

Al reconocerlo, Marcela volteó a mirar asombrada.

—¿Chucho?

—El mismo, doñita —confirmó el niño con una sonrisa chueca en tanto se acercaba a la carrera.

Marcela permitió que Rafael la ayudara a desmontar y se fundió con el niño en un abrazo cariñoso. Siguió una sucesión de preguntas y respuestas:

—¿Cómo has estado?

—Bien, doñita.

—Has crecido.

—Benita dice que me voy a quedar *escuincle*

—Pero cuéntame ¿qué es lo que haces acá?

—El señor Rafael me mandó llamar, ahora chambeo para él.

Desde la casa se escuchó un grito. Apareció Benita secándose las manos a la falda de su delantal. A la carrera se lanzó a saludarles.

—¡Señor Rafael! ¡Niña Marcela!

Rafael observó la escena molesto con la interrupción.

—Los dejo con sus cosas —rezongó taciturno cuando Marcela se volteó para saludar a su fiel Benita.

—¡Qué alegría tenerla acá, niña! Le tengo preparado un guiso de carnero para que se llene la panza. No más Guadalupe recibió su aviso me puse a ello.

—¿Guadalupe también está aquí? —se interesó Marcela.

—Sí, niña. Por ahí anda, adecentando el lugar junto con el resto de los hombres —replicó la sirvienta con buen humor tomándola del brazo—. Déjeme y le muestro la casa.

—Las acompaño —anunció Chucho.

—¡Ah, no! ¡Mira no más lo mugroso que estás! ¡Parece que te caíste en un estercolero! ¡Lo vas a dejar todo sucio! —exclamó Benita con grandes aspavientos—. Antes te das una fregada.

Las dos mujeres ingresaron en la quinta. Rafael siguió sus sombras con el ceño apretado. Echó un suspiro al aire y se giró para observar su hogar. Saboreó la idea de tener un lugar al que llamar suyo por primera vez en su vida. Lo embargó una extraña zozobra. El peso de una nueva y desconcertante responsabilidad.

Pensó en la antigua moradora del lugar, una dama excéntrica de origen americano a la que todos se referían como La Gringa o Doña Gringa. La Gringa, nacida allá por el norte, era hija de un constructor americano trasladado a la república durante la construcción del ferrocarril. Dicen que se enamoró de Segismundo Morales, teniente de la gendarmería, y que lo siguió por todos sus destinos en la república. El militar, aunque casado y con hijos, gustaba de presumirla a menudo. Ambos había vivido un amor pasional repleto de celos, peleas y reconciliaciones que acabó cuando al sargento le tendieron una celada y terminó sus días con el pellejo agujereado. A Doña Gringa la noticia de la muerte de su amado Segismundo la enloqueció. Comenzó una época de sobresaltos para San Miguel protagonizados por la pobre mujer. El primero cuando la americana se despojó de su cabellera pelirroja a golpe de tijera antes de hacer sus ropas harapos y teñirlas de negro. Según contaban no era raro encontrársela en el cementerio, donde gustaba de dormir acurrucada sobre la tumba del teniente. Tal era su arrebató que su familia trató de llevársela de nuevo al norte. Cuando lograron que entrara en razón, la mujer accedió a recluirse en la quinta, testigo de su intempestivo amor, donde vivió hasta el día de su muerte.

Se percató de que Chucho aguardaba expectante después de meses sin verse.

—Anda, acompáñame —lo invitó, ofreciéndole las riendas de su caballo.

Al entrar en la casa, Benita condujo a Marcela a una de las piezas



adyacentes al recibidor. Se trataba de una sala amplia con buenas vistas a un bucólico patio. El sonido de sus pasos repicó contra las paredes deslustradas y los techos altos. Pasaron después a los cuartos, cuatro en total, la despensa y un lavadero con pilón de piedra.

—Cuando llegamos esto era un tiradero de trastos viejos. A mí me da miedo caminar por acá de noche. Yo creo que el fantasma de la Gringa anda revuelto desde que llegamos —explicó aprensiva mientras se santiguaba—. ¿Usted cree en la ánimas, niña?

—Nunca he visto ninguna.

—Pos yo tampoco, pero eso no quiere decir que no estén. Venga, y le enseño la cocina, allá es donde me la paso. Con tantos hombres hay que proveer bien para que no se anden quejando —dijo cruzando de nuevo la sala en dirección contraria. Era obvio que Benita había hecho de aquel lugar su nuevo hogar. Pese a Doña Gringa se la veía satisfecha, incluso feliz con el giro que había tomado su vida.

La cocina lucía bien iluminada. Los hornos de leña se hallaban encendidos caldeando el ambiente. La *cerámica* de talavera poblana cubría la pared hasta la vista con sus tradicionales cobaltos y a vainillas. Las alacenas encajadas entre los muros estaban bien aprovisionadas de ollas con orejas, *tibores*, loza de barro, cucharones, molinillos, cazos y *comales*.

—Siéntese y le sirvo algo antes de que lleguen los hombres y lo llenen todo con su mugre. Acá tenemos que comer todos juntos y mejor lo hace usted primero pa que no se espante —invitó Benita señalándole una mesa larga apostada en una esquina justo en frente de la entrada trasera que daba paso al patio y el lavadero—. Hace unos días llegaron de regreso los camperos y el padre Melquíades me mandó acá para atenderles con las labores del hogar —explicó Benita. Luego, como si recordara algo trágico, su rostro se transformó y dio por santiguarse diez veces seguidas—. ¡Ay, usted no sabe!

—¿El qué?

—¡Ay, niña, una desgracia! Al Benito Juan y al Chintolo los mataron.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —exclamó Marcela, impresionada ante el recuerdo

de aquellos hombres.

Benita sacudió la cabeza.

—Pues que están muertitos y enterrados, niña. No sé más, el Guadalupe no quiso contarme mucho. ¡Mírese! Se ha quedado como la pared. Mejor le sirvo algo de comer antes de que se me caiga redonda al piso. ¡Qué bueno que usted y el señor Rafael se arreglaron! —exclamó intentando animarla—. Yo sabía, niña, sabía que acabarían juntos —expresó en tanto disponía unas tortillas calientes y un plato rebosante de guiso.

—El señor Rafael y yo no estamos juntos.

Benita la miró por encima del hombro mientras escogía una servilleta de hilo y cubiertos de la alacena.

—¿A poco? Pues fíjese que eso si no me lo creo. ¡Si hasta le compró esta casota! —dijo destilando optimismo.

—¿Esta casa es del señor Rafael?

—¿Pues de quién si no? El padre Melquíades la compró con la plata que él le dio apenas se regresó de Jalpan. ¿No va a comer? —interrogó al verla revolver la comida.

—Sí, sí, pero por favor no pienses que voy a quedarme aquí —indicó probando un primer bocado para darle el gusto.

—*Entos* ¿no se va a casar con el señor Rafael?

Marcela sintió que se le humedecía la mirada.

—Estoy prometida a otro hombre —resolvió.

—Pos eso ya se acabó ¿o no?

—Benita, me tienes que ayudar.

—¿Ayudar? ¿Y como a qué?

—A escapar.

—¡Santa María! ¡Ni lo diga!

La llegada de Rafael interrumpió su plática, sobresaltándolas. Venía con el ceño apretado y cara de pocos amigos. Marcela se preguntó qué tanto de la conversación había escuchado. Fingió que no le importaba pese a temblar por

dentro.

—¡Salte! —ordenó a la doméstica con los ojos fijos en Marcela, que permaneció envarada envuelta en dignidad.

Apenas Benita atravesó el umbral de la puerta, Rafael se cernió sobre ella con los puños apoyados sobre la mesa, la acorraló contra el respaldo de su silla inmovilizándola con una sola mirada de aquellos ojos tormentosos.

—Me andan cansando sus juegos.

—¿Cree que le tengo miedo? —inquirió alzando el rostro, camuflando su aprensión bajo un halo de indolencia desafiante.

—No me busque, Marcela, se lo advierto. Desde este momento tiene prohibido salir de la casa sin mi consentimiento. Y rece a los santos si la pillo intentándolo.

Marcela se levantó con brusquedad para ganar una seguridad que no sentía.

—¿Y qué más hará? ¿Me dejará sin comer? ¿Sin beber? ¿Sabe qué? No es tan distinto a los Montemayor. Casi podría ser uno de ellos —sentenció antes de salir airada de la estancia.

En una reacción de cólera, Rafael barrió la mesa con su puño haciendo estrellar la vajilla contra los azulejos, alcanzando apenas para desahogar su coraje.

## Capítulo 23

En el cuarto, Marcela aseguró las puertas de vidrio que daban acceso al jardín y la puerta de entrada, reforzado su seguridad con una silla atravesada. Se secó las lágrimas de un manotazo. El agravio al que Rafael la había sometido con sus amenazas dio paso a un arranque de indignación. Se paseó de lado a lado de la estancia refunfuñando soflamas. El desvarió emocional desembocó en una profunda sensación de agotamiento. Tomó asiento en una esquina del lecho y observó por primera vez las paredes del cuarto. La estancia lucía limpia y ordenada gracias a los esfuerzos de Benita, que había hecho arrastrar la cama de bronce contra la pared luego de abrillantarla con vinagre y sal. Una puerta contigua comunicaba el cuarto con un excusado inglés con azulejos verdes, tina esmaltada y calentador de leña con cañerías de cobre que, según le había explicado Benita, escupía un agua turbia a la que no se le podía dar uso hasta que no los visitara el plomero.

La casa se hallaba sumida en un silencio sepulcral donde no se escuchaba ni el vuelo de una mosca. Por un largo espacio de tiempo Marcela no supo qué hacer. Fue al escuchar la voz de Benita al otro lado de la puerta que reaccionó y corrió a retirar la silla.

—El señor Rafael me mandó prepararle un baño —dijo entrando un cubo de agua. El anuncio fue recibido con un gesto neutro por Marcela, quien no quiso desairar los esfuerzos de la doméstica—. ¡Si lo viera! Cuando se salió de la casa echaba fuego por los ojos.

—¿Y a dónde fue? —interrogó intentando mostrar desinterés.

—Pos quién sabe, niña, ni a preguntarle me atreví. Estuvo hablándole al Guadalupe. Luego montó en su caballo y se marchó de volada. Yo creo que al pueblo —explicó de corrida—. Ándale, Chucho, que el agua se va enfriar —llamó dirigiéndose al niño, que aguardaba en el pasillo.

Marcela observó sentada el ir y venir de los cubos. Cuando Benita anunció

que el baño estaba listo arrastró los pies hasta el cuarto contiguo.

—Puedes irte —dijo.

—¿No quiere que le ayude con su ropa?

—No es necesario, yo puedo —insistió ante el pudor de tener que mostrar su tripa incipiente. Su embarazo era un tema difícil de reconocer ante los demás.

—*Ta bueno*. Después paso a recogerlas para darles una sacudidita. Están todas llenas de polvo, si quiere yo le presto algo de lo mío aunque mis ropas no son tan lindas como las tuyas.

—Cualquier cosa estará bien.

Marcela no disfrutó del baño ante el temor de que Rafael regresara e irrumpiera en el cuarto. Aseada, se paseó por la estancia. La noche era fría, por lo que se echó una cobija sobre los hombros. Serían cerca de las doce cuando se metió en la cama, al cabo le pareció que alguien intentaba entrar en el cuarto moviendo la manilla de la puerta. Seguía reinando en la casa un silencio sepulcral. «¿Quién es?», inquirió Marcela con el aliento contenido. La manilla detuvo su movimiento. Se escucharon unos pasos arrastrados que poco a poco se fueron alejando del lugar dejando a Marcela con el corazón sobresaltado.

El burdel estaba poco animado ese jueves. Se trataba de de la única casa de citas de postín en San Miguel, frecuentada por los escasos caballeros acaudalados del lugar. A su entrada, Rafael estudió el ambiente decadente de terciopelo y muebles finos. Se acercó al mesero y le tendió una moneda.

—¿Carmelo González?

El mesero señaló escuetamente hacia una de las mesas de naipes, donde varios caballeros disputaban una animada partida envueltos en una nube de humo de cigarros.

—El de patillas afiladas —aclaró refiriéndose a un hombre de calva pronunciada y vientre voluminoso. Carmelo González vestía con arreglo a

cualquier caballero que se prestara a denominarse así pero ciertos aspectos en su persona revelaban un origen más oscuro del que pretendía aparentar.

Rafael hizo un gesto de asentimiento, ordenó un aguardiente y tomó asiento en un rincón no muy alejado. Estirándose, rechazó el ofrecimiento de una de las muchachas y dio un sorbo a su vaso con la vista clavada en su presa.

Carmelo González tenía buena mano para los juegos de azar pero esa noche algo alteraba su concentración. Al alzar los ojos se percató de la mirada curiosa de un campero que, reclinado en su silla, lo observaba con cautelosa atención desde las sombras. Ante su falta de suerte se disculpó con el resto de jugadores, tomó su copa de licor y se puso en pie.

Se detuvo ante aquel desconocido de mirada intensa al que la penumbra del local le ocultaba parcialmente el rostro.

—¿Nos conocemos? —interrogó haciendo colgar su mano regordeta de la leontina de su reloj.

—Puede ser —pronunció Rafael con entonación umbrosa.

Carmelo González tomó asiento y lo estudió con interés. Sus ojos repararon sin querer en su 38 con cachas de nácar. Con precaución, volteó a ver a sus hombres que, alertados, presenciaban el encuentro entre el dueño del burdel y el campero.

—¿No me vaya a decir que le debo algo?

—No.

—¿Por qué me anda buscando?

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

Rafael vació su vaso de un trago antes de inclinarse hacia adelante. La luz de la lámpara incidió en la estrechez de sus pómulos altos y nariz aguilina.

—César Montemayor.

Los ojos de petigrís de Carmelo González se estrecharon con desconfianza.

—Continúe, por favor.

—Quiero comprarle su deuda.

Una carcajada estentórea sacudió el abdomen del prestamista.

—Perdone que me ría —se excusó intentando recomponerse—, pero no tiene idea de lo que habla.

—Sé que César Montemayor le debe plata.

El semblante de Carmelo González se tornó serio.

—¿Y cómo sabe?

—¿Qué importa eso? Es probable que no pueda recuperar su inversión.

—César Montemayor será el próximo gobernador del estado, estará en disposición de devolverme los favores.

—Veo que le ha vendido bien el cuento pero ha puesto sus huevos en nido equivocado. Cosío apostará por Adolfo de la Isla como su sucesor.

—¿Y cómo sabe o qué?

—De la Isla cuenta con el beneplácito de club patriótico y también del democrático, a Montemayor en cambio hay muchos que le vienen teniendo ganas. Si Cosío pretende mantener la neutralidad del estado frente a los maderistas y revolucionarios, elegirá a De la Isla.

Carmelo González apretó los labios pensativo. Aquel hombre le inducía a creer que sus palabras tenían más de ciertas que de falacias. Alzó una mano solicitando una nueva ronda de tequila para aclararse el pensamiento.

—Si su apuesta resulta fallida —continuó Rafael—, perderá todo cuanto tiene. Le ofrezco la oportunidad de salirse del juego antes de que su suerte vaya a peor.

—¿Y todo eso a cambio de qué?

Rafael se tomó un tiempo en responder. Carmelo González parecía un hombre inteligente, capaz de sacar partido en su beneficio de cualquier situación. Desconocía que el perspicaz prestamista escondía en su interior una honda inquina hacia los renombrados caballeros que atestaban su salón, los mismos que volteaban el rostro a la entrada de la iglesia fingiendo no conocerle cuando iban del brazo de sus esposas.

—Armas. Puedo proveerle de lo que guste.

Carmelo González se inclinó lleno de interés. La zozobra de la revolución se había extendido por todo el país. Se hallaban en una carrera contrarreloj en la que todas las facciones querían aprovisionarse. Los maderistas para levantarse y los porfiristas para mandarlos al carajo.

—¿Qué tipo de armas?

—Fusiles, ametralladoras y carabinas. Lo que guste.

—Es un trato tentador, le ruego que me deje pensarlo.

Rafael se puso en pie y se echó la punta de su poncho sobre los hombros.

—Búsqueme en la Quinta de la Gringa si se le hace. —Con un gesto se despidió del hombre y salió del burdel seguido por la mirada melancólica de las prostitutas.

El día amaneció despejado, con el cielo azul y el sol brillante, advirtió Marcela al abrir los postigos del cuarto.

Apenas hacía la cama, labor a la que se había acostumbrado en el convento, llegó Benita cargando con su ropa.

—¡Ay, niña! ¿Por qué se molestó? Mejor me deja a mí la tarea —la amonestó—. Acá tiene su ropa. Debería decirle al señor Rafael que le busque algo más liviano o le saldrá sarpullido.

—Pronto me iré de aquí, no necesitaré otras.

—¡Y dale con el irse! El Rafael no la va a dejar, ya vio cómo se puso anoche, como dragón.

—Me importa poco lo que él pueda decir.

—Le importará cuando emplome a su prometido.

—Tengo hambre —dijo cambiando hábilmente de tema.

—¿Y por qué no me dijo? Venga a la cocina y le preparo algo. Apenas cenó nada ayer.

Benita la dejó vistiéndose. Se arregló como pudo, trezándose el cabello con las manos y sujetándolo con un listón colorado. Por vanidad observó su reflejo en el espejo del cuarto. La amplia falda ocultaba con eficacia los



signos de su preñez. Se ahuecó la blusa entorno a la cintura hasta que su imagen le dio el gusto. Al entrar en la cocina escuchó a Benita quejarse.

—¿Qué le parece? Ayer mismo llené un cesto de naranjas y hoy están todas desaparecidas. ¿Cree que es obra de Doña Gringa? Anoche escuché ruidos como de pasos.

—No creo que los fantasmas gusten de cenar naranjas.

—Pos a lo mejor no. ¿Y ahora? ¿Con qué le preparo su jugo?

—Iré a buscar más —ofreció.

—Mejor dígale a Chucho, por ahí debe andar.

Marcela consintió. Salió al patio invadido de malas hierbas con la canasta en mano. Encontró a Chucho enfrascado en la limpieza de la fuente con un cepillo de cerdas y un cubo. El esfuerzo de su trabajo comenzaba a dar su fruto y los bellos mosaicos de azulejo comenzaban a ser visibles bajo la capa de verdín.

Marcela se sentó en el reborde de piedra de la fuente y dejó que el sol calentara su rostro.

—¡Buenos días, señorita Marcela! —saludó el niño con entusiasmo—. ¿Verdad que está quedando bonita?

—Mucho —admitió ella, admirando por primera vez la belleza del patio a cuyo extremo asomaba el jardín y los huertos. Se solazó en la paz arrulladora del lugar y en el canto de las aves que se desperezaban bajo los rayos del sol. El lugar contaba con el típico limero y un naranjo repleto de naranjas cuyo dulce olor se desplegaba a aquella hora temprana. Pegado al muro de la casa había un pórtico de columnas con enredadera bajo el cual asomaba una mesa desvencijada. Le dio por imaginarse el lugar una tarde de verano, con mantel de hilo y tazas de chocolate caliente al arrullo de la fuente. De pronto se dio cuenta de lo que estaba haciendo al pensar en un futuro que no le pertenecía. Sobresaltada, se puso en píe.

—Si busca al señor Rafael ha de estar junto a los establos, él y el señor Guadalupe andaban intentando componer uno de los carrromatos.

La mirada de Marcela siguió la dirección señalada mas allá de los huertos donde descubrió la figura de Rafael en compañía del indio intentando enderezar una rueda y situarla en el eje de la carreta. Vio cómo Rafael se llevaba la mano al costado a mitad de la tarea. De regreso a la casa pidió a Benita algún útil para curaciones.

—¿Quién anda herido? —se preocupó la muchacha secándose las manos al delantal.

—El señor Rafael y no preguntes más —advirtió cuando Benita abrió la boca de nuevo—. ¿Hay algo que pueda usar?

—Pos no sé, déjeme que busque —dijo revolviendo entre los estantes.

Benita pudo reunir un puñado de hierbas de matagallos, una botellita de yodo que encontró en el fondo de un cajón y unos flejes de algodón. Marcela se ocupaba de hervir el agua para la infusión de matagallos cuando Guadalupe y Rafael ingresaron en la estancia sacudiéndose el polvo de las ropas y taconeando sus botas. Al verla, ambos se detuvieron. Guadalupe fue el primero en hablar. La saludó con contención con un simple «Señorita Fonseca», a lo que Marcela respondió con una sonrisa genuina, pues su inquina hacia Rafael no impedía que sintiera un sincero afecto por sus hombres.

—¿Cómo ha estado? —se interesó Marcela extendiendo su mano.

—Bien, gracias —respondió Guadalupe que, sabedor del infierno vivido por su compadre tras su traición, se mostró poco solícito al apretar su mano.

—Me alegra. —La sonrisa de la joven se evaporó poco a poco ante la gélida respuesta del indio. Siguió un incómodo silencio que Marcela rompió al voltear hacia Rafael—. Lo buscaba —dijo tomándolo por sorpresa. Marcela se encargó de participarle los motivos de su interés en tanto vertía el cocimiento en un cuenco y lo acercaba a la mesa—. Quiero revisar su herida. Por favor, apóyese aquí —indicó.

—Mi herida está bien.

—Le vi resentirse cuando tiraba de esa rueda.

—No era nada —respondió él, irritado al saber que ella había estado

observándole sin que él se percatara.

—De cualquier modo —insistió Marcela.

De malos modos Rafael caminó hacia la mesa. Hizo a un lado su cartuchera y tomó asiento con despreocupación en el borde de la mesa.

—¿Qué más?

—Sáquese la camisa —señaló sin amedrentarse por su brusquedad. Él consintió de mala gana. Se abrió la camisa botón a botón exponiendo el rudimentario vendaje que le rodeaba las caderas a la atenta inspección de los ojos femeninos.

—¡Virgen de Guadalupe! ¿Quién le abrió el tajo? —inquirió Benita horrorizada al atisbar el manchón de sangre que emborronaba el tosco vendaje que le cubría el torso. Rafael lanzó una elocuente mirada hacia Guadalupe. El indio supo interpretar la orden no pronunciada y arrastrando a Benita consigo salió fuera de la estancia.

Marcela no reparó en su marcha ocupada como estaba en empapar las flejas de algodón en la tisana de matagallos.

—Separe los brazos —indicó con el rostro inexpresivo pese a que en su pecho, su corazón palpitaba excitado. Le temblaban las manos cuando se inclinó para desanudar el vendaje. La cercanía de Rafael le provocaba una zozobra que no estaba segura de poder dominar. Al retirar la tela mugrienta alzó la mirada hacia el rostro masculino. Su torso estaba sembrado de cicatrices recientes—. ¿Qué le ha ocurrido? Estas heridas...

Se percató de que los ojos de Rafael se habían tornado oscuros y que las manos que apoyaba sobre la mesa apretaban con fuerza el reborde.

—Continúe —instó él intentando sortear el tema.

—Pero han debido ser heridas de gravedad ¿Cómo se las hizo? Respóndame, Rafael.

Pero él se mantenía encerrado en sí mismo, bregando consigo mismo. ¿Debía revelarle la verdad? ¿Serviría de algo?

—Se lo contaré a su debido tiempo.

Marcela se volteó para escurrir los flejes. Pero la visión de aquellas heridas permanecía retenida en su retina. Le era imposible no mirarlas atormentada. Respiró hondo para recuperar la serenidad y retomó la tarea. Inclínada sobre el torso moreno sus manos trabajaron eficazmente limpiando la herida sangrante. Rafael permanecía inmóvil con ambas manos apoyadas sobre la mesa y las piernas cruzadas con indolencia. Marcela le espiaba el rostro tratando de evidenciar si sus cuidados le provocaban molestia. Ningún gesto cruzó su rostro estoico.

—Hubiera necesitado sutura —confirmó Marcela aplicando ahora el yodo.

Rafael apenas atendió a sus palabras. La veía trabajar con el rostro concentrado en la tarea. Marcela se mordía el labio inferior cuando la tarea se volvía minuciosa. Le llegó el recuerdo de aquella primera cura en las estancias de los peones de Arroyo Negro. Lo embargó el desasosiego. ¿Había sido allí que había comenzado a amar a Marcela? No. Lo fue mucho antes, apenas la vio en casa de Melquíades, con su porte de señorita de la alta, distinguida, educada, delicada como las sedas que vestía. Él, al que nunca antes le habían interesado las mujeres por su naturaleza complicada, se había visto hechizado por aquella. Ya entonces había comenzado a amarla y pareciera que no pudiera dejar de hacerlo.

Su mirada hambrienta resiguió el reborde de su blusa. Allí estaba de nuevo el deseo. Un deseo doloroso, voraz, que le calentaba la sangre y lo mantenía despierto noche tras noche. Aquella insignificante porción de piel fijaba su mirada, lo mantenía atrapado y encendido. Ajena a sus tribulaciones, Marcela continuaba con la cura aplicando el emplasto de yodo. Le iba hablando aunque Rafael no atendiera a sus palabras sino al movimiento de sus labios.

—La revisaré mañana pero mejor manda a Benita a comprar algún remedio a la botica —decía mientras doblaba con cuidado el vendaje para cubrir la herida de nuevo.

—¿Por qué hace esto?

—¿El qué?

—Usted ya sabe. Pensé que había dejado de importarle.

—Eso no significa que le desee ningún mal.

—¿Y qué diría su prometido si la viera ahora?

La vio fruncir el ceño. Sus cejas marrones plegadas con elegancia sobre el puente de su nariz.

—¿Qué tendría que decir?

—Que no es propio de una dama andar con hombres medio encuerados.

—Estoy segura... ¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra bien? —se alarmó, equivocando el motivo de aquel arrebato.

—Marcela —pronunció su nombre en voz baja y torturada. Apoyó la frente en la suya con los ojos clavados en la miel de su iris. Marcela permaneció quieta con la mirada atrapada en sus ojos. Respiraba quedo y su aliento le acariciaba las mejillas. Marcela no se resistió cuando Rafael ubicó sus manos alrededor de su cintura, ni tampoco cuando la hizo apretar contra su cuerpo. Animado por su pasividad, las manos de Rafael zigzaguearon por su espalda hasta acomodarlas sobre sus nalgas. La acunó contra su erección sin dejar de mirarla. Con los ojos la retaba a rechazarle mientras hacía apretar las manos entorno a sus nalgas.

—Míreme, Marcela, míreme y dígame que ya me olvidó —ordenó Rafael sin alzar la voz.

Marcela tomó aire con una queda exhalación aferrada a la cinturilla de su pantalón. Los olores de su cuerpo llegaban nítidos a su nariz entremezclados con el emplasto de yodo abriendo puertas a unos recuerdos jamás olvidados.

Ella negó sin querer admitir su rendición. Pero su cuerpo temblaba, los pechos le hormigueaban y se mordía los labios para suplir la necesidad de sentir en ellos la boca de Rafael. Sintió el aliento húmedo de Rafael sobre su clavícula desnuda y volvió a sacudirse de deseo.

—Si quiere en este mismo momento la llevo al cuarto y le doy el gusto.

Percibió cómo la mano de Rafael se deslizaba bajo su pecho y su pulgar tanteaba su curvatura sobre la blusa. Apretó las piernas para contener el pulso de su excitación cuando Rafael le pellizcó los pezones.

—Grosero.

—Igual le gustó ¿verdad?

Rafael respiraba raspado contra su oído cuando sus manos se unieron sobre sus nalgas para acariciar con sus dedos la entrepierna femenina.

—Solo diga que sí.

Marcela cerró los ojos en un intento por reunir fuerzas para negarse a él. En ese instante, Chucho irrumpió en la estancia haciendo chochar la puerta contra la pared.

En su entusiasmo el *chamaco* no reparó en el embarazo de los dos adultos que se separaron con premura, ni en el juramento que Rafael escupió al aire.

—¡Por el camino vienen el padre Melquiades y Doña Perpetua! —anunció a voz en grito.

Marcela se escurrió a un lado para aplicarse las manos al rostro tratando de atenuar el calor de sus mejillas. Chucho se desbandó por la puerta trasera dejándolos de nuevo a solas. Rafael se colocó la camisa y la remitió por la cinturilla de su pantalón de faena. Por el rabillo del ojo observó a Marcela que se mantenía de espaldas con los brazos envueltos en torno al cuerpo. Silencioso se acercó a su espalda y cerró los brazos en torno a su vientre.

—Marcela —suspiró hundiendo el rostro en su cuello y buscando el calor de su piel con sus labios.

Ella se separó con un gesto brusco recuperada la cordura.

—No vuelva a tocarme —articuló con voz ahogada con afán de hacerlo enojar. Deshizo su abrazo con brusquedad para enfrentarlo. Lo prefería despótico y malhumorado. Era más fácil odiarle de ese modo. Aquel rechazo fue el culmen de la frustración de Rafael.

—¡No se mueva! —le advirtió cuando ella hizo amago de huir del lugar—. No se atreva a irse o le va ir muy mal—. Su voz resonó como un latigazo. Sus ojos destilaban una ira inusitada que la mantuvo paralizada—. Estoy cansándome, Marcela. Hasta ahora solo he recibido de usted reproches y acusaciones infundadas.

—Entonces, me iré para que mi presencia deje de molestarle.

—¿Para irse derechita a los brazos de su Leandro Calzada? Eso le gustaría ¿verdad?

—¿Lo dice usted, que se desapareció sin más noticias? ¿Que me engañó acerca de la naturaleza de sus sentimientos hacia mí? —expresó llena de amargura—. No sabe cuánto lo detesto, cuánto lo odio —pronunció llena de dolor y resentimiento.

Las voces de Benita y Guadalupe en el exterior interrumpieron la violenta escena. Marcela buscó el refugio de su cuarto envuelta en un mar de lágrimas. Rafael tuvo que contenerse para no seguirla. Su ánimo se había atemperado lo suficiente cuando Perpetua y Melquíades ingresaron en la casa. Los acompañaba Guadalupe, que arrastraba un baúl mientras Benita les iba hablando.

—¡Qué bueno verle, padre! ¿Trae su agua bendita para darle la espantada a la Gringa?

—¿Pero que tonterías dices, muchacha?

—Pos eso, padre, que Doña Gringa no se quiere ir con Jesusito y anda fastidiando por aquí. Mire, se me escaman hasta las patas solo de hablar de ella.

—Ya deja tus bufonadas —intervino Perpetua mientras entraban el resto de las cosas de la carreta.

Rafael aguardó unos segundos más antes de irles al encuentro. La aparición del campero hizo que Perpetua se abalanzara sobre él muerta de ansiedad.

—Entonces ¿la encontró? ¿Cómo está ella? No me tenga en esta angustia. ¡Dígame!

—Vaya a buscarla a su cuarto, allá debe de estar —respondió Rafael de malas. Su rostro huraño se volvió hacia Benita—. Acompáñala —chirrió haciendo que la doméstica saltara sobre sus pies.

Ambas desfilaron hacia una de las alas de la casa. Ninguna se atrevió a hablar hasta haber dejado atrás a Rafael.

—¿Y a este qué le pasa?

—Desde que llegó hay que andarle de puntillas.

—¿Y mi Marcela cómo está? Dime.

—Flaca.

—¿Flaca? ¿Solo se te ocurre eso?

—Espérese y le digo más. Cuando el Rafael la trajo venía toda desastrada, tal pareciera que la hubiera arrastrado por medio Bajío. Dígame ¿qué fue lo que pasó?

—¿Acaso no te contaron?

—No me atreví a preguntar porque usted siempre me anda diciendo que soy una bocona y que no me meta en cosas de patrones. Ande, no sea malita y cuénteme.

—Está bien, pero mucho cuidado con irte de la lengua. —La mestiza alzó una mano aplacando la protesta de la doméstica—. El Arístides se robó a mi niña allá por la capital.

—¿¡Se la robó!?

—¡Chitón!

—¿Y por qué o que?

—Pues por pura maldad.

—No me diga que le hizo daño a la señorita.

—Si se atrevió a tocar a mi niña ahora que anda preñada, el Rafael ha debido de quebrarle hasta el alma.

—Pos eso sí —concordó Benita que, algo confusa, se detuvo para poner sus pensamientos en orden—. *Entos*, ¿la niña Marcela anda embarazada? ¿Así, sin casorio ni nada?

Perpetua confirmó con un gesto.

—Pero que no se te vaya escapar de esa bocota.

—Cuénteme ¿de quién es el bebecito?

—Mira que eres burra, ¿pues de quién crees?

—Pos quién sabe ¿es por eso que el Rafael está todo encorajinado?



—¿Para qué te dio Dios cabeza? Ese niño es del Rafael y de nadie más.

—¡Ay, bueno! ¿Y ahora lo defiende? Antes no le caía tan bien.

—Pues cambié de parecer.

Marcela esperaba en su cuarto la llegada de Perpetua. Al cruzar esta la puerta, se lanzó a sus brazos y dio rienda suelta al llanto contenido que Perpetua consoló con ternura.

—A ver, mi niña, déjame verte la cara —dijo secándole las lágrimas—. ¿Qué fue lo que te hizo ese malparido?

—Nada —mintió, reacia a hablar de su secuestro—. Rafael lo mató.

—Era lo que se merecía.

—Pero ¿cómo supiste que estaba aquí? —hipó restregándose los ojos con las manos.

—Le hice prometer al señor Rafael que me mandaría un telegrama tan pronto supiera de ti. El recado me llegó ayer en la mañana y tan pronto supe me vine para San Miguel. El padre Melquíades me acompañó hasta acá. No sabía que esta casa era del Rafael —expuso recorriendo con brevedad la estancia—, pero ya veo que él siempre va con un pie por delante de los demás.

—Perpetua, me tienes que ayudar. Rafael quiere quedarse con mi bebé. Tengo que irme de este lugar.

—¿Irte? ¿Y como a dónde? ¿Quieres regresarte con tus tíos? ¿Es eso?

—No, eso no.

—¿Con tu prometido? Ese hombre te quería como adorno, pero ahora que se te estropeó el pelaje seguro no le interesas tanto.

—Antes te agradaba —le recriminó dolida.

—Pues me vas a perdonar, mi niña, pero ahora que eres mercancía «dañada», seguro que no le interesas tanto.

—Si no me ayudas, me voy sola.

—¿Te das cuenta de las tonterías que dices? —Farfulló la mestiza

sorprendida con su desafío. Marcela estaba cambiada, ya no era la niña acobardada por la vida—. ¿Qué hay de malo en el señor Rafael?

—¿Y tú lo preguntas? Sabes cuánto sufrí por sus mentiras. ¡No volveré a caer en ellas!

—¡Vaya que eres orgullosa! ¿Acaso no han hablado ustedes dos?

—No hay nada que decir.

—Muchacha terca, siéntate y escucha.

—¡No! No hay nada que pueda hacerme cambiar de opinión.

—Pues quédate de pie pero ¡de que me escuchas, me escuchas! Rafael no te abandonó, no, no pongas esa cara de limón exprimido, fue así. El padre Melquíades me contó y él no puede mentir. ¡Qué mal lo juzgamos, mi niña!, no sabes cuánto me arrepiento.

—Habla por ti —interrumpió Marcela molesta con la repentina lealtad de su nana hacía el causante de sus desventuras.

—Calla y escucha —le espetó la mestiza sin el menor ápice de delicadeza—. Al Rafael y al resto de sus hombres les cayeron encima en San José. ¿Y adivina qué? Fue tu tía María Fernanda quien lo urdió todo, ella y ese malnacido de Arístides.

—¿Qué dices? —inquirió. Sus ojos ambarinos reflejaron el estupor que aquella revelación le produjo. Ahora sus pensamientos parecían discurrir ante sus mismos ojos con un nuevo discernimiento. Perpetua guardó silencio dejando que Marcela asimilara sus palabras. Su muchacha no era dada a enconcharse cuando se la hacía razonar con argumentos sólidos.

—Benita me contó que Chintolo y Benito Juan murieron en un tiroteo y Arístides afirmó haber acabado con Rafael, ¿fue así? —pronunció meneando la cabeza pues la muerte de aquellos hombres le parecía aún inverosímil.

—Sí, ese cochino de Arístides les tendió una celada y les cosió el pellejo a plomo. También a tu Rafael. ¿O qué no te has dado cuenta lo flaco que anda? Guadalupe le contó al padre Melquíades que sufrió de fiebres porque tenía la sangre emponzoñada por las heridas. Ya ves, mi niña, él no pudo regresar por

ti porque no se tenía parado.

Marcela negó con la cabeza. Esta vez sí buscó acomodo sobre una silla pues le parecía que el suelo bailaba bajo sus pies. Tragó saliva al notar la garganta contraída.

—Pero podía haberme escrito, hacérmelo saber de alguna forma.

—¿Y como para que? ¿Para qué tus tíos lo descubrieran cuando apenas podía defenderse?

—Continúa —urgió con voz crispada.

—Cuando le regresaron las fuerzas lo primero que hizo fue ir en tu busca ¿y qué crees? Tú ya andabas de prometida con otro.

—¡Yo no sabía! —replicó, agobiada por la culpa y los remordimientos—. No sabía —reiteró.

—Pues eso sí. Estabas dolida y creías lo que no era porque así te lo hicimos creer, pero ya ves, mi niña, todos andábamos equivocados. Rafael te quiere de a derecho.

—¿Cómo puedes saberlo? Quizás solo quiera vengarse de mis tíos, quizás solo quiera a mi bebé y a mí ya no —expresó Marcela, que se aferraba con tenacidad a sus argumentos.

—Si lo vieras como yo lo vi cuando lo encontré... ¡Ay, niña!, no creerías en el estado en que estaba. —La mestiza se estremeció ante el recuerdo de su encuentro en Querétaro y le regresaron las ganas de persignarse—. Parecía más bestia que hombre. Tu rechazo le golpeó el coraje bien fuerte. ¿Por qué lloras? ¿No escuchas lo que te estoy contado? El señor Rafael te quiere.

Marcela sacudió. Temía creer, verse de nuevo vencida por una falsa esperanza.

—¡Oh, Perpetua! No me atrevo a creerlo. No sabes las cosas tan horribles que le dije. Dejé que creyera que había aceptado a Leandro Calzada para salvar las apariencias, que estaba conforme con ese matrimonio —declaró turbada. No solo eso, sino que había gritado a los cuatro vientos el odio que le inspiraba.

—Pero fueron tus tíos quienes te lo impusieron. ¿No le contaste eso? —Y ante la negativa de Marcela chascó la lengua.

Perpetua le dio unos momentos para serenarse. Se dirigió hacia la jofaina y vertió un poco de agua en ella.

—Ven a lavarte la cara y a ponerte algo bonito. Te sentirás mejor cuando te veas linda y arreglada.

Marcela asintió y se acercó al lavamanos porque necesitaba tiempo para pensar en las revelaciones de Perpetua. El agua fresca la alivió el rostro congestionado, pero no aplacó la angustia de su pecho. Volvió a humedecerse la piel en tanto Perpetua rebuscaba entre los escasos enseres del cuarto.

—¿Que no tienes un peine por acá? No importa. Le diré a Benita que entre tus cosas. Te traje todos tus vestidos. Ni preguntes cómo. Cuando desapareciste, la casa de tus tíos era como gallinero con tanta gente entrando y saliendo. Me aproveché para llenar tus valijas y las escondí en la despensa. Apenas me llegó el recado del Rafael alquilé una carreta y las saqué de la casa sin que nadie supiera.

—¿Y a Leandro? ¿Lo viste? ¿Supiste algo de él?

—Sí, sí. En los primeros días se paseaba como alma en pena. No te voy a mentir, parecía preocupado, contrató hombres para buscarte y hasta ofreció una recompensa. Pero cuando comenzó el chisme de tu secuestro por toda la capital como que se le pasaron las ganas de encontrarte.

—Me alegro —manifestó de corazón. Leandro Calzada se vería aliviado de no tener que desposar a una mujer cuya honra quedaría señalada de por vida.

—Tu tío en cambio...

—No quiero hablar de mis tíos —acotó secándose el rostro con un paño.

—Pues no hablamos. A ver, mírame. Ya te ves mejor. Ahora ¿por qué no vas a ver al padre Melquíades?

Rafael agradeció quedarse a solas con el padre Melquíades cuando este le pidió le mostrara la casa.

—Has hecho una buena compra. Es un buen lugar para establecerse — aseguró el anciano alzando la mirada hacia el techo—. Aunque no me agrada la cercanía de los Montemayor.

—¿Acaso no tengo el mismo derecho que ellos a habitar estas tierras? — increpó rabioso.

—No he querido decir eso.

—Fue idea suya que me estableciera —prosiguió alterado.

—¡Por Dios, Rafael! ¿Qué tienes?

—Salgamos. Le cuento afuera —mascullo tratando de contener una ira que sabía injusta.

Al salir, caminaron en silencio en dirección a los corrales. Allí se detuvieron mientras Rafael arrancaba una brizna de hierba y la mascaba entre los dientes intentando hallar las palabras justas.

—Maté a Arístides Rosales. Quería que lo supiera.

—¡Válgame el Señor!

Rafael inclinó la cabeza con el ceño apretado pateando una pequeña piedra con la punta de su bota.

—Fue un accidente, pero no puedo arrepentirme de ello.

—Rafael...

—No, padre, no me vaya a decir. No me estoy confesando. Cargaré con esa culpa con gusto. Solo quiero pedirle que rece por su alma.

—Lo haré, y también rezaré por ti. Arístides era un hombre mezquino que hizo sufrir a los que lo rodeaban. Espero que su alma pueda encontrar la paz —pronunció con afectación colocando una mano sobre su hombro ancho—. Y también espero que la carga que te has echado sobre los hombros no sea demasiado pesada ni fuerce tu alma a la destrucción.

—Descuide, padre —aseveró este con firmeza.

—En cuanto a la señorita Fonseca ¿cuáles son tus planes para con ella?

La pregunta hizo que el gesto de Rafael se torciera. Su relación con Marcela andaba de mal en peor, ni siquiera podía responder a aquella

pregunta sin miedo a errar.

—Ya veremos —gruñó dubitativo.

—¡No puedes tenerla acá, así no más! Cuando se sepa en San Miguel se va a formar un escándalo.

—¡Pues que se forme! —afirmó vehemente.

—¡Ay, Rafael! ¿Es que nunca vas a cambiar? La peor parada será la señorita Fonseca. ¿No te das cuenta? Vas a acabar con su reputación.

—Es un poco tarde para preocuparse por eso ¿no cree?

Pesaroso, el padre Melquíades sacudió la cabeza.

—Continuemos —suspiró retomando la marcha.

Rondaron alrededor de los corrales en silencio, cada uno concentrado en sus propios pensamientos.

—Casi lo había olvidado. Recibí una carta de la capital —recordó Melquíades de súbito, rebuscando en los bolsillos de su sotana y tendiéndosela.

—¿Qué dice? —interrogó Rafael extendiendo el papel para una primera ojeada.

—Requieren tu presencia para acreditarte ante el notario como hijo de Víctor Ugalde.

La noticia no agradó a Rafael. Apenas había encontrado a Marcela, no quería tener que separarse de ella cuando las cosas andaban revueltas y su empeño no era otro que regresar junto a Leandro Calzada.

—¿Tiene que ser ahora?

—¿Pues cuando si no?

Rafael respondió con un gruñido ante la lógica de aquellas palabras. En ese momento la brisa arrastró el sutil aroma de un perfume femenino que Rafael había aprendido a reconocer muy bien. Como un resorte, su cabeza se alzó para mirar al frente. Marcela se acercaba proveniente de la casa. Instintivamente su mirada se veló ante la sospecha de que ella intentara recurrir a la ayuda del padre Melquíades. Sin ningún preámbulo Rafael se

adelantó para interponerse entre ella y el párroco.

—¿Qué hace acá?

La destemplanza de su recibimiento hizo que la seguridad de Marcela se evaporara.

—Quería saludar a Don Melquíades —pronunció indecisa.

Rafael la estudió de pies a cabeza con evidente desdén.

—Espérese en la casa.

—¡Rafael, por Dios! —Se escuchó a exclamar al párroco, que avanzó hasta ambos. Marcela tomó su mano y la estrechó con gran cariño—. ¡Mi querida señorita Fonseca! Qué gusto verla sana y salva.

Marcela respondió a sus palabras con una sonrisa de sincero afecto en tanto besaba la mejilla del anciano.

—¿Cómo ha estado, padre?

—Bien, bien. Y veo que usted también lo está. He tenido el alma en vilo desde que supe de su secuestro.

La sonrisa de Marcela vaciló ante el recuerdo de los días vividos a manos de Arístides Rosales y de los que poco a poco se recuperaba. ¿Le habría contado Rafael el destino del capataz? De reojo espió la oscura figura del campero.

—El señor Rafael expuso su vida para salvarme —aseguró.

Su docilidad no convenció a Rafael, que la aferró de un brazo para hacerla voltear.

—¿Está buscando que el padre Melquíades la ayude a escapar?

Marcela apenas se acostumbraba a bregar con el carácter impetuoso de Rafael pero ya no sentía miedo de su destemplanza.

—Yo ya no me quiero ir de su lado, Rafael. —Sintió el peso de la mirada de él y su desconfianza ante aquel nuevo cambio.

—¿A qué está jugando ahora? Si este es una nueva treta de usted para...

—No, no piense eso. Lo que he dicho es cierto, Rafael. No me quiero ir de su lado —reconoció con un hilo de voz si atreverse a enfrentar su mirada,

porque le avergonzaban todas las cosas horribles que se habían dicho y que ahora pesaban sobre su conciencia.

—No la creo —le escuchó sisear.

Marcela lo buscó con la mirada, pero en sus ojos solo descubrió un muro glacial. Sin más preámbulos Rafael le dio la espalda y se echó a andar hacia los establos. Marcela lo vio marchar con un suspiro pesaroso.

—Disculpe su rudeza, querida.

—No hace falta que lo disculpe, padre, merezco cada una de esas palabras —aseguró con contrición.

—¿Por qué dice eso?

—Rafael ya no confía en mí. Le deje creer que acepté casarme con Leandro Calzada para salvar las apariencias, que lo prefiero a él. Pero no es verdad y tengo miedo de que haya dejado de quererme.

—¡Pero qué tonterías se le ocurren! ¡Mire este lugar! Rafael lo compró por usted, solo por usted.

—Él ha hecho tantas cosas por mí y yo solo... solo —balbució con la voz a punto de quebrarse—. ¿Cómo pude equivocarme tanto con él?

—Todos lo hicimos y si usted actuó así, fue inducida por todos nosotros, que la convencimos de ello —matizó el clérigo—. Rafael ha demostrado poseer una gran nobleza.

Caminaron por la vereda del jardín hasta alcanzar los huertos de duraznos, perales y manzanos. Era un lugar plácido envuelto en los aromas de los árboles frutales y el tibio sol de la mañana.

—¿Hay alguna noticia acerca de mis tíos? —abordó Marcela.

—Me llegó el rumor de que regresaron a la hacienda. Será cuestión de tiempo que sepan que está usted aquí. Vamos, vamos, no vaya a angustiarse. Ya ha recibido demasiados sobresaltos en estos días. Ahora toca serenarse y complacerse de la dicha que crece en su vientre.

Las palabras del padre Melquíades solazaron a Marcela que, de manera inconsciente, apretó las manos alrededor de su vientre.



—¿Quién le contó?

—Perpetua. Un hijo es el mayor de los dones, querida. Alégrese por ello.

—Lo estoy, padre —aseguró.

De pronto se vio asaltada por un apetito voraz. Su embarazo alternaba estadios de desgana con episodios de apetencia aguda.

—¿Tiene apetito?

—No, pero ya veo por qué lo pregunta. Ande, vaya mientras yo acabo de verlo todo.

Más animada, Marcela cruzó hacia la casa. Entró en la cocina, donde encontró a Benita y Perpetua muy atareadas preparando la comida.

—¿Qué se le antoja para hoy, niña?

—Mole poblano —respondió de inmediato.

—¡Uy, niña!, eso va estar harto difícil. No sé ni por dónde empezar, pero si usted me dice...

—Yo puedo hacerlo.

—¿De veras? ¡Échele! ¿Qué necesita?

—Chocolate amargo, chile, canela, clavo, nueces, plátano, ajo, cebolla, ajonjolí y una pizca de de pimienta —recitó de memoria.

—Pues yo le busco todo, incluido el pavo y hasta le dejo mi mandil para que no se ensucie esa ropa tan bonita. ¿Y ahora quién tomó mi cuchillo? Lo tenía justo acá —se quejó Benita.

Rebuscaron por todos los rincones de la cocina desistiendo al cabo.

—Han de ser cosas de la Gringa —se convenció Benita.

—¡Deja las ánimas en paz! —exclamó Perpetua.

—No grite, no vaya a hacer enojar a la Gringa. Le voy hacer un altar de muertos y allá le voy a poner flores, tequila y tacos para que se contente.

—Mejor te pones a trabajar y das un descanso a esa boca que tienes.

La mañana pasó muy deprisa envuelta en actividades culinarias, olores y condimentos. Cuando la comida estuvo lista, Benita hizo repiquetear la campana para llamar a los hombres, que acudieron al tropel.

Se sentaron a la mesa desprovista de mantel y pobremente adornada con alguna flor del jardín. Marcela aguardaba de pie con el mandil de Benita entorno a las caderas. El calor de los hornos había dotado a sus mejillas de un favorecedor sonrojo que no pasó desapercibido a Rafael.

—Usted siéntese acá, Rafael —le indicó con suavidad señalando la cabecera de la mesa.

Él acató su invitación con la convicción de que Marcela se proponía volverle loco. La observó mientras Marcela se encargaba de servir los platos.

—¿Está bien así? —inquirió atenta cuando le llegó el turno.

—Sí —farfulló, ocultando su perplejidad ante aquel despliegue de devoción.

—Espero que le agrade.

Los hombres se lanzaron sobre la comida sin miramientos, saboreando con deleite su mole poblano. Marcela tomó lugar frente a Rafael en uno de los extremos de la mesa. Comió en silencio mientras los hombres platicaban de sus cosas sin prestarle atención, pero Marcela no se sentía excluida, la entretenía escuchar el ritmo pausado de su plática que se desenvolvía entre el ruido de los cubiertos y las bocas masticando. Marcela los observaba con disimulo hasta percibir la mirada de Rafael fija en ella.

—¿Ocurre algo, señorita Fonseca? ¿La aburre nuestra plática?

—No —susurró sobresaltada—. Me entretiene, en realidad —puntualizó recomponiéndose cuando todas las miradas convergieron en su persona.

La interrupción hizo que la conversación cesara durante unos segundos, lo que impulsó a Silverio a hablar.

—Benita, mis felicitaciones por la comida —apuntó Silverio con la boca llena—, hoy roza el cielo.

—No hay más mérito que el de la niña Marcela. Ha sido ella quien ha guisado hoy —apuntó la doméstica, haciendo que todas las miradas regresaran a la joven—. ¿A poco no?

—Pues mi enhorabuena, señorita. Todo sabe a gloria.

Las adulaciones de los camperos la hicieron enrojecer de placer. Los hombres retomaron la plática, incluido el padre Melquíades. No se entretuvieron demasiado tras apurar sus platos. Se retiraron todos de golpe, poniéndose de pie y haciendo resonar sus botas tras degustar un café de olla.

Benita se aplicó en la tarea de recoger los trastos en tanto Perpetua los lavaba en la pila. Chucho remoloneaba entorno a la entrada aburrido ante la falta de actividad.

—Dime Chucho ¿no vas a la escuela? —se interesó Marcela al verlo.

—No.

—¿Y por qué no?

Una expresión turbia cruzó el rostro chato del niño.

—No quiero que los demás se anden riendo de mí.

—¿Y eso por qué?

—Porque soy burro.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La Morocha me lo decía todos los días.

—¿Sabes leer?

—No.

—¿Sumar y restar?

—No. Ya le dije que soy burro.

—Nadie nace sabiendo. Debes aprender. Todo hombre de provecho tiene que saber leer y escribir.

—Ya le he dicho que soy *menso* —replicó el niño sacudiendo la cabeza con resignación—. Y así me voy a quedar.

Marcela se arrodilló y lo tomó de los brazos para mirarle.

—Cualquiera puede aprender.

—No sé... No me gusta la escuela.

—¿Qué te parece si yo misma te enseño aquí, en la casa?

—¿Usted? —inquirió el niño sorprendido.

—Si quieres.

—No sé. Antes quiero decirle al señor Rafael —meditó dubitativo—. A lo mejor no quiere.

—Ya verás que sí. Déjalo de mi mano.

—¡Mire! —exclamó Chucho señalando a su espalda. El cuchillo de Benita se hallaba clavado en la tierra seca de una maceta. Chucho lo había visto por pura casualidad. El niño hizo amago de retirar el filo de la tierra pero Marcela lo contuvo.

—Mejor déjalo —opinó con resquemor, pues su educación católica no le impedía respetar las supercherías.

Benita achacó el hecho a Doña Gringa y a la hechicería. Llena de aprensión corrió en busca del padre Melquíades aferrada a un crucifijo.

—Segurito se le cayó a ella y ahora anda como loca grita que te grita —suspiró Perpetua reclinada en una de las sillas de la cocina. Perpetua sabía que un cuchillo clavado en la entrada de una casa servía para proteger a sus moradores de los enemigos. Si todo aquello había sido obra de la Gringa al menos contaban con su favor—. ¿Y tú? Te arrastras más que andas, mejor vas a echarte una siesta. Tanto querer impresionar al Rafael te acabó las fuerzas.

Marcela no discutió, pues verdaderamente estaba agotada. Recorrió las estancias vacías de la casa deteniéndose en cada una de ellas. Ahora miraba los cuartos de distinta forma, imaginándose el tipo de decoración que quedaría bien en cada rincón o un nuevo color para sus paredes. Después frunció el ceño. Antes de fantasear tenía que hablar con Rafael y aclararle todo.

Al llegar al cuarto se desplomó sobre la cama luego de haber echado los postigos y durmió el resto de la tarde como una bendita. Soñaba que veía una mujer cuyo cabello rojo flotaba sobre ella. Sus puntas le rozaban el rostro. Ella intentaba evitarlas volteando la cabeza sobre la almohada en tanto la mujer reía. Con el corazón agitado se sentó sobre los cobertores y observó aturdida la habitación en penumbra tratando de calcular la hora. La luz del sol apenas tenía fuerzas para colarse entre las rendijas.

Perpetua llamó a la puerta justo en ese instante, como presagiando su

sobresalto. Pasó cargando una bandeja de madera que depositó en la mesilla.

—¿Es tarde?

—Ya casi anochece.

Marcela se dio cuenta de que estaba hambrienta al detectar el olor del chocolate y el pan dulce. Hizo amago de levantarse pero Perpetua se lo impidió colocándole la bandeja sobre las piernas.

—Mejor quédate ahí y sigues descansando —le dijo mientras le acomodaba las almohadas—. El padre Melquíades te trajo una de sus novelas para que te entretengas. Y ahora come.

Marcela agarró un pan dulce y lo empapó en el chocolate recién hecho.

—¿Ya se fue?

—Hace rato. Rafael y Guadalupe lo acompañaron.

Marcela siguió comiendo con lentitud, sorbiendo de vez en cuando el chocolate batido con molinillo mientras sus pensamientos se encadenaban.

—¿Crees que regresará tarde? —preguntó pensando en Rafael. La impacientaba aquella zozobra. Necesitaba hablar con él.

—¿Y cómo voy a saber? Pero no te preocupes. Yo me quedo al pendiente ¿así te quedas más tranquila?

Fiel a su palabra, Perpetua aguardó en la cocina entretenida con la costura. De vez en cuando hacía un alto en su tarea para mirar alrededor. Satisfecha, sonreía. Aquel sería un buen lugar para vivir. Su niña sería feliz. A Marcela nunca se le había dado bien aquello de adaptarse a las nuevas situaciones, pero últimamente la sorprendía con su resolución.

Se escuchó un resuello que la hizo voltear la mirada. Benita, empeñada en hacerle compañía, dormía echa una piltrafa con la cabeza apoyada en la mesa. Sus ronquidos insinuaban un sueño profundo que no se alteró cuando Guadalupe y Rafael cruzaron la puerta bien entrada la noche.

A Perpetua le agradó comprobar que el tono de Rafael era templado y que, pese a las apariencias, el hombre no estaba tomado. Silverio le había referido

que Rafael no era dado a los tragos. Perpetua no había podido evitar pensar en su lamentable estado cuando lo encontró en la capital. Verlo degradado y embrutecido por el alcohol la había impresionado. No deseaba encontrarse de nuevo con aquel Rafael.

—Marcela lo anduvo esperando. —Un insólito gesto le alzó las cejas del campero. El gesto le trajo a la memoria a Delphina. No había muchos rasgos de su amiga en él. Salvo quizás sus cabellos negros, su piel cetrina y aquel gesto de cejas. Perpetua recordó que Delphina solía hacer lo mismo cuando algo la tomaba por sorpresa—. Cuando le hace así se parece a su madre.

—¿Qué sabe de mi madre?

—¿Acaso Marcela no le dijo? Su madre, que en paz descanse, y yo estuvimos sirviendo en Arroyo Negro, era por entonces mi mejor amiga. Era una mujer muy alegre, le gustaba reír a todas las horas. Creo que fue eso lo que enamoró a... bueno, a Don Víctor.

—¿Se refiere usted a mi padre? —De repente la mirada azul se había tornado peligrosa.

—Ajá.

—Dicen que me parezco a él.

—Y es verdad. Cuando lo miro a usted, lo veo a él. Espero que, al contrario que su papá, usted sí le cumpla a mi niña. Ahí la tiene en el cuarto esperándole.

La mirada del campero se trasladó hacia el rostro de Guadalupe. El indio se limitó a encogerse de hombros. En su opinión el mundo estaba lleno de mujeres como para dejarse matar por una. Y si lo que Rafael quería era una muchacha de la alta, le sería muy fácil conseguirse una o todas las que quisiera ahora que ya tenía apellido ilustre del que presumir. Pero no se inmiscuiría en sus decisiones. Al fin y al cabo, Rafael siempre hacía lo que le venía en gana.

—Iré a verla —dijo cruzando la estancia.

Perpetua no se opuso a ello sino que asintió satisfecha antes de comenzar a recoger sus chivas.

—¿Y ahora por qué le cae bien el Rafael? —indagó Guadalupe con desconfianza al quedarse a solas.

La mestiza le dedicó una mirada por el rabillo del ojo sin interrumpir la tarea.

—Porque salvó a mi niña y porque la quiere de a derecho. ¡Benita, despierta! —rezongó sacudiendo el hombro de la muchacha—. Duermes como tronco.

—¿Qué pasó? —farfulló la muchacha restregándose los ojos—. ¿Ya nos vamos a dormir?

Rafael atravesó la casa vacía hasta detenerse ante la puerta de Marcela. Un resquicio de luz se colaba bajo la misma dando a entender que su moradora aún estaba despierta. Al entrar, sin embargo, descubrió que Marcela dormía con la cabeza ladeada sobre la almohada. Un grueso libro pendía de sus manos, a punto de precipitarse sobre el piso. Indeciso, permaneció inmóvil. Sus ojos se vieron atrapados por el rítmico movimiento de su respiración. Una corriente de posesiva lo recorrió de pies a cabeza. Aquella mujer dominaba su pensamiento y también su existencia. Aquella emoción le impedía apartar la mirada de ella. Reconoció con pesar que su destino estaba ligado a Marcela. En silencio, cerró la puerta y echó la llave. Con la mirada fija en la muchacha, sus manos buscaron los botones de su camisa. Le siguieron sus pantalones de jerga y botas. Sin apenas ruidos, cruzó el cuarto camino del excusado donde se aclaró la boca, se restregó las axilas y el torso con el agua jabonosa del lavamanos.

Marcela abrió los ojos sobresaltada cuando una mano se deslizó entre sus piernas. Por unos segundos la profundidad de su sueño la mantuvo desubicada. Espantada se vio de nuevo en poder de Arístides, sometida a su bajeza. Trató de incorporarse y escapar de su contacto.

—Cálmese. Soy yo —susurró una voz con la nariz pegada a su oreja. Aliviada, Marcela se aflojó entre los brazos del hombre.

—¿Rafael, qué hace? —protestó al sentir sus dedos manipular el cordón de

su calcillas hasta colar sin mayor dificultad una mano bajo ellas. Marcela cerró los ojos reteniendo la sensación de sus caricias en su entrepierna. Durante noches enteras se había torturado recordándolas, anhelándolas, sintiéndose culpable por ello, pero ahora que no existía en su cabeza ninguna duda moral acerca de sus sentimientos, se permitió deleitarse en aquel éxtasis.

—¿Quiere que le explique? —entonó Rafael con voz oxidada hurgando entre sus pliegues. Con la boca mordisqueó con levedad los tendones de su cuello. Había imaginado una lucha titánica antes de llegar a aquel punto, pero Marcela se mostraba misteriosamente complaciente. Rafael le observó el perfil desde su posición, Marcela gimió inflamada cuando la penetró con sus dedos.

—Marcela...

—No hablemos —suplicó ella con voz ahogada

—Entonces, no hablamos —se conformó él abriendo la boca sobre su hombro para lamerle la piel en tanto le tiraba de la camisa de noche. Con manos ávidas le acarició los pechos. Los suspiros se convirtieron en gemidos cuando Rafael los masajeó con las palmas abiertas. Del tirón Rafael la encajó las nalgas contra su abdomen y la hizo voltear el rostro. Cuando sus bocas se encontraron compartieron un beso impetuoso de lenguas enredadas y respiraciones excitadas. Con apremio, Rafael dirigió su verga entre las nalgas femeninas. Penetró en Marcela con la mirada clavada en el perfil de su rostro, donde sus párpados se mantenían cerrados. El relieve de su iris se intuía bajo la finura de su piel en tanto sus labios se separaban en un gesto anhelante. Marcela cimbrea las caderas tratando de alojarlo. Rafael se alzó sobre su antebrazo para completar el acoplamiento. La sostuvo de las caderas tomándose un instante para recuperar el pulso antes de comenzar a pujar. Marcela gemía con cada impulso de sus embates, lo buscaba con las manos vueltas hacia atrás tanteando con torpeza su espalda y nalgas.

—Dígame que no me olvidó —requirió Rafael con voz umbrosa al sentir cómo la cavidad femenina lo confinaba.

—Jamás.



—Que soy el único —pronunció mientras la punta de su lengua se internaba en la tibia cavidad de su oreja.

—Solo usted —aceptó Marcela. Su voz se escuchaba apagada por los cobertores. Rafael sostuvo sus pechos pesados por la preñez. Los friccionó con suavidad con sus pulgares, conocedor del placer que eso le provocaba.

Marcela apretó los labios para contener sus gemidos, que de otro modo se extenderían por toda la casa despertando a sus moradores. Con voz entrecortada apremió a Rafael hasta que sus movimientos se hicieron más profundos y veloces, haciendo golpear su abdomen plano contra las nalgas femeninas. Los jadeos de Rafael se unieron a sus sollozos cuando su simiente inundó el cuerpo femenino. Se mantuvo erguido sobre sus antebrazos mientras su cuerpo se sacudía con el orgasmo. Se desplomó a un lado buscando a ciegas el cuerpo de Marcela para estrecharlo contra su costado.

Marcela se giró entre sus brazos, con una sonrisa estudió sus rasgos relajados.

Las oscuras pestañas descansaban sobre el párpado inferior proyectando una ligera sombra sobre sus pómulos. Con la mirada Marcela resiguió el contorno de su nariz afilada, bajo ella, sus labios se estiraban en un gesto de complacencia. Más abajo, su mentón se proyectaba hacia el techo mientras su nuca descansaba sobre el colchón. Con timidez, Marcela apoyó una mano sobre su pecho moreno para sentir la aspereza de su vello antes de alcanzar la cicatriz de su costado. El contacto hizo que los ojos de Rafael se abrieran y la buscaran en primer término.

—¿Por qué cambió de opinión? —quiso saber. Marcela emitió un quedo suspiro. La cercanía de su rostro le permitía ver las finas arrugas que se dibujaban alrededor de sus párpados y junto a la comisura de sus labios—. Apenas hoy quería irse.

—Pues ya no.

—¿Y qué la hizo cambiar de opinión? —insistió.

Marcela se alzó para cubrirse el cuerpo con la sábana.

—Perpetua me contó la verdad. Que estuvo a punto de... morir y que mis

tíos fueron los responsables. Ahora sé que hizo todo lo posible para cumplir su palabra —profirió con voz torturada.

—Cuando la busqué usted andaba comprometida con Leandro Calzada —le reclamó celoso, estirando una mano hasta alcanzar uno de los almohadones de algodón y acomodárselo bajo la cabeza—. ¿Quiere que le cuente cómo me sentí cuando lo vi besándolo? ¿Cuando ese cerdo la tocó delante de mis narices?

—Lo siento. Perdóneme. Lo hice por despecho, porque sabía que usted estaría observándonos. Quería castigarle, demostrarle que no me importaba. Pero no es cierto, no lo es —confesó afectada—. Cuando mis tíos me encerraron en el convento todos me aseguraron que sus sentimientos por mí habían sido fingidos, que solo buscaba vengarse de mis tíos. Lo esperé, lo esperé día y noche, ansiando su regreso, rezando por volver a verle, pero no hubo más noticias tuyas —su voz se apagó con una exhalación—, y yo acabé por creerles.

Con un movimiento expeditivo Rafael volteó el rostro. Un furor salvaje iluminaba sus ojos.

—Mi amor por usted nunca fue fingido.

—¿Por qué me salvó de Arístides si tan decepcionado estaba conmigo?

—Porque usted es mía. Porque la amo. Porque no quiero vivir sin saberla a mi lado. Porque cada vez que cierro los ojos la veo a usted. Porque la quise aquella primera vez en la casa del padre Melquíades, porque la quiero desde entonces a pesar de todo, a pesar de todos.

—¡Oh Rafael! —prorrumpió mientras las lágrimas regresaban a sus ojos. Lo besó haciendo apretar el rostro contra sus labios—. Quiero que sepa que si accedí a casarme con Leandro Calzada no fue por lo que le dije —le participó trémula—. Cuando supe de mi embarazo me daba igual mi ruina social y lo que mis tíos opinaran. Nada me importaba salvo mi bebé.

—Entonces ¿por qué se prometió con ese pendejo? ¿Se enamoró de él? ¿Fue eso?

—¡No! Mis afectos jamás sobrepasaron los límites de una amistad cortés,

créame.

Rafael silenció sus propios reproches porque su comportamiento en la casa de asignación había sido una orgía de alcohol y mujeres mil veces peor.

—Mi tío amenazó con hacer desaparecer a mi bebé si no aceptaba la propuesta de Leandro. —Su voz se quebró con un trémulo quejido—. No tuve más remedio que fingir ante todos.

—¡Carajo, Marcela! ¿¡Por qué mierda no me dijo eso antes!? —se enfureció.

—Porque sentía coraje y porque no estaba segura de sus sentimientos hacia mí.

—¿Mis sentimientos? ¿Acaso no se lo dejé claro?

—Temía que solo me quisiera por lo del bebé.

Rafael la rodeó con sus brazos apretándola contra su pecho hasta que sus costillas amenazaron con quebrarse. Le apartó el pelo del rostro para mirarla.

—Le prometo que sus tíos pagarán por todo —aseveró antes de besarla con fiereza—. Desde este día usted está bajo mi protección. La defenderé con mi cuerpo y mi vida de todo aquel que quiera hacerla mal.

Marcela se reclinó en sus brazos para rodear su nuca con sus brazos, sabiendo que no había ningún matiz ni trivialidad en aquella amenaza.

Una reverencial ternura transformó el brillo de los ojos de Rafael cuando la hizo incorporarse entre sus brazos para besarla en la boca. Un suspiro quedó escapó de los labios de Marcela, que se entregó con placidez a las caricias que buscaban su piel bajo las sábanas.

—Ojala todo fuera distinto —se lamentó Marcela.

—No quiero que ande preocupada. Desde hoy se olvida de sus tíos y piensa solo en nuestro *escuincle*.

—No lo llame así —rio Marcela amonestándolo—. ¿Rafael?

—¿Sí?

—Hábleme de su familia.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué le ocurrió a su abuela?

Rafael dejó escapar un sonido desdeñoso. Le daba pereza enfrentar tan áspero tema cuando sostenía el cuerpo desnudo de Marcela entre sus brazos.

—¿Acaso no lo sabe ya?

—Quiero escuchárselo decir a usted.

—No es una historia bonita.

—Cuénteme.

—No me gusta hablar de ello. Más cuando...

—Más cuando mis tíos fueron los responsables de ello.

—No recuerdo muy bien por qué empezó todo, yo era pequeño, pero sé que Fidela se enfrentó a su tío cuando él hizo escriturar a su nombre las tierras de nuestros antepasados. Mi abuela era una mujer influyente en la comunidad. Dobleándola a ella, su tío conseguiría que el resto se sometiera. Pero Fidela no era mujer de achicarse. Por eso su tío la mandó matar con Arístides. ¿Marcela? ¿Qué pasa? —interrogó Rafael al detectar el brillo de sus lágrimas. Intentó verle el rostro, pero ella se negó a mostrarse.

—¿¿Cómo puede amarme cuando debería odiarme!? ¿Cómo puede mirarme a la cara y no pensar en todo lo que mis tíos le arrebataron?

—Usted no es una de ellos. No tiene una gota de mezquindad. Y no me los recuerda. Usted es lo bello y bueno de este mundo.

—¡Vayámonos, Rafael! —rogó temblorosa—. Tengo miedo de lo que puedan hacerle, que intriguen para separarnos de nuevo.

—Si su tío me anda buscando me va encontrar —aseveró con macabra satisfacción—. Pero esta vez estaré preparado.

—¿Qué va hacer? —quiso saber Marcela, alarmada.

—Seréense, no lo voy a matar si es eso lo que le preocupa. Debe confiar en mí. Dígame que confía en mí.

Marcela consintió convencida, como recompensa Rafael besó la comisura de sus labios.

—Quiero que nos casemos antes de que nazca el niño. —Sus palabras hicieron que Marcela lo mirara sorprendida—. No me mire así. ¿Acaso creía que no le iba a cumplir? —Marcela apartó la mirada, abrumada—. Dígame algo. No se quede callada. ¿Qué piensa?

—Deme tiempo para pensarlo —murmuró, pues si bien antes esos convencionalismos regían su existencia ahora se veía libre de ellos.

—Lo haré si me dice que sí.

Marcela rio ante semejante jactancia.

Enternecido, Rafael la besó en la sien.

—¿Le he contado ya de Víctor Ugalde?

La mención de ese nombre hizo que Marcela elevara el rostro una vez más. Poco dado a las confesiones, Rafael se removió incómodo. Su intención al mencionar a su progenitor era sincerarse con Marcela en todos los aspectos.

—¿Su padre?

Rafael se acomodó sobre un costado y apoyó una mano en su vientre. Con voz neutral le relató todo lo referente a él y a su madre. Marcela percibió su sufrimiento a través de su narración. Las penalidades de su existencia sobrecogieron a Marcela. Pese a la muerte de sus padres, Marcela se había sentido agradecida de haber disfrutado de una niñez colmada de afecto.

—Siento que haya tenido que sufrir tanto en su vida.

—No todo fue malo. El padre Melquíades suplió muchas de mis carencias.

—De igual modo ha sufrido tanto...

—Entonces, va a tener que compensármelo —señaló Rafael con los párpados caídos y la voz ronca.

Marcela percibió el cambio operado en su entonación.

—¿Y cómo? —indagó entregándose al juego de la seducción.

—Yo le muestro —ronroneó Rafael haciéndola colocar sobre su regazo. La observó desde abajo con los pechos desnudos y la larga cabellera rubia en torno a ellos—. Inclínese hacia adelante y haga que sus pechos rocen mi boca.

—Rafael ¿cómo cree? —protestó, superada por aquella petición.

—Hágalo —ordenó con un susurro quedo deslizando sus dedos sobre sus nalgas, regocijándose en su redondez y tersura, amasándolas y pellizcándolas con las palmas extendidas.

Marcela inclinó el torso hacia adelante con las manos cubriéndole los pechos.

—Sáquese las manos —indicó presionando las palmas sobre su espalda.

—No puedo hacerlo.

—Yo la ayudo —roncó Rafael apartándole las manos.

Los pechos de Marcela colgaron ante su boca como dos frutos prohibidos. Abrió los labios y circundó con ellos el derecho. Su lengua rodó sobre su pezón hasta que este se encogió y se endureció. Lo succionó con más fuerza, haciendo rozar sus dientes sobre él.

Marcela lo observaba hacer. Su sexo palpitaba de placer sobre el estómago plano de Rafael.

—Álcese —la urgió, reteniendo con su mano su pene rígido. Se arrastró hacia arriba hasta rozar los pliegues femeninos con la punta de su falo. Se situó a la entrada de su vagina y presionó su cadera para hacerla descender. —Despacio —moduló con la misma entonación que utilizaba en la doma de sus caballos.

Marcela sintió cómo su miembro se deslizaba en su interior con facilidad. A horcajadas sobre él, lo miró sin saber cómo conducirse. Rafael la miraba con las fosas nasales dilatadas y la mandíbula apretada.

—Siga.

—No sé si puedo —gimió ella con la voz ahogada.

Rafael deslizó una mano entre sus piernas para acariciarle el clítoris con los nudillos, repitió el movimiento utilizando su pulgar siguiendo una cadencia lenta y torturante que arrancó de Marcela un sonido desesperado.

—Hágalo —solicitó Rafael, cuyo miembro latía alojado en el cuerpo femenino.

Marcela se izó sobre sus rodillas para apoyar una mano a tientas en el

cabecero metálico de la cama. Alzó ligeramente las caderas aliviando la presión en torno a Rafael.

—Ahora baje —indicó reteniéndola por las caderas.

Marcela recibió el empuje de la pelvis masculina colmándola. Un grito ahogado reverberó en su garganta en el momento que los labios de Rafael se prendieron de nuevo en torno a sus sensibles pezones. Escuchó los sonidos de su succión con los ojos cerrados, concentrándose en el deseo de su propio cuerpo. Continuó alzando las caderas, haciéndolas rotar para dar cabida al miembro masculino hasta que el cuerpo se le empapó de sudor y las mejillas se le pusieron rojas del esfuerzo. Rafael desprendió la boca de su pezón y curvó el cuello sobre su nuca proyectando su nuez de Adán en un ronco gemido. Marcela, que nunca lo había observado en la culminación del deseo, clavó los ojos en su expresión.

—¿Le gusta, Rafael? ¿Le gusta lo que hacemos? —quiso escucharle decir en tanto descendía sobre sus rodillas.

—Marcela, me está matando —articuló roncamente Rafael antes de entregarse al orgasmo que sacudió su bajo vientre y le contrajo la expresión.

Marcela sonrió apenas, inclinándose sobre su rostro para morderle los labios y succionarlos tal y como él había hecho con sus pezones.

—¿No me diga que ya se cansó? —lo tentó guiando su mano rugosa sobre su pecho.

Una risa queda emergió de la garganta masculina.

—Deme un segundo, Marcela, un segundo —imploró volviendo el rostro sobre los cobertores y tomando aliento mientras los temblores de placer le sacudían las entrañas.

—Pero yo lo necesito ahora, Rafael —gimió desamparada sin dejar de moverse sobre su cuerpo fibroso.

—¡Carajo! ¡Carajo! —gruñó Rafael antes de hacerla rodar bajo su cuerpo para penetrarla con nuevos bríos. Lo repitió una y otra vez hasta que Marcela alcanzó su propio placer entre gemidos y contorsiones. Y sin explicarse cómo, un nuevo orgasmo le explotó entre las piernas borrándole la visión,

arrancándole hasta la última gota de placer del cuerpo.

Cayó flácido al lado del cuerpo femenino y cerró los ojos.

Despertó tiempo después temblando de frío. Se movió torpe para echarse las cobijas por encima. Marcela dormía a su lado, inmune a sus movimientos. La cobijó con su propio cuerpo y la observó dormir. Marcela era un continuo descubrimiento. Aquella noche había sobrepasado los límites de su propio placer. Se había mostrado desinhibida y tentadora como nunca. Una sonrisa se dibujó en el rostro masculino. ¡Ay, Carajo! Si Mala Vida supiera de aquella hazaña... El pensamiento le hizo sonreír. Sosegado, cerró los ojos de nuevo. El sueño llegó de puntillas, furtivo, le aflojó los músculos y se apoderó de su mente. Por primera vez en meses pudo dormir sin que ninguna pesadilla lo atormentara.



## Capítulo 24

La felicidad de Marcela fue tangible para todos los habitantes de la quinta en los días sucesivos. También la de Rafael. Si bien este era reacio a manifestar sus sentimientos, ni a Guadalupe ni a Perpetua se le escapaban las tiernas atenciones con las que colmaba a Marcela, ni las sonrisas de soslayo que en ocasiones acudían a sus labios sin motivo aparente. No había vez que Rafael no entrara en una estancia sin que preguntara por Marcela si esta no estaba a la vista.

Al margen de esto, la quinta vivía envuelta en una frenética actividad que pronto la hizo presumir de paredes encaladas, corrales nuevos y techumbre sin humedades.

Mientras los hombres trabajaban, Marcela pasaba el tiempo en compañía de Perpetua y Benita, entretenida con las faenas del hogar. La preñez le provocaba brotes de actividad intensa que se alternaban con estadios de agotamiento y somnolencia. Cuando esto sucedía, Perpetua la despachaba al cuarto o al jardín, donde Marcela se las pasaba bordando las ropas del bebé. Con frecuencia sus ojos buscaban en la distancia la presencia de Rafael. Fascinada, lo observaba desenvolverse entre sus hombres. Rafael no solo era diestro con los trabajos manuales, también poseía pericia con los cálculos y osadía para treparse a los tapias más altos. Marcela descubrió que el temperamento de Rafael se componía de muchas y muy distintas facetas, como caras de un mismo prisma. Todos estaban de acuerdo en que era un hombre complicado, sustraído a cavilaciones y pensamientos que pocos podían discernir. Todo lo que externaba era producto de profundas cavilaciones. Pero en ocasiones su moderación era interrumpida por un genio bronco que todos tenían cuidado en evitar.

En la intimidad de su cuarto, en cambio, era desinhibido, un amante colosal, lujurioso, a veces tierno, otras voraz, al que Marcela era incapaz de

negarle nada. Incluso cuando le susurraba al oído obscenidades que harían consumir a un alma piadosa y que en ella provocaban deseos inconfesables. Rafael parecía decidido a despojarla de todas sus inhibiciones dentro y fuera del lecho y se empleaba a fondo en ello. Sus pensamientos la trasladaron a la noche anterior cuando Rafael le requirió «Dígame qué le da más gusto», mientras Marcela se preparaba para dormir. La joven se había vuelto para mirarle mientras él permanecía de pie, con el hombro apoyado en la pared, las piernas cruzadas y mirada aviesa clavada en ella. Lo que aquella mirada revelaba la hizo enrojecer.

—¿A qué se refiere? —inquirió intentando ganar tiempo mientras fingía concentrarse en la lazada de su bata.

Rafael había abandonado su inmovilismo para pararse ante ella. Marcela se había visto envuelta por el olor a vetiver con el que Rafael se había perfumado tras su baño. Se había rasurado las mejillas y el pelo negro lucía aún húmedo, brillante como ala de cuervo. Una de sus extrañas sonrisas había estirado los labios del campero en tanto su mano alcanzaba la lazada que Marcela acababa de asegurar a su cintura. Marcela había sentido un premonitorio calambre entre las piernas cuando, ladeando la cabeza y sin dejar de mirarla, Rafael había tironeado de uno de sus extremos para deshacer su nudo. La bata se había abierto a ambos lados del cuerpo femenino mostrando el encaje de su camisión.

—Anteayer no era tan vergonzosa —le había recordado atrapando el lóbulo de su oreja entre sus dientes—. ¿Se acuerda? —Marcela había cerrado los ojos ruborizada de pies a cabeza. Rafael se refería a su último encuentro amoroso en la profundidad del huerto y a plena luz del día. Rafael la había tomado junto al tapial más alejado de la casa con urgencia mal contenida y apurado por los reclamos de Marcela—. ¿Se acuerda de lo que me decía?

Marcela había alzado una mano para cubrirle la boca e impedir que reprodujera sus palabras.

Rafael mordisqueó la tierna carne de su palma para luego lamerla con deleite. Le sujetó las caderas con las manos haciéndola acercar al bulto de su

entrepierna.

—Me decía cuánto le gustaba cuando la tocaba acá —indicó con voz baja rozando con sus nudillos el triángulo que se adivinaba bajo la batista de su camisola—. Y que quería tenerme siempre ahí, día y noche, día y...

—Rafael —pronunció ella con voz ahogada, en tanto Rafael la obligaba a apoyar las manos contra el poste de la cama y arrastraba con su puño el ruedo del camión exponiendo sus piernas.

—Vamos, no se haga. Dígame qué le gusta.

—Rafael, se lo ruego.

—Le diré lo que haremos. Yo le voy haciendo y usted me va diciendo.

El recuerdo de lo que a continuación había sucedido impulsó a Marcela a cerrar los ojos y apretar los labios. Pese a la intimidad de sus pensamientos sintió las mejillas enrojecer y su pulso acelerar. Lo que Rafael le había hecho con su boca llevaba la palabra pecado impresa en letras mayúsculas. No podía pensar en ello sin que se sintiera culpable.

—¡Ay, niña! ¿No me diga que le duele la panza? —exclamó Benita al sorprenderla en su ensoñación. Las palabras de la doméstica la hicieron brincar del susto—. Está roja como la grana —acusó.

—Hace mucho calor acá —justificó poniéndose de pie y dejando de lado la costura. Encorvó la espalda para aliviar la tensión de sus riñones—. Iré a dar mi paseo.

Benita le concedió el beneficio de la duda con un encogimiento de hombros antes de baldear el agua de una cubeta contra las losas.

Marcela aprovechó la oportunidad para tomar su chal e internarse en el huerto. Su paseo desembocó en el área donde los camperos acondicionaban rediles para los caballos. Rafael trabajaba con la camisa recogida sobre los codos concentrado en la tarea, pero nada más verla abandonó su lugar y fue a su encuentro.

—Hace una linda mañana —le saludó Marcela alzando el rostro al cielo—. El aire huele a fresco —añadió admirando a su alrededor. La atención de

Rafael se centró en la pureza de su tez y el brillo incitante de sus labios.

Se inclinó para lamerlos, sorprendiendo a Marcela con su impulsividad. Con una exclamación esta se refugió contra su pecho escondiendo el rostro contra su cuello hasta apaciguar su sofoco ante la mirada curiosa de los camperos.

—¿Va a dar su paseo? —interrogó Rafael.

—Sí, pero también quería hablarle de algo, es decir, si puede hablar ahora.

—La escucho —indicó él escoltándola hasta la fuente. A Marcela le agradaba el interés con la que la escuchaba, pues la hacía sentir valorada.

—Se trata de Chucho —aclaró.

—¿Ha ocurrido algo con él?

—Me gustaría enseñarle a leer y escribir, pero antes él quiere contar con su consentimiento.

Rafael buscó con la mirada hasta dar con el pequeño en el patio trasero. Lo llamó en voz alta y aguardó a que se acercara.

—¿Es cierto que quieres aprender a leer y escribir?

El niño inclinó la cabeza y tragó saliva tímidamente.

—*Pos* solo si a usted no le molesta.

Rafael hincó la rodilla al suelo y lo sujetó para mirarle.

—Es bueno saber leer y escribir. Dedicarás el tiempo necesario para ello.

—Pero ¿quién se ocupará de la faena?

—Ya veremos cómo lo hacemos. Por el momento quiero que te instruyas bien —ordenó con aquella mezcla de firmeza y ternura que tan fascinante encontraba Marcela.

—*Ta bueno.*

Rafael le revolvió el pelo del cogote antes de ponerse en pie.

—Entonces, queda a su disposición empezar con sus lecciones —señaló dirigiéndose a Marcela.

Chucho asintió y corrió de nuevo al patio. La sonrisa de Marcela se instaló en sus ojos al volverse hacia Rafael.

—Tendré que ir al pueblo. Necesitaré algunos útiles y también quisiera visitar al padre Melquíades.

La mirada de Rafael se mantuvo fija en la lontananza y, aunque no expresó ninguna palabra al respecto, Marcela supo que su petición no le agradaba.

—De acuerdo, yo mismo la acompañaré —dijo sorprendiéndola.

—¿Mañana?

—Mañana —acordó.

—No lo entretengo más.

Rafael le sujetó una mano impidiéndole marchar. Sus ojos inquisitivos le estudiaron el rostro tratando de discernir sus pensamientos. Pese a la intimidad compartida esos días, aún no confiaba por entero en ella. Marcela estaba segura de que con el paso del tiempo él aprendería a tenerle la misma confianza que otorgaba a Guadalupe o al resto de sus hombres, no era un hombre fácil pero tampoco imposible. Con esa conclusión se alzó de puntillas y reclinándose sobre sus hombros le besó en los labios. Sonrió al saber que lo había sorprendido y se retiró con la mirada de Rafael clavada en su espalda.

A la mañana siguiente, Marcela estaba lista para su visita a San Miguel. Ataviada con una falda de corola en tonos azules y un abrigo con hechuras de capa, aguardaba sentada en lo alto del cabriolé recién reparado a que Rafael ultimara los preparativos. La acompañaban Benita y Perpetua. Guadalupe lo hacía montado en un criollo moteado de alzada cómoda al que Chucho otorgaba sus cuidados, embelesado.

—Su *cuaco* es bien bonito, Guadalupe, casi tanto como el del señor Rafael. Cuando ahorre unos pesos yo también voy a tener un caballo igual —aseguró entusiasmado haciéndose a un lado cuando el indio arreó a su montura.

Partieron hacia San Miguel rayando el mediodía. Su entrada en el pueblo captó la atención de los curiosos. Más de una mirada indiscreta siguió sus pasos cuando Marcela descendió de la carreta y, prendida del brazo de Rafael, entró en la casa del padre Melquíades, donde fueron invitados a comer. Más

tarde se acercaron a los almacenes «El Vasco». Para su sorpresa, Rafael la hizo detener antes de entrar en el establecimiento para entregarle un talego repleto de pesos.

—Compre lo que necesite —indicó.

Marcela observó abrumada el monedero.

—Pero aquí hay más dinero del que preciso —objetó.

—De ahora en adelante no sufrirá de ninguna penalidad. Aún no he tenido ocasión, pero en cuanto pueda le abriré una cuenta en todos los comercios de San Miguel. La quinta necesitará casi de todo. Acéptelo, Marcela —ordenó con suavidad, envolviendo su mano alrededor de la faltriquera de cuero.

La generosidad de Rafael era más que un acto esporádico o un arranque de soberbia, era un acto de confianza. Marcela consintió con un leve cabeceo y entró a los almacenes seguida de Perpetua y Benita.

Pese a las recomendaciones de Rafael, Marcela administró sus pesos con rigor. Sin embargo, no pudo resistirse a adquirir moños y blondas con los que adornar el moisés que Silverio se había comprometido a fabricar con sus propias manos, y una faya de seda blanca para bordar un faldón. Después de meses de ocultar su estado podía dar rienda suelta a sus instintos maternos. No sintió ninguna vergüenza de las reiteradas miradas de don Plácido, al que todos apodaban El Vasco, ni el interés que suscitaba la presencia de Rafael que, estoico, aguardaba a la entrada de la tienda mientras las mujeres curioseaban.

Ocurrió cuando don Plácido sumaba las cantidades a cobrar que se presentó en el negocio Beatriz de Azcona en compañía de una chaperona. Al reconocer a Marcela entre los presentes, se detuvo sorprendida y, luego de recomponerse de la impresión, se acercó a la joven con intención de indagar.

—Marcela, querida, entonces ¿ya regresó? —interrogó.

La noticia del secuestro de Marcela Fonseca apenas había llegado a San Miguel. Eran pocas las personas que sabían de ello, entre esas pocas Beatriz de Azcona, participada por una prima de la capital, íntima a su vez de la viuda de Soberón.

Marcela reprimió una mueca de desagrado para saludar con cortesía. Beatriz de Azcona era una entrometida incorregible que no tardaría ni un suspiro en correr con el cuento de su regreso a Arroyo Negro. Marcela sabía que tarde o temprano sus tíos serían informados, pero hubiera deseado alargar el momento del violento enfrentamiento que vendría aparejado a la noticia.

—Ya ve que sí.

—Sus tíos han de estar aliviados.

—Mis tíos no han sido informados de mi regreso.

—Pero... —Marcela casi pudo escuchar los febriles engranajes de su mente—, ¿no se aloja en Arroyo Negro?

—Ya no.

Rafael entró en el establecimiento al captar el incomodo de Marcela, pagó la cuenta y, sin ningún prolegómeno, se interpuso entre ella y Beatriz Azcona haciendo que esta última demudara en un gesto de estupor.

—¿Nos vamos?

A Beatriz de Azcona no le pasó desapercibido el trato íntimo entre ambos. Reconoció sin ningún género de dudas al hombre que Aurora de Montemayor había señalado como bastardo de Víctor Ugalde.

—Sí, Rafael —aceptó Marcela contenta con la interrupción.

Rafael la tomó por un codo y suavemente la hizo avanzar hacia la salida. Marcela aceptó de buen grado su intervención. Al pasar junto a Beatriz de Azcona inclinó con levedad la cabeza a modo de despedida. Pudo sentir la mirada escandalizada de la mujer, juzgándola, pero no le importó. No sintió pena ni humillación al pasear su preñez del brazo de un hombre como Rafael sino una profunda sensación de liberación. La emoción fue tan arrebatadora que se detuvo a inspirar como si todo ese tiempo hubiera llevado un corsé invisible.

—¿Se encuentra bien? —susurró Rafael ya en el exterior, con el ceño plegado por la preocupación. Marcela volteó el rostro para dedicarle una sonrisa. Sin previo aviso, se alzó de puntas y depositó un beso en su boca.

Aquella manifestación pública de afecto no tardaría en extenderse por todo San Miguel. Sus habitantes contarían con un nuevo y apasionante motivo de conversación que todos diseccionarían con deleite y perversión.

—Ahora sí —reconoció afianzando su mano sobre su brazo.

A Rafael no dejó de sorprenderle el brillo decidido de sus ojos ni su nueva actitud. Lo deslumbró aquella nueva Marcela y su transformación. Ella había dejado atrás su indecisión y sus temores. De repente le urgió la necesidad de regresar a la quinta y dar rienda suelta a la lujuria que Marcela había despertado con su beso.

Beatriz de Azcona regresó a la casa exaltada con su descubrimiento. El chisme le quemaba en la lengua. Casi sin aliento le narró a Reinaldo lo que había descubierto. El alcalde se regocijó con aquel golpe de suerte. El escándalo obraría en perjuicio de las aspiraciones de César Montemayor y él no haría nada por impedirlo, no cuando el hacendado había socavado su autoridad con la balacera de la Dolorosa. Su antes amigo y ahora oponente no le merecía ninguna consideración.

El chisme no tardó en difundirse por todas las tertulias de San Miguel. El tema de Madero y su revolución quedó relegado a un segundo plano opacado por aquel otro. Creció y se reprodujo con la velocidad de un virus malicioso inoculado por lenguas ladinas.

Con exactitud, un día después del encuentro de Beatriz de Azcona con Marcela Fonseca en los almacenes del Vasco, Dolores Peralta tomó un carruaje y pidió al cochero que la llevara a Arroyo Negro con la firme determinación de llevar tan jugoso rumor a los Montemayor en persona, porque ¿quién más interesados que ellos en saber todo lo que se contaba? Semejante acción no estaba impulsada por motivos éticos sino por la satisfacción de una vulgar chismosa.

Fue recibida por Aurora de Montemayor en un pequeño saloncito de la hacienda. Ataviada con un lustroso vestido de tarde la invitó a tomar asiento sin ocultar su sorpresa.



—Me disculpará usted por no haber anunciado mi visita con la debida premura. Sé que no es costumbre de esta casa recibir, pero he creído oportuno hablarles de lo que todo el mundo comenta. —Se interrumpió alargando con placer el momento de la verdad—. Mejor nos sentamos.

Aurora de Montemayor reaccionó tardíamente al percatarse de que había olvidado la más elemental educación.

—Disculpe. ¿Quiere tomar algo? ¿Una limonada? ¿Chocolate? —ofreció sin ocultar su estupor. No se podía decir que entre ella y Dolores Peralta hubiera una amistad sólida, más cuando esta última había tomado partido por Beatriz de Azcona—. Recién acabamos de regresar de la capital. Apenas he deshecho las valijas.

—Una limonada estará bien, gracias. Me imagino que han de estar disgustados con lo de su sobrina.

Aurora de Montemayor parpadeó manteniendo una estoica actitud ante la observadora mirada de su interlocutora.

—¿Se refiere usted a Marcela? —sondeó. César había prohibido tratar el tema con extraños de manera tajante. Aún tenía la esperanza de encontrar a Marcela y llevar a cabo el matrimonio con Leandro Calzada sin que nadie supiera del asunto. Pero que Dolores Peralta estuviera en Arroyo Negro con cara de circunstancia era indicativo de que el rumor había llegado ya a San Miguel.

—¿Pues a quién otra? No se habla de otra cosa.

—No haga caso a todo lo que se dice.

—La misma Beatriz de Azcona la vio con sus mismos ojos.

—¿Qué quiere decir? —dudó Aurora.

—No sé cómo decirle esto... Me da tanta pena.

—Por favor, hable —exigió Aurora, encrespada.

—Está bueno, ahí le va. —Dolores hizo un alto para tomar aliento—. Vieron a su sobrina en compañía de ese campero, Rafael El Negro, creo que es su nombre.

—¡No puede ser!

—Pues lo mismito dije yo. ¿No que su sobrina se había comprometido allá por la capital con el todopoderoso Leandro Calzada?

—Sí, no lo dude. Los preparativos del casorio ya están en marcha.

—Pues no sé cómo sea, pero su sobrina iba del brazo de ese hombre y hasta le besó en público, ¡delante de todos los que quisieran mirar! Beatriz misma podrá confirmárselo.

—Beatriz miente y creo que ambas sabemos el porqué. Quieren perjudicar a mi esposo con toda esa mugre. Pero déjeme que le diga, Marcela se casará con Leandro Calzada y mi esposo será el próximo gobernador —aseveró Aurora alterada.

—¿A qué tanto alboroto? —La interrupción precedía de la mismísima María Fernanda Montemayor, lo que impulsó a Dolores a ponerse en pie. Ambas se conocían desde jovencitas pero jamás habían compartido ni gustos ni simpatías.

—María Fernanda, tiempo sin saber de usted —saludó con cortesía dedicándole una mirada de falsa cordialidad mientras sus ojos recorrían sus ropajes negros. Se decía que era la versión fea de su difunta hermana y que se había quedado para vestir santos por su genio de bruja. No podía estar más de acuerdo con tales afirmaciones.

—¿Qué tanto hablaban? —se interesó esta desechando temas superfluos.

—Le comentaba a su cuñada las últimas noticias.

—Querrá decir los últimos chismes.

—Llámelo como quiera.

—Han de ser muy jugosos para que se haya decidido visitar Arroyo Negro.

—Se trata de Marcela —intervino Aurora.

—¿Marcela? ¿Qué le ocurre a mi sobrina? —interrogó manteniendo una fachada imperturbable pese a que el nerviosismo de Aurora le provocó un mal augurio.

—Su sobrina fue vista en San Miguel en compañía de Rafael El Negro.

Dicen que andaban del brazo y...

—Mi sobrina está en la capital en estos momentos atareada con los preparativos de su boda —negó María Fernanda con gélida aspereza.

—Es lo mismo que yo le dije —declaró Aurora.

—¿Ya ve?

—Se comenta que fue secuestrada allá por la capital. Beatriz de Azcona dice que...

—Lo que diga la señora de Azcona me trae sin cuidado. Sus chismes no enlodarán el buen nombre de esta casa. Y se lo advierto, Dolores, haré castigar la propagación de semejante falsedad —amenazó.

—Muy bien —reaccionó esta tomando su bolsito—. Creo que no hay más que decir. Permiso.

—Es propio —corearon las dos mujeres al unísono viéndola salir.

Guardaron silencio hasta que sus pasos dejaron de escucharse. Aurora fue la primera en reaccionar sacudiendo la cabeza y paseándose por la sala.

—¿Qué vamos a hacer? —clamó.

—¡Cállate! —bramó María Fernanda. Sus ojos despedían llamaradas de ira. Se mantenía erguida en mitad del cuarto con los puños apretados de rabia—. ¡Esa golfa! ¿Cómo ha podido? ¡Después de todo lo que hemos hecho por ella!

—Debemos hacer buscar a César. Si al menos Arístides no se hubiera desaparecido...

—Ese malparido no ha dado señales de vida, ¿quién sabe dónde esté? —A su regreso de la capital las Montemayor se había llevado tamaña sorpresa cuando se les informó que el capataz andaba desaparecido sin que nadie pudiera darle referencias de su paradero. María Fernanda había dado la voz de alarma a César mediante un telegrama cursado a la capital, pero de momento no habían recibido contestación. Su hermano estaba empeinado en encontrar a Marcela, aún creía posible un matrimonio entre Leandro Calzada y ella con el que salvarse de la bancarrota. Todo su esfuerzo resultaría inútil

ahora que la verdad estaba a punto de revelarse: que había sido el bastardo de Víctor Ugalde el que se había robado a Marcela. La ironía de aquel sin sentido la hizo lanzar un alarido de cólera.

—¡Es la ruina! —alzó la voz Aurora. La no elección de César como gobernador la abocaba a permanecer en aquella maldita hacienda, algo que no estaba dispuesta a aceptar—. No podemos quedarnos cruzadas de brazos. ¿De veras cree que Marcela esté con ese hombre aquí, en San Miguel?

—¡Ay!, pero por supuesto que sí. Esa es capaz de eso y de más. Es una zorra, como lo fue su madre.

—El chisme pronto se sabrá en todo el estado. Leandro anulará su compromiso.

—Lo impediremos.

—¿Impedirlo? ¿Cómo?

—Por lo pronto, enviaré a Fortunato a averiguar.

## Capítulo 25

Pese al encuentro con Beatriz de Azcona, nada empañó la felicidad de Marcela. Recobrada de su secuestro, y bajo las celosas atenciones de Rafael y el resto de los moradores de la quinta, su belleza se incrementó, fortalecida por la preñez. Rafael encontraba sus nuevas curvas irresistibles. A diario se empeñaba en explorarlas bajo cualquier excusa.

Una noche ventosa, cuando ambos acababan de hacer el amor sobre las cobijas y aún recuperaban el aliento, Rafael volvió a insistirle con el tema del matrimonio. «No quiero que nadie llame a nuestro hijo bastardo», insistió besándole la panza. Marcela miraba embelesada sus labios apoyados sobre la curvatura de su vientre mientras le acariciaba el cabello negro con ambas manos.

—Dígame que acepta —rogó él arrastrándose sobre las cobijas hasta alcanzar sus labios—. O no la dejaré salir de este cuarto —amenazó acariciándole con tibieza los pechos.

De la boca de Marcela emergió un suspiro. Sus manos vagaron por los anchos hombros. Le falló el valor para empujar su cabeza hacia los pezones erectos. Solo cuando era presa de la pasión osaba realizar peticiones de esa índole. Se sonrojó al pensar que solo un momento antes había hecho algo mil veces peor.

Una sonrisa secreta acudió a sus labios ante el recuerdo. Si después de aquello no se casaba con Rafael estaría en pecado de por vida.

—Aunque me tienta su amenaza creo que debo aceptar su proposición —suspiró conforme.

Rafael la besó de nuevo con manifiesta satisfacción. La hizo acomodar contra su costado para acariciarle el vientre.

—Tendré que viajar a la capital. —Marcela elevó la cabeza para mirarle. El brillo de sus ojos delató su temor ante aquel anuncio—. Pero no quiero que

se vaya a preocupar. Apenas se dé cuenta estaré de regreso.

—¿Por qué no puedo ir con usted?

—Quiero que descanse. El traqueteo de tren no es bueno para la preñez.

—No quiero quedarme aquí sola. ¿Y si algo le pasa?

—No se quedará sola, Guadalupe y el resto cuidarán de usted. Y no me pasará nada. Regresaré en cuanto mis papeles estén listos. Apenas los tenga nos casamos. Marcela, no se ponga triste.

—No puedo evitarlo. La última vez que se fue...

—Shss. No piense en ello. —Rafael la acunó entre sus brazos—. La amo más que a mi vida, más que a mis ojos y manos. La amo más que a mi corazón. Honraré este amor hasta que la muerte me arrastre bajo tierra y mis huesos sean polvo y mi alma sea solo un recuerdo.

—No hable de muerte.

—Pues hablemos de vida. ¿Cómo cree que será nuestro bebé?

—Moreno, con sus mismos ojos y su mismo carácter —fantaseó Marcela que, tras meses de reprimir su maternidad, podía dar rienda suelta a todos sus anhelos.

—¿Y por qué no mejor una niña de cabello rubio y ojos de miel?

El miércoles, catorce de diciembre, visitó la quinta un hombre que se hizo presentar como Carmelo González. Marcela lo recibió en la sala principal donde varios muebles decoraban ya su interior. El hombre pidió entrevistarse con Rafael por lo que Marcela envió a Chucho en su busca. Rafael se presentó al cabo, intrigado acerca de la identidad del invitado. Ambos hombres intercambiaron saludos cordiales y se dirigieron al exterior.

Marcela regresó a la cocina en busca de la compañía de Perpetua y Benita.

—¿Quién crees que sea ese hombre? —la abordó la mestiza sentada a la mesa.

—Nunca lo había visto antes.

Benita emitió un siseo mientras daba una probadita al *atole* que elaboraba.

—Don Carmelo es el dueño de un burdel —proclamó escogiendo algunos higos que añadir.

—¡Muchacha!

—¿Pues qué tiene? ¿No se dice así?

—Sí, pero...

—Ya me va a regañar y ni siquiera sé por qué.

—¿De qué conoces a Don Carmelo? —se interesó Marcela, cuya curiosidad se había multiplicado ante el anuncio de Benita.

—Pos de la hacienda, niña. Muchos le iban a pedir plata para pagarle su plata al Arístides. Casi todos preferían deberle a Don Carmelo que a esa mala bestia del Arístides.

—Entonces ¿es un prestamista?

—Sí, eso también.

Marcela buscó la mirada de Perpetua.

—¿Crees que Rafael anda urgido de plata? —manifestó esta con estupor.

Marcela frunció el ceño ante la cuestión. Rafael no era un derrochador, las carencias vividas en su niñez lo habían vuelto precavido y austero con su plata. No era un hombre de lujos pero quizás la compra de la quinta y los arreglos le habían obligado a acudir a un prestamista. De pronto se sintió mal. Rafael sobrellevaba sobre sus hombros la manutención de todos sus hombres, Benita, Chucho, Perpetua, además de ella misma y el niño que estaba en camino. Quizás era una carga excesiva.

En el exterior, Carmelo González paseó la mirada por la extensión del huerto, mas allá los corrales daban paso a una vasta extensión de tierras de pastura. Era un lugar agradable. Una magia especial flotaba en su aire dulce y fresco.

—He de reconocer su acierto —apuntó con la vista clavada en el horizonte.

—¿Ha pensado ya en mi oferta?

—Le traigo buenas nuevas al respecto. —La mirada del prestamista se

retiró de la lejanía para ubicarse en el rostro de su interlocutor. Rafael El Negro resultaba intimidante en su seriedad. No era un hombre dado a la conversación por lo que cada una de sus palabras adquiría un valor superior a las de cualquier otro hombre—. Dígame ¿conoce a Evaristo González?

—¿Debería?

—Durante años ejerció en San Miguel como notario.

—Continúe.

—Evaristo González ha resultado ser un buen cliente de mi negocio. Sus gustos excéntricos necesitan de mi profesionalidad. No sé si me entiende.

—¿Usted le procura viejas para sus encamadas?

—Muchachos —lo corrigió—. Don Evaristo presume de esposa e hijos pero ya ve que nada es lo que parece. Lo cierto es que su último amante le dio más problemas de los que necesitaba. El muchacho amenazó con hacer público sus amoríos para extorsionarle. El bueno de don Evaristo pagó todo cuanto se le pidió pero, ante el temor de que su plata no bastase para mantener sus secretos a salvo, recurrió a mí y me pidió que me deshiciera del problema.

Rafael lo miró con la paciencia mermada.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque me inspira confianza. Sé qué intereses le mueven y fíjese que son los mismos que los míos. —Rafael se abstuvo de corregir aquella información, aunque dudaba de su afinidad con el prestamista—. Déjeme que le cuente lo mejor de esta historia. Cuando le reclamé mi plata por el trabajo prestado, el notario me hizo partícipe de un interesante secreto. Un secreto que tiene que ver con su linda *güera*. —En un acto reflejo los puños de Rafael aferraron con fuerza las solapas de su levita y clavaron en él una mirada predatoria que redujeron las ínfulas del prestamista—. Ya cálmese, por favor, se trata de algo bueno. Solo escúcheme.

—Hable —ordenó sin desprender sus garras de su presa.

—Resulta que Don Evaristo asistió a Don Augusto Montemayor cuando este hizo corregir su testamento. En el mismo pidió que Arroyo Negro pasara a



manos del primero de sus nietos de no haber un descendiente varón. ¿Lo entiende ahora?

Rafael parpadeó asimilando la noticia. Lo que Don Carmelo insinuaba era que Marcela se convertiría en la legítima heredera de Arroyo Negro si César Montemayor no conseguía engendrar un hijo.

—¿Está seguro de ello?

—Sabía que me haría esa pregunta. —Rafael lo liberó para permitir que el hombre se palpara el bolsillo interior de su levita, de donde extrajo un legajo de papeles—. Don César ordenó destruir el documento. Como verá, está fechado poco antes de la muerte de Don Augusto, lo que lo valida ante la ley. Agradezca a Dios que Don Evaristo tuviera a bien ocultarlo todos estos años —aseveró entregándole el atado de documentos—. Confío en que sepa utilizarlos con equidad.

—¿Por qué hace esto? —quiso saber.

—Por justicia —suspiró Don Carmelo poniendo en orden sus ropas—. Y porque mis abuelos también descansan en el Cerro del Agua. —La sonrisa de hombre abultó sus mejillas orondas—. Ya le dije que tenemos los mismos intereses. Me he permitido incluir mis pretensiones económicas. Espero que no le parezcan excesivas.

Rafael revisó los papeles deteniéndose en el documento mencionado. Don Carmelo había elaborado una larga lista de peticiones que Rafael no se molestó en negociar.

—Tendrá sus armas y su dinero.

Don Carmelo le tendió una mano llena de hoyuelos que Rafael estrechó con vehemencia para sellar el acuerdo.

—Permítame felicitarle por su boda y su paternidad. Ha elegido usted a la mujer más bella del Bajío.

—¿Cómo...

—Yo sé todo lo que pasa en este condenado pueblo.

A Marcela le preocupó la opacidad de Rafael en torno a la visita del prestamista. No le pasó desapercibida la banal excusa que él alegó para mantenerse lejos de la casa ni la gravedad de su expresión durante la cena. Rafael se mantuvo más silencioso de lo habitual y apenas atendió a la conversación de sus hombres. Por primera vez, dejó que Marcela se acostara sin su compañía y, pese a que esta lo esperó hasta entrada la noche, el sueño le impidió escuchar sus pasos horas más tarde. Al amanecer, Marcela despertó cuando él se disponía a abandonar la habitación.

—¡Rafael! —lo llamó antes que la puerta se cerrara tras él. El hombre asomó su cabeza morena por el resquicio. Sus ojos del azul de agave la estudiaron con detenida seriedad desatando el nerviosismo en Marcela—. Quiero hablarle.

—La verdad es que ando algo apurado, Marcela.

La joven saltó del lecho para correr hacia la puerta y tomándolo de la mano lo hizo entrar de nuevo.

—No me llevará mucho tiempo —susurró acomodando la espalda contra la puerta cerrada—. La visita de Carmelo Gonzalez ayer...

—¿Qué tiene? —se inquietó él. Andaba como sin sombra buscando el mejor momento para hacer partícipe a Marcela de todo el asunto y parecía que no podría postergarlo por más tiempo.

—Pues que no quiero convertirme en una carga para usted. Si anda urgido de plata trabajaré cuando nazca el niño.

—¿¡Cómo!?

—Puedo ejercer como pianista. —Marcela había escuchado que en las representaciones de cine mudo los pianistas recibían hasta cinco centavos por amenizar las sesiones. No era mucho pero contribuiría a la manutención de la quinta—. Dando clases o como enfermera.

—Marcela ¿de qué está hablando? —la interrumpió Rafael al adivinar el motivo de aquel desatino—. Carmelo González no me ha prestado plata. Nuestros negocios versaron sobre otras cuestiones.

—¿Qué cuestiones?

—Mejor siéntese.

La recomendación hizo que Marcela se pusiera alerta. El ceño plegado sobre la nariz aquilina de Rafael indicaba una cuestión peliaguda.

—Mejor dígame de una buena vez.

—Está bueno. Pero no vaya a alterarse. —Rafael inclinó el rostro hasta que la joven asintió quedamente—. Su tío, y lo más probable su tía María Fernanda también, le ha estado jugando sucio en más de un sentido.

—Nada de ellos puede sorprenderme ya.

—Ni crea. Su abuelo, Don Augusto, se arrepintió del trato que le dio a su mamá. Antes de morir hizo cambiar su testamento de modo que si su tío no tenía descendencia, Arroyo Negro pasara a manos de su primer nieto, en este caso usted. Marcela, ¿me escucha?

La joven hizo un débil gesto afirmativo pero en realidad su voz le parecía lejana, como si no se hallasen en el mismo cuarto. Parpadeó varias veces mientras las palabras de Rafael y su repercusión tomaban forma en su cabeza.

—¿Marcela? —se preocupó Rafael tomándole el rostro con una mano—. ¡Míreme, carajo! —exigió—. ¿Entendió todo lo que le dije?

—Sí —susurró, humedeciéndose los labios con la lengua. Sus ojos castaños buscaron los del hombre—. Pero no puedo creerlo —pronunció, no porque no creyera a su tío capaz de un acto tan cicatero como obviar la última voluntad de su abuelo, sino porque durante años había achacado a don Augusto, su abuelo, el papel de rencoroso villano y, lo que es peor, se había impuesto no sentir ningún afecto hacia su memoria.

—Déjeme y le muestro —suspiró Rafael—. No debería haberle contado hasta haber regresado de la capital —se lamentó rebuscando en el pequeño baúl que descansaba sobre su cómoda, donde Marcela sabía que guardaba los documentos importantes—. Es el testamento de su abuelo, firmado y sellado poco antes de morir. Vamos, tómelo, es suyo.

Marcela aferró el atado de documentos con mano temblorosa y los desplegó sobre el lecho para leerlos detenidamente. Rafael aguardaba en silencio junto a la ventana, dirigiéndole ocasionales miradas de zozobra. Al

finalizar, Marcela plegó de nuevo los documentos y los abandonó sin más para refugiarse en los brazos de Rafael. El campero le besó la frente con suavidad haciéndola descansar contra su ancho pecho.

Marcela lloró en silencio por su madre, que se murió pensando que Don Augusto jamás había sucumbido al arrepentimiento.

Sus ojos brillantes de lágrimas se alzaron hasta el rostro atezado de Rafael.

—¡Odio a mi tío César y también a mi tía María Fernanda! ¡Los odio y rezo a Dios porque sufran un castigo equiparable a sus crímenes! —declaró, con la mandíbula apretada y los ojos vidriosos.

¿Qué podía decirle él? Rafael había crecido con aquel mismo odio incrustado en el corazón. Por algún motivo no quiso que Marcela participara de un sentimiento tan oscuro que podía apoderarse del alma de un hombre. Ella era pura, dulce y piadosa.

—Expresa toda su rabia, no se quede con el rencor dentro —susurró contra su oreja—. Ellos no se merecen ni un ápice de sus pensamientos. Deje que sean sus actos quienes los maldigan.

—¿Por qué ese prestamista le contó todo esto?

—Es una larga historia.

Y aunque Marcela podía haberle insistido, no lo hizo. Sentía el estómago comprimido y un deseo feroz de ver sufrir a los Montemayor. Los odiaba. ¡Cuánto los odiaba!

Rafael se quedó con ella hasta que Marcela le aseguró encontrarse bien. Al quedarse a solas, la joven enfrentó su imagen en el espejo de excusado. Un brillo feroz le iluminaba la mirada. Sintió unos golpes en la puerta y no dudó que se trataba de Perpetua, alentada tal vez por Rafael a hacerla compañía. Marcela dio rienda suelta a todo su enojo ante ella, maldiciendo y jurando brutalidades.

—¡Que se mueran todos ellos! ¡Que se mueran y se vayan al infierno! —deseó con todas sus fuerzas.

Perpetua no trató de contenerla. El brío de su muchacha la tenía asombrada.

Rio por lo bajo de pura complacencia.

—¡Caramba, niña! Tendrás que ir a confesarte con el padre Melquíades —  
suspiró.

## Capítulo 26

Rafael partió hacia la capital con la promesa de regresar en cuanto sus papeles estuvieran solucionados. Tras de sí dejó a una desazonada Marcela. A él menos que nadie le gustaba permanecer lejos, pero era necesario. Su hijo tendría un apellido digno. Cuando regresara, lo haría portando el apellido Ugalde tras su nombre y podrían celebrar su boda. Habían planeado cómo sería el casorio la noche previa a su partida, en el lecho. Recibirían a sus invitados en la quinta para agasajarlos con platillos típicos del Bajío, después beberían y danzarían toda la noche al son del mariachi.

Rafael recreó esa noche tras sus párpados cerrados deseando que el tiempo discurriera con mayor velocidad cuando el tren dejó atrás San Miguel. Conjuraba la imagen de Marcela en el apeadero envuelta en su rebozo agitando su mano en señal de despedida mientras la brisa le agitaba los cabellos y le remarcaba el vientre. Horas atrás habían hecho el amor con parsimonia. Ella sobre él sin más adorno que su cabellera dorada. Rafael había observado embriagado cómo sus labios se apretaban al sentirlo dentro mientras su barbilla se alzaba al techo exhalando en profundidad. Sus manos pálidas se movían como delicadas mariposas sobre su pecho, urgiéndole, invitándole, tentándole.

Aquellos pensamientos lo hicieron enderezarse en su asiento y sacudir la cabeza mientras sus ojos veían transcurrir el paisaje por la ventanilla. No le gustaba el ferrocarril aunque se tratara un vagón de primera clase. Se sentía atrapado en su estrechez. Desasosegado, observó la carpeta de documentos que formaba parte de su escaso equipaje. Un impulso le hizo buscar entre todos ellos hasta dar con una cuartilla en blanco. Tanteó el bolsillo de su levita hasta dar con los restos de un carboncillo. No sabía muy bien cómo había llegado allí, pero al sentirlo en su mano Rafael se tranquilizó. El dibujo había sido en su niñez una válvula de escape, un solaz para su alma.

Diestramente deslizó un primer trazo sobre el papel, sintiendo cómo la tranquilidad regresaba a su ser.

Marcela permaneció en el andén hasta que el último vagón articulado desapareció en lontananza. Junto a ella, como fieles custodios, permanecían a pie firme Guadalupe y El Chango con sus *jorongos* grises y sus sombreros.

Como la inquietud se había apoderado de su espíritu, Marcela decidió buscar la paz en los oficios del padre Melquíades. En el interior del templo de los Naturales se respiraba un sosiego consolador. Marcela ocupó uno de los bancos próximos al altar y se entregó fervorosamente a la oración. Finalizados los responsorios, se dirigió al confesionario y aguardó su turno.

El padre Melquíades dio pie a su confesión con el tradicional «Ave María Purísima». Marcela enumeró con pudor su lista de pecados. «Me arrepiento, padre, de haber deseado mal a personas de mi misma sangre. De sentir rencor por ellos. Hasta de odiarles. Ruego padre, interceda por mí», suplicó con voz contrita.

Melquíades reconoció la voz trémula de la joven y espió su perfil a través de la celosía. Sonrió para sí. Marcela Fonseca poseía un alma pura que le impedía guardar dentro de sí un odio como el decía sentir. Aun así le impuso una penitencia de tres Ave Marías y dos Padres Nuestros.

Marcela aceptó la penitencia con humildad retirándose presurosa para cumplir con la misma.

Al abandonar el confesionario, Melquíades descubrió a Guadalupe y El Chango apostados junto a la salida en actitud vigilante. Le molestó que portaran machetes y pistolones en la misma casa de Dios y sin pérdida de tiempo se dirigió hacia ellos.

—¿Qué creen que están haciendo?

—Vigilar, no más, padre. Rafael nos dio orden de no perder de vista a la señorita —se excusó Guadalupe.

—¿Así? ¿Armados hasta los dientes en la mismísima casa del señor?

—Pos padre, nosotros solo cumplimos órdenes —tartamudeó el Chango.

—No quiero pistolas en mi iglesia. Mejor te esperas fuera —le espetó con acritud—. Y tú, acompáñame. Quiero que me platiques del viaje de Rafael —ordenó al indio—. ¡Ándale, no te quedes ahí parado!

Guadalupe no se atrevió a desairar al anciano. Asintió con levedad al Chango, que abandonó la nave para emplazarse al pie de la escalinata exterior. Luego de verlo marchar, estudió el interior de la iglesia tratando de asegurarse de que la señorita Marcela no corría ningún peligro.

—¿Qué crees que le va a pasar? Está en un lugar sagrado.

Guadalupe se encogió de hombros sin querer darle la razón. Lo cierto es que en el interior de la iglesia no quedaba nadie digno de ser una amenaza. Le daría el gusto al padrecito y se regresaría de volada, antes de que la niña Marcela hubiera concluido con sus oraciones.

Los pasos de los hombres hacia la vicaría no interrumpieron las oraciones de Marcela. El lugar se quedó en silencio tras su marcha. Marcela abrió los ojos y los fijó en la figura torturada del Cristo redentor. Con las manos entrelazadas alzó una súplica en su dirección. «Por favor, señor, devuélvemelo sano y salvo», rogó. Tan concentrada estaba en sus rezos que no escuchó los leves pasos que se deslizaron a su espalda.

Le pareció escuchar un leve martilleo antes de sentir un agujijón metálico en la base de su columna.

—Ahora tu yo vamos a platicar —la inconfundible voz de César Montemayor resonó en su oído, sobresaltándola.

—¡Tío! —la exclamación brotó de su garganta contraída, haciendo resbalar el rebozo de su coronilla.

—¡Párate! ¡Vamos! —ordenó este clavando el cañón de su revólver en su espalda.

Marcela le dirigió una mirada aviesa sin el menor atisbo de sumisión.

—Ya no obedezco sus órdenes.

—No me andes fastidiando, muchacha —rezongó haciéndola levantar de un



tirón. Su brutalidad le atenazó el brazo.

—¿Qué pretende?

—Arreglar cuentas. Y ni se te ocurra gritar no sea que ese indio acompañe a su compadre al infierno —advirtió tironeando de ella hacia la puerta.

La luz del sol cegó momentáneamente a Marcela. Sobre las escalinatas distinguió el cuerpo de Chango desparramado en un charco de sangre, haciéndole entender la amenaza de César. Fortunato permanecía ante él impidiéndole ver si continuaba con vida o no.

—¡Virgen Santa! ¿Qué ha hecho?

—Lo que ese malnacido se merecía —barbotó antes de hacer una señal a Fortunato, que se precipitó hacia el carruaje detenido al otro lado de la plaza —. Llevaba días vigilándote, pero ese halcón no se separaba de ti. Pero al fin tuve mi oportunidad. Y ahora haz lo que te digo y dejaré que tu bastardo pueda llegar a ver la luz del sol.

—Ya no me asusta. Si va a matarme hágalo aquí y ahora. ¡Vamos! —lo desafió henchida de odio. Su gesto denostaba una nueva rebeldía que tomó al hacendado por sorpresa.

—Es lo que te mereces, por andar de zorra arrastrando nuestro buen nombre por el lodo.

—¿Buen nombre dice? Usted y mi tía son unos asesinos, unos ladrones. ¡Que se entere todo el mundo! ¡Los distinguidos Montemayor no son sino una bola de...

No lo vio venir. El golpe de su puño contra su mandíbula la acalló con brutalidad, sumiéndola en la inconsciencia.

Fue Fortunato el encargado de cargarla sobre el hombro y arrojarla al carruaje ante la mirada consternada de la concurrencia. Muchos, al reconocerla, quisieron prestarle ayuda pero César Montemayor los amedrentó con su pistola. La multitud congregada en torno a la escena retrocedió ligeramente.

—Quien se salga del tiesto se va derecho al camposanto —indicó antes de

precipitarse al interior del carruaje.

El carretón se dirigió a galope tendido por los calles de San Miguel, obligando a viandantes y carros a hacerse a un lado para no ser arrollados en su huida. El tiro de caballos solo se detuvo ante la puerta principal de Arroyo Negro entre sudores y espumarajos. Del carruaje hicieron descender a Marcela sin ninguna consideración hacia su estado. La arrastraron hacia las bodegas y allí la recluyeron.

Después de eso César Montemayor se encerró en su despacho. Agarró una botella de licor y bebió del bocal un largo trago. Apenas el aguardiente le calentaba la barriga se abrió la puerta y entró María Fernanda.

—Entonces ¿la trajiste?

—Está en las bodegas.

—¿Y qué piensas hacer con ella?

César Montemayor sacudió la cabeza. Los hechos de esa mañana lo tenían alterado. Le era imposible pensar con claridad.

—No sé.

—¿Vas a... desaparecerla?

—Es lo menos que se merece esa desgraciada.

María Fernanda meditó su respuesta en silencio. No quería que tal responsabilidad cayera sobre los hombros de su hermano.

—Puede que Leandro Calzada la quiera.

—¿Preñada de un sucio campero? —Una risa estentórea hizo sacudir la mandíbula del hacendado—. ¿Te volviste loca? ¿Qué hombre querría por esposa una fulana?

—No hablaba de esposa.

—¿De qué pues?

—Tal vez no le interese ya como esposa, pero sí quizás como mujer.

—¿Quieres que se la ofrezca como amante?

—¿Y por qué no? ¿Acaso me vas a decir que no es algo que los hombres estilan hacer? Ofrécesela y a ver qué dice.

César Montemayor sopesó la idea de su hermana. Su situación era desesperada. Quizás Leandro Calzada hasta le ofreciera dinero por su sobrina.

—Así, preñada, no la querrá nadie, mejor esperamos a que tenga a su bastardito. — Con lentitud, la idea comenzó a tomar forma en su cabeza—. Leandro puede mantenerla en alguna de sus propiedades, lejos de miradas indiscretas —pronunció al recordar el deseo velado en los ojos de Leandro Calzada.

—¿Qué haremos con el niño?

—No podemos dejar que nadie sepa de su existencia. Ya sabes el riesgo que eso supone.

—Ese campero la buscará.

—Lo haré matar apenas regrese.

—Debemos conducirnos con cuidado. Ese hombre es peligroso. —Vio cómo su hermano elevaba de nuevo la botella. En los últimos días, César bebía más de la cuenta. Andaba tomado gran parte del día. María Fernanda había advertido en él cierta inclinación hacia el desenfreno que se reflejaba en su aspecto descuidado y su errático comportamiento. Se acercó a él para acariciarle la mejilla en una muestra inusual de afecto—. No deberías beber tanto.

—No vayas a empezar como Aurora —restalló furioso.

—Sé que son muchas las responsabilidades que recaen sobre tus hombros. —Los ojos vidriosos de César buscaron el rostro ajado de su hermana. Solo María Fernanda sabía de sus temores, de las cargas y sinsabores de su posición, en nadie confiaba más que en ella.

César cabeceó ansiando el momento en que ella abandonara el despacho para dar un nuevo trago. Estaba borracho cuando se dirigió hacia las bodegas. Ordenó a Fortunato abrir la cancela y entró en el reducido espacio de una alacena en desuso que servía como celda para su sobrina. Marcela lo recibió con una mirada altanera cargada de desprecio. César se plantó ante ella con la camisa por fuera de los pantalones y el moño de su corbata deshecho. La sombra gris de su barba se proyectaba sobre su rostro, otorgándole un aspecto

avieso. Alzó una mano para señalarla como una serpiente.

—Lo tenías todo para triunfar. —Su entonación confusa indicaba los efectos del alcohol—. Ibas a convertirte en la mujer de uno de los hombres más ricos de México pero decidiste echarlo todo a perder para convertirte en la puta de un bastardo.

—¡Basta! ¡No le permito que me hable así! —bramó la joven poniéndose en pie y temblando de coraje. En ese tiempo la imagen de su tío había sufrido un profundo deterioro. No le impuso respeto sino desprecio surgido de la larga lista de afrentas sufridas—. Presume de gran caballero, de hombre educado, de apellido, pero yo sé la verdad, sé cuál es su verdadero rostro —escupió acercándose a él con la barbilla alzada—. Dígame ¿qué pensaría mi abuelo si lo viera ahora? ¿Qué pensaría de su degradación? ¿De que negara su última voluntad? — Aquel último apunte tuvo el efecto deseado. Las gruesas cejas del hacendado se curvaron y su boca adoptó un gesto atónito—. Sí, sé lo de su testamento.

—¡Tú no sabes nada!

Marcela rio forzosamente. Mostrando una resolución que no sentía, se sentó de nuevo en el camastro, apoyó las manos sobre su vientre y dirigió a su tío una mirada de escasa apreciación.

—Tengo en mi poder el último testamento de mi abuelo. El mismo en el cual propone que su primer nieto herede Arroyo Negro si usted no es capaz de concebir. Yo diría que sé mucho.

—¡Maldita!

—Maldito usted, maldita su sangre, maldita su avaricia. Ojalá el diablo se lo lleve. Ojalá se queme en el infierno, que su alma sufra todo lo que nos hizo sufrir a mi madre y a mí —pronunció de manera pausada, con los ojos entornados y las uñas clavadas en las palmas haciendo retroceder al hombre, como si en verdad se hallase ante una bruja.

—¡Fortunato! —bramó al toparse con la puerta cerrada.

Se oyó el repiqueteo metálico de las llaves abriendo la cancela. El hacendado cruzó las bodegas a grandes pasos para dirigirse de nuevo a su

despacho. Allí dio cuenta de una botella de licor. El eco de las palabras de Marcela resonaba en sus oídos cuando subió las escaleras de camino al cuarto de su esposa.

Aurora descansaba en su confidente, se abanicaba distraídamente mientras olisqueaba su último perfume. Lichita rondaba por el cuarto obedeciendo sus órdenes.

—¡Ay, muchacha! —se quejaba—. ¿A eso llamas tu doblar? Ten más cuidado con esa saya, vale más que toda tu mugre.

Al entrar el hacendado en el cuarto ambas mujeres se detuvieron para mirarle.

—¡Fuera! —bramó don César tironeando de su saco.

Lichita corrió fuera del cuarto mientras Aurora se ponía en pie, espantada ante el miserable aspecto de su esposo.

—César, querido...

—Quítate la ropa.

—Pero César.... —tartamudeó esta alarmada.

—¡Obedece! —bramó llegando hasta ella y rasgando la delantera de su vestido de un solo tirón. La combinación de lino mostró los generosos pechos a la mirada desquiciada del hombre. De un empujón la hizo rebotar sobre el colchón. Se trepó tras ella *jaland*o de sus pantalones y rasgándole las calzas—. Me vas a dar un hijo, Aurora, me vas a dar un hijo o juro que te mato.

Aurora trató de escapar a gatas sobre las cobijas revueltas. Temía a aquel César perturbado y embrutecido. César la atrapó bajo su cuerpo, le abrió las piernas con las rodillas tratando de forzarla.

—¡Déjame! ¡No! ¡No! —exclamó asustada pero al sentir su miembro pujando entre las piernas su miedo trasmutó en desprecio. Clavó los ojos en el dosel de las cortinas mientras los embates de César aumentaban su resentimiento. Un sonido ahogado indicó que todo estaba a punto de finalizar. El rostro de César descendió sobre el suyo. Le desagradó intensamente su gesto esperpéntico al eyacular, sus estertores y el olor acre de su cuerpo.

César permaneció sobre ella unos segundos antes de dejarse caer a un lado. Aurora se encogió sobre sí misma con la mirada perdida mientras César se acomodaba las ropas. La humillación a la que la había sido sometida expandió en su interior un resentimiento sin igual.

Recuperada la cordura, César trató de congraciarse con su esposa. Estiró una mano y trató de acariciarle el rostro pero Aurora se retiró de su contacto asqueada.

—Linda...

—No vuelvas a tocarme.

—¿Estás enojada? No lo estés, mi cielo, te compraré lo que quieras. Solo pide. ¿Qué se te antoja?

Aurora se incorporó con la mirada inyectada de puro odio.

—Nunca te voy a dar un hijo. ¡Nunca! ¿Y sabes por qué? —Los ojos vidriosos de su esposo se fijaron en ella a modo de advertencia, pero Aurora hizo caso omiso. Se alzó envolviéndose el cuerpo humillado en la cobija—. Durante años he tenido que soportar tus desprecios y los de María Fernanda. Me culpaban a mí, cuando el problema son ustedes, ambos yermos, estériles como este maldito lugar.

—¡Cállate!

Pero no había fuerza humana capaz de acallar la ira de Aurora. El ultraje de César la impulsaba a decir todo aquello que guardaba en sus entrañas.

—¡Que se entere todo el mundo! ¡Que sepan! Eres inútil como hombre.

César apretó los puños contra sus sientes. Un velo rojo le cubrió la mirada. Las palabras de Aurora lo enloquecieron, se apoderaron de su voluntad. Estiró sus manos hacia ella aferrándola por el cuello con la intención de hacerla callar.

—¡Cállate!

—¡Sí! ¡Entérate de lo que todos andan murmurando! Te falta hombría para dejar preñada a una mujer.

—¡Cállate! ¡Cállate! —bramó apretando sus manos en torno a su cuello.

—Pocohombre.

Aurora se debatió tratando de liberarse al sentir la presión de sus dedos. Ambos cayeron al suelo, se debatieron con rabia. El rostro femenino exhibió un rictus de horror cuando sus manos apretaron con fuerza. Sin éxito su garganta luchó por llenar sus pulmones. La asfixia le provocó un dolor agudo en el tórax, como un cuchillo hundido en sus entrañas. Estalló en una serie de jadeos angustiosos mientras sus ojos se fijaban en la mirada desquiciada de César. Luchó denodadamente por liberarse. Sus uñas se clavaron en las manos inmisericordes que la privaban de aire y de vida. Combatió el incipiente pánico, la debilidad que privaba de fuerza sus miembros, pero al cabo de unos minutos se rindió. Su cuerpo inerme cayó a los pies del hacendado, que se arrastró de rodillas para seguir oprimiendo su cuello.

La rabia de César Montemayor fue mermando poco a poco, haciéndole tomar conciencia de su fatal acto. Jadeante, se dejó caer junto al cuerpo inerte de su esposa. Un sollozo agónico surgió de su garganta haciendo que todo su cuerpo temblara. Sus lágrimas se mezclaron con las secreciones de su nariz y su saliva. Se puso de pie tropezando con el cobertor que Aurora había dejado caer sobre el piso. Cubrió su cuerpo con él porque no soportaba el rictus de su rostro. Tambaleante, se dirigió hacia la puerta y trancó con llave. Perturbado, miró a su alrededor. El cuarto parecía una leonera. Todo le daba vueltas. Vomitó en un rincón, escupió toda su bilis hasta que un sudor frío le hizo caer al piso de rodillas. Al poco se escuchó la voz de María Fernanda.

—César ¿qué ocurre? —rogó moviendo la manija—. Ábreme.

—¡Vete!

—César, por favor, te lo ruego, ábreme.

El hacendado fulminó la puerta con una mirada inyectada pero supo que María Fernanda no se daría por vencida. Una vez más su mirada volvió a recalar en el cadáver de Aurora. Le estremeció pensar en ella como un cadáver cuando unos momentos antes la había poseído. Se le revolvieron las tripas una vez más. Necesitaba un maldito trago, aquella era una necesidad acuciante que le nublabá cualquier otro pensamiento. A gatas se puso en pie

para abalanzarse sobre la puerta. María Fernanda se interpuso en su camino. Sus ojos recorrieron el cuarto hasta descubrir el cuerpo de Aurora. Entonces su expresión demudó en un gesto de horror que le abrió la boca y dilató los ojos. Sus dedos descarnados se alzaron hasta sus labios tratando de retener el grito de horror que le trepo por la garganta.

—¡Virgen Santa! César ¿qué has hecho? —clamó entrando y cerrando la puerta ante la dantesca escena.

El hacendado sacudió la cabeza sin saber qué decir.

—No lo sé, hermana, no lo sé —barbotó enajenado.

—Espérate ¿dónde vas?

—Necesito beber algo.

—No, de aquí no te mueves —siseó María Fernanda inclinándose sobre el cuerpo aún tibio de Aurora. Retiró el cobertor y observó la mueca congelada de su rostro y las marcas oscuras que le circundaban el cuello.

—La maté. Le advertí que lo haría pero ella no me creyó. Se rio de mí, dudó de mi hombría —sollozó ocultando el rostro tras su mano.

María Fernanda dejó caer la esquina del cobertor para regresar junto a César. Lo consoló con su abrazo ofreciéndole su hombro para aquietar su llanto.

—Dudó de mi hombría —repitió como un mantra tratando de excusarse. — Me insultó, me humilló.

—Shsss. Te creo.

César levantó la mirada clavando en su hermana una mirada vidriosa.

—¿De veras?

—No era buena para ti, jamás lo fue. Jamás te hubiera dado un heredero digno. Ahora solo nos tenemos a nosotros. Debemos protegernos de los peligros que nos acechan. Por eso necesito que te serenes. Por favor, ya cálmate. Debemos pensar qué hacer con ella.

César asintió avergonzado de sus lágrimas, que secó con un brusco movimiento. Tomó una bocanada de aire tratando de serenarse y asintió.



—Fortunato —farfulló—. Haz que venga cuando se haga de noche. La sacaremos de la casa cuando todos duerman.

—¿Qué harás con... el cuerpo?

—No te preocupes por eso ahora.

María Fernanda asintió conforme, aliviada porque César hubiera retomado las riendas de la situación.

—Lo mejor es que te quedes aquí mientras tanto. Cierra la puerta con llave. Nadie debe entrar.

—Lichita...

—La buscaré —aseveró segura.

—¿Qué les diremos a todos?

—Inventaremos algo, tal vez que Aurora decidió viajar a Cuernavaca a visitar a su familia, que pasará allí una larga temporada.

—Alista también a Marcela.

María Fernanda se detuvo a mirar a su hermano con cavilosa serenidad.

—¿Qué vas hacer con ella?

—Sabe lo del testamento. La he visto, he hablado con ella. Está distinta. Habla distinto.

—¿El testamento? ¿Quién... —. Su pregunta murió en sus labios. La única persona ajena a la familia al tanto de tal asunto era Evaristo Gonzalez. Había asegurado haber destruido las últimas voluntades de su padre pero cabía la posibilidad de que no fuera así—. ¡Maldito ingrato! ¡Así te paga! ¡Después de todo lo que hiciste por él!

—Ya arreglaré cuentas con él. Ahora, por favor, tráeme algo de beber.

La luna brillaba en lo alto del cielo estrellado como un escudo de plata. Su tenue reflejo definía el contorno de dos jinetes nocturnos. Se movían con sigilo entre los cerros desiertos de Arroyo Negro. El reflejo de la luna incidía en el brillo metálico de sus carabinas y revólveres y fulguraba efímero en sus cananas. Encabezaba la marcha un *charro* recio de buena altura con un profuso

bigote de oreja a oreja y ojos negros que se movían con viveza bajo su sombrero de ala ancha. Sus hombres se referían a él como Miliano. Su destino era el estado de Morelos, donde habían acordado con el mismo Madero unirse al Ejército Libertador del Sur.

La advertencia de Eufemio, hermano de Miliano, al percatarse de un eco lejano los obligó a esconderse tras unos encinos, desde donde observaron con el corazón en un bote cómo el murmullo nocturno se transformaba en un trote esforzado al cabo de varios minutos. Bien ocultos bajo las sombras, vieron cruzar ante ellos una carreta de mulas custodiada por varios hombres armados que se perdió en la noche.

—Esos se traen algo, Miliano, y de seguro nada bueno —conjeturó Eufemio, cuya corpulencia le facilitaba salir bien librado en las peleas cuerpo a cuerpo.

—Pues vayamos a averiguar qué —exhortó Miliano clavando espuela en su potro retinto.

Siguieron el rastro de la carreta hasta un paraje apartado de la mano de Dios sin más habitantes que coyotes y zopilotes. Se trataba de un barranco medio oculto tras un cerro escarpado sin acceso aparente salvo un estrecho sendero medio oculto por arbustos.

—¿Crees que sean amigos de la revolución? —volvió a hablar Eufemio entre susurros al ver cómo los hombres descargaban los bultos de la carreta protegidos bajo lonas de saco—. Mejor vámonos.

Guiado por su intuición, Miliano negó.

—Esos se traen algo.

—¿Y a nosotros qué nos importa? —protestó Eufemio pero, al ver a su hermano saltar del caballo para arrastrarse sobre la panza y treparse hasta lo alto del cerro, dejó escapar un suspiro antes de seguirle.

—Vas a conseguir que nos maten antes de que empecemos la revolución.

—¿No te parece raro que esos anden escavando un agujero en mitad de la noche?

—¿Crees que anden de funeral? —pronunció con sarcasmo.

—Averigüémoslo.

—Espérate ¿qué vas a...

Antes de que pudiera concluir, su hermano se alzó de rodillas y arrancándose el sombrero de la cabeza lo agitó varias veces. Su presencia fue descubierta primeramente por los caballos, que piafaron nerviosos. Segundos más tarde uno de los hombres daba la voz de alarma obligando al resto a arrojarse al suelo y cargar armas.

—¡Don César, nos han descubierto! —bramó Fortunato atribulado pues, si hasta el momento había seguido fielmente las órdenes del hacendado con la esperanza de ocupar el puesto del Arístides, ahora temía por su cuello, pues una cosa era dar plomo a algún desgraciado y otra bien distinta ser cómplice de la desaparición de dos damas.

Repuesto del susto inicial, la intromisión de aquellos desconocidos desató en César Montemayor una cólera rabiosa. Tomó valor de una botella antes de arrojarla a un lado.

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen en mis tierras?

Miliano no desconocía quién era pues aquel hombre, César Montemayor se había valido del infortunio de los más débiles y el favoritismo de los porfiristas para hacerse de tierras ajenas, había expulsado y apaleado a los indios despojándolos de cuanto poseían. No, Miliano no retrocedería ante un hombre así, había prometido presentar batalla a los agravios y devolver la dignidad a los sin tierra. Frente a él tenía a un enemigo de la Revolución, un enemigo del pueblo mejicano.

—¿Sus tierras? Esta tierra pertenece a los indios. Usted se las robó.

—¡No voy a permitir que vengan a mi casa y me insulten! No son más que unos pelaos, pero yo les voy a enseñar su lugar —entonó el hacendado con tono ebrio—. Los voy a colgar de un árbol y me sentaré a ver cómo se les secan las entrañas —formuló antes de empuñar su rifle.

El eco metálico de los escopetazos resonó en todo el páramo antes de perderse en la anchura de la noche. Miliano y Eufemio se arrojaron a tierra y respondieron con más plomo. La orografía del terreno jugaba a su favor. Eran

hombres diestros en el manejo de armas. Miliano había recibido varios plomazos a lo largo de su vida pero como hombre abusado había aprendido a defenderse. Todos lo tenían por un excelente tirador, avezado en la caza y en la batalla.

El intercambio de balazos prosiguió durante varios minutos más. Cuando las armas guardaron silencio, el cuerpo de César Montemayor yacía sobre la tierra impregnada de sangre rodeado del resto de sus hombres.

## Capítulo 27

Aunque el día estaba despejado, la temperatura en el distrito federal no superaba los veinte grados cuando el Nacional se detuvo en la estación de Buenavista, ubicada en pleno centro capitalino. Rafael descendió del vagón con su grapera al hombro e, ignorando las miradas de asombro a su paso, siguió la riada humana que se dirigía hacia el exterior, donde tomó un coche de alquiler al que facilitó la dirección del despacho de abogados. Al adentrarse en el centro urbano, le entretuvo el vibrante dinamismo de sus gentes. Las principales arterias de la capital estaban atestadas de carretas, carruajes, transeúntes y tranvías eléctricos atrapados en lo que parecía un caos ordenado. El París de América, como gustaban referirse muchos a la capital de la república, destilaba una opulencia que se trasladaba a los exclusivos comercios que salpicaban sus avenidas más céntricas. La sociedad capitalina había desarrollado una ferviente admiración por todo lo «extranjero» y un afán desmedido por convertir la vieja urbe en una ciudad cosmopolita y moderna.

El despacho de abogados Manzeda se anunciaba mediante una discreta placa de bronce a pie de calle. Sobrepassado por la impaciencia, Rafael subió de dos en dos los escalones hasta el segundo piso y tocó al timbre de campanilla.

Abrió la puerta un secretario de cabello engominado partido en dos mediante una gruesa raya, chaleco a rayas y camisa blanca con cubremangas. Tras sus lentes de vidrio redondo sus ojos se agrandaron al descubrir a Rafael, cuya figura, enfundada en un traje oscuro, camisa batista y chaleco de satén, provocó una instantánea admiración. Con disimulo lo recorrió de pies a cabeza mientras lo invitaba a pasar. Se mostró comunicativo y amable antes de hacerle aguardar en una pequeña sala destinada para tal uso.

Rafael escuchó sus pasos recorrer el pasillo. Su mirada se paseó por la diminuta estancia decorada con profusión en sedas y terciopelo. La luz otoñal

que penetraba por el vidrio de la ventana mostraba un matiz mortecino propio del otoño, aunque en opinión de Rafael se debía más bien a los edificios que ocultaban el horizonte.

Al cabo de unos minutos regresó el secretario seguido de un caballero de cabello cano, cuya distinción se hacía patente en el corte elegante de su levita y el lustre de sus zapatos. Al encontrarse sus miradas se quedó clavado al suelo lleno de asombro.

—¡Santa María! —exclamó. Su exaltación hizo que Rafael frunciera el ceño con desconfianza—. Disculpe. Soy Mauricio Manzeda —declaró afable extendiendo una mano que Rafael aceptó con reservas—. Me habían dicho que era la viva imagen de su padre, pero jamás sospeché...

—¿Conoció usted a Víctor Ugalde?

—Fui su abogado por años. Ambos compartimos negocios y amistad. Por favor, sígame, hay mucho de lo que hablar.

Rafael lo siguió a través del amplio pasillo hacia el despacho principal.

—Por favor, tome asiento. —Su mirada de águila se clavó de nuevo en el rostro del campero—. Perdóneme, pero, ¡es Don Víctor vuelto a nacer!

—No tengo más remedio que creerle.

—Hágalo. Si su padre hubiera sabido de su existencia...

—Hay muchas cosas que desconozco de ... mi papá ¿Jamás se casó? ¿No tuvo más hijos?

—Verá, su padre era un español bien testarudo. Solo amó a su adorada Delphina. La amó hasta su último aliento.

—Mi madre murió al nacer yo.

—Nunca lo supo. Sí le confieso que durante un tiempo juró odiarla por su rechazo. Para Don Víctor fue un golpe duro de asimilar. Sustituyó el amor por el trabajo. Fue así como creó su imperio. Con trabajo. Pero siempre se sintió solo, fue por eso que durante sus últimos años se dedicó a buscar a su madre.

Rafael guardó silencio, como era habitual en él. Aquel rasgo hizo que Mauricio Manzeda sonriera.

—Hasta en eso se parece a su papá. —El campero lo miró bajo un ceño apretado. Bajo aquella fachada imperturbable latía un ansia mal contenida de saber más acerca de su progenitor—. Don Víctor solía intimidar con su mirada, pero no de la misma forma que usted.

—Platíqueme de él.

—¿Qué quiere saber?

—Todo.

Mauricio Manzada habló durante horas sobre su larga amistad con el español. Narró a Rafael todos los avatares de su existencia. Resultó que al otro lado del océano Rafael tenía una familia, una familia que desconocía su existencia. Su curiosidad apenas se sació con las pormenorizadas descripciones de Mauricio Manzada acerca de sus orígenes españoles. Rafael atesoraba toda esa información para diseccionarla y analizarla en soledad. Transcurrieron al menos dos horas cuando alguien golpeó la puerta. La interrupción molestó a Rafael, que a punto estuvo de pedir al abogado que ignorara el llamamiento para continuar con el interrogatorio. Estimó oportuno guardar silencio mientras este firmaba una serie de documentos a uno de sus pasantes. Tras su marcha, Mauricio Manzada cruzó sus manos sobre el escritorio.

—¿Por qué no me deja que lo invite a comer? Así podremos seguir con la plática. Mi casa se halla a dos cuadras de aquí y tengo por costumbre comer allí todos los días.

Rafael aceptó de mala gana. No quería que su conversación se viera interrumpida por la charla banal que la buena educación exige en tales circunstancias.

—¿Tiene ya alojamiento en la capital?

—En realidad no.

—Entonces no hay más que hablar, se quedará en mi casa, que es también la suya. — Algo en el rostro de Rafael debió delatar su rechazo a semejante idea

—. Pero si no está de acuerdo...

—En realidad, desearía regresar lo antes posible a San Miguel.

—Por favor, tenga paciencia. Los trámites nos llevarán aún varios días. Todas las empresas de su padre estaban a nombre de una sociedad de la que en adelante será usted propietario. Ya conoce usted la burocracia de este país, más ahora que todo anda revuelto tras las elecciones y las asonadas amenazan por cualquier lado.

—Solo me interesa el apellido de mi padre.

—¿Puedo preguntarle el motivo?

—Espero darle su apellido al hijo que espero, y también a mi futura esposa.

Un gesto desconcertado cruzó por el rostro angosto de Manzedá, pero supo recomponerse a tiempo y ofrecerle una sonrisa de aprobación.

—Reciba mis felicitaciones, pues. En ese caso solicitaré una reunión con un notario de mi confianza. Mi esposa y algún conocido de su papá en la ciudad pueden ejercer de testigos. Ellos ratificarán que usted es quien dice ser. Después de eso solo quedan los trámites en el registro civil. —Estiró la mano hacia un llamador situado a su espalda y lo hizo sonar con energía antes de proseguir con su explicación—. Convocaré una reunión para esta misma tarde.

La casa de Mauricio Manzedá se situaba próxima a la avenida de San Juan Letrán esquina calle Independencia. Era una lujosa construcción de estilo afrancesado de techos altos y decoración exquisita. Manzedá le condujo hacia una antesala de estar de suelos de mármol donde aguardaba una dama que Rafael supuso su esposa y una anciana con una trompetilla para el oído.

—Eladia, permíteme que te presente.

—¡No digas más! —acotó la dama poniéndose en pie. Se trataba de una mujer regordeta, de pecho abundante y cabello rubio cuidadosamente sujeto en un moño de coronilla—. Usted es el hijo de Víctor Ugalde. ¡Qué bárbaro! El parecido es asombroso. ¿Verdad, mamá? —añadió elevando la voz en



dirección de la anciana.

Rafael se vio sometido a la inspección de los ojos acuosos de la anciana, que con rapidez perdieron el interés.

—¿Ya vamos a almorzar?

—Disculpe la tardanza, suegra —intervino Manzada.

—Ya tengo hambre. Dígame, Don Víctor, ¿usted no tiene apetito?

Eladia de Manzada se adelantó dispuesta a aclarar su equívoco, pero Rafael se lo impidió con un gesto entendiendo que la confusión de la anciana se debía a su senectud.

—Mucha —aclaró.

—Entonces no hay más que hablar. Todos a la mesa —atajó Eladia tomándolo del brazo para conducirlo hacia unas puertas de cristal irisado—. Por aquí, por favor. Disculpe a mi mamá, la edad...

—No tiene por qué pedir disculpas, señora —rechazó Rafael a quien la afabilidad de Eladia de Manzada agradó de inmediato.

Doña Lali, apodo cariñoso con el que todos se referían a la esposa de Manzada, hizo que una doméstica dispusiera un servicio más en la mesa en la que todos tomaron asiento. Don Mauricio y su esposa eran personas distinguidas, con una conversación fluida y mente abierta que hizo que Rafael se sintiera a gusto en su compañía. No encontró en su trato ningún menosprecio hacia sus orígenes sino una discreta curiosidad. A Marcela le agradecerían, pensó en un arrebatado de añoranza. Eran el tipo de personas con los que sus papas estarían acostumbrados a tratar. Burgueses con un espíritu liberal, educados y cosmopolitas. Se juró que en su próxima visita ella le acompañaría y que él le mostraría gustoso todas las maravillas de la capital de la República.

Al finalizar la comida, tomaron asiento en una bucólica salita con vistas al jardín privado, donde les fue servido un café. Llegó el momento de partir y mientras la madre de Doña Lali dormitaba en un capitoné de damasco, esta les acompañó hasta la entrada donde se despidió afectuosamente de Rafael.

—Me dio mucho gusto conocerle. Su padre era un gran amigo de esta casa. Espero que nos visite de nuevo sin mayor tardanza.

Rafael asintió conforme pero, cuando estaba a punto de traspasar la puerta, regresó sobre sus pasos y le dedicó a la dama una mirada enturbiada.

—Quisiera pedirle un favor —expuso con brusquedad.

Doña Lali pestañeó, sorprendida ante la petición.

—Estoy a su disposición.

—Quisiera que mi futura esposa dispusiera de un ajuar antes de mi boda. ¿Podría ocuparse de ello?

—Pero... por supuesto, querido —aceptó taciturna la dama, pero ciertamente halagada.

Don Mauricio rio a su espalda.

—Creo que le ha dado usted el mayor gusto de toda su vida —indicó previendo una extensa jornada de peregrinación por lugares de nombre impronunciable como Le Paris Charmont, «l'art de la mode» o «Palacio de hierro» entre otros.

Dos días después, Doña Lali le exponía con ojos brillantes todas sus adquisiciones en la salita colindante al jardín. Algo aburridos, Don Mauricio y Rafael atendían a su detallada exposición.

—Vea, Rafael, me he permitido encargarme un poco de todo. Para su futura esposa perfume, polvo de arroz y jabón. También abanicos españoles, sombreros, encajes, pasadores, telas de vigoureux y mohair. Y para la futura criatura, berrets, layettes y capotitos de bebe. ¿Verdad que son preciosos? También mantelerías y ropa de cama. Cubertería de plata, loza francesa y una cristalería de Los Plateros. Sí, ya sé, Mauricio, es escandalosamente cara —suspiró—. Pero no me pude resistir. Verá que su futura queda encantada, Rafael.

—No tengo la menor duda —aceptó el campero abrumado por aquella avalancha de adquisiciones. Fue necesario recordarse que ahora era un

hombre rico y que tal dispendio apenas repercutiría en su bolsa—. Deseo darle las gracias por las molestias.

—Ha sido un verdadero placer —desechó doña Lali complacida—. Haré que se lo empaquen y mañana lo tenga todo listo. Le echaremos de menos.

—Se está haciendo tarde, querida —acotó su esposo—. Mejor te vas a cambiar. He reservado mesa en Gambrinus para las ocho —señaló Don Mauricio en referencia al mejor restaurante de la ciudad, ubicado en la avenida San Francisco—. Esta noche toca festejar que ya es usted Rafael Ugalde.

El recordatorio hizo que un brillo complaciente iluminara los ojos azules. Estaba deseando regresar a San Miguel a dar las buenas nuevas a Marcela. Si no lo había hecho esa misma tarde, había sido por la insistencia de Don Mauricio y su esposa.

Durante la cena degustaron una amplia variedad de platillos europeos. Algunos agradaron a Rafael otros en cambio le parecieron insípidos, sin la riqueza y el colorido de la gastronomía autóctona. La sobremesa se alargó, animada por los excelentes licores y la charla de los Manzedas. A Rafael le agradaba la compañía de personas tan versadas.

Arribaron a la casa cuando el reloj marcaba la medianoche. Doña Lali se extrañó de que las luces del primer piso estuvieran encendidas y así se lo comentó a su esposo.

—No ha de ser nada, mujer —respondió Manzedas restando importancia al asunto pero pronto fue evidente que no era así. Al alcanzar el vestíbulo descubrieron la presencia de un indio desgredado y sucio que al ver a Rafael se arrojó sobre él.

—¡Guadalupe! —reconoció Rafael en tono amistoso pero su inicial entusiasmo se enfrió sustituido por una culebra de gélido temor que le trepó por su columna vertebral—. ¿Qué pasó? —inquirió lívido ante una repentina premonición—. ¡Habla!

—Se trata de Marcela —pronunció el indio con acusada gravedad. Temeroso por primera vez de la reacción de su compadre—. ¡Se la llevaron,

Rafael!

—¿¡Qué dices!?

—Fue ese hijo puta de Montemayor —explicó compungido—. Se la llevó, compadre, se la llevó.

Rafael sintió cómo el estómago le daba un vuelco y la bilis le trepaba por la garganta.

—¿Dónde? ¿Dónde se la llevó?

—Le seguimos el rastro hasta Arroyo Negro. Conseguimos hablar con Lichita y ella nos confirmó. Dijo que nos ayudaría a sacarla, pero de la noche a la mañana ya no volvimos a saber de ella. Pa mí que Don César se enteró. Chucho la anduvo buscando por toda la hacienda sin que nadie supiera decirle.

—¿Qué ocurre, Rafael? —intervino Manzeda al escuchar la conversación. Le preocupaba la lividez que se reflejaba en el rostro avezado de Rafael. Sus palabras impulsaron al campero a mirarle. Su mirada estaba tintada de un furor escalofriante que lo congeló en el piso. Agradeció no ser el merecedor de la ira que traslucía.

—Debo partir —respondió este con brusquedad.

## Capítulo 28

Habían llegado a la hacienda El Milagro apenas el día antes después de una larga cabalgada. Marcela apenas había tenido tiempo de hablar con Lichita. La doméstica se había convertido en su compañera en aquella desdichada aventura. Tras un refrigerio tomado de pie en la cocina, su anfitrión, un hombre de nombre Ramiro, y sus captores las dejaron instaladas en una pequeña estancia junto a las cocinas, donde pudieron asearse y descansar.

La impresión de la *balacera* vivida en los cerros había privado de habla a Lichita que hasta el momento no había dejado de llorar y gemir como perro apaleado. Para cuando el habla le regresó lo hizo como una torrentera.

—¡Ay, niña!, tengo miedo. Usted no sabe. No sabe.

—Esos hombres no nos harán daño —aseveró Marcela confundiendo el origen de su temor si bien ella misma no confiaba en sus benefactores.

—Lo que le digo, usted no sabe. Su tío y su tía mandaron matarme para cerrarme la boca. ¿Quiere saber por qué? Pos porque su tío mató a la señora Aurora. Yo mismita lo escuché detrás de la puerta. Primero la violentó y luego la estranguló. —La doméstica se santiguó tres veces seguidas—. Corrí a decírselo a Doña María Fernanda, ella no quiso creerme pero yo le insistí y le rogué hasta que me oyó.

—¿¡Lichita, que estás diciendo!?

—Pos lo que oye, niña. Después su tía se encerró con el patrón en el cuarto y estuvieron platicando. No pude escuchar lo que decían. Me escondí en los trojes pero la señora me mandó buscar y me encerró en su cuarto. Puso a varios hombres a vigilarme. Uno bajo el balcón y dos en la puerta. Dio orden de que nadie cruzara ni media palabra conmigo. Allí me tuvo hasta la noche y, como sus tíos de usted sabían que yo lo sé todo, quisieron quitarme de en medio pa que no lo ande contando. Por eso me metieron en esa carreta atada como *guajalote*. Y a usted también pensaban mandarla con la patas de cabra y

enterrarnos junto a la pobre Doña Aurora. Pero ahora su tío tiene su merecido y que Dios me perdone pero espero que se pudra en el infierno por todo el mal que hizo en esta tierra. Y pos a su tía María Fernanda pronto le caerá un castigo de allá arriba —se explayó hasta quedarse sin aliento antes de entregarse a una nueva llantina.

Impresionada con sus revelaciones, Marcela se dejó caer sobre el catre que tenía asignado intentando poner en orden sus pensamientos. La declaración de Lichita daba luz a muchas otras cosas. Entendía ahora por qué había sido arrastrada en mitad de la noche y embutida en un saco atada de manos y pies. «¿Dónde me llevan?», había inquirido antes de que la mordaza le cubriera la boca. Su tía María Fernanda, que había supervisado en persona el proceso, había esgrimido una sonrisa, la única que le había dirigido en toda su vida.

—No tienes nada de lo que preocuparte, querida. Pronto te encontrarás en un lugar mejor. Ahora, por favor, colabora para que el bebé no sufra más de lo que ha sufrido.

Marcela no había sabido cómo interpretar sus palabras. Ahora podía hacerlo.

Los lamentos de Lichita se fueron aplacando poco a poco. Al cabo alzó la mirada y se secó los mocos de la nariz con la manga de su blusa.

—Gracias a todos los ángeles y arcángeles del cielo se aparecieron esos hombres. ¿Sabe quiénes pueden ser?

—Revolucionarios, me temo.

—¿Eso cree? —inquirió esperanzada.

En ese momento se abrió la puerta y entró en la estancia aquel que llamaban Miliano. Se trataba de un hombre de altura regular, piel morena sin ser prieta, frente amplia y ojos negros bajo unas cejas pobladas. Destacaba en su rostro su bigote ancho y frondoso peinado con las puntas hacia abajo. Usaba pantalones de raya ancha y botonadura al costado, blusa blanca con pechera alforzada y gazo de seda al cuello. Sus botines de piel resonaron en el piso de loza al entrar, atrayendo la mirada de sus dos ocupantes.

—Señora —saludó con corrección arrancándose el sombrero galoneado de

la cabeza. Sus maneras eran suaves, casi educadas, camuflando sus humildes orígenes, que Marcela supo detectar casi de inmediato. Poseía un aura de autoridad a la que al parecer eran incapaces de resistirse las gentes con las que se hacía rodear—. Espero que todo sea de su agrado. —Para disgusto de Marcela, Lichita cabeceó con entusiasmo fascinada con su salvador.

—¿Cuándo se nos permitirá regresar a nuestro hogar? —exigió saber.

Los ojos redondos del hombre se fijaron en ella con indudable interés masculino. Marcela sintió cómo la recorrían de pies a cabeza con apreciación.

—Antes debo saber quiénes son.

—Marcela Fonseca, sobrina de César Montemayor, y ella es Lichita.

—¡Ay, caramba! ¿Y por qué quería enterrarlas su tío?

Marcela frunció los labios con desagrado ante el recuerdo.

—Cuestiones familiares —declaró con la espalda tiesa.

Miliano rompió a reír con fuerza.

—Puede darme las gracias de que haya mandado a ese desgraciado al otro mundo.

—¿Mi tío está muerto? —quiso saber luego de un breve titubeo. Los recuerdos de esa noche se amontonaban en su memoria sin orden ni concierto. Tan solo recordaba haber sido arrastrada hacia una montura cuando el ruido de las balas cesó, obligada a cabalgar sin ninguna explicación.

—Se lo dejé a los gusanos para que dieran cuenta.

—¿Soy su prisionera?

—Digamos mejor una invitada.

—¿Y cuando se me pondrá en libertad?

—Señorita Fonseca, estamos en el principio de algo grande, la invito a quedarse y ser testigo de la historia.

—¿Habla usted de La Revolución? —se esperanzó Lichita con los ojos como platos.

—Es la hora de la redención del pueblo.

—No me interesa su revolución, solo quiero regresar a mi hogar —protestó

Marcela, poco impresionada por el grandilocuente discurso.

—Estará más segura acá, con el bando ganador.

—No necesito de su protección.

—Mírese no más, está preñada, ¿quiere que la deje sola en semejante estado? Le aseguro que muchos hombres no serían tan considerados como yo lo he sido hacia su situación.

—Permítame enviar un telegrama informando de mis circunstancias, entonces.

—Lo haré. A su debido tiempo —añadió con una amplia sonrisa que contradecía el brillo desconfiado de sus ojos—. Y ahora les ruego que se apronten para la cena. Compartirán mesa con el resto de mis hombres.

Tras su marcha, Lichita se persignó, Marcela pensó que por el susto pero pronto dejó patente lo contrario.

—¡Válgame el cielo, niña! Creo que ese hombre es ese tal Zapata del que todos hablan —declaró embelesada.

Cuando Rafael y el resto de sus hombres traspasaron la entrada principal de Arroyo Negro a galope tendido, no hallaron a ningún vigilante que les opusiera resistencia. En los alrededores de la casa mayor primaba una tranquilidad inusual. Ninguna actividad se desarrollaba en los campos, ni en los cercados. El lugar parecía desierto.

—Esto no me gusta, compadre —declaró Guadalupe echando hacia atrás el ala de su sombrero con el extremo de su revólver.

Rafael observó a su alrededor con desconfianza. Ordenó a sus hombres que rodearan la casa mientras él se dirigía a la entrada principal, con Guadalupe pegado a sus talones. Las puertas se hallaban abiertas de par en par, el lugar, regado de muebles quemados, jarrones rotos y cortinas rasgadas, parecía arrasado por una marabunta.

—¿Qué crees que ha pasado aquí? —inquirió un confundido Guadalupe.

En esas escucharon unos pasos arrastrados. Ambos alzaron sus armas hacia



la puerta que comunicaba el vestíbulo con el ala del servicio.

La figura de un sirviente avanzó hacia ellos por el pasillo en penumbra hasta hacerse visible. Rafael reconoció a Tiburcio, el anciano ayudante de Marcela que, al descubrir su identidad, esbozó un gesto de alivio.

—¡Señor Rafael! Pensé que se trataba de mas saqueadores.

—¿Qué ha pasado, Tiburcio?

—Los peones se volvieron locos cuando se enteraron de lo que el patrón intentó hacerle a la niña Marcela. Vinieron a la casa con machetes y cuchillos. Lo destrozaron todo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ocurrió con la señorita Fonseca? —inquirió Rafael con el corazón en un puño.

—El patrón la hizo sacar de la casa en mitad de la noche y se la llevó junto a Doña Aurora, que Dios la tenga en su gloria.

—Espérese, espérese. ¿Y qué le pasó a Doña Aurora? ¿Acaso se murió?— intervino Guadalupe, sobrepasado por aquel cúmulo de noticias.

—¿Qué, que no supieron? La noticia ya se corrió por todo San Miguel. Don César la mató —les confió—, la estranguló con sus propias manos, dicen que se pelearon bien feo y se dijeron de todo y que por eso Don César la mató y quiso esconder el cadáver de la muertita en mitad de la noche. Doña María Fernanda le hizo los arreglos junto con el Fortunato. Pero ya ve cómo son las cosas, le cacharon en mitad del pecado.

—¿Quién?

—Pues nadie sabe nada pero hablar hablan todos. Que si fue cosa de los comanches, que si de los revolucionarios. ¡Vaya usted a saber! Yo solo espero que la niña Marcela esté bien.

—¿Y qué pasó con Don César y el resto? —interpeló Guadalupe.

—Al patrón y a Fortunato los mataron a plomo. Los que pudieron escapar vinieron con el cuento a Doña María Fernanda y de ahí se corrió por toda la hacienda, y se formó tremendo lío, aquí se presentaron unos cuantos queriendo arrasar con todo, con suerte Don Pascual los convenció para que se

marcharan. Apenas hace una hora los rurales trajeron los cuerpos y quisieron interrogar a la Doña, pero ella está encerrada en el cuarto de Don César llora que llora sin hacer caso a nadie. Yo creo que se volvió loca. Hasta botó a Don Pascual cuando pidió verla.

—A mí me atenderá —sentenció Rafael antes de lanzarse escaleras a arriba.

—¡Santo Jesús! ¿No irá a matarla? —farfulló Tiburcio consternado.

—No le sorprenda si le saca el pellejo.

Rafael irrumpió en la estancia de César Montemayor con un empujón que hizo que la puerta rebotara contra la pared en un estruendo de madera y piedra. Avanzó por aquel cuarto tenebroso con olor a muerte hacia el lecho donde yacía el cuerpo sin vida de César Montemayor. La tierra seca y la sangre cubrían gran parte de sus facciones, deformadas pero de pleno reconocibles. Debiera haber sentido complacencia ante semejante imagen. Su enemigo al fin derrotado, al fin muerto, pero en cambio dentro de él no había nada, como si el odio de una vida se hubiera transformado en una bruma contrahecha e intangible. No se percató de la presencia de María Fernanda hasta que esta no se puso de pie de un salto, con el rostro congestionado por las lágrimas, que apartó de sus mejillas de un manotazo. Aquel cuervo negro lo miró con los ojos desorbitados y su rostro ceroso inflamado.

—¡Usted! —aulló de ira y de desprecio.

Rafael avanzó hacia ella para tomarla de un brazo.

—No voy a decir que lamento su pérdida. Sería mentira.

María Fernanda se estremeció a su contacto, como si su tacto la repeliera. Sus labios se retorcieron despegándose de sus comisuras.

—¡Basura inmunda! ¿Cómo se atreve a ...

—¡Basta, señora!, no estoy para berrinches. Ahora dígame ¿dónde está mi mujer?

—¿Su mujer? ¿Se refiere usted a la ramera de mi sobrina?

Rafael se contuvo para no silenciarla con un golpe. Aquello hubiera sido

traicionar uno de los preceptos que Mala Vida le inculcó «a las mujeres hay que respetarlas, Rafael, aun cuando no se lo merezcan».

—Guárdese su veneno para usted, y ahora dígame ¿dónde está ella?

—¿Qué quiere que le diga? No la he visto en días, puede que ande de regalada con algún otro.

—¿Me va a mentir con el cuerpo de su hermano presente? Mire que así no la van a querer en el cielo. —Rafael la acorraló intimidante contra la pared—. Hable o no respondo.

Su amenaza fue efectiva. La dama quedó paralizada. Pero la cercanía del campero provocó un segundo efecto en ella, como si su mente fuera atrapada por el pasado. Su mirada sin vida se transformó y hasta su rostro adquirió un vestigio de vida. Rafael la vio parpadear varias veces y alzar una de sus manos hasta rozar su mentón barbudo.

—¿Víctor, es usted?

—Señora ¿qué le pasa?

—¿Por qué ha tardado tanto en regresar?

—Ya me cansaron sus juegos —gruñó Rafael, proporcionándole un leve empujón que la hizo rebotar contra la pared.

—No se vaya —plañó María Fernanda cuando este le dio la espalda. Se arrojó a abrazarle y a restregarle el rostro por la espalda—. Por favor, no se vaya, no me deje sola. Lo amo. Estoy dispuesta a perdonarle todo. Hasta lo de esa sucia sirvienta, pero no se vaya, no me deje sola —pronunció con palabras entrecortadas por la locura que se había apoderado de su ser.

Rafael se desembarazó de aquel ser odioso que cayó a sus pies para abrazarse a sus piernas suplicante. Sin ápice de compasión hacia su delirio, Rafael le dedicó una última mirada.

—No, se lo ruego... No me deje. —María Fernanda trató de retenerlo, sus aullidos de hiena resonaron entre las cuatro paredes del cuarto.

Rafael la dejó atrás y emprendió un precipitado descenso por la escalera, deseoso de salir de aquel lugar. Los gritos de María Fernanda resonaron a su

espalda con renovada desesperación. Esa sería la última vez que Rafael la viera, aunque eso lo supo tiempo después. El rastro de María Fernanda Montemayor se perdería en el tiempo envuelto en toda clase de rumores, según los cuales sus huesos acabaron sus días recluidos en La Castañeda, el mayor manicomio de la República.

—¿Y a esa qué le pasó? ¿Se volvió loca o qué? —intervino Guadalupe apenas Rafael apareció.

—Ojala y fuera verdad —escupió Rafael antes de llamar a Tiburcio que presto corrió a atender su demanda.

—Necesitaré tu ayuda para encontrar a la señorita Fonseca.

—Usted no más pida.

—Haz correr la voz de que pagaré una bolsa de plata a quien me sepa decir algo acerca del paradero de la señorita Fonseca.

—Ya mismo corro a decírselo a todos. Usted no se preocupe, segurito que la niña Marcela está a buen recaudo. Por aquí todos la quieren bien.

—Gracias, Tiburcio.

## Capítulo 29

Hicieron noche en la quinta después de visitar a Carmelo González con la esperanza de que este dispusiera de alguna información.

Sin la presencia de Marcela, la quinta presentó para Rafael un desolador refugio que amenazó con ahogarlo. Rechazó la cena prefiriendo en cambio permanecer sentado en el patio mientras fumaba bajo las estrellas. Una mano helada le apretaba el corazón. En un momento dado la sensación lo sobrepasó apoderándose de su razón. Todo ese tiempo se había comportado con templanza pero le pudieron el desanimo y la desesperación. Algo le apretaba la garganta impidiéndole respirar con normalidad. El cigarro que sostenía entre sus dedos trémulos aterrizó entre sus pies. ¿Y si Marcela era la encargada de pagar por sus pecados? ¿Y si Dios se cobraba su deuda en ella y su hijo? Al pensar que Dios podría arrebatarse su única fuente de felicidad lo abordó un terror pavoroso que lo hizo caer de rodillas y alzar el rostro al cielo. «¿Acaso no me has arrebatado ya bastante? ¿Tan grande fue mi pecado al nacer?» gritó a la noche estrellada y, ante el temor de ofender con su arrogancia a aquel al que ahora le suplicaba añadió, «por favor, por favor, devuélvemelos», mientras su barbilla caía sobre su pecho con los ojos arrasados por las lágrimas. La catarsis de aquel momento lo hizo apoyar la frente en el piso y seguir suplicando. «Cóbrate en mí cuanto quieras, pero no dejes que les pase nada a ellos, te lo ruego».

Cuando las convulsiones cesaron lo envolvió una sensación extraña, sintió que ya no estaba solo, una presencia. Sus ojos se alzaron para observar alrededor cautamente. Entre las sombras surgió una aparición que le congeló la sangre en las venas. El rostro impreciso de una mujer de cabellos rojos se materializó ante sus mismos ojos para dedicarle una sonrisa serena, tras ella las figuras de Fidela y una mujer joven de cabellos negros rodeada por el brazo protector de un hombre de gran parecido a él. «Honra a tus muertos y

ellos te honrarán a ti», le indicó una voz en su cabeza. «Busca el milagro, busca el milagro», aquel eco se repitió en su cabeza una y otra vez hasta que la voz se fue alejando para convertirse en el murmullo de la brisa. Rafael parpadeó perplejo mientras la visión se convertía poco a poco en un borrón que la noche acabó por absorber. Se quedó largo tiempo allí parado, incrédulo ante lo sucedido, con la mirada clavada en la oscuridad que lo rodeaba.

Emiliano Zapata tenía tres pasiones reconocidas: las armas, los caballos y las mujeres. En esos momentos disfrutaba de la última de ellas con la vista clavada en Marcela Fonseca, cautivado con la elegante belleza de la dama. Al sentir ella la persistente mirada del revolucionario, su ceño se contrajo ligeramente en un gesto de incomodo.

Marcela se llevó las manos al vientre queriendo recalcar su maternidad para enfriar el apasionamiento del revolucionario. Quería dejar claro que, al contrario que Lichita o la larga lista de *chimiscolas* y *juanas* que pululaban a su alrededor, ella no estaba dispuesta a sucumbir a los supuestos encantos de aquel conquistador de medio pelo.

—¿Se encuentra bien? —se interesó el hombre sin apartar sus oscuros ojos de su figura.

—Todo lo bien que puede sentirse una prisionera, gracias.

—Por Dios, señorita, usted no es ninguna prisionera en esta hacienda. ¿Acaso no tiene libertad para pasear o hacer lo que se le pegue la gana?

—¿Me habla usted de libertad cuando se me retiene en este lugar en contra de mi voluntad?

—Ya le expliqué...

—No se moleste, ya me sé el cuento —atajó la joven con acidez poniéndose en pie para abandonar la sala.

Se dirigió a la pequeña estancia que compartía con Lichita y allí se quedó el resto de la mañana tragando sapos.

Lichita se apareció a la hora del almuerzo muy acalorada y sonriente. Sin

duda ella sí estaba disfrutando de su estancia con los revolucionarios.

—Dice don Emiliano si no va a comer con ellos.

—¡No! —barbotó de malas—. Y dile a ese bueno para nada que de ahora en adelante me quedaré entre estas cuatro paredes, como merece mi condición de cautiva.

—¡Ay, niña, mejor no haga enojar al Emiliano! Mejor yo le traigo algo de comer y después se duerme una siesta. Verá cómo le mejora el humor después.

—Lichita, no entiendo cómo puedes confiar en esos hombres. ¿Acaso no sabes que está comprometido con una tal Josefa Espejo y que aun así no tiene inconvenientes en mantener amoríos con cuanta mujer se le cruza delante?

Los carrillos de la doméstica se volvieron carmesí.

—Pues sí, señorita, sí lo sé, pero es que el señor Emiliano es tan guapote y tan zalamero que a una se le quitan las ganas de decirle que no.

—Créeme, a mí sí.

—¡Ah!, pero usted ya tiene al señor Rafael. ¿Para qué iba a querer a otro?

Marcela sacudió la cabeza con desesperación ante el recuerdo que Lichita había despertado con sus palabras.

—¿Has podido averiguar qué planes tienen para nosotras?

—Pues no, pero Don Emiliano está repartiendo armas a los indios y también a los peones de las haciendas vecinas. Dicen que quiere formar un ejército allá por el sur.

—¿Crees que nos obligará a acompañarle?

—¿Pues quién sabe, niña? La mera verdad es que a mí no me importaría.

—Lichita, te arriesgas a morir. ¿Lo sabes?

—Pues al menos moriría *piliando* y no arrodillada. —Marcela guardó silencio, pues no tenía con qué rebatir aquella afirmación. Lo cierto es que, pese a las calamidades que habían sucedido a lo largo de su vida, había gozado de una existencia privilegiada en comparación con otros. —Pero niña, no se vaya a creer. Yo a usted la estimo y mucho.

—Lichita, yo también te estimo y créeme que entiendo tu lucha —dijo

apretando su mano con afecto—. Benita y tú habéis sido auténticas amigas para mí —manifestó con verdadero cariño.

Lichita se enjugó los ojos con el borde de su falda.

—¿Lo ve? Ya me ha hecho llorar. Mejor me voy a buscar su comida.

La aparente tranquilidad de El Milagro era eso, apariencia. Entre sus paredes bullía una actividad continua y determinada. Su sala principal era ocupada por hombres reunidos en torno a una gran mesa repleta de copas apuradas y puros humeantes. Se debatía fervientemente y de manera prolongada acerca de Madero y su llamamiento a las armas. Se hacían propuestas que llevaban a acalorados debates que incluían maldiciones y puñetazos en la mesa. Solo en ocasiones se extraían conclusiones claras. Emiliano Zapata era el indiscutible líder de los allí presentes y su posición se decantaba claramente con aquellos que exigían que una vez la Revolución se iniciase las tierras arrebatadas a los hacendados fueran repartidas entre aquellos que no tenían nada. Los más moderados, representados por burgueses de media clase e intelectuales, abogaban por un proceso legal para tal efecto y un cambio social y económico gradual, que para los más exaltados se antojaba imposible. «¿Cómo pedir a un campesino cuya familia se muere de hambre que espere a recibir lo que por derecho le pertenece?», concluyó Zapata en su intervención.

Quedaba de manifiesto que en esos momentos el único nexo de unión entre ambos bandos era el objetivo compartido de derrocar a Porfirio Díaz.

Se continuó debatiendo, intentando trazar los primeros pasos a dar en aquella Revolución. Al caer la noche la mayoría se retiró, dejando a Zapata en compañía de su hermano Eufemio y unos cuantos incondicionales.

—¡Ay, Carajo! Estos burgueses son bien pendejos —se quejó Eufemio echando mano de la botella.

Miliano dejó que le sirviera un trago mientras estiraba las piernas bajo la mesa. En esas entró uno de sus acólitos para susurrarle algo al oído. Tras escucharlo con atención, Miliano se paró de piernas antes de gritar.



—¡Que pase ese cabrón! —exclamó jubiloso.

Una sombra traspasó la puerta de la sala. Su mirada cerúlea repasó uno por uno los rostros de los allí presentes antes de detenerse en la figura de su cabecilla.

—Creo que andas armando una revolución.

—¡Serás pendejo! Eso es cosa de Madero —rió Miliano lanzándose a palmear la espalda de su compadre—. Tiempo sin saber de ti, Rafael. ¿Qué carajo has estado haciendo? —Rafael sonrió apenas, aceptando el efusivo saludo—. ¡Sírvanle una copa a mi compadre! Y no dejen que ninguna mujer lo vea o se prenderán de él y ya nunca las pondrán convencer. Han pasado siglos desde la última vez. ¿Y ese indio que te acompaña? ¿Acaso se dejó matar?

—Por ahí anda.

—Vean, muchachos, este es el mejor *jineteador* del país. Pero dime, ¿cómo has sabido que estaba acá. ¿No me digas que te quieres unir a la Revolución? —inquirió Miliano con la esperanza de que fuera así.

Rafael negó ligeramente.

—¿Podemos hablar a solas?

—Cómo no, compadre. —Los ojos oscuros de Emiliano barrieron la sala, impulsando a sus acompañantes a dejarlos a solas—. Dime pues —lo animó cuando solo quedaban ellos dos.

—Ando buscando a mi mujer.

—¿Tu mujer? Pero... —Un repentino presagio lo hizo callar—. ¡Ay, Carajo!, ¡no me digas que es ella! —Miliano, hombre de pasiones fogosas, lo miró en silencio mientras chascaba la lengua lleno de desilusión—. Estaba preparando ese terreno —le confesó—, pero de haber sabido que esa mujer le pertenecía ya se la hubiera devuelto, con gran pesar de mi corazón. Ya veo que estás impaciente, mejor siéntese y tómese algo ¡Eufemio! —gritó hasta que su hermano asomó la cabeza—. Tráete a la señorita a la sala.

Prosiguió un pesado silencio que a Rafael se le antojó eterno hasta que unos pasos al otro lado de la puerta lo impulsaron a ponerse de pie.

Al entrar en la sala, Marcela abrió la boca para manifestar sus objeciones una vez más, pero la oscura presencia con la que se hacía acompañar su captor la privaron de habla. Con una exclamación ahogada corrió hacia su amado y se refugió en sus brazos hecha un mar de lágrimas.

—¡Rafael! ¿Es usted de veras? —repetía convulsionada por la alegría y el alivio mientras Rafael la estrechaba contra su pecho como si quisiera fundirla con su cuerpo.

Él le dirigió unas palabras quedas al oído antes de sellar sus párpados con un beso. Degustó en sus labios el sabor salobre de sus lágrimas y se sintió culpable por no haberla sabido proteger.

Marcela se estremecía entre sus brazos, se aferraba con fuerza a su cuello sin importarle si alguien era testigo o no de su impulsividad.

—Tuve miedo de no volver a ver su rostro —admitió acariciándole las mejillas con los dedos. Su barba hirsuta le hormigueó en las yemas provocándole un nuevo estremecimiento—. Por favor, no vuelva a alejarme de su lado.

—Se lo juro por lo más sagrado. —Selló su juramento con un beso hambriento cuya intención no era otra que devorarla. Marcela no opuso resistencia, se reclinó entre sus brazos blanda y anhelante.

Sintiéndose fuera de sitio entre aquellas muestras de afecto, Miliano se puso en pie y salió de la sala silencioso sin que ninguno de ellos se percatara.

—He tenido tanto miedo, pero ahora estoy entre tus brazos y sé que nada malo puede ocurrirme.

Rafael le sostuvo el rostro entre las manos para observarlo con detenimiento, tratando de averiguar tal vez si había sufrido algún maltrato. Luego sus ojos se perdieron en los de ella mientras el martilleo de su corazón se iba aplacando.

—Marcela ¿está bien? ¿Mi hijo está bien?

Marcela guió su oscura mano sobre su vientre haciéndole sentir la vida que crecía en su interior.

—Su bebé le ha estado extrañando, lo mismo que yo.

Rafael tomó asiento en una silla cercana para acomodar a Marcela sobre sus rodillas. Marcela aprovechó para enterrar el rostro en su cuello y respirar deleitada el aroma de sus ropas.

—Fue horrible. Mi tío actuaba como un loco, jamás lo había visto de ese modo. —Se detuvo con un estremecimiento que le recorrió la columna vertebral.

—Cuéntemelo todo —rogó Rafael entrelazando sus dedos.

—Me sacaron de las bodegas en mitad de la noche... No sabía lo que pretendían, me llevaron a algún paraje alejado de la hacienda... entonces, hubo una balacera, no pude ver nada, tenía la cabeza cubierta... ¡Ay Rafael! Pasé tanto miedo por nuestro hijo —relató con voz entrecortada mientras él escuchaba en silencio con la mirada oscurecida y el ceño plegado—. Después todo quedó en silencio. Ese hombre me hizo cabalgar a su grupa. Le supliqué que me dejara regresar, que al menos me dejara enviarle un mensaje informándole acerca de mi situación pero él se negó.

—Emiliano es un hombre desconfiado, me hubiera sorprendido que hubiera obrado de otra manera —sentenció Rafael

—Entonces ¿cómo supo donde encontrarme?

Rafael inclinó el rostro hasta apoyar su frente sobre ella.

—Me creerá un loco si le digo —reconoció sonriendo apenas y sacudiendo la cabeza.

—Cuénteme —lo apuró Marcela ansiosa por saber.

—Resultó que Benita tenía razón.

## Capítulo 30

Los esponsales de Rafael y Marcela tuvieron lugar el sábado tres de diciembre en la iglesia de los Naturales ante una nutrida concurrencia. Todos estuvieron de acuerdo en afirmar que nunca antes se vio en el lugar una novia tan radiante y feliz que Marcela Fonseca cuando llegó al templo en carruaje de caballos prendida del brazo del indio Guadalupe.

El novio aguardaba en el interior del templo, con frecuencia el padre Melquíades le dedicaba miradas tranquilizadoras, hasta que los murmullos de aprobación provenientes del exterior lo impulsaron a voltear impaciente.

La visión de Marcela entrando en la iglesia detuvo el latido de su corazón. Solo una mujer de su porte podría hacer lucir un vestido de un blanco inmaculado, sin que nadie reparara en su evidente preñez. Lucía más hermosa que nunca, una gema preciosa, rara y exquisita. Un suspiro de admiración surgió de Eladia de Manzedá, a la que Rafael había pedido el honor de ser su madrina.

—¡Se lleva usted un ángel, Rafael! —la escuchó susurrar a su oído y él no pudo estar más de acuerdo.

Marcela avanzó por la nave central portando un pequeño ramillete de rosas. Al lado de Guadalupe parecía aún más frágil y delicada que nunca. Cuando Guadalupe le hizo entrega de su mano, Marcela le dedicó una mirada bajo el velo de tul blanco. Al encontrarse sus ojos el mundo dejó de girar, las paredes de la iglesia y todo cuanto les rodeaba se desvaneció como el hielo al sol sustituido por aquel amor incontestable.

Los sacó del trance Perpetua cuando rodeó sus cabezas con un rosario y entrelazó sus manos con una cinta blanca en un acto simbólico de unión eterna. Bendijo a ambos y se retiró con discreción mientras Chucho, como encargado de portar las arras con sus trece moneditas de oro, tomó su lugar a un costado de la pareja.

El padre Melquíades inició la ceremonia haciendo que todos los presentes se pusieran en pie.

—He aquí el triunfo del amor... —El inicio del panegírico quedaría por siempre grabado en la memoria de Marcela por la belleza de sus palabras y el cariño con el que fueron pronunciadas.

Tiempo después, convertidos en los señores Ugalde, la pareja abandonó la iglesia entre vítores y palmas, felices ante su futuro inmediato.

La quinta celebró una fiesta llena de risas, brindis y música. No hubo alma que no bailara al son de los instrumentos de aire, guitarrones y violines, ni quien comiera y bebiera hasta reventar.

La colosal herencia que Rafael había heredado de su padre les permitiría una vida cómoda y un futuro tranquilo. Marcela también había sido premiada por el destino. Tras la certificación del testamento de su abuelo, había reclamado lo que por derecho le pertenecía, aconsejada por Mauricio Manzada.

Rafael meditaba sobre tales asuntos mientras veía a su esposa departir alegre con los Manzada. Le vino a la cabeza la conversación mantenida la noche anterior, cuando Rafael había acompañado a Marcela hasta la puerta de su cuarto.

El aspecto meditabundo de Marcela le había inducido a seguirla al interior de la estancia. Subyacía en su interior el inconfesable temor de que ella sintiera alguna clase de duda acerca de su próxima unión.

Marcela desmintió tal suposición con una risa antes de buscar refugio en sus brazos.

—Rafael ¿cómo se le ocurre? —rió de nuevo enlazando sus brazos en torno a su cuello.

Su hilaridad desató el mal humor del campero.

—No sería la primera vez que se me escapa.

—Pero yo ya no quiero escapar de usted, Rafael. Ni ahora, ni nunca. Lo amo. Lo amo como nunca se ha amado en esta tierra, con mi corazón, mi alma,

mi mente y mi cuerpo.

—Pero algo la preocupa —le señaló él haciéndola acercar a la ventana para observar la oscuridad reinante al otro lado del cristal. La rodeó con sus brazos desde atrás y apoyó su barbilla en la coronilla de la joven—. Cuénteme qué.

—La hacienda.

—¿Ya ha pensado qué hacer con eso?

A Marcela le agradaba que Rafael no se inmiscuyera en lo que él consideraba sus asuntos, aun cuando Marcela recurriera a su opinión para tomar una decisión definitiva.

—Me gustaría que en el lugar se fundara un hospital y una escuela. Que sus tierras sirvieran a los cultivos de los campesinos. También que todo lo arrebatado a sus legítimos dueños les fueran retornadas.

—¿Me está pidiendo permiso? —quiso saber Rafael, haciéndola voltear entre sus brazos.

—Y su opinión.

—Mi opinión de sobra la sabe. En cuanto a lo primero, esas tierras son tuyas ¿con qué derecho podría decidir por usted? —Marcela escondió una sonrisa contra la tela de su camisa. Olía a romero y lavanda por las bolsitas que Perpetua acostumbraba a guardar en los armarios. ¡Qué hombre tan extraordinario era aquel! pensó henchida de amor—. Entonces ¿se deshará de todo?

—Excepto del piano de mi madre. Me gustaría traerlo acá.

—Sus deseos son órdenes. ¿Hay algo más que desee?

—Quédese aquí esta noche —apuntó Marcela con timidez jugando con la botonadura de su camisa.

Rafael había evitado compartir el cuarto desde su rescate. Quería evitarle más sobresaltos, decía, sin entender que aquella separación forzosa constituía para ella una pequeña tortura.

—Marcela...

—Pronto seremos marido y mujer. ¿Qué pueden importar unos papeles? — Rafael sonrió a su pesar. La oferta era demasiado tentadora para obviarla. Marcela no sabía cuánto le costaba tener que dejarla cada noche ante la puerta de su cuarto—. Lo extraño... Lo extraño mucho —susurró besando su cuello. Rafael tembló ante la fuerza del deseo desatada por aquel simple gesto. Sintió un sudor frío recorrerle la espina dorsal que desencadenó un infierno en sus pantalones—. No sabe cuánto lo añoro, cuánto deseo sus manos sobre mi cuerpo —continuó Marcela conduciendo su mano grande y morena bajo su bata. La carne femenina llenó la palma de Rafael haciéndole apretar los dientes—. ¿Acaso a usted no le ocurre igual? —le recriminó con voz cadenciosa, lamiendo su oreja con la punta de la lengua hasta que lo sintió temblar.

Sin más prolegómenos Rafael guio su mano sobre la dureza de su pene.

—Vea no más —gruñó antes de apoderarse de su boca con un beso salvaje.

—Entonces déjeme aliviarle —insistió Marcela, introduciendo su mano bajo los pantalones. La punta de sus dedos palparon la cálida humedad de su glándula poseída por un deseo irracional.

Rafael cerró los ojos con fuerza, su claudicación pareció cercana cuando los dedos de Marcela lo rodearon para dar forma a su virilidad.

—¡Carajo! —refunfuñó mientras Marcela le buscaba los labios. Sintió su lengua jugar en sus comisuras.

«No, Rafael», se recriminó volviendo en sí.

—Es usted una hechicera —pronunció reteniendo su muñeca. Su miembro palpitó dolorido contra la mano femenina que lo sujetaba—. Pero le juré respeto hasta nuestra noche de bodas.

—¡Por Dios, Rafael! ¿De veras? —pronunció ella con voz irritada sin entender las motivaciones de él.

—De veras —confirmó él haciéndola separar.

—Como quiera —suspiró Marcela que, enfurruñada, le dio la espalda.

Rafael siguió sus pasos. La abrazó de nuevo contra su cuerpo para extender

sus manos sobre su vientre.

—No se enfade. La recompensaré, se lo juro —declaró en voz baja sosteniéndole los pechos para acariciar los sensibles pezones hasta que Marcela apoyó la cabeza sobre su hombro con docilidad—. Verá que no se arrepiente de haber esperado.

La risa de algún invitado lo trajo de vuelta a la realidad. Se dio cuenta de que era Guadalupe, quien reía mientras levantaba una copa hacia él.

—¿No me digas que ya andas pensando en llevarte a la novia?

Rafael le dirigió una mirada desinteresada antes de sonreír.

—¿Y qué si lo hiciera?

—Pos estarías en todo tu derecho, compadre. Esa *güera* te tiene bailando la reata desde que se cruzó en tu camino. —Alzó su copa en un brindis silencioso que Rafael correspondió—. Disfrútala, ahora que es tuya.

—Eso mismo estaba pensando hacer —acordó Rafael entregándole su copa vacía antes de encaminar sus pasos hacia su esposa.

Marcela reía ante la última ocurrencia de Benita mientras Perpetua sacudía la cabeza.

—Pos digo yo que si le pido novio a la Gringa me lo consiga, ¿a poco no?

—Quien te quiera a ti tendrá que ser bestia de cuatro patas.

—¡Ay! ¿Por qué me quiere tanto, Perpetua?

La mestiza estaba a punto de responder cuando Rafael interrumpió la conversación. Se veía muy guapo con su traje de gala de casimir.

—Señoras —saludó rodeando las caderas de su esposa con un deje posesivo.

—Rafael, la fiesta está deliciosa —suspiró Marcela embelesada viendo a todos los invitados disfrutar en torno al patio. Sobre sus cabezas el cielo comenzaba a adquirir tonos rosados y violetas.



—Entremos —le susurró al oído haciendo que Marcela levantara hacia su rostro su mirada.

—Pero...

—Ve, mi niña, es obvio que tu esposo no puede esperar ni un minuto más —acotó Perpetua con una carcajadita de la que Benita hizo eco.

Marcela se sintió enrojecer de pies a cabeza.

—Los invitados...

—No nos necesitan —sentenció Rafael, obligándola a seguirle al interior de la quinta.

Algunas de sus estancias lucían ya las últimas adquisiciones en muebles procedentes de la capital. Marcela no quería apresurarse en su decoración, al fin y al cabo disponía de toda una vida para ello. Al día siguiente partirían camino de la capital donde disfrutarían de su luna de miel. También visitarían Veracruz, donde el difunto Víctor Ugalde había establecido gran parte de sus negocios.

Se dejó conducir por Rafael hasta el cuarto que de ahora en adelante compartirían hasta el día de su muerte. Aguardó de pie en mitad de la estancia mientras Rafael cerraba los postigos y encendía las bujías de gas.

—He mandado preparar la tina.

Marcela cerró los ojos con deleite mientras Rafael se ocupaba de la abotonadura de su vestido. Emitió un suspiro cuando la tela resbaló a lo largo de su cuerpo, formando un charco de seda a sus pies. Rafael le acarició con suavidad el vientre, le alivió la musculatura de la espalda con un suave masaje mientras la desnudaba por completo antes de alzarla entre sus brazos.

Feliz como nunca soñó serlo, Marcela rodeó el cuello de su esposo con los brazos para perderse en su mirada del azul del agave.

—Dijo que no me arrepentiría de esperar.

—¿Y?

—No me arrepiento —confirmó, entregándose a sus labios.

FIN

Si te ha gustado

*Del azul del agave*

te recomendamos comenzar a leer

*Si yo te contara*

de Mayte Pascual

*Selección RNR*



*Si yo  
te contara...*

*Mayte Pascual*



Romance Actual

CAPÍTULO I

«Voy a vomitar, voy a vomitar, voy a vomitar...».

—¿Te encuentras bien, Nel?

Alejo me saca de mis ensoñaciones desquiciadas. Trago saliva e intento enfocarlo con un gesto de fingida profesionalidad.

—¿¿¿Yooo??? Perfectamente.

—Vale. Lo que tú digas.

—¿Han llegado ya?

—Aún no, pero no te preocupes. He hablado con Pedro y nos avisará cuando entren.

«¿¿Quién??».

Alejo adivina mis pensamientos.

—El guardia de seguridad, Pedro.

—Perfecto. Avísame, por favor.

En cuanto Alejo sale de mi despacho, me hundo en la silla. Estoy en un tris de meterme debajo de la mesa y no hacer acto de presencia hasta mañana, pero estoy decidida a mantener el tipo como pueda. Rebusco en el primer cajón de la mesa y encuentro las pastillas que compré el año pasado cuando tenía una gripe horrible que debería haber pasado en cama. No hay ni rastro del ibuprofeno, así que tendrán que servir. Me tomo dos con un trago de Coca-Cola helada y noto cada una de las burbujas como cristales clavándose en mi garganta.

No había otro día. No había días en la semana, en el mes, en el año. Solo podía ser el día después de la cena de Navidad de la empresa el elegido por los socios del bufete para convocarnos a una reunión de grupo y tratar los objetivos del próximo año.

—¡Ya están aquí! ¡Están en el ascensor!

Alejo entra como un loco en el despacho y estoy a punto de tirarme toda la Coca-Cola encima.

—¡¡Joderrrrr!!

—Lo siento, lo siento, lo siento... —Se acerca a mí como una moto y

comienza a revisarme el jersey que, cómo no, hoy he decidido que sea blanco—. No, no hay ni gota, no te preocupes. —Me observa frunciendo el ceño—. ¿Seguro que estás bien?

—Mira, Alejo, cariño... —Intento hablar calmadamente y no perder los nervios—. Si vuelves a preguntarme eso, te juro que el que no estará bien serás tú.

—Vale, vale, estás genial, lo pillo. —Alejo resopla y su flequillo se mueve teatralmente—. Espero que estés tan genial con los jefes y no con esa mala leche que te gastas, hija.

—No te preocupes. Igual cuando acabe la reunión no me tienes que aguantar más y me voy a mi casita a vivir del Estado...

—Dices unas tonterías, nena...

Justo cuando Alejo está haciendo el mono en medio del despacho, la puerta se abre sin avisar.

—Buenos días, Penélope. —Marcos nos mira sin mostrar ninguna expresión. Echa un vistazo a mi compañero y lo saluda con un gesto casi imperceptible—. Alejo. Cuando queráis pasamos a la sala de juntas.

—Claro que sí, ahora mismo vamos. —Cojo todos los documentos que tenía preparados y voy hacia la puerta, aprovechando el camino para darle un empujón a Alejo, que se ha quedado petrificado. Me encantaría arrancarle la cabeza ahí mismo, pero me limito a lanzarle una mirada de grado diez, que recibe con gesto de pánico. Correteamos por el pasillo detrás de Marcos como sus perritos falderos y entramos en la sala de juntas los últimos. Cómo no.

—Buenos días a todos. —Marcos espera a que Alejo y yo estemos sentados mientras los demás nos miran disimuladamente. Y yo me siento la más gilipollas del mundo. Sé positivamente que es muy probable que tenga los mismos coloretos que Heidi—. En primer lugar, nos queremos disculpar por no haber podido asistir anoche a la cena anual, pero acabamos de volver de Bruselas.

Miro a Jacques y a Beltrán, pero los dos tienen la misma expresión que Marcos: ninguna. No sé si va con el puesto o si cuando tienes tanta pasta te da

un aire y te conviertes en un muñeco de cera, pero jamás he visto tres caras tan inexpresivas.

—Por otro lado, hemos estado analizando todos los expedientes de este año y, aunque no podemos negar que los resultados han sido muy buenos, queremos que los próximos doce meses sean, cuanto menos, excelentes.

No puedo evitar mirar de reojo a María, que no hace más que carraspear y tomar sorbos de su botella de agua. A pesar de sus cincuenta y cuatro años, anoche se quedó con los más jóvenes hasta que no quedó ninguno. Juraría que la última vez que la tenía localizada estaba bailando una canción de JLo con una pajita como micrófono. Cuando nuestras miradas se cruzan, no hace falta nada más. Ya es oficial. Somos dos miembros exclusivos del selecto club de la resaca.

—Omar, María, Penélope. Nos gustaría hablar con vosotros cuando acabemos la reunión.

Nos miramos con cara de terror. Ya está. Se acabó. Mañana mismo empiezo a actualizar el currículum y a buscar trabajo. O quizá podría montarme mi propio bufete en casa, organizarme a mi ritmo, ir a clases de yoga y darme un tiempo para mí...

—Penélope...

—¡Sí! —Estoy a punto de saltar de la silla. Alejo me da en la espinilla con el tacón de su zapato y veo las estrellas.

—¿Has traído la sentencia Franklin?

—Por supuesto. —Me levanto con paso vacilante y se la entrego. Por un momento, creo atisbar en su rostro de cera un gesto burlón que apenas dura un microsegundo.

—Gracias. Debo felicitarte por este caso en concreto. Fue un éxito rotundo. Sonríe discretamente, sintiendo que todo el mundo me está mirando.

—Muchas gracias, Marcos. Ha sido uno de los casos más interesantes de mi carrera.

Alejo se atraganta intentando aguantar la risa, y anoto mentalmente

asesinarlo en cuanto estemos fuera de la reunión.

—Por nuestra parte, no hay mucho más que decir. Únicamente felicitaros las fiestas y desearos un feliz Año Nuevo, ya que no sé aún si tendremos oportunidad de vernos antes.

—Igualmente —soltamos al unísono, como alumnos bien educados respondiendo al profesor.

En cuanto ellos tres se levantan, todo el mundo sale por la puerta lo más rápido que puede. Alejo me aprieta el hombro dándome ánimos y sale el último, cerrando la puerta a su paso.

—Bien, chicos. —Siento la tensión en el aire y no es solo la mía—. Nos gustaría aprovechar la ocasión de nuestra visita para hablar con vosotros seriamente.

Oigo una exclamación ahogada. Omar se sujeta la cabeza con las dos manos y sé que está a punto de darle un infarto. En eso, María y yo tenemos cierta ventaja: nos sentimos tan mal físicamente que este varapalo no nos hará tanto daño.

—Nos gustaría agradecer los años y el esfuerzo que habéis dedicado a esta empresa... —Sí, blablabla, blablabla, blablabla... Ya está: se acabó. Vámonos a casita—... Y ofreceremos puestos de mayor responsabilidad, que en un futuro muy cercano derive en ser socios de la empresa.

«¡¡¡¿¿¿Queeeeeeeé???!!!».

Los tres nos quedamos congelados, sin habla y absolutamente anonadados.

—¿Qué habíais pensado? —consigo articular intentando romper el hielo.

—Bueno, lo tenemos bastante claro: María, laboral; Omar, penal, y tú, el resto, Penélope, con especial interés en tema fiscal.

Vaya por Dios. Me acaba de caer el marrón más grande de toda mi carrera profesional. Ahora mismo, el despido no sonaba tan feo.

—Por supuesto, iría acompañado de una subida sustancial del sueldo.

—Cuenta conmigo. —Sé que María está emocionada. Es la mejor abogada laboralista que conozco y va a disfrutar de lo lindo con este trabajo.



—Yo acepto encantado, por supuesto.

—¿Penélope?

—Claro, claro que sí. —Aún estoy algo abrumada. Y aún tengo ganas de salir corriendo al baño y vomitar—. Estaré encantada.

Marcos echa hacia atrás la silla y se levanta a cámara lenta.

—Solo quería pedirlos un poco de discreción hasta que pasen estas fechas y podamos daros esos puestos de manera oficial.

—No hay problema.

—Bien, chicos, buen trabajo, a por ellos.

Cuando estamos saliendo, aún absorta en la decisión que he tomado, Marcos me detiene.

—Penélope, espera. Soy muy consciente de que lo que te hemos encomendado a ti supera con creces el trabajo de tus compañeros...

No digo nada, ya lo está diciendo todo él.

—Pero quiero que sepas que tendrás toda la ayuda que necesites. Dime de quien necesitas disponer y lo organizaremos.

—Gracias, Marcos. Y muchas gracias por esta oportunidad.

—A ti, eres muy valiosa para esta empresa.

Me voy de la sala de juntas con paso firme y profesional a pesar de que me flaquean las rodillas. Definitivamente, cada vez aumentan más las probabilidades de que acabe vomitando.

\*\*\*

—Y bien, ¿estamos en la calle?

—Ale, te juro que como vuelvas a entrar así, un día te encontrarás con una sorpresa. —Me mira impertérrito. Definitivamente he perdido mi autoridad por completo. Me rindo e intento no fruncir el ceño—. No, no estamos despedidos.

—Ufff, menos mal.

—No te alegres tanto, chaval.

Le cuento a grandes rasgos los planes de la empresa para nosotros y aplaude encantado.

—¿Te das cuenta de que vas a ser socia, Nel? SO-CI-A.

—Bueno, eso está por ver.

—Que sí, tonta. Solo quiero que me prometas una cosa.

—¿El qué?

—No. Tienes que decir: «lo prometo». —Alejo pestañea suplicante.

—Está bien... —Suspiro agotada—. Lo prometo. ¿Estás contento?

—Prométeme que no te convertirás en un zombi, o un extraterrestre, o lo que quiera que sea eso.

—¿De qué hablas, tarado?

—¿No te has dado cuenta? —me suelta como si fuese lo más obvio—. El trío calavera son en realidad tres zombis, por eso no se mueven, no gesticulan, no sonrían ni gritan. ¿Bruselas? Y una mierda. Estos han estado comiendo una cantidad ingente de cerebros para parecer humanos.

Y se queda tan campante. Si me diesen dinero por cada tontería que oigo al día, ahora mismo sería rica.

—Ale, en serio, ¿qué te tomaste ayer?

—Lo mismo debería decir yo...

—No me lo recuerdes. —Bebo el último sorbo de la Coca-Cola que tengo encima de la mesa, que ya está como un jarabe—. Estoy deseando meterme en la cama.

Atisbo una leve elevación de cejas.

—Sola, por supuesto.

—¿No te vienes a tomar una cerveza? Si es viernes...

—Como si es el último día del calendario maya. Me largo a casa. Estoy destrozada.

Por mucho que insiste, Alejo no puede convencerme esta vez. Cojo mi

portátil y consigo parar un taxi en la puerta. En cuanto le doy la dirección, al taxista se le iluminan los ojos. Es muy probable que esté a punto de hacer la mejor carrera del día, así que me siento menos culpable por ser esta la tercera vez en menos de veinticuatro horas que me gasto un pastizal en taxi. Es una de las pegadas de vivir en las afueras. Una de las muchas, debería decir.

El calorcito de la calefacción de mi casa me recibe como una invitación al relax. Me da mucha pereza ducharme, así que enciendo la tele y escucho las noticias mientras masajeo mis doloridos pies. El móvil vibra encima de la mesa.

«Recordar: cena con Cloe 21.00 hs.».

Mierda. No me acordaba de lo de mañana. Había planeado mentalmente lo poco que iba a hacer durante el fin de semana. Y ahora no podré.

Marco el número de Cloe.

—¡Hola, loca! —Me descuelga risueña.

—Que te den. ¿Qué haces?

—*Nada en especial. Estoy en casa.*

—¿Con Caleb?

—*No, hoy tenía la cena de empresa, así que estoy aquí vagueando y pensando en ver una peli. ¿Y tú?*

—De resaca.

—¿Es verdad! *Tenías la cena ayer, ¿no?*

—Mmmm... —bufo sin ganas.

—¿Qué pasó?

—¿Por qué tiene que haber pasado algo?

—*Nel, por favor, te conozco mejor que tu madre.*

Suspiro rendida. En eso tiene razón. No hay manera de engañar a esta chica.

—Ay, Cloe, fue una cagada.

—¿Te liaste con tu jefe?

—¿Tú de qué vas? Claro que no.

—*Bueno, yo que sé. Pues suéltalo, no puede ser tan horrible.*

—Me lié con un plasta del trabajo.

—*No puede ser tan malo.*

—Lo es. Te lo digo en serio...

Y las palabras me salen a borbotones como si me hubiesen dado cuerda. A medida que se lo cuento, me voy acordando de más detalles: cómo Alejo y yo probamos un chupito nuevo de un licor que nos encantó pero resultó ser letal, cómo a partir de aquel momento perdí la cuenta de los que nos bebimos. Y cómo, cantando a voz en grito una canción de SIA, me dio un mareo y me agarré al primero que tenía a mano, Jero. Y a partir de ahí, sin poder pararlo, todo fue a peor.

—No sé qué me pasó, Cloe, pero se me cruzó un cable o algo así.

—*No es la primera vez, bonita...*

—Ja, ja, ja, graciosa.

—*No te enfades conmigo, Nelita...* —dice sin parar de reírse—. *¿Qué pasó? ¿Os enrollasteis delante de todos?*

—Pues no, lista, pero no tengo ni idea de por qué acabamos en un taxi y nos fuimos a su casa.

—*Bueno, habría sido peor en el baño...*

—Cloe, de verdad, no estás siendo de mucha ayuda.

—*Vale, vale, sigue. Prometo no decir nada.*

Resoplo, intentando acordarme qué pasó.

—Resumiendo: me fui a su casa, no me preguntes dónde, me lié con él y me escapé como pude.

—*Bueno...* —Responde cauta—. *No lo veo tan mal, la verdad.*

—Tú no lo entiendes. Fue un pelmazo. En vez de disfrutar y tratarme como a un rollo, me acariciaba, me daba besos; me trató con dulzura...

—¿Y eso es tan malo?

—En serio, Cloe, desde que estás con Caleb eres insoportable.

—*A ver, Nel... Es que no es tan malo estar con un tío educado, que te*

*trate bien y te diga cosas bonitas. Los tíos malos están sobrevalorados.*

—Yo no digo eso, pero es un soso, vamos.

Aún sigo sin entender cómo me marché con él, pero lo que está claro es que no volveré a probar ese licor nunca más en lo que me queda de vida.

—*Bueno, ¿y qué? ¿Lo has visto hoy?*

—No, gracias a Dios. Como es el contable de la empresa, no viene todos los días.

—¡¿El contable?! ¡Qué sexi!

—Muy graciosa. Ahí tienes material para otra novela.

Después de aguantar las risas de Cloe durante varios minutos, me doy por vencida. En el fondo, si le hubiese pasado a ella, no habría perdido la oportunidad de reírme. Hablamos un rato más, tomándonos el pelo, y consigue cambiarme un poco el humor.

—*Bueno, nos vemos mañana entonces, ¿no?*

—Si no hay más remedio...

—*A ver si la plasta aguafiestas vas a ser tú ahora, bonita.* —Le hago una pederreta por teléfono, y suelta una carcajada—. *Prométeme que vendrás.*

—Mmmm... Vale, hecho.

Definitivamente soy una blanda.

—*Hasta mañana, cariñín, que sueñes con los dulces contables...*

—Serás... —Lo último que oigo son las risas de Cloe mientras cuelgo.

Aún mantengo la sonrisa en la cara cuando me arrastro hasta la cocina. Es posible que con un poco de suerte haya algo mínimamente comestible en el frigorífico que pueda apetecerme. Miro con desgana las bolsas de ensalada y los tomates, una salsa de pesto que no sé cuánto tiempo lleva allí y un par de yogures bajos en calorías. Entre los congelados tampoco hay nada lo suficientemente interesante para hacer el esfuerzo de meterlo en el microondas, así que echo mano del menú del chino cercano. No hay más opciones. Ni siquiera puedo pedir una pizza decente porque nadie me la trae hasta aquí. Otro gran inconveniente que añadir a la larga lista de vivir en una

tranquila urbanización de las afueras.

Mientras llega mi pedido, hago un tremendo esfuerzo y me ducho lo más rápido posible. Siento las gotas de agua como agujas que se clavan en mi cabeza, así que me lavo el pelo y descarto usar mascarilla para no alargar más la tortura. El reflejo del espejo me devuelve una imagen de lo más lamentable. Esta vez creo que no voy a poder escapar de la gripe.

Cuando por fin llega mi comida, entrego el dinero a un chaval que me mira con cara de cachondeo y me llama «señora» para mi total disgusto. Me entran unas ganas locas de quitarle la propina que acabo de darle, pero me contengo. Sé que con el pijama viejo y la toalla en la cabeza no luzco precisamente mi mejor aspecto, pero a la mierda. Total, es muy posible que la próxima vez que pida comida allí ni siquiera venga él, así que, francamente, por mí puede reírse todo lo que quiera.

La comida es de lo peorcito que he probado, la verdad, pero no estoy en disposición de elegir y, por lo menos, aún está caliente. Engullo los tallarines con gambas sin pensármelo, y lo mismo ocurre con el kubak y el pollo al limón. Cuando creo que si como un poco más voy a vomitar, paro en seco y me tomo medio litro de agua con un jarabe que me he encontrado por la cocina y que es posible que lleve caducado algún tiempo.

Hago zapping por más de doscientos canales. Es increíble. Cuando quiero ver algo, no hay nada mínimamente interesante. Veo unos minutos de una serie que están reponiendo, como si fuese una zombi. La recordaba divertida, o eso me habían contado, porque, aunque al principio grabé varios capítulos, jamás tuve tiempo para verla. Y, posiblemente, con la que se me viene encima, tampoco tendré más tiempo libre en el próximo año. Me tumbo en el sofá, acurrucándome bajo una manta de pelo. Qué bien me vendría ahora un vaso de leche calentita. Si alguien me lo trajera, claro...

Consigo abrir el ojo derecho con mucho esfuerzo. En la tele están haciendo una demostración de un cacharro de cocina milagroso que, al parecer, todos deberíamos tener en nuestras casas. Estiro la mano para coger mi móvil. Son

las seis de la mañana. Me quedé dormida hace ocho horas y creo que es el día que más he dormido en los últimos cinco años. Señal inequívoca de que estoy realmente enferma. Aunque es posible que me arrepienta mañana cuando intente ponerme en pie, me niego a levantarme y subir hasta mi cama.

—¡Estoy listo, estoy listo, estoy listo!

Un Bob Esponja enloquecido me despierta desde la pantalla de la televisión, tres horas después. Genial. Como me imaginaba, mi espalda me recuerda la mala idea que tuve de quedarme en el sofá. Me estiro como puedo y pongo las noticias. Es inevitable, tengo que levantarme. Necesito ir al baño con urgencia. Cuando al fin me decido a ponerme en pie, a excepción de un pequeño mareo, noto que me encuentro bastante mejor. Aparte de alguna molestia en la espalda, parece que el globo de mi cabeza ha desaparecido en su mayoría.

Me hago un café de cápsula y me lo llevo al sofá, que aún está calentito de toda la noche. Me vuelvo a tapar con la manta, aunque la temperatura de la casa está perfecta. Veo un programa repetido de música mientras reviso mi correo electrónico, y suspiro encantada. Hace muchos meses que no me quedo en casa sin hacer nada un sábado por la mañana. Concretamente desde mayo, cuando decidí que sería buena idea apuntarme a un gimnasio que está relativamente cerca. No es que sea una obsesiva del ejercicio, pero sé que con los años y mi inadecuada forma de comer, si no hago algo, en unos años estaré irreconocible. Pero hoy no hay gimnasio. Me lo he prohibido.

Cuando decido ponerme en marcha, me horrorizo al mirarme al espejo. Mi pelo es un auténtico desastre. Como ayer no llegué a secármelo con secador, las puntas están dobladas y secas, y el flequillo me sale disparado por todos los lados. Suspiro, tomando una decisión. No es que me apetezca demasiado, pero tengo que ir a la peluquería. No puedo ir así a la cena de esta noche, y lo que menos me apetece es pasarme horas con la plancha y el secador cuando me duelen hasta las pestañas. Miro el reloj. Si me doy prisa, es muy posible que a la hora de comer ya haya terminado y quizá me pueda echar una siesta o

leer un rato. Hay una peluquería en el centro comercial y con un poco de suerte quizá no haya demasiada gente. Me visto en dos segundos, cojo las llaves, el móvil y el bolso y salgo disparada al coche, sin poder evitar mirar de reojo mi maravilloso y calentito sofá.

Mala idea. Mala idea. Mala idea.

Estoy tan fuera de onda que no he recordado en qué fechas estamos. Solo queda una semana para Navidad y parece que la gente ha enloquecido. La cola para entrar en el centro comercial llega casi hasta mi garaje y ahora es tarde para escaparme. Hago de tripas corazón y decido entretenerme con la radio. Al menos estoy tranquila y relajada gracias a las horas que he dormido.

Bueno, vamos a matizar. Estaba tranquila. Mi móvil interrumpe una canción de Lady Gaga con la que lo estaba dando todo.

—Hola, mamá.

—*Hola, cariño, ¿qué haces?*

—Estoy en el coche, voy al centro comercial.

Mi madre se parte de risa.

—*Habrás pillado mucho atasco.*

—Un poco, la verdad... Y tú, ¿cómo estás?

—*Bien, terminando la comida.* —Pongo los ojos en blanco—. *He quedado con las chicas para jugar al pádel.*

—Pues sí que te ha dado fuerte.

—¿Qué quieres, hija?! ¡Tenemos que entrenar!

Me río en silencio, intentando que mi madre no oiga nada o se enfadará. Pero es que me hace mucha gracia que llame entrenar a eso que hace con sus amigas, que apenas pueden correr hasta la pelota y, menos aún, darle con la raqueta.

—¿Y qué vas a comprar?

—¿Comprar? Nada. Voy a la *pelu*. Esta noche he quedado con Cloe y los demás.



—*Dale besos de mi parte. ¿Cómo está?*

—Como loca con Caleb.

—*Ya imagino, como para no estarlo.* —Se quedó encantada cuando Cloe se lo presentó. Sé lo que viene a continuación—. *Hija, ya podías encontrar tú a uno como él... Pero con un nombre menos raro si es posible.*

—Ya, mamá, como si creciesen en los árboles.

—*Seguro que tiene algún amigo majo.* —Me empiezo a impacientar. Esta conversación me la sé de memoria—. *¿Y dónde vais a ir?*

—A un restaurante nuevo, no recuerdo cómo se llama.

—*Ya puedes tener cuidado con el coche. Sabes que no me gusta que salgas por la noche y luego tengas que volver sola hasta tan lejos.*

—Ya lo sé, mamá...

—*¿Por qué no te vienes a dormir? Así no tendrás que volver tan tarde...*

—No te preocupes, mamá, no me quedaré hasta tarde. —Parece que la entrada del centro comercial se va despejando—. Además, lo más seguro es que me vaya con Sofia.

—*Bueno, bueno, luego te llamo para ver qué tal te han dejado. ¡Besitos, cariño!*

Mi madre corta la llamada y me deja con la palabra en la boca. Típico de ella. Me suelta el rollo de siempre y se larga tan contenta a *entrenar*. Ten madre para esto.

Cuando consigo encontrar una plaza de *parking*, estoy completamente arrepentida de haber venido. Es abrumadora la cantidad de gente que hay aquí. Consigo sortear familias con niños, adolescentes aburridos y parejas discutiendo, y subo las escaleras, evitando los abarrotados ascensores. Llego a la puerta de la peluquería sin que me lleven las hordas de gente enloquecida con las compras, y suspiro aliviada. Al menos no hay cola aquí y se respira un ambiente de paz y tranquilidad que me relaja al instante.

—Hola. —Un hombre enorme, con un brazo completamente tatuado, me saluda desde el fondo del local—. Enseguida te atienden.

Se asoma a la puerta del almacén y, tras varias frases ininteligibles, una chica joven sale apresuradamente a mi encuentro.

—Buenos días. Si me das tu abrigo...

Espera pacientemente que me descuelgue el bolso y le entregue el plumas, que cuelga en una percha del armario que hay detrás del mostrador. Saca una bata azul perfectamente doblada de un estante y me ayuda a ponérmela.

—¿Te vas a teñir?

—Pues... —Ahora mismo estoy indecisa. En un principio venía solo a peinarme, pero ya que estoy aquí...—. Teñir, cortar y peinar. Si no voy a tardar mucho, claro.

—No hay problema. Por aquí, por favor.

Me guía hacia uno de los sillones. Antes de sentarme ya ha puesto frente a mí un montón de revistas.

—Y dime, ¿qué color habías pensado?

—Pues verás... —Me miro al espejo y me desespero—. No tengo idea de un color concreto, pero me gustaría algo más alegre, no sé, con más brillo...

—Espera un momento.

Enseguida aparece el hombre que me saludó nada más entrar. Me sonrío de oreja a oreja a través del espejo.

—¿Puedo? —Señala mi cabeza. Asiento, y comienza a separar mechones de mi coronilla—. ¿Quieres un tono más claro o algo más arriesgado?

Sonrío sin poder evitarlo.

—Ojalá pudiera. Pero me temo que tiene que ser algo un poquito más convencional o perderé profesionalidad en el trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy abogada.

—Pues, sinceramente, una abogada con un *look* arriesgado sería un puntazo.

—Eso díselo a mi jefe.

Sigue inspeccionando mi pelo, separando mechones y alborotando mi melena.

—Creo que lo mejor serán unos reflejos y subir un poco el tono, sin que sea tan rojizo. ¿Te vas a cortar también?

—Sí, me gustaría cortarme las puntas y hacerme unas capas.

—¿Y qué tal un Bob largo?

Entre los dos conseguimos definir un estilo que pueda ir acorde a mi vida diaria. Estoy más de media hora leyendo una revista. El tiempo se me pasa volando con esa tranquilidad. Enseguida me guía hacia el lavabo, donde la chica me da un masaje maravilloso en el cuero cabelludo que hace que me quede prácticamente dormida. Después del último aclarado con agua fría, me voy de nuevo al sillón frente al espejo.

—Por cierto, me llamo Jorge. —Se para detrás de mí con un estuche de peluquería profesional que despliega en un mueble con ruedas—. Y creo que somos vecinos. ¿Las Dalias veintisiete?

—Sí, esa es mi casa. Y tú, ¿dónde vives?

—En el veintiséis. Te he visto alguna vez pasar con el coche cuando paseo a Thor.

—¿Tú eres el dueño del setter?

—Ajá.

Vale. Acabo de conocer a la única persona que he visto ir a pie por mi calle.

—Yo soy Penélope, pero puedes llamarme Nel.

Jorge esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues encantado, Nel, eres la primera vecina a la que tengo el placer de cambiar de *look*, así que espero que salgas encantada.

—Más te vale, y no te animes mucho cortando, que los peluqueros me dais un miedo...

Otra sonrisa encantadora. Este hombretón no para de sonreír, pero me mantengo alerta. El primer mechón que me corta hace que salte del sillón.

—Tranquila, que aún tiene arreglo.

—¡Ay, por Dios!

—¿Pero a qué clase de peluquerías has ido tú? Prometo cortarte lo mínimo, no seas tan desconfiada.

—Por tu bien, espero que así sea...

Mantengo la respiración mientras me corta el resto de la melena. Mis pulsaciones suben a mil por hora mientras oigo una y otra vez el maldito chasqueo de las tijeras. Odio las peluquerías. La mayoría de las veces salgo con ganas de llorar y matar a alguien, pero aunque juro y perjuro no volver a pisar una, al final tengo que claudicar si no quiero parecer una bruja.

—Ya está, mujer, no seas dramática.

Atusa mi melena, mezclando los mechones con aire profesional. La chica se acerca, pero Jorge niega con la mano.

—No te preocupes, Sara, ya lo termino yo. Esta clienta es muy especial.

Me guiña un ojo y me animo un poco. No sé cuál será el resultado, pero es una persona agradable que me ha hablado en mi idioma y parece que no ha hecho nada por lo que tenga que cometer un crimen.

Media hora después me atrevo a mirar por encima de mi revista. Jorge está terminando. Agradezco que en todo este tiempo no me haya intentado dar conversación. Odio cómo, en otros sitios, el personal parece obligado por contrato a comentar cada página de la revista que lees, cotilleando por encima de tu hombro.

—Esto ya está. ¿Qué te parece?

Echa mi cabeza hacia atrás y revuelve estudiadamente mi pelo.

—Pues... Qué quieres que te diga... —Me giro frente al espejo hacia ambos lados, moviendo mi melena—. Me has dejado sorprendida. —Parece que me haya ido unos días de vacaciones. El tono que eligió es bastante más claro de lo que me esperaba, pero le da luz a mis ojos. Me hace la nariz más pequeña, los labios más carnosos y las cejas más definidas—. Me gusta mucho, de verdad.

—Uffff... Menos mal, me lo has hecho pasar fatal, chica.

Le sonrío encantada mientras me levanto y lo acompaño hasta la caja. Él

mismo me ayuda a ponerme el abrigo. Una clienta entra en ese momento y Sara le ayuda como hizo conmigo.

—Bueno, Nel, me ha encantado conocerte. —Me da dos besos—. Ya sabes que si necesitas algo solo tienes que cruzar la calle.

—Lo mismo digo, Jorge. Me has dejado estupenda, de verdad.

Se despide de mí fugazmente, dándole unas últimas indicaciones a Sara, que me cobra un precio irrisorio para la maravilla que ha conseguido.

\*\*\*

—No insistas, pesada, te recojo en casa.

—*Pero, Nel...*

—Escúchame, por favor. Voy a coger el coche sí o sí, así que me da lo mismo. Os paso a buscar y vamos juntos...

—*Antonio no va.* —Percibo en Sofía un tono alegre—. *Mi madre no puede quedarse con los niños, y ha preferido quedarse en casa.*

—Qué bien te lo montas... —No puedo evitar una carcajada.

—¡Oye, que los niños son de los dos! Y para un día que salimos... —Baja la voz varios tonos—. *Además, así es mejor.*

—Te entiendo.

La última vez que salimos todos a cenar, Sofía estuvo taciturna toda la noche. Antonio es un buen hombre, pero no puede decirse que tenga grandes habilidades sociales, y su presencia influyó para que Sofía no fuese la de siempre.

—Estaré en tu casa a las ocho.

—*Vale, pesada. Tú ganas. Pero a la vuelta conduzco yo.*

—Bueno, luego lo hablamos. Te dejo, guapa, tengo que empezar a arreglarme.

Pongo el teléfono a cargar y me sorprendo del estado del salón. Mi casa,

siempre impoluta y algo fría, se ha convertido en un desastre, aunque parece algo más acogedora. En la mesa de cristal hay una bandeja con dos latas de Coca-Cola y una fuente de palomitas, ahora vacía. En el sofá aún está la manta con la que he dormido y bajo la que me he refugiado nada más comer, y sobre ella, libros, el mando a distancia y un par de cajas de antigripales y analgésicos.

Estoy bastante mejor. La hamburguesa que compré en el centro comercial me sentó de maravilla y las palomitas fueron el postre ideal. Y es que no hay nada mejor para la resaca que la comida basura, y en grandes dosis si es posible.

Pongo algo de música para animarme. Aún no sé cómo voy a vestirme, pero la verdad es que Jorge me ha dejado tan guapa que me siento en uno de esos escasos días en que todo me sienta bien. Elijo unos vaqueros rotos y una blusa negra de tul que aún no he estrenado y me miro al espejo, dando enseguida mi visto bueno. No es que sean los pantalones más cómodos del mundo para sentarse a cenar pero, aunque está mal que yo lo diga, me quedan de cine, y la blusa, tan oscura, destaca mi nuevo color de pelo. Busco mis botines de ante negro, que me hacen sentir vértigo en cuanto me los pongo. Señal inequívoca de que casi no podré andar, pero estaré de infarto.

\*\*\*

Cuando llego a casa de Sofía la veo salir corriendo del portal, embutida en un abrigo negro que le queda algo estrecho.

—Parece que acabas de escaparte.

—Es que hace un frío en la calle...—Me mira la blusa frunciendo el ceño—. Tú no tienes frío, supongo.

—No seas exagerada, por Dios. Y no me digas que vienes con cuello alto porque te asarás en el restaurante.

Sofía se ríe y se abre el abrigo para dejar entrever un vestido negro de

corte sencillo que le favorece mucho.

—¡Guau, chica! ¿Es nuevo?

—Me lo dejó mi hermana. Le parece demasiado soso para ella.

Me cuenta cómo sigue Elsa, su hermana mayor, que iba al colegio con nosotros. Siempre ha sido todo un carácter y parece que el tiempo no la ha cambiado.

—Es aquí.

Freno bruscamente en la entrada, lo que provoca un pitazo del coche que va detrás. Estudio la calle en busca de un sitio libre. Sé que hay aparcacoches, pero no pienso dejarle mi coche nuevo a un extraño. Conduzco hasta la siguiente bocacalle y veo un sitio hacia la mitad. Cuando me aseguro de que no viene nadie, me meto marcha atrás sin dudarlo.

—Pero ¿qué haces? —Sofía me mira aterrorizada.

—Es dirección prohibida. No querrás que entre de frente y me pongan una multa por ir en dirección contraria, ¿no?

Sé que Sofía está poniendo los ojos en blanco, y eso me hace sonreír maliciosamente. Aparco de una sola maniobra y me pongo la cazadora de cuero antes de salir del coche. Ella niega con la cabeza como una posesa.

—Te vas a congelar.

Y tiene razón. En el breve camino del coche a la entrada del restaurante, el frío se me mete en el cuerpo como un rayo y llego tiritando. Anäis y su marido ya han llegado, y también están allí Robert y Annie, que es la primera vez que salen sin la niña. Nos abrazamos cariñosamente. Una chica con el pelo azul nos conduce a una pequeña sala con mesas altas y taburetes. Robert nos enseña un álbum completo de la pequeña Cloe, que es una preciosidad.

—¡Ya estáis aquí! Perdonadnos por el retraso, somos lo peor.

Cloe corre a darme un beso y me examina el pelo, sorprendida.

—Estás preciosa, Nel. La próxima vez que vayas te acompaño, a ver si me animo a arreglarme un poco.

Miro su enorme sonrisa y le hago una mueca burlona.

—¿Qué tú... qué? —Pongo los ojos en blanco y resoplo indignada—. Das asco, tía.

Me da un empujón cariñoso y pasa a saludar a Robert y Annie. Sabe que se lo digo de broma, pero cuando la veo moverse entre todos, tan sonriente, tan encantadora y sociable, no puedo evitar sentir un poco de envidia. Irradia felicidad por todos los poros de su piel, y con eso no hace falta peluquería. Es el mejor de los trucos de belleza.

—Nelita bonita... —canturrea el responsable de tanta felicidad a mis espaldas.

—Caleb ya suelta otra memez. —Sé que es un juego estúpido, pero hace dos meses que a Caleb y a mí nos dio por decirnos rimas bobas cada vez que nos vemos.

Me saca la lengua y me da un abrazo de oso.

—Ven, Nel, voy a presentarte a unos amigos.

Tres tíos en vaqueros y camisa, como si fueran de uniforme, esperan algo alejados de donde estamos. Creo que nuestro grupo los ha dejado algo cortados.

—Samuel, Alejandro, Sergio, ella es Nel.

Beso a los tres por turno y se nos acaba la conversación.

—Son compañeros de trabajo y amigos desde la facultad.

Sonrío educadamente, aunque tengo unas ganas locas de largarme de aquí cuanto antes. Sé que a Caleb le ha entrado la secreta obsesión de intentar liarme con algún conocido.

—Hemos oído hablar mucho de ti —contesta uno de ellos, imagino que por compromiso.

Oh, por Dios. Menudos tres muermos. Sonrío forzada, intento buscar las palabras más delicadas que puedo y... Y nada. A la mierda. Paso de ellos y de Caleb, que sé que me va a matar, pero me doy la vuelta y me voy tan campante junto a Sofía.

Suspiro aliviada cuando me entero de que la cena consistirá en un cóctel.



Al menos así no me veré obligada a sentarme junto a ellos. Sofia, tan previsora como siempre, ya me ha pedido una cerveza cuando llego a su lado.

—No sé si... —Ahora que estoy decente, no quiero que me suba todo el alcohol de ayer—. Creo que voy a pedir una sin alcohol.

Sofia me mira como si fuese marciana, pero se encoge de hombros y se bebe mi cerveza.

—¿Y bien? ¿Alguno que valga la pena?

—Son monos, pero paso.

—Ahora sí que estoy sorprendida. —Mira hacia donde están los amigos de Caleb sin cortarse—. La verdad es que no están nada mal.

—Estás desatada, guapa. A ver si me voy a tener que chivar a Antonio.

Una sonrisa indescifrable cruza su rostro. Cuando estoy a punto de preguntarle si hay algo que me haya perdido, Robert viene con Caleb, Robert, Anäis y Annie.

—¿Qué andáis marujeando? —Anäis me pasa un brazo por lo hombros.

—Estaba poniendo verde a un sinvergüenza al que solo se le ocurren encerronas para emparejarme.

Caleb me guiña un ojo y besa a Cloe sin cortarse un pelo.

—Y me tendré que ir a hacerles compañía, porque parece que no te he deslumbrado.

Cloe lo sigue con la mirada, con una sonrisa bobalicona en su semblante.

—Estáis un poco plastas, ¿no?

—¿Por?! —me dice ausente.

—Pues además de haberos convertido en dos seres pegajosos que no hacéis más que regalarnos escenas de lo más tórrido, por no hacer más que presentarme a tíos que no me interesan. ¿Es que estáis haciendo un *casting* o qué?

Cloe pone cara de no haber roto un plato.

—No sé de qué me hablas. Son amigos de Caleb...

—Venga, Cloe, que parecéis adolescentes.

Cloe bebe de su copa sin dejar de sonreír.

—Pensé que te caerían bien, pero, claro, no contaba yo con tus nuevas conquistas.

Pongo cara de asco, y se ríe con ganas.

—¿Qué nuevas conquistas son esas? —Sofía me mira expectante, pero yo me quedo callada—. Anda, que te lo tenías calladito...

—¡¡¡Chicos, chicos!!... ¿Me podéis escuchar un momento?

No nos damos cuenta de que Robert ha desaparecido. Ahora está subido a una silla en el lado opuesto de la sala. Todos comienzan a bajar la voz. Cloe me mira interrogante y le respondo encogiéndome de hombros.

—Annie, ¿podrías pasarme una copa? —Cuando ya la tiene en la mano, Annie le pasa también una cucharilla, con la que hace tintinear el cristal. Los pocos que aún están hablando callan de golpe—. Lo siento, pero lo he visto en tantas películas que no he podido resistir la tentación. —Le tiende la cucharilla de nuevo a Annie y carraspea nervioso—. Quiero hacer un brindis con todos vosotros. Este año que acaba ha sido mi gran año. Cuando empezó, sabía que no habría mejor acontecimiento en él que el nacimiento de mi preciosa niña y debo decir que ha sido aún más maravilloso de lo que esperaba. —Se agacha un poco para besar a Annie, que lo mira encantada—. Ciertamente, no ha habido nada comparable a eso en todo el año. Pero no voy a hacer el brindis por mi hija, no quiero aburrirlos. Quiero hacerlo por alguien que hoy no está aquí. Por Alice.

Sofía está a punto de atragantarse. A Cloe le ha cambiado la cara y ya está abriendo la boca para gritarle algo a Robert. Le pongo una mano en el hombro y oigo como resopla.

—Sí, Cloe, sé que tienes ganas de matarme, pero déjame hablar. Quizá es el primer y último brindis que haga en su honor en toda mi vida, porque es una persona a la que no quiero cerca. Pero brindo por ella porque, sin quererlo, ha conseguido que comience una historia mágica que no habría sido posible sin el reencuentro que ella organizó. —Mira a Cloe sonriente y veo como los dos tienen lágrimas en los ojos—. A lo largo de los años he visto cómo la que ha

sido una hermana para mí ha sufrido por el amor, el desamor y la soledad. Ahora te miro y veo una felicidad desmedida. No sé cómo va a acabar esto — mira teatralmente a Caleb—, aunque por tu propia seguridad, espero que bien. Pero lo que sí sé es que por fin se han ido tus miedos a querer y sentirte querida, y eso, cariño, merece todos los brindis de la noche. Así que, si me lo permitís, brindo por Alice y todos los lazos irrompibles que ha creado involuntariamente.

Todos levantamos nuestras copas con Robert. Cloe se seca discretamente las lágrimas y va hacia él, que se baja de la silla y la abraza. En el lugar de Robert, sube un decidido Caleb.

—Vale, no os esperéis que brinde por Alice. —Unas risas se oyen de fondo—. Pero quería responder a mi buen amigo Robert. —Él levanta la copa en señal de aceptación—. No puedo dejar de pensar en que casi no voy a aquel fin de semana... Lo que me habría perdido... Me estaría todavía arrepintiéndome. —Mira a Cloe fijamente, que se ha quedado inmóvil a unos pasos de nosotras—. Solo han pasado siete meses desde que nos decidimos a firmar esa tregua... Solo siete. Y en ellos te he redescubierto, me he ido tres veces de viaje a sitios insospechados, he presentado a mi madre a una chica, por fin, y he ganado un montón de valiosos amigos que jamás pensé que tendría. —Me mira y me guiña un ojo—. Pero no es suficiente. No para mí. No puedo volver cada dos días a mi casa fingiendo que necesito camisetas limpias para darte espacio. —Aunque Cloe se mantiene de espaldas a mí, a unos pasos de distancia, puedo distinguir como comienza a temblar—. En estos siete meses, también he descubierto algo que me aterra. —Se baja de la silla y va acercándose a Cloe—. Quiero levantarme todos los días contigo y cenar todos los días contigo, aunque al final no cenemos. Quiero tener suficientes camisetas limpias en tu armario y todos mis trastos por medio. No quiero mandar mensajes de buenas noches, prefiero decírtelos al oído. No me apetece llamarte todas las mañanas para preguntarte qué tal has dormido, prefiero estar seguro de que has pasado una buena noche... conmigo. —Se oyen risitas de fondo. Caleb ya está frente a Cloe y sonrío nervioso—. Sé que quizá no soy tan

elocuente como los protagonistas de tus novelas, pero quiero intentarlo. Hace siete meses me contaste la fórmula secreta para convertir experiencias maravillosas en recuerdos y poder atesorarlos por siempre en el corazón. Yo quiero tener al menos uno de esos todos los días y quiero que estés presente en todos ellos. —Coge a Cloe de la mano y sonrío, visiblemente emocionado—. Quiero tener una porción de tu corazón para mí solo.

—Ya lo tienes. —Por la voz de mi amiga, sé que está a punto de llorar. No la culpo. Caleb sonrío con lágrimas en los ojos y se arrodilla frente a Cloe. El resto solo contenemos la respiración.

—Quiero que guardes para siempre las llaves de mi corazón. —Del bolsillo saca una llave dorada de cuento de hadas y la deposita en su mano—. ¿Te gustaría guardarla en un sitio seguro el resto de nuestras vidas?

No sé de dónde ha salido, pero frente a Cloe se abre una caja de terciopelo morado y, aunque desde mi posición no puedo verlo bien, sé a ciencia cierta que se trata de un anillo.

—Caleb... —emite ella de manera casi inaudible—. Claro que quiero.

Caleb se levanta rápidamente y la besa. Y es la primera vez en mi vida que, siendo la simple espectadora de un beso, el tiempo se detiene para mí. Es como si en estos momentos fuésemos figuritas dentro de esas bolas de cristal en las que nieva si las vuelcas. Caleb acaba de cerrar la última puerta de su propio universo de felicidad. Y en ese universo, aunque siempre estemos invitados, tendremos que salir al cabo de un rato.

Me descubro llorando en medio de los aplausos del grupo. Ellos siguen besándose sin importarles todo lo demás.

—Ha sido precioso. —Anäis y Sofía, de las que me he olvidado completamente, hablan a mi espalda—. No me lo esperaba para nada.

Robert y Annie se acercan. Sin mediar palabra, él me abraza con cariño.

—Dime que no sabías nada de esto o te mataré por no habérmelo contado.

—No tenía ni idea, lo juro. —Me separo de él y sé al segundo que es verdad. Tiene cara de no dar crédito—. Me he quedado en *shock*.

—Ya te digo...

Caleb y Cloe se dejan de besar y los miro. Son como un par de niños la mañana de Navidad. El anillo ya está en su dedo y lo mira extasiada. Y no es para menos.

—Cuando quieras lo compartes, ¿eh?

Sale aturdida de su nube y, en cuanto nos localiza, viene hacia nosotros, corriendo, y nos da un abrazo en grupo. Enseña torpemente el anillo, que es una preciosidad, sin poder parar de llorar.

—¿Eso significa que ya no te dan pánico los compromisos?

—Con él, no. —Cuando me mira a los ojos, sé que mi amiga está hablando con el corazón—. Creo que nunca he sido más feliz, Nel.

Volvemos a abrazarnos, pero esta vez la monopolizo un poco.

—No sabes lo que me alegro por ti, amiga.

—Lo sé, Nel, lo sé. —Me da un beso y vuelve a abrazarme—. Me alegro de que Caleb haya decidido compartir esto con vosotros, aun hace ese momento más especial.

Sonrío hasta que me duelen las mandíbulas. Somos testigos de cómo Cloe llama a sus padres y su madre casi se queda afónica de la emoción. De vez en cuando palpa su anillo como si se quisiese asegurarse de que es real y sigue allí.

Comemos y bebemos encantados, bromeando unos con otros, brindando por cada uno de nosotros. La comida es exquisita y los dueños del local nos invitan con varias botellas de cava. Y empiezo a temer que tal vez Sofía y yo acabemos volviendo en taxi.

—Nelita bonita. —Caleb se acerca y coge mi mano—. Quizá debería haberlo hecho antes, pero me gustaría llevarme tu bendición.

—Mira, rico... —Lo miro y no puedo evitar sonreír—. De momento la tienes, pero no te relajes ni un segundo. Si me entero de que sufre, no es feliz o llora, aunque sea cortando cebolla...

—Te pone los huevos de corbata. Y yo la ayudo. —Robert aparece a

nuestro lado, intentando mantener el semblante serio.

—Lo tendré en cuenta. —Caleb abre los brazos y nos achucha a los dos fuerte—. Si llora, será solo de risa, lo juro.

—¿Cómo no nos lo contaste?

—Pues veréis, la verdad es que ha sido una decisión de última hora... —Ríe al ver la cara de alucinado de Robert—. En serio, chaval. Ayer por la noche estuve pensándolo seriamente. Quería pedírselo en el viaje que haremos en fin de año, pero me di cuenta de que, por muy especial que fuese hacerlo en una playa desierta, jamás sería nada comparado con celebrarlo junto a sus mejores amigos.

—Y nosotros te lo agradecemos.

Veo como Caleb aún tiene los ojos brillantes de tantas emociones. Busca con la mirada a Cloe y sonrío embelesado al encontrarla.

—Si me disculpáis... —Abraza de nuevo a Robert y me da un beso en la mejilla—. Tengo que afanarme en que a mi amada no le falte de nada.

\*\*\*

Por segunda noche consecutiva mi sofá sirve de cama improvisada, aunque esta vez no es para mí. A la vuelta de la cena, en la que decidí no beber más y por una vez mantuve mi palabra, Sofía me pide un favor.

—¿Te importaría que me quedase unas horas en tu casa? —me dice mirando por la ventanilla—. Si no es mucho problema, claro.

—¿Y eso?

Resopla tocándose las sienes.

—Necesito descansar antes de llegar a casa.

La miro interrogante.

—¿Tienes algún problema con Antonio?

—No, no es eso. —Me mira negando con la cabeza—. Es que antes de las

ocho los niños se despertarán y empezarán a montar el lío, tengo que poner un montón de lavadoras, planchar... Mis suegros vienen a comer y no tengo nada preparado... —Se encoge de hombros con desgana—. Que estoy agotada, vamos.

—Ya me imagino —acierto a decir. Aunque, sinceramente, aquellas cosas me resultan totalmente ajenas—. Claro que puedes quedarte.

—Gracias, Nel.

Cuando llegamos a casa no quiere ni oír hablar de habitaciones. Se tira en el sofá, se quita los zapatos y, tras comentar como dos colegialas lo sucedido aquella noche, cae exhausta. Le echo una manta por encima y decido hacer lo mismo.

Ahora, viéndola aún dormida, acurrucada entre los almohadones, tengo remordimientos. Debí haber indagado más en la razón por la que no regresó a su casa. Debí haberla obligado a llamar a Antonio y no mandarle un simple mensaje, pero yo no valgo para esas cosas.

Hago café y unas tostadas y desayuno en la cocina, con la televisión encendida a un volumen discreto. Reviso mi correo electrónico y suspiro. A pesar de ser domingo, debería dedicar unas horas esta tarde para avanzar algo de trabajo o no podré tomarme unos días libres como pensaba.

—Buenos días. —Una ojerosa Sofía entra en la cocina, descalza, y se deja caer en una de las sillas frente a mí—. ¿Llevas mucho tiempo despierta?

—Solo un rato. —Sin preguntarle siquiera, pongo frente a ella una taza de café y tostadas—. ¿Has podido descansar?

—Perfectamente...—Se estira encantada.

—Me da cosa que hayas dormido en el sofá. Podías haber subido...

—He dormido como una niña pequeña, Nel. —Da un sorbo a su café y cierra los ojos, sonriente—. Sin nadie que ronque a mi lado, despertándome de forma natural, sin gritos...

Me sirvo otra taza de café.

—¿En serio está todo bien en casa?

—Claro que sí.

Levanto una ceja y la miro sin creerme ni una palabra.

—Ay, Nel, no me mires así. Está todo bien, es solo que... —Suspira y mira las tostadas—. Esto que estoy haciendo ahora mismo puede que a ti te parezca la cosa más tonta del mundo, pero para mí es el paraíso. —Sonríe con un deje de tristeza—. No es problema de Antonio ni de los niños. Es solo mío.

—Yo no sé de estas cosas, Sofía, pero a lo mejor, si hablas con Antonio, os organizáis, y así tienes un rato de tranquilidad.

Sofía suelta una carcajada.

—Lo he intentado, chica, pero casi es peor. En cuanto Antonio intenta estar con ellos para que yo haga mis cosas, se ponen todos a discutir, a pegar gritos y a destrozar todo. Las pocas veces que me he ido a la peluquería o a dar una vuelta, cuando he vuelto he tenido que recoger el doble. Así que paso.

—¿Y no habéis pensado en un internado?

Sofía vuelve a reír.

—Pues mira, si fuesen más baratos...

Terminamos de desayunar mientras hablamos de nuestros respectivos trabajos. No vuelve a nombrar a su familia, pero me cuenta los pormenores de su puesto en una gestoría, del que se siente muy orgullosa. Al menos esa parcela de su vida, que desconocía totalmente, parece estar en orden.

—Bueno, creo que debería pensar en marcharme. —Mira el reloj y pone cara de dolor—. Tengo una hora y media para inventarme una comida de domingo que no haga vomitar a mis suegros.

Llevo a Sofía hasta su casa. Por el camino recibe varias llamadas de Antonio que se niega a coger.

—Sé que me estás mirando de reojo, pero no pienses que por no cogerlo tengo algún problema en casa. Es simplemente que si han hecho alguna barbaridad, prefiero enterarme cuando llegue y no amargarme antes de tiempo.

—No digo nada.

Cuando va a abrir la puerta, la detengo.



—Espera, Sofía... No sé si te pasa algo o no, pero ya sabes dónde estoy si necesitas lo que sea... En serio, no tengo ningún problema en dejarte mi sofá las veces que te haga falta. Con o sin problemas.

—Gracias, Nel.

—Te llamo esta semana, ¿vale?

Sonríe de nuevo y corre hacia el portal. Todo lo que he dicho lo dije en serio, pero ella me mira con una expresión extraña, como si pensase que lo hago por cumplir. Es cierto que tanto Anãis como ella han tenido siempre más relación con Cloe que conmigo, pero eso no significa que no me preocupe por ellas. Anoto en la agenda del móvil «llamar a Sofía». No es que se me vaya a olvidar, pero lo dejo escrito para que sea un plan en firme, tan importante como cualquier llamada de trabajo.

De camino a casa decido parar a comprar algo de comida, que devoro viendo las noticias, sin tener que preocuparme de suegros, niños o maridos que se quedan calvos.